

Archivo General de la Nación
Volumen CCCXXXVII

FEDERICO GARCÍA GODOY

OBRAS CASI COMPLETAS

Tomo 6

Antología II

ANDRÉS BLANCO DÍAZ
EDITOR



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



FEDERICO GARCÍA GODOY nació en Santiago de Cuba el 26 de diciembre de 1857. Fueron sus padres Federico García Copley y María Josefa Godoy.

Llegó a la República Dominicana en 1868, cuando sus padres salieron de Cuba.

Su primera educación la recibió en el hogar. Más tarde hizo estudios en el Colegio San Luis Gonzaga de Santo Domingo y en el Colegio Municipal de San Felipe de Puerto Plata, considerado por muchos como el mejor de toda el área del Caribe en su tiempo; fue instalado bajo los auspicios de Gregorio Luperón y de Eugenio María de Hostos; estuvo dirigido por el también exiliado cubano Antonio Benítez y Correo, y funcionó en la primera planta de una casa prestada por Luperón en cuya segunda planta se reunían los miembros de la sociedad antillanista Liga de la Paz.

El amor por la enseñanza que le fuera inculcado por sus padres lo llevó desde muy joven a dedicarse a las tareas educativas, como ayudante de su madre en la Academia de Niñas Santa Rosa, fundada por esta en Puerto Plata en 1873. En esta misma ciudad laboró como profesor del ya mencionado Colegio Municipal, donde compartía con profesores cubanos y puertorriqueños: Rogelio Oller, Ramón Emeterio Betances, Fermín Silva y Francisco Pla Varona y el mismo Federico García Copley, entre otros.

A finales de la década de 1870, los García Godoy se establecieron en Santiago de los Caballeros, donde García Copley era profesor de Gramática y Retórica en la Escuela Superior Municipal y en la Escuela Superior de Niñas Santa Teresa.

Hacia 1880 García Godoy se trasladó a la ciudad de La Vega para trabajar como maestro, y decidió establecer allí su residencia definitiva. El 26 de noviembre de ese año se juramentó como director de la Escuela San Sebastián, nombrado por el Ayuntamiento local.

El 16 de julio de 1881 contrajo matrimonio con Rosa Ceara Jiménez, y de esta familia nacieron diez hijos.

En 1888 prestó juramento para adquirir la ciudadanía dominicana.

En la década de 1890 ocupó una diputación en el Congreso Nacional en representación de La Vega. De su paso como legislador se recuerda el haber propuesto el establecimiento de una Biblioteca Nacional, en 1892, conjuntamente con Natalio Redondo. Perseguían con su proyecto «propender a la realización de obras de reconocida utilidad pública, que demuestren de manera inequívoca el deseo que siempre nos ha animado de laborar por el auge y engrandecimiento







OBRAS CASI COMPLETAS

Tomo 6. Antología II





Archivo General de la Nación
Volumen CCCXXXVII

FEDERICO GARCÍA GODOY

OBRAS CASI COMPLETAS

Tomo 6. Antología II

ANDRÉS BLANCO DÍAZ
Editor

Santo Domingo
2018



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Cuidado de edición: Andrés Blanco Díaz
Diagramación y diseño de portada: Editorial Santuario
Motivo de portada: Vista aérea del Parque Independencia, Santo Domingo, 1923.

Primera edición, septiembre de 2018

© Federico García Godoy, 2018

De esta edición

© Archivo General de la Nación (Vol. CCCXXXVII)

Departamento de Investigación y Divulgación

Área de Publicaciones

Calle Modesto Díaz No. 2, Zona Universitaria,

Santo Domingo, República Dominicana

Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110

www.agn.gov.do

ISBN: 978-9945-9131-0-1

Impresión: Editora Búho, S. R. L.

Impreso en la República Dominicana • Printed in the Dominican Republic





Federico García Godoy.



Contenido

EL DERRUMBE

PRIMERA PARTE

Historia de un libro	13
----------------------------	----

SEGUNDA PARTE

Frontis.....	25
Deficiencias del medio	35
Reformas	55
Actuación histórica.....	65
Imperialismo norteamericano.....	73
Ramón Cáceres	79
La convención.....	83
Previsiones patrióticas (La sociedad nacionalista «Patria»)	87
Los Victoria	95
Monseñor Nouel.....	101
José Bordas Valdés	105
El Plan Wilson	117
La escisión	121
Patriotismo y patriotas.....	129
La invasión	137
Punto final.....	147



DE AQUÍ Y DE ALLÁ

(NOTAS CRÍTICAS)

Líneas	153
Duarte.....	157
<i>Tolstoi íntimo</i> (Colección Ariel, San José de Costa Rica)	163
<i>¡Inexorable!</i> Por A. Freites Roque	169
<i>Horas de mi vida</i> . Poesías, por Dulce M. Borrero de Luján	175
<i>Concepto del Derecho</i> . Por J. de la Riva Agüero	183
En el malecón	187
Del futurismo	197
Una gloria antillana.....	207
<i>Pro-psiquis</i> (<i>Nietzsche</i>). Por Ricardo V. Sánchez L.	213
El <i>Diario</i> de Bucaramanga	221
<i>La enseñanza de la literatura</i> . Por Pedro Henríquez Ureña.....	231
<i>La folie de Jesus</i> (Dr. Binet-Sanglé, professeur a l'Ecole de Psychologie)	235
Mausoleo de Meriño.....	245
Un escritor venezolano (Alejandro Fernández García)	251
La muerte del poeta (Gastón F. Deligne)	259
Un libro de historia patria	265
<i>Cartas de Bolívar</i> (Prólogo de J. E. Rodó y notas del Dr. R. Blanco Fombona)	271
Después de medio siglo.....	281
El Santo Cerro (Fragmento).....	289
Con Eugenio Deschamps.....	297
<i>El mirador de Próspero</i> . Por José Enrique Rodó.....	303
<i>Simón Bolívar</i> . Por los más grandes escritores americanos	317
Pro-Bélgica	331

Americanismo literario

(José Martí. José Enrique Rodó. F. García Calderón.

R. Blanco Fombona)

Pórtico	343
José Martí	355
José Enrique Rodó.....	385
Su filosofía	386
El pensador	388



El estilista.....	391
Su producción.....	393
<i>Ariel</i>	394
Liberalismo y jacobinismo.....	402
<i>Motivos de Proteo</i>	406
Bolívar.....	416
Montalvo.....	422
Juan María Gutiérrez y su época.....	426
Del trabajo obrero en el Uruguay.....	432
Francisco García Calderón.....	435
Rufino Blanco Fombona.....	461
I. El escritor.....	461
II. Letras y letrados de Hispanoamérica, y grandes escritores de América.....	464
III. Cantos de la prisión y del destierro.....	469
IV. La evolución política y social de Hispanoamérica.....	471
V. Carta de Bolívar.....	477
VI. La lámpara de Aladino.....	483
VII. El hombre de hierro.....	486
VIII. El hombre de oro.....	488
IX. Juicio de conjunto.....	489
ZOILO GARCÍA (20 de mayo de 1922).....	491
AL MARGEN DEL PLAN PEYNADO.....	511
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	545







EL DERRUMBE¹

¹ La primera edición de este libro se hizo en Santo Domingo, Tipografía El Progreso-Emiliano Espinal, 1916, y no incluía la parte titulada «Historia de un libro». (Nota del editor).



PRIMERA PARTE

Historia de un libro

I

Jamás pensé, en mi humildad literaria, que un libro mío pudiera tener historia, mereciendo los honores de una persecución en realidad de verdad inmerecida e injusta. Cuando un amigo mío me comunicó de la Capital que mi libro *El derrumbe* había sido secuestrado por las autoridades militares norteamericanas impuestas coercitivamente al país, declaro con entera sinceridad que me quedé profundamente asombrado. Los delitos de imprenta o que, en determinadas circunstancias se consideran como tales, tienen o deben tener por indispensable fundamento su publicidad, el hecho de circular ocasionando efectivos o supuestos daños. El caso de mi libro era hartamente distinto. Ni un solo ejemplar de *El derrumbe* había circulado y no iba tontamente a ponerlo a la venta después de la proclama del capitán Knapp estableciendo una censura rígida y amenazante para la libre emisión de la palabra hablada o escrita. La censura aquí establecida, como lo probaré algún día, ha sido más arbitraria, dura y humillante que la misma impuesta por el lápiz rojo de los censores españoles en las épocas más negras de la vida colonial de Cuba y Puerto Rico.



Como es natural, formulé inmediatamente la reclamación que correspondía en caso tan injustificable. El impresor, según supe más tarde, fue, por pocas horas, reducido a prisión y obligado a entregar el manuscrito del libro. Se le hizo un largo interrogatorio respecto del número exacto de ejemplares a que alcanzaba la edición de la obra y de otros particulares relacionadas con la misma. Se daba indudablemente mayor importancia al libro embargado de la que realmente tenía.

En esos días dirigí al capitán Knapp, Jefe del Gobierno Militar, la siguiente reclamación:

Señor:

Por un aviso de esa ciudad me he enterado, con profunda sorpresa, que en ese puerto se ha impedido el embarque para Sánchez de una caja de libros de mi exclusiva propiedad. Con esa disposición se comete una gran injusticia, pues no he violado en nada absolutamente ninguna orden del gobierno militar que Ud. dirige. Mi libro, como puede probarse fácilmente, fue escrito e impreso antes de instalarse el gobierno militar, y tengo el propósito de que no circule en el país mientras no se levante la censura que desdichadamente pesa sobre el más noble y excelso atributo de la personalidad humana: la libre emisión del pensamiento por medio de la palabra hablada o escrita. Espero, pues, de su ilustración y rectitud, se digne disponer la devolución de la mencionada caja de libros por ser tal cosa un acto de estricta justicia.

Hasta ahí mi carta, el Jefe de la ocupación militar me contestó de la siguiente manera:

Señor:

He investigado las circunstancias referentes al libro a que alude en su carta de 30 de diciembre. El Censor me



ha informado que su libro contiene tales términos que juzga imposible pueda permitirse su venta actualmente. He leído extractos del libro y mi juicio confirma la opinión del Censor. Los esfuerzos de Ud. para que se embarcase el libro, como previniendo que su contenido fuese conocido, me manifiesta que en vuestro propio juicio el libro era susceptible de detención por el Censor. Como Ud. declara que no comenzará la venta de su libro mientras no sea suprimida la Censura, paréceme que en nada se lesionan sus intereses con la detención de esta en manos del Gobierno militar. Respetuosamente,

(FIRMADO) H. S. KNAPP.

Como se ve no puede ser más endeble la justificación del acto arbitrario de confiscar un libro que nadie había leído, y que, no pudiendo circular en el país, me proponía enviarlo al extranjero donde tenía la seguridad de colocarlo fácilmente. Por lo que va a seguir se verá que ya no solo en lo intelectual sino en lo material fui grave e injustamente perjudicado.

II

Ante todo debo y quiero expresar con cierta latitud el pensamiento fundamental del modestísimo libro tan duramente perseguido. Escrito con gran precipitación y bajo el imperio de circunstancias dolorosas, *El derrumbe* se resiente gradualmente de tales cosas casi siempre adversas para un juicio sereno y lo más satisfactoriamente posible. Ese volumen tiene dos aspectos principales: mi completa e irreducible rebeldía a toda abusiva injerencia extranjera en nuestra vida nacional, y mi acerba y fustigadora censura a nuestros pasados y vitandos personalismos, causa principal de nuestras tremendas y numerosas rosas caídas. Respecto a mi oposición a todo humillante control extranjero en cualquier forma que sea, puedo orgullosamente repetir con



el poeta cubano: «El mismo soy que al emprender la marcha». En esa materia pienso exactamente igual a como pensaba en mi primera juventud. No he variado ni en un ápice. Todo protectorado o anexión o cosa que tienda al desgaste o mutilación de la soberanía nacional, me es profundamente repulsivo u odioso. Lo he combatido y combatiré siempre. Algunos años antes de efectuarse la Intervención que pesa actualmente como losa de plomo sobre nuestras almas acongojadas, para prevenir o conjurar aquí el peligro que se avecinaba, fundé en unión de varios amigos la sociedad nacionalista Patria a la cual presidí durante los tres años que contó de existencia. Por no haberse comprendido bien el pensamiento capital que determinó la instalación de dicha sociedad patriótica, por nuestra indiferencia o cosa semejante, por estar la mayoría entregada en cuerpo y alma a las luchas de nuestro estulto y disolvente personalismo, o por todo ello a la vez, es el caso que la idea de cohesión, de condensación de voluntades en el alto propósito de robustecer el sentimiento nacional haciéndole cada vez más refractario a toda injerencia extranjera, no tuvo eco, se perdió dolorosamente en el vado en que aquí han ido casi siempre a parar las más plausibles y levantadas iniciativas.

Más de dos años antes de esta funesta Intervención, en abril de 1914, en Carta Abierta dirigida al poeta Ricardo Pérez Alfonseca y publicada en el *Listín Diario*, me expresaba así:

Creo firmemente que en la vida social, el pensamiento, la idea, la creencia, son puras abstracciones, palabras huecas, frases sin enjundia, si no se aquilatan en el esfuerzo sensible, en la acción bien intencionada, en la energía viril. La evolución social de nuestro tiempo pide a cada momento y con insistencia, hechos, hechos de cierta proyección prolífica. Consecuente con esas convicciones, quise últimamente llevar a nuestro envenenado ambiente político, sin resultado, efluvios de sano y vigorizador patriotismo y de efectiva organización jurídica. Lo he dicho en todas partes y lo repito nuevamente: sea



cual fuere el cúmulo de beneficios que pueda aportar a nuestra desquiciada existencia política una intervención extranjera, rechazo altivamente cualquier injerencia de esa clase prefiriendo a tal ignominia nuestra misma extraviada política tan incoherente y tumultuosa y tan torturada por luchas intestinas. Pero en realidad, mi distinguido amigo, contemplando el estado de desconcierto en que vivimos, no son muy pocos, por desgracia, los que consideran esa injerencia humillante como nuestro mejor medio de salvación. ¡No, mil veces no!

Yo sigo y seguiré sosteniendo mi criterio de irreductible dominicanismo, como flámula purpúrea de deber altísimo en el hogar, en la escuela, en el periódico, en la conferencia, en el libro. De la densa sombra en que vamos sumergiéndonos, salen a cada paso voces de anticipada y prudente resignación, de cobarde conformidad. Sea lo que fuere, venga lo que viniere, seguiré preconizando, bajo la noche sin estrellas, ante la tempestad desencadenada de pasiones vitandas, las excelencias virtuales de una existencia nacional sin injerencias desdorosas de afuera y sin torpes caciquismos de adentro.

Eso dije entonces y eso sigo repitiendo hoy. Me regocija altamente que dominicanos distinguidos que en vísperas de la ocupación y aun a raíz de ella sostuvieron un criterio intervencionista, piensen hoy de manera enteramente contraria, convencidos de que el remedio que anhelaban esté resultando peor que la misma dolorosa enfermedad.

III

El otro aspecto fundamental de mi secuestrado libro reside en un análisis severo y lamentablemente verdadero de las desfavorables circunstancias de política eminentemente personalista dentro de las cuales se ha efectuado la deficiente actuación



histórica del pueblo dominicano. Son diversas las causas nocivas de semejante estado. Escasez de población; carencia de relativa cultura; orientaciones casi siempre extraviadas; imperio absorbente de gente de cierta rusticidad por lo general incapaz de imprimir acertada y fructuosa dirección a los asuntos públicos; carencia de vías de comunicación y de otras cosas determinantes de provechosa vida económica son, dentro del cuadro sombrío y dramático de nuestra existencia histórica, factores principales que durante cierto espacio de tiempo han impedido dar resueltamente al país un vigoroso paso hacia adelante. Nada han valido los esfuerzos de una minoría inteligente empeñada en modificar o transformar semejante estado de cosas en un todo refractario a sanas y fecundas iniciativas de organización jurídica en un todo de acuerdo con modalidades muy características de las mentalidades dominicanas e inspiradas en muy luminosas finalidades de la civilización moderna.

En el capítulo «Deficiencias del medio», del libro incinerado, pongo de bulto las causas de nuestra actuación política, incoherente y caótica, en estos últimos años. Circula por ahí la idea, para muchos conveniente, de echar un tupido velo de silencio sobre nuestros pasados tremendos errores, figurándose que por esa vía, tapando el sol con un dedo, se quitan protestas de justificación más o menos atendible a la actual ocupación norteamericana. No lo entiendo así. Mi criterio es distinto. Aparte de que nuestros interventores conocen al dedillo, tan bien o mejor que nosotros las deficiencias de nuestro modo de ser político, nada se ganaría con pretender oscurecer o borrar la verdad. Esta se abre siempre paso. No es posible curar una enfermedad que se quiere que permanezca oculta pretendiendo negar su intrínseca gravedad. Hay que poner la llaga al descubierto antes que el mal se extienda o contagie otras partes del cuerpo. Hay que restaurar a todo trance la república, pero en condiciones de un gobierno propio, absolutamente independiente, que responda a imperiosas necesidades y exigencias que hasta ayer hemos descuidado o menospreciado, sin conocer y olvidando que, en la actualidad no es posible para ningún pueblo, grande o chico,



vivir de una manera desacorde con determinadas finalidades de orden interior y de administración pública de reconocida probidad y positivo adelanto.

Culpa no escasa de nuestras últimas turbulencias cabe a lo desacertado de la injerencia alusiva de la diplomacia yanqui en nuestros asuntos interiores. Patente está el ejemplo de James O. Sullivan, uno de los últimos ministros representantes aquí de los Estados Unidos. Este hombre, como dije hace tiempo, mejor que el tipo de política sin escrúpulos, resulta el del verdadero *boucanier*. Sin haber aún presentado sus credenciales, desde Monte Cristi, ese nuevo Representante norteamericano, empezó a fungir, lo que fue realmente más tarde, como árbitro supremo de la política dominicana.

Reveló, desde el primer momento, un completo desconocimiento de prácticas y procedimientos diplomáticos. Su gestión no pudo ser más torpe y nociva... Y poco después, el festinado e irreflexivo procedimiento que se conoce con el nombre de Plan Wilson, en lugar de ser elemento de eficaz acercamiento entre las banderías disidentes, contribuyó principalmente a falsear las instituciones republicanas, convirtiendo en letra muerta sus más elementales y necesarias prescripciones...Y para hacer rebosar la copa, la instauración del Gobierno Militar se produce, con general asombro, en los momentos en que impera la paz y ocupa la presidencia de la República un ciudadano benemérito, austero y sabio, muy capaz de enfrentarse y solucionar de manera satisfactoria y definitiva los asuntos interiores y exteriores que más preocupaban la atención pública. He creído siempre que nuestros errores y torpezas, por más graves que aparentemente parezcan, son muy capaces de modificarse y desaparecer del todo, si para ello se ponen a contribución, hábil y tesoneramente, ciertos medios y resortes de conocido y probado valor sociológico.

No es difícil, ni con mucho, por obra de nosotros mismos, mediante nuestros propios esfuerzos bien encaminados, no obstante ciertas cosas nocivas en realidad superficiales, reaccionar en un sentido claro y preciso de orden estable y de práctica regular



y consciente de las instituciones democráticas que forman el fondo de nuestra existencia nacional. Detrás de cosas nocivas de muy exterior realidad, se han movido, desordenadamente sin duda, fuerzas sociales que, bien conducidas, bajo la acción inteligente y patriótica de hombres públicos –de que no carecemos afortunadamente– bien penetrados del sentido de las realidades inflexibles de la hora actual de la civilización, podrían transformar en factores determinantes de una evolución salvadora en la manera de ser política de la colectividad dominicana. Esa obra, claro está, no puede ser de momento. Pero creo firmemente que, al restaurarse la República, poniendo cada uno de nosotros algo de su parte en ese alto y bienhechor empeño, pronto nos sería dable tocar los anhelados resultados. La república del porvenir, estructurada jurídicamente, sin personalismos aviesos y perturbadores, sin humillantes intervenciones extranjeras, con partidos de principios bien definidos, ha de ser, y así hay que esperarlo, muy capaz de hombrearse con otras americanas de cultura ibérica que se enorgullecen de su existencia libérrima y floreciente.

IV

Así las cosas dejé pasar algunos meses, y cuando juzgué el momento oportuno me dirigí al señor Ramsey, jefe del Departamento de Censura, pidiéndole la devolución de mi confiado libro. Me respondió así:

Señor:

En respuesta de su atenta carta de 1° de los corrientes, la que ha tenido mi mejor atención, siento no poder acceder a lo que en ella solicita. Todavía no es la oportunidad para devolver a U. su libro *El derrumbe*.

De U. atto., S. S.



El volumen secuestrado representaba para mí no solo algo de interés intelectual sino de interés positivamente material. No soy rico ni mucho menos, y esa edición, primorosa y artísticamente hecha, me representaba el desembolso de algunos centenares de pesos que necesitaba con urgencia reintegrar. La venta de la edición la tenía asegurada en el extranjero. Pasaron dos años más de incertidumbres y de angustias. Se me dijo y me pareció ver que la censura aflojaba un tanto, y, creyendo la coyuntura propicia, escribí al señor Thomas Snowden, Gobernador Militar, solicitando de nuevo el libro y manifestándole que mi propósito no era que circulase aquí sino que se expandiese en algunas de estas repúblicas hispanoamericanas.

La contestación no se hizo esperar. Hela aquí:

Estimado señor:

He recibido su cortés comunicación, la que me ha sido entregada por su eminencia el Arzobispo de Santo Domingo, y su contenido ha sido cuidadosamente considerado.

Como U. bien sabe, la Censura sigue existiendo en Santo Domingo sobre artículos y publicaciones tendientes a estimular agitaciones políticas u obreras.

Tengo esperanzas que el tiempo para que no exista una Censura de esa naturaleza, llegará muy pronto, pero por el presente yo no puedo ver qué bien se puede deducir de la publicación de un libro de esa naturaleza ya sea aquí o en el extranjero.

Le saluda con sentimientos de alta consideración,

THOMAS SNOWDEN,
 Contra-Almirante de la Armada de los E. U.
 Gobernador Militar de Sto. Domingo.



Por el contexto de las anteriores comunicaciones, muy particularmente de la última, adviértese bien que, en la mente de las más altas autoridades de la Intervención, estaba subordinada la entrega de *El derrumbe* a la supresión de las tantas veces mencionada Censura. Júzguese, pues, de mi indignación y de mi asombro, cuando suprimida esta por una Orden Ejecutiva publicada en la *Gaceta Oficial*, al exigir nuevamente la devolución de mi libro, se me respondió de esta manera:

Muy señor mío:

Se me hace imposible devolverle la edición de su obra intitulada *El derrumbe*, debido a que todos los ejemplares de dicha obra que fueron confiscados en 1916 han sido quemados en cumplimiento de las leyes en vigor. El espíritu de la obra es de una índole tal que puede dar lugar a desórdenes dentro del país, y por ende, su publicación y circulación resultarían contrarias a las disposiciones de las leyes.

Dado el alto valor literario de la obra, siento infinitamente el que los motivos antedichos no permitan que se conceda autorización para que ella sea distribuida ni dentro ni fuera de la República Dominicana en la forma en que se encuentra redactada.

Con la mayor consideración me suscribo de U.

Por el Gobernador Militar de
Santo Domingo,

F. U. LAKE. Teniente Comandante de
la Armada de los Estados Unidos.

Calcúlese mi sorpresa al leer la anterior misiva, cuando por las cartas y por informes fidedignos tenía la creencia de que la edición confiscada se encontraba en depósito en la oficina de la Censura de Santo Domingo. ¡Un libro de asunto



patriótico quemado en pleno siglo veinte por representantes de la patria de Washington y de Lincoln! Revivieron de golpe en mi memoria los viejos tiempos inquisitoriales. Me pareció, por un momento, encontrarme en plena época medioeval. Lo más extraño del caso es que desconozco «las leyes en vigor» que condenan un libro al fuego y de que se habla en la carta anterior. No las he visto publicadas en ninguna parte. La misma Censura que se dice suprimida lo ha sido solo nominalmente. Los prebostes continúan persiguiendo los llamados delitos de imprenta. Ahora mismo, por un artículo que se juzgó punible, sin mayor importancia, publicado en *Ecos del Norte*, de Puerto Plata, su autor, el joven periodista Rafael Morel, fue paseado por las calles de Santiago vestido de presidiario y constreñido a pagar trescientos pesos de multa. La juventud intelectual de aquella ciudad formuló con tal motivo viril y enérgica protesta.

Con los días que pasan va ganando terreno el desaliento. La bien intencionada moción del honorable Representante William E. Masson iluminó por breves instantes el ensombrecido horizonte de nuestras esperanzas de próximas reivindicaciones nacionales. Después ha vuelto a imperar, más negra si cabe, la noche de nuestros acerbos dolores patrióticos. Mientras de afuera nos vienen brisas consoladoras de optimismo, recientes actos del Gobierno Militar parecen indicar que la actual injustificable ocupación continuará indefinidamente. Si hay algo de raíz netamente popular son los municipios. La historia está ahí para confirmar tal aserto. Por una reciente Orden Ejecutiva se reduce a la mitad y aún a menos en algunas partes el personal de los ayuntamientos y los miembros de estos serán nombrados directamente por el Gobierno Militar. Es decir, no habrá ya, en realidad, representaciones genuinas de la vida comunal.

En medio de todos estos desencantos y amarguras, consuela y regocija la idea de que el pueblo dominicano ni se ha humillado ni se ha envilecido. Ha mantenido altiva y enhiesta su dignidad colectiva. Han existido excepciones, ya lo creo, pero



lo raro es que nos las hubiese habido. Las hubo cuando Haití y la Anexión española. Pero las excepciones no hacen más que confirmar la regla. Y la consoladora verdad es que el pueblo dominicano, en estas horas de incertidumbre y con viril firmeza unido y cohesionado, mantiene irreducible y con viril firmeza el propósito de no cejar ni un ápice en su empeño de restaurar la suprimida república sin mutilaciones ningunas de la soberanía nacional.



SEGUNDA PARTE

Frontis

I

Es este un libro de honda sinceridad y desbordante dolor. Lo he escrito rápidamente, a saltos como quien dice, con el corazón destrozado ante el espectáculo patético y desesperante de un pueblo de ingentes ejecutorias históricas que presencia sin gestos de viril indignación el pronto desmoronamiento de cuanto constituye su personalidad y le da títulos para figurar honrosamente en el número de las repúblicas hispanoamericanas que supieron conquistar su respectiva independencia en días pretéritos de permanente resonancia épica. Perdida la fe en sí mismo, relajada su voluntad, inertes los brazos que en días no muy lejanos esgrimieron impetuosamente el machete de las campañas libertadoras, sin vislumbrar por ninguna parte la fulguración de salvadores ideales, carente del hombre o de los hombres de intrínseca virtualidad dinámica que suelen aparecer como conductores de agrupaciones sociales en las horas supremas de la Historia, ese pueblo no encuentra en sí la fuerza íntima capaz de alzarlo frente al hado adverso para morir honrosamente, con la muerte de los pueblos que han sabido esculpir con gloria su nombre en los frisos marmóreos consagrados por la inmortalidad histórica. La hora no puede ser más luctuosa y



por consiguiente menos propicia para apocamientos serviles o atenuaciones cobardes. Es hora de decir alta y resueltamente, quién se respeta y respeta la pluma que maneja, lo que se piensa y se siente no solo un deber y como un homenaje rendido a la verdad austera y serena, sino para que se sepa fuera de aquí principalmente que en este pavoroso naufragio de una colectividad nacional desventurada y por muchos respectos digna de mejor suerte, ha habido algunos que, sin apostatar de sus convicciones de toda la vida, desde el escollo de su aislamiento, sin intimidarse ante la tormenta que amenaza destruir lo poco de nuestra precaria soberanía que queda en pie, mantienen enhiesta la insignia simbolizadora de su inquebrantable adhesión al ideal de los próceres eximios de la redención febrerista.

Horas de extremada acerbidad, de angustiosa expectación, de torturante incertidumbre, han sido las transcurridas en estos días sin sol en que el pueblo dominicano, febricitante y atónito, sufría el más duro e injustificable ultraje en ocasión en que menos se merecía ser tratado de semejante manera. Esas horas han marcado profundamente su huella en la desolación de mi espíritu produciendo en él estremecimientos de incurable desesperanza. En esos momentos de tribulaciones inenarrables, de extremada tensión espiritual, parece como que la vida, por no sé qué misteriosa vibración recóndita, se reconcentra y cohesiona firmemente, cobra rigidez de acero, y desprovista momentáneamente de su variedad inmensa y prolífica, asume un solo y exclusivo aspecto, condena y totaliza el conjunto de sus facultades en una absorbente visión unilateral pertinaz y monótona que nos roba toda legítima satisfacción y pone de continuo ante nosotros horizontes poblados de negruras insondables. Ese replegamiento, esa concentración de las fuerzas íntimas que forman nuestro ser espiritual, se opera siempre por la incontenible influencia de un dolor, de un gran dolor. En estos días últimos, de comunicación telegráfica y postal con todas partes, de rumores confusos y contradictorios, de dudas zozobrantas, de lancinantes tristezas, he experimentado, sufriendolo, ese agobiador estado de reconcentración anímica en que el temor indefinible de algo



grave que se espera, de un inexplicable peligro que amenaza, de alguna cosa que puede herirnos mortalmente en nuestros más caros ensueños, pone en tensión hiperestética nuestros nervios y nos hace sombría y miserable la misma existencia.

Y el golpe esperado y temido vibra aún con resonancia espantable en lo más profundo y sensible de mi alma. No resulta ya una expresión retórica aseverar que estamos presenciando los funerales de la República. La dilatación metódica, procaz y absorbente, de lo que se ha dado en llamar el imperialismo yanqui, en contubernio con algunos políticos dominicanos sin conciencia y sin escrúpulos, capaces de comerse a sus propios hijos muertos como el Ugolino del poema italiano con tal de conservar unas horas más un poder propicio a todo linaje de violencias y rapiñas, ha determinado el rápido desmoronamiento de la nacionalidad dominicana en lo que posee de más peculiar como entidad soberana y árbitra en todo de sus destinos. Hemos caído miserablemente, como el vecino pueblo haitiano, sin pensar que las naciones como los individuos tienen momentos supremos en que abofeteada y herida su dignidad solo les resta defenderse bravamente hasta agotar cuantos medios de resistencia se encuentren a su alcance. Los pocos que desde hace años preconizamos aquí como fórmula de salvación un nacionalismo de médula científica inspirado en un concepto de inaplazables necesidades y exigencias de la sociedad dominicana aún en rudimentaria organización, hubiéramos aceptado con relativa conformidad que nuestro desmoronamiento nacional revistiera siquiera aspectos decorosos de una defensa resuelta y heroica que por más que a la postre resultara infructuosa, por lo menos demostrara al mundo que nuestra devoción a un ideal de patria independiente y libre no fue sentimiento artificial y postizo, y que hasta la última hora hemos mantenido, como rojo penacho de gloria, nuestra merecida reputación de pueblo valeroso e irreducible...

En ninguna parte se ha esbozado un gesto de vigorosa y porfiada resistencia a la invasión extranjera. A meras escaramuzas se ha reducido cuanto hemos hecho en defensa de la patria



escarnecida y pisoteada. Uno de nuestros bandos personalistas quiso cerrar el paso al invasor, y presto vio que se encontraba solo, aislado, en vergonzoso desamparo... En el épico bienio restaurador, La Gándara, después de ocupar a sangre y fuego a Monte Cristi, no pudo dar un paso hacia Santiago, capital del país insurreccionado. Y eso que comandaba seis mil aguerridos soldados españoles y contaba con un poderoso tren de artillería. No pudo con tan imponente fuerza militar romper el arco de fuego formado por los cantones revolucionarios que le impedían el avance a la ciudad gloriosa del 30 de Marzo... Hoy con mil hombres de tropas norteamericanas, gente bisoña en su inmensa mayoría, el coronel Pendleton acaba de adueñarse de Santiago riñendo ligeros combates en el largo y peligroso trayecto. Solo tuvo en ellos tres muertos y once heridos... Y esa insignificante resistencia no se debe, como superficialmente sostienen algunos, a que el valor dominicano haya degenerado —nuestras recientísimas luchas civiles están ahí para atestiguar lo contrario— sino que lo que entonces existía no existe hoy: la convergencia de voluntades, la unidad de opiniones identificadas en un mismo y exclusivo propósito de redención o de muerte. El personalismo imperante, fraccionado, subordinado a mezquinos intereses del momento, asume toda la responsabilidad de la terrible catástrofe...

Claro está que la extinción de la República no será total. Los métodos de conquista y colonización actualmente empleados difieren naturalmente de los usados hace algunas centurias. En eso se ha progresado como en todo. Ya nunca el despojo es completo. En lo porvenir seremos quizás una pálida y melancólica sombra de república que por lo menos servirá para poner en exhibición ante el mundo, ante los pueblos de la América de civilización latina, los procedimientos coercitivamente humillantes, lo que vale y significa positivamente el decantado, flamante y *cordial* panamericanismo que como fórmula de acercamiento continental exulta y proclama en sus discursos el presidente Wilson. Se nos moldeará al capricho de gente extranjera por tantos conceptos diferente a nosotros. Por obra de su incontrastable



influencia se atenuarán hasta desaparecer nuestras más salientes modalidades espirituales. Habiéndolo sido todo en el país que libertaron nuestros antecesores, ya no seremos sino masa amorfa de despreciable inferioridad étnica que el conquistador, aun respetándole ciertos derechos, tratará con mal disimulado menosprecio...

No dudo ni por un instante que a vuelta de pocos años el progreso material será asombroso. Se convertirá el país, aún en grandísima parte inexplorado, en una tacita de oro como quien dice. Tendremos magníficas carreteras, espléndidos paseos, potentes acueductos, construcciones urbanas monumentales. Acaso hasta rascacielos. Pero ¡ay! todo ese adelanto será la obra y propiedad de los dominadores. La tierra, sin leyes oportunas que restrinjan convenientemente su posesión, será fácil y prontamente acaparada por el capital norteamericano. Los escasos núcleos de población nativa, como los pobres indios del *lejano Oeste*, desaparecerán lentamente, por emigración u otras cosas, incapacitados de fundirse con una raza cuyo orgullo étnico repugna todo contacto con gentes en que circulan gotas de sangre africana. Hacienda, Obras Públicas, Ejército, quién sabe qué otra cosa, en manos de nuestros flamantes amos, nos convertirán en un humillante protectorado a cuya sombra lanzará sus últimos ayes la desventurada república de Febrero. No hay que forjarse ilusiones. Nuestro *status* será el mismo de Túnez, de Egipto y de Marruecos. Ni más ni menos. Ya sé que se transformará el país en sentido material; pero en las sucesivas etapas de ese cambio desaparecerán también las últimas partículas del alma dominicana tal como la forjaron las razas, la historia y las costumbres. Por el juego incesante de influencias exóticas nuestra despersonalización será completa. Una civilización más potente, absorbente y agresiva arrollará cuanto hay en nosotros del alto idealismo característico de la cultura latina. Desvanecido en la negrura de una extinción prematura el ensueño de la república ideal que vislumbraran Duarte, Sánchez y Mella, sobre las ruinas de esa república incipiente, ave herida mortalmente cuando apenas descogía sus alas, florecerá, recia y uniforme, plena de robusta



vida material, la sedicente república que modelan actualmente esos aventajados artífices del imperialismo yanqui que se llaman Russell, Caperton y Wilson.

II

Paréceme esta hora sombría propicia para evocar la memoria de aquel paladín representativo de la juventud dominicana incontaminada y devota de los grandes ideales que se llamó Santiago Guzmán Espaillat. Cuando por todas partes no se ven más que homúnculos desprovistos de escrúpulos y prestos a ple-garse a todos los servilismos y a todas las abyecciones; cuando por ningún confín del horizonte oscurecido despunta la silueta del hombre superiormente cohesionado de que ha carecido la sociedad dominicana en este momento supremamente doloroso de su historia, hay precisamente que volver la mirada al pasado para buscar en él algo que nos consuele del espectáculo actual de increíbles claudicaciones y bajezas que pone espanto en las almas que aún no han perdido la fe en los idealismos nobles y generosos que iluminan e intensifican la vida. Nuestros caudillos, traidores unos, reacios o impotentes otros, han estado muy distantes de lo que de manera imperiosa demandaba de ellos el momento histórico. Por eso echo de menos a Santiago Guzmán Espaillat. Su patriotismo hirsuto y bravío estuvo siempre por encima de desmayos y decepciones. Aprisionado desde muy temprano en las férreas redes del personalismo político fue lentamente desprendiéndose de ellas y evolucionando hacia un concepto de organización jurídica de virtualidades capaces de determinar un efectivo mejoramiento público. En el fondo de su espíritu flotaba con contornos cada vez más precisos la concepción de un organismo nacional capaz en un todo de armonizar la libertad con el orden y de realizar fines de civilización duradera y progresiva... Han pasado ya cinco años y aún alienta en mi memoria, con primaveral frescura, el recuerdo luminoso de aquella noche inolvidable de mi conferencia en la benemérita



sociedad Amantes de la Luz, en la histórica ciudad de Santiago de los Caballeros. Afuera imperaba la noche, una serena noche otoñal, apacible, rumorosa, en que el cielo hacía espléndido derroche de su magnífica y deslumbrante pedrería. Dentro, en el amplio salón profusamente iluminado, enjambres de flores vistosas y policromas y mujeres de singular y seductora belleza. A medida que hablaba, a medida que con frase pálida y torpe exponía mis ideas acerca del movimiento filosófico moderno, llamóme la atención, en un ángulo de la sala, un joven de hermosa y expresiva fisonomía que sin apartar de mí sus ojos intensamente luminosos seguía con profundo interés el curso de mis palabras. Era Santiago Guzmán Espaillat. Yo no le conocía personalmente puede decirse. Terminada la conferencia me fue presentado, y en rápida *causerie*, en fugaz conversación, la única que con él tuve, me enseñó los tesoros de su alma apacentada en el culto de las cosas de ingente eficacia espiritual de tan permanente actuación en el desarrollo colectivo. Dos meses después, en el parque de La Vega, en círculo de amigos íntimos, bajo la embriagante caricia de una noche de perfumes, de músicas y de estrellas, como si hubiera caído sobre mí anonadándome no sé qué cosa espantablemente siniestra, supe la horrible noticia de su eterna desaparición en las sombras de oscura y misteriosa tragedia...

Supo poner siempre de acuerdo su pensamiento con su vida. Era austero y probo, de probidad extremada. De inteligencia clara y lúcida y de una sensibilidad siempre excitable y desbordante. Su valor personal rayaba en lo heroico. Puede decirse de él lo que Tácito de Julio Agrícola: «Ninguna señal de miedo se le conocía en el semblante»... Su cultura intelectual se iba progresivamente ensanchando. Lo atraían los estudios sociales. Él era a mi ver el *caudillo*, el caudillo supremamente nacionalista, que se formaba lentamente, que hubiera sido capaz, en un momento dado, de aunar reciamente voluntades dispersas para impedir que la traición y el peculado continuasen prosperando en las alturas y para dotar al país de instituciones capaces de transformarlo ventajosamente. Se me figuraba que era el único



que encarnaba entre nosotros las condiciones esenciales para ejercer a la larga una bienhechora influencia en nuestro bastardeado y corrompido organismo político...

Sobre él han caído ya espesas paletadas de olvido. Sobre su sepulcro se han marchitado desde hace tiempo las guirnaldas funerarias que la admiración y el afecto colocaron allí en horas fugaces de acerbo desconsuelo. Nadie ya lo recuerda. Nadie lo nombra. De haber vivido en estos últimos días, de seguro que hubiera abrazado el escudo del combatiente para hacerse matar junto con los pocos que cayeron gloriosamente en Puerto Plata, en La Piedra, en La Barranquita, cerrándole el paso a los invasores de Yanquilandia; los únicos que, en pavoroso abandono, cumplieron con su deber en la hora luctuosa del derrumbe esbozando un gesto de imposible resistencia que salvara siquiera en parte nuestro decoro como pueblo independiente y libre; gesto glorioso que aplaudirá toda conciencia sana y honrada y que unos cuantos pobres diablos de levita, asalariados o inconscientes, calificaron imbécil y cínicamente de patriotería.

III

En estas páginas digo la verdad a todos; por lo menos lo que creo sinceramente que lo es. Por eso quizás no guste a mucho este libro. No importa. Lo he escrito para dar expansión a mi alma acongojada ante el sombrío espectáculo de bajezas e ignominias que presenciamos en esta hora de hondo duelo para los buenos dominicanos. Desde que, hace ya muchos años, pude romper las ligaduras que me ataban al personalismo político en que actué mal de mi agrado bajo el imperio de dolorosas circunstancias, mi vida ha sido de absoluta consagración a nobles y fecundos ideales de mejoramiento patrio. No he escrito una sola página, no he publicado un libro o un folleto, no he pronunciado un discurso o una conferencia, que no haya sido pensando en el bien del país. En torno mío, como perfume de flor delicada, he sentido, en ocasiones, el rumor confortante del aplauso de



algunas almas buenas y generosas. Pero las más de las veces han zumbado en mis oídos ecos bien claros de la sorda hostilidad del medio. En mi estéril labor nacionalista he gastado tiempo, salud y aun algo de mis más que modestos medios de subsistencia. Por mi impenitente liberalismo he sido varias veces recluido en un calabozo y más de una vez extorsionado. Pero me satisface y enorgullece estar solo, aislado, encerrado en el reducto de mi conciencia, fuera de la atmósfera disociadora y nauseabunda del personalismo militante. Para mi obra intelectual, relativamente considerable para lo poquísimo que en ese sentido se produce en el país, no he contado jamás con la ayuda material de nadie. Ningún gobierno me ha alargado jamás su mano en ademán de positiva distinción y ayuda. Tampoco he solicitado nunca tal cosa. Si algún valor y alguna autoridad tiene mi pluma, débela principalmente a que en lo que escribo no se trasluce ninguna influencia partidista ni se vislumbra, impulsando mi mano, la silueta de ningún torpe y engreído caudillo...





Deficiencias del medio

I

En el hibridismo de nuestro origen étnico residen los gérmenes nocivos que, fructificando con el tiempo, han determinado un estado social en gran parte refractario a un desarrollo de civilización efectiva y prolífica. De sangre indígena, de sangre quisqueyana, tenemos bien poca cosa si es que poseemos algo. Nuestra concreción étnica actual está integrada por sangre del blanco europeo de procedencia generalmente baja y maleante y del etíope salvaje y pleno de las supersticiones febricitantes y fetichistas de sus selvas africanas. De esas dos ascendencias tan distintas y desafines surgió un tipo colonial de aspectos precisos y definidos, pero poco capaz de evolucionar de manera gradual y metódica hacia formas de vida social cada vez más progresivas y perfectibles. Como dije en un estudio reciente, la colonización de esta Antilla jamás tuvo un proceso regular y coherente de adaptación a formas nuevas de existencia colectiva ventajosa y permanente. Se procedió, por regla general, con completa irregularidad, como al azar, evidenciando la clase conquistadora o la inmediatamente sucesora de ella, solo propósito de rapiña como el más fácil sendero para un rápido enriquecimiento. El *carpe diem* horaciano fue norma de conducta en esos tiempos.



Aunque las leyes de Indias estaban generalmente inspiradas en principios de relevante justicia, jamás se cumplieron ni aun en parte puede decirse, pues no obstante las incesantes y encendidas recomendaciones de algunos monarcas españoles, sus representantes, los encargados aquí de aplicarlas, uno que otro de ellos con manifiesta buena intención, tropezaron siempre como contra una inmovible muralla de granito con los potentes intereses creados, resueltos a impedir de cualquier modo la completa implantación de las benéficas medidas reformadoras. Durante cierto tiempo mantúvose la pugna, encarnizada y vehemente, entre una minoría culta y humanitaria interesada noblemente en favor de los infelices indios ya en vías de completa extinción y una mayoría absorbente y vida de monopolios e irritantes privilegios dispuesta a sostener de cualquier modo y en toda su vergonzosa integridad la vitanda y antihumana institución de las célebres *encomiendas*. Crueldad, violencias y rapiñas son los factores integrantes y determinantes de la ética que norma la actuación social de aquella época histórica.

Naturalmente, no modificada o corregida por una permanente dirección docente bien encaminada la actuación nociva de tales factores, estructuróse bajo su influencia un organismo social lleno de acentuadas deficiencias en sus modos y maneras de entender y practicar la vida. No se desconocen impunemente determinados principios sociológicos. La impulsión primitiva caracterizada por el culto a la violencia persiste aún sin mayores atenuaciones en el fondo oscuro de nuestra psicología. Ciertos de sus más desventajosos aspectos permanecen en pie aunque algo disimulados por nuestro frecuente roce con civilizaciones superiores. Durante nuestra primera época, la fundamental de nuestra historia, levantóse, sobre un plano de resaltante inferioridad mental, el edificio de la vida colectiva dominicana. Ese edificio, agrietado y ruinoso, se mantiene aún erecto sin las modificaciones que reclama imperiosamente su peligroso estado. Cerrado el período de extremada violencia con que se abre nuestro desenvolvimiento histórico, sucédele en una dilatación de tiempo tres veces secular la vegetación de una vida monótona,



de ejercicios piadosos, de rezos, de procesiones, que absorbe casi toda la actividad mental, lo mismo en lo individual que en lo colectivo, y a cuya sombra, ya casi sin empleo esa violencia que ahora dormita en un rincón del organismo colonial presta a despertarse con ímpetu al primer toque de llamada, florece un sentimiento de incondicional obediencia a la autoridad, de sumisión ilimitada a lo que viene de arriba, al monarca o a quien lo represente, al obispo o al cura, que en un principio se explica y justifica, pero que a la larga se convierte en servilismo más o menos acentuado de pésima influencia en la evolución fructuosa de las colectividades sociales...

De ahí, en gran parte, cierta extremada pasividad en la obediencia, carencia de iniciativas fecundas, falta completa de valor moral, relajamientos e inercias de la voluntad incapaz de cristalizar en empeños de saludable trascendencia. Por entre los resquicios de semejante estado de crónico rutinarismo no penetraron en ningún momento salvadores hábitos innovadores. Un proceso de petrificación mental es lo que únicamente se constata en sociedades de organización tan primitiva y deficiente. Es para mí punto menos que realidad axiomática la creencia de que aún las cosas de íntima urdimbre natural, radicadas en la misma naturaleza humana, sin poder ser suprimidas de raíz, son en todo momento capaces de modificarse, atenuarse y transformarse mediante la acción interrumpida de procedimientos de una pedagogía social penetrada de puntos de vista de genuina proyección científica aplicada sin titubeos ni indecisiones al cuerpo colectivo con la misma asiduidad y competencia con que el facultativo que conoce todos los adelantos de su profesión procura curar radicalmente la enfermedad del paciente que tiene a cuidado. Un proceso educacional, coherente, consciente en todos conceptos de su misión trascendental, inspirado en luminosas realidades de la vida moderna, acaso hubiera podido operar en nuestro medio social las modificaciones necesarias para realizar con ciertos métodos de gradación las reformas que reclama con inexcusable urgencia nuestro deficientísimo organismo colectivo. La frase del insigne Hostos aplicada a nosotros:



«Reformar la razón común», tiene positiva importancia interpretada en el sentido de romper con hábitos seculares de pensar y de sentir amamantados en un tenaz e infecundo tradicionalismo y de la tendencia a barrer seculares preocupaciones y convencionalismos, cuanto, en fin, obstaculiza con fuerza formidable nuestro ingreso a una existencia más en consonancia con muy pronunciadas peculiaridades de la civilización de nuestra época considerada en sus más altas y fecundas manifestaciones.

Bien poca cosa se ha realizado hasta la hora presente en el sentido de hacer cada vez más estrecho y restringido el dominio de la crasa ignorancia en que vegeta a sus anchas la inmensa mayoría del pueblo dominicano. En cierto aspecto no somos un pueblo, un verdadero pueblo capaz de evolucionar consciente y progresivamente. En realidad no somos más que una masa sin precisos contornos, hondamente trabajada por la acción disolvente de personalismos aviesos, cada vez más fraccionada, sin rumbos fijos, sin ideales, de una inferioridad mental que la incapacita para elevarse a un concepto de Nación aun en una acepción la menos compleja posible. Todo eso, en grandísima parte, podría desaparecer o atenuarse considerablemente mediante un propósito de difusión de enseñanza común cada vez más racional y amplia. No es de ahora que se ha preconizado la conveniencia de provocar un movimiento de reacción, loable e imprescindible, contra las formas de enseñanza vetustas y anacrónicas que aún privan en buena parte de nuestra actuación escolar. La reforma radical intentada conscientemente por Hostos es buena muestra de ello. En síntesis satisfactoria, en un sentido netamente integral, la educación vincula la convergencia de principios y procedimientos necesarios para dar al individuo, célula social, la suficiente capacidad para afrontar con resolución y éxito las vicisitudes y peligros que hay que vencer a cada paso en la vida circunstante. Esa enseñanza, en todas sus parte, debe tender a la conquista de una cultura lo más propia y peculiar posible que responda en todo tiempo a un efectivo desarrollo de civilización autónoma y definida.



Esa educación individual, como quería Augusto Comte, para que sea fructuosa, debe, sociológicamente considerada, subordinarse a exigencias y necesidades de la evolución súper orgánica.

En muchos de estos países se ha considerado siempre el problema educativo desde puntos de vista exclusivamente intelectuales. Se ha descuidado cuanto se relaciona con lo fundamental en el individuo: el carácter, la voluntad briosa y tesonera, lo que únicamente determina en el ser individual una verdadera personalidad propia para el *struggle for life*, la lucha por la vida. De ahí, en parte, la superioridad de la pedagogía sajona sobre ciertos deficientes aspectos de la de algunos de estos pueblos de cultura latina. No se trata, no debe tratarse de formar una élite de intelectuales, de enciclopédicos, de *sabios* en una palabra, sino de crear, este es el vocablo, hombres capaces de personales iniciativas y de erguirse en todo tiempo y circunstancias contra lo que reputen atentatorio a la verdad y a la justicia. Y si eso es tratándose de la enseñanza en los más altos estratos sociales, la educación común, la de las masas, sin descuidar la parte referente a dar consistencia y solidez al carácter, debe circunscribirse a un *mínimum* de conocimientos y ser gratuita y eficaz y positivamente obligatoria...

Ha sido por desdicha poquísimo, casi nada, lo que en esa vía se ha cumplido en el país. Espanta ver la exigüidad de la suma consignada en el presupuesto nacional para atenciones de la enseñanza pública. Las rentas fiscales en parte se malgastan miserablemente en cosas innecesarias creadas por el personalismo político para satisfacer exigencias provocadas por el ansia de lucro o la vanidad pueril de inconformes sectarios. Se ha hablado mucho de enseñanza, hasta se ha declarado obligatoria, pero sin los medios ni recursos necesarios para hacer efectiva tal disposición. Nuestra población analfabeta es enorme en comparación de los pocos que saben leer y escribir. Nuestras escuelas, en su mayoría, funcionan mal, sin competente personal técnico, sin modernos útiles pedagógicos, sin locales adecuados. Los Ayuntamientos son los únicos que en realidad han hecho algo



por la más amplia difusión de la enseñanza popular no obstante lo escaso de los ingresos comunales y la obligación de llenar las otras numerosas atenciones que tienen a su cargo.

II

De esa general ignorancia se desprenden deficiencias muy acentuadas de psicología colectiva. Uno de los defectos más notables y resaltantes de ella es la falta casi completa de sanción, de sanción social. No hemos acertado a comprender todavía el inmenso valor, la fuerza imponderable de esta vulgar y sencilla frase: la unión hace la fuerza. No hemos alcanzado, si acaso en uno que otro momento de nuestra historia, esa homogeneidad aplastante que, sin anular las iniciativas individuales ni mucho menos, sin mutilar nada característicamente individual, resulta el único infalible medio de llevar a cabo las más radicales transformaciones y de crear una opinión consistente y duradera que sirva de poderoso dique de contención a actuaciones malsanas y deprimentes para nuestra visión ética de las cosas. Entre nosotros no existe ni ha existido nunca verdadera solidaridad. En esa falta resaltante de cohesión social, estrecha y sólida, consiste en primer término la causa del tremendo desbarajuste que se revela en todas las actuaciones desordenadas de nuestra existencia colectiva.

Un individualismo, rabioso, torpe y disolvente, aun no atenuado en lo más mínimo, parece como que marca un ritmo de permanente impulsión en la vida incoherente y tumultuosa del pueblo dominicano. Determina de continuo una especie de anarquía en que naufragan irremisiblemente los más nobles esfuerzos y las más altas aspiraciones. No nos hacemos cargo de la imposibilidad de realizar nada estable y fecundo sin una aproximada o completa unidad de miras, sin una concatenación estrecha de esfuerzos, sin un engranaje de propósitos, de sentimientos y de ideas. Sin eso se dificulta hasta imposibilitarse la conquista metódica de finalidades de indispensable organización jurídica.



Por esa carencia de solidaridad se han aquí malogrado en agraz esfuerzos individuales o de asociaciones encaminadas a la realización de cosas eminentemente beneficiosas para el país. De esfuerzos aislados, que surgen de aquí y de allá, sin conexiones, sin nexos, sin una verdadera base de estrechamiento adecuado de voluntades, inútil resultara, siempre la pretensión de dar fácil acceso en nuestro restringido y rutinario movimiento social a formas y procedimientos de la democracia moderna con los que parece estamos perpetuamente reñidos...

Para que cualquier propósito de organización que lesiona con mayor o menor fuerza intereses creados y que tienen en su abono la duración y cierto prestigio, pueda adquirir contornos más o menos fijos y precisos de cosa real, requiere fecundarse en un ambiente social en que sus determinaciones encuentren si no en todo el mundo por lo menos en un grupo de gente culta y decidida eficaz apoyo y entusiasta aprobación. Carecemos casi por entero de ese ambiente. Poseemos una minoría inteligente e ilustrada, pero aquejada también de un muy perturbador espíritu de individualismo. Todos quieren ser por sí, particularmente, personalmente, pero solo a regañadientes solicitan la indispensable atención de sus congéneres. Cuando no en medio de una anarquía armada, de guerras civiles casi siempre desprovistas de sanos y bien intencionados anhelos, nos agitamos en el seno de una actuación incoherente, repleta de chismes, de enredos, de intrigas, de calumnias, de injustificables negaciones. En esa atmósfera resuena continuamente el ruido estrepitoso de torpes y agresivos apasionamientos. Nada se discute con templanza y caudal de adecuada reflexión. El *porque sí*, el aplastante porque sí, concluye por imponerse. Lo que principió por una discusión degenera pronto en disputa de plazuela en que triunfa siempre el que más grita y vocifera...

La falta vergonzosa de sanción se revela en no pocos aspectos de nuestra manera de ser social. En lo malo, en lo reprochable sí no nos falta solidaridad por más que esta solo sea artificial y pública, reservándose después cada cual rectificar en privado la opinión aprobatoria que externó públicamente respecto de



actos merecedores de reprobación y de anatema. Con frecuencia lamentable vemos que los que ayer no más insultaron el decoro público, el prestigio cultural a que aspira toda sociedad digna de este nombre; los que se ensañaron con gentes por todos conceptos honorables arrebatándoles sin ninguna justificación su libertad y su dinero, no contentos con tales actos, no satisfechos con esta obra abominable, se pasean erguidos y como ufanos de sus maldades por todas partes, con procaz cinismo, recibiendo el saludo afectuoso de gente que se juzga decente y aspira a que como a tal se le siga considerando. Nunca hemos puesto como era nuestro deber cordones sanitarios de desprecio a la multitud de criminales que cínicamente se codea y quiere alzarse hasta la altura de la gente buena y honrada que abunda aquí más de lo que se cree, pero que permanece en actitud de indolente retraimiento como medio de evitarse desconsideraciones y atropellos.

Encarcelar, engrillar, expulsar, robar, matar, si es en *política*, en lo que aquí llamamos política, no son crímenes para los defensores de la situación imperante. La mayoría, influida por ideas ancestrales y por una educación extraviada y rutinaria, tiende como a atenuar y aun a justificar tales barbaridades. Admira siempre, aun pretendiendo en veces disimularlo, al que pega más fuerte. Salvo excepciones, son más respetados entre nuestros macheteros los que han puesto más cruces en el cementerio. La frase es a la vez gráfica y verdadera. Solo hay una porción de gente que reprueba tales hechos, pero esa minoría se contenta con indignarse en el hogar o en reuniones íntimas, sin decidirse jamás a protestar públicamente ni a ir al periódico, a la asociación, al tribunal para perseguir y hacer condenar a los autores de ellos en nombre del decoro social escarnecido y ultrajado. Claro está que tales cosas solo se explican por esa falta de solidaridad ya mencionada que, tendiendo de continuo a la división, al fraccionamiento, a la indisciplina, al falseamiento de todo sano e indispensable control jurídico, no permite la formación de potentes núcleos de opinión capaces por su propia virtualidad de ejercer saludable influencia imponiendo respeto a cierta gente que solo bulle y obra por la indiferencia



o la cobardía del mayor número de los componentes sociales. El secreto del éxito en cualquier obra de carácter social de importancia consiste y consistirá siempre en agrupar inteligencias y voluntades en el sentido de coadyuvar decididamente a su realización penetradas ampliamente de las ventajas y excelencias que entraña y representa dicha obra. Esfuerzos fraccionados, dispersos, serán sin cesar importantes para traducirse en hechos de edificante mérito colectivo.

III

De ese rutinarismo mental, producto directo del estado de desconsoladora ignorancia en que vegeta la inmensa mayoría, despréndese, de modo principal, inficionándolo todo, una lógica política o cosa parecida de efectos prolíficamente nocivos. Lógica estática, lógica de conceptos fundamentada en una visión torpe y permanente del pasado. Como argumento soberano e irrefutable de justificación para muchos actos reprobables buscamos siempre el *precedente*, el funesto precedente. De esa manera creemos explicar y aún justificar todo lo malo. Por carencia de sanción social, el precedente, lo irregular, lo criminal que se hizo, se alza de continuo ante nosotros como demostración irrefutable de que fatalmente, por imposiciones de no sé qué hado adverso, no podemos desviarnos de las sirtes del pasado y buscar nuevos y más provechosos derroteros. El caudillaje que por impulsiones íntimamente atávicas conculca un derecho, pilla y fusila a su antojo, cree encontrar completa justificación para tales barbaridades, y para muchísimos la encuentra, en la tonta consideración de que otros tipos similares hicieron lo mismo sin ser reprobados ni mucho menos, antes al contrario, recibiendo a manos llenas el aplauso de muchas gentes interesadas en la conservación de la situación política representada por el caudillo que imperturbable y firme ejecuta tales horrores. Como si la maldad pudiera sentar jurisprudencia. Funesto, funestísimo error.



He oído muchísimas veces, en conversaciones o discusiones, a personas de relativa cultura, expresar en tono de profunda convicción, como razón contundente, aplastante, sin réplica posible, para justificar actos por todos respectos merecedores de amargas censuras, la consideración funestísima de que tales barbaridades se explican necesariamente por circunstancias del momento que pueden repetirse determinando los mismos pavorosos efectos. Se forma así, por esa vía tortuosa, un encadenamiento de maldades que tiende a prolongarse necesaria y fatalmente en el tiempo. Semejante lógica estática no merece refutarse. Se derrumba por su propio peso. Considerada así, la Historia no sería más que una repetición monótona y desesperante de persecuciones y de horrores. No fulguraría nunca en ella el rayo de sol de impulsiones de benéfica trascendencia social. Ese constante aspecto gris, esa eterna repetición de maldades, bien considerados, resultan de completa inconformidad con la realidad cuando el observador sagaz la estudia serena y desapasionadamente. En la trama cambiante del proceso histórico evidéncianse a cada instante reacciones bien acentuadas contra esas modalidades sombrías y desconsoladoras. Conservando del pasado lo que merece y necesita guardarse, debe ser siempre nuestro empeño contribuir ardorosamente a combatir lo que en él hay de lesionante y de morboso para reemplazarlo con las innovaciones que la vida va produciendo en su incesante dinamismo. No, no hay que volver la vista hacia atrás. Las circunstancias que dieron vida y carácter a un suceso histórico no son ni pueden ser las mismas incubadoras de hechos actuales. ¡Como si porque Santana, Báez, Heureaux, incurrieran, en determinadas épocas, en actos de salvaje represión debieran seguirse esos mismos bárbaros procedimientos en parecidas o análogas circunstancias, sin pensar que esgrimido tal argumento lo que se hace torpe e irreflexiblemente es justificar toda tiranía pasada, presente y venidera! ¡Como si porque la maldad imperó ayer debiera continuar imperando hasta la consumación de los siglos! ¡Como si toda nuestra vida política debiera desenvolverse en una sucesión horripilante de hechos que consideraciones



de tiempo y de psicología individual y colectiva explican más o menos satisfactoriamente!

Con mi palabra y mi pluma vengo desde hace años combatiendo decididamente ese funestísimo error de tan honda repercusión en los más visibles aspectos de nuestra mentalidad nacional. El mal, así se le engalane y acicale, es y será siempre el mal. Una barbaridad del pasado jamás justificará una barbaridad del presente. El adelanto humano evolucionará siempre, por ley de su peculiar desenvolvimiento, en una serie de cambios y rectificaciones más o menos radicales y duraderos. La natural tendencia de toda evolución consiste en la adaptación del organismo social, en toda la integridad de su complejo funcionar, a las formas diversas en que se encarnan y condensan ideales de transformación cada vez más radiantes y perfectibles. En el cementerio de lo que fue hay enterradas muchas cosas buenas y malas. Dejemos a estas últimas dormir en paz, y evoquemos, resucitemos las primeras, no para seguir sus enseñanzas en lo que tuvieron de accidentales y pasajeras sino en lo que haya en ellas positivamente adaptable a determinadas e impremitibles exigencias de la civilización contemporánea. Hay que abominar siempre a la maldad venga de donde viniere. Atenuarla o intentar defenderla con tales o cuales alegatos es hacerse a sabiendas cómplice de ella. En el país solo debería haber en la triste hora actual dos únicos partidos: el de los hombres de bien y el de los malvados.

IV

El pesimismo, un pesimismo incoherente, hecho de impresiones del primer momento, producto de una visión muy incompleta y deficiente de las cosas, fermenta con emanaciones pútridas en el fondo de la mayoría de nuestros juicios y apreciaciones acerca de personas y de cosas. Es el mismo pesimismo a que se refiere el notable escritor brasileño Sylvio Romero en un magistral estudio sociológico sobre su patria. No parecemos un



pueblo joven, en pleno desarrollo, dotado de vigor y lozanía, que comienza ahora a desenvolver sus energías, sino una sociedad caduca, desesperada, sin alientos, sin anhelos de mejoramiento, en proceso de irremediable decadencia, que ve solo por todas partes presagios de inevitable ruina. Por eso hemos recibido con tanta indiferencia la injustificable agresión del imperialismo de los hombres rubios del Norte. En nuestro ambiente enrarecido flotan de continuo átomos de infecunda desesperanza. Antes de luchar ya lo consideramos todo perdido. En ocasiones se creería que contamos largos siglos de existencia, y por obra de arraigado escepticismo, solo nos quedara ya la caduca consideración de lo vano y efímero de las cosas humanas...

El impresionismo en que de ordinario se condensa lo escéptico y pesimista de nuestro pensar y sentir parece tener su raigambre en oscuras profundidades de nuestro fondo étnico. Siempre o casi siempre la primitiva sensación nos domina y avasalla, y de ahí lo superficial e incompleto de la mayor parte de nuestras maneras de apreciar las cosas. En más de una ocasión hemos constatado el pésimo efecto experimentado por muchos al ver que sus planes y aspiraciones de mejoramiento nacional no cristalizaban en hechos resaltantes con la rapidez con que ellos hubieran querido que acaeciese. No, no es obra de romanos, no es obra imposible, pero sí difícilísima la de transformar de la noche a la mañana nuestros deficientísimos métodos de vida política y ponernos en condiciones de hombrearnos con otros pueblos de este Continente afines al nuestro por más de un concepto. Difícilísima y todo, esa empresa de reconstrucción hubiera podido llevarse a cabo, con ciertas lagunas, incompleta acaso, con medios y formas peculiares del terruño de modo que resultase lo más nacional posible y lo más en consonancia con muy acentuadas modalidades espirituales nuestras. El extranjero, por desdicha, va acaso a realizar lo que no hemos querido o podido hacer nosotros. Y si lo hace lo hará a su antojo, a su capricho, sin dársele un ardite si vulnera o hiere aspectos privativos de nuestro ser colectivo.



En lo físico como en lo social no es posible falsear impune y perdurablemente la naturaleza íntima de las cosas. La evolución se desenvuelve siempre en virtud de un determinado ritmo que no consiente ciertas desviaciones trastornadoras. Es absurdo pretender hacer en un día lo que necesita un año. Porque intereses, preocupaciones y convencionalismos se confabulan momentáneamente para cerrar el paso a ciertas reformas ardientemente deseadas, los iniciadores de ellas, sin profundizar ni poco ni mucho en la complejidad de los motivos determinantes del aparente fracaso, lo juzgan todo perdido *para siempre* y se echan en brazos del más negro y desesperante desencanto. En tales casos el magno error de apreciación es evidente. Tan malo es contemplar las cosas desde la cima de un optimismo riente y deslumbrante que todo se le antoja bueno y *excelente* como verlas con un criterio pesimista en que aparece siempre parcialmente abultada la realidad intrínseca de los hechos. Y, en último caso, sería mejor, muchísimo mejor, aceptar lo primero, es decir, una visión optimista más o menos discreta y mesurada.

V

Tal estado de alma saturado de átomos de violencia, de irrefrenable inclinación a los procedimientos coercitivos, a cuanto responda a abusivos empleos de la fuerza bruta, explica en grandísima parte el entronizamiento de menguadas y largas tiranías. Estas parece como que tienen la facultad, en más de un sentido, de cohesionar y eslabonar fuerzas sociales fragmentarias y dispersas. Nuestro radical individualismo encuentra en el tirano, durante prolongados períodos, por más que parezca antitético o paradójico, un aspecto de férrea y peligrosa unidad. Salvo contadísimas excepciones, salta a la vista el hecho de que en la América Latina solo ha florecido y florece la paz bajo la acción prolongada de despotismos omnipotentes. Parece ley histórica de estas democracias en formación, inconsistente, sin arraigo, que a períodos de despotismos sucedan inevitablemente



períodos de pavorosa y destructora anarquía en que no podemos entendernos tirando cada cual fuertemente a su lado. El tirano de estas latitudes es siempre en el fondo una gran fuerza sintética. Resulta como el instrumento fiel y adecuado en que el pensar y el sentir de la mayoría encuentran su forma de expresión más fiel y definitiva.

Quien serenamente estudia los hechos enteramente dejado de prejuicios partidistas o de otro género, atisbará siempre, detrás de esos hombres que durante años gobiernan dictatorialmente modelando superficialmente o en la apariencia determinados factores sociales, como empujándolas y sin menoscabo de la privativa individualidad de cada uno de ellos, la acción constante, preponderante, incontestable, decisiva, de los convencionalismos, supersticiones, costumbres y demás modalidades intelectuales y afectivas que constituyen el ambiente moral de sus respectivas demarcaciones nacionales. Más que en parte alguna, revélase en algunas sedicentes repúblicas de nuestra América la estrecha relación existente entre la mentalidad ambiente y el caudillaje desapoderado y estulto. Y eso siempre a despecho de una minoría culta, de muy acentuado y simpático liberalismo, empeñada infructuosamente en el laudable propósito de aclimatar sus ideas de innovación y mejoramiento. Bufos y trágicos a la vez, esos tiranuelos americanos son, por lo general, concreción personalísima de estados sociales groseramente refractarios a impulsiones de fecundo y civilizador dinamismo...

Incurre, pues, en flagrante equivocación, yerra de medio a medio, quien crea que el tirano es producto aislado, condensación individual que se exterioriza por sí propia, en un determinado instante, sin conexiones íntimas y estrechísimas con la realidad que lo circunda y penetra. Muy lejos de eso. Es y ha sido siempre manifestación individual, personificación mejor dicho de resaltantes morbosidades del medio en que se desenvuelve y subordina a su talante. A tal pueblo tal hombre. Fue Tácito, el gran historiador romano, si no me equivoco, quien dijo hace la friolera de dieciocho siglos más o menos que todo pueblo tiene el gobierno que merece. Ha caído mucha agua desde entonces



sin alcanzar a borrar lo veraz y justo del concepto. Todo ese enjambre de tradicionalismos y de otros ismos nocivos y anacrónicos que constituyen lo más visible y característico de esta o aquella mentalidad nacional, a su sazón y a su tiempo, se vincula y estereotipa tomando forma corpórea, personal, en un hombre, en un caudillo bien estructurado para el caso, con todas sus naturales y funestas consecuencias.

En los Estados Unidos y en Suiza, pongo por caso, es punto menos que imposible que haya tiranos. El medio acciona condicionado al tirano y este reacciona después sobre él lo que produce relaciones de engranaje, de causa a efecto, que solo pueden sorprender a observadores superficiales o inconscientes. Y ambos llegan, en esa serie más o menos enmarañada y compleja de acciones y reacciones, a un punto determinado de actuación y ascensión relativamente propicio para un juicio imparcial y sereno de necesaria virtualidad sintética. Tal Ulises Heureaux, aún no juzgado fielmente en todos los aspectos de su personalidad recia y musculosa apacentada desde los comienzos de su carrera en un ambiente de desenfrenos y de violencias. Fue indiscutiblemente un hombre de cierta superioridad capaz de altos empeños, pero echado a perder desde el principio por la perniciosa influencia de las circunstancias que lo rodearon despertando con crecientes fuerzas impulsiones que dormitaban en el fondo de su férreo y peculiar organismo. En su proceso ascensional solo contempló ante sí muchedumbres temerosas y sumisas. Muy pocas, habas contadas, fueron las voluntades que se irguieron ante él. Poseía cierta peculiar cultura. Hablaba varios idiomas, Lo poco que supo lo adquirió por sí propio, al azar de las circunstancias tormentosas de su vida de indomable guerrero. Y por condiciones de ambiente, por falta de gente de carácter, no tuvo casi nunca a su lado influencias decisivas que pudiesen encaminarlo por más amplios y honrosos derroteros desviándolo de los escollos a que lo condujeron las ideas de violencia hondamente arraigadas en su cerebro. De ahí su larga actuación dictatorial nociva por entero para el libre funcionar de las instituciones, plena de hechos de bárbara represión, de inmoralidades administrativas;



pero que por lo menos dio durante años paz material al país, a la sombra de la cual florecieron la agricultura y ciertas industrias y hubo garantías para el trabajo siendo el campesino respetado en sus intereses, bien diferente a estos últimos tiempos, en que tirios y troyanos, gobernantes y revolucionarios, cada cual a su antojo, lo saquean y esquilman con odioso y único desparpajo. El culpable de esa tiranía, fue el pueblo. Fue el país entero en todas sus clases y categorías. Fueron todos, absolutamente todos, unos por indiferencia, otros por miedo, otros por servilismo, otros por ambiciones bastardas de batuta y de lucro.

Fueron, fuimos todos. Y la prueba evidente de que el tirano no es la tiranía la tenemos en la magnitud de Ulisitos de pacotilla que para escarnio y vergüenza nuestra han florecido después como plantas de una vegetación monstruosa que solo crece en determinados medios sociales; verdaderos salteadores de la Hacienda pública, victimarios crueles y empedernidos de los hombres de bien, que solo han dejado tras sí, por todas partes, huellas de desolación, de rapiñas, de incontables y estupendos atropellos y violencias...

VI

Desde hace poco tiempo mi característico optimismo, tenaz, impenitente, comenzó a resquebrajarse permitiendo que penetrasen en él ráfagas de dudas y efluvios de penosos desencantos. Mi fe robusta empezó a tener momentos de vacilación. No puede ser más peligroso el estado de alma de un pueblo inerte, desorientado, escéptico, en que por ninguna parte se vislumbra la fulguración de ningún ideal. Se veía venir el naufragio sin encontrar la tabla salvadora que pudiera sostenernos sobre el lomo de olas del piélagos encrespado. Y la catástrofe ha llegado más pronto y con más horrisono fragor de lo que se hubiera creído. Después de todo no ha debido sorprendernos ni mucho menos. Camino del desquiciamiento íbamos desde hacía rato. Cada día se patentizaba más en nuestra actuación levantisca y



perpetuamente desordenada la completa falta de convergencia de ideas y de voluntades de absoluta necesidad para cimentar formas de organización jurídica que imprimiesen rumbo más o menos estable a nuestra existencia nacional.

Más que de un pueblo, que de una estrecha agrupación de hombres relativamente conscientes de su destino histórico y de lo que es el concepto de Estado, nuestra actuación nacional, en bastantes de sus aspectos, se parece a la de una tribu semi-bárbara que solo tiene ante sí una visión de incesante guerrear como medio exclusivo de satisfacer bajos apetitos de lucro y de batuta. Por imposiciones de personalismo perturbador y torpe en que se vincula nuestra dramática historia ha sido imposible reaccionar en el anhelado sentido de una evolución metódica y fructuosa que por serie de necesarias gradaciones redujese a sus debidos límites nuestra preponderante inclinación a procedimientos de fuerza y de violencia y nos llevase discreta y oportunamente a una asimilación lo más completa posible de modalidades de genuina fuerza civilizadora. Bien es verdad que para realizar tales cosas se requieren estadistas de cierta talla y nosotros no hemos tenido ninguno. El estadista, a mi ver, se descubre en su visión ideal, completa, en toda su cabal integridad, de las necesidades de un pueblo en una hora dada unida al sentido práctico de los medios, recursos y procedimientos para alcanzar gradual y efectivamente la satisfacción de esas necesidades generales. El progreso, el relativo progreso que en ciertas cosas hemos alcanzado, es producto más de la fuerza misma de la evolución natural de las cosas, de la natural tendencia a mejorar, que de una dirección gubernativa traducida en iniciativas constantes y eficaces.

La complejidad de nuestras más características deficiencias se ha alzado siempre en el camino de llevar a buen puerto ciertos salvadores y trascendentales empeños. Solidaridad y tenacidad han sido las condiciones que han faltado de continuo a nuestra clase dirigente. No hemos podido, ni en pequeña parte, destruir la fuerte levadura de indisciplina, de nociva rebeldía, de descarriado individualismo, de indiferencia, de resignación apática,



de tendencia a cruzarnos de brazos para esperar que caiga el maná del cielo, que imposibilita nuestro acceso a nuevos modos de ver e interpretar las exigencias imperativas de la evolución social, a una revisión amplia y acertada de los valores morales e intelectuales que rigen y gobiernan la mentalidad dominicana.

Esa obra eminentemente necesaria parece en mucho superior a nuestros pobres esfuerzos. En los más recónditos pliegues de nuestro organismo espiritual, aparte de otras ya mencionadas deficiencias, una especie de abulia absorbe, atrofiándolas o inutilizándolas, facultades volitivas de singular mérito y eficacia. Lejanos atavismos han determinado en nuestra inteligencia y en nuestra sensibilidad, la propensión a la pereza física y mental, a cierta quietud de ambiente monástico, que nos hace permanecer esperando la catástrofe sin poner nada de nuestra parte para impedirla o aminorar sus efectos. En nosotros, en buena parte de nosotros, se consta sobra de palabrería, de verbosidad, de charlatanismo, de cierta exaltación de un falso lirismo siempre encaminado a falsear el verdadero concepto de las cosas. Y así hemos vivido fatalmente resignados con nuestro sino adverso, derribando un tirano para endiosar mañana a otro o resbalar en la más aterradora anarquía, despreciando lo que realmente sabe y vale por lo mediocre y charlatán, para caer al fin, presa fácil y apetitosa, sin honra y sin gloria, en las férreas manos de los audaces y agresivos cartagineses del Norte...

VII

Y como corona de tales deficiencias, flor negra y pestífera, la corrupción más envilecedora y disolvente. En las postrimerías del régimen despótico del general Ulises Heureaux se exhibió esa corrupción con vivos colores, pero reducida a un grupo o a grupos más o menos caracterizados de la situación imperante. La gran mayoría del cuerpo social permaneció alejada de tales formas de medro administrativo. Pero muerto en Moca aquel férreo caudillo, el movimiento armado que siguió a esa muerte



y posteriores motines y revoluciones fueron causa de que se aumentara en proporciones cada vez más alarmantes el número de los que querían vivir de la política en un *dolce far niente* sin arrimar otra vez el hombro al trabajo. Profesionales, artesanos, agricultores, impulsados acaso en el primer momento por un sano y noble propósito de bien público, dejaron sus respectivos honrosos medios de vida para en puestos diversos contribuir a la pacificación del país; pero poco a poco, insensiblemente, se fueron aficionando a una vida que les permitía el disfrute de goces de cierto género, la voluptuosidad del mando, los halagos de la vanidad, y ya por ningún concepto quisieron volver a las asperezas de sus antiguas respectivas faenas. Se convirtieron en políticos profesionales prestos a todas las humillaciones, a todos los servilismos, a cometer todas las crueldades que se les indicase de lo alto, con tal de no abandonar una vía en que fácilmente podían alcanzar la satisfacción de menguados apetitos personales.

Y como el mal ejemplo consagrado por el éxito es siempre contagioso, el número de políticos que pretenda sostenerse holgazanamente del presupuesto fue siendo cada vez mayor. Creáronse, para satisfacer tales demandas, nuevos innecesarios puestos públicos. Al final de cada una de estas últimas revoluciones, muchedumbres espesas de pretendientes a empleos y a asignaciones acudían a la Capital de todas las poblaciones del país llenando los hoteles y casas de hospedaje y agobiando con sus exigencias intempestivas y a veces absurdas a los flamantes directores de los asuntos públicos. Comerciantes quebrados o en camino de la bancarrota que en momentos de apuro de los gobernantes prestaron sumas de dinero o facilitaron mercancías y provisiones eran de los primeros en acudir al gobierno recién constituido para exigirles el pago o por lo menos el reconocimiento de sus respectivas deudas siempre aumentadas en proporciones quince o veinte veces mayores que las sumas prestadas o los efectos suministrados. Y siempre encontraban altos funcionarios complacientes que por debilidad de carácter, o por interés, o por no desairar a gente influyente y adicta, se prestaban a tales escandalosos chanchullos.



Y el ansia desbordante de lucro y de rapiñas, la oleada de la corrupción fueron creciendo, creciendo como gigantesca inundación que amenaza cubrirlo todo con el empuje desordenado e incontrastable de sus aguas. Los que derrochaban una fortuna ganada en la política, no se resignaban a volver a su bufete profesional o al taller hacía tiempo abandonados, sino que tornaban con nuevos mal empleados bríos a reponer lo perdido buscándolo siempre con relativo éxito en el fondo de las esquilmas arcas públicas.

Ciertas Comandancias de Armas y ciertos empleos, en el ramo de Alcoholes muy particularmente, han dado orígenes a fortunas relativamente cuantiosas cuya procedencia todo el mundo conoce. La mayor parte iba a la Capital a *pesca una hicotea*, frase que traducida a la jerga política del momento quiere decir buscar una asignación o un empleo. Después se puso en moda y aún lo está todavía la palabra *majaretear* se *majaretea*, algunos no se rebozan para decir públicamente: *estoy majareteando*, cuando se busca ese mismo empleo o asignación, o una dádiva monetaria, o una protección de cierta especie, halagando, adulando, arrastrándose a los pies de los que por su posición oficial pueden satisfacer o ayudar a satisfacer esas prioridades. A tales *majareteadores*, con tal de lograr sus deseos, no les importa un bledo, salir cubiertos de nauseabundo lodo del fondo cenagoso en que se debate nuestra putrefacta política personalista. Y esos *majareteadores* no son, ni con mucho del montón como quien dice, sino gente relativamente culta, capaz de más dignos y honorosos empeños... Observando con toda la posible serenidad el cuadro intensamente sombrío de las deficiencias enumeradas y del grado de insuperable corrupción alcanzado convertida la política en arte de granjerías y rapiñas, hay que asombrarse de que hayamos podido sostenernos en pie sin haber antes caído bajo el formidable peso de nuestros propios estupendos errores y dolorosos y desquiciadores extravíos...



Reformas

I

En estos últimos tiempos muy particularmente se ha hablado mucho de la necesidad de laborar intensamente en el empeño de buscar, por medio de ciertas radicales reformas oportunas y discretas, la paulatina desaparición de las morbosidades imperantes en nuestro depauperado organismo político. Piensan muchos que nada se conseguiría con tales reformas si previamente no se modifica convenientemente al hombre, a los componentes de la agrupación social que va a ser objeto de ella. El hombre fabrica, crea leyes, instituciones excelentes, óptimas, pero vemos con cierta frecuencia que las cosas permanecen en el mismo o peor estado, que los mejoramientos esperados no llegan nunca o si llegan es falseados o transformados. Aparentemente verdaderas estas apreciaciones contienen una gran cantidad de error. La vida es demasiado multiforme para que se la pueda variar en un solo molde. Si se estudia serenamente la Historia, sin *parti pris*, sin espíritu de sectarismo, se observará siempre que los grandes hechos que han transformado en determinado sentido colectividades sociales extraviadas o estacionarias no han sido producto de la totalidad y ni aun siquiera de la mayoría de sus componentes, sino de un hombre de superioridad incontestable



o de grupos de hombres de cierta superioridad, de una *élite* que ha dispuesto de la suma de poder necesario y ha puesto en la empresa de reformatión una tenacidad a toda prueba y todo el caudal de sus privadas energías...

Si no hay ese hombre o ese grupo de hombres, inútil es esperar nada de la implantación de tales reformas. Resultarían letra muerta en el fondo como muchas leyes excelentes nuestras dictadas en diferentes ocasiones. Poseemos varios voluminosos tomos de ellas. Nuestro repertorio en esa materia es abundantísimo. Creo que los pueblos siempre están *preparados* para adelantar y avanzar en un sentido de cada vez más efectiva conciencia democrática siempre que a su cabeza esté el hombre o los hombres de buena voluntad interesados leal y patrióticamente en tal empeño. El progreso jamás ha sido la obra de las multitudes, sino la de uno o más individuos *inconformes* con el estado de ignorancia o atraso del medio en que se dilata su existencia. En la *inconformidad* de que habla Emerson está vinculada la base fundamental de todo movimiento progresivo. Las sociedades más atrasadas, más rutinarias, más estacionarias han sido y son aquellas en que por circunstancias exteriores y por deficiencias de mentalidad no se ha podido efectuar un lozano florecimiento de ideas en completa discrepancia con modos de pensar y de sentir del mayor número de los que las forman.

La Argentina semi-bárbara de Facundo Quiroga y de Rosas va gradualmente saliendo de ese estado y transformándose ventajosamente bajo la impulsión de ciertos hombres hondamente penetrados de las necesidades de la época en que actuaron y provistos del conocimiento necesario de los medios y resortes indispensables para satisfacerlas lo más completamente posible. Sobre los escombros de esa época de atraso, de rutinarismo, de barbarie, se yergue majestuosa, aureolada con un resplandor de gloria imperecedera, la gran figura de Domingo F. Sarmiento. Países en formación como algunos de estos americanos de civilización latina necesitan poseer un núcleo de hombres *representativos* dispuestos, cueste lo que costare, a acometer la magna obra de mejorar su deficientísima condición social en un sentido de



gradual y entera adaptación a modalidades de la civilización peculiares de la hora presente. Pero esos hombres representativos son como diamantes de a libra por su escaso número. No solo necesitan poseer relevantes condiciones de inteligencia, de mentalidad, sino, mucho más que eso, cualidades de carácter firme y recio, de una voluntad tesonera exenta de flaquezas y desmayos e incapaz de amilanarse ante los tremendos obstáculos que ponen de continuo en la vía salvadora los intereses creados. Y hay que declarar que de esta última clase de hombres andamos hartos menesterosos.

Bajo la presión de la mano de esos hombres estructurados para realizar innovaciones trascendentes, la evolución de desesperante lentitud privativa de sociedades irregularmente integradas se traduce en movimientos aceleratorios que en ciertos momentos son o parecen ser verdaderas revoluciones. Eso constituye una ley biológica lo mismo en los mundos de la naturaleza que en los del espíritu, en lo físico que en lo superorgánico. En lo físico, la teoría de las *mutaciones discontinuas* del gran naturalista holandés Vries parece comprobarlo satisfactoriamente por el considerable número de hechos observados en que se apoya. En lo que respecta a lo social, el insigne Gabriel Tarde ha analizado con verdadera profundidad esa faz del interesante problema. Por no sé qué oculto dinamismo ese poder aceleratorio que se desprende de ciertos hombres de alta inteligencia y robusta voluntad se exterioriza en ciertos momentos con fuerza suficiente para arrollar cosas añejas que se creía por completo irremovibles. Pero si un pueblo por carencia de esos hombres representativos, por falta de impulsión interior, de virtualidades intrínsecas, no puede por sí propio determinar la impulsión necesaria para esos movimientos aceleratorios, como no es posible permanecer indefinidamente estacionarios estando en contacto íntimo con países de un floreciente estado cultural, lo impulsivo viene de afuera y se cumple siempre con menoscabo de las modalidades espirituales que particularizan la fisonomía moral del pueblo que la motiva.



II

El tópico importantísimo, acaso vital de las reformas, ha sido objeto de muy preferente atención por parte de dominicanos distinguidos por su clara inteligencia y su constante devoción a ideales luminosos de bien público, como Mariano A. Cestero, Francisco J. Peynado, Américo Lugo, Rafael Justino Castillo, Moisés García Mella y otros que en este momento no me vienen a la memoria. Bajo la bandera de las reformas constitucionales se han agrupado desde hace tres años muchos de los elementos de más altos prestigios con que cuenta el país. Ha sido el grito de combate de tres revoluciones puede decirse. Ha encontrado eco, puedo afirmarlo, hasta en las últimas clases sociales que las han entendido a su manera, pero que al fin se han dado, en cierto sentido, más o menos aproximada cuenta de la trascendencia de ellas. Si al principio esa aspiración pudo considerarse y aún se considera por gobernantes suspicaces como eficiente pretexto de levantamientos armados, luego, consagrada y depurada en tres sucesivas etapas revolucionarias, formó ambiente y constituyó el punto cardinal adonde afluyeron, impetuosos y desbordantes, los más radicales anhelos de mejoramiento político del pueblo dominicano. Fue obra, pues, de soberana previsión, no solo abrir paso a ese cada vez más potente deseo, sino estimularlo y robustecerlo no dándole en ningún caso ni en ningún sentido carácter partidista sino neta y exclusivamente nacional. Desgraciadamente nada positivo se hizo en el camino de dar cumplida satisfacción a tan justificadas aspiraciones.

La tendencia general de todos los escritores reformistas ha sido combatir el centralismo asfixiante que forma el núcleo principal de nuestras instituciones falsamente democráticas, y del cual, como de charca cenagosa, ha brotado nuestro triste y disolvente personalismo. Nuestras veinte constituciones, todas sin excepción, de tipo centralista, monárquico pudiera decirse, no han servido sino para consagrar la dictadura, robustecer la acción ejecutiva hasta un punto apenas creíble. Toda nuestra estructura constitucional tiende al entronizamiento de la tiranía



de un hombre o de una oligarquía. En el fondo, nuestras instituciones son supervivencias medioevales disfrazadas con apariencias de modernidad. En ninguna de ellas resplandece un concepto científico de fundamentales realidades del espíritu de nuestro tiempo. En ellas vive el pasado. El famoso artículo 210 de la primera Constitución de la República que imprimió carácter abusivamente legal a la dictadura de Pedro Santana, aunque suprimido en las subsiguientes, continuó en ellas si no en la letra por lo menos en su espíritu centralizador y terriblemente absorbente. Nuestra organización jurídica ha sido esencialmente favorable a la acción perturbadora del Ejecutivo. Nuestras instituciones han estado siempre calcadas en un espíritu de tradicionalismo de fuerza, de agresividad, de violencia, en que todo personalismo político, suspicaz y tiránico, tiene amplia y sólida base. Nuestro concepto de gobierno ha tenido siempre su raíz en una idea de absorción completa de funciones de poder que se dirige sin cesar a anular los gérmenes de innovación y de mejoramientos que por ley natural surgen con más o menos relativa frecuencia en el desenvolvimiento colectivo.

III

En su serio y bien pensado folleto *Descentralización y personalismo* buscó el ilustre ciudadano Mariano A. Cestero, una de las figuras de más alta probidad que ha tenido el país, base de positiva consistencia para echar los cimientos de una organización nacional ampliamente descentralizadora y refractaria en un todo a los factores determinantes del personalismo de tan nociva influencia en nuestra tormentosa existencia histórica. Ese torpe y menguado régimen personalista ha convertido algunas de estas repúblicas de origen ibérico en verdaderas satrapías donde solo ha prosperado y prospera el culto de la fuerza, y donde el derecho, consignado en constituciones ilusorias, ha resultado perennemente un verdadero mito. La mirada del observador sereno puede seguir fácilmente, en esos ambientes tan



propicios para ello, las evoluciones progresivas y aun regresivas que, con desesperante realidad, nos presenta a cada instante ese monstruo multiforme que se llama el personalismo. Sus metamorfosis son a veces en extremo sorprendentes. Lo cómico y lo trágico, este casi siempre en mayor cantidad, alternan en su obra nefasta, obra que en ocasiones parece inspirada por no sé qué terrible dramaturgo obseso por visiones macábricas de sangre y de exterminio. A veces en la obra del personalismo vense soluciones de continuidad. Son paréntesis luminosos abiertos por algún gobernante que implanta con mano casi siempre irresoluta, sin método y sin subordinación a un proceso serial, reformas o fragmentos de reformas. Pero esos mandatarios son rarísimos. De ahí y de otras circunstancias el creciente desencanto, la opinión de muchos escépticos de que somos incapaces de salvarnos por nosotros mismos, por el bien encaminado empleo de nuestras propias energías dormidas o extraviadas, y que la organización de nuestro organismo nacional tiene que venir de fuera, de donde menos nos conviene.

En otro folleto muy interesante y jugoso del ilustrado juriconsulto Francisco J. Peynado se aboga principalmente por la atracción de una buena corriente inmigratoria en condiciones de contribuir poderosamente al mejoramiento patrio. Todas las resaltantes deficiencias y defectos que con severo índice señala Peynado y que a su juicio hay previamente que modificar o suprimir, si es que de veras consideramos conveniente para el país la llegada de gente nueva lo más afín posible a la nuestra, están ciertamente al alcance de cualquier espíritu perspicaz que se proponga calar hondo en nuestro fondo social con el fin de estudiar concienzudamente los resortes y procedimientos necesarios para introducir en él modificaciones sustanciales que nos capaciten para la pronta realización de altos propósitos de adelanto y de civismo. Hace muchísimo tiempo que, como lo indica Peynado, debió romperse abiertamente con la interminable serie de preocupaciones añejas y de mentiras convencionales, de relumbrón, que han formado la base perpetua de nuestra existencia colectiva, y preconizar, sin componendas ni pasteleo,



la manera de colocar el país en condiciones lo más propicias y ventajosas posibles de traer a nuestras playas numerosos emigrantes de raza blanca, fuertes y trabajadores, que es la única manera de acrecer considerablemente nuestra capacidad agrícola e industrial tan reducida y rudimentaria, y el único modo de haber puesto dique eficaz al desbordamiento sobre nuestro territorio de la pletórica población negra de la república vecina.

El opúsculo de Moisés García Mella, *Libertad civil*, trata con elevado espíritu asuntos de trascendental importancia para la sociedad dominicana. Centralización completa en lo militar circunscrita rígidamente a su esfera, y amplísima y completa descentralización en lo civil forman la síntesis de los puntos acertadamente tratados en el jugoso folleto de García Mella. Común, provincia, nación, deben, en el más alto grado posible, descentralizar sus respectivas formas de expansión jurídica para poder dar libre vuelo, armónico, y efectivo desarrollo, a sus peculiares energías, a sus actividades políticas, económicas, sociales, en el más radical concepto de la palabra. Esa es la verdadera fórmula de toda agrupación nacional que aspire a una organización de derecho verdaderamente democrática. A la primera ojeada pálpase que nuestra vida nacional, en sus principales aspectos, es mucho más artificiosa que real, y se desenvuelve en un ambiente de resaltantes mentiras convencionales. Durante más de setenta años hemos estado jugando a república sin haberlo sido nunca realmente. Nuestra idea de función gubernamental, siempre coercitiva y absorbente, tiene su raigambre efectiva en la herencia acumulada de tres centurias de infecundo coloniaje. Muchos esfuerzos serían necesarios para desprendernos de concepto tan añejo y tan funesto. Bueno o malo, todo lo esperamos de arriba. Para la inmensa mayoría, el gobierno –que tiene funciones muy precisas y concretas– debe hacerlo todo, abarcarlo todo, poner su mano, muchas veces estranguladora, en todas las manifestaciones de la existencia nacional. Hay que dejar a los gobiernos, a los Ejecutivos –ojalá no fueran necesarios– que llenen sus legítimas funciones, y laborar cada cual, viril



y conscientemente, sin titubeos ni desfallecimientos, en todo noble y generoso empeño de mejoramiento colectivo.

Américo Lugo y Rafael J. Castillo en diversas ocasiones han apuntado en la prensa nacional ideas muy juiciosas y oportunas acerca de estos asuntos de tan vital interés para el porvenir del país. Pero sus voces como todas las demás se han perdido estérilmente en el más pavoroso vacío. Aquí no se lee puede decirse. Todas esas prédicas giran en torno de una minoría ilustrada que tiene ya sus convicciones hechas a ese respecto y a la que no hay necesidad de convertir. Hasta la masa, sumida en crasa ignorancia, no llegan casi nunca. Y así seguimos vegetando a las sombras letales de instituciones caducas y por completo insuficientes para prácticas y procedimientos de la democracia representativa entendida en su más radical y benéfica acepción... Cada vez que he oído hablar acerca de reformas, he pensado que la más eficaz y positiva garantía de ellas, sería comenzar por la descentralización completa de la administración de justicia libertándola por entero de toda influencia oficial por medio de rentas propias que manejasen empleados directamente nombrados por ella a fin de que no estuviese nunca expuesta a claudicar o a no funcionar por suspensión de sueldos o amenazas partidaristas perturbadoras de su vida económica.

IV

En la vida, en lo individual como en lo colectivo, es suprema virtud la previsión. Su valor más efectivo y trascendente se aquilata, en grado máximo, en las funciones gubernativas. Desde arriba, desde las alturas, lo mismo en lo físico que en lo moral, se puede precisar con sus principales detalles característicos una exacta o aproximadamente exacta visión de conjunto. El político verdadero, el estadista sagaz, el hombre de gobierno, frente al conjunto de aspiraciones, anhelos y exigencias más o menos apremiantes que por virtud de cierto dinamismo social se producen en un momento dado, está en el deber imperioso,



por previsión prudente y discreta, de escuchar a tiempo, oportunamente, sin indecisiones ni titubeos, esas voces que vienen de abajo traduciendo un estado de alma más o menos pronunciado del ser colectivo; murmullo tenue y suave al principio, más fuerte y resonante después, hasta trocarse en concierto de amenazas como en ciertos coros de la tragedia griega. En estas democracias de aluvión, inconsistentes, irreflexivas, impresionables, tales voces, inescuchadas o desatendidas, suelen llegar con frecuencia a extremos deplorables que hay que evitar a todo trance. Imperdonable es en un gobierno bien intencionado pretender con amenazas o subterfugios contener o desviar esa corriente de opinión que persigue ansiosamente un objetivo determinado. Lo prudente en el hombre de gobierno es ponerse a la cabeza de ese movimiento o cuando menos encauzarlo hábil y provechosamente.

Así creí yo firmemente que lo haría el gobierno surgido de las últimas elecciones. Timbre de *honor* hubiera sido para don Juan Isidro Jimenes, el candidato triunfante, haber puesto todos los medios gubernativos, de tantísima eficacia entre nosotros, al servicio de la justa causa de las reformas. No sucedió nada de eso por desgracia. Pronto se vio que ni él ni los que lo rodeaban parecían tener mayor interés en la implantación de ellas. Parecía esquivarse abordar de frente al problema. Acaso intereses partidaristas se movían en la sombra para impedir se intentase nada seriamente con ese propósito. No hubo la abnegación necesaria para encimarse a mezquindades de intereses personalistas efímeros y llevar a cabo una obra de reconstrucción nacional. Y sin haberse nada intentado nos ha sorprendido la intervención militar norteamericana. Las reformas se harán porque es imposible desatenderlas por más tiempo, pero ya serán tal vez bajo la influencia desdolorosa, o lo que es quizás peor, bajo el control ominoso de un abusivo poder extranjero.





Actuación histórica

I

Una rápida ojeada a nuestra tempestuosa y dramática historia resulta necesaria para poner de relieve la constante influencia de los factures morbosos que en todo tiempo y circunstancias han obstaculizado el desenvolvimiento de iniciativas de organización y de mejoramiento. Condensación radiante de la idea redentora que culminó en el grito emancipador del Conde, el febrerismo, integrado por jóvenes patriotas de innegable cultura, para su época, propendió siempre durante su rápido paso por el escenario político, en sus más patentes tendencias y en la nobleza de sus procedimientos, a que la república creada por ese entusiasta grupo juvenil respondiese a una organización democrática compatible con poderosas circunstancias de la hora presente. Mientras esa agrupación encarnó la aspiración unánime o poco menos de desligarnos de la dominación haitiana solo columbró horizontes rientes y despejados. Usufructuó amplia y exclusivamente la popularidad, y en su empeño de hábil y prolífica propaganda separatista cosechó abundantemente aplausos y adhesiones. Realizado el anhelo de emanciparnos del vergonzoso yugo haitiano, la situación a ese respecto varió enteramente. La escisión se produjo con rapidez eléctrica. Febreristas amantes



de una libertad bien entendida y fecunda y reaccionaria de tipo colonial se encontraron de pronto frente a frente. Revelóse casi al momento que en realidad los febreristas, en su utópico ideal de un régimen de libertad y derecho, sustentaban anhelos inmensamente superiores a la estrecha comprensión de las masas, de la inmensa mayoría.

Ante ellos, ante sus más caras aspiraciones, rugiente y formidable, se alzaba el medio con todos sus tradicionalismos, supersticiones, formas convencionales de existencia rutinaria enteramente apegada a estrecheces habituales de pensamiento y de acción. Estaban puede decirse solos, enteramente aislados con sus relativamente avanzadas ideas de un gobierno liberal, de finalidades cívicas, sin máculas de personalismos ni de irritantes protectorados extranjeros. Aquellas masas atrasadas, ignorantes, las mismas poco más o menos de hoy, no podían en modo alguno alcanzar por sus propios medios mentales la aproximada apreciación de tales innovaciones que herían en gran parte sus ideas de obediencia y de viejo y recio autoritarismo. Obra efímera, generosa y excelsa, de un grupo reducidísimo que, desde el primer momento, sintió que la tierra temblaba bajo sus pies y que en ningún caso podía contar con la adhesión de los principales elementos de fuerza dueños de la situación, el febrerismo fue solo como una rápida fulguración bienhechora en el alba de nuestra vida nacional. Aquellos mancebos de ingente y generoso espíritu resultaron en absoluto inadaptables al ambiente. Solo alcanzaron como recompensa de sus magnas labores el tétrico calabozo, el exilio interminable, el torturante patíbulo. Sobre sus frentes juveniles, aureoladas por el martirio, la musa de la Historia entona de continuo las dolientes estrofas de una larga y sollozante elegía.

Frente a esos propósitos inasequibles, utópicos por condiciones de ambiente y de hora, el santanismo conservador, audaz, impetuoso, agresivo, arrollador, sin escrúpulos, sin pararse en barras demostró con su éxito resonante y fulmíneo que vinculaba en sí la manera de pensar y de sentir de la inmensa mayoría del pueblo dominicano. Observado atentamente, el representante



más conspicuo de ese movimiento reaccionario, Pedro Santana, hombre basto, zorruno, de mucha trastienda, valeroso en sumo grado, resulta en mucho de los aspectos de su personalidad recia y musculosa típica e insuperable concreción del caudillo de estas latitudes. Durante largo tiempo, el santanismo se impuso por sus condiciones de fuerza y de violencia hasta producir como fruto podrido el monstruoso error de nuestra nueva conversión en colonia de la Monarquía española.

II

Toda nuestra actuación nacional revela con indiscutible evidencia nuestra permanente flaqueza espiritual, la acentuada desconfianza en nuestras propias fuerzas para afianzar y robustecer un organismo independiente de positivas finalidades jurídicas. Un concepto de Estado estructurado a la moderna, organizado jurídicamente, soberana expresión de una colectividad nacional de caracteres de cierta fijeza y estabilidad, nos ha faltado constantemente. Aún antes de la Separación de Haití, los elementos conservadores en que aún vibra intensamente el espíritu colonial alientan la creencia más o menos sincera de que por lo pequeño de nuestro territorio, lo escasa de nuestra población, lo paupérrimo de nuestro estado económico, la siempre amenazante vecindad de los negros haitianos, el país carece de condiciones para constituir una verdadera nacionalidad si no es bajo el amparo y dirección de una poderosa potencia extranjera. Antes y después del movimiento separatista de 1844 se produjeron numerosas tentativas en ese sentido. Sería larga y enojosa tarea enumerarlas ahora...

Ese estado de espíritu de la clase dirigente constituye a mí ver el factor predominante en el caso de nuestra anexión a España en 1861. Cuando se acentúa la desconfianza en sí mismo, cuando un pueblo carece de fe en sus propias energías, cuando el apocamiento de voluntades salta a la vista revelándose de continuo en actos de cierto género, justo es esperar en una u otra



forma la pérdida de la personalidad de esa agrupación nacional. En el hecho de nuestra vuelta al dominio de la antigua y siempre amada Metrópoli entran en proceso de convergencia algunos factores a cual más importante. Uno de ellos, el más visible y sin disputa el más influyente en la postrera etapa de la elaboración de aquel trascendental error político, fue el continuismo. Nuestra devoción a la España vieja, a la España tradicional, al viejo solar de nuestros abuelos, contribuyó indudablemente a ese suceso como fuerza moral, pero sin carácter determinante ni decisivo. Otros motivos, por su carácter relativamente secundarios, permanecen en zonas de sombra. Como en muchos cuadros de Rembrandt las porciones intensamente iluminadas, solo lo bañado en el cuadro de la Anexión por la luz de una observación serena y reposada atrae y fija la mirada investigadora de una crítica histórica sagaz y diligente.

En estas informes e inconsistentes democracias de reciente formación, el continuismo se singulariza y manifiesta en una acentuada tendencia a la acaparación indefinida de las funciones del poder supremo por un tirano o por una oligarquía. La figura central, representativa de esa oligarquía durante casi todo el período de la Primera República, fue Pedro Santana, el tristemente célebre Marqués de las Carreras. Desde el primer momento arrolló cruel e implacablemente cuantas tendencias a discutir y a combatir su férrea y omnímoda tiranía se alzaron con cierta frecuencia en su camino de persecuciones y de patíbulo. Su mérito indiscutible estriba en haber sido el principal hombre de armas en nuestras frecuentes luchas con los haitianos. De todas las facciones, la santanista, por la popularidad incontestable de su jefe, fue la que alcanzó a imponer por más tiempo su terrible y desenfrenado absolutismo. Pero se mantenía intranquila, en la permanente zozobra de los amagos y asechanzas del bando contrario que, aunque vencido y pisoteado, acariciaba la esperanza de la recuperación en plazo más o menos breve del mando perdido para gozar de las ventajas y satisfacciones del poder y tomar con fruición las acostumbradas represalias de sus enemigos políticos. Ojo por ojo, diente



por diente. Ningún personalismo político adueñado del poder lo suelta fácilmente. Lo cree suyo, de su absoluta propiedad, y contra esa arraigada convicción resulta por completo inútil cuanto se haga legalmente para llamarlo a la verdadera vía. Casi siempre hay que cortarle las manos para que suelte la presa. De ahí, de la combinación de ambos factores, del pesimismo tenaz de los elementos que se mantienen aferrados a un criterio conservador de acentuada desconfianza en nuestra capacidad material y moral para la vida independiente y de un continuismo gubernativo cada vez más agresivo y carente de escrúpulos, surgió la desdichada aventura de nuestra inconsulta anexión a la siempre recordada madre patria.

La reacción contra esa obra irreflexiva, inoportuna, sin previo estudio de ciertas formas de vida dominicana por parte de España, vino presto, arrolladora y trágica. Y vino más que por un amor patrio sintetizado en la restauración de la perdida autonomía por obra de la falta de tacto y de oportunistas en los flamantes dominadores. Revelaron, desde su llegada, un completo desconocimiento de nuestras peculiares formas de existencia social. Deficiente y todo, nuestra actuación como entidad nacional había creado ciertos hábitos de una libertad sin apropiada consistencia legal, pero que era fiel expresión de costumbres muy arraigadas en todas las clases de la sociedad dominicana. Esas costumbres tan caras al sentimiento popular no recibieron la más leve muestra de respeto de parte de los nuevos señores. El choque sangriento y decisivo, que vino después, pudo ser quizás evitado indefinidamente...

III

Esa anexión fue obra de un partido exclusivamente. En medio de la consternación y el estupor de muchos dominicanos dignos consumóse el inicuo asesinato de una nacionalidad. Dos años de lucha reñida y sangrienta se necesitaron para recobrar gloriosamente la perdida independencia... Y cosa



estupendamente increíble: cinco años después de terminada la cruenta pugna, fresca aún la sangre vertida copiosamente en ella, retoña de nuevo con mayor vigor la venenosa planta anexionista que podía y debía considerarse como extirpada hasta en sus más profundas raíces. Una facción adueñada del poder la maquina, primero arteramente, en la sombra; después con franco y desmedido cinismo, convertir la aún convaleciente República en colonia o dependencia de una Nación con la cual nada nos aproximaba puede decirse. Ya no se trata de España —y esto resulta lo más asombroso— con la que teníamos y tenemos tantos vínculos de afinidad, origen, idioma, religión, costumbres... Ahora las vergonzosas tentativas de los vendepatria se dirigen en línea recta a los Estados Unidos, nación cuyo espíritu, lenguaje, religión, y otras cosas parecen marcar ante nosotros una línea divisoria difícilmente insalvable. Pero el continuismo gubernativo es ciego. Nada se le importa de tales diferencias esenciales con tal de lograr satisfacer sus inmoderados y vitandos apetitos.

Secundados por los principales corifeos de la agrupación política que le presta incondicional devoción, inicia febril y tesoneramente el presidente Báez un nuevo proceso anexionista. Cansa y aún indigna seguir la marcha ascendente de tan escandalosas negociaciones en que con impudente cinismo se traficaba con la honra y el porvenir de un pueblo. Ese proceso comienza con insinuaciones al cónsul norteamericano Smith respecto del deseo del gobierno de ponerse bajo la protección de los Estados Unidos. Ya más tarde, avanzando con más resolución por la tenebrosa vía, propone sin ambages la incorporación de la República a aquella gran nación comprometiéndose para ello a que el pueblo dominicano expresase de *su libre y espontánea voluntad* ese deseo «por medio de una votación general, por aclamación, o de la manera que aquel gobierno lo juzgase necesario». Más tarde, siempre avanzando con más bríos por el vergonzoso sendero, dice el citado mandatario en su mensaje de 1870:



Que la República Dominicana no podía en el porvenir resolver el problema político-social de su existencia, sin el poderoso apoyo de una nación libre y experta que, regenerándola, le diese útiles y prácticas lecciones sobre el secreto de la vida de los pueblos.

En síntesis, ahí estaba y está el sentir de mucha gente dominicana impenitentemente anexionista.

Los manejos anexionistas de aquella situación política fracasaron ruidosamente. No solo contribuyó a ello la protesta armada de algunos patriotas, sino, principalmente, la circunstancia de que, aparte la acción personal del presidente Grant, la política americana no había asumido ni con mucho, su actual carácter de expansión imperialista. El Congreso norteamericano rechazó de plano el vergonzoso mamotreto anexionista. Comprendió fácilmente que los dieciséis mil votantes a favor del proyecto lo hicieron, como cuando España, constreñidos por la imposición o por el miedo. En la vía de la imposición el partidarismo político hizo milagros. Uno de los servidores más incondicionales y devotos de aquella situación política, el general Caminero, enhestó en El Seibo la bandera americana atribuyendo el hecho a las masas populares inflamadas de indescriptible entusiasmo. La comedia habría resultado divertida si no se hubiera estado jugando a mansalva e infamemente con los destinos de un pueblo. Pero aquellos manejos proditorios no dejaron de producir algo para consuelo del personalismo despechado por el sensible e inesperado fracaso. Como productivo gaje quedó de aquellos manejos el arrendamiento de la gran bahía de Samaná a una compañía norteamericana.

Después de eso ninguna nota de vibrante y noble idealismo ha resonado en nuestro concierto político. Las mismas causas produciendo los mismos monótonos efectos. Continuamos como hoy marchando a tientas, por entre sombras, y contemplando con espanto cómo siguen asaltando, en ruidoso tropel, el alcázar del poder, los ignaros, los mediocres, los aventureros del montón, mientras se quedan rezagados, muy atrás, los



verdaderamente capaces de hacer algo por el mejoramiento del país... Y cuarenta y cinco años después de aquella abortada tentativa cuando parecía definitivamente consolidado el sentimiento nacional, resuenan en algunas hojas periódicas voces tristemente vergonzantes aduciendo razones especiosas para justificar la actual ominosa intervención yanqui, y se arman dominicanos con el objeto de ayudar al invasor en la obra nefasta de destruir la soberanía de un pueblo digno de ser estimado y respetado por su resistencia a soportar vejaminosos yugos extranjeros.



Imperialismo norteamericano

I

En proceso de incubación, el imperialismo yanqui comienza a exteriorizarse desembozadamente con sus formas y procedimientos, más o menos bien disimulados, más o menos agresivos y brutales, inmediatamente después de terminada la guerra que puso fin al dominio español en las Antillas. Yo no sé si un determinismo rígido estructura y cohesiona los hechos históricos con independencia más o menos absoluta de nuestra voluntad o si esta misma voluntad, en determinados casos, asume una proyección consciente y clara en el proceso de evolución de esos mismos hechos. El tema es arduo y aún no ha podido ser, quizás no lo sea nunca, definitivamente dilucidado. ¿Los hechos parecen muchas veces eslabonarse al azar, extenderse en la línea ondulosa de lo accidental y fortuito para, en ciertos períodos, fecundados por condiciones de ambiente y de hora, producir determinadas concreciones de carácter histórico de influencia más o menos beneficiosa y nociva en el permanente *devenir* de la especie humana? ¿Somos obreros conscientes, verdaderamente conscientes, de la trascendencia y alcance de la concreción histórica que en ciertos instantes contribuimos a realizar? ¿Sentimos solo el movimiento inmediato, el roce suave



o áspero de la onda de impulsión que nos empuja? ¿Nuestra intervención personal, rápida o duradera, alcanza siempre o con frecuencia a percibir toda la magnitud del tejido que elaboramos o solamente registramos en el teclado de nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad formas muy limitadas y precisas de ese proceso histórico? La concatenación de causa y de efectos que, en sí, dentro de un criterio de infranqueable relatividad, regula y presta cierta pronunciada base de estabilidad al desenvolvimiento científico, parece, en ocasiones, no tener en la Historia una fuerza idéntica, pues, en veces, causas determinantes, más o menos iguales o parecidas presentan gran variedad de efectos en sus cristalizaciones históricas.

No es posible, sin embargo, revocar a duda que más de una vez el fondo determinante de una evolución histórica se patentiza con aspectos de indiscutible evidencia. Un innegable fatalismo histórico preside ciertas épocas del desenvolvimiento humano. Lo que hoy bautizamos con el nombre de imperialismo, es decir, la expansión absorbente, en forma política o económica, de un pueblo que ha llegado al ápice de su poderío sobre pueblos limítrofes o cercanos de manifiesta debilidad orgánica, no es fenómeno histórico característico de nuestro tiempo. El imperio romano, en el mundo antiguo, es prueba elocuentísima de ello. En su dilatación territorial basada en su incontrastable empuje militar absorbió no ya pedazos o porciones de territorio sino lo que es más: civilizaciones superiores a la suya como la luminosa e inmortal del pueblo helénico. Bien es verdad que pronto el amo tuvo que rendir vasallaje espiritual a la colectividad conquistada...

Como el individuo que atesora y por ambición, por avaricia, por hábito o por lo que sea, propende a continuar enriqueciéndose sin regla ni medida, una nación colocada en ciertas y determinadas circunstancias, en el colmo de su grandeza material, los Estados Unidos pongo por caso, vecina de pueblos que aún no han podido refrenar sus turbulencias anteriores y elevarse a lo que es o se supone que sea su destino histórico, no limita nunca su desbordamiento, su proyección ambiciosa, sino en el punto o



los puntos en que dificultades más o menos insuperables la hacen precisamente detenerse. En efectiva posesión de una potencia colosal de acción exteriorizada constantemente en resortes y medios de influencia mundial, esa nación, así engrandecida y consciente de su poderío, se hace conquistadora, monopoliza mercados para asegurar su producción y adquirir la ajena en la porción que le interesa, lo que a la larga engendra celos y rivalidades con naciones también de formidable grandeza política y económica. Para su defensa nacional, los Estados Unidos necesitan poseer en el archipiélago antillano ciertos muy conocidos puntos estratégicos. Dentro de su zona de expansión y de defensa estamos estos países antillanos fatalmente situados.

La tan traída y llevada doctrina de Monroe, es a mi juicio el punto básico de iniciación del actual imperialismo yanqui. Acaso, como sucede siempre aun al estadista más sagaz y clarividente, el presidente Monroe, autor de aquella doctrina, no pudo sospechar ni siquiera remotamente que ella, interpretada erróneamente o acomodada elásticamente a condiciones de ambiente y de hora, serviría con el tiempo para señalar derroteros enteramente antitéticos a los preconizados en aquella época y aun tiempo después por la gran democracia norteamericana. Las trece colonias cuna de esa nacionalidad, faja estrecha de tierra bañada por el Atlántico, fueron lentamente creciendo hasta adquirir su actual colosal engrandecimiento, pasmo y asombro del mundo. La prohibición que entraña la doctrina monroísta de impedir a las monarquías europeas la posesión de nuevas tierras en este continente trocose en libertad ilimitada de hacerlo a los mismos Estados Unidos en formas más o menos agresivas y capaces de cierta justificación. El magisterio, la especie de curatela de pueblos que pretenden ejercer, no es, en el fondo, sino una derivación sutil y alambicada de aquella doctrina. Para que esos pueblos levantiscos y turbulentos no sirvan de pretexto a la codicia europea para adueñarse de ellos o aprovecharse de sus debilidades crónicas, el imperialismo de los hombres del Norte se apresura a impedirlo estableciendo en los más cercanos su formidable hegemonía...



II

La aspiración a establecer un protectorado más o menos susceptible de ampliarse sobre estos pueblos antillanos no ha sido nunca cosa nueva en estadistas y escritores norteamericanos. Ha germinado durante cierto tiempo sin causar mayor escándalo por la creencia de ciertas dificultades que obstaculizaban su realización y que se reputaban como insuperables. Después de perder España sus colonias antillanas quedó franco y expedito el camino. Principió con la conquista de Puerto Rico y con la Enmienda Platt en Cuba, especie de espada de Damocles pendiente de continuo sobre la cabeza de la heroica y rica república que a costa de los sacrificios y heroísmos de tres sangrientas guerras pudo alcanzar su independencia. Para muestra de lo que para esa gente del Norte significa la posesión de las principales islas del archipiélago antillano reproduzco aquí las palabras pronunciadas hace algún tiempo por el senador Heyburn con motivo de una discusión acerca del Canal de Panamá:

Si puedo hacer una digresión, dijo, respecto de esta cuestión hasta relacionarla con la resolución que he tenido la honra de presentar al Senado proponiendo que por el departamento correspondiente se inicien proposiciones para la adquisición de la isla de Santo Domingo se verá que está en completo acuerdo con mis sugerencias del momento presente.

La situación de Santo Domingo en el océano Atlántico hace que sea la tierra más vecina del canal de Panamá pudiendo ser esa isla actualmente obtenida bajo ciertas condiciones por el gobierno de los Estados Unidos. Ella se encuentra directamente en la vía que conduce a la entrada del canal. Hemos perdido a Cuba que a mi juicio podíamos y debíamos conservar. ¿Pero al fin la hemos perdido? ¿Qué podremos esperar de ella en el porvenir? Lo ignoro; pero a nuestra mano, a nuestro alcance, se extiende la gran isla de Santo Domingo.



Yo no tengo la intención, al presentar esta proposición, como tal vez pueda creerse que la motiva un propósito de expansión, de imperialismo, de extendernos más adquiriendo nuevos territorios y nuevas poblaciones... Es simplemente para que el país pueda asegurarse, en mitad del camino, entre nuestros puertos y el canal, una base terrestre que en tiempo de guerra nos ponga en condiciones no solamente de proteger el canal sino la isla de Puerto Rico.

Además de sus ventajas comerciales, que no enumero aquí por ser sobrado conocidas, además de esas ventajas, repito, la soberanía y el gobierno de la isla de Santo Domingo son necesarios para la seguridad de los cuantiosos fondos que representa la construcción del canal de Panamá...

No vale la pena seguir copiando más. Solo los tontos de capirote, los que no ven más allá de sus narices, pueden figurarse que la abusiva injerencia yanqui en nuestros asuntos interiores obedece solo a móviles nobles y desinteresados.

III

¿Hasta dónde llegará el movimiento de imperialismo absorbente del coloso del Norte? Por ahora parece tener por límite el canal de Panamá. Ya sabemos los hechos de injustificable agresividad consumados en México, Nicaragua, Panamá. La ocupación militar de la República de Haití aduciendo razones humanitarias de evidente falsedad es un negro borrón para aquella democracia... Desde comienzos de la actual centuria, cuando aún no regía la Convención, ya los yanquis, so pretexto de mediación amistosa o cosa parecida, principian a tomar parte, fungiendo de pacificadores, en nuestras desquiciadoras luchas civiles... En Puerto Plata, sitiada la ciudad por los revolucionarios, la oficialidad de un buque de guerra de aquella nación surto en el puerto bajó a tierra y actuando a su guisa de árbitro irrecusable señaló



una zona de combate de la cual no podía salirse ninguno de los bandos contendientes.

Cosa peor ocurrió en Villa Duarte, pintoresco pueblecito situado en la margen del Ozama frente a la ciudad de Santo Domingo. El suceso allí pasado puso espanto y consternación en los ánimos. Servía el pueblecito o parte a él inmediata de punta de apoyo a una guardia revolucionaria que desde allí cambiaba frecuentes disparos con la plaza sitiada. En un momento en que arreciaban los tiros cruzó la ría un bote de un crucero norteamericano fondeado en el Placer de los Estudios alcanzando una bala y dejando muerto a uno de los marinos que tripulaban la pequeña embarcación. Poco después el buque americano abrió sus fuegos sobre el cantón revolucionario poniéndolo en desordenada fuga. También desembarcó en el lugar, aunque momentáneamente, un destacamento de marinos. Fue grande la indignación en la ciudad de Santo Domingo, aunque solo once protestaron. Acaso como el abuso de fuerza de los yanquis favorecía al gobierno sitiado hubo el temor de comprometerse y de ir a chirona...

Ese es el anverso de la medalla. En él los yanquis parecen asumir toda la responsabilidad de la injustificable agresión. Pero el reverso, la verdad histórica parece ser otra, y justo es confesarlo en homenaje a esa verdad así perjudique al buen nombre de un político dominicano. He ahí lo que en esos días escribió desde Nueva York, un distinguido compatriota digno por todos conceptos de entero crédito: «La prensa de esta ciudad anuncia que el periódico *Tidendes*, de Saint Thomas, censuró el bombardeo hecho por los cruceros de guerra americanos, Columbia y Newark, el día 11 de los corrientes, sobre las fuerzas revolucionarias de Villa Duarte, como obra espontánea de los comandantes de dichos cruceros. Esto dio motivo a que el comandante Muller, del crucero Columbia, que a la sazón se encontraba en Saint Thomas, dirigiera una carta al director del *Tidendes*, la que este publicó y en la que el comandante dice: “Aseguro a Ud. que consulté al presidente provisional, señor Carlos F. Morales, y obtuve su sanción para disparar sobre los insurrectos y desembarcar tropas en Villa Duarte. Ni un solo disparo fue hecho y ni un solo hombre desembarcado antes de obtener el permiso”.»



Ramón Cáceres

I

Hacía poco más de una semana que, pasando por Moca, en excursión de recreo, había evocado, frente a la guácima histórica a cuya sombra cayó Ulises Heureaux en la tarde del 26 de julio, el cuadro de intensidad trágica en que, en un instante, se decidieron los destinos del país... Varios días después, en la gloriosa ciudad de Santiago de los Caballeros, puso en mi espíritu estremecimientos de tristeza y espanto la noticia del trágico fin del presidente Cáceres, en la amplia carretera, bajo el palio esplendoroso de una tarde autumnal, herido mortalmente por certeros disparos de sus amigos de ayer... Como no serví ni combatí su gobierno, mis apreciaciones respecto a su personalidad no pueden resentirse de apasionamientos ni de rencores. Particularmente me era extremadamente simpático. Surgió en un momento conflictivo, aureolado por la tragedia, y cayó en todo el vigor de su vida, en toda la plenitud del poder supremo, bañado en la púrpura de su propia sangre... Por una de esas improvisaciones tan frecuentes en estas levantiscas y desordenadas democracias, se alzó desde la existencia apacible del hombre del campo laborioso y probó a las alturas del mando absoluto, y es rendir tributo a la verdad confesar que no fue un tirano ni sintió



los deslumbramientos propios de quienes desde las cumbres del poder se han acostumbrado a ver a los hombres arrastrándose a pies como viles rebaños...

En las alturas del mando fue el mismo que en la vida privada: jovial, probo, dechado de moralidad austera... Amigos y adversarios reconocieron siempre en el general Cáceres dotes relevantes de hidalga franqueza y otras muy salientes virtudes personales que lo hacían en mucho refractario a las intrigas, falsedades y cobardías de que se muestra tan pródigo nuestro criollismo político. Su última sensacional declaración de que no aceptaría, en ningún caso, que se postulase su candidatura para un nuevo período presidencial, aun puesto en duda por algunos, representó para mí como un rasgo de alta y luminosa sinceridad propio de un alma apacentada de continuo en un ideal de sano y vigoroso patriotismo. Su error trascendental, el error que decidió toda su vida, consistió en haberse dejado llevar, consumado el hecho de Julio, por la onda de los sucesos, sin percatarse ni poco ni mucho de la realidad circundante, de lo que positivamente representaba su personalidad por algunos conceptos inadecuada para el papel que desempeñó posteriormente. Al empuñar el arma mortífera creyó leal y noblemente que cumplía un deber patriótico y la pureza de esa intención justifica plenamente el hecho que lo llevó a la cumbre; pero se equivocó al no dar la espalda, altiva y bellamente, como un héroe antiguo, a las sollicitaciones y halagos de los que, en rápida carrera, lo llevaron a cargos públicos para los que no estaba suficientemente preparado. ¡Qué excelsa gloria coronaría su figura histórica de ciudadano austero y probo, si, cumplido lo que juzgó su deber, hubiera rechazado desdeñosamente, como lo esbozó al principio, los honores que en horas de exaltación se le ofrecían a manos llenas para volverse, austero y sereno, a continuar en íntima comunión con la tierra regada por el sudor de su frente, y contemplar desde su honroso retiro de Estancia Nueva, con serena conciencia y ungido por las simpatías de todos sus conciudadanos, la transformación



producida en nuestra vida política por su acto de decisión en la trágica tarde del 26 de Julio!

El torbellino de los sucesos lo llevó por rumbos para él desconocidos, y ya en cargos públicos elevadísimos tuvo que aceptar responsabilidades tremendas, esas responsabilidades que impone inflexiblemente a sus caudillos el personalismo político. Su muerte produjo una honda conmoción en todos los ámbitos del país. Por su recio autoritarismo y por su mano de hierro, Ramón Cáceres, en nuestra historia, es como el último eslabón de la cadena de caudillos que comienza en Pedro Santana, acaso, remontando más lejos en Sánchez Ramírez el brioso paladín de la *Reconquista*, es decir, de nuestra primera reincorporación a la monarquía española. En cierto sentido, en un sentido de criollismo político dominicano, es quizás el último Presidente de verdad que ha tenido la República.

II

En la administración del general Cáceres si hubo bastante de malo puede constatarse que hubo también mucho de bueno. El defecto capital de su política, que en sus últimos meses de gobierno pareció rectificar el nimbo, estribó a mi juicio en su carencia de interno dinamismo, de caracterizada evolución en un sentido discreto y oportuno de renovación del alto personal dirigente que diera acceso a elementos políticos de reconocido valer señalados por la opinión como muy capaces de colaborar eficazmente en la obra emprendida de mejoramiento general. Al juzgar la obra de esa administración conviene huir de los extremos en que respectivamente se sitúan amigos y adversarios para buscar el justo medio único que puede dar una visión clara y aproximadamente de los hechos. Detalles que en ciertos momentos asumieron exagerada importancia, vistos desde cierta altura, pierden su falsa apariencia de gravedad, desvaneciéndose o fundiéndose en la armonía y amplitud del conjunto...



Es cierto que durante el gobierno de Cáceres no se disfrutó de libertad política y que para afianzar la paz no vaciló en echar mano de medidas extremas como las tremendas empleadas en el distrito de Monte Cristi y en otras parecidas circunstancias. Pero alimentó un propósito constante de organización en todos los ramos de la administración pública y dio vigoroso impulso a obras de adelanto material de indiscutible importancia. En esa amplia labor de mejoramiento es de estricta justicia reconocer que uno de sus ministros, Federico Velázquez y Hernández, fue el principal factor y que puso constantemente de relieve, como director de la Hacienda Pública, verdaderas condiciones de laboriosidad, de carácter y otras no menos importantes. Su bien caracterizada gestión financiera pudo, como todo, ser objeto de juicios más o menos discrepantes. Era y aún es un trabajador infatigable, acaso exagerado. Podría, en cierto sentido, aplicársele la frase famosa de Talleyrand: *pas trop de zèle*. Con errores y todo, su gestión fue relativamente fecunda, salvadora desde cierto punto de vista. Sus propósitos de rigorista moralidad administrativa, el rescate de concesiones onerosas y un empeño de sólida organización en todos los ramos de la administración fiscal avaloran grandemente su gestión en aquella época revistiéndola de particularísimo relieve. Acaso sus contrarios hayan exagerado en cierta manera la censura, acusándole de un propósito de tributación excesiva, de fiscalización exagerada y en veces poco equitativa, que si es verdad que aumentó considerablemente las rentas del Estado, también es cierto a juicio de muchos que a tal resultado no correspondió un efectivo desarrollo de riqueza pública. Pero lo positivo, lo indiscutible es que Cáceres contuvo con férrea mano los amagos del revolucionarismo impenitente y aseguró el imperio de la paz durante varios años en que se constataron manifestaciones muy acentuadas de material adelanto. De su gobierno data la Convención económica celebrada con los Estados Unidos.



La Convención

I

Una larga serie de errores económicos, cada vez mayores, agravados y exacerbados por nuestros frecuentes motines y revoluciones, produjo como punto terminal impuesto en parte por las circunstancias la Convención, instrumento internacional de objetivo exclusivamente financiero destinado a regularizar nuestras deudas con el extranjero y a hacer el orden en nuestro servicio administrativo interior. Aunque hasta cierto punto ese convenio contribuyó en gran manera a dar más estabilidad y apropiada base científica a nuestro deficiente servicio arancelario y aseguró en condiciones hasta cierto punto ventajosas y de manera formal y segura el pago de intereses y aun la amortización gradual de nuestros compromisos exteriores, no ha realizado, ni con mucho, las esperanzas que en él se abrigaban. Aunque nuestra deuda se redujo considerablemente en virtud de ese convenio, no compensa ciertamente esa ventaja la mutilación sufrida en nuestra soberanía económica. Se nos redujo a una condición de tutelaje, de permanente minoridad. Como medio indirecto de asegurar el orden, su fracaso no puede ser más completo. Nuestro estado de anarquía ha empeorado



después. Han arreciado los bochinches. Nuestras guerras civiles han sido después más largas, sangrientas y destructoras.

El aspecto más grave que a mi modo de ver entraña ese ya célebre arreglo estriba en la elasticidad con que, en ocasiones, ha pretendido interpretarlo el gobierno norteamericano prevalido de su fuerza formidable ante un deudor muy inferior en condiciones de defensa para entablar una lucha con medianas probabilidades de sacar airoso y triunfante su derecho. Desde esa Convención, como desde una base granítica, ha ido aquel gobierno extendiendo, cada vez más numerosos y enmarañados, los hilos de la tela de araña de sus maquinaciones absorbentes siempre encubiertas con pretendidos anhelos de ayuda y protección al pueblo dominicano. Ese instrumento internacional, como el famoso clavo del jesuita, le ha servido de punto de apoyo para ensanchar cada vez más su esfera de influencia entre nosotros dándole falsos visos de equidad y de legítimo derecho. Ese avance más o menos cauteloso, más o menos agresivo, siempre pretextando obedecer a la impulsión de la generosa idea de contribuir a nuestro mejoramiento, ha sido, más de una vez, en gran manera, facilitado por profesionales dominicanos de nuestro politiqueo estulto y disolvente capaces de los mayores extremos de servilismo y de abyección a trueque de unas horas y más de poder para seguir saqueando a su antojo y sin el menor escrúpulo las arcas nacionales.

Lo cierto del caso, lo positivo en lo que a la Convención *se refiere*, es que en los nueve años que cuenta de existencia todas sus cláusulas han sido religiosamente cumplidas por esta República. Esta ha llenado con estricta fidelidad los compromisos contraídos por virtud de ese instrumento, y eso a pesar de no establecerse en él procedimiento coercitivo o de otro género para el pago en caso de quedar incumplida la cláusula principal que determina la cuantía de lo que hay que satisfacer mensualmente. En ningún tiempo, ni aun en medio de nuestras contiendas desoladoras, faltó el Estado a sus deberes contractuales. No se nos puede acusar de morosos ni de pícaros. Y, *sin embargo*, se nos ha tratado peor que si lo fuéramos.



II

Según los términos de esa negociación financiera basta un plazo de diez años para ser redimibles, en determinadas condiciones, los valores aprontados para efectuar la conversión de nuestras deudas y dejar un remanente destinado a la ejecución de obras públicas de urgente necesidad. Ese plazo se cumple en el próximo año 1917. Si estuviéramos en condiciones de efectuar en el término fijado la redención de ese empréstito, ¿el gobierno americano lo aceptaría buenamente sin oponer ningún género de dificultades? Supongamos que apareciese por ahí –y eso parece difícilísimo, pero no es, ni con mucho, imposible– una poderosa casa bancaria presta a hacerse cargo de ese empréstito en condiciones más ventajosas para nosotros, ¿convendrían los Estados Unidos en que tal traspaso se efectuase fácilmente como si se tratara de una simple operación bancaria como cualquiera de las que diariamente se efectúan en Wall Street?

Me pronuncio desde luego y sin reticencias por la más rotunda negativa. Esa negociación ha representado, representa y representará hasta la consumación de los siglos para nosotros un control de permanente sujeción que en todo tiempo, bajo apariencias halagadoras de libertad, nos tendrá estrechamente sometidos a su dominio. Sin conceder a lo económico la exclusiva preponderancia sociológica, el carácter fundamental que en la secular evolución humana le da Karl Marx, no es posible negar que en nuestro tiempo el factor económico prepondera y tiende a absorber otros de igual o parecida importancia. Pueblo que pierde su independencia económica sufre o tendrá que sufrir el lento desgaste de su autonomía política. Ambas se corresponden y aun compenentran más estrecha e íntimamente de lo que a primera vista se cree. En un Estado organizado jurídicamente de manera de responder fructuosamente a necesidades y exigencias nacionales es punto menos que indispensable la administración autónoma de sus rentas y su distribución conforme lo juzgue más conveniente para atender a fines de regular cumplimiento de obligaciones de orden externo y de servicio interior.



La misma Convención pone trabas al aumento de la deuda pública, y, no obstante eso, el gobierno americano ha contribuido al acrecentamiento de ella permitiendo la contratación de nuevos empréstitos para cancelar compromisos ficticios o exagerados contraídos por los gobiernitos de estos últimos años para sofocar o *fomentar* revoluciones. Revela eso claramente sin un jerónimo de duda que el imperialismo yanqui no ha sido, ni es, como lo pretende, un mediador generoso inspirado en el altruista empeño de prestarnos ayuda eficaz y desinteresada en la labor de una reconstrucción nacional de paz jurídica y de libertad estable, sino un acreedor meloso que acecha las debilidades y tropiezos de su deudor para comprometerlo más, envolviéndolo en una red cada vez más espesa de compromisos monetarios y de obligaciones ineludibles. Así se han pagado deudas fraudulentas que nadie desconoce. Así se han saqueado los fondos de obras públicas y se han hecho mangas y capirotos de las rentas internas. El gobierno norteamericano toleró y aun en cierto sentido autorizó muchos fraudes. Es imposible negar que, con revoluciones y todo, nuestra capacidad de producción ha aumentado en lugar de haber disminuido. No somos un deudor o un cliente despreciable ni mucho menos. Por eso se nos aprieta más y más el grillete de nuestras obligaciones. Nuestra cadena se nos ha hecho cada vez más pesada...



Previsiones patrióticas (La sociedad nacionalista «Patria»)

I

Recuerdo la sociedad «Patria» con la misma intensa fruición, con el mismo sentimiento nostálgico con que suelen, en ciertas horas, mariposas de ensueño, revolotear en la memoria cosas perdidas en lejanías melancólicas de olvido. La recuerdo con el mismo íntimo afecto con que recordamos aquellos sitios de permanente atracción en que hemos vivido largo tiempo, en que hemos sufrido, en que hemos soñado, en que hemos amado... En esa sociedad patriótica, por el espacio de más de tres años, puse toda la savia de mi espíritu, toda mi escasa inteligencia y el corto caudal de las proyecciones de mi voluntad tesonera. He creído siempre que el pensamiento, por genial y elevado que sea, que no se troquela en la acción, que no se traduce en actos bien visibles, solo tiene muy secundaria y efímera trascendencia. Aun discrepando, desde un alto punto de vista filosófico, del concepto que para el pragmatismo asume la verdad, lo que dentro de lo relativo de nuestros conocimientos entendemos como tal, convengo en que sin la acción que se desprende de ese concepto, cristalizada de continuo en hechos de cierto valor social, no es posible la consecución de nada de profílicos resultados en el desenvolvimiento más o menos armónico



y progresivo de la especie humana. Escribir para el público, propagar verdades, ya es algo, ya es alguna cosa; pero es cosa mejor todavía, laborar por todos los medios posibles para que lo de teórico que hay en lo escrito y lo propagado se transforme de cosa en potencia en cosa objeto de actuaciones vivificantes y trascendentes.

Tal fue el propósito del grupo de bien intencionados ciudadanos que fundó en La Vega la sociedad nacionalista «Patria». Estuve, como Presidente, dirigiéndola, el período de tres años que contó de existencia. La Convención, sancionada hacía poco tiempo, era ya para muchos fuentes de permanentes inquietudes. Creyeron algunos que se imponía como obra de loable previsión buscar los medios y maneras conducentes a despertar el sentimiento nacional dormido o aletargado provocando una reacción discreta y firme que nos pusiera en situación de hacer frente con probabilidades de éxito a posibles y ulteriores contingencias desagradables. No podía ser más cuerdo y plausible el propósito. Este no entrañaba exageraciones inconducentes ni intempestivas. De él estaba desterrada toda forma de un *chauvinismo* apacentado en actitudes violentas siempre de carácter momentáneo y por consiguiente antinómico al objetivo propuesto. Se necesitaba una acción continua, ininterrumpida, metódica, que fuera insensiblemente, sin alarmar ciertos intereses creados de tenaz arraigo, allanando obstáculos poco menos que seculares y venciendo dificultades que de momento parecían absolutamente refractarias al magno ideal acariciado.

En el primer año de existencia de esa benemérita sociedad nacionalista se meció mi pensamiento en la ilusión consoladora y deslumbrante de la posibilidad de operar un movimiento de concentración de voluntades afines y conscientes de capacidad eficiente para llevar a cabo con éxito seguro la restauración de valores patrióticos en vías de extinción o visiblemente desprovistos de virtualidades necesarias. Pensaba yo que realizar ese propósito no era obra imposible o cosa semejante. Un núcleo central radicado en la ciudad de Santo Domingo con ramificaciones en todas las ciudades y aun en las más alejadas aldeas y



villorrios podía a la larga, tensamente sostenido y propagado, dar de sí, corriendo el tiempo, el estado de alma necesario para impedir resueltamente la *americanización* del país y hacer reales las reformas que este pedía con inexcusable urgencia para su más apropiada y científica organización colectiva. Sueños, sueños... Mis ilusiones se fueron poco a poco desvaneciendo. En los periódicos se elogió calurosamente la idea. Pero en la acción nada. Nadie o casi nadie correspondieron al llamamiento. Sola, falta de calor externo, disminuidas sus filas, la sociedad «Patria» fue lentamente extinguiéndose...

II

El momento de su aparición no era propicio, en el orden político, para tales dilataciones de un propósito de vitalización del sentimiento nacional sin que el personalismo imperante dejase de dar torcida interpretación a lo que realmente significaba la recién instalada sociedad nacionalista. Por eso en su programa de principios que se copia íntegro a continuación no pudo dar entera latitud a su pensamiento, confiando en que, con el tiempo, afianzándose la tranquilidad pública, podría ir más y más ensanchando su programa hasta que respondiese en un todo a la formación del estado de alma que constituía su principal y más alto objetivo. He aquí el manifiesto:

Acabamos de cumplir sesenta y seis años de existencia como organismo nacional capaz de realizar progresivamente determinados fines de libertad y de derecho por más que lo intente negar cierto pesimismo apacientado en resaltantes y dolorosas exterioridades de nuestra vida histórica, tumultuosa y desordenada; y todavía, en toda la extensión del territorio nacional libertado en dos ocasiones de eterna recordación por próceres eximios, ninguno de ellos tiene perpetuada su figura en el mármol, «carne de los dioses»; ninguno tiene el monumento



escultórico que, como concreción elocuente de nuestra gratitud y de nuestro amor, erguido en pleno sol, sirva de suprema lección objetiva a cuantos quieran conocer el patriotismo ingente y sin máculas. Solo tres de ellos, los más excelsos, reciben todos los años, en días solemnes, en la capilla de la histórica Catedral que guarda orgullosamente sus cenizas, envueltos en el aroma de las coronas funerarias que se marchitan sobre sus losas sepulcrales, el testimonio de que viven, con la perennidad de un reconocimiento entrañable, en el alma doliente de su pueblo... Nuestras dos grandes fiestas nacionales, ceñidas casi siempre a un marco oficial muy estrecho, se particularizan por su convencionalismo y su monotonía. No son casi nunca fecundadas por la iniciativa individual y colectiva estereotipada en actos culturales de verdadera importancia, que son los que pueden imprimirle genuina y noble significación patriótica.

Y mientras tanto, año tras año, en un ambiente de frivolidad refinada, en puerilidades efímeras, se derrochan estérilmente poderosas energías morales y materiales que, bien aplicadas, sin obstaculizar ni rucho menos el cultivo de regocijos propios del ser humano sediento siempre de expansiones, podrían y deberían servir en mucha parte para llevar a la realidad social cosas trascendentales y edificantes... El instante es solemne, de reflexión honda y concienzuda. El momento actual de la política continental americana merece considerarse con particular detenimiento. Frente al cada vez más caracterizado movimiento de expansión del imperialismo yanqui, unidos a la gran República del Norte por lazos económicos muy estrechos; colocado nuestro país en una situación geográfica que cae de lleno dentro del radio de inmediata influencia de aquel expansionismo y que hará más apetecible y codiciada la próxima apertura del canal de Panamá; desangrándonos, hasta ayer, con desconsoladora frecuencia, en luchas mezquinas



de partidarismos, no es posible, en tales graves circunstancias, avizorar el porvenir sin experimentar vivas y dolorosas incertidumbres. Pero, si en ciertos instantes, el alma individual se encoge y apoca, el alma nacional no debe sentir jamás tales desfallecimientos cobardes. Por encima de todos los deberes, está el santo deber de conservar lo más incólume posible la herencia que recibimos de los abnegados fundadores de la República. Y ese empeño no debe reducirse a un verbalismo hueco, a flores retóricas ya gastadas de efímero perfume, sino plasmarse en concreciones de esfuerzo viril, en actos de cívica y fecunda resonancia. Sí debemos mantener—porque muchos intereses convergentes así lo ordenan—lazos de cordial amistad con los Estados Unidos, rehuendo con exquisito tacto, previsión y práctica sabiduría, cuanto directa o indirectamente pueda comprometer esas relaciones que nuestra relativa debilidad, múltiples intereses creados, exigencias ineludibles de la política mundial y el creciente desarrollo de la civilización hacen cada vez más necesarias, no es menos cierto —y ello constituye nuestro primer deber como dominicanos— que es ya hora inaplazable de trabajar resuelta e incesantemente, por todos los medios posibles y sin alharacas intempestivas y contraproducentes, en el sentido de dar creciente fuerza y consistencia a una atmósfera netamente nacional en que por ningún concepto puedan infiltrarse ideas liberticidas, torpes y disolventes escepticismos.

La creación de sociedades de pura cepa nacionalista, que, integradas por elementos procedentes de todas las agrupaciones políticas, se mueven briosamente alejadas de aviesos partidarismos, responde a necesidades vitales del momento. Para ello deben funcionar con el noble anhelo de cohesionar esfuerzos hoy dispersos en un haz luminoso de objetivos comunes, y el bien pronunciado propósito de llevar su acción bienhechora a la escuela, templo de



la vida, incubadora del porvenir, cosas que constituyen el paso más eficaz que puede darse en la vía de formar una gran corriente de opinión consciente, de fuerza inmensa, de permanente vitalidad, que, sean cuales fueren las contingencias del mañana, represente como un formidable muro de acero en que se estrellé, sin derribarlo, cuanto embozada o desembozadamente se encamine a la mutilación o a la muerte de la nacionalidad dominicana.

Los fundadores de «Patria» concluían declarando:

- 1º Que establecían una sociedad exclusivamente nacional que, con el nombre de referencia, gestiona celosamente, en primer término, porque la celebración anual de nuestras dos grandes fiestas nacionales tenga carácter esencialmente popular y educativo, propendiendo, en lo posible, a la realización de actos culturales que prestigien su levantado ideal de bien y de grandeza nacional.
- 2º Que entre esos propósitos figura, en preferente lugar, el de coadyuvar, por cuantas formas de cooperación estén a su alcance, a todo lo que se refiera a honrar la memoria de los fundadores de la República y de sus heroicos restauradores por medio de estatuas, lápidas conmemorativas, institutos de enseñanza y de beneficencia, etc.
- 3º Que toda esa gestión resultaría ineficaz de todo punto si paralelamente a ella no se desarrollase en la escuela un propósito definido, de verdadero alcance pedagógico, enderezado a inculcar en el espíritu del niño, desde los primeros grados de la enseñanza, nociones de viril sentimiento patriótico, y que penetrado de esa imprescindible necesidad, este Centro nacionalista no desperdiciará ocasión para que metódica y progresivamente pueda ese ideal irse convirtiendo en consoladora realidad.



4° Que laborará con ahínco por la formación, aun en las más reducidas poblaciones del país, de asociaciones de idéntica naturaleza que «Patria», a fin de que, mancomunando esfuerzos, fusionando ideales, concertando voluntades, despertando y sumando energías hoy indiferentes o dormidas, se alcance el cumplimiento gradual del objetivo de salvadora eficacia patriótica que se propone.

III

Ese programa de principios se cumplió en todas sus partes conforme las circunstancias lo permitieron. «Patria» fundó una revista quincenal del mismo nombre que circuló no solo en el país sino también en varias repúblicas de la América Latina mereciendo una muy entusiasta y halagadora acogida. Tengo multitud de recortes de periódicos y numerosas cartas que dan de ello elocuente testimonio. En esa revista se trataron puntos de alta importancia como el asunto de límites fronterizos y la apropiación por extranjeros de parcelas de terreno del Estado o de particulares. Este asunto reviste a mis ojos en el momento actual caracteres de positiva gravedad. En principio estuvo «Patria» por la conservación de la tierra, de la porción de ella que aún posee el Estado, el que solo debería arrendarla para fines probados de mejoramiento agrícola-industrial; y en lo que toca a terrenos particulares preconizó una forma restringida de enajenación, conforme fuera posible jurídicamente, a fin de alejar la posibilidad de que la *totalidad* del territorio llegase a ser propiedad de compañías o de súbditos extranjeros. En un país como el nuestro menesteroso de capitales, de escasa vida agrícola y de embrionario desarrollo industrial, sería insigne error impedir del todo que el capital extranjero echase en él hondas raíces mediante la adquisición de terrenos fértiles hoy improductivos por carecer sus dueños de recursos para cultivarlos debidamente... Pero podemos y debemos impedir, en forma de leyes restrictivas



o como se juzgue más apropiado, que la propiedad en lo que se refiere al suelo pase *toda* a manos de terratenientes extranjeros. Si por falta de oportuna previsión, dije entonces, sucediera tal cosa, nuestra soberanía sobre el territorio resultaría ilusoria, solo en el nombre, mera sombra de dominio que se evaporaría en plazo más o menos breve...

Durante los tres años de su actuación, «Patria» puso su mano en cuantas obras se iniciaron o llevaron a cabo en el país enderezadas a levantar y prestigiar el sentimiento nacional. Gozó por breve tiempo de una merecida popularidad. Trabajó con fe y entusiasmo en ese corto período sin rendirse al desaliento ni amilanarse ante las decepciones. Pero sintió que el vacío se iba haciendo a su alrededor. Pasadas o amortiguadas las primeras impresiones, fue gastándose el entusiasmo primitivo. Los claros en las filas se hacían cada vez mayores. De fuera, de las demás ciudades del país, no le venía nada absolutamente que le sirviese de eficaz estímulo. La mató principalmente su aislamiento. Entusiasmo no compartido se enfría y desvanece. Pero le queda la gloria de haber intentado lo único acaso que hubiera impedido o detenido nuestra caída. Un dominicano culto y distinguido, de probadas ejecutorias cívicas, Víctor M. de Castro, me decía en esos días en una epístola hermosa y expresiva lo siguiente:

¡Qué edificante y qué hermosa y qué amplia es la labor de los que con Ud. comparten la de ese bello movimiento cívico tan feliz y oportunamente iniciado! «Patria» no se parece en nada a ese montón de asociaciones o cofradías simbólicas o especulativas que nada han determinado ni resuelto en la vida de la humanidad. «Patria» es algo más que una sociedad. «Patria» es la previsión o cristalización de un altísimo ideal. «Patria» es la resurrección o la prolongación de La Trinitaria. O un centinela avanzado, con el índice en alto, señalando derroteros de honor al patriotismo angustiado.



Los Victoria

I

El trágico fin del presidente Cáceres abrió de nuevo con horrorísimo estrépito las puertas del templo de Jano de las luchas intestinas. Hacía algunos años que se disfrutaba de una paz relativa a cuyo amparo florecía la agricultura y se llevaban a feliz término determinadas obras de utilidad pública. La administración del general Cáceres, aunque de recio autoritarismo en lo político, revelaba en sus principales actos ostensibles tendencias organizadoras y bien acentuados propósitos de mejoramiento general. Y afirmo aquí lo que a mi ver es un hecho de innegable evidencia. A pesar de la inclinación a algaradas revolucionarias que se supone al pueblo dominicano, del levantisco carácter que se le atribuye, tengo para mí que, en la mayoría de los casos, nuestras guerras civiles tienen su origen, su punto de partida, su génesis, por decirlo así, en la misma clase gobernante, en los mismos que proclamando de continuo la necesidad de la paz pública tienden con sus desaciertos, arbitrariedades y desafueros a que resulte lo más efímera posible. No se necesita ser muy lince para en muchas ocasiones demostrarlo por entero. Salvo en un Ulises F. Espaillat, en un Francisco Gregorio Billini, todos nuestros gobernantes han tendido sin escrúpulos



a perpetuarse en el poder implantando un continuismo de muy desquiciadoras consecuencias.

En la dirección de la cosa pública pueden imperar dos clases de continuismo: el de las ideas y el de las personas. En la América Latina, siempre o casi siempre, ha predominado el último con manifiesto perjuicio de los intereses colectivos. Por la raíz de evolución y de renovación que hay necesariamente en ellas, el continuismo de las ideas, aun a veces de aspecto estático, concluye siempre por adaptarse a formas nuevas y progresivas del perpetuo dinamismo de la vida. El otro continuismo, el de las personas, cuando estas, lo que sucede por lo general, no encarnan una finalidad social benéfica y bien definida, es necesariamente funesto por tender de continuo al menoscabo y falseamiento de las instituciones republicanas. No impunemente ascienden los hombres, en estas levantistas democracias, a las cimas radiantes del poder supremo. Parece doloroso bajar de las alturas para confundirse de nuevo con la muchedumbre. Saborear cuanto el poder atesora de halagos, goces y lisonjas, y pudiendo conservarlo, pudiendo mantenerse en él así sea por medio de la fuerza, cederlo a otros, acaso enemigos o rivales, parece en quien lo hace que se encuentra en posesión de subidos quilates de nobleza psíquica. El continuismo personal es siempre absorbente y tiránico. Para librarse de él es necesario cortarle la cabeza con la espada de las insurrecciones libertadoras.

A la muerte del general Cáceres necesitábase un hombre que sin nexos acentuados con ninguna bandería política, y dotado de relevantes prendas de carácter, de mentalidad y de probidad, pudiese inspirar a todos plena confianza y proseguir con mayor libertad y más amplio sentido de las realidades circunstanciales la obra de reconstrucción nacional ya en buena hora deficientemente comenzada. Sucedió todo lo contrario. Los numerosos elementos militares con que contaba Cáceres irguiéronse en gesto de acaparamiento del poder público. Su jefe militar de más confianza, el general Alfredo Victoria, comandante de Armas de Santo Domingo, fue el árbitro omnipotente de la situación. El mismo Velázquez, elemento civil, tuvo que tomar



precipitadamente el camino del exilio. El poder pasó, con disfraces de legalidad, a una especie de oligarquía de familia apoyada incondicionalmente por el ejército entonces numeroso y bien disciplinado. El militarismo se impuso de momento. Con un poco de desprendimiento en los que se incautaron del poder a la muerte de Cáceres hubiera podido evitarse la pugna sangrienta. Era y es necesario para encauzar el país el concurso de todos, y no solo no se solicitó, sino torpemente se rechazó el que espontáneamente ofrecían los opositores de Cáceres que erraban por playas extranjeras. Se fue en línea recta al más desatentado continuismo, un continuismo militar y oligárquico.

II

Se ha hecho costumbre denostar acerbamente los movimientos revolucionarios que con tan desconsoladora frecuencia se suceden en Hispanoamérica. Se los ha juzgado siempre desde el punto de vista de sus efectos destructores. Se los ha tomado siempre como excrescencias morbosas de organismos sociales fatalmente condenados a moverse en un ambiente tan solo propicio a dilataciones tan nocivas y desquiciadoras. No se ha querido ver, por el prurito de echarles la responsabilidad de nuestras incontables caídas, que el mal no estaba ni está en ellas sino en el régimen de desenfrenado personalismo, de caudillaje desapoderado y estulto que ha imperado normalmente en algunas de estas sedicentes repúblicas. En estas democracias de centralización férrea y demoledora solo prosperan lozanamente oligarquías tiránicas y absorbentes que tienen su más fiel y acabada expresión en ciertos caciques o caudillos típicamente representativos. Sin poder, en manera alguna, funcionar regularmente en ellas ningún control legal, ningún organismo de oposición que constriña al poder central a no salirse del marco de la ley, a respetar el espíritu y la letra de las instituciones, las revoluciones se imponen como necesidad suprema, son y serán necesarias mientras no varíen sustancialmente las condiciones de



régimen político inadecuado y anacrónico que existe en muchas de las entidades nacionales esparcidas en este vasto continente.

Meros estallidos de poca importancia al principio, aquí y allá, fueron a la larga convirtiéndose en lucha feroz y sangrienta. El país, en su inmensa mayoría y en sus elementos más conspicuos, protestó a mano armada aceptando el reto que se le lanzaba. No obstante la fidelidad del ejército y de sus jefes, pues durante esa larga y sangrienta lucha de doce meses no se registró un solo caso de traición, aquella situación fue derrumbándose lentamente ante el empuje de la opinión pública cada vez más numerosa, resuelta y compacta. Recuerdo todavía con no sé qué perturbadora tensión de ánimo el desfile de aquellos días sombríos y trágicos en que a cada instante se registraban hechos de prolongada y luctuosa resonancia.

Tal el formidable ataque dado a La Vega por las fuerzas revolucionarias que la asediaban en los días 5 y 6 de septiembre de aquel año funesto, el *año terrible* como se le llamó y se le sigue llamando. Durante esos dos días de pavor y de espanto muchas familias, refugiadas en hoyos o debajo de los pisos de sus respectivas casas, los pasaron en ayunas, sin llevar bocado a la boca, imposibilitadas de agenciar la adquisición de alimentos, pues salir en esos momentos a la calle, en medio del incesante tiroteo, era exponer inútilmente la existencia. Las fuerzas revolucionarias dominaron prontamente todos los ámbitos de la ciudad, pero se estrellaron en los muros del edificio de la gobernación donde el resto de los defensores de la plaza hizo una victoriosa resistencia. La fuerza atacadora tuvo que retirarse maltrecha con bajas de mucha consideración. Los lugares en que más recio había sido el combate quedaron sembrados de cadáveres. Algunos, caídos desde el día anterior, empezaban a presentar señales de descomposición. Se empezó a recogerlos para efectuar su pronto transporte al cementerio. Se buscaban carretas que no aparecían en aquellos momentos de confusión y de entorpecimientos. Contemplando aquella macábrica escena, presencié un hecho que aún no ha podido borrarse de mi memoria...



Como no venían las carretas que se había ordenado requisar, se echó mano por parte de las autoridades de la gente que pasaba para que cargasen los cadáveres y los condujesen en hombros a la inmensa fosa ya preparada. Pasaba a la sazón por allí un joven italiano, risueño, simpático, acabado de llegar al país. Miraba con infantil asombro aquel cuadro soberanamente pavoroso. Se detuvo ante el espectáculo con la natural inconsciencia de quien, pasada la vibración de los tiros, no podía temer ni remotamente ningún contratiempo ni ningún peligro. De súbito, con gesto imperativo, uno de los jefecillos que allí disponían le indicó el cadáver de un negro aún chorreando sangre, de abrumadora corpulencia. El italianito no entendió o fingió no entender. El jefecillo acentuó su gesto imperativo de manera más amenazante. No hubo negativa que valiese. El italianito, en unión de un jayán que estaba cerca, arrambló con el cadáver, camino del camposanto. Los brazos del muerto parecían anudarse en sus hombros. La cabeza del italianito emergía pegada a la del difunto. Jamás olvidaré la impresión de estupor que reflejaba aquel rostro juvenil, que se pintaba en aquellos ojos desorbitados, plenos de reverberaciones de miedo y de espanto. Acaso en medio de su pavor sentía la nostalgia de sus lares, recordaba su aldea nativa, blanca y riente, suspendida en una aspereza de las costas bañadas por las azules ondas del Tirreno.

III

La guerra sangrienta tuvo término con la mediación del gobierno americano, un término que en realidad solo representó una tregua o a algo a ello semejante. Unos y otros quedaron armados hasta los dientes ocupando lo que gráficamente se ha llamado *posesiones adquiridas* y que ha sido después, y aún parece serlo todavía, la verdadera manzana de la discordia. Quedó en pie la anarquía, una anarquía mansa y disolvente, preñada de peligros para lo porvenir. Cada caudillo, como señor feudal, quedó dueño de la región que fue teatro de sus proezas bélicas,



manteniendo con el gobierno central relaciones de aparente obediencia.

Y aquí empieza a revelarse la inutilidad, mejor dicho, lo malo o inconveniente, de las intervenciones yanquis. Preferible a la intervención amistosa extranjera que puso fin a esa guerra hubiera sido la continuación de ella hasta el vencimiento definitivo de uno de los bandos, para así constituir una situación sólida y durable que pudiera dar de sí benéficos resultados. Así ha resultado siempre en el país. Santana triunfa sobre las facciones disidentes y levanta el edificio de su poder durante largo tiempo. Báez, vencidos sus contrarios, durante seis años gobierna en paz la mayor parte del territorio nacional. Ulises Heureaux gobierna dictatorialmente por espacio de diecisiete años y Ramón Cáceres por cinco o seis tras haber arrollado a sus enemigos. Únicamente por el triunfo de una bandería sobre otra se ha conseguido dar paz a la República. En casi todas estas repúblicas de América ha pasado lo mismo. Siguiendo esa táctica de mediar o intervenir después de haber corrido ríos de sangre y haber alcanzado las pasiones su punto máximo de intensidad, solo se ha logrado una pacificación momentánea, de efectos pasajeros, a cuya sombra se ha continuado preparando las armas para reanudar al poco tiempo con mayor ímpetu las suspendidas hostilidades. Cualquiera creería que bajo apariencias de un interés noblemente humanitario, el positivo fin del gobierno americano al impedir el triunfo de uno u otro contendiente dejando subsistentes los motivos que originaron el conflicto y que podían renovar más tarde, consistía en un plan de debilitarnos gradualmente para a su hora hacernos más fácilmente su presa...



Monseñor Nouel

I

Hace ya muchos años, en el banco del Parque de Recreo de La Vega, en las noches apacibles en que el cielo exhibía con mayor derroche de esplendidez su deslumbrante pedrería, solíamos reunirnos seis o siete amigos íntimos para en amena charla discurrir cordialmente sobre temas de palpitante actualidad, y recuerdo que más de una vez se le predijo en aquella tertulia al aire libre y de la cual era él uno de los más asiduos abonados, cuando no era más que un simple cura de almas, el Padre Adolfo, sin haber vislumbrado en él nada que remotamente demostrase una aspiración o un deseo en ese sentido, que el porvenir le reservaba como merecido premio a su talento y a sus virtudes, la cruz pectoral de supremo Pastor de la grey dominicana. Él nos decía, con acentos de viva sinceridad, que no quería tal puesto, que su más íntimo anhelo era continuar siendo simple cura de La Vega. Pero más que nuestros deseos, son las circunstancias, en ciertas horas, especie de motivos de impulsión comitiva que rigen y encadenan nuestra voluntad desviándola de la ruta ambicionada y haciéndonos sacrificar en el ara de lo que se nos presenta como imperioso deber el ardiente anhelo de continuar viviendo tranquilos, lejos de una existencia



inquieta, agitada, llena de apremiantes cuidados y exigencias. Obligados estamos, en horas supremas, a rasgar con dolor la tela de oro de nuestras esperanzas de una vida apacible y sosegada. Corrieron los años, y sus amigos vimos con gusto su merecida ascensión pensando firmemente que el báculo pastoral no podía estar en mejores manos.

Pero lo que ninguno de nosotros sospechó ni lejanamente ni entonces ni mucho después, lo que ni en sueños podía columbrarse, era que, corriendo el tiempo, en un instante de inmenso dolor para la patria, iba su personalidad a surgir casi de improviso, sin que nadie lo esperase como iris de paz, como símbolo expresivo de concordia, presidiendo un gobierno provisional, de transición puede decirse, encargado de preparar el terreno para la instauración de otro civil apacitado en un radical y práctico concepto de descentralización democrática, benéfica y civilizadora... Fue su elección caso excepcional en nuestra política personalista aviesa y torpe, porque en él no podía advertirse nada que lo aproximase, que le diese vislumbres de semejanza, con los típicos representantes del macheterismo, con los políticos de cartón, con los caudillos de ambición desenfrenada que han convertido el campo de la vida nacional en inmundo abrevadero de torpezas, de concupiscencias, de mezquindades, de rencores y de odios...

En aquellas horas de incertidumbre y de angustiosa espera me hacía a mí mismo incesantemente estas preguntas: ¿Podrá él, en medio de este piélago de intrigas y de rastreras ambiciones, erguido majestuoso, de pie sobre el oleaje encrespado como el taumaturgo galileo, como el dulce Jesús en el lago de Tiberiades, aplacar el viento impetuoso de las desapoderadas ansias, de las concupiscencias, de los bastardos apetitos que van lentamente despojando nuestra asendereada política de sus últimas partículas de sano y redentor idealismo? ¿Fracasará prematuramente, como piensan muchos, y tendrá, casi al comenzar la peligrosa jornada, que sentarse fatigado, impotente, descorazonado, con la suprema melancolía del vencido combatiendo por una noble causa, al borde del camino, herido en lo más íntimo de



su corazón, para que ante él pase en tropel, desbordada, la turba híbrida de los ignaros, de los fracasados, de los eternos vendimiadores?

II

En las difíciles condiciones en que empuñó las riendas del mando supremo era casi inevitable el fracaso. A las primeras de cambio comprendió que estaba como aprisionado en un círculo de fieras prestas a devorarlo. Mansa oveja de albo e inmaculado vellón estuvo durante varios meses amenazado de las dentelladas de los lobos que convirtieron el palacio arzobispal en su cotidiana guarida. Cuéntase que a la semana de su ascensión al solio presidencial quería ya renunciar y que solo a duras penas y a fuerza de súplicas y de ruegos se impidió que así lo hiciese. ¡Cuántas veces quizás, en sus raros minutos de tregua en medio de la brega afanosa y estéril, no convirtió su pensamiento y volvió sus ojos empañados por las angustias y las decepciones hacia este rincón de La Vega, hacia la ciudad de provincia, de ambiente apacible, en que transcurrieron los años quizás más radiantes y felices de su existencia de levita, amante de las cosas que más ennoblecen y exultan el ininterrumpido curso de las horas que forman la urdimbre de nuestra vida! Por su ingénita y acaso excesiva bondad de carácter, por su inexperiencia honrosa en cosas del politiquero personalista, no pudo, asido al timón de la zozobrante nave, imprimir rumbo seguro a sus gestiones gubernativas. Fue, por la fuerza incontrastable de los hechos que lo llevaron a remolque, adonde no debía ir, adonde no quería ir. Las circunstancias que no pudo dirigir ni dominar lo estrellaron en los arrecifes y farallones de la costa bravía.

Los que aquí seguíamos con creciente ansiedad la marcha de los sucesos pensábamos que, frente a exigencias abrumadoras, a los ladridos de la jauría que lo acosaba a todo momento, a las peticiones reiteradas de empleos y prebendas, debía solo contestar con la frase famosa de Pío IX: *Nom possunus*. No se



puede. No es posible. Y si por esas sostenidas negativas, los jayanes del personalismo y del caudillaje le hubieran amenazado con la asonada y el motín, mejor, mucho mejor para él. Hubiera descendido aureolado su concepto histórico con un resplandor de ingente nobleza, cívica. En esos turbulentos meses en que se expedía un nombramiento por la mañana y se anulaba por la tarde o al otro día, se puso de moda, refiriéndose a alguno que se encontraba en este caso: le han dado *máquina para atrás*... Al fin, desesperado, abrumado de decepciones, asqueado de ver tantas bajezas, abandonó bruscamente el poder, se fue al extranjero como diciendo con ademán de altivo desprecio: ahí queda eso. En esos días pude ver su retrato. Él, tan fuerte, tan robusto pocos meses antes, aparecía ahora espantosamente enflaquecido, encorvado, como si fuera un anciano de setenta años, como si en él hubieran hecho presa graves y prolongadas dolencias...



José Bordas Valdés

I

En mi imaginación revive de nuevo la escena con su peculiar colorido. En el salón amplio, austero, de severa ornamentación, bajo la deslumbrante claridad de las bombillas eléctricas, solos, Bordas Valdés y yo departíamos sosegadamente sobre cosas interesantes de nuestra asendereada actualidad política... Afuera, a intervalos, se oía como el abejeo de un cuerpo de guardia cercano y el suave y perenne murmullo del Ozama... Frente a mí, arrellanado en mullido sillón, pulcramente trajeado de blanco, afable, sencillo, sin pizca de afectación, se destacaba la figura simpática de este joven militar que, habiendo vivido largo tiempo en la atmósfera envenenada de la lucha cruenta, supo ser siempre, como el héroe de Osian, generoso y humano. A la primera insinuación mía de lo que se propalaba respecto de su probable candidatura a la presidencia definitiva de la República, se irguió altivamente con gesto de noble reprobación. Eso no; eso era imposible. Él no quería, él no debía ser uno de tantos. Y su mirada luminosa se clavaba en mí al decirme estas cosas. Su voz, reposada y serena, tenía pronunciados dejos de honda sinceridad. Conozco bien, me decía, toda la gravedad de las inflexibles realidades de la hora. Comprende bien que él no



es, en este supremo instante, sino un gobernante de transición precisamente encargado de abonar el terreno para preparar unas elecciones libres. Yo aplaudía. Por ahí había que principiar. De lo embrionario e irregular hay precisamente que partir para alcanzar finalidades más o menos luminosas de perfectibilidad siempre relativa. Toda evolución se determina precisamente en ese sentido. No hay, pues, que sumergirse en la onda negra del pesimismo. No hay que desesperar. Eso es propio de impotentes...

Habían ya sonado las diez en el viejo reloj de la histórica Catedral. Al despedirme de él afectuosamente experimenté la sensación de que durante un tiempo había estado en contacto con un alma selecta. Y al salir a la calle, sentí bajo el palio suavemente luminoso de la noche estrellada, que en mi pecho se abría como una flor encendida de esperanza. En aquellos días, julio de 1913, los espíritus escépticos dudaban de la buena fe del presidente Bordas en lo que se decía de sus propósitos de presentarse, mejor dicho, de imponerse como candidato en las próximas elecciones presidenciales. Para cuantos, después del doloroso fracaso de monseñor Nouel, estudiaban desapasionadamente la situación sin espíritu estrecho de banderías, era claro por completo que Bordas Valdés, como encargado interinamente y por tiempo limitado del poder o función Ejecutiva, vinculaba solo la delicada misión de mantener la paz y la armonía entre los grupos a fin de llevar a cabo en condiciones propicias la reforma constitucional ansiadamente perseguida y realizar unas elecciones en que privase la más amplia libertad posible. Ese era también el criterio del mismo Bordas Valdés. Así lo expresaba rotundamente en conversaciones privadas y en cartas que se publicaron en esos mismos días. Por mi creencia en la lealtad de Bordas Valdés, muchos me tildaron de cándido. En nuestra actuación política, cada vez más pesimista y corrompida, se confunden lastimosamente todas las reputaciones. No se tiene fe en nada ni en nadie. Porque fulano cometió tal desliz, todos harán seguramente lo mismo. Se barajan desconsideradamente las reputaciones más altas y honorables con las desacreditadas



de tipos maleantes dignos de pasar en un presidio el resto de sus días. Raros, como diamantes de a libra, son los que inspirados en un sereno espíritu de amor a la verdad, buscan desapasionadamente la verdad de los hechos. Y esa realidad nos dice, con deslumbrante elocuencia, que todavía existen en el país hombres de carácter, de irreprochable lealtad, muy capaces de llenar a conciencia sus deberes públicos, irguiéndose, como símbolos de seguro amor patrio, en medio de las crisis y exaltaciones de nuestras terribles contiendas fratricidas.

II

En el poder, función conservadora por excelencia, mantenedor natural de la paz pública, reside entre nosotros, por raro contraste, la causa principal de nuestras luchas armadas. Con ausencia de verdaderas finalidades gubernativas, con diarias violencias, coacciones, atropellos, favoritismos odiosos y otras cosas de idéntico jaez, llegan casi siempre los directores de la cosa pública, constantemente desorientados, a crear una atmósfera de reprobación, de desconfianza, terreno abonado para que en él puedan germinar fácilmente ideas levantiscas de ambiciosos vulgares de largo machete. Todo eso lo revela con irrefutable elocuencia nuestra actuación histórica. En realidad hemos carecido constantemente de gobernantes idóneos, de relativa capacidad, de cierta previsión, dotados, sobre todo, del conocimiento más o menos exacto de hombres y de cosas y del sentido seguro y pleno de las realidades de la hora presente.

El arrendamiento inconsulto e irreflexivo del ferrocarril de Puerto Plata originó la malhadada insurrección de septiembre. Aquel arrendamiento era cosa propia de un gobierno definitivo y no de una interinidad cuyos días estaban ya contados. Desde el primer momento nadie vio un propósito de bien público en tal proyecto, sino algo enderezado a encender rivalidades del personalismo cibaño. Hechos posteriores probaron de modo decisivo que tal arrendamiento, en lugar de favorecer a aquella



utilísima obra ferroviaria, iba a serle perjudicial en su organización administrativa y en sus resultados prácticos. El Ejecutivo promulgó sin ninguna dilación el decreto de arrendamiento del ferrocarril votado festinadamente por el Congreso Nacional. En las cimas donde se elaboran los destinos de los pueblos, debe campear el juicio sereno, imparcial, de estricto valor jurídico, frente a las continuas exigencias de fricciones influyentes. Aquello fue como un guante que se arrojaba. Herido en lo que suponía su derecho y juzgándose amenazado en la sombra, el horacismo puertoplateño lo recogió altivamente. Fue un error, un grave error. Fue un error, porque ese asunto, baladí en su esencia, no justificaba, en ningún sentido, un nuevo copioso derramamiento de sangre, y fue un error desde el mismo punto de vista partidarista, porque el horacismo no estaba preparado para la lucha. Bien pronto se constató que carecía de los necesarios elementos de ella. El horacismo, vencido o poco menos, celebró antes de terminar la lucha un pacto o convenio en que se aseguraba la libertad de la próxima campaña eleccionaria *bajo la garantía del gobierno norteamericano* o cosa semejante. Hacía pocos días que había aparecido en la escena el ya *célebre* James O. Sullivan.

Este hombre, mejor que del tipo del *politician* sin escrúpulos, es el del verdadero *buccaneer*. Sin haber aún presentado sus credenciales, desde Monte Cristi, ese nuevo representante norteamericano, comenzó a fungir, lo que fue realmente más tarde, como árbitro supremo de la política dominicana. Reveló, desde el primer instante, un completo desconocimiento de prácticas y procedimientos diplomáticos. Halagos y amenazas brotaron copiosa y alternativamente de sus labios. Así se expresaba en una comunicación dirigida a los jefes del movimiento revolucionario:

Yo no cumpliría todo mi deber si dejara de advertirles a ustedes las medidas que serán tomadas en caso de que una siniestra y obstinada actitud fuera asumida por aquellos que ahora están tratando de derrocar la autoridad establecida. Por otro lado, si los jefes de la actual



revolución aceptan la actitud asumida por el gobierno de los Estados Unidos, pueden contar con la ayuda y apoyo de ese gobierno para secundarles en el esfuerzo de traer al país a una situación en que la voluntad del pueblo pueda ser registrada por una honrada votación tomada en una elección debidamente regulada.

En otra comunicación, abundando en el mismo sentido, dice así:

Mientras el gobierno de los Estados Unidos no alterará su firme propósito de poner fin a la presente revolución y prevenir otras nuevas, él está igualmente decidido a que una libre y honesta elección hecha próximamente removerá toda causa o excusa para revolucionar.

La paz vino indudablemente más por la falta de éxito de los revolucionarios y por su carencia de elementos de guerra que por las amenazas y abusivas injerencias de Sullivan. El hecho es que entre las partes contendientes y bajo la garantía más o menos explícita del ministro norteamericano, celebróse un convenio en que se aseguraba el libre ejercicio del sufragio para las próximas elecciones, tal como era el vehemente deseo de la inmensa mayoría del pueblo dominicano.

III

Poco después, como principio de desconocimiento de lo pactado, tímidamente en los comienzos, empieza a ganar con apresuramiento terreno en las esferas oficiales el propósito de retener el poder por el mayor tiempo posible. Me atrevo a afirmar que, en los primeros momentos, Bordas Valdés no escuchó con agrado tales lisonjeras insinuaciones. Desde hacía tiempo —tuve ocasión de constatarlo en mi viaje a la Capital— sus más íntimos allegados, los más interesados, se movían activamente



dando calor al propósito reeleccionista, sin que de parte de él pareciesen encontrar acceso franco y ostensible. Ante sus promesas formales de no reelección, de presidir unas elecciones enteramente libres, de entregar la banda presidencial al legido de las mayorías, su conciencia, al principio, quizás rechazó indignada, me complazco en pensarlo, torpes e interesados consejos. Pero al fin, tales insinuaciones que en el fondo lo halagaban naturalmente, repetidas diariamente, a toda hora, con cualquier motivo, a veces en forma de halago a su amor propio, a su vanidad personal, fueron inclinando su espíritu a la desdichada resolución de quedarse con el mando supremo, de no abandonar la poltrona presidencial donde empieza a encontrarse a sus anchas. Aunque a intervalos no falta quien le hable el lenguaje de la verdad serena y austera, el murmullo de adulación que resuena continuamente a su paso, la voluntuosidad del poder supremo que va a escapársele de las manos, los informes falsos, pero dorados con un miraje de verdad que continuamente zumban en sus oídos; las almas genuflexas que lo sahúman con el incienso de manifestaciones serviles, concluyen por hacerle creer que él es el hombre necesario, el capaz de salvar la República, el *providencial*; y ya desde ese momento echa a un lado titubeos e indecisiones y entra de lleno por el tortuoso camino de las ilegalidades y las violencias. Podría escribirse un libro, bien nutrido de datos curiosos de nuestra actuación histórica, titulado: *Cómo se forma un tirano*.

En él se ven como poco a poco, lentamente por obra de un conjunto de ciertas circunstancias, un hombre cualquiera, noventa y nueve entre ciento, pundonoroso, leal, sincero, va transformándose, sufriendo un visible desgaste de tales relevantes cualidades, hasta venirse a convertir en lo que Bordas Valdés no quería ser: en uno de tantos. Tales casos de transformación individual son frecuentes en estas levantiscas e incoherentes democracias hispanoamericanas. El personalismo político lo explica fácilmente. Sin verdaderas condiciones intrínsecas, con una buena dosis de audacia, con cierto oportunismo, despreciando escrúpulos, asalta la presidencia cualquier individuo que nadie,



conociéndolo bien, hubiera juzgado, ni por un instante, capaz de enseñorearse de tales alturas y de dirigir, desde ellas, los destinos de un pueblo. El fenómeno es curioso. Cuando más necesitados estamos de estadistas de verdad, sagaces y previsores, con el sentido más o menos acentuado de las efectivas realidades del instante, surgen a granel, productos del medio y de las circunstancias, los ignaros, los mediocres, los perfectamente incapaces de atisbar la complejidad de relaciones y procedimientos que supone la administración de un Estado. De ahí principalmente, de esa falta de competencia, los multados desastrosos que palpamos a cada paso. No es posible la dirección firme y fructuosa de un Estado, tal como lo determina y regula la ciencia moderna, sin el conocimiento previo de sus variados medios de actuación y de las finalidades que lo integran. Ni pueden ni deben considerarse la libertad y el orden como términos antitéticos, sino como formas que se integran en una síntesis luminosa y satisfactoria. Claro está que la democracia en sí, en sus más característicos medios y procedimientos, en sus fines esenciales de organización jurídica y de civilización coherente y progresiva, supone colectividades de cierta cultura y de cierto adiestramiento en el cumplimiento de deberes y en el ejercicio de derechos.

Ya en esa vía tortuosa y sombría, empezaron a presentarse los signos precursores de la catástrofe que se avecinaba. *Abysus abyssum invocat*. Si una idea fija es condición característica de la locura, puede asegurarse que desde ese momento el propósito reeleccionario absorbió todas las iniciativas y gestiones gubernativas, convirtiéndose en algo parecido a una forma curiosa de demencia oficial. Cartas íntimas de personas muy allegadas al primer mandatario, conozco algunas, expresaban la irrevocable determinación de este de conservar el poder indefinidamente y la seguridad de arrollar, apoyado en la fuerza armada, cualquier manifestación de la opinión pública encaminada a cerrarle el paso. Otra vez iba a ser el gobierno el determinante de una nueva guerra civil. Bien pronto –contrario a la formal garantía del famoso Sullivan, quien arrimado al gobierno utilizaba su influencia con fines personales– las elecciones municipales y las



de diputados a la Asamblea Constituyente, pusieron de manifiesto, en varios puntos del país, que el Ejecutivo no se paraba en escrúpulos para realizar lo que juzgaba que podía contribuir a su decisión de alzarse con el santo y la limosna por los siglos de los siglos. ¿Y Sullivan? ¿Y sus famosas elecciones libres? Hubiera podido evitar muchas cosas, la misma guerra civil que veía venir a pasos precipitados y no lo hizo. Muy al contrario. Con su razón y su cuenta sin duda. Un consejo de él oportuno y discreto en los oídos del extraviado mandatario hubiera podido detenerlo en la peligrosa vía. Algunas de las elecciones mencionadas fueron obra de coerciones vergonzosas, se amasaron con sangre, dejaron en el espíritu público una huella profunda de amarguras y desalientos...

IV

Aquel gobierno, presa ya del vértigo, corría desbocado por la pendiente de sus desaciertos. Ya no se gobernaba puede decirse en el recto sentido de la palabra. El gobierno se había convertido en una especie de gigantesco comité electoral en que todo se subordinaba al invariable propósito de la continuación indefinida en el poder del general Bordas Valdés. Y ese propósito asumió proporciones de demencia cuando se constataba que ese mandatario tenía contra sí todas las agrupaciones políticas existentes en el país, contando solo con los elementos de la fuerza pública que tenía en sus manos y con la adhesión de casi todos los empleados que luchaban con vivo interés por la conservación de sus respectivos destinos. En la entrevista de Puerto Plata, celebrada en esos mismos días, no obstante eufemismos suavizadores del convencionalismo político, púsose de manifiesto la discordancia existente entre los propósitos de Bordas Valdés y lo que a ese respecto pensaban muchos políticos del Cibao. En vista de eso, parecía natural que el presidente interino se resignase a desistir de su empeño reeleccionista, a fin de evitar los nuevos copiosos derramamientos de sangre que inevitablemente traería



su funesta obcecación. Sucedió distintamente. Desde su regreso a la Capital, columbróse claramente que ya no se desviaría ni un ápice del funesto derrotero emprendido. Sus áulicos querían su continuación en el poder a todo trance. Y él mismo, ya seducido por las voluptuosidades del poder supremo, lo ansiaba también ardientemente. Y se fue a Roma por todo, salga lo que saliere...

Como se acercaba el 14 de abril, fecha en que terminaba el año decretado por el Congreso para la presidencia interina de Bordas, empezaron a sostener algunos de sus partidarios que los términos del decreto en que se consagraba su elección le permitían dilatar su interinidad hasta que se efectuase el nombramiento del presidente definitivo. Y se sostenía tal cosa a pesar de las actas del Congreso, en que aparecía sin ambages la intención clara y manifiesta de que el período de la interinidad no pasara de un año. Del Congreso Nacional, recta o torcida, después de la muerte de Ramón Cáceres, emanaba toda actuación de carácter legal respecto de nombramientos presidenciales de orden interino. El conflicto se produjo rápidamente. Las autoridades anti reeleccionistas fueron destituidas después de vencer una porfiada y sangrienta resistencia. En las calles de Santiago y La Vega corrió copiosamente la sangre. *Consumatum est*. Muchos observadores superficiales, de esos que solo se fijan en la corteza más o menos endeble de los hechos, ofuscados por el fácil triunfo obtenido, consideraron desde luego, y así lo proclamaron a los cuatro vientos, que la opinión estaba por completo domeñada y que ya el bordismo podía entonar el himno de la victoria definitiva. Se equivocaban... Para consolidar su triunfo salió Bordas Valdés de la Capital al frente de tropas aguerridas y provistas de toda clase de elementos de guerra. Haciendo orgullosa exhibición de los elementos militares con que contaba, pasó por las ciudades del Cibao siendo en todas acogidos con glacial indiferencia. Confiaba demasiado en los recursos de fuerza de que disponía. Huérfano casi por completo de opinión, pretendía colmar ese vacío con un aparato guerrero que llevase el desaliento a esa misma opinión desarmada o poco menos. En todas partes encontró hosquedad o indiferencia. Sus áulicos



telegrafiaban a Santo Domingo dando cuenta de espléndidos recibimientos. Se seguía en plena comedia.

Ya está en Santiago. Desde las murallas de la Fortaleza de San Luis abarca con la mirada las lejanías del horizonte pensando en las dilatadas llanuras y empinadas serranías de las comarcas noroestanas donde en pasados años lidió con innegable bizarría y adquirió merecidas ejecutorias de militar diestro y humano. Va a llevar la guerra a esas comarcas, la Meca *del jimenismo*, como dice él mismo alimentando la esperanza de *barrer*, son sus palabras, los obstáculos que se presenten a su paso. Ya en La Vega ha dado a la publicidad un documento dolorosamente célebre: la proclama en que declara que, *aferrado a su criterio*, palabras textuales, desconoce el legítimo derecho del Congreso de darle un sucesor y continuará en el ejercicio del poder hasta que se nombre un presidente definitivo, es decir, él mismo. Esta insólita declaración lo sitúa en plena dictadura. De pronto varía de plan de operaciones. Abandona su proyecto de invadir la Línea Noroeste. ¿Qué pasa? En el ambiente, meciéndolo e iluminándolo, resuena viril, conmoviendo las almas, la altiva protesta de Puerto Plata. A la declaración en que desconoce al Congreso y manifiesta su decisión de continuar ocupando ilegalmente el poder, la noble ciudad contesta arrojando el guante al dictador armipotente. Este lo recoge y mueve todas sus fuerzas con la firme resolución de someter a su yugo a la ciudad culta y gloriosa.

V

Luchan de nuevo hermanos contra hermanos. En vano el dictador asesta su artillería formidable, pretendiendo en largo y forzoso asedio obligar a rendirse a los heroicos defensores de Puerto Plata. En vano se pretende infundir el terror, fusilando a mansalva, desde las trincheras exteriores, a la gente pacífica que circula descuidada por calles y por plazas. Por violar lo acostumbrado en casos de bombardeo, el crucero norteamericano Machias dispara sus cañones sobre el campamento del



ex-Presidente. ¡Qué vergüenza para el país! La segunda edición del hecho nefasto de Villa Duarte. Un grupo escogido de jóvenes intelectuales, en armas contra el bordismo, no vacila, colocándose en un punto de vista netamente nacional, en fulminar vibrante protesta contra tan insólito y lamentable suceso. Los más caracterizados defensores de Puerto Plata hacen lo mismo. En todas partes, por más que en todas partes sea la inmensa mayoría opuesta a Bordas, resuena con eco simpático esa vibrante protesta. Fugitivo en el Santo Cerro por el temor a nuevas persecuciones del bordismo enseñoreado de La Vega, no tengo desdichadamente los medios a mi alcance para secundar calurosamente esa protesta...

¡Ah, la horrible, la pavorosa guerra civil! honda tristeza se experimenta, bajo el cielo radiante, en las tardes luminosas de apacible encanto primaveral, verse uno constreñido a recluirse en lo más recóndito del hogar, al oír las detonaciones repetidas de la fusilería, el desapacible silbido de las balas que rasgan el aire, las lamentaciones de los heridos, que se escuchan a lo lejos en los intervalos en que se hace el silencio en medio del horror de la lucha fratricida. ¡Qué dolor al saber la trágica desaparición de un amigo en las sombras de la pavorosa contienda, al conocer que los edificios de cultura social, de ornato público, que uno contribuyó a levantar con ingentes sacrificios, se convierten en cuarteles, en casas de prostitución, en antros infectos, sufriendo el estrago de las balas que hacen blanco en sus paredes! ¿No es verdad que es causa de profundo desaliento contemplar cómo tan fácilmente se destruye por obra de unos cuantos ambiciosos lo que costó tantos esfuerzos y sacrificios llevar a cabo? No hay escuelas, no hay periódicos. Los criminales más empedernidos ostentan triunfalmente su impunidad por calles y plazas, constituyendo una permanente amenaza para los jueces que los condenaron y para la sociedad que los mira con espanto sirviendo de sostén a lo que los turiferarios de la dictadura continúan llamando enfáticamente orden público.

¡Puerto Plata! Convertida en baluarte del derecho escarnecido, la noble ciudad sigue defendiéndose bravamente. ¡Tan



bella, tan gentil, tan pintoresca, con sus casas blancas de sencilla elegancia, con la policromía de sus rientes pensiles, con su mar azul, con la montaña enhiesta en cuyas faldas reposa en un ambiente de serena y desbordante alegría! Ahora, luto, desolación en sus calles, en sus casas. Tiemblo por su suerte. No puedo olvidar que en ella transcurrieron los dorados días de mi adolescencia y mi primera juventud. El 30 de julio, Bordas Valdés, rechazado tantas veces, intenta el último esfuerzo. Fracasa nuevamente con gran mortandad en sus cansados batallones. Empieza a comprender la inutilidad de sus esfuerzos. Los legalistas lo asaltan en sus mismos formidables atrincheramientos. Pierde, pierde terreno... En ese momento se produce una nueva intervención del gobierno norteamericano. Constreñido a renunciar, toma, poco después, el camino doloroso del destierro. Y al irse deja tras sí, obra de su iniciativa según el gobierno de los Estados Unidos, una nueva mutilación de la soberanía nacional: el nombramiento de un *experto financiero norteamericano*, empleado innecesario y que costará al país ocho mil pesos anuales.



El Plan Wilson

I

Lo que se conoce con el nombre de Plan Wilson demuestra de modo irrefutable la carencia en el gobierno norteamericano de una orientación firme y segura para solucionar consciente y satisfactoriamente el problema palpitante del impenitente revolucionarismo característico de algunas sedicentes repúblicas de este continente. Su pretendida curatela de pueblos, su injerencia en los conflictos interiores de algunos de estos países, no ha tenido nada de beneficioso y de civilizador en lo que toca a Santo Domingo. A sus sucesivos pasos de mediación o de intervención más o menos coercitiva ha correspondido siempre un desarrollo cada vez más morboso y disolvente del fermento de motines, sediciones y movimientos revolucionarios. Nadie ignora que después de la Convención nuestras revoluciones han sido más frecuentes, duraderas y sangrientas. Los estadistas yanquis, sin excepción han carecido de la perspicacia necesaria para discernir, en lo que reza con nosotros, lo que hay de superficial y a ras de tierra en nuestro rudimentario organismo político, de lo que hay en su fondo con caracteres más o menos visibles de fijeza y permanencia. Sus procedimientos usuales han consistido en hirientes amenazas. Si sus propósitos se hubieran fecundado



en ideales de racional y oportuno mejoramiento político y económico, nobles y ejemplarmente desinteresados, otros hubieran sido los medios empleados para llegar a la consecución de los fines que ostensiblemente preconizan y que ya solo engañan a ciertos espíritus superficiales o que quieren a sabiendas dejarse engañar para favorecer determinados intereses de personalismo político.

El llamado Plan Wilson, en sus líneas generales, se concreta a la realización de unas elecciones libres, ya que, una vez celebradas estas, no pueda ocurrir ningún cambio en el personal gubernativo que no sea dentro del marco de procedimientos legales que determina la Constitución del Estado. Ese Plan carece por entero de virtualidades jurídicas, pues en el fondo no es sino la imposición, por medio de amenazas de coerción inmediata, del criterio del presidente Wilson inspirado en el aparente propósito de suprimir o hacer imposibles las revoluciones. Salta a la vista lo equivocado y superficial de tal manera de apreciar las cosas. Las revoluciones no se suprimen o imposibilitan por medio de mediaciones que en esencia entrañan una intervención que no permite la discusión serena y reflexiva del punto o de los puntos que las motivan. Esto ha de hacerse y esto se hace, dice con voz de Júpiter tonante el presidente Wilson, y sin réplica posible hay que subordinarlo todo a ese mandato, así entrañe, como en este caso, el más craso y solemne disparate. Unas elecciones libres o relativamente libres celebradas festinadamente, con inaudita festinación, a raíz de terminarse la revolución contra el poder dictatorial de Bordas Valdés, no eran ni podían ser el mejor medio de solucionar satisfactoriamente el tremendo problema. Se requería previamente, mediante una obra reflexiva y consciente, desencumbrar el suelo de los obstáculos hacinados en él durante tantos años de desórdenes, turbulencias, revoluciones y disolvente anarquía. Era preciso un cambio, una transformación lo más radical posible de nuestras instituciones medioevales, determinadas por un concepto abusivo y estrecho de centralización de funciones gubernativas propicio en un todo al desarrollo constante de gérmenes eminentemente nocivos de un torpe



y desenfrenado caudillaje. Sin tocarlas en lo más mínimo, se dejaron en pie, amenazantes, las causas que habían producido el último y los anteriores levantamientos armados. Se tendió a flagelar cruelmente los efectos dejando erguidos y triunfantes, prestos a tornar a su ominosa tarea de sangre y de ruinas, los motivos recónditos de impulsión que siempre han actuado en nuestra vida nacional con dolorosas y disolventes consecuencias.

II

La voluntad de unos cuantos jefes de banderías o agrupaciones políticas no podía en ningún caso dar plasticidad jurídica, elevándolo a la categoría de instrumento internacional de efectos obligatorios y permanentes, a un acuerdo o medio de inmediata pacificación impuesto torpemente, por un gobernante extranjero. Se aceptó, sin protesta, como un recurso de que no era posible prescindir dada la gravedad de las circunstancias. Detrás de esos jefes de partido que iban de manera excepcional y única a designar un presidente provisional, se veía moverse en la sombra, con rigidez inflexible, la mano que desde Washington dirigía todo aquel cotarro en que lo que menos se tenía en cuenta era la opinión clara y decisivamente expresada del pueblo al que se pretendía encaminar por luminosos senderos de una organización que respondiese en un todo a prácticas y procedimientos de métodos constitucionales positivamente inspirados en cánones y doctrinas de la más racional democracia representativa.

La elección de los jefes de facciones recayó en el doctor Ramón Báez, persona distinguida y honorable por muchos conceptos. En realidad no era un presidente de la República en la verdadera acepción que debe darse a esta palabra. Únicamente podía imprimir carácter legal a ese nombramiento una elección legislativa o a falta de ella una designación de carácter popular hecha oportunamente en los comicios. En el fondo, con el título de Presidente, con los honores y preeminencias de tal, fue principalmente un encargado de ejecutar las órdenes más



o menos terminantes que procedían de la Casa Blanca. No se limitó simplemente para honra 'suya a ese papel restringido y humillante, pues demostró iniciativas oportunas en ciertos importantes ramos de la Administración nacional. Pero en lo más importante vióse poderosamente constreñido a obrar en el sentido unilateral que le señalaba imperativamente la voluntad extranjera. Su breve gobierno, descontados algunos errores, fue en uno que otro aspecto digno de encomio. No pudo ni podía hacer más. Con una discreta prolongación de su rápida interinidad quizás hubieran podido realizarse las reformas que se pedían con insistencia y que habían constituido la bandera de combate de las tres últimas revoluciones. En virtud de esas reformas, ya sosegados los ánimos y abonado convenientemente el terreno, hubieran podido llevarse a cabo las elecciones en condiciones de responder de la mejor manera posible a una expresión de la voluntad popular lo más fiel y libérrimamente manifestada. Nada de eso fue hacedero. La intervención extranjera quería resolver cuanto antes el punto, salga lo que saliere. Una Ley Electoral elaborada con eléctrica rapidez y antes de ponerse en ejecución objeto de sucesivas enmiendas y modificaciones, resintióse notablemente de la prontitud con que fue formulada. Pronto se constató que adolecía de graves defectos y que existían en ella no pocas lagunas. Las elecciones contratadas por comisionados del gobierno norteamericano resultaron relativamente libres. Los Colegios Electorales surgidos de ellas, designaron con la mayoría de sus votos al ciudadano don Juan Isidro Jimenes para la presidencia constitucional de la República.



La escisión

I

En esa encarnizada lucha electoral solo se vieron, en lugar de ideas de renovación agitando el ambiente, las flámulas rojas de los bandos personalistas. Entre lo poco que admiro de nuestros vecinos occidentales, es que allí, rara vez o nunca, torna el caudillo caído a enseñorearse del poder. Cae definitivamente. Así debería ser entre nosotros. Hay excepciones, ya lo creo, pero en estas incoherentes democracias esas excepciones solo se encuentran una que otra vez. En la República ha habido siempre ciudadanos muy capaces por su cultura, por su probidad y por su sereno y acendrado patriotismo de rectificar el rumbo por donde va extraviada la nave zozobranante de nuestros destinos. Pero hasta en eso se echa de ver nuestro culto a lo tradicional, a lo pasado. Aquí no se anula nadie así sean el intonso y el pretonavidos encumbrados por el azar en determinadas circunstancias. Cada vez que se trata de una elección de Presidente o de nombramientos de Secretarios de Estado asoman su perfil en las columnas de la prensa, al lado de individuos en quienes por no haber figurado en cabildeos del personalismo se fijan las miradas esperanzadoras de la gente sensata, muchos mediocres con aires falsos de superioridad que no sirvieron para nada en



los puestos públicos que desempeñaron y que de nuevo aspiran desalados a dar en los mismos o parecidos cargos el triste espectáculo de su rutinarismo o de su declarada impotencia. Nos gustan las resurrecciones arcaicas. Parece que nos complace exhibir en el escenario político a tipos de cierta laya que han hecho ya su camino, que tuvieron su oportunidad, que dieron de sí cuanto podía esperarse de ellos. El observador desapasionado tiene que contemplarlos, bajo el silencio vespéral, en la desolación infinita de la llanura, como árboles enclenques de rugosa corteza, de ralo follaje, que apenas pueden prestar mínima sombra bienhechora al caminante.

Don Juan Isidro Jimenes, Don Juan, como lo llamaban sus partidarios, presidió, después de la desaparición del general Heureaux, una de las más luminosas y liberales administraciones que ha tenido la República, lo que le granjeó una grande e indiscutible popularidad. Pero a mi juicio, su nombre, en las últimas elecciones, sonaba a hueco, no era el de una personalidad capaz de enfrentarse a los arduos problemas suscitados y agravados en los quince años transcurridos después de su primera beneficiosa presidencia. No en vano habían corrido esos tres lustros para el país y para él. Sus achaques, su ancianidad, el desgaste natural producido por el tiempo no ya solo en su parte física sino en su misma vida espiritual, parecían si no imposibilitarlo del todo, por lo menos hacerle difícilísima una medianamente acertada gestión gubernativa. Muchos de los más sonados sostenedores de su candidatura así lo creían sinceramente y aun se recataban poco para confesarlo; pero, añadían que su elección era indispensable, como especie de lazo de unión, para mantener la unidad del jimenismo amenazado de fraccionarse por el trabajo más o menos visible de aspirantes a la herencia del anciano jefe. Para asegurar el triunfo, ardiente y poderosamente disputado por la disciplinada agrupación horacista, se efectuó la llamada conjunción integrada por elementos de pura cepa jimenista, de desideristas, jimenista afines y de velazquistas. Entre estos y los segundos no hubo nunca sincera cordialidad de relaciones. Parecían estorbarse mutuamente. En el Cibao jimenistas y



velazquistas, unidos oficialmente, parecían repelerse. Formaban rancho aparte. No había peligro en ello, pues los últimos han sido siempre una escasa minoría. Pero eso quitaba en cierto sentido unidad de acción a la situación imperante.

En los comienzos de su gobierno, en lo que toca al alto personal dirigente, incurrió el presidente Jimenes en el error de prescindir de elementos de su partido que por sus relevantes méritos personales y por sus largos y distinguidos servicios merecían compartir con él las faenas y responsabilidades administrativas de su nuevo período constitucional. El principal de esos elementos injustamente postergados fue el notable periodista y tribuno Eugenio Deschamps, uno de los que más contribuyeron a dar lustre y nombradía a su primera administración. En lo relativo a nombramientos diplomáticos y consulares se cometieron disparates mayúsculos. A medida que pasaba el tiempo ibanse acumulando los errores. Sin quererlo él, pues nadie dudaba de la sinceridad de sus sentimientos liberales puestos desde hacía tiempo en evidencia, pasaban cosas extremadamente dolorosas que acaso se le dejaban ignorar por entero o que llegaban a sus oídos considerablemente atenuadas. En el gobierno de un civilista, de un hombre refractario al macheterismo como él, se sucedían escenas propias de las épocas más tristes de pasadas dictaduras. Se engrillaba, se expulsaba, se fusilaba por el antojo salvaje de jefecillos comunales, se dejaba con fútiles pretextos o sin ellos sin sueldo a los empleados durante largos meses. Cada vez se patentizaba más la falta de unidad gubernativa, la ausencia de una mano vigorosa y firme que impusiera el orden en aquel caos, que imprimiera una dirección estable y fija a bien intencionados propósitos administrativos. El mismo Velázquez, talento organizador y carácter autoritario, no hizo o no pudo hacer nada de importancia en el ramo de Fomento y de Obras Públicas que tenía a su cargo como Secretario de Estado. Una nota simpática se dejó oír en medio de aquel tremendo desconcierto: la supresión del experto financiero norteamericano impuesto al país en días del gobierno de Bordas Valdés. Pero la marea del desorden gubernativo, del desbarajuste económico, subía,



subía, impetuosa y arrolladora y ganaba las alturas. Todo aquello culminó al fin en la acusación contra el presidente Jimenes presentada en la Cámara de Representantes por una mayoría integrada por diputados de todos o de casi todos los partidos.

II

La escisión entre el partido jimenista se había ya producido. El choque vino entre el presidente Jimenes, jefe civil del jimenismo, y el general Desiderio Arias, Secretario de Estado de Guerra y Marina e indiscutible jefe militar de la misma agrupación política. Sean cuales fueren los errores que en su larga carrera política haya podido incurrir el general Arias, es innegable que en él concurren condiciones que revisten de cierto sello simpático su personalidad política. A diferencia de la mayoría de los generales dominicanos de cierta nombradía, no ha puesto, según la frase gráfica de uso corriente, *cruces en ningún cementerio*, es decir, no ha fusilado a nadie. No se le conoce ningún vicio, a no ser que se considere como tal su devoción absoluta al politiquero personalista. Ni juega ni empina el codo. En materia de mujeres resulta positivamente casto. Su actitud en los días turbulentos del gobierno de Bordas Valdés fue la de un político prestigioso que sabe subordinar sus intereses personales, sus particulares ambiciones, a exigencias y orientaciones de la opinión pública. Uniéndose a Bordas, colaborando en la obra de este, a que se le instó con ahínco en la célebre entrevista de Puerto Plata, lo tenía todo, lo aseguraba todo: Vicepresidencia, Delegación, influencia mayor que ningún otro partido en el nuevo gobierno. Lo despreció todo. Creyó fundadamente que el país en sus representaciones más conspicuas y en sus más densos núcleos de opinión, se oponía resueltamente a la continuación de aquel mandatario en el poder, y a este criterio, el más acertado y patriótico, ajustó todos sus actos. Y me complazco en decirlo con mi habitual sinceridad, porque el general Arias tiene para mí el mérito



singular de haberse erguido siempre con noble gesto ante la injerencia norteamericana en nuestros asuntos interiores. Ha sabido poner prontamente en su lugar a los engréidos funcionarios yanquis a quienes la debilidad, por no decir otra cosa, de algunos de nuestros gobiernitos últimos ha dado alas para meterse donde no les importa.

Para examinar y apreciar serenamente este asunto no hay que situarse, como lo ha hecho la generalidad, en el terreno de las abstracciones, o sea, de principios de estricta legalidad constitucional. Hay que apreciarlo como lo que realmente es, como una querrela o pleito de carácter neta y absolutamente personalista, de un personalismo mezquino que no se para en barras para salirse con la suya así se lastimen hondamente los más vitales intereses del país. En la elección de don Juan Isidro Jimenes tomó parte decisiva el general Desiderio Arias. Sin él no hubiera triunfado. Su influencia y la de sus más conspicuos amigos cibaeños decidieron la victoria en las Provincias de Santiago, La Vega y Montecristi. Sin los votos de los electores de esas provincias no hubiera podido Jimenes ceñirse la banda presidencial. Por esa circunstancia y por su indiscutido carácter de jefe militar del jimenismo, se creía, naturalmente, en lo que toca a ese aspecto, árbitro de la situación. Desde ese punto de vista, don Juan se veía como entorpecido, como cohibido, sin libertad para la realización de determinados fines administrativos. Tan pronto como quiso remover uno de los jefes militares más allegados a Arias, la escisión se produjo, estalló como un formidable petardo. Según el criterio personal de cada uno, ambos a dos parecían tener la razón: la tenía Don Juan cuando invocaba su perfecto derecho constitucional para remover un empleado que le disgustase o no le conviniese para ulteriores propósitos, y la tenía Arias cuando veía en esa remoción el alejamiento sospechoso de uno de los principales puntales de su poderío militar. Temió, acaso fundamentalmente por enojos o rozamientos anteriores, que se trabajaba solapadamente por aislarlo, por reducirlo a la impotencia, por dejarlo como quien dice en el aire. Esa querrela personalista, de compadres, por mezquindades de cambios de empleado, sirvió



de torpe y abusivo pretexto para la actual ocupación militar norteamericana.

Por indecisión, temor, honradez, o lo que fuera, Desiderio Arias se quedó a medio camino, se colocó en un término medio, dejó correr el tiempo, sin definir una actitud pronta y radicalmente decisiva. Ignoraba que si los términos medios salvan casi siempre en momentos normales, pierden irremisiblemente en las crisis supremas, en el personalismo político sobre todo. Hay que dar pronto y firme antes que el contrario se recobre y nos amague con posibilidades de éxito. Arias era en realidad un revolucionario y no quería aparecer como tal. Desempeñaba la Secretaría de Guerra y Marina legalmente por la voluntad de Jimenes y retirado por este de ese cargo no podía invocar nada que en un sentido constitucional justificase su actitud belicosa frente al primer mandatario de la Nación. Quiso ser y no ser al mismo tiempo. Situarse dentro de la legalidad y estar a la vez fuera de ella. Tal cosa era imposible. Su papel de paladín del Congreso, de defensor de las instituciones, parecía no engañar a nadie. Por encima de todo eso algunos creían ver al caudillo partidarista obseso de continuo por el afán de no perder ni una pulgada de las *posesiones adquiridas*. Durante un tiempo se iluminó su figura con un resplandor de atracción simpática: se le consideró por muchos, yo entre ellos, como el caudillo eficazmente representativo de la causa nacional en pugna contra la humillante y vergonzosa intervención de la gente del Norte. Los acontecimientos posteriores probaron desdichadamente que no estaba capacitado para asumir tan alto encargo o que le eran por completo adversas las circunstancias que influían sobre él en aquellos momentos.

III

Con ser aquel hecho de notoria gravedad no puede decirse que fuera una revolución ni mucho menos. El país permaneció tranquilo. En la misma Capital, teatro de los acontecimientos,



no se registró ni un solo hecho delictuoso. Solo una escaramuza ocurrió entre las partes contendientes. Sin embargo, sin esperar a más, desembarcaron tropas americanas en las inmediaciones, por San Gerónimo. ¿Vinieron, como se dijo en la prensa en aquellos días según una frase atribuida a Mr. Russell, el ministro norteamericano, solicitadas ansiosamente por el gobierno dominicano, o por mandato directo y espontáneo del presidente Wilson como afirmaban otros? Mientras no haya prueba fehaciente en contrario no me permito dar asenso a lo primero. Por más que aquella sedición estaba localizada y no había peligro de que tomara mayores vuelos, sin duda el gobierno de Washington juzgó la ocasión favorable para completar la obra de absorción o dominio ya hacía meses iniciada en el vecino territorio haitiano. El Congreso no era un poder revolucionario como en todos los tonos afirmaban sus contrarios. Ninguna medida legislativa se había dictado trasgrediendo el orden constitucional. Las afinidades políticas de algunos de sus miembros estrechamente vinculados al general Desiderio Arias no podían imprimir carácter revolucionario a las tareas legislativas mientras no se tradujesen en hechos claros y precisos reveladores de una actitud de guerra declarada al Poder Ejecutivo. La acusación al Presidente caía de lleno dentro de los términos institucionales.

Cuando se precipitaban los sucesos y empezaba a acentuarse la agresividad de la intervención, prefirió el presidente Jimenes antes de tolerarla o de apoyarse en ella, descender de las alturas y buscar en el asilo del hogar consuelo para sus desencantos y alivio para los achaques físicos de su ancianidad atormentada. Su renuncia parecía definir la situación. Fue, y sigo considerándolo así, un acto noble y patriótico digno de aplauso por más que el encrespamiento de las pasiones partidaristas lo considerase de manera distinta. En una carta abierta que le dirigí desde esta ciudad le expresé en estos términos mi sincera aprobación a esa determinación suya tan digna y honrosa:

Por encima de las montañas, asilos de libertad, que se yerguen entre nosotros, va mi mano a estrechar la



suya en muestra de felicitación expresiva y sincera. No ha querido Ud. ni un solo minuto más de autoridad sostenido desdorosamente por bayonetas extranjeras. Ha creído Ud., y ha creído noblemente, que no vale la pena para ningún hombre digno ejercer la primera magistratura del Estado apoyado coercitivamente en una intervención extranjera humillante e indigna desde cualquier punto de vista que se la considere. Se ha sentido V. incapaz –y eso debe borrar ante la Historia cualesquiera faltas que Ud. haya podido cometer– de fungir de malaventurado histrión representando el vil y abominable papel de un Dartiguenave haitiano o de un Díaz nicaragüense. Por eso lo felicito a V. sinceramente, con toda mi alma. Abandonó Ud. el poder, altiva y noblemente, sin permitir que negras gotas de infamia manchasen la blanca cabeza de su ancianidad respetable. Lo que le digo hoy en esta carta he de repetirlo en un libro que llevará por toda nuestra América el hondo eco de mi desesperación y mis dolores de dominicano cruelmente apuñalado en sus más ingentes y caros ensueños de vida nacional gloriosa y digna.



Patriotismo y patriotas

I

Virtud fundamental y suprema es el patriotismo. De raíz psicológica principalmente emocional imprégnase, por necesidad, en sus más altos estratos, de efluvios de procedencia intelectual de proyección en ocasiones determinantes y una que otra vez decisiva. Como toda escala de emocionabilidad de más o menos acentuados tonos y resonancias, se desenvuelve en procesos espirituales en que vibran sucesivamente estados de alma reveladores de idealismo más o menos luminoso y consciente. Desde el casi instintivo apegamiento al pedazo de tierra, al rincón en que se nace y se vive, a las múltiples peculiaridades físicas que lo constituyen y lo revisten de especial fisonomía, a los árboles que nos prestan sombra bienhechora en las ardorosas horas caniculares, al río que lo baña y lo fecunda, hasta la vibración más alta y compleja de ese sentimiento, hasta la nación en sí, en sus elementos jurídicos, en su complicado engranaje, en las formas distintas que la integran y particularizan, el amor patrio, en su crecimiento, en su evolución, en su proceso ascensional, responde de continuo a un concepto de vida colectiva cada vez más amplia y progresiva.



Véasele como se quiera, el sentimiento no florece, no puede florecer en ningún caso como forma exclusiva de nuestro ser individual. No es jamás elemento psicológico de inconfundible simplicidad que actúa solitario sin conexión con las otras facultades que cohesionan nuestro mundo interior. Algo y aun algo ponen siempre nuestra inteligencia, nuestra potencia conceptual, en toda expresión de las realidades afectivas, de acentuada sensibilidad, que constituyen la trama principal de nuestra vida íntima. El patriotismo, entendido en su más vasto y comprensivo sentido, en su más viril y consciente forma de manifestaciones continuas de civilizadores adelantos, no se descubre integralmente sino en sociedades de intensa cultura capaces de apreciar cumplidamente aspectos del desenvolvimiento colectivo cada día más complejos y perfectibles. Carácter evidente de tales impulsiones de un verdadero espíritu patriótico es la constante aspiración a una racional y paulatina depuración de excrecencias más o menos nocivas del pasado, de cosas de visible anacronismo que han rendido ya su jornada y que necesitan imprescindiblemente desaparecer o transformarse.

En lo social, en lo íntimo de su tejido de ideas, no puede darse sin riesgo de momificación o algo peor un concepto permanente de existencia estática y uniforme. Bajo apariencias de solidez, de cosas fijas y estables, el cambio, la transformación, el devenir incesante se efectúa. Nos transformamos sin darnos por lo general ni aproximada cuenta de ello. Quizás, en lo que atañe al patriotismo en su fibra más sensible, ese cambio, esa labor interior, subterránea, que se opera casi siempre en el subsuelo, necesita revelarse en supremos instantes psicológicos con caracteres de explosiones de intensa fuerza, de catástrofe, de algo que se apacienta en un dolor fiero e insuperable. Para Renan el vínculo soberano de las peculiaridades territoriales, étnicas, históricas, que integran la idea de nación es el dolor del vencimiento, el dolor inmenso, hondo y generalmente sentido, profundamente extendido y comunicativo que se desprende de la contemplación de una inmensa desgracia colectiva, de la



patria en vías de extinción, del territorio ferozmente ultrajado por un invasor extranjero.

Esa consternación, ese dolor profundo vibrante de desesperación, no se ha producido aquí desdichadamente, viendo la paulatina ocupación militar del territorio, sino en unos pocos espíritus conscientemente amantes de cuanto material y moralmente constituye el patrimonio nacional. Los que en todo género de medios de propaganda no hemos cesado de advertir el peligro que se avecinaba y señalar los procedimientos más a propósito para conjurarlo en todo o en parte, hay que confesar que hemos fracasado lamentablemente. Pese a garrulerías y verbosidades altisonantes, lo que seguimos llamando sentimiento nacional es ya en muchos cosas sin enjundia ni consistencia. Término en la mayoría de las ocasiones puramente convencional. Entre todas las cosas que el hombre ha creado en su secular evolución al través del tiempo y del espacio, ninguna representa tan grande y poderosa fuerza social, ninguna atesora tanta positiva integración de sentimientos como el verdadero patriotismo. En él se vinculan idealismos de tal magnitud que forman el más amplio y fértil terreno para el florecimiento de las más altas y caras excelsitudes humanas. Tal vez, como suponen algunos, el cosmopolitismo constituya la fase más natural y avanzada del adelanto humano; pero digan los *sans patrie* cuanto quieran en nombre de una ciencia parcial y acomodaticia, ese ideal de cosmopolitismo no quita, ni quitará jamás, que cada pueblo, aun aproximándose a un ideal de ese género, conserve su peculiar fisonomía, sus rasgos esenciales, sus líneas características, lo que lo particulariza, su individuación, que en la escala social, lo mismo que en la biológica, como que señala la más resaltante y científica finalidad del proceso evolutivo de la vida.

II

El sentimiento patriótico aun en pueblos de larga y gloriosa historia, tiene épocas de disminución, de visible descenso, que



aprovechan los observadores superficiales para dar rienda suelta a apreciaciones y fallos inficionados del más negro y desconsolador pesimismo. Tal sucedió con la Francia de hace pocos años. En su hermoso *libro La Patria* dice Emilio Faguet:

En Francia la idea de patria va cayendo poco a poco en ridículo. Los maestros de escuelas, los profesores de segunda enseñanza y de enseñanza superior son, en su mayoría, no digo antipatriotas, sino que están por encima de la idea de patria; los obreros, en general, son indiferentes a tal idea; los burgueses, solo tibieza manifiestan, y las clases elevadas son cosmopolitas en sus costumbres y en sus ideas.

Ya sabemos todos que tal estado de alma era cosa puramente artificial; expresión de impresionismos suscitados por falsas y mal digeridas ideas propias de exagerados radicalismos socialistas. Llegada la hora del peligro esas ideas malsanas desaparecieron como por encanto. El pueblo francés se unió estrechamente olvidando diferencias pasajeras de partido para dar al mundo el sublime espectáculo de abnegación, de valor heroico, de desinterés ejemplar, de insuperable sacrificio que aún ofrece en la dolorosa hora presente...

En realidad, salvo en una minoría reflexiva y culta, nunca hemos poseído una verdadera conciencia nacional. Cuando creíamos haber alcanzado un concepto de patria bien preciso y definido solo tocábamos positivamente apariencias vistosas y deslumbrantes de esa idea. Tomábamos nombres sonoros por efectivas concreciones colectivas. En mi teoría de *las dos corrientes*,¹ la nacionalista y la anexionista, que constituyen puede decirse toda la urdimbre de nuestra vida hídrica observada en una sintética visión de conjunto, afirmé erróneamente que la última estaba extinguida o cosa parecida. Me equivoqué por entero. Aspectos superficiales y muy llamativos de las cosas se

¹ «La hora que pasa», carta a P. Henríquez Ureña, 1909. (Nota del autor).



me figuraron las cosas mismas. Merced a nuestro personalismo torpe y corrompido, esa corriente anexionista que yo daba por agotada o desaparecida iba al contrario tornándose de hilito de agua apenas visible en riachuelo que bajo la acción incesante de ciertos elementos amenazaba convertirse en líquido caudal arrollador e impetuoso. Ese anexionismo era como yerba nociva que, apenas extirpada, retoñaba de nuevo para vergüenza nuestra más rápida y copiosa. Algunas voces, muy pocas, rebosantes de indignación, se han alzado en medio del tumulto de las banderías enfurecidas poniendo el grito de desaprobación y de protesta en el cielo. El mayor número, casi la totalidad, permanecía como si tal cosa. Parecía no ver ni oír nada.

Hace un año, poco más o menos, me expresaba así en una acreditada revista extranjera: En la tormentosa hora presente parecen nuestro indiferentismo, nuestro dejar correr las cosas sin esbozar siquiera el intento de atajarlas, de reaccionar patentemente contra ellas, peor mil veces que un empeño de militante y franco anexionismo. Se verificaría entonces un preciso deslindamiento de campos. Estaríamos frente a frente amigos y enemigos de la nacionalidad, y seguro estoy que con fuerte mano aplastaríamos a los escasos defensores del propósito liberticida. Estudiada serenamente nuestra psicología colectiva, acaso consista principalmente esa indiferencia en el carácter de absorción mansa y pacífica, sin agresividades hirientes, que hasta el momento actual asume el avance del yanquismo en nuestro malaventurado país.

Quizás, pensaba, acaecería algo muy distinto si esa lenta injerencia tomase otro aspecto, si, en una circunstancia dada, asumiese formas de imposición militar como está pasando dolorosamente en la vecina República. La masa no siente nunca sino lo que hiere con fuerza sus ojos y le toca por donde más le duele. El choque quizás sería inmediato. Tal vez sería la única manera de solucionar el tremendo conflicto. Dada nuestra inmensa inferioridad material, se perderían acaso los jirones que aún nos quedan de soberanía nacional; pero caeríamos entonces como el excelso héroe cubano, «de cara al sol», consecuentes



en un todo con nuestra épica historia y haciéndonos dignos de la admiración y del aplauso mundiales. Hay un honor nacional como hay un honor individual. Nadie deja, a no ser un individuo indigno de toda consideración social, que se le abofetee y se le pegue públicamente. En la vida de los pueblos hay casos en que si se quiere continuar viviendo con honor, es preciso arrostrarlo todo, arrojar el guante con resolución caballeresca, sostener con viril denuedo, así el contrario nos supere inmensamente en todo, lo que representa nuestro derecho al goce integral de una independencia que se ha conquistado cara y gloriosamente, probando con los hechos que somos en un todo acreedores a que se vea que sabemos, llegado el caso, sucumbir honrosamente sin desfallecimientos cobardes.

El contrario, admirado de nuestro coraje y gallardía, quizás se detendría antes de descargar su ariete formidable. Mil circunstancias morales y materiales lo impulsarían a ello. No se atropella fácilmente a un pueblo por pequeño que sea si se le ve dispuesto a defenderse sin reparar en medios ni procedimientos. Para un Goliat puede aparecer siempre un David. Otro sería el concepto que tendríamos de Bélgica si bonachonamente, a trueque de conservar su tranquilidad y sus riquezas, hubiera sin resistencia abierto paso franco a la invasión teutónica. La contemplaríamos ahora con un sentimiento de compasivo desdén. Vencida, pisoteada, arruinada, se alza hoy ante el mundo como un símbolo de suprema grandeza moral, como el más alto ejemplo humano de dignidad colectiva y de amor y respeto al derecho y la justicia. Los que no tienen perdón del mundo ni de la Historia, son los pueblos que sin protestar virilmente, sin erguirse con decisión indomable, dejan que pedazo a pedazo se les cercene su autonomía, lo que les da personalidad de relieve inconfundible en el concierto de las naciones.

Me equivoqué también. El ejemplo del pueblo haitiano debió haberme abierto los ojos. No había quien no creyese a puño cerrado en que ese pueblo, de no desmentido patriotismo, se defendería bravamente haciendo pagar cara al invasor su victoria. Un haitiano eminente, A. Firmin, en su notable libro, *M.*



Roosevelt, Président des Etats-Unis et la République d'Haiti, expresaba hace poco más de una década los siguientes conceptos:

En los Estados Unidos se sabe, como en todo el mundo, cuál sería la actitud del pueblo haitiano si su territorio fuera amenazado o invadido. La empresa de imponernos un protectorado no sería otra cosa que la resolución fría y premeditada de exterminarnos. El invasor, después de todos los horrores de una guerra salvaje, no encontraría sino un amontonamiento de minas sobre el campo de sus conquistas estériles.

Ya hemos visto de cuán distinto modo pasaron los sucesos. Unos cuantos centenares de soldados americanos bastaron para imponer a nuestros vecinos un protectorado ignominioso que mutila gravemente su soberanía nacional... Si Antenor Firmin resucitara, ¡cuán hondo, cuánto terrible sería su dolor al contemplar la horrible verdad de las cosas! Lo mismo o poco menos ha pasado en Santo Domingo. En mis observaciones tomé por un verdadero pueblo lo que en realidad era solo una muchedumbre sin cohesión, sin solidaridad, disgregada, fraccionada, regida por caudillos sin más ideal que el acaparamiento del poder supremo fuera como fuese. Todas esas explosiones de patriotismo condensadas en discursos pomposos en ocasiones de aniversarios o de actos de cívica resonancia, no fueron, en gran parte de los casos, sino ruido pasajero y monótono, vago y tonto derroche de falso y deslumbrante lirismo. *Words, words, words.*

III

Y lo más doloroso de tal disminución o extinción del sentimiento patrio reside en la tendencia estúpida a ridiculizar o a poner en solfa, por parte de unos cuantos casi todos pertenecientes a una misma facción política, cuanto se encamina a reivindicar lo que en el patriotismo hay de positivo y trascendente



eficacia social. *Patrioteros*, *patriotería*, dicen llenándose la boca, muy campantes y sabihondos, en plazas, calles y restaurantes unos cuantos tipos maleantes cada vez que se habla de cosas de intrínseco civismo. Eso es patriotería, ese es un patriotero, dicen algunos recogedores de migajas del presupuesto refiriéndose a gentes que todavía confían en el valor de muchos nobles idealismos humanos. La palabreja estuvo en moda en estos últimos días cuando algunos que no ven más allá de sus narices afirmaban *urbi et orbi* que los yanquis eran unos excelentes amigos que solo habían venido a restablecer el orden constitucional en las ciudades perturbadas por el espíritu revolucionario.

Pero bajaron de tono, empezaron a humanizarse, cuando contemplaron que no se trataba ya del restablecimiento de ninguna legalidad constitucional, sino, tomando esa creencia por pretexto, de ensanchar cada vez más el radio de la ocupación militar para hacer con rapidez más efectivo su dominio. Tengo para mí que en el estado actual de las cosas, amenazados de ser convertidos en una colonia o en un protectorado yanqui, la tendencia general de nuestros esfuerzos debería encaminarse, en primer término, a establecer un deslinde radical de campos de manera que en él no hubiese más que dos agrupaciones definidas con sus respectivos principios: dominicanos ayanquizados de un lado y dominicanos febreristas o nacionalistas del otro. Los primeros con sus ideas de adhesión a una especie de protectorado que nos ordenase y disciplinase a su guisa, aun, si fuere preciso, sin tener en cuenta modalidades muy íntimas de nuestra existencia colectiva, y los segundos con su acendrada y firme devoción a los ideales de una patria en absoluto independiente y libre, tal como la concibieron los gloriosos y abnegados fundadores de la República.



La invasión

I

La renuncia del presidente Jimenes no resolvió definitivamente el conflicto. Para quitar hasta el más leve pretexto de revolucionarismo era necesario que el general Desiderio Arias hubiera adoptado una actitud de honroso despego de los intereses partidaristas a que estaba adscrito. Las Cámaras, titubeantes o anarquizadas, trabajadas por mezquinos intereses personalistas, no acertaban a ponerse de acuerdo para dar un giro satisfactorio a lo que demandaba de ellas el país: la pronta elección de un Presidente Provisional de la República...

El conflicto siguió su curso. Prodújose entonces el insolente *ultimátum* del almirante Caperton en que señalaba al general Arias un brevísimo plazo para desocupar la Fortaleza de Santo Domingo. Así lo realizó bajo la presión de reflexiones y de súplicas de mucha gente de viso. Quizás no debió hacerlo, puesto ya de frente al yanquismo, sin antes haber esbozado una actitud de honrosa resistencia. Para su gloria personal y para honra del país preferible hubiera sido que cayera altivamente entre los escombros del histórico Homenaje. Salió clandestinamente de la Capital, con aspectos de fugitivo, seguido de numerosa tropa



bien provista de municiones, rumbo a las serranías y llanuras del Cibao.

Con su salida estaba removido el último pretexto. No lo entendieron así los que fungían de directores de la intervención, y, con asombro general, en medio de la más horrible y mal comprimida indignación, ocupó el ejército yanqui con gran aparato militar la indefensa ciudad de Santo Domingo. Sus principales edificios públicos fueron convertidos en puestos de guardia de los soldados extranjeros. Por todas partes aparecían banderas nacionales enlutadas. Clausuráronse todos los centros de diversiones. Enmudecieron los pianos. Ciudadanos de alta posición intelectual y social formularon protestas vibrantes impregnadas de dolor y de ira. Damas distinguidas por su cultura, belleza y virtudes, se enfrentaron a los usurpadores lanzándoles a la cara el verbo indignado de su hirviente dolor patriótico... Mientras tanto las Cámaras, elevándose por encima de consideraciones partidaristas, se pusieron de acuerdo para el nombramiento de un Presidente Provisional: Don Federico Henríquez y Carvajal, una de las pocas personalidades de indiscutibles merecimientos con que cuenta el país. Prodújose como un movimiento de satisfacción por todas partes. Pareció que se respiraba a pleno pulmón. Llovieron las adhesiones y los aplausos aun desde los puntos más lejanos del territorio nacional.

Pero cuando faltaba solo la última de las seis votaciones necesarias, los interventores interpusieron su veto negativo. ¿Con qué razón, con qué derecho? Para evitar otro nuevo conflicto, el candidato se dirigió al Senado en estos mesurados y patrióticos términos: «Preveo que la *ingerencia* oficiosa asumida por el señor Ministro de los Estados Unidos de América en la suerte del proceso eleccionario que corre trámites en esa Alta Cámara pudiera con ofensa para la inerme República Dominicana, sin honra para los Estados Unidos, con escarnio para el crédito de la justicia internacional, influir en que la libertad de la elección que os toca llevar a cabo bajo el único dictado de vuestra propia rectitud, degenerase en una trémula simulación. Por tanto, con el firme designio de coadyuvar a preservar la República contra



los arteros peligros de una elección sin libertad, o hecha a capricho de *subterráneos intereses antinacionalistas*, o concertada al conjuro de la vejaminosa coacción moral que pugna por invadir actualmente la conciencia nacional, os ruego que prescindáis de mi nombre como candidato a la presidencia de la República»...

El Senado no debió a mi juicio ni aceptar la injerencia extremadamente abusiva del Ministro norteamericano ni la renuncia del candidato Henríquez y Carvajal. Era como asunto de dignidad nacional sostener esa elección aun corriendo todos los riesgos y consecuencias que pudiera acarrear ante los agresivos interventores. Por más que gente de cierta laya pretendiese achacar la conducta del Ministro americano a la sospecha de supuestas inclinaciones partidaristas del candidato de referencia, nadie que conozca a fondo la nobleza de su espíritu y su acendrado patriotismo, podrá dar crédito a tales calumniosas imputaciones. La verdadera causa de ese veto residió a mi ver en que la fruta no estaba madura como quien dice. Era preciso antes incautarse de la totalidad de la Hacienda Pública y completar la ocupación militar del territorio adueñándose a su antojo de las poblaciones principales, para, ya en esa situación de dominador, imponer con mayores condiciones de éxito los futuros términos de un vejaminoso protectorado.

II

¿Había gobierno? ¿Quién regía en aquel instante supremo los destinos del invadido país? Renunciando el presidente Jimenes, asumió la función Ejecutiva el Consejo de Secretarios de Estado. Aunque se discutiera la capacidad legal de tal Consejo para ejercer la suprema magistratura del Estado, es lo cierto que actuó como tal sin mayores protestas. Su actuación gubernativa fue un hecho, un hecho en acción, y con los hechos no se discute. Ese gobierno tenía a su cargo como Ejecutivo nacional la dirección de las relaciones exteriores de la República y el alto cuidado de preservarla de ataques de adentro o de afuera. Su



conducta en las pasadas graves emergencias no ha podido ser más deplorable. No formuló siquiera la protesta necesaria en tales conflictivas circunstancias. No se irguió indignado como era su más rudimentario deber. Contemporizó con la invasión y en ciertos momentos apareció como facilitando su desarrollo. En sus autoridades provinciales del Cibao predominó siempre, con tales o cuales pretextos, un espíritu de franca simpatía hacia los que a juicio de algunas de ellas venían tan solo a restablecer la legalidad constitucional parcialmente alterada. Corifeos de un determinado grupo político inspiraban o secundaban a tales autoridades en sus miras de desvirtuar o perseguir toda benéfica propaganda patriótica.

Esa conducta se puso de relieve dolorosamente en La Vega, en la noche inolvidable del primero de junio del presente año, con motivo de una manifestación patriótica que recorría las calles en son de protesta legal y pacífica contra el desembarco de los yanquis en Puerto Plata, después de un ligero combate. Aún recuerdo esa noche despacible, extremadamente lluviosa. Las calles parecían verdaderos ríos. En el cielo no fulguraba ninguna estrella. A pesar de tan adversas circunstancias, un grupo numeroso se tiró a la calle para manifestar públicamente su indignación. El grupo fue aumentando, aumentando, hasta tomar proporciones de una gran manifestación cívica. En la noche oscura resonaban los marciales acordes del Himno Nacional. Los vivas a la República ultrajada atronaban el espacio. En una esquina cercana a mi casa, bajo el paraguas que chorreaba copiosamente, contemplaba el gentío que venía calle arriba hacia el lado mío. De pronto, los que lo encabezaban, se detuvieron para pedirme que arengase al pueblo. Dije unas cuantas frases que juzgué adecuadas al caso... Los manifestantes prosiguieron ordenadamente su camino... Dos o tres minutos después suena un tiro... El gentío se arremolina primero, después se deshace. La policía persigue y aprisiona un gran número. Prodúcese un sálvese quien pueda. Ciudadanos distinguidos que no habían tomado parte en la manifestación, como Arístides Patiño, Pedro A. Bobea, Evangelista Cornelio, otros más, durmieron esa noche



en la cárcel... Este acto de presión produjo en todos los espíritus un sentimiento de intensa amargura. Los muchachos de la calle tuvieron miedo de tararear o silbar el Himno Nacional. Por no sé qué sugestión, qué intuición misteriosa, algunos de ellos lo sustituyeron con la Marsellesa. Menos mal.

En San Francisco de Macorís la presión ejercida sobre el sentimiento popular era aún más acentuada y lamentable. Un buen ciudadano, el señor V. Linares E., autor de una hoja suelta en que protestaba contra la ocupación militar norteamericana, tuvo que huir y refugiarse en Santiago para escapar de los rigores de una injustificable prisión. Desde Santiago dirigió una vibrante carta al gobernador interino de la provincia que había tenido que abandonar para no ser encarcelado. Fue muy leída y celebrada... Aunque el gobernador de Moca estaba identificado con la política de los Secretarios de Estado, no se produjo allí ningún acto de carácter antinacionalista. Discreto e inteligente, el general Manuel Sánchez, primera autoridad de esa provincia, supo conducirse con verdadera suavidad diplomática. No lastimó ningún derecho. No persiguió a nadie... Pero lo más triste y censurable de todas estas cosas fue el sombrío espectáculo del paso de columnas destinadas a someter a Santiago donde solo había ocurrido un incidente local sin importancia, con el más o menos sospechado propósito de encender la guerra civil para así justificar más la intervención extranjera. No puede darse nada más bochornoso. Santiago, después de desconocer un gobernador que parece gustaba poco, estaba en plena paz esperando para el arreglo de ese incidente el inminente nombramiento de un Presidente Provisional de la República. Fue error piramidal, por no decir otra cosa peor, querer solucionar por medio de las armas cosa tan baladí en aquellos momentos de angustiosa expectación en que una ocupación militar extranjera iba asumiendo proporciones más dolorosamente amenazadoras. Algunos de los que así procedieron abusando del poder, bien merecían caer bajo el imperio de los artículos 76 y 77 del Código Penal.



III

Y mientras columnas extranjeras van tomando ciudades y ocupando puntos estratégicos, en cartas públicas, en periódicos, en exhortaciones de distinta procedencia, resuenan, como fórmulas sintéticas de previsión, las palabras *discreción*, *prudencia*, *cordura*. Estas palabras en el lenguaje común de todos los días, tienen una acepción clara y precisa que nadie desconoce. Pero en situaciones de crisis culminantes, en momentos en que se juega el honor nacional, tales vocablos, repetidos con frecuencia, tienen una significación que solo traduce estados de ánimo en que predomina la inclinación a componendas o a transacciones indecorosas o humillantes. Esas palabras que se agitan en el ambiente a manera de banderines de señales, quieren decir únicamente: *hay que conformarse*, *hay que someterse...*

No hay nada de chauvinismo ni de lirismo romántico en lo que expongo. Creo decir alta y serenamente la verdad. No entiendo de hacer frases cuando se trata de cosas de vital interés nacional. De esta prueba terrible, así a la larga pueda favorecernos en poco o en mucho, saldremos harto quebrantados en lo que reza con nuestro concepto histórico mundial, muy pronunciadamente en estos pueblos de América afines al nuestro por más de un concepto. En el termómetro de la dignidad nacional hemos descendido casi a cero. De muchas ciudades de América he recibido cartas en que se me hacen ciertas dolorosas interrogaciones. A todas he contestado lo mismo: el pueblo dominicano no se ha defendido, no porque haya generado en sus tradicionales atributos de decisión y de acometividad, sino porque hondamente dividido en facciones personalistas no ha habido quien lo unifique y cohesionese, única manera de defenderse con su energía y heroísmo de épocas pretéritas. No hemos tenido *hombres* en una palabra, *hombres representativos*, de dirección y de acción. Por ninguna parte se ha vislumbrado la silueta del caudillo nacionalista dotado de las condiciones necesarias para asumir la dirección enérgica y resuelta del pueblo dominicano en esta hora doliente y luctuosa de su atormentada existencia.



Pero hay que confesar con cierta satisfacción que amengua un tanto el acervo dolor de los actuales instantes, que no han faltado quienes, moviéndose en la esfera más o menos limitada de sus facultades, han puesto en alto, con vibración intensa y permanente, los conculcados y pisoteados atributos de la soberanía nacional. La prensa, con muy contadas excepciones, ha mantenido un criterio de protesta acentuada y vibrante contra la por todos conceptos abusiva e injustificable ocupación militar de nuestro territorio por un ejército norteamericano. Américo Lugo con sus jugosos artículos acerca de la Intervención; Eugenio Deschamps en *La Hoja Suelta* y Fabio Fiallo en *La Bandera*, a la par de sus relevantes condiciones de escritores eximios, han puesto en evidencia lo que es en gran manera superior a esas dotes, un acendrado y hondo concepto de su propia personal estimación y una intensa devoción a magnos ideales de patria independiente y libre. Ese alto ejemplo de cumplimiento de un deber austero y reflexivo en medio de la infamia de los unos y del abatimiento de los más, nos ofrece como un fulgor de bienhechor consuelo en la tétrica noche de desventuras y de horrores en que parece que va a esfumarse definitivamente el alma nacional.

IV

Después de la ocupación militar de la histórica capital de la República, ocurre, quince días más tarde, el bombardeo y la toma de posesión de Puerto Plata. La resistencia al invasor extranjero fue aquí menos vigorosa y porfiada de lo que era de esperarse si se consideran las anteriores patrióticas declaraciones del general Apolinar Rey, gobernador de aquella plaza. En realidad no fue más que una escaramuza... En Santiago y en Monte Cristi el entusiasmo patriótico enciende los ánimos. En algunos periódicos se habla de combatir hasta la última extremidad. Se toman medidas que indican propósitos belicosos. Se evocan los recuerdos de las viejas epopeyas. En Santiago se construyen trincheras y se emplazan piezas de artillería en determinados



lugares de reconocida importancia defensiva. Hacía ya días que había sido desocupada la plaza de Monte Cristi. Los americanos entraron en ella sin disparar un tiro. Desde allí y desde Puerto Plata intiman imperiosamente la rendición de Santiago. En esta ciudad se encuentra ya el general Desiderio Arias con las tropas que sacó de Santo Domingo. Se cree, cree todo el mundo, que en la gloriosa ciudad del 30 de Marzo se repetirán los hechos épicos de los primeros días de septiembre de 1863. Median comisiones de elementos pacíficos buscando una solución satisfactoria al conflicto. Mientras tanto, desoídas sus intimaciones de entrega, los americanos se ponen en marcha convergentes desde las poblaciones que ocupan en la costa...

Avanzan lentamente con explicable lujo de precauciones. Son mil y tantos hombres por todo. A ese número poco más o menos asciende el contingente que en Santiago tiene a sus órdenes el general Arias. Es gente regularmente armada y municionada. Todos son hombres de pelo en pecho, suficientes para habérselas con la fuerza enemiga que avanza y hacerle pagar muy cara la victoria si es que llegan a obtenerla. Si los americanos poseen un armamento superior, los criollos tienen en cambio el conocimiento completo del terreno, propicio en un todo por sus asperezas y quebraduras a la asechanza y a la emboscada. Aunque el general Arias se siente solo, aislado, abandonado de los otros caudillos, cuenta, sin embargo, con elementos para hacer una fuerte resistencia al contrario que prosigue su marcha sin mayores interrupciones. Las fuerzas del Consejo de Secretarios de Estado que inquietaban la plaza por el lado de Gurabo han tenido que retirarse a larga distancia después de reñidos combates.

A juicio de gente entendida no había para qué mantener toda la gente de que se disponía en el recinto de la plaza y sus alrededores dificultando así el problema de racionarla sin perjuicio de los intereses del vecindario que empezaba ya a poner el grito en el cielo. Ese millar o más de hombres, todos en disposición de guerrear, colocados convenientemente en los sitios más a propósito para hostilizar al enemigo en los dos



caminos por donde avanzaba, lo hubieran hecho retroceder o por lo menos infligirle pérdidas gravísimas mucho antes de avistar a Santiago. Los americanos solo encontraron en el camino escasos núcleos que desbarataron fácilmente. Un puñado de hombres, veinte o treinta a lo sumo, intentó cerrarles de paso en el Túnel o la Piedra, camino de Puerto Plata. Allí cayó combatiendo heroicamente Laíto Báez. Su entierro, en Santiago, revistió el imponente aspecto de un duelo público. Al pasar su ataúd cubierto con la bandera nacional frente a la casa del abogado Furcy Castellanos, en un instante de noble emoción, una niña de este corrió al piano para desgranar las notas del himno dominicano. Los restos del patriota debieron estremecerse en el fondo de su negra caja...

Por el otro lado, por el camino de Monte Cristi, solo hubo tiroteos insignificantes y una pelea algo reñida en la Barranquita de Guayacanes. Allí el Jefe comunal de Mao con cuarenta o cincuenta hombres, bien emboscado, pretendió oponerse al avance del invasor. Pero fue envuelto, según se afirma, cuando menos lo esperaba. Fue atacado por retaguardia, por donde ninguna agresión era de esperarse... Después se afirmó que prácticos dominicanos llevaron a cabo esa infamia guiando por caminos extraviados a los americanos. Dos o tres mozos de la buena juventud de Mao cayeron para siempre en ese lance sangriento... Los jefes de Santiago no hicieron ninguna otra resistencia al invasor. Sus tropas, al conocer el arreglo, se entregaron a los mayores actos de violencia y de pillaje. En un instante resucitó en ellas el espíritu del más desenfrenado vandalismo. De tropa se convirtió en horda que luego se esfumó en pavoroso desbande... La invasión, ya sin nada que la contuviese, siguió su curso. Destacamentos yanquis fueron ocupando ciudad tras ciudad. Entraban en ellas como Pedro por su casa. Solo en Baní, según he leído, se les hizo una honrosa resistencia. No podía esperarse menos del pintoresco pueblo cuna del egregio Máximo Gómez.

Pretextando no venir como conquistadora, la soldadesca yanqui convierte, sin embargo, en cuarteles los principales edificios públicos de algunas de las ciudades de que se adueña. De



esta ocupación de edificios nacionales, la más dolorosa e insufrible ha sido la del Baluarte del Conde. Cuna de la independencia nacional, ese baluarte evoca el imperecedero recuerdo del hecho de más alta y simpática resonancia de nuestra vida histórica. Representa las más pura y excelsas de nuestras glorias. Es el lugar de obligada peregrinación en nuestras grandes solemnidades nacionales. Para no herir torpemente el sentimiento público debió ser respetado por los invasores con preferencia a cualquier otro. Lo ocuparon, no obstante, militarmente cuando por su situación especial no tiene valor estratégico de ninguna especie. Ese monumento tan venerado se convirtió de la noche a la mañana en local de una guardia americana. En sus almenas, ungidas por la Historia, pusieron a secar su ropa los intrusos ocupantes. Bajo su arco no cruzaba nadie sino en los grandes días de las ingentes efemérides patrióticas. Hoy profana ese suelo sagrado todo el mundo. Por él pasan actualmente, con estridentes chirridos, los pesados carromatos y de más vehículos de las tropas de la ocupación militar norteamericana...²



² Periódicos que acabo de leer anuncian la desocupación del histórico Baluarte. Gracias sean dadas a los dioses inmortales... (Nota del autor).

Punto Final

Por fin despunta un rayo de esperanza iluminando con vivo fulgor el horizonte ensombrecido. Después de muchos cabildeos y combinaciones en que sobresalía el juego de mezquinos intereses partidaristas, las Cámaras nombraron, por unanimidad, al eminente ciudadano Francisco Henríquez y Carvajal, Presidente Provisional de la República. No ha podido hacerse nombramiento más discreto y atinado. Fue ministro en la primera administración de don Juan Isidro Jimenes, demostrando en ese puesto excepcionales dotes de competencia y una consagración absoluta y desinteresada a cuanto interesaba al mejoramiento nacional. Asqueado de las arterias y maquiavelismos del politiquero personalista, se fue para el extranjero donde vivió durante catorce años ejerciendo honrosa y lucidamente su profesión de médico. A la llamada angustiosa del país ha acudido abandonándolo todo. De él se espera mucho a pesar de lo anormal y grave de las circunstancias. Su labor será, por lo menos así se espera, de reconstrucción nacional en todas las esferas de la administración pública. Su obra reconstructiva debe ser llevada a cabo, si se quiere que sea efectiva y edificante, con el concurso de todos los dominicanos lealmente interesados en un empeño de sanas orientaciones y de eficaz organización jurídica. Para ello se impone una selección de gente capaz y de reconocido patriotismo. El doctor Henríquez y Carvajal desarrollará seguramente



su política con un alto sentido de conciliación y de concordia. Su espíritu culto y noble, cerniéndose sobre el tumulto de las banderías, de los intereses mezquinos de *bolos* y *coludos*, tendrá de continuo ante sí la visión magnificante del bien público sin estrecheces de menguados y disolventes personalismos.

Timbre de imperecedera gloria sería para el nuevo Primer Magistrado que durante su breve interinidad encontrasen adecuada y satisfactoria solución los dos vitales y gravísimos problemas de mayor palpitante actualidad. El primero, ya en vías de propicia orientación, lo constituyen las reformas constitucionales pedidas con porfiada insistencia desde hace más de tres años por una gran parte del país. Pero entiéndase bien: esas reformas deben ser completas, enteras, radicales. De lo contrario, encaminadas a modificar tales o cuales aspectos de nuestro organismo político, restringidas, limitadas, como lo indica el decreto del Congreso Nacional convocando las Asambleas Primarias, no servirían absolutamente para nada. Serían solamente una nueva reforma sin positiva y eficaz trascendencia. La Asamblea Constituyente, si quiere que su obra corresponda a lo que de ella se espera, debe pasar sin escrúpulos por encima de tales entorpecedoras restricciones convencida que de no hacerlo así se incurriría en una nueva burla a las aspiraciones y esperanzas de la parte más sensata y consciente de la sociedad dominicana.

El otro problema es más inmediato, más urgente, más grave si cabe. Se trata de definir clara y precisamente nuestro *status*, lo que realmente vamos a ser. Se dice, y todo parece demostrarlo, que los yanquis quieren imponernos las mismas condiciones del humillante protectorado que abusivamente ejercen en la vecina ex-República. Se cree que nos harán pasar por las horcas caudinas de exigencias que dejarían reducida a poco más de cero nuestra soberanía nacional... Si es así, si por debilidad o impotencia nuestra se nos va a dejar solo una sombra de autonomía, una independencia mutilada y ridícula; si en lugar de nación soberana se nos va a convertir en una especie de colonia, en una dependencia del Departamento de Asuntos Insulares de Washington, sería entonces preferible perderlo todo, que



desapareciese todo; sería mucho mejor que con nuestras tradiciones, con nuestros recuerdos, con nuestras glorias, con cuanto constituye nuestro patrimonio espiritual, hiciésemos una especie de amasijo para echarlo en no sé qué honda sima de olvido, así como en el intenso poema «Patria», de Guerra Junqueiro, el gran poeta lusitano, el protagonista, adolorido por la inutilidad de todo noble y patriótico esfuerzo y convencido de que ya no ha de servirle para nada, arroja desde lo alto al abismo que tiene ante sí, para que se rompa en pedazos que acaso servirán para bajos menesteres, la invicta espada de los días resonantes y gloriosos de Aljubarrota!

La Vega, 16 de agosto de 1916.





DE AQUÍ Y DE ALLÁ

(Notas críticas)



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Líneas

No sé qué fuerza íntima, de misteriosa impulsión, me constriñe impenitentemente a recurrir a la frase escrita para la expresión sensible a las ideas que se agitan en mi cerebro y a las impresiones que de continuo culebrean en el tejido vibrante de mis nervios. No he entendido nunca el arte sino como expresión sintética e intensa de nuestro yo frente al espectáculo maravilloso y cambiante de la vida, como la manifestación más serena y bellamente plástica de la realidad íntima o de la sugestión exterior en que se enciende y se dilata cuanto vibra en nosotros de positivo valor humano y eficaz trascendencia social. Toda existencia individual de cierta impresionabilidad y de cierta cultura es foco perdurable y radiante de emociones artísticas. Claro está que en temperamentos refractarios, de escasa sensibilidad, esos estremecimientos estéticos son, por lo general, salvo determinadas crisis pasionales, muy poco perceptibles. Pero en otros ese poder efusivo de comunicación emocional que es lo que, en último análisis, da la medida de la alta sugestión de un verdadero artista, se ensancha y dilata extendiendo su imperio hasta los más ocultos rincones de nuestro ser sensible. Una comunión intensa con la vida, fuente única de genuinas creaciones estéticas, es lo que constituye el arte expansivo, el arte libre, el arte que persigue incesantemente la exteriorización plástica de



nuevas formas, de los aspectos de las cosas, bien diferente del sedicente arte que so color de refinamiento y de una mentida superioridad, florece, como planta de invernáculo, en el estrecho recinto de escuelas anodinas y de cenáculos vacuos y pasajeros...

Por el mero hecho de serlo, todo magnetismo, todo convencionalismo, sea cual fuere su procedencia y así se irga en pretendida representación de ideas novedosas capaces de determinar oportunas transformaciones, carece siempre, intrínsecamente, de prolíficas virtualidades. Deslumbra un momento para apagarse como rutilante meteoro que en la noche negra y silente atrajo por un instante nuestras miradas. La vida, observada atentamente desde ciertos elevados puntos de vista, se resuelve en la renovación incesante de aspectos, de formas, de ideales. Cada una de esas cosas tiene su tiempo, un minuto de fulguración, que es necesario aprovechar oportuna y discretamente. Lo esencial es no aferrarnos por un error de criterio o por sugestiones de un gusto extraviado a cosas que han terminado ya su ciclo de evolución y que pretenden equivocadamente continuar funcionando como necesarias orientaciones. Como cualesquiera otras formas de nuestra actividad mental, la crítica literaria se sustrae cada vez más a la influencia nociva de hueros retoricismo, de cerrados dogmatismos, de formas convencionales de juicio, de algo semejante al intolerante ejercicio de una policía intelectual, para convertirse en fragmento palpitante de vida en que se dilata de continuo la impresión honda y sincera determinada en nuestra inteligencia y en nuestra sensibilidad por los estados de alma que determinaron la creación artística que motiva nuestro estudio. Nuestro ser subjetivo es, en muchos sentidos, cambiante e inestable como la vida misma. Por eso no es posible pretender, por ningún concepto, que nuestro juicio, nuestras apreciaciones críticas, tengan jamás carácter de radicalmente definitivas. Fuera de un tejido más o menos complejo de relaciones, de un orden más o menos estable de estructura, de simetría, trabazón de partes, es de todo punto inútil buscar principios o normas de verdad integral en que fundamentar sólidamente nuestro juicio. Los que afirman lo contrario, los que a cada paso pontifican en



nombre de una verdad que tiene que ser forzosamente subjetiva, pareceme como que marchan lamentablemente extraviados por una vía poblada de ilusorias perspectivas, de engañosos mirajes...

En el incesante torbellino de una vida fugaz, proteica, de ritmos variables, accionamos forzosamente. A veces, en nuestro orgullo, en nuestra decantada sabiduría, llegamos hasta abrigar la creencia de que somos amos de ella, de esa vida, señores de sus secretos, cuando en realidad de verdad somos sus esclavos, sin alcanzar jamás a rasgar el denso velo que cubre sus más recónditos arcanos. Nos impone el yugo de su determinismo en el instante mismo en que pensamos tontamente que la tenemos asida y domeñada a nuestro antojo. Así y todo, no es tan mala como se dice. Solemos irreflexivamente calumniarla sin fijarnos que en la mayoría de los casos nos calumniamos a nosotros mismos. Se puede sobrevivir noble y provechosamente en función incesante de bien y de belleza. Es posible, casi siempre lo es, imprimir un ritmo luminoso de relativa duración a nuestra resistencia. Cuando altos idealismos nos mueven, siempre es obra beneficios a decir en alta voz lo que pensamos y lo que sentimos, expresar con la pluma lo que avizora nuestra inteligencia o hiere nuestra sensibilidad, poner al desnudo los más ocultos rincones de nuestro jardín interior. En este libro, deficiente como todos los míos y compuesto de artículos publicados unos, inéditos otros, refléjase con honda sinceridad mi personal manera de contemplar y sentir cosas del mundo intelectual, del mundo afectivo, que, en ciertas horas, han impulsado mi espíritu hasta la serena región de los más ingentes idealismos y me han hecho saborear las fruiciones estéticas que se desprenden de nuestra compenetración con los más llamativos aspectos de la belleza luminosa y perdurable.





Duarte

Purpurado todavía el suelo nacional por la más larga y desoladora de nuestras contiendas fratricidas; en medio de los acerbadísimos dolores que desgarran el corazón de la patria casi milagrosamente salvada de una humillante intervención militar del Coloso del Norte, vibra el ambiente aún estremecido por el siniestro estridor de mortíferas descargas, con resonancia simpática de vivos y conscientes aplausos, la feliz y patriótica idea –iniciada por la benemérita Logia Cuna de América y secundada eficazmente por toda la masonería nacional– de celebrar expresiva y solemnemente el próximo 16 de enero, memorable día en que se cumple el primer centenario del nacimiento de Duarte. Ese proyecto parece como un atractivo fulgor de esperanza en la oscura noche de nuestros perennes infortunios. En nuestra historia dramática, heroica, incoherente, anárquica, en que de continuo resuenan clarines de guerra, galopar de escuadrones, alaridos de combates cuentos; pero por lo general huérfana de actos de edificante trascendencia, de ejemplar civismo, de ese civismo sereno y bienhechor que se apacienta en fecundas excelcitudes de bien y de justicia social, Juan Pablo Duarte aparece, en el horizonte ensangrentado de esa desordenada actuación nacional, como una figura fulgurante, única, sin paralelo, condensación luminosa de una vida perennemente adscrita a un



ideal de amor patrio ilimitado, sin amaneramiento de intereses mezquinos, sin claudicaciones y sin máculas. Tiene todo el valor representativo de un héroe, de un genuino héroe a lo Carlyle. Aunque se le confirieran elevados grados militares no fue nunca un guerrero. En un momento crítico, el más pavoroso sin duda de la historia su pueblo, tuvo la conciencia de un supremo deber de redención colectiva que se le imponía, y lo cumplió resueltamente presto a todas las abnegaciones y a todos los holocaustos. Alimentó la llama de su fe patriótica, ofrendándole sin el más leve titubeo, con la serenidad y decisión de quien cumple un deber rudimentario, cuanto el hombre considera de más precio en la vida: amores, bienes de fortuna, ambiciones de poder y gloria...

Yo no sé si, como piensa Nietzsche, toda la inmensa labor humana en la vía tortuosa trazada dolorosamente por decena de centurias de gregar afanoso y constante, se reduce, con fuerza plasmante, a la producción de unos cuantos pretendidos superhombres. Tal resultado me parece bien chica cosa para tantos afanes y penalidades. Creo simplemente que ningún hombre superior es concreción aislada, unidad espiritual que mediante intensa y exclusiva fuerza íntima desarrolla una actuación enteramente original en un medio dado. Tal cosa es imposible que suceda, sin que influencias ancestrales y condiciones de ambiente y de obra no haya moldeado con mayor o menor empuje su personalidad moral. Ciertas transmutaciones de valores intelectuales y morales que no son nunca obra *original* de un hombre sino como gestación secular escondida en el ser colectivo que en un momento propicio encuentra en un organismo individual bien preparado su más adecuada y conveniente forma de expresión. Quiere decir que el hombre superior, representativo, florece siempre a sazón, en el minuto necesario. Entre él y su medio existen siempre conexiones muy íntimas por más que en muchos casos no aparezcan nunca a primera vista. El observador atento y reflexivo descubre o acaba siempre por descubrir las últimas vinculaciones de un hombre de extraordinaria acción con ciertas peculiaridades mentales de la sociedad de que procede.



Algunos, la excepción, por recóndita fuerza anímica, irradiación quizás de algo subconsciente, alcanzan, en parte, a reaccionar vigorosamente contra aspectos nocivos de su ambiente social atenuándolos o eliminándolos por completo. Duarte es uno de esos hombres. En él solo se ve lo mejor, lo óptimo que podía dar de sí una colectividad ignorante y plena de preocupaciones como la sociedad dominicana de su tiempo. En ningún corazón vibraron con tal ímpetu los dolores y angustias de la inmensa mayoría de sus compatriotas. Duarte vio, sintió el mal, y con mirada perspicaz, preñada de adivinaciones, se dedicó a buscar y aplicar el remedio. La patria aherrojada, sollozante, casi moribunda, tendía en pavoroso desconsuelo los brazos al espacio oscuro, mudo como la esfinge, sin que nadie pudiese brindarle consuelo en tan horrible desamparo. Habían transcurrido muchos años de torpe servidumbre. El látigo haitiano restallaba brutalmente las espaldas de un pueblo en que ya muchos parecían resignarse a situación tan ignominiosa, perdida o poco menos toda esperanza de un cambio favorable. En esos instantes de honda desesperación, en que algunos espíritus incontaminados permanecían insomnes en la fiebre de la espera, como traída por una divinidad ignota y bienhechora, surgió Duarte.

Regresaba de Europa. Venía de recorrer pueblos que disfrutaban de plena libertad, que fungían en el pináculo de la civilización y la contemplación del suyo, esclavizado, paupérrimo, si ni remoto vislumbre de mejoramiento político y económico, sumergió su noble espíritu en piélagos de permanente aflicción. Pero no era el hombre de amilanarse ante el cuadro pavoroso que arrancaba gritos de dolor a su alma. Fundó, en memorable día, la sociedad La Trinitaria, y en ella, como sagrado tabernáculo, refugiáronse los que creían, los que aún tenían fe en la emancipación del país. Afuera, los indiferentes, los protervos, prestaban homenaje de acatamiento a los hechos consumados o se adherían espoleados por apetitos mezquinos a la hora de iniquidad que representaba la dominación haitiana, sin percatarse que muy cerca de ellos, a su misma vista, oscura y humilde, comenzaba la labor redentora. Labor secreta, labor



silenciosa, labor de verdaderos carbonarios, estación fecunda en la sombra, trabajo subterráneo de efectiva convergencia de ideas y voluntades, que, cuando surgió a la superficie, cuando hizo irrupción desbordante en plena luz, fue para darle de sí, como jugoso fruto, un nuevo organismo nacional, una república capaz de realizar determinadas finalidades de luminosa vida democrática. Pero, cumplida la magna labor, Duarte, inspirador y alma de aquel prolífico movimiento de ideas y de bien concertada acción, solo pudo gozar breves instantes de su desempeño magnífico y trascendental de redención y de gloria. En la cuna misma de la República, aún no del todo constituida, irguióse el militarismo dictatorial descabezando con su espada liberticida las recién nacidas instituciones republicanas. El eximio Patricio, en horas de congoja, pudo decir, como otro insigne libertador de pueblos que «había arado en el mar»... De una república cimentada en una organización jurídica enteramente propicia al gradual y metódico desenvolvimiento de una vida democrática, fecunda y civilizadora, se había pasado, de un salto, de sopetón, a un régimen de tribu, a una satrapía, al personalismo perturbador, absorbente y tiránico, origen de nuestra última transformación en colonia de la monarquía española y que ahora mismo como quien dice acaba de poner la República a dos dedos de su ruina sirviendo de pretexto por sus errores a una coercitiva intervención norteamericana felizmente evitadas...

En la existencia edificante, ejemplar, estoica, de Duarte solo hubo escasos momentos de deslumbrante apoteosis. Pasados esos minutos de rápido esplendor, ya no descubrirá en su camino si no horizontes empañados por acervos desconsuelos. Ante sí, por donde quiera que vaya, tendrá únicamente la visión de un dolor fiero e inacabable. Con la tristeza de su alma sombreará perpetuamente la realidad circunstante. Todo lo verá del color de su inmensa pesadumbre. La esperanza no esparcirá más sobre su espíritu efluvios alentadores. El calabozo infecto, una inicua sentencia de muerte gravitando sobre su cabeza, veinte años, veinte eternidades de ininterrumpido destierro, constituirán la única recompensa de su titánica obra separatista. Su vida va a



escondese en adelante en misteriosas penumbras de desesperación y agonía. El sol de un ideal grandioso no calentará más su espíritu aterido. La existencia no será ya para él sino la monótona sucesión de días grises de torturantes desengaños. Por las selvas del Río Negro, errará, doliente, desesperanzado, ignorando lo que ocurre en su ingrata patria, desgarrada por las facciones, víctima de sanguinaria dictadura... Un día, sin embargo, en la soledad de su retiro, un periódico llegado a sus manos le entera de algo de que le sobrecoge de dolor y desesperación. Ya no existe la República que fue el sueño permanente de su vida. Una oligarquía absorbente la ha convertido en colonia de la vieja metrópoli. El pabellón cruzado ha sido impiamente desgarrado y arrojados sus jirones a un inmundo estercolero. Poco después sabe también que el país, repuesto del primer momento de estupor, brega éticamente por recuperar la perdida autonomía. Con voces angustiosas convoca a todos los dominicanos para la cruzada libertadora. La sangre corre a mares. En medio de la inmensa desolación de la desigual contienda, ciudades incendiadas, todavía humeantes, atestiguan con insuperable elocuencia una resolución indomable de vencer o de dejar solo al dominador extranjero en posesión de cadáveres y ruinas. Duarte no vacila un instante. Corre desalado a ofrecer a su patria en armas lo único que le queda: su nombre y su vida. Pasa, envejecido, doliente, fantasma de un noble pasado, evocación elocuente de cosas extintas, por las calles todavía amortajadas por las cenizas del gigantesco incendio... Pero los menguados, los envidiosos a quienes molesta y hace sombra la Inmaculada grandeza moral del abnegado Patricio, empiezan a envolverlo en la tela de araña de sus intrigas cobardes y de sus manejos falaces y vitandos. Con el disfraz de una comisión honrosa se le echa de nuevo fuera del país... Otro exilio, pero ya este será el último. Rendirá su espíritu a la muerte en hosco retiro, a la orilla de extranjero río. Otra vez vendrá al patrio suelo, pero ya serán solos sus yertos despojos guardados en una urna que el pabellón nacional, la bandera de sus amores y de sus sueños cubre piadosamente, y ante esa urna tronará el cañón, las tropas presentarán armas y una



muchedumbre intensamente conmovida le rendirá el tributo de su gratitud y de sus lágrimas. Y así, en procesión solemne, será conducido a la histórica Catedral, a la capilla de los Próceres, para que allí repose definitivamente lo que aún queda del varón magnánimo que pasó por la vida llevando solo un pesadísimo fardo de dolores y de desengaños sobre sus hombros fatigados...

En ningún rincón de la tierra nativa se alza todavía, como elocuente objetiva enseñanza de permanente alteza moral, el bronce o el mármol esculpido por el arte que sea perdurable símbolo de su gloria edificante y magnífica. El tiempo, demoledor implacable de nombradías usurpadas, aumenta cada día más el prestigio de su personalidad preclara, nimbándola con ineclipsables urgencias. Bien, bien hace la masonería nacional en rendir este nuevo mensaje de gratitud y amor a la memoria del inmortal patricio que vincula lo más puro y lo más alto que puede presentar nuestra incoherente y asendereada existencia histórica.



Tolstoi íntimo

COLECCIÓN ARIEL, SAN JOSÉ DE COSTA RICA

En las páginas jugosas de este ameno e instructivo librito aparece en la intimidad de una vida apacenta de continuo en vigentes anhelos de mejoramiento colectivo la noble figura del admirable y admirado anciano que pasó sus últimos edificantes días en el lejano retiro campestre de Jasnaia Poliana. Por medio de la oportuna y discreta evocación de muy sugestivos recuerdos y del relato de curiosas anécdotas y de conversaciones íntimas pone Sergio Persty ante nuestra vista con muy hermoso colorido de realidad diversos aspectos de la personalidad egregia del gran artista y visionario ruso, uno de los removedores de almas más curiosos y digno de estudio de estos últimos tiempos. Para facilitar el conocimiento más o menos exacto de la personalidad del gran intelectual moscovita podría dividirse su vida literaria, su vasta y compleja actuación mental, en dos grandes y bien caracterizados períodos. En la primera parte, la más corta, de su fecunda y laboriosa existencia, se destaca calurosamente, absolviendo o restringiendo otras facultades de su inquieto espíritu, su potencia de artista excelso ampliamente dotado del poder de creación en el más alto grado, de comunicar vida intensa a seres y a cosas revistiéndolos de aspectos de viva y bien coloreada realidad. Esa portentosa facultad de evocación, de creación, de intensa expresión, no obstante su empeño, no desaparece del



todo en el segundo y más prolongado período de su vida intelectual. En *Resurrección*, obra correspondiente sin duda al segundo período, el artista, por cierta irrefrenable impulsión íntima, reaparece con muchas de sus primitivas modalidades, más o menos atenuadas o transformadas. Pero ya se echa de ver que esto constituye para él en ese momento lo secundario. A esa primera época de su producción literaria, pertenecen, entre otras obras, *El sitio de Sebastopol*, *Guerra y paz*, *Ana Karenina*... En esos libros, en los dos primeros, hay una visión impresionante y magnífica de la guerra final que en algunos capítulos de *Guerra y paz* alcanza toda la imponente majestad de la epopeya. La concentración del sentimiento artístico, en un momento dado, se viste algunos episodios, tal como la carga de la caballería rusa en Austerlitz, de un color de realidad sorprendente y de intensa vibración épica. *Ana Karenina* es una novela de vigorosa palpación humana. Algunos críticos han creído encontrar en ella algunas semejanzas con *Madame Bovary*, la célebre novela de Flaubert. En ese libro, lo mismo que en otros posteriores, Tolstoi escudriña con notable acierto determinados aspectos del matrimonio, de la vida conyugal, llevando su penetrante análisis a lo más recóndito de ciertas almas. En el fondo de su personalidad, lo más íntimo de su estructura psíquica, si vibra más un acentuado idealismo ético pleno del ensueño magnificante y grandioso de señalar nueva vía de salvadores rumbos a la humanidad extraviada en la densa y oscura selva de preocupaciones y de convencionalismos sociales. Así, su visión de artistas se impregna casi siempre de efluvios de moralista que, evolucionando con su cada vez más acentuado concepto ético, llega a la concreción intelectual de un *arte cristiano* en que un propósito de reforma social, radical y completa, se sacrifican implacablemente caracterizadas formas de libre producción artística por suponerlas antagónicas o nocivas a su utópico ideal de entera regeneración colectiva.

En el otro período de su vida, el más largo y fecundo, entran en acción, definitivamente, el filósofo, el moralista, el apóstol... Estimada en un concepto de escuela o de una concepción lo más amplia e integral del universo, su *filosofía* no



merece realmente tal nombre. Su modo subjetivo de concebir la vida universal en toda su amplitud y desenvolvimiento, se limita a generalidades vagas e imprecisas de escasa sustancia ideológica. En él se advierte a cada paso un gran pensador de objetividad puramente social, que quiere abarcar y aún a veces abarca determinados desarrollos evolutivos de lo superorgánico; pero poco capaz de elevarse por un vigoroso y sostenido esfuerzo mental a cuanto comprende el ser y conocer, a una síntesis satisfactoria que encierre en sus precisas limitaciones de pensamiento cuanto hay de potencial y de complejo en el perpetuo dinamismo de la vida. En Tolstoi no se evidencia, ni con mucho, la formidable proyección intelectual de un Platón, un Kant, un Hegel. Se eleva poco, apenas levanta el vuelo en la esfera de las ideas generales. Tiene, en ocasiones, puntos de vista amplios, productos más de la impresión que el razonamiento. En veces, obseso por sus visiones de reformador social, no solo condena el arte en lo que más tiene de propio y autónomo, sino que también lanza sus dardos contra la ciencia experimental, basaba indudablemente en la trama de relaciones de las cosas, pero que dista mucho de haber hecho bancarrota según la conocida frase Brunetière. La ciencia, en su cada vez más definida coherencia, en sus modos y procedimientos de observación y de experiencia, aunque muchas veces marcha a tientas ¡quien lo niega! va más y más y realizando por su reciente actuación sobre la realidad constantes adelantos que en el orden material y moral tienden al positivo mejoramiento de las más desheredadas agrupaciones sociales. Tolstoi reconsidera muy lento el desenvolvimiento científico e inútil y hasta nocivo en alguno de sus aspectos (Manifiesto de 1908), afirmando que lo que vale y lo que urge es el remedio pronto y eficaz de crónicos y dolorosos males sociales, y ese remedio lo halla tan solo una transformación radicalísima de las sociedades actuales, capaz de hacer desaparecer las innumerables fealdades y horrores que en todas partes ennegrecen la vida colectiva, para comenzar una nueva y luminosa era de paz verdadera y de fecunda y salvadora solidaridad humana...



En sus líneas generales, descartándolo lo mucho que tiene de idealismo místico, de apostolado ético –para él la religión limpia de dogmatismo consiste en «la concepción total del sentido y de los fines de la vida»– el *anarquismo tolstosiano*, o lo que así se llama, tiene evidentemente, en la esfera de lo teórico y de ciertas abstracciones, puntos de contacto con las ideas de Bakunin, de Kropotkin, de Malato, al preconizar como indispensable para la nueva organización social la supresión de la propiedad particular, del ejército, de la magistratura, y en general de lo que constituye los más sólidos cimientos del presente estado social, que, Tolstoi, con frases encendidas, calificaría de abominable, porque reposa en la injusticia, en la opresión, la violencia, haciendo dolorosamente efectivo el inmisericorde dominio de los menos sobre los más; porque justifica el odioso monopolio de gente ensoberbecida, encasillada en irritantes y absurdos privilegios, que para su exclusivo goce lo acaparado todo: dirección, riqueza, derechos; que para sostenerse, para continuar esa obra de patente despojo y de resaltante iniquidad, apela a todos los medios y recursos hundiendo cada vez más las masas menesterosas y hambrientas en pavorosos abismos de desesperación y de muerte. Si quizás, como se le ha dicho en diversas ocasiones, no puso nunca por completo su ideal de vida de acuerdo con su conducta, pues preconizando continuamente la pobreza, considerando criminal el disfrute de lo superfluo, murió en posesión de muchos bienes de fortuna, no pueden en cambio escatimársele el aplauso por su actitud resuelta, de vibrante protesta, contra los desafueros e iniquidades del régimen imperante, lo que, más de una vez, le hizo objeto de furibundo encono y las violentas iras de la clase dirigente que, sin la decisiva intervención del zar, le hubiera mandado, por vía de corrección, a «las tierras lejanas», a las glaciales y desoladas estepas siberianas...

Su misticismo se abreva de continuo en los Evangelios de modo que su exégesis resulta decididamente muy subjetiva. Debe decirse en honra suya que, excomulgado por el Santo Sínodo por sus ideas radicalísimas de visible heterodoxia, en trance de muerte, instado para que se retractase de sus llamadas herejías



para levantar la condenación que pesaba sobre él, desoyó con viril firmeza tales exhortaciones, prefiriendo caer en la oscurísima de lo ignoto sin renegar ni un momento de sus ideas que creía sinceramente verdaderas y justas. Su ensueño religioso, tal como se condensa y fulgura en su espíritu, es la concepción entusiasta y generosa de un visionario del bien que aspira a derramar sobre las almas angustiadas, sobre todos los que sufren hambre y frío, el bálsamo de las constelaciones supremas, no solo en lo espiritual, sino trabajando decididamente en la esfera de las iniciativas de práctico resultado en el sentido de proporcionarles medios suficientes en lo posible para satisfacer las imperiosas necesidades de la diaria existencia. Su *anarquismo*, en lo esencial, no pasa de ser la concreción intelectual de una grande alma, saturada de nobleza y generosidad, torturada por el diario espectáculo de las miserias humanas, en su país quizás mayores que en ninguna parte, sin tener nada de lo que caracteriza por sus medios de acción al radicalismo revolucionario, al anarquismo terrorista que quiere a fuerza de bombas alcanzar la completa supresión de cuanto integra la organización imperfecta y caduca de las sociedades actuales.

Su condenación de la idea de patria le ha producido muy justa censuras. «El patriotismo será un prejuicio, ha dicho Maurice Barres, pero es de los buenos...» Se atenúan en gran parte estas censuras cuando se ve que en Tolstoi el concepto de patria como que envuelve el de violencia, el de guerra... Para él «una patria en lucha contra otra patria» como sucede todos los días, es la más triste y radical negación de la idea sublime de la fraternidad universal, del magnífico ensueño de unir todas las almas en una idéntica comunidad de aspiraciones y de goces a fin de que se borren las fronteras y reinen perpetuamente la paz y la justicia. Para un apóstol de su talla las ideas que erróneamente estima como secundarias o como nocivas, la de patria entre ellas, tienen forzosamente que desaparecer para que pueda realizarse en toda su vasta amplitud la utopía gigantesca que ardorosamente persigue. No hay ciertamente en sus ideas de renovación social nada que atesore verdadera originalidad,



nada que descubra horizontes nuevos, pues cuanto aduce sobre las preocupaciones, convencionalismos e iniquidades a que rinden parias todos los organismos sociales se ha dicho ya por serie numerosa de ilustres pensadores; pero lo que avaloran grandemente sus creaciones altruistas, lo que les presta hermoso relieve y como luminosa y positiva trascendencia, estriba en el calor de sinceridad, en la llamarada de entusiasmo, en el ardor de propaganda apasionada que se refleja en sus escritos haciendo vivir en ellos con todas sus nobles generosas peculiaridades el grandioso ideal del perfeccionamiento humano que arde inextinguible en el santuario de su alma.

No recuerdo quién ha dicho, quizás exageradamente, que Tolstoi es el más grande artista de la civilización actual. Su ensueño místico, sus relampagueantes visiones de reformador social, no se desvanecerán ciertamente en el tiempo, porque esos sueños y esas visiones constituirán siempre más o menos exagerados la noble y eterna aspiración de muchas almas superiores hoy como mañana en actitud de permanente rebeldía contra las grandes injusticias humanas, contra los desafueros e iniquidades de una organización social incapaz de realizar dentro de su tradicional concepto de estabilidad salvadoras finalidades de necesario mejoramiento colectivo. Pero, a mi ver, lo que vive y vivirá permanentemente de Tolstoi consiste justamente en lo que él con más acerbidad condenaba en sus últimos tiempos desde sus puntos de vista de moralista empeñado en hacer reinar el bien sobre la Tierra: el arte sincero luminosamente expresivo, de íntima y muy precisada emotividad, que se admira en los cuadros vibrantes y sugestivos de *Guerra y paz*, en las páginas de alto relieve humano de *Ana Karenina*, y de tantos otros libros en que puso las más nobles fulguraciones de su alma estructurada para expresar hondamente los más atractivos aspectos de la serena y eterna belleza.



¡Inexorable!

POR A. FREITES ROQUE

Es curioso y de verdadero interés para la crítica observar cómo un escritor, impulsado por ciertas circunstancias, sin ningún signo bien acentuado que previamente lo indicase, parece desviarse de su primitivo derrotero para entrar resueltamente por una vía erizada de obstáculos —enteramente desconocida para él o poco menos— al término de la cual se le figura contemplar las formulaciones de un éxito resonante y completo. El temperamento batallador, en veces agresivo y un si es no es exagerado de Arturo Freites Roque, parece compadecerse poco con lo serenamente descriptivo y con la introspección psicológica característica de muchas novelas modernas. Tales cosas requieren imperiosamente juicio reposado y de cierta amplitud, integrado de modo principal por cualidades de fina percepción y de irreflexivo análisis, que parecen reñidas con el habitual encrespamiento de ánimo primitivo de individualidades, como no podía menos de suceder, encubiertas por formas muy aceptables, persisten la acometividad de apreciación rápida y precisa, la mirada certera y penetrante y otras cosas propias del genuino periodista de combate... excitadas por la diaria lucha periodística plena de exaltaciones y violencias. En ¡Inexorable!, tiene, es muy natural, algunos lunares, deficiencias más o menos



resaltantes de fondo y forma; pero no es menos cierto, y lo digo con sincero regocijo, que en las páginas de fácil lectura de ese libro se esboza una personalidad de novelista, todavía muy imprecisa, que sabe muchos aspectos de la realidad circunstante a través de la confusa urdimbre de los hechos sin ofuscaciones de ningún género, y que, sin descuidar el conjunto, la visión sintética, busca y se apodera del detalle nimio, de bastantes peculiaridades de aparente insignificancia; pero que al novelador sirven grandemente para revertir de viviente plasticidad artística las personas y las cosas. Tiene atisbos que demuestran muy apreciables cualidades de observador consciente de muchas cosas de hondo arraigo en el medio en que actúan las figuras de su producción novelesca... Tales cualidades afinadas por una labor tenaz y metódica podrán indudablemente, en mayor o menor tiempo, dar verdadera precisión y brillo a su personalidad de novelista muy capaz de sorprender y de fijar con hermoso relieve artístico modalidades descriptivas y psicológicas de sus creaciones y resaltantes peculiaridades de la sociedad en que vive.

Desde cierto punto de vista comprensivo, ¡Inexorable! puede considerarse dividida en dos partes que íntimamente se corresponden; pero que se precisan clara y distintamente con sus respectivos contornos y peculiares matices. La parte primera, la que llamaré pasional, donde está con sus naturales desenvolvimientos todo el argumento del libro, se me figura más exitosa de lo que debiera ser, muy diluida, abarcando mayor número de páginas del que requería para un bien justificado efecto artístico. Esa porción de la novela, la más interesante y bella, hubiera ganado más en vigorosa plasticidad circunscribiéndola a menores proporciones, sin que por ello se menoscabase en lo más mínimo la consecución por medios muy legítimos de anheladas finalidades artísticas. Evidencia eso principalmente la exuberancia de una imaginación que aún no se ha acostumbrado al freno de una disciplina mental bien depurada, pero que, pesar de ello, no desentona ni cae jamás en lo extravagante, antes al contrario, en muchas ocasiones, producen cuadros y escenas de la vida real de indisputable mérito en los que fulgen hermosas



y muy exactas pinceladas... En la segunda parte, que llamaré forense o cosa semejante, especie de pintoresca y pormenorizada crónica de tribunales, ese efecto de demasiada ampliación que he señalado desaparece por completo, resultando el relato claro, preciso, bien matizado, con verdadera y fuerte cohesión, aunque indudablemente de menos efecto artístico, de mucha menor intensidad estética de la parte primera consagrada a la pintura de los incidentes pasionales que constituyen la trama de este libro. Al principiar su lectura y aún al terminarla creí encontrar en él algo de autobiográfico, pero poco después, departiendo íntimamente con su distinguido autor, pude convencerme de que tal apreciación era por completo errónea.

El tipo de Emilio Mendoza, el protagonista de la obra, aparece bien estudiado demostrando los altos quilates de una acertada observación psicológica. No faltan ni sobran detalles en el examen introspectivo de esta figura culminante de la novela. En Emilio Mendoza, en su temperamento morbo, la neurosis vibra a cada instante desordenadamente traduciéndose en voliciones inconsistentes y en ocasiones extravagantes. Es un anormal de bien acentuadas proporciones si se le estudia atentamente... Freitas Roque, con mirada segura, sigue el desarrollo de la psicología de su héroe desde la infancia hasta el momento supremo en que la catástrofe presentida sobreviene, en que la crisis pasional se resuelve trágicamente, poniendo por completo al descubierto el desequilibrio nervioso que influye decisivamente en la débil voluntad de Emilio Mendoza, y que, en un instante, lo precipita en el negro abismo del crimen... Es una figura de curiosa urdimbre psíquica que muy vagamente se asemeja a algunos personajes d'annuzianos por más que en el protagonista de ¡Inexorable!, no sea como en varios del gran escritor italiano, la lujuria intensa, el refinamiento de enfermiza sensualidad, lo que forma casi exclusivamente la característica de su temperamento de irascible y poco compleja estructura pasional. Luisa, la víctima de Emilio Mendoza, parece una figura de escaso relieve, de contornos imprecisos, vagos, a veces casi borrosos. En su superficial psicología no hay los elementos necesarios para



constituir un carácter. Hay en ella escasa consistencia. Aún novelistas de bien afianzada personalidad yerran con frecuencia en esto de recrear tipos femeninos de fuerte plasticidad artística, ya por impotencia mental para ello o ya porque en algunos espíritus muy cultivados existen resaltantes prejuicios respecto de ciertas pronunciadas modalidades del eterno femenino.

Las otras figuras que viven en las páginas de ¡Inexorable! resultan de poco valor artístico quizá por considerarlas el autor únicamente como meros ornamentos necesarios para fijar ciertos y completar así el armónico conjunto del cuadro. Me ha gustado bastante la novela de Freites Roque. Veo en ella un bien encaminado esfuerzo personal por muchos conceptos dignos de loa. Lo que en ella merece verdadera censura reside a mi juicio en la cualidad imitativa del estilo, que en nada se asemeja al estilo en bien caracterizado proceso de formación, vibrante, personal, expresivo, que se respiraba en algunos editoriales de *El Látigo*. El estilo de ¡Inexorable! es netamente vargasviliano, con todos los amaneramientos y repeticiones que en el ilustre escritor colombiano tienen como el valor de un procedimiento muy personal de expresión artística que él juzga como lo más característico de su personalidad literaria, como lo que le hace más original e inconfundible. La belleza de la frase, la pompa oriental de la imagen, la riqueza de más o menos buena ley de su léxico contribuyen a que muchas veces se lea con delectación a Vargas Vila pasando por alto sus amaneramientos y extravíos. Pero esos modos y maneras de expresión encajan mal en los escritores que, como Freites Roque, comienzan ahora su personal desenvolvimiento literario. El estilo de Vargas Vila alcanza, a mi ver, su punto máximo de desarrollo en la curiosa «Prefación» que pone a *Ojo y alma*, el libro de versos de Santiago Argüello, llena de frasecitas, de repeticiones, de puntos y comas y otras cosas del mismo jaez que, al revés de lo que se creen algunos, quitan brillo a la expresión y hacen la lectura más monótona y cansada. Y aunque cuando se pasa casi insensiblemente de lo externo a lo íntimo y esencial del autor preferido, justo es declarar en honor de Freites Roque que es poco o nada vargasviliano



en el fondo. El pensamiento de Vargas Vila, en sus líneas determinantes, aparece como la condensación bien depurada de acentuados elementos nietzscheanos y d'annuzianos por más que estos últimos no sean, en ciertos muy salientes aspectos, sino derivaciones muy personalizadas y quintaesenciadas de los primeros. En ¡Inexorable! no hay nada de verdadera importancia que permita considerar a su joven autor como militando bajo las banderas de un nietzscheanismo que, aunque algo erróneamente comprendido en algunas de sus partes, cuenta con bastantes partidarios en Hispanoamérica. En cuanto al estilo la imitación es innegable. Freites Roque, que tiene talento y bastante cultura, debe abandonar para siempre esa vía estéril y sin verdaderos horizontes. Lo que distingue, lo que aquilata, lo que da verdadera fisonomía a un escritor que aspire a ser algo en el mundo de las letras, consiste, él bien lo sabe, en la vibración personal, en la forma pronunciadamente individual, plena de peculiaridades de expresión y de cierto ritmo íntimo, que prestan a un escritor cualidades que lo particularizan dándole personalísimo relieve. En nuestro tiempo, la originalidad tan escasa en las ideas, estriba principalmente en el modo, en la manera de revertir nuestros pensamientos con nuestros estados emocionales de apariencias más o menos vistosas de novedad... ¡Inexorable!, no obstante lo expuesto, resulta un bello libro que por los muchos aciertos que contiene demuestra que Arturo Freites Roque puede considerarse ya como uno de los pocos que entre nosotros tienen las cualidades necesarias para conseguir en el difícil campo de la novela éxitos ruidosos y merecidos.

NOTA DEL AUTOR: Tales esperanzas no pudieron realizarse desdichadamente. Cayó para siempre en las sombras de la noche, fulminado a mansalva por el plomo de un asesino. Fue, según de público se dice, un crimen de carácter político consumado en miras de satisfacer una venganza y de silenciar definitivamente las acerbos fustigaciones y las hirientes agresividades de su pluma vibrante y temible. Para vergüenza nuestra el terrible crimen ha quedado impune.





Horas de mi vida

POESÍAS, POR DULCE M. BORRERO DE LUJÁN

En el tranquilo recogimiento del hogar, en la alta noche, a la luz de la lámpara, mientras afuera cae copiosamente la lluvia y zumba el viento con acentos quejumbroso, leo con íntima voluptuosidad estética los versos rebosantes de anhelos y de ensueños en que Dulce María Borrero de Luján, la celebrada poetisa cubana, ha puesto todas su alma, un alma apasionada y luminosa que revela con deslumbrante claridad que en ella la poesía no es mero ejercicio retórico, deporte refinado, fermento de pueriles vanidades, sino algo de muy circunstancial y hondo, algo que, en ciertos momentos psicológicos, se desprende con fuerza de los pliegues más ocultos y misteriosos de su espíritu, y, torrente incontenible, sube a la superficie para desbordarse en creaciones de un lirismo noble y sugerente. Posee, en cierto grado, ese poder de efusión viva y sincera, ese don de comunicativa simpatía, sin los cuales no existe genuina y verdadera actuación poética. Eso es lo que a mi juicio y en su aspecto principal da la medida del lírico verdadero. Un continuo don de sí, de lo más noble e íntimo un alma, que repercute con cálida y prolongada intensidad en espíritus más o menos afines. Esta vibración casi permanente de una sensibilidad formada para experimentar más sincera y profundamente que otras las



vicisitudes, miserias y desencantos de que es tan prodiga la vida, en ningún momento puede confundirse con lo que es vano y superficial sentimentalismo, artificio de la inteligencia, creación puramente imaginativa. En las estrofas de Dulce María Borrero de Luján reflejándose con arte sencillo y elegante, sin hojarasca mi rebuscados adornos, las ternuras, los anhelos, las nostalgias, los dolores de un alma poco complicada, que se descubre casi siempre a flor de mirada teñida de permanente melancolía, presa de noble inquietud frente a determinados aspectos de la existencia. El fondo de su lirismo es cierta tristeza, cierta dolorosa inconformidad con cosas ineludibles de la vida...

Los poetas, y en esto estriba sin duda uno de los aspectos más dignos de estudio de su respectiva actuación rítmica, piden siempre a la vida más de lo que esta puede dar buena mente de sí. De ahí un continuo choque con las inflexibles realidades circunstantes. «No hay verdadera poesía, ha dicho Anatole France, sino en el deseo de lo imposible o en el sentimental sientto de lo irreparable». Quizás los poetas del dolor hayan sido, sean, los que han alcanzado la más alta nota de sugerente lirismo; pero aún siendo el dolor la fuente principal de la poesía más sugestiva y honda, intenso e irónico en Heine, amargo en Bécquer, desesperado en Leopardi, la vida en evolución continua, cambiante, proteiforme, resulta mutilada cuando se la subordina a una concepción poética unilateral desde que se excluyen por exigencias de temperamento o de posturas llamativas algunos de sus más salientes y prolíficos aspectos. Aceptemos la vida tal como se nos presenta, sin procurar analizarla demasiado. Ya alegría, ya dolor, recibámoslo todo con serena conformidad filosófica. Aprovechemos, para *vivirlo*, el instante fugitivo que no vuelve. Lo que fue ya no volverá a ser. Nuestras sensaciones de ayer ya no se repetirán más. Bajo apariencias más o menos estables todo se transforma incesantemente. «No nos bañamos dos veces en el mismo río», afirmaba ya un filósofo antiguo. Y ahora mismo, como quien dice, la ilustre Condesa de Noailles exclama hermosamente en una de sus más inspiradas poesías:



*Nous avons, tous les jours, l'habitude de voir
cette route si simple et si souvent suivie,
et, pourtant, quelque chose es changé dans la vie.
Nous n'aurons plus jamais notre ame de ce soir.*

Bien puede asegurarse que han pasado ya a mejor vida las escuelas literarias que tanto alboroto hicieron en la segunda mitad de la pasada centuria. Tales concepciones de índole colectiva, de cierto matiz escolástico, pugnan decididamente con el individualismo cada vez más característico de la vida moderna. Ya solo tienen un valor meramente histórico. A la «marmórea impasibilidad» de los parnasianos, que no fue tan *impasible* ni podía ser como algunos observadores superficiales pretenden, y a ciertas sutilezas y matices del simbolismo, ha sucedido una especie de resurrección romántica, en lo que el romanticismo, entendido en cierto amplio y libérrimo sentido, tuvo y tiene de más noble, sano y permanente, y la cual se revela en algunos poetas franceses de la hora actual en una forma de expansión lírica de muy peculiar subjetividad, que tiende por modo constante a escaparse de las doradas redes de una poesía cincelaba con exceso, quintaesenciada, vaporosa, para convertirse en manifestación sincera de nuestro pensamiento y de nuestra emoción ante los cambiantes y múltiples aspectos de la realidad exterior e introspectiva. Si en el libro de Dulce María Borrero de Luján podrían aquí y allá señalarse lejanas reminiscencias de la *manera* de tales o cuales poetas, cosa frecuentísima y hasta natural en estos asuntos, no es posible, en ningún caso, poner en tela de juicio el carácter íntimo y hondamente personal que avalora sus rimas. Salvo en tales o cuales horas de crisis pasional, sin emoción poética, sin ser superficial ni mucho menos, no alcanza, sin embargo, la intensidad emotiva, la profundidad del sentimiento que se avizora de continuo en las estrofas de concentrado y vibrante lirismo de su hermana Juana. Hacía muchos años que leí algunos versos de acentuado relieve personal de esta noble y valiente cantora de excelsitudes luminosas segada por la muerte prematuramente, y todavía, mariposas grises



del pasado, acuden a mi memoria las románticas estrofas de «Silueta fantástica»:

Yo le he visto surgir en mi mente
como un héroe de tiempos lejanos,
que soñara en morir combatiendo
bajo el noble estandarte cruzado.

En Dulce María Borrero de Luján hay bastante riqueza de vida interior, la suficiente para constituir una personalidad poética capaz de expresar con calidad y vibrante intensidad artística las ideas y sentimientos que conmueven su alma en ciertas horas en que la vida parece palpitar con ritmo más acelerado. Sin exteriorizar ninguna radical tendencia innovadora, su metrificaci3n no resulta nunca mon3tona. Sus versos se leen con deleite principalmente por la irresistible seducci3n femenina vinculada en ellos. Ingentes y nobles cosas de la vida forman el cristalino manantial de sus creaciones poéticas. El continuo estremecimiento de su sensibilidad pone en sus poesías no sé qué peculiar ambiente de melancolía y en ciertas ocasiones como de incurable desesperanza. Si hay tarea espinosa para el escritor es la de pretender llegar hasta el fondo casi siempre misterioso de estas almas de mujer en que una sensibilidad real y poderosa se manifiesta en constante vibraci3n. En la poetisa cubana, las facultades imaginativas, el poder de presentar sus ideas y sentimientos en forma de continuas y bien coloreadas imágenes, est3n en un aspecto muy saliente como subordinadas a lo que en ella es siempre producto directo de una emoci3n inconfundible. El grito como de algo muy contenido, que a menudo parece torturarla, se escapa y suena potente en sus nost3lgicas rimas. En «Resurrexis» exclama:

Tras el suplicio horrendo del olvido
—de todos los suplicios el mayor—
ante el cobarde coraz3n vencido,



más valeroso cuanto más herido,
de su sepulcro yérguese el amor.

Canta la patria con fervor entusiástico, que, en ocasiones, al contemplar aspectos dolorosos de la realidad social, al ver cómo el ideal magnífico de redención por el cual sucumbieron heroicamente tantos ilustres paladines va a desvanecerse en los horizontes de sangre de abominable contienda fratricida, arranca de su estro notas de vibrante y acerbo desconsuelo. ¡Ah! yo también, en los últimos meses del pasado año en que el pueblo dominicano, preso de horrible demencia, consumía sus postreras energías en aniquiladora lucha social, he experimentado el dolor intenso de columbrar cómo lentamente, insensiblemente cavaba él mismo la fosa en que estuvo a punto de sucumbir sin honra y sin gloria. Dirigiéndose a la patria y refiriéndose a los héroes de la epopeya emancipadora que parecen incorporarse en sus tumbas despertados por el estruendo de la guerra vitanda, la poetisa cubana dice elocuente y bellamente:

¿Será que lloran,
atónitos de horror, mientras, arriba,
sobre tu corazón ensangrentado,
los picos, en la lucha fratricida
se disputan las gotas de tu llanto?

¿O será que en el polvo de la huesa
confundidos, helados y dispersos,
tu agonía tristísima contemplan
a través de la muerte y del misterio?

¡Tal vez, allí, sobre la tierra trágica
que formaron los muertos en la sombra;
la bandera ideal de tu esperanza
sobre las ruinas del pasado flota!



En la hermosa composición «A un árbol». Plena de vigor y sugestivo encanto, al verlo desvestido de hojas por la mano cruel y helada del invierno, se le ocurre este bello pensamiento:

... pareceme que lloras
en la amargura de tu inmenso duelo,
y que, doliente, a lo invisible imploras,
teniendo el corazón bajo la tierra
y los brazos extendidos hacia el cielo!

En este florilegio abundan las composiciones de subido mérito artístico. Una de las que más me ha gustado por la serena y apropiada fuerza descriptiva, y por la forma sencilla, clara, suavemente armoniosa, es «El remanso», joyita de delicados esmaltes y que no resisto a la tentación de copiar íntegra:

Bajo el arco fresco del ramaje umbrío
de los arrayanes que bordan la orilla
entre la guirnalda florecida, brilla
como una pupila de esmeralda el río.

Y es la transparencia de sus aguas puras,
y movilizadas tan serena y honda,
que se unen la fronda sonora en la fronda
de cristal, formando dos grutas oscuras.

Del airón altivo de una palma inhiesta
oculto en los flecos, con trinos de fiesta,
modula un sinsonte sus claras octavas,

mientras doblegados amorosamente,
con leves murmullos besan la corriente
los penachos líricos de las cañas bravas.



En el primoroso libro que el poeta Fabio Fiallo abre como un bello «Pórtico» rítmico, pueden quizás constatarse en una que otra de sus páginas irregularidades de forma; pero por encima de estas más o menos visibles deficiencias del lenguaje rítmico, adviértese de continuo que el sentimiento que avalora estos versos es siempre sincero, expresión vibrante, genuinamente poética, de una mujer dotada con prodigalidad para pensar y sentir intensamente y exteriorizar con belleza las cosas de ingente valor que constituyen lo más noble y duradero de la asistencia.





Concepto del Derecho

POR J. DE LA RIVA AGÜERO

He leído con vivo interés este librito por muchos conceptos profundo y de verdadero jugo mental. En él da a cada paso su distinguido autor muestra brillante y cumplida de su indiscutible idoneidad para penetrar con pie seguro en el vasto y espinoso terreno de estas difíciles y trascendentales cuestiones. Este *Ensayo de filosofía jurídica* contiene sustanciosos capítulos plenos de ciencia y de elevaciones penetrantes y sagaces en las que, con depurado conocimiento de causa, con un amplio y seguro criterio positivista de cierta originalidad, estudia el distinguido escritor peruano una noción del Derecho, sus caracteres esenciales, sus relaciones con la moral y termina exponiendo con sobriedad y serena perspicacia cuanto a su juicio integra y avalora la evolución jurídica en sus variados y naturales aspectos. En ella, el Derecho, dotado de impulsión dinámica, se desenvuelve en un proceso constante de depuraciones y de transformaciones. Por ley ineludible del ser y como todo lo que tiene su raíz en el espíritu sigue en todas las formas de su desarrollo, un ritmo de vida progresista y fecunda. Por más que en ciertos momentos parezca el Derecho inmovilizarse, en el fondo, observadas con el necesario detenimiento, tales aparentes interrupciones en



su proceso evolutivo son pasajeras y se explican fácilmente por circunstancias muy acentuadas de época y ambiente.

El Derecho, íntimamente compenetrado siempre con el organismo social, surge constantemente a mi ver como propiedad de anudamiento, de relaciones, de engarce de actividades individuales y colectivas, como enlace de términos, por más que en esas *relaciones* o en esos *enlaces* no reconozco sustancias distintas, *nuevas*, sino de la misma naturaleza de los términos enlazados. Entre el ser y el pensar hay necesaria relación de identidad. En la voluntad, integración constante de energía psíquica, reside actualmente la coacción que es el alma de todo derecho. En esta rama de la actividad humana, no he visto nunca, lo mismo que Riva Agüero, ningún origen metafísico preexistente, algo de oscura y misteriosa urdimbre, sino un producto natural de la evolución histórica subordinado de continuo en todas sus formas y variedades, en todos sus aspectos más o menos estables, a actuaciones sociales bien determinadas y precisas, pues a mi juicio, como de condicionalidad relativa, el Derecho no puede el mono modo alguno aspirar a un concepto de total universalidad que por tal cosa excluya radicalmente desde luego cualesquiera diferencias o discrepancias derivadas necesariamente de ciertas condiciones de lugar y de zona. Es forma necesariamente coactiva de progreso social que varía determinando o siguiendo determinadas corrientes mentales del medio en que se precisa su actuación. En ningún caso puede concedérsele carácter de definitiva concreción mental, por más que no faltan quienes opinen de modo contrario. Para Kant, el Derecho encuentra su forma adecuada de expresión en la libertad exterior, mientras la ética vivifica, ensancha y exhorta el mundo de nuestra libertad interior. Claro está que el primero necesita indefectiblemente la coacción, puesto que sin ella resultaría en absoluto ineficaz para el *desiderátum*, el objetivo supremo que no es ni puede ser otro que el desenvolvimiento regular y armonioso de formas diversas y aún antagónicas de existencia individual. Pero entre el Derecho y la Ética, aún operando en esferas distintas, no hay ni puede haber si bien se mira diferencias esenciales. Son



aspectos del espíritu susceptibles siempre de alcanzar en su evolución cierta unidad estable y más o menos compleja. Después de sesudas consideraciones en que examina estos asuntos de alta trascendencia humana desde puntos de vista muy bien escogidos y con criterio por completo desligado de dogmatismos ofuscadores, concluye Riva Agüero considerando «el Derecho general como la imposición durable, la fuerza que al perdurar engendra en cierto equilibrio o status. Siendo esencialmente coactivo y adquiriendo la conectividad de todo hecho social que alcanza una intensidad determinada puede definírsele como *la forma precisa y la natural expresión de las fuerzas sociales intensas, la consagración de un poder recíproco*». Dedúcese de aquí su variabilidad indefinida correspondiente a la vida social que traduce. Coactividad y relativa perduración tu constancia son para Riva Agüero los dos principales caracteres del Derecho.

Contiene este notable opúsculo apreciaciones muy oportunas y de verdadero interés, algunas de relevante mérito, de cierta saliente originalidad, que hablan muy alto a favor de la alta rentabilidad del joven y celebrado pensador peruano. Lamento vivamente no poder consagrar en estos momentos mayor tiempo al examen completo de su brillante y meritorio ensayo, merecedor por más de un concepto de calurosos y sinceros aplausos.





En el malecón

Sumergido en éxtasis de íntima voluptuosidad dejo pasar las horas contemplando el mar azul, el inmenso mar que se dilata serenamente majestuoso hasta confundirse con la línea circular del horizonte lejano. Sobre su dorso movable, en perpetuo estremecimiento, las olas al sucederse en formas pintorescas y variadas levantan albas y fugaces cresterías de espuma. Es una tarde estival, serena y apacible. El sol, todavía muy alto, pone a cada paso cambiantes juegos de luz sobre la ligera superficie y en los arrecifes, farallones y puntas que forman los aspectos más visibles de los contornos de la costa bravía. ¡Mar, divino mar! Catorce años hacía que en mi retina no se pintaba la visión de tu magnífica inmensidad, que mis miradas no reposaban en el vaivén ensordecedor y caprichoso de tu oleaje encrespado. Durante los veinte primeros años de mi vida ni un solo instante dejé de escuchar tu cruda e imponente sinfonía, y hoy, después de una larga ausencia, resuenas de nuevo en mis oídos con ritmo acariciante y nostálgico. Mar, divino mal. En estas horas, contemplándote, se me figura que lentamente se desprenden partículas de mi ser para confundirse contigo, que entre mi alma y la tuya se establece en estos momentos por no sé qué fuerza misteriosa una compenetración íntima y estrecha. Tu inmensidad me atrae y me subyuga. Todas las cosas, grandes o chicas, poseen un alma. El alma de muchas cosas solo se deja ver, en determinados



instantes, a los espíritus capaces de aprisionar en las redes de su sensibilidad exquisita efluvios de la eterna y serena belleza esparcida en el mundo. Para nosotros, para la inmensa mayoría, para la caravana interminable que pasa con rumbo hacia la muerte preocupada únicamente con los sórdidos intereses del minuto, todas esas cosas permanecen impenetrables, obstinadamente mudas como la esfinge de los animales líbicos. El alma del mar es inmensa, cambiante, polifónica. He sentido siempre la atracción de las cosas grandiosas, por más que en sí, lo grande y lo pequeño, desde el punto de vista de nuestro limitado conocimiento, sean formas cambiantes y proporcionales de un mismo principio, de un mismo concepto lógico. Pero lo grande me fascina. El alma del mar tiene sus modos de expresión, su lenguaje. Habla, canta, gime, solloza, rugie. De agrupaciones de átomos y de moléculas en incesante movimiento brotó quizás, en sus oscuras profundidades, en la sucesión infinita de los siglos, conjunto un informe, materia apenas esbozada, la célula primitiva de que surgió bella y radiante la vida hasta plasmarse en la multiplicidad de formas actuales... Quizás sea también el mar el sudario gigantesco que arrojó la tierra al extinguirse los gérmenes que en ella son fuente continua de movimiento y de vida... Y quizás despunte el día lejano, muy lejano, en que sobre la tierra desolada, en ninguna de sus riberas, exista un ser que pueda contemplarte, no haya ni un alma siquiera que pueda identificarse con la tuya, que pueda escuchar tu suave murmullo o tu voz rugiente y formidable...

En torno mío, un grupo selecto de la juventud intelectual charla con extremo de interés y de regocijo sobre cosas amables de la vida social y del arte libérrimo. La conversación corre, corre, ya a modo de suave arroyuelo, ya de raudal hirviente, sin que ninguna nota de vulgaridad interrumpa su curso. De cuando en vez, como estridente cascabeleo, resuenan, francas y sonoras, las carcajadas. De pronto, bruscamente, a modo de petardo, estalla la broma casi casi levantando ronchas. Pensamientos infelices, rasgos de ingenio, frase de original humorismo, saltan aquí allá, como chorros de agua cristalina, en el curso de la íntima



y regocijada *causerie*... Hay indudablemente mucho talento en estos mozos que sienten a cada paso la necesidad de dar oportuna salida a la exuberancia de vida que ha puesto en ellos una florescencia de juventud ardorosa. Como el viejo poeta exclamó: ¡Oh juventud, primavera de la vida! ¡Oh primavera, juventud del año! Es la edad, la dichosa edad, en que la sangre corre en nuestras venas con ritmo más acelerado. En ella, las cosas se ven siempre como envueltas en no sé qué luminosidad ideal. Frente al conservadurismo de la edad madura caracterizado por el ansia de mantener íntegramente la existencia en nombre de una experiencia que tiende de continuo a calcar la vida y las formas conceptuales de una lógica estática, la inexperiencia juvenil, sin arredrarse ante los obstáculos por más que a primera vista convencionalismos muy arraigados de intereses estrechamente unidos para la defensa los hagan aparecer como insuperables o poco menos, inspirada en una íntima y ardiente necesidad de innovar, de cambiar, de transformar, se dilata en ímpetu de generoso entusiasmo realizando a cada paso hechos que marcan momentos de positiva trascendencia en el progresivo desenvolvimiento de altos ideales de existencia colectiva. De esa pugna constante, encarnizada entre lo que es y quiere continuar siendo con lo que en un progresivo y racional *devenir* quiere llegar a ser, resulta, bien considerado, el adelanto social característico de la evolución superorgánica, la adaptación consciente a sucesivas formas de la actividad humana. He experimentado siempre una impresión de desencanto, desconcierto, de íntima pesadumbre, las veces, muy raras afortunadamente, en que he visto jóvenes de cierta cultura poner cátedra de pesimismo y les he oído expresares amargos escepticismos como si hubieran palpado ya por entero las amarguras y desencantos de que a veces es tan prodigada la existencia. Ya derrotados al principiar la jornada, vencidos, caídos en el surco, sin combatir siquiera. Arrollados por el ambiente sin esbozar una resistencia honrosa, sin pensar que el pesimismo es solo resultado de una observación incompleta y fragmentaria de la vida. Pero esos nocivos estados de alma son poco frecuentes en la juventud y muchas veces se explican



por más o menos acentuadas deficiencias fisiológicas. Gozo íntimamente cuando me pongo en estrecha comunicación con los seres que empiezan a vivir, con los que por eso mismo sienten con intensidad la magia fascinadora de la vida cristalizada en múltiples y hermosas formas y la permanente atracción de los grandes ideales del perfeccionamiento humano... Quéjense otros si quieren de la vida; yo sigo encontrándola hermosa. Deficiente, enigmática, cruel a veces, bien merece amarse, gozarla lo más profundamente posible. Por tal circunstancia, a pesar de los años, mi optimismo impenitente, a prueba desencantos, se siente irresistiblemente atraído por el optimismo que forma la principal levadura de los años juveniles. Acaso y sin acaso vivimos en la sucesión infinita del tiempo, en la eternidad, un segundo, un instante, pero ese segundo, ese instante, nos dan siempre la impresión consciente de que en el torbellino de la vida universal somos algo, representamos alguna cosa por más insignificante y fugaz que se nos figure esa cosa...

A mi lado, en este momento, Alejandro Fernández García, el culto y simpático cónsul de la hermana República de Venezuela, recita, con entonación peculiar y rima, unos hermosos versos. Fluye de sus labios con cierta suave musicalidad que les presta singular atractivo. *Conteur* de verdadero mérito y poeta de acendrado sentimiento, es artista sobre todo. Es un fino aristocrático cultivador de la palabra artística y del ritmo jalado. En lo que habla y lo que escribe nos da siempre la sensación de algo exquisitamente sentido. Hay compenetración estrecha entre su vida y su arte. Para él se hace visible en las cosas lo que para la generalidad permanece perpetuamente ignorado. En donde menos se piensa o se cree, como jirón luminoso, sorprende la nota artística. Al tamizar la realidad, su espíritu selecto tiende a despojarla de ciertas groseras exterioridades. En su jardín interior solo cultiva flores de raras y bellas coloraciones y de exquisito perfume. En Santo Domingo se le quiere y se le admira y está ya considerado como de la casa. A pocos pasos de mí, Rafael Damirón, esboza un juicio formula una pregunta. Le miro fijamente. Robusto, grueso, da a la primera ojeada la idea



de un burgués por lo menos en lo que toca s su vida íntima. En su alma canta de continuo el melifluo ruiseñor de la antigua leyenda lírica. Hace versos sentidos y armoniosos, a veces plenos de color y saturados de emoción. En prosa ha escrito algunas páginas dignas de encomio. En la actualidad es periodista de combate y mantiene una batalla para proporcionarse el pan... Grueso como él, de cierta obesidad prematura, Arturo Logroño, chispeante y ameno, evoca la figura de un canónigo de otros tiempos hecho a una vida pingüe y regalada. Es un mozo de muchísimo talento. Impulsivo, impetuoso, junta a candideces de niño arranques de un carácter viril y entero. En su aljaba hay saetas de hiriente ironía que dispara de continuo. Aun sus más íntimos amigos no están libres de ellas. Es pensador fácil y correcto. En él hay un orador en germen. Habla con despejo, soltura y gallardía. Ha publicado un libro de historia patria en que, al lado de insignificantes deficiencias, evidencia un criterio depurado y seguro.

Con su melena –ahora más reducida que hasta hace poco según su casa sus camaradas de cenáculo– apacible, tranquilo, románticamente nostálgico, Primitivo Herrera pasea la mirada de sus grandes y expresivos ojos por el paisaje circunstante. Aislado, silencioso en medio del bullicio, parece como si su pensamiento vagara por misteriosas penumbras de quimeras y de ensueños. Pienso que Primitivo Herrera, Emilio A. Morel y Federico Bermúdez son nuestros tres poetas jóvenes de mayor intensidad lírica. En las estrofas de los tres vibra la vida con muy acentuados reflujos personales. En la técnica de Primitivo Herrera, en el ambiente artístico en que se desenvuelven sus creaciones rítmicas hay algo de la técnica y el ambiente de notables poetas franceses contemporáneos, de poetas que no conoce, por lo menos directamente. Ni H. de Régnier, ni Albert Samain, ni la Condesa de Noailles, ni tantos otros justa o injustamente elogiados, le son conocidos. Su modernismo artístico es como quien dice de segunda mano. Pero es de los poquísimos entre nosotros que poseen suficiente materia prima para alcanzar las cumbres de la verdadera poesía. Cortés, extremadamente



simpático, lampiño, Juan Salvador Durán, periodista, delicioso *croniqueur*, poeta, parece un seminarista escapado de las aulas por hastío de cosas añejas de escolástica o teología. Bajo su placidez y aparente mansedumbre se esconde un carácter vehementemente que llamea cada vez el más ligero dardo de sus camaradas intelectuales roza su epidermis de fina sensibilidad. Aguardo su libro, ya en prensa, *Motivos románticos*, para darme una idea lo más completa posible de su interesante actuación política... En este grupo selecto lo preponderante es la imaginación. Es su principal fuerza, su *faculté maitresse*, hablando en el lenguaje de la crítica de Taine. Todos tienen alientos para crear, para llegar a definir una personalidad propia; pero a todos o a casi todos les falta estudio metódico y reflexivo. De sus conversaciones se desprende que están al tanto de muchas novedades literarias de última hora, efímeras casi todas; pero que todavía no han consagrado su atención y sus facultades perceptivas a cosas fundamentales del conocimiento humano, única manera de adquirir el lastre intelectual indispensable de todo punto para acentuar una genuina personalidad digna de alta y constante renombre. Pero, por lo que pude colegir, algunos de ellos ya empiezan a recorrer con firme paso la salvadora vía.

Frente a mí, pequeño, de expresiva mirada, callado por lo general, algo taciturno, Ulises Alfau, recientemente incorporado al grupo, parece rumiar en su cerebro pensamientos de lejanos mundos espirituales. En edad muy temprana publicó unos artículos muy sesudos sobre el teatro de Guimerá que llamaron vivamente mi atención por sus muy apreciables condiciones de fondo y forma. Aparecían avalorados por una observación fina y perspicaz, y por la posesión, todavía incompleta, de un serio y firme criterio estético. Después se fue a Europa y durante algunos años le perdí completamente de vista. Nada supe con certeza de los pormenores relacionados con sus estudios en la vieja Lutecia ni de sus excursiones intelectuales por otras grandes urbes europeas. Ha vuelto al terruño en posesión, como he tenido más de una vez ocasión de constatar, de un arsenal de conocimientos filosóficos, científicos y literarios. Es un intelectual de mucho



porvenir. Sus conocimientos no tienen nada de superficial. Su mirada crítica recorre sin desfallecimientos mentales los más abstrusos aspectos del mundo intelectual. Es un cerebral con dedos pronunciados de una sensibilidad que, en ocasiones, tiene en su obra mental influjo preponderante. Posea ideas propias para buscar las cosas del pensamiento filosófico. Escuchó en París la palabra sugestiva, serena, evangelizadora en cierto sentido, de Bergson, y penetra sin titubeos en lo que en Boutroux, W. James y otros pensadores contemporáneos hay de permanente valor filosófico. En sus jugosas *Cartas a la juventud*, nutridas de sano y salvador idealismo, señala oportunas orientaciones y expresa sincero anhelo de bien para la patria. En ellas preconiza un nacionalismo *integral*, completo, que en uno que otro de sus aspectos ofrece puntos más o menos acentuados de divergencia con el mío, con el que propago incesantemente en libros y conferencias. Observado desde un punto de vista lógico, su concepción nacionalista, por los factores que la integran con carácter permanente, resulta precisamente estática. Mi concepto del nacionalismo es dinámico. Al dar valor intrínseco y permanente a formas de vida social que han envejecido ya, o van por esa vía, catolicismo, etc., el nacionalismo de Ulises Alfau tiene que desenvolverse precisamente, en su proceso dialéctico, dentro del marco intelectualista de unidad estática que, en sus líneas más definidas, excluya la posibilidad de un *devenir*, de un llegar a ser siempre posible sucediéndose en el tiempo en el espacio. Sin perjuicio de lo que en él hay de fundamental, mi nacionalismo evoluciona incesantemente. En lo externo, cambia y se transforma como la vida de que es en parte expresión, sin perder ni un átomo de su origen fundamental. Es a manera de un árbol que tiene una red de raíces de muy honda penetración en la tierra, sin menoscabo de su vitalidad, en lo esencial, por la acción continua y cambiante de ciertos agentes físicos exteriores, luz agua, aire... Mi nacionalismo, por lo general, tiende a una integración de vida lo más completa posible, de vida moderna se entiende. En él no caben ciertos dogmatismos que ya han hecho su camino. En él pueden vivir tranquilamente todas las modalidades de



la civilización actual en cuanto estas no lesionen los principios que constituyen su base intelectual y emotiva. Se nutre, en parte, naturalmente del pasado, pero vive del presente y en permanente preparación del porvenir. Preconiza la utilidad indispensable y preponderante de la ciencia como factor esencialísimo del movimiento social sin llegar al *cienticismo*, y la conveniencia de un arte libre, expresión acabada de los estremecimientos de la vida moderna principalmente, sin convencionalismos de escuela precisamente transitorias... Pero, descontadas tales divergencias, en último análisis, resultan aspectos que forzosamente se diluyen en la visión armoniosa y sintética del conjunto, el joven pensador dominicano y yo estamos plenamente de acuerdo en lo principal, en basados en idealismo noble y trascendente, laborar por la más amplia vigorización del sentimiento nacional para crear un ambiente de radical dominicanismo adverso en absoluto a toda idea, más o menos bien disimulada, de humillante tutela extranjera...

Los esplendores de aquella tarde serena de estío iban lentamente amortiguándose en las tonalidades grises de un crepúsculo solemne y majestuoso. Como arrojados por una niebla sutil comenzaban a esfumarse los contornos de las cosas. La brisa declinaba y el mar comenzaba a aquietarse como gigante que se prepara a entrar en el reconocimiento del sueño. Su voz resonaba a ratos con tonos de apacible murmullo. Las estrellas, faros siderales, encendían sus luces en el espacio infinito. Esparcidas en el perímetro urbano, las luces del alumbrado eléctrico semejaban constelaciones de variadas y caprichosas formas... El grupo intelectual echó a andar hacia arriba, hacia la ciudad iluminada, cada cual en busca del hogar respectivo. A medida que avanzábamos departiendo alegremente el grupo se hacía menos denso. No sé qué impresión de romántica nostalgia se enseñoreaba de mi alma al pisar las viejas calles en que tantas veces resonaran los cascos de los bridones de la conquista y floreció la leyenda entre sombras y esplendores de heroísmo, de crueldad y de rapiña. Como aroma embriagante de cosas muertas, aspiraba intensamente la poesía sugerente y melancólica, de



vivo colorido medioeval, que a cada instante se desprende de aquellas ruinas, de aquellos vetustos edificios, de aquellos nichos arcaicos, de aquellas ventanas de anticuada forma, de aquellos conventos, de aquellas iglesias, de todo aquel conjunto de cosas que la conquista, cruel y trágica, marcó con un sello indeleble... Y meditando en esas cosas, sintiendo esas cosas, como cristalización de lo que dominaba mi ser en aquel instante, formulaba el íntimo anhelo de que, corriendo el tiempo, la histórica y amada ciudad de Santo Domingo de Guzmán pudiera progresar enormemente, contar con centenares de miles de habitantes, con magníficos palacios, con calles que fueron bulevares, con paseos espléndidos, con todos los adelantos que resplandecen en las grandes urbes modernas de portentosa civilización; pero pudiendo, en medio de todo eso, conservar intangible, sin menoscabo y deterioro, la porción de ella que le imprime carácter y peculiarísimo relieve y la hace acaso única en toda la América de habla española, esa porción en que vive su pasado romántico y glorioso y de que irradia la poesía sentimental y legendaria que la convierte en fuente copiosa de evocación de arte y arcaica belleza para las almas en que todavía florecen los albos y embriagantes lirios de edades extinguidas.





Del futurismo

I

Le *Futurisme*, de Marinetti, es un libro raro y desconcertador, expresión de aspiraciones inasequibles, de propósitos que parecen forjados por cerebros calenturientos atormentados por el ansia de cosas de extravagante originalidad. Como lo declara paladinamente el autor en el primer capítulo, el futurismo, para abrirse paso, tiene que asumir de continuo una actitud cruel y agresiva sin adoptar en ningún caso «formas diplomáticas ni disfraces elegantes». Es una lucha muerte «contre tous y contre tout», y para triunfar apela sin contemplaciones a todos los medios, aun a los más crudos y violentos. En Turín, en una conferencia, después de una lectura del manifiesto futurista, convirtiose la inmensa sala, repleta de gente, en un verdadero *pandemónium*. Marinetti describe pintorescamente lo ocurrido: «Des coups de poings et des coups de canne; des bagarres et de rixes innombrables au parterre et dans le poulailler. Intervention de la police, arrestations, dames evanouies parmi le brouhaha et le tofu-bohu indescriptibles de la foule». La propaganda futurista levantó iguales o mayores tumultos en otras ciudades de Italia. En Francia ha sido acogida con más cachaza, cierto gesto de *moquerie* muy propio del carácter francés ha saludado, en el mayor número de veces, las



violentas explosiones de la propaganda futurista. El futurismo rompe con toda estética y pretende crear una nueva en que no quede absolutamente nada de los principios que han gobernado y siguen gobernando toda genuina creación artística. Lo mismo que en literatura, en pintura, música y escultura, preconiza una revisión radical y completa de todos los valores estéticos actuales para alcanzar mediante procedimientos que chocan abiertamente con los que empleamos en la producción artística una originalidad enmarañada y desconcertante. Aún rompiendo radicalmente con el pasado, aún abominando del *paseísmo*, aún queriendo destruir con incitada violencia lo que constituye el precioso legado de muchos siglos de civilización, el futurismo sostiene como uno de sus principales cánones, el más importante quizás, la rotunda afirmación de que la guerra es la única higiene del mundo, la única forma de supremo saneamiento colectivo. El futurismo pretende destruir hasta en sus más profundas raíces muchas cosas que tienen su razón de ser en lo más íntimo y permanente del alma humana, y por eso declara la guerra muerte a lo que llama «la manía del orden, el deseo del menor esfuerzo, la preocupación del sueño y de la comida a una hora fija, el amor a lo antiguo, la necesidad de leyes, el horror a la violencia, el miedo de una libertad total». Y sobre estas cosas, preconiza el futurismo «como condición esencial del héroe moderno el desprecio de la mujer»... A primera vista, leyendo estas cosas, parece a uno tener que habérselas con gente desequilibrada por entero, con una legión de energúmenos escapados de las celdas de una casa de orates...

En lo que toca al amor, considerado por el futurismo, en sentido cierto, como un «producto literario», débesele solo, según los reformadores, frutos de debilidad, de decadencia individual y social; y por eso aproximándose al feminismo, la flamante doctrina futurista considera a «las sufragistas como sus mejores colaboradores, pues mientras más derechos y poderes obtenga la mujer, más pronto cesará de ser una fuente de pasión sentimental o un instrumento de placer». El futurismo proclama, como necesidad imperiosa, la destrucción, en



todas sus formas, del culto al pasado, a ese pasado que tan indestructibles raíces tiene en nuestro ser, para sustituirlo con una civilización de tipo netamente industrial en que la máquina, en que el desenvolvimiento de potentes energías materiales, sean el origen de todas nuestras emociones estéticas y el punto de partida de un progreso indefinido. En ese sentido considera a un automóvil de carrera como mucho más bello que «La victoria de Samotracia». No sé cómo conciliar este ideal de grandeza industrial que proclama futurismo a grito herido con su afirmación repetida en todos los tonos de que la guerra es eminentemente necesaria para constituir la higiene del mundo, pues si la guerra es destrucción, barbarie, mal podría marchar paralelamente con esa civilización industrial que tanto decanta sin arrollarla o por lo menos si menoscaba a cada paso. Como no puede menos de ser, el futurismo abunda en contradicciones y en falsas apreciaciones. Una de ellas es querer establecer una línea de radical separación ante el futurismo y Nietzsche por acusar al gran pensador alemán de ser un admirador entusiasta del pasado, del genio griego, mientras la nueva doctrina condena irremisiblemente ese pasado, cuanto se refiere a la antigüedad grecorromana. Esta discrepancia es meramente externa. En el fondo, en lo esencial, con variantes más o menos resaltantes, el tipo del hombre moderno, creación cerebral del futurismo, es hermano menor del mismísimo *superhombre* de Nietzsche.

A pesar de los extravíos, delirios y extravagancias del futurismo, vibra en él, en ocasiones, algo de noble y activa sinceridad juvenil que atenúa un tanto la crudeza y agresividad de muchas de sus afirmaciones. Por una extraña contradicción, que aplaudo con toda mi alma, en lugar de destruir la idea de patria, como lógicamente podía esperarse, la dignifica y robustece, como se advierte a cada paso en las páginas de este libro. «El futurismo, dice el notable escritor francés Camilo Mauclair, está en camino de constituirse en un partido al incorporar a su credo ideas políticas y sociales y es desde el punto de vista italiano que hay que juzgarlo». En ciertos puntos



muy salientes del futurismo existe indudablemente mucho que tiene íntimos nexos con ciertos aspectos de la mentalidad italiana que el citado escritor analiza sagaz y profundamente en un estudio no ha mucho publicado. «No se puede negar, dice, que el acto reciente de Italia en Trípoli no sea en su soberbia, en su desprecio del derecho, en su lírica arrogancia, una confirmación resonante de la jactancia futurista». A mi ver, algo de la propaganda futurista dejará huellas en el movimiento progresivo de la civilización moderna. Como rumores de tempestad que se aleja pasarán los ruidos del tumulto que actualmente levanta el futurismo, quedando de él únicamente lo que merezca vivir, lo *humano* en su más alto y noble sentido, lo que represente alguna utilidad en el necesario devenir de la humanidad. Con todas sus tremendas extravagancias, con todo lo que pueda haber de *pose*, de efecto estudiado, de escándalo cómico o burdo en su propaganda, el futurismo es un movimiento juvenil de espíritus caldeados por aspiraciones en gran parte quiméricas; pero que tiene el mérito de poseer una convicción, de creer en lo que afirman, de consagrar todas sus energías a un empeño que más o menos equivocadamente califican de salvador y fecundo. Luchar es vivir. Y nuestra época es de pugna constante. Aplaudo a la juventud que labora, que lidia, que espera, que tiene un ideal así sea extravagante y desordenado. El tiempo se encargará de depurar y corregir sus afirmaciones. Lo que sí me inspira profundo disgusto y no sé qué de conmisericordia, es la juventud que no batalla, que por accidentes más o menos pasajeros desespera del porvenir, que se pierde en tontas lamentaciones, que se hace conservadora antes de tiempo, que considera, sin intentar defenderlas, como perdidas sin remedio, cosas muy bellas y fecundas de la vida. Si es necesario caer, se cae; pero quien blasona de nobleza espiritual no debe rendirse ante el hado adverso sin antes empuñar la espada y marchar decidido a la victoria o la muerte.



II

Junto con *Mafarka le Futuriste*, libro de extraña y sugestiva originalidad, me remite el conocido escritor Marinetti multitud de impresos referentes al futurismo, de los cuales me han atraído preferentemente la atención el curioso manifiesto en que los poetas y pintores de aquella flamante escuela, o lo que sea, piden nada menos, como si fuera cosa de todo punto insignificante, la destrucción de Venecia, de la Venecia medieval y romántica, de la Venecia histórica, fuente de noble y perenne inspiración para el artista. Lo dice bien claro el tal manifiesto: «Apresurémonos a colmar los canales fétidos, con los escombros de los viejos palacios carcomidos y leprosos. Quememos las góndolas, esos balancines de cretinos, y levantemos al cielo la imponente geometría de los puentes de hierro y de las fábricas empenachadas de humo, para suprimir por todos lados la curva lánguida de las viejas arquitecturas»... Esta vez la broma resulta un poco pesada. Hagan los dioses inmortales que ni de chanza prosperen tales estafalarios proyectos, que tienen a ojos vistas mucho de *pose*, de algo así como de una postura más o menos divertida para atraer la mirada de un público distraído, indiferente, enervado, cuyo paladar va necesitando platos cada vez más fuertes, más cargados de sustancias picantes... El futurismo se declara enemigo de lo vulgar, de lo común; y nada a mi ver lo sería tanto, revelaría tan resaltante vulgaridad, vulgaridad de hunos, y bárbaros, como destruir la Venecia artística, única en su género, la Venecia que sigue siendo –no obstante los gérmenes de corrupción que pululan en su seno– una página magnífica e incomparable de arte, la más intensa evocación de un pasado glorioso, para edificar en su lugar una ciudad repleta de altas y negras chimeneas, de ahumado cielo, de ruido ensordecedor, como las que a cada paso levanta en algunas porciones de este continente la actividad creadora e incesante de la industria moderna.

No hay para qué llegar a los extremos que quieren los poetas futuristas. La corrupción que se atribuya a Venecia puede curarse por otros medios. Venecia es un riquísimo relicario de arte,



y como tal hay que conservarla. En la conferencia de Marinetti sobre «la necesidad y belleza de la violencia» resuena este grito patriótico que de veras aplaudo: «Io sono italiano, ed amo supra tutto l'Italia»... Y transformar a Venecia con quieren los futuristas –entiéndase que ni por un instante he tomado en serio la cosa– sería algo como una mutilación del alma italiana, como despojarla de uno de sus más preciosos jirones de idealismo y de belleza. Leí hace tiempo y he vuelto a leer, con suprema delectación, *Les pierres de Venise*, del gran Ruskin, libro que constituye el monumento estético más profundo y hermoso consagrado a esa urbe insigne, y aún recuerdo estas inspiradas frases de Taine (*Viajes a Italia*): «En Italia nada hay que pueda ponerse en parangón con Venecia... Cuando se contemplan estos palacios de mármol, estos puentes de mármol, esta soberbia ornamentación de columnas, de balcones, de ventanas, góticas, moriscas, bizantinas y en todas partes el agua reluciente y en perpetuo movimiento, se pregunta uno a sí mismo por qué no he venido aquí desde luego, por qué ha perdido dos meses en una ciudad, por qué no ha dedicado a Venecia todo su tiempo. Forma uno el proyecto de establecerse aquí; jura que volverá»... ¿Para qué decir más? Deje, pues, el futurismo tranquila a Venecia; respete su sueño secular y todo el mágico esplendor de su divina belleza. Hay que conservarla, como joya de valor incalculable, para solaz y deleite de las almas refinadamente artísticas.

Y entusiasmado con Venecia, he olvidado a *Mafarka le Futuriste*, la novela africana de Marinetti, objeto principal de este artículo. En el prólogo, obra también de Marinetti, dice este refiriéndose a su novela lo que a la letra copio: «C'est a la fois un chant lyrique, une épopée, un roman d'aventures et un drame. Je suis le seul que ait osé écrire ce chef d'oeuvre, et c'est de mes mains qu'il mourra un jour, quand l'a splendeur grandissante du monde aura égale la sienne et l'aura rendue inutiles»... Confieso que al abrir el libro y encontrarme con tales palabras sentí un prematuro desencanto. El gesto es de una sinceridad llevada al colmo. La obra, sin embargo, se lee con gusto. Resulta de verdad interesante para los que no comulgamos con muchos



prejuicios y estamos a prueba de sustos en cosas intelectuales. No me espantan las ideas más radicales, exageradas y aún extravagantes, siempre que vengan bien trajeadas, con apropiado y atractivo ropaje artístico. Este libro, de médula nietzscheana, es algo así como una deslumbrante y triunfal apoteosis del superhombre, de la voluntad rígidamente estructurada que no se doblega ante ningún convencionalismo, que no tiene escrúpulo en pisotear sin compasión a cuantos pretenden obstaculizar el camino... Rachilde, aún reconociendo la belleza de esta novela, afirma que Marinetti «posee todos los defectos de Víctor Hugo y que está a su gusto en el desorden». En estas páginas rebosantes de intenso color y de exaltación dionisiaca de vida, pareceme, a ratos, vislumbrar algo que, sin ser imitación ni cosa parecida, por cierta similitud de ambiente artístico, trae a la memoria a D'Annunzio, a un D'Annunzio exagerado, hiperbolizado, de mucho menor refinamiento estético, pero con ciertas cualidades de precisión y claridad que una que otra vez faltan en el ilustre autor de *Las vírgenes de las rocas*.

Mafarka le Futuriste es, sin duda, un libro incoherente, desordenado, en demasía lleno de color y a ratos extravagante; pero por sus páginas de tremenda sensualidad, de pasiones desencadenadas, de crueldad, de delirio, de desolación, de exterminio, de muerte, cruza una ráfaga de arte creador, de intensa y desbordante poesía, que determina no sé qué onda vibración en el espíritu sacudiéndolo fuertemente y dejándole como la angustia de una pesadilla macábrica y sangrienta. Se ve que Mafarka, el protagonista, y cuanto le rodea, personas y cosas, flotan en un ambiente como de confinamiento; que ni una sola de esas escenas refleja fielmente la vida, la vida tal como vibra dentro y fuera de nosotros; que esas escenas son solamente proyecciones de una imaginación calenturienta y desenfrenada; pero, a pesar de todo eso, no podemos escapar a la fascinación de la fantasía creadora del autor y de la soberana fuerza pictórica de su estilo. Un criterio equilibrado, un concepto positivo de la realidad, una razón serena, mensurada y discreta, no



podrían ciertamente comprender tales estupendas exageraciones. Están por completo fuera de las leyes de equilibrio mental que rigen normalmente al entendimiento humano. En muchos de los capítulos de belleza incoherente y desordenada que contiene este volumen desorientador y raro, un espíritu refractario a cuanto discrepa de un tipo mental de estabilidad estructurado conforme a nuestra manera habitual de pensar y sentir, solo vería creaciones de un escritor que, por medio de ellas, quiere singularizar una personalidad, colocarse en puesto muy visible, provocar una corriente de opinión apacentada en el escándalo, que le sería de todo imposible conseguir con resortes más naturales y corrientes. No obstante eso, el mero hecho de que es imposible negar que este libro, en muchas de sus partes, interesa en alto grado, revela elocuentemente que Marinetti es un artista de valor, que describe de modo admirable, y que, aún manejando principalmente los colores fuertes y despreciando casi de continuo los matices y tintes suaves, logra fundirlos con tal maestría en su paleta que a cada instante hace pasar ante nuestros ojos asombrados una como triunfar apoteosis pictórica parecida a un deslumbramiento.

Su héroe, Mafarka, la figura principal del relato, es una voluntad de acero ante la cual debe todo humillarse o rendirse. Como un alud devastador pasa por campos y ciudades. Pulveriza bajo sus pies cuanto se le pone. No conoce el miedo. Desprecia a los débiles. Sobre el tumulto de turbas serviles prosternadas, se irgue olímpicamente como un símbolo supremo de masculina virilidad y de salvaje belleza. Ve con desdén las mezquinas ambiciones que dividen a los hombres. Sus relaciones con las mujeres son únicamente contactos voluptuoso de un instante. Ninguna pasión femenil depositará gérmenes de debilidad en su alma hecha para vencer y para imponerse al destino. Fecunda, sin ayuda de mujer, con solo su voluntad, el hijo todopoderoso que encarna y que realizará su ideal... Parece que todo esto no es más que una visión del poeta, que en cierto modo quiere precisar, en un símbolo, al



hombre de potente voluntad, arrollador de convencionalismos y preocupaciones sociales, que espera ver erguirse, rebosante de indomable energía, en el horizonte del porvenir. Inútil empeño. Ese hombre no aparecerá nunca a lo que pienso. Es fácil asegurar que el simpático y vibrante poeta Marinetti no lo verá jamás. Nuestro mundo de compleja y cada vez más niveladora e igualitaria civilización, prestigio y encumbra las medianías, a los que acatan y preconizan sus enseñanzas; pero, hoy como mañana, tiende y tenderá a destruir inexorablemente a los superhombres.





Una gloria antillana

Un grupo de viejos y leales discípulos y devotos admiradores del insigne pensador antillano Eugenio María de Hostos, presidido por Federico Henríquez y Carvajal y eficazmente secundado por los ayuntamientos y sociedades científicas y literarias del país, coronará en breve brillantemente la idea, hace algún tiempo iniciada, de erigir en sitio adecuado un monumento artístico que perpetúe la amada memoria de aquel varón benemérito, de saber enciclopédico, de inteligencia abierta a todas las grandes ideas, que vivió apacentando de continuo su alma noble sabio estoico con las vivas formulaciones de un propósito de mejoramiento social de austera e inmarcesible grandeza ética... A medida que corre el tiempo parece adquirir más subidos quilates su personalidad por tantos conceptos merecidamente encomiada. Quizás en toda América latina no exista quien pueda hombrearse hace con él en lo que atañe a su fructuoso empeño de sistematizar la casi inexplicable complejidad de cuanto integra y resume la evolución del organismo social. Su vasto y coherente concepto sociológico tiene puntos de vista originales y de indiscutible importancia. El sociólogo antillano es de la madera de un Comte, un Spencer, un Tarde, un Giddings, un Durkheim, un Schaffer... Su punto de partida *organicista*, sin ser exclusivamente spenceriano, se aproxima muchísimo al concepto sustentado por el gran filósofo inglés



al investigar el origen de la realidad social, lo que constituye su positivo fundamento. Si aún hoy mismo, en la hora actual, la concepción de una sociología sólidamente cohesionada no ha encontrado sustentáculo definitivo, prestándose a múltiples dudas e interpretaciones en lo que respecta a la sustantividad que debe constituir y revestirla de fundamento indiscutible, Hostos, inspirado en su creencia en una ciencia exacta, precisa, positiva, tal como la estructura Augusto Comte, buscó y creyó encontrar para su construcción sociológica sólida base en «un orden dado de la naturaleza y la sociedad», muy visible en su manera integral de comprender y aplicar la ciencia, por más que en el presente momento el concepto de esa misma ciencia en Le Roy, en Poincaré, en Match, y en tantos se aparta más y más del modo de ver comtista, menos expresivo de una absoluta certidumbre que la misma experiencia no puede darnos.

Toda la concepción social y ética de Hostos reposa en las últimas analogías y conexiones más o menos evidentes de las realidades naturales con las realidades sociales. Lo social, a su vez, tiene nexos estrechísimos con la realidad circunstante; es, en cierto sentido, algo que se compenetra con lo natural. «El entendimiento, dice Hostos, puede fabricar sin límites los principios y verdades parciales que corresponden a las fórmulas de verdades estudiadas, porque esas fórmulas son el resultado de la actividad subjetiva, el modo peculiar, la característica, la visión individual de cada entendimiento». De tales apreciaciones despréndese, por lo general, no ya en él, sino en cualquier observador consciente de la vida, una concepción francamente idealista. No es, pues, Hostos un pensador absolutamente materialista, como propagan por ahí muchos que solo muy superficialmente conocen sus ideas fundamentales. Mi amigo el filósofo Francisco García Calderón, no vacilaría un instante en incluir a Hostos entre los grandes pensadores que estudia en su notable libro *Profesores de idealismo*. El concepto claro y definido de la ciencia, que él tenía, y sus evidentes conexiones con el positivismo comtista en lo que tiene exclusivamente de científico, y con el evolucionismo spenceriano, no impiden que, en el fondo,



la construcción social de Hostos, en su culminante aspecto ético principalmente, sea idealista, de un idealismo noble y trascendente, de tonos a veces marcadamente optimistas. Él levanta esa construcción sobre el concepto de la íntima compenetración de nuestro yo con el mundo exterior, de lo físico y lo psíquico que integran nuestro ser con la vida circunstante, una realidad universal, columbrando siempre, como soberana concreción espiritual, una idea de *razón* y de *deber* vinculada en esa suprema armonía de las cosas.

En Santo Domingo –y en eso consiste nuestro principal motivo de imperecedera gratitud– el nombre de Hostos brillará siempre como aureolado con el prestigio de un reformador innegable eficacia en la enseñanza pública hasta entonces, salvo contados esfuerzos, íntimamente penetrada de modos de ver y de procedimientos de claro abolengo escolástico. En él a toda hora avienta el propósito, por todo extremo loable, de reaccionar contra un orden de cosas educativo, cimentado en un empirismo rudimentario y falso en que con frecuencia se desvirtúa y falsea el recto y libre funcionar de la razón en operaciones fundamentales del entendimiento humano. Considerada en sentido integral, la educación no es sino la convergencia de principios y procedimientos que sirvan de eficaz preparación para que el individuo pueda afrontar con el mayor éxito posible los azares y competencias de la vida y realizar ciertos fines de mejoramiento colectivo. En la creación pedagógica de Hostos palpita un ideal de vida fecunda enderezada a la conquista de un grado cultural que en un todo responda a un consciente y efectivo desarrollo de civilización integral y progresiva. Su obra educativa representa un movimiento de pura médula científica contra cierta pedagogía imperante, supervivencia de un estéril pasado colonial, carente por entero de una necesaria unidad de principios y de procedimientos, de solidaridad de miras, casi siempre expresión de un verbalismo huero y en que campean a su guisa pronunciados resabios de intolerancias y de dogmatismos.



Toda actual concepción pedagógica de real eficacia debe de tener su raigambre en principios científicos relativamente exactos y precisos. Como pensaba Augusto Comte, requiere-se principalmente subordinar la educación individual a las ineludibles exigencias de la evolución colectiva, problema estudiado con singular clarividencia por Spencer, y que otro pensador de fuste, A. Bain, ahonda con penetrante fuerza de análisis vasto y comprensivo. Hostos quería, como el gran educador cubano José de la Luz y Caballero, propender a formar «hombres activos de entendimiento y más activos de corazón». Con procedimientos de cierta originalidad sugeridos por postulados de una racional pedagogía algo ecléctica en algunas de sus partes, Hostos acometió de frente, resuelto y firme, la titánica obra de nuestra transformación intelectual, y aunque tardía por conocidas deficiencias del medio, van ya palpándose los benéficos resultados de ella no solo por la implantación eficaz de los excelentes métodos escolares que privan hoy en muchos de nuestros planteles de enseñanza, sino en la mentalidad general cada vez más influida por un más amplio desarrollo de razón y cada vez más desligada de añejos prejuicios y convencionalismos.

Y no solo fue Hostos un conspicuo reformador de la enseñanza, un sembrador de generosas ideas, removedor de almas, sino un patriota eximio que con su verbo elocuente y su pluma viril y sabia abogó tesoneramente, sin tregua ni desmayo, por la magna causa de la emancipación política de Cuba y Puerto Rico. Desde muy temprano, en pleno vigor juvenil, acarició, como perdurable aspiración de su alto espíritu, la idea de la Confederación Antillana, la unión estrecha y en apropiada forma jurídica de los pueblos de este archipiélago cuya posición geográfica y cuya entidad de raza, idioma e historia parecen destinados a constituir un gran organismo nacional, en un todo capaz de un potente y completo desarrollo de positiva y durable cultura. Él creía, a cada instante, ver esa confederación, sueño magnífico de su alma, iluminando, hecha ya realidad consoladora, las ensombrecidas lejanías del porvenir... Y cuando vibró



en el ambiente el grito redentor de Yara, cuando el clarín de guerra resonaba en los campos de Cuba conmoviendo las almas, Hostos cogió el báculo del peregrino, apóstol del grandioso ideal de redención y se fue, de pueblo en pueblo, por casi todas las regiones de América Latina, demandando recursos para los cubanos en armas, que, allá lejos, sobre la tierra ensangrentada, luchaban heroicamente, solos, abandonados, casi sin esperanzas...

Era yo un imberbe jovenzuelo cuando le vi por primera vez en Puerto Plata moviendo todos los resortes para favorecer de modo efectivo a los separatistas de la Antilla hermana. Su actividad febril no conocía obstáculos. Fundó y redactó periódicos, y, en varias ocasiones, escuché su palabra elocuentísima, cálida y viril, que, en ciertos instantes, al remontarse a lo patético, dejaba traslucir algo así como los sollozos de un pueblo que forcejeaba dolorosamente por romper sus cadenas. La Paz del Zanjón lleno de amargo desconsuelo su noble espíritu. En Chile, donde dirigía con general beneplácito un alto centro de enseñanza, me sorprendió la noticia de que en Cuba se peleaba nuevamente; de que paladines homéricos, Máximo Gómez y Antonio Maceo, como tempestad de fuego, recorrían la isla entera, y de nuevo tomó la pluma inspirada para defender la causa emancipadora, y de nuevo, cuando con la intervención norteamericana se aproximaba el desenlace del tremendo conflicto, regresó desolado para luchar arduamente por la independencia de Borinquen, su Antilla nativa. Las circunstancias malograron completamente sus pasos y gestiones en ese sentido. Volvió, decepcionado y doliente, a las playas quisqueyanas donde un pueblo entero lo recibió con brazos abiertos, y aquí consagró las energías de sus últimos años a proseguir desde un puesto altísimo su Antigua labor de salvadora reforma educativa... Pero la herida de su acerbo desengaño patriótico sangraba todavía. El puñal del desencanto había penetrado adentro, muy adentro, hondo, muy hondo. Y en día tempestuoso de agosto, más por intensa depresión del espíritu que por declarada lesión orgánica,



cerró los ojos para dormirse para siempre en lo ignoto... Hoy, transcurridos más de diez años, prepárase la República, representada por muchos de sus elementos más conspicuos, a rendir al egregio pensador antillano hermosa muestra de su gratitud con la erección del monumento escultórico que guardará definitivamente sus restos en la tierra dominicana que él tanto quiso, bajo la pompa de nuestro cielo, arrullado por el perenne rumor del oleaje del mar cercano, del azul Caribe, que baña las costas de las islas rientes que él soñó ver íntimamente unidas para la realización eficaz hermanos de magnos anhelos de verdad, de adelanto y de justicia!



Pro-psiquis (Nietzsche)

POR RICARDO V. SÁNCHEZ L.

Como muy bien dice el simpático y culto escritor Vigil Díaz en el prólogo supe modernista de este libro interesante, a trechos incoherente, pleno de subjetividad, Ricardo V. Sánchez es «una mentalidad anárquica» que, confiado en sí propio, en sus peculiares energías anímicas, lucha con gallardía y tesón por conquistarse un nombre en el abierto palenque de las letras hispanoamericanas. Lo más alto y noble de la vida psíquica vibra intensamente en estas páginas a ratos oscuras y en ocasiones fulgurantes. Su alma está en ellas al desnudo con sus amores, con sus apasionamientos, con sus odios. El estilo es a menudo desigual, divorciado por completo de castismos y de convencionalismos retóricos. Sutil, ágil, cambiante, su pensamiento tiende incesantemente a apacentarse en recónditas honduras espirituales. *Vive* con cabal plenitud su vida. En su sensibilidad exquisita el más leve choque de la realidad circunstante levanta en veces encrespamientos de oleaje rugiente. En su cerebro hormigean las ideas más extrañas, y como lo revela su estilo, esas ideas salen con frecuencia de su fragua mental como en tropel, en confusión, en absoluta libertad, sin que él pretenda depurarlas convenientemente, ordenarlas, imponerles la necesaria disciplina para que puedan constituir un todo en que sin mengua de



la primitiva espontaneidad aparezca cada una de ellas con su intrínseco valor, con discreto colorido, sin pueriles efectismos de frase. «La idea de existir, ha dicho insuperablemente Hegel, es la existencia misma que piensa en nosotros». Ricardo V. Sánchez, extraño, raro, enigmático, complejo, parece tener, acaso exageradamente, verdadera conciencia de su existencia espiritual, de su yo, de un yo que, como lo pretendía su maestro Nietzsche, aspira a expresarse no fragmentariamente, no por partes, no por determinadas actividades de nuestra individual psicología, sino en toda su amplia y deslumbrante *totalidad*. El forjador del superhombre acaso lo logró con frecuencia, y de ahí la casi permanente fascinación de su pensamiento siempre en última compenetración con una visión de hermoso relieve artístico. En «Vuelta a la noche», «Sinfonía en re azul» y en otros capítulos de este libro se dilata un espiritualismo de abolengo panteísta en que la naturaleza como unidad infinita «contiene y unifica todo en todo», lo que en su principal aspecto viene a ser «el todo es uno y lo mismo», de Schelling, es decir, el principio de identidad en su más absoluta forma y esencia. En el alma atormentada e inquieta del autor de esta obra resalta casi de continuo como un estremecimiento de dolor que esconde en ocasiones detrás del velo tenue o denso de simbolizaciones expresivas un inmenso y justificado desprecio de muchas resaltantes asquerosidades de la realidad social. La huella de Nietzsche parece haber impregnado intensamente su espíritu, por más que en su nietzscheanismo, atenuándolo, aquí y allá, irradian partículas que parecen desprendidas del radiante ideal del casto y melancólico religionario de Judea. Hay en él, a pesar de la evidente antítesis, cierta vaga tendencia a armonizar el egoísmo radical de Nietzsche con la divina piedad del dulce redentor galileo...

Lo mejor a mi juicio de este libro es el estudio, bien documentado, de bastante precisión y claridad en el estilo, en que examina la personalidad originalísima de Nietzsche en sus más conocidos y característicos aspectos. En la mentalidad del insigne pensador alemán hay mucho de paradójico y de desconcertante. Por su radical individualismo presenta cierta



semejanza con Max Stirner, el extraño filósofo del unicismo, el teórico acaso más profundo del anarquismo moderno. Puede afirmarse que a Nietzsche no se le ha considerado nunca desde el *punto medio* en que Aristóteles situaba la verdad. Se le ha visto siempre dese puntos extremos. De ahí en unos la inquina, la falta de tolerancia, la tendencia a denigrar o ridiculizar su obra, de interpretarla aviesamente; y en otros la admiración erigida en sistema de apreciación crítica, el desbordante entusiasmo, la visión siempre exagerada de la trascendencia efectiva de su pensamiento, como sucede, en parte, con H. Lichtemberger, uno de los más conspicuos comentadores del maestro. Algunos, como el ilustre Ingenieros, han columbrado en él un nuevo Cristo, al paso que otros le han hecho y siguen haciéndole la cruz como si fuera el diablo. A la influencia de sus audaces apotegmas se le atribuyen felonías y asquerosidades de muchos que, sin necesidad de llamarse nietzscheanos, llevaban en sí la predisposición morbosa para tales ruindades. No hay politiquillo rastrero, mercader sin escrúpulos, profesional de la calumnia y de la intriga que, poseyendo respectivamente cierto tinte de cultura, no alardeen de tener puntos de contacto con el insigne pensador alemán, de *ser* nietzscheanos. Para mí, no obstante sus rotundas afirmaciones de cosas que tienden a desquiciar las proyecciones más prolíficas de nuestro espíritu; no obstante sus acerbas condenaciones de lo que a mi ver constituye los más salientes elementos éticos de purificación social, he visto siempre en él, en lo que vale únicamente, en su vida en acción, mucho de noble, luminoso y heroico. Su hermana, que lo asistió durante su enfermedad; que, piadosa y abnegada, lo veló en las noches tétricas del insomnio y de la locura, cuenta que jamás en su vida privada la más leve sombra de odio, de murmuración, de envidia manchó el cristal inmaculado de su alma...

Como se ha hecho constar ya innumerables veces por críticos y no críticos, el pensamiento de Nietzsche, en su despertar, en sus comienzos, se abreva en las oscuras aguas del pesimismo sistemático de Schopenhauer. Y aún renegando más tarde, aún creyéndose, *a su juicio*, ya desligado por completo de su



influencia, esta, como todo lo que en la juventud abre hondo surco en nuestra mente, persiste en Nietzsche de manera indeleble. Es y será, aún intentando probar lo contrario, pesimista hasta la muerte. En el fondo, bien analizado, su pensamiento no se apartará ya de ese sombrío derrotero. Su pronunciado idealismo se nutre de una concepción de la vida integrada por puntos de vista de absoluta inconformidad con las realidades sociales. Es siempre inactual. Es siempre inatrapable. Considera la humanidad irremisiblemente extraviada, incapaz de todo sano esfuerzo, podrida, en descomposición, y de tal concepto a pensar en otra humanidad más fuerte y sana, nueva, de que se excluyan inexorablemente valores éticos que reputa de extremadamente nocivos, no hay más que un paso. Y ampliando la idea, llevando lo que llama «potencia en voluntad» a un término infranqueable, crea el superhombre. Tendrá esta concepción de Nietzsche afinidades con uno que otro aspecto de la filosofía griega en que la idea de fuerza, capital en el pensador alemán, si cristaliza sin la más leve mezcla de valoraciones morales; podrá verse en ella como un aspecto, el más definitivo acaso, de la selección natural tal como la entiende el darwinismo; pero en la forma, en la manera especialísima de presentarla, es enteramente original del autor de *La gaya ciencia*. En la ética del superhombre el factor principalísimo es el egoísmo. Pero ese egoísmo, en último análisis, es el único camino para alcanzar una humanidad potente, bien equilibrada, bien seleccionada, de la que se eliminen, con mano ruda, los débiles, los impotentes, los que por este o por aquel concepto constituye un obstáculo y deben por eso ser inexorablemente suprimidos. La piedad, la calidad, la compasión, no son virtudes como lo proclama la humanidad actual influida decisivamente por maneras de ver y entender la vida anticuadas y nocivas. Son formas de impotencia individual y colectiva que urge destruir de raíz. Sobre sus ruinas florecerá una humanidad fuerte, no la enteca, raquítica y asquerosa de hoy, sino otra más propicia determinada en un todo por nuestras imposiciones instintivas y volitivas. Sin preocuparse de nada, ahogando todo sentimiento altruista, bajo la soberana impulsión de su voluntad,



quien aspire a ser superhombre, debe, armado hasta los dientes, abrirse paso por la selva enmarañada de prejuicios, preocupaciones, convencionalismos que forman el ambiente en que vegeta penosa y bovinamente la existencia individual y colectiva.

La suprema voluntad de ser, de vivir, imponiéndose a todos y a todo, a la naturaleza, al destino mismo, cueste lo que cueste, caiga quien caiga, he ahí, en su más culminante aspecto, la síntesis del superhombre. Lo que por culpa nuestra resulte o haya resultado defectuoso forjémoslo a nuestro antojo. En su estado actual, la humanidad no es sino un inmenso conglomerado de errores y de monstruosidades. En *Así hablaba Zaratustra*, verdadero evangelio nietzscheano, el pensador y el artista se compenetran maravillosamente. Lo más interesante para mí de Nietzsche no son las modalidades sucesivas de su pensamiento, su aristocratismo, el superhombre, lo apolíneo y lo dionisiaco, el retorno eterno, sino su vibrante, su honda sensibilidad artística, la palpitante sinceridad de emoción, cuanto, más o menos bellamente, infunde calor intensamente personal a sus profundos aforismos. Esa permanente proyección luminosa de su alma disminuye en parte lo que entraña de perjudicial y de nocivo algunos de sus candentes anatemas. Contemplados a través de esa deslumbrante vestidura muchas de sus ideas pierden parte de su fuerza pulverizadora. Ni el bien ni el mal existen tales como los entiende un secular y muy arraigado eticismo. Somos naturalmente amorales. Toda concreción ética debe ser determinada por nuestra voluntad que se impone, por nuestros instintos que exigen satisfacción inmediata. La transmutación de todos los valores intelectuales y morales que constituyen el alimento espiritual de que ha vivido, de que vive, salvo modificaciones y perfeccionamientos futuros, vivirá la humanidad, es la base del gigantesco edificio que Nietzsche pretende construir él solo, Hércules formidable de un propósito inasequible. Solo contra todos. Mejor que mejor. En el mundo no hay, no debe haber más que la élite y el rebaño, el superhombre y los esclavos. Moldeados reciamente por una educación falsa, dogmática, demasiado intelectualizada, en nosotros vive potentemente, en lo intelectual y lo moral, el instinto del



rebaño. Hemos sido formados para la servidumbre. Para todas las servidumbres. Emancipémonos, sin vanos temores infantiles, de todas esas seculares tiranías. Nada de compasión, nada de piedad. Vivamos *nuestra vida*, *nuestra ciencia*, *nuestra verdad*, sin importársenos nada de lo que puedan decir o hacer los demás. Si no con odio, pues sería honrarlos en demasía, miremos por lo menos con desdeñosa sonrisa la caravana de imbéciles, la turba de los serviles, de los que se arrastran, de los que mendigan, de los que han hecho de la vida, en el correr de los siglos, una sucesión de hábitos y de convencionalismos en que la energía individual se apoca desfallece.

Bajo apariencias más o menos engañosas, mejor o peor disimulados, el pesimismo, repito, señala a mi ver la orientación más precisa del pensamiento cristiano. De su visión objetiva del mundo y de la vida se desprende la concepción del superhombre. El *retorno eterno* es también expresión, quizás la más pronunciada, de ese acervo pesimismo. El universo, el conjunto de fuerzas que lo integran, las combinaciones de la materia en proceso incesante de cambios y transformaciones, todo lo que ella produce, intensifica, determina y exterioriza, no son en el fondo sino repetición fatal e idéntica de cosas pasadas, estados y situaciones anteriores. Lo que es, ha sido y vuelve a ser de idéntica manera. Agotado un período, un ciclo de evolución, tornamos a recoger el mismo camino. Lo *finito*, desenvolviéndose en lo infinito, tiende a repetirse indefinidamente, lo que quiere decir que siempre se repetirán las mismas mezquindades, las mismas miserias, las mismas repugnantes realidades sociales, y que todo carácter perfectible del ser humano es solamente, en la infinita sucesión del tiempo, exteriorización de estados accidentales que al tocar cierto punto de la curva recorrida se repetirán de idéntica manera. Se ha observado ya que esta concepción cae por su propia fuerza desde el momento en que hace actuar lo infinito como finito, es decir imitando lo inimitable, el número de modos y formas de manifestarse la vida que combinándose incesantemente, con infinita variedad, excluyen desde luego la idea de representaciones absolutamente idénticas. Ese «algo desconocido que



permanece constante», a que alude el insigne H. Poincaré (*La science et l'hypothèse*), aún dentro de lo relativo del conocimiento científico, si existe ese *algo* en realidad, no asume nunca en su manifestación fenomenológica aspectos de absoluta identidad. En su vertiginosa carrera a través de las regiones sidéreas no volverá jamás a pasar nuestro planeta por el mismo punto del espacio. Las causas que determinan un fenómeno, actuando nuestros conceptos objetivos de tiempo y espacio (fenomenalismo apriorístico de Kant) tenderán siempre a combinarse de infinitas maneras. Nada se repite idénticamente. Lo que fue no volverá a ser. No hay dos cosas idénticas en la naturaleza. La vida es varia, compleja, multiforme. Las leyes de la naturaleza, o lo calificamos como tales, carecen, examinadas con atención, de la simplicidad que parecía ser su condición característica. En su concepto sociológico de la historia señala el insigne Gabriel Tarde la condición de irreversibilidad que vinculan cosas de la realidad social que jamás se repetirán exactamente. Y el ilustre Bergson, en lo fundamental de su neo-espiritualismo, en su *devenir* real, en su metafísica basada en la intuición, en los datos inmediatos de la conciencia, establece la *auténtica novedad* de todo hecho. Todo estado es único. La vida, tal como nos la descubre la intuición, se resuelve en una creación incesante de cosas positivamente nuevas.

He admirado y sigo admirando a Nietzsche. En mi creencia es el pensador más original de nuestro tiempo. Su pensamiento representa quizás un caso único en la historia de la filosofía. Siento a veces la fascinación profunda, irresistible, de su pensamiento impregnado de continuo de exquisita sensibilidad artística; pero no me dejo cautivar en la áurea red de sus deslumbrantes y a veces contradictorias lucubraciones. No es bueno acercársele demasiado. Seduce. Avasalla. Pero sobre el código inflamado y demoledor de Zaratustra, pongo, pondré siempre el sublime, el hondamente humano sermón de la montaña. Jesús será siempre más grande que Nietzsche. Para que una idea, por grande y luminosa que sea, prenda en lo humano, penetre más allá de nuestra superficial corteza de conocimientos, necesita



transformarse en serio sentimiento, en emoción, sin lo cual no brotará jamás la llamada de una fe comunicativa y fecunda. El resplandor del amor que despiden las enseñanzas del religionario galileo ha iluminado, sigue iluminando muchas almas entenebrecidas por torturantes decepciones. El poder de comunicativa simpatía que existe en Jesús se apacienta en las más prolíficas vicisitudes de nuestro espíritu. Nietzsche, incomprendido por la inmensa mayoría, quiso ser solo, prohibió que le siguiesen. Su mundo es un mundo extraño, poblado de quimeras, pleno de visiones desmesuradas, del que se impulsan en compasivamente los idealismos que en gran parte justifican y aroman la vida. El taumaturgo de Galilea tendió siempre el manto de su bondad inagotable sobre todas las miserias y todos los infortunios. En él hay permanente estremecimiento humano, calor de vida insuperablemente altruista. La idea nietzscheana de una humanidad fuerte, todopoderosa, representa una concepción de patente artificialidad, producto directo de un cerebro lleno de quimeras y delirios. Entre la religión de la piedad y la religión del egoísmo, prefiero la primera. Me quedo, pues, con Jesús. ¡Desde mi particular punto de vista, lo que constituye el superhombre es su visión amplia e iluminada de las cosas, esa visión que inflama sus armas y las hace regar a su paso por la vida las flores inmarcitable si divinas del amor, del entusiasmo, de la calidad y de la fe!

NOTA DEL AUTOR: Otra esperanza también segada en flor. Murió muy joven; pero con ser tan corta su existencia, pudo dejar tras sí huellas luminosas de su carácter íntegro y de su clara inteligencia. Prueba de ello ha quedado en sus libros y en sus campañas periodísticas vibrantes y casi siempre caldeadas por generosos y exagerados apasionamientos.



El *Diario* de Bucaramanga

De indudable mérito intrínseco, de íntima urdimbre histórica, atrayente, sensacional, circula actualmente este libro por el mundo hispanoamericano entre oleadas de escándalo, poniendo de nuevo en el tapete de la discusión llamativos aspectos de la gran figura del egregio creador de cinco repúblicas e interesantes cuestiones estrictamente relacionadas con los dramáticos sucesos que precedieron a la disgregación de la Gran Colombia. Con demandante interés e intensa curiosidad que ha sido leído este volumen por cuantos han hecho un culto apasionado de la memoria del Libertador insigne. El manuscrito de este *Diario* se conservaba inédito en el Archivo de la Academia Nacional de la Historia, en Caracas, y el señor Ismael López (Cornelio Hispano), cónsul de Colombia en aquella ciudad, aprovechándose del permiso de examinarlo, que galante y benévolamente se le había concedido, sacó clandestinamente una copia y la dio a la publicidad en el presente libro. Un importante diario de la capital de Venezuela al comentar este enojoso asunto se expresa en los siguientes términos: «El caso no puede ser más extraordinario. La docta academia exhibió el interesante manuscrito *ad effectum videndi* fiando en la lealtad del doctor López y como demostración especial a este atendiendo sin duda a la representación que le daba al favorecido su



carácter de cónsul de una república hermana, pero no podía permitir la compulsa que ha sacado el doctor López ni mucho menos autorizar la edición de ella con fines industriales, pues la impresión del manuscrito estaba reservada a nuestro gobierno». Cornelio Hispano, por su parte, bajo el chaparrón de censuras que le ha caído y sigue cayéndole por ese hecho, que algunos consideran digno de reproche, pone mucho calor en la defensa en que trata de vindicar su conducta personal: «Para apreciar si desde el punto de vista histórico solo merezco aplausos basta que recuerde que el manuscrito del *Diario* lo dejó su autor, Perú de La-Croix, según lo expresa en su testamento, para que los editores de *Le Siècle*, de París, (que hoy no existe) lo hagan público a su beneficio en el idioma que gusten; que tal manuscrito no había sido publicado en ochenta años que permanecía entre el polvo de las bibliotecas de Caracas; que su publicación no perjudica a nadie ni mucho menos a Venezuela, la cual sale en él muy bien librada en detrimento de Colombia; y por último, que un académico venezolano, en sesión plena de la Academia de la Historia, propuso, en los días en que yo tomaba las copias, que se quemara el manuscrito por no sé qué razones tan concluyentes como la de la hoguera. Dos medidas tuve al publicar el *Diario de Bucaramanga*, y voy a confesarlas ingenuamente para que se acabe de apreciar la buena fe y la sinceridad con que hablo: defender a Colombia, mi patria, del odio que le profesaba Perú de La-Croix y que exteriorizó hábilmente en ese manuscrito y unir mi nombre al de Bolívar en un libro que perdurará a pesar de todo. ¡Los atenienses me habrían aplaudido!...»

Luis Perú de La-Croix, autor del tan llevado y traído *Diario de Bucaramanga*, fue un militar que figuró con distinción en las campañas napoleónicas y que, al derrumbarse el coloso, tras una serie de dramáticas vicisitudes, incorporóse al ejército libertador de Colombia llegando en él hasta el grado de general de brigada. Vida aventurera tejida de éxitos y reveses fue la de este hombre singular, de compleción inquieta, de no despreciable cultura, terminada en París en medio del dolor y la miseria, en gélido medio día de enero en medio del negro abismo del suicidio.



Con motivo de la permanencia de Bolívar en Bucaramanga en los turbios días de la convención de Ocaña, Perú de La-Croix, que figuraba en el Estado Mayor del Libertador, aprovechó hábilmente de estas circunstancias que le proporcionaba cierta frecuente intimidad con su jefe para recoger los datos, apuntes y observaciones que forman el *Diario* tantas veces mencionado.

La primera impresión que determina este libro es de cierta vaga tristeza, de impreciso pesimismo. No se amengua ciertamente en estas páginas la figura del héroe; pero, en ocasiones, en la intimidad, surge como despojada en parte de los excelsos atributos de virilidad irlandesa con que por efecto de perspectiva nuestra admiración nos la presenta a cada paso. En ciertos momentos se le ve solitario, solo con sus achaques físicos, con las irascibilidades de su carácter, con sus disgustos, con sus incertidumbres, con sus pasiones, con sus rencores. Esa impresión de acentuada melancolía procede en gran parte del espectáculo, siempre doloroso, de un hombre superiormente estructurado que, cumplida la aspiración altísima que marcó rumbo perenne a su vida, declina a pasos agigantados en medio de las intrigas, dolos y pasiones del personalismo político siempre artero y mezquino. Cree uno de continuo verle descender con la intensa tristeza del desencanto por la oscura ladera de la montaña de cuya cima fulgurante se enseñoreó en días de grandiosa resonancia épica. No hay nada más doloroso que la contemplación de ese gigante, gigante por su insuperable mérito personal y por la ciclópea magnitud de su obra titánica que, agotado su ideal, sintiendo día por día las acometidas del desaliento, los bruscos ataques de dudas torturantes, los rencores que acechan y las ingratitudes que le muerden el corazón, se ve constreñido a ceder paso a paso el terreno ya sin reacción posible contra los empujes de un destino cada vez más adverso. Es como un astro que se pone entre los melancólicos esplendores de una tarde otoñal. En aquella hora doliente de su vida, Bolívar, consciente de haber apurado todos los goces, de haber alcanzado todas las grandezas, de haber paseado su mirada de águila por las cimas más empinadas e inaccesibles, parece como que empieza a sentir



lo deleznable y efímero de las cosas humanas, de esas cosas de deslumbrante brillo que tan mágico atractivo atesoran para las almas que en lo alto pone continuo formulaciones de redentores ideales. ¡Qué distantes, qué lejanas aquellas zozobras, aquella expectación angustiada, aquellas horas de continua incertidumbre en que asoman su perfil siniestro las apostasías y por todos lados se vislumbran acechanza protegerlas, de los días de las ovaciones estruendosas, de las calles empavesadas y alfombradas de flores, de los vítores resonantes, de las entradas triunfales en Caracas, en Bogotá, en Arequipa, en Lima! En el hosco retiro de aquella triste ciudad de provincia, a través de los días monótonos de Bucaramanga, parece sentirse la proximidad de la horrible noche septembrina, de los procedimientos censurables de la dictadura, acaso el error más grande de Bolívar, y la lenta y desesperada agonía del titán, consumido por la enfermedad y herido en las fibras más sensibles de su alma, en la quinta de San Pedro Alejandrino, cerca del mar que con el ronco sonido de sus ondas parecía que entonaba al coloso exánime un lindo funeral de magnífica y solemne resonancia.

Para apreciar en parte el estado de alma de Bolívar durante su permanencia en Bucaramanga precisa evocar siquiera a grandes rasgos el cuadro deplorable que presentaba Colombia en los momentos en que las miradas de todos se fijaban en la Convención reunida en Ocaña. Dos partidos luchaban con encarnizamiento por el triunfo de las doctrinas en que condensaban sus respectivas aspiraciones. De un lado, federalistas, independientes, liberales exaltados, demagogos como se les apellidaba, metiendo mucha bulla, saturando el ambiente de efluvios de intempestivas y peligrosas exageraciones. En ese partido cuyo caudillo principal era Santander figuraban muchos que con entera sinceridad postulaban por la implantación gradual de reformas que mejorasen el organismo político impidiendo los abusos y arbitrariedades de la clase militar que por sus servicios en la causa emancipadora se juzgaba en un todo árbitro de los destinos de la República. Como sucede comúnmente en estos casos, bajo el disfraz de un llamativo liberalismo siempre grato



al oído popular ocultaban muchos sus apetitos desordenados de poder y de lucro, y otros la envidia o el odio que Bolívar les inspiraba. Santander era un político hábil, ducho en ciertas artimañas, administrador excelente, pero a quien ofuscaba la gloria de Bolívar y veía en él como el principal obstáculo para sus planes de engrandecimiento personal... En el otro partido figuraban un gran número de militares connotados, todos los adictos al vencedor en Carabobo, y bastante gente conservadora, enemiga de innovaciones y de cambios, que aspiraba a la creación de un gobierno fuerte que asegurase la paz pública atajando con mano de hierro las manifestaciones demagógicas que para esa gente ponía de continuo en peligro la existencia misma de la república. En síntesis, representaba una especie de cesarismo personificado en Bolívar y que para muchos parecía indicado por las circunstancias para oponerse a la anarquía que iba lentamente adueñándose del país. En la Convención de Ocaña la mayoría era antiboliviana. Se pedía por todos la reforma de la Constitución de Cuenca, unos en sentido de un amplio liberalismo, otros con la idea de robustecer la acción central aún más de lo que estaba en aquel código fundamental. En los escaños de aquella asamblea lidiaron con enérgico afán y sin ningún resultado federalistas y bolivianos. Desde Bucaramanga seguía Bolívar las alternativas de las enconadas discusiones en que los suyos por la exigüidad del número llevaban siempre la peor parte. Se le informaba de todo lo que ocurría correo tras correo, y, según el cariz de las noticias, así era presa de intensa angustia o de visible alborozo.

En este *Diario* se relatan con la posible fidelidad a lo que pienso pormenores íntimos en que se patentizan interesantes aspectos de la fisonomía moral del Libertador en aquella hora crítica de su existencia. En algunas ocasiones, lo que expresa con calor y sin ambages procede de las noticias que se le comunican desde Ocaña y de otros muchos puntos del país. La serenidad ecuánime no se compadece con las vivacidades permanentes de su alma de fuego. El más chico motivo le da ocasión para verter opiniones casi siempre radicales sobre cosas y personas.



Sus nervios parecen vibrar en continua tensión. Flaco, endeble, de amplia y despejada frente, de mirar intensamente expresivo, se cuenta que no podía estarse quieto ni un solo minuto. Aquel cuerpo raquítrico y enfermizo parecía inadecuado para servir de albergue a espíritu de tan subidos quilates. Sentía pasión por la lectura y le gustaba externar franca y claramente su manera de pensar acerca de los libros que por esta o aquella circunstancia habían dejado en él momentánea o memorable huella. «En la conversación, dice Perú de La-Croix, hace muchas citas, siempre bien traídas. Voltaire es autor favorito, y tiene en la memoria muchos pasajes de sus obras, tanto en prosa como en verso. Conoce bien todos los buenos autores franceses, algo los italianos e ingleses y es muy versado en la literatura española». Su visión de las cosas es por lo general clara y precisa, aunque en veces bastante abultada. En estas notas de innegable interés, aquí y allá, en fragmentos, como cosas esparcidas al azar, aparece llenándolo todo, su vida entera, verdadero poema de grandezas, de heroísmos y de infortunios. En cualquier anécdota que cuenta con cualquier observación que hace se echa de ver enseguida el vuelo de una mentalidad privilegiada en que la imaginación desbordante y el severo raciocinio pueden casi siempre como marchar sin estorbarse mutuamente. Con verdadera agilidad mental que denota un positivo conocimiento de causa expuso sus ideas sobre puntos de política, de religión, de filosofía, de mejoramiento social: «El arte de la política, afirma, es el de precaver, y este consiste en saber juzgar bien a los hombres y a las cosas; en el conocimiento profundo del corazón y de los móviles y principales motivos de sus acciones. Con los elementos morales que hay en el país, con nuestra educación, nuestros vicios y nuestras costumbres, solo siendo un tirano, un déspota, podría gobernarse bien a Colombia. Yo no lo soy, y nunca lo seré, aunque mis enemigos me gratifican con aquellos títulos, mas mi vida pública no ofrece ningún hecho que los compruebe. El escritor imparcial que escriba mi historia, o la de Colombia, dirá que he sido dictador, jefe supremo, nombrado por los pueblos, pero no un tirano ni un déspota»... En materias religiosas, en la intimidad,



es decididamente volteriano. «¡Lo que es el pueblo!, exclama. Su credulidad e ignorancia hace de los cristianos una secta de idólatras. Echamos pestes contra los paganos porque adoraba las estatuas, y, nosotros, ¿qué es lo que hacemos? ¿No adoramos como ellos pedazos de piedra, de madera groseramente esculpida, trozos de lienzos mal embadurnados, como estos que acabamos de ver, y como la reputada Virgen de Chiquinquirá, que es la peor pintura que yo haya visto y quizás la más reverenciada en el mundo y la que más dinero produce? Conozco muchos sacerdotes que me han dicho: Soy filósofo para mí solo y para algunos pocos amigos, y sacerdote para el vulgo. Profesando tales máximas, afirmo yo, que dejan de ser filósofos para convertirse en charlatanes»...

Todo el dinamismo de su vida se condensa en una sola palabra: voluntad. Voluntad fuerte que nada podía detener, aseguraba él mismo. «Siempre adelante, nunca atrás, tal era mi máxima, y quizás a ella debo mis triunfos y lo que he hecho de extraordinario...» Esa voluntad se movió siempre en pos de cosas de brillante excelsitud, sin parecer ver que, en ocasiones, se alza frente a él, como cerrándole el paso, el muro infranqueable de lo imposible. «Yo amo a quien desea lo imposible», dice la profetisa Manto en el magnífico poema de Goethe. Y así era él. Solo lo grande y sublime ejercía fascinación perdurable en su espíritu. Los Andes mismos como que se allanan o suavizan a su paso: Andes físicos o Andes espirituales, lo mismo da. En el delirio del Chimborazo o cabalgando en el campo estremecido de Junín, resalta de continuo lo que es característico de su psicología: una voluntad que crece y se agiganta en el peligro, que vive en él como su personal elemento. Su nacimiento, su infancia, su juventud tormentosa estelada de prodigios, sus campañas, sus inquietudes, sus ambiciones, sus dolores, sus flaquezas, sus debilidades, sus desencantos, aquí y allá, aparecen en las páginas vibrantes de este libro como fulgurantes auroras primaverales o como tristes atardeceres de glaciares días de invierno. En medio de sus mismas flaquezas, en sus caídas, su genio pone siempre el sello de una superioridad indiscutible. En el examen crítico de



este libro conviene precisar los dos puntos de vista en que hay necesariamente que juzgarlo con la serena imparcialidad que piden estas cosas de historia siempre propensas al choque más o menos intenso de opiniones. El autor se cura en salud al aseverar que los juicios de Bolívar eran por lo general exagerados. No dice ciertamente ninguna novedad refiriéndose a un hombre de tal complejión, de tal acentuada fogosidad, de temperamento excesivo, cuya visión de las cosas por esas mismas condiciones de su naturaleza distaba algo, por lo general, de asumir aspectos de una regularidad perfecta. En ella tenían siempre que evidenciarse deformaciones más o menos importantes. Agriado además por achaques físicos y por los obstáculos hacinados en el camino por sus iracundos enemigos políticos, resultaba punto menos que imposible que en ocasiones dejase echar fuera lo que le atormentaba intensamente. Pero la censura destemplada y acerba no era en él cosa frecuente. Su amor inmenso a la verdad, a lo que juzgaba la verdad, lo desviaba con frecuencia de ese peligroso derrotero. Se me antoja creer que en lo esencial, es decir, en lo que era una idea más completa de la psicología de Bolívar, en las peculiaridades más resaltantes de su rica sensibilidad y en lo privativo de las facultades de su elevada inteligencia, Perú de La-Croix no ha falseado ni mucho menos las líneas más determinantes de la fisonomía moral del insigne caraqueño. Es el alma verdadera de Bolívar, que habla, que se dilata ante nuestro espíritu descubriéndonos hasta sus últimos rincones. Pero mi juicio varía por completo al tratarse de opiniones que pone en labios de Bolívar y que procedentes de él resultarían en sumo grado extrañas... A tiro de ballesta se ve que es Perú de La-Croix quien se vale de tales medios para desfogar su encono contra sus enemigos políticos, granadinos en su mayoría, y que, según se afirma, le trataron con extremos de crueldad al caer el partido boliviano en que militaba el autor de este libro. Por múltiples razones de los que algo conocemos de estas cosas, era imposible de todo punto que Bolívar se expresase de tan radical y lastimosa manera. Y esa creencia es mayor, se acentúa mucho más, al referirse a dos de las más nobles y simpáticas figuras de la magna epopeya de la independencia



sudamericana. Exultados por Bolívar en proclamas y en honores a las más resonantes excelsitudes del reconocimiento nacional, ni el héroe del Bárbula, ni el héroe de San Mateo, ni Girardot, ni Ricaurte, dormidos hacía tiempo en el supremo reposo de una gloria inmarchitable, podían en ningún caso ser en aquella hora crepuscular de la existencia del héroe objetos de tan negras calumnias. Ahí, en esos y en otros deprimentes juicios sobre militares granadinos y aún de venezolanos mismos reside la parte débil de este libro, la que se presta a la controversia y merece ser seriamente aquilataba. Carece de verosimilitud, de valor histórico, el hecho de que Bolívar, cuando ya los años transcurridos habían formado una especie de perspectiva que en lugar de exageraciones incongruentes se prestaba mejor a suavizar asperezas y contornos de la vida de ciertos personajes que actuaron a su vista, se entregara con fruición a expresar acerca de ellos juicios de exagerada injusticia y que no están de acuerdo con serenas y definitivas investigaciones históricas.

En su acción incesante, el tiempo barre siempre la escoria que, en un momento dado, la pasión humana ha puesto en los cuernos de la Luna con la vana pretensión de que la posteridad confirme su efímero veredicto. Juez inflexible, la posteridad no se deja ablandar por dádivas ni por honores. De demolición o de purificación es casi siempre su obra. No pocos homnículos que un éxito artificial de pasajeros deslumbramientos encumbró inmerecidamente a vertiginosa altura; muchas medianías que la anulación y el servilismo alzaron a la categoría de semidioses, aparecen hoy en el cuadro cambiante y atractivo de la historia rodando rápidamente hacia el más negro de todos los abismos, el abismo del olvido. Con Bolívar acaece lo contrario. En vez de demolerla, el tiempo, escultor definitivo, va como borrando o atenuando las imperfecciones de su estatua gigantesca. Es una figura de soberano individualismo, el hombre *representativo*, en toda la integridad del concepto, de la raza española en América. En sí, microcosmo radiante, condensa integralmente, las cualidades más opuestas armonizadas en la síntesis espiritual admirable y magnífica. En él se fusionan el ensueño, la imaginación



plastificadora, el lirismo desbordante, todo un idealismo de lejano abolengo, con la razón serena que plasma de continuo en una apreciación clara y distinta de las cosas, en la visión amplia y segura de las realidades circunstantes, en la permanente tendencia a la acción firme y de notoria trascendencia. En nuestra América es único. En las horas en que el desaliento pone en mi espíritu crespones de duelo por ideales que el mercantilismo está enterrando en una fosa honda, muy honda, como la que pedía el doliente lírico germano; cuando la duda sacude fuertemente mi ánimo sumergiéndolo en piélagos insondables de acerbo desencanto; cuando advierto que la intensa sombra del coloso norteamericano avanza, avanza pretendiendo con mayor o menor disimulo arropar en su negrura estos pueblos de nuestra sangre y de nuestra habla víctimas permanentes de ambiciosos vulgares, de estadistas de cartón, de políticos de baja estofa y de escaso caletre, de vicios orgánicos que nuestros errores agravan cada vez más; en esas horas de tortura desciende a mi alma una onda de refrescante consuelo al evocar la grandiosa y fascinante figura del glorioso paladín caraqueño. Me gusta dialogar con su sombra, en la noche apacible, a la pálida claridad del firmamento estrellado, cuando los rumores de las cosas se extinguen y solo el pensamiento permanece insomne en el fondo de la conciencia. Y a medida que rememoro su historia, a medida que delante de mí desfilan raudos, envueltos en un resplandor de apoteosis, los prodigios de su genio, las maravillas de su imaginación, las creaciones de su tenacidad indomable que no hizo flaquear jamás el desengaño o la derrota, como si en el horizonte ensombrecido despuntara un alba de esperanzas, se esfuman mis pesimismoes y se ahuyentan mis temores pensando que los pueblos de que surgió tal hombre no pueden desaparecer fácilmente del escenario de la historia, y que habrá siempre en ellos, dígame cuanto se quiera en contrario, una reserva copiosa de energías y cualidades propicias para la asimilación progresiva de modalidades de la más amplia y moderna cultura y, para si las circunstancias lo hiciera innecesario, hacer resonar de nuevo el clarín de la guerra libertadora y elevarse otra vez a la altura suprema de las grandes epopeyas.



La enseñanza de la literatura

POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Nuestro cultísimo compatriota Pedro Henríquez Ureña, profesor de literatura inglesa y de literatura española en la Universidad Nacional de México, hace en este importante y jugoso folleto, desde puntos de vista acertadamente escogidos, la crítica seria, concienzuda, de «una iniciativa pendiente de discusión en la Universidad de México para revisar el plan de estudios de la Escuela Preparatoria con el objeto de reducir... el estudio de la lengua nacional y lengua comentada de producciones literarias selectas, restableciendo un curso de literatura preceptiva y de elementos de estética, a fin de que los alumnos tengan bases científicas para poder apreciar el valor estético de las obras literarias...» Estoy en un todo de acuerdo con las opiniones discretas y razonadas, *nuevas* en cierto sentido, que expone con brillantez el joven profesor de literatura, quien principia su crítica, y con razón, por la última de las ideas anunciadas. Claro está que en el arte literario considerado en sí, en su proceso de creación y en sus formas peculiares y necesarias de expresión, excluye desde luego toda *base científica*, todo concepto científico como raíz fundamental. La literatura, aun cuando traduzca o refleje estados colectivos del alma, se nutre y abreva en un individualismo de carácter inconfundible. Es siempre, en



cualquiera de sus aspectos, producto cambiante e inestable de irradiaciones personales. En su rigorismo positivista, en su proceso evolutivo, la ciencia se desenvuelve en conformidad precisa con leyes lo más fijas y exactas posible, lo que resulta antinómico a la idea de la literatura que opera sin ritmo fijo, sin sujeción a coherentes disciplinas mentales, en sucesivas creaciones de índole diversa y aún contradictoria y fundamentalmente subjetivas. La ciencia moderna, positiva hasta la médula, se mueve en un cuadro infranqueable de observación y de experiencia, y llega con Ernest Matc (la conaissance et l'erreur) a la conclusión de que su objeto «es buscar con toda la economía de tiempo posible» la trama de relaciones de las cosas que es a lo más que puede llegar el conocimiento científico. Como luminosamente sostiene el autor de este opúsculo, la estética dista muchísimo de poder ser apreciada como un valor o una serie de valores científicos, pues de tales limitaciones la separa y separará siempre a lo que se me figura el carácter hipotético de sus principios que no pueden ni podrán nunca cristalizarse en concreciones definitivas de carácter rigurosamente docente. A mi ver, no hay ni puede haber una estética, sino estéticas, estudios o ensayos en que especulativamente se trata de alcanzar lo íntimamente fundamental de la producción artística.

El distinguido profesor de la Universidad Nacional de México combate también en lo que tiene mi anacrónico y de nocivo, el convencionalismo retórico, de abolengo escolástico, tradicionalista, contenido en ciertos textos de enseñanza que, inspirados en añejos formalismos, pretenden condenar lo principal del conocimiento literario en definiciones y reglas de aplicación ineludible o poco menos. La antigua retórica y poética, que aún colea, se transforma a ojos vistas en lo que modernamente se llama literatura preceptiva que, restringida consciente y convenientemente a cierta esfera, no deja de tener su importancia y hasta su utilidad. Como profesor de literatura he tenido muchas veces la ocasión de constatar la inutilidad de la enseñanza principalmente de las reglas que no dan ni pueden dar de sí ningún criterio de segura aplicación en casos prácticos. En su inmensa



mayoría, las reglas, como formas de disciplina mental, valen bien poca cosa. En cierto sentido, empleadas como sucede muchas veces sin discreción ni mesura, resultan perturbadores y nocivos por cuanto tienden a acentuar un carácter formalista en la obra literaria o a recargar la memoria con una difícil nomenclatura, como un fárrago de nombres que en realidad sirven de poco o de nada al alumno. La única enseñanza literaria fructuosa es la que pone ante el alumno la obra de tal o cual autor, viva, serena, palpitante, y por medio de un análisis, somero al principio, le hace ver, palpar, las principales condiciones de ella, lo que en la obra hay de aquilatado mérito, de valor humano. Para llegar a ese examen sincero hay que partir, a mi juicio, de un estudio racional y consciente del idioma en su estructura y formas gramaticales. Desde un punto de vista racionalmente pedagógico este procedimiento es infinitamente superior al anticuado e ineficaz de exponer reglas seguidas de brevísimos ejemplos. En enseñanza, como en todo, la fuente principal del conocimiento humano en todas sus formas y aspectos, está en la vida, y esta, en literatura, se resume y sintetiza en sus productos naturales, esto es, en las obras en que vive y alienta la personalidad de cada autor, en los modelos de permanente valía que son como los jarrones luminosos colocados por espíritus de indiscutible superioridad en la vía del sucesivo perfeccionamiento humano.

Son en extremo interesantes y curiosas las *Tablas cronológicas de la literatura española* que acompañan este utilísimo folleto. Es una manera hábil, rápida, gráfica, de dar a conocer al estudiante las diversas modalidades del movimiento literario en sus sucesivos aspectos. Naturalmente, solo contienen lo principal, y esto basta para el objetivo docente, de cada momento literario: carácter, obras principales, autores de mayor renombre, etc. En tan reducido espacio es de todo punto imposible abarcar esos momentos en todo su valor integral. El meritorio trabajo de mi compatriota es meritorio por entero de las sinceras alabanzas que tengo especial gusto en tributable.





La folie de Jesus

(DR. BINET-SANGLÉ, PROFESSEUR Á L'ÉCOLE DE PSYCHOLOGIE)

En realidad nada resulta más contradictorio y deleznable que la investigación histórica y el análisis científico cuando en el fondo de tales cosas se advierte, más o menos bien disimulado, siempre cubierto con un transparente velo de pretendido amor a la verdad, un propósito de sectarismo que desnaturaliza o falsea por lo general los principales elementos constitutivos de lo que fue en el tiempo o de lo que representa la finalidad científica perseguida. La verdad que se *hace*, que continuamente se *realiza*, observada desde un punto de vista pragmático; la verdad histórica que pretendemos reconstruir con palpitante vida, con ritmo de aproximada realidad, contando para eso con escasa y contradictoria documentación, solo se deja asir en uno que otro de esos extremos, nunca en su totalidad, cuando nos mueve a ir tras ella un motivo del puro y noble desinterés humano. Grande, sin duda, debe ser la satisfacción del sabio que, recluso en su laboratorio, después de incesantes esfuerzos, alcanza a aprisionar en las redes de la experimentación algo que reputa por cualquier concepto beneficioso para sus semejantes; pero no veo el placer recóndito, el goce íntimo que pueden sentirse al aprehender una cosa que se cree la verdad y que lleva en sí un propósito evidente de demolición de formas de vida social



capaces aun de evolucionar progresivamente. La verdad, *nuestra* verdad, necesariamente humana y por ello contingente y rectificable, en ningún caso puede aspirar a asumir caracteres de un dogmatismo absoluto. El sentido convencional y más o menos arbitrario que Henri Poincaré en su libro reciente y ya célebre da a las mismas matemáticas, hasta aquí fuera de discusión en lo que toca a su reputación intrínseca, arguyen bastante decisivamente en pro del carácter eminentemente relativo de toda ciencia. Las cosas *son*, pero nada impide, según Boutroux, que puedan ser de otra manera, presentar otro ritmo, desenvolverse en otra dirección, fuera de un determinismo cerrado, de un concepto de necesidad, que viene a ser como una pura categoría mental inspirada por el hábito a juicio del autor insigne de *La contingencia de las leyes naturales*. Y Maeterlinck, en su último libro, se esfuerza en hacernos creer que, mejor que afligirnos, debamos regocijarnos de vivir en un mundo de misterios que jamás podremos descifrar. Si pudiéramos esclarecer ese mundo «lo infinito no sería lo infinito, y entonces tendríamos que maldecir la suerte que nos puso en un universo proporcionado a nuestra inteligencia. Lo desconocido y lo inconmensurable son necesarios para nuestra felicidad». Tenemos, pues, que movernos, para bien nuestro quizás, en un orden de cosas y en una existencia de fenómenos que solo podemos percibir como una trama más o menos evidente de relaciones. Mantengamos, pues, nuestra *verdad*, siempre relativa, frente a la verdad de los *otros*, también de la misma naturaleza, sin dejarnos seducir por el tono dogmático y convincente con que la expresan a menudo.

Jesucristo nunca existido, del italiano Emilio Bossi, y *La folie de Jesús*, del sabio francés Binet-Sanglé, son dos obras de resonante actualidad que partiendo de un personal positivismo científico llegan a conclusiones totalmente contradictorias. El libro Bossi y representa la más radical negación que hasta ahora se haya hecho de la existencia personal de Jesús. Cuanto la tradición y documentos de aquella época refieren del gran religionario Galileo son para él evidentes falsificaciones o puras fábulas inventadas por la excitada imaginación de ingenuos sectarios



prestos a dar crédito a las cosas más inverosímiles. Pretende probarlo, convencer a todo el mundo, haciendo desfilar los textos de renombrados autores de aquel tiempo en que por este o aquel concepto se menciona el nombre de Cristo. El pasaje leído y comentado de Flavio Josefo, el historiador judío, resulta para Bossi notoria interpolación hecha posteriormente, ya que ese pasaje no tiene relación ninguna con lo que inmediatamente le antecede y sigue, y que algo de lo que dice parece impropio en la pluma de un autor de aquella raza. El párrafo de los *Anales* de Tácito, tan traído y llevado, es para el autor italiano «la falsificación más evidente que jamás se haya hecho en detrimento del gran historiador romano». Y aduce para probarlo razones a primera vista bastante atendibles. Tampoco le parecen merecedoras de crédito las cortas líneas en que Suetonio habla de *Cresto*, y juzga también desprovista de importancia la carta de Plinio a Trajano en que hace alusión a Cristo, no como realidad histórica, como existencia personal, sino simplemente como «la divinidad simbolizadora de la adoración de los cristianos». De acuerdo en gran parte con Geneval enumera las pruebas históricas que juzga contrarias a la finalidad de la existencia personal del sublime visionario de Nazaret. Según él, ya en la época de Filón, el célebre filósofo alejandrino, nacido antes de Cristo, eran conocidos los Evangelios y los escritos de los Apóstoles. Bossi no acepta, sin embargo, el criterio de Geneval que sostiene que Cristo era Serapis –Dios de la trinidad egipcia–, fundando en parte su afirmación en el categórico testimonio del emperador Adriano durante su viaje a Alejandría y a ciertos documentos de la época «en que hebreos y egipcios aparecen formando una sola superstición». Los Evangelios, a juicio de Bossi, están repletos de inverosimilitudes y palpables contradicciones, debiendo considerarse mucho mejor que biografías o fuentes de información histórica como elementos de pura propaganda religiosa. En resumen, Jesús viene a ser para Bossi un mito, «creación teológica, dogmática y metafísica que se adapta admirablemente a las alegorías del Antiguo Testamento. Pertenece a la categoría de esos dioses redentores, de origen humano y de significación



naturalista, que son verdaderos mitos, o mejor, la transfiguración del mismo mito. Jesús es puro mito solar transformado en mito antropomorfo y en símbolo teológico».

Emilio Bossi desarrolla su tema con amplia erudición y muy apreciable método científico, por más que menoscabe en parte el relativo mérito de su libro el empeño sectarista de pretender destruir el cristianismo reduciendo a pavesas la existencia personal de su fundador excelso. La ciencia positiva, al analizar la idea religiosa, al estudiar, sin ningún propósito de nocivo sectarismo, las fases íntimas, personales, del sentimiento místico, tiene que ver forzosamente en todas las grandes concepciones en que la inteligencia y la sensibilidad han condensado una interpretación o anhelo de infinito, como productos sucesivos y en la apariencia cambiantes de una evolución psíquica en que, arrancado de lo más material y grosero, se va alcanzando gradualmente un estado cada vez más depurado de conciencia en que la noción de lo divino asume formas de un espiritualismo sereno y en cierto modo sin discrepancias con los avances del pensamiento científico contemporáneo. En todas esas concepciones religiosas, entre los intersticios de los estratos mentales que las forman o han contribuido a formarlas, deben existir partículas más o menos brillantes de verdad humana. Cada una de esas concepciones ha tenido su oportunidad, ha florecido a su tiempo. Si la exageración sectarista ha desnaturalizado o falsificado el cristianismo al apartarlo de sus fuentes primitivas, al hacerlo casi exclusivamente de *este mundo* por su apego a los bienes terrenales, existen en él formas de un eticismo sano y necesario de permanente y fecunda virtualidad social. El cristianismo, así hay que considerarlo, resulta síntesis grande y compleja de una evolución histórica de altísima importancia. El examen crítico, sereno y penetrante, tiene que verlo como un inmenso conglomerado compuesto de materiales procedentes de la cantera de anteriores sistemas religiosos. Lo que hay en él de anacrónico y gastado que desaparezca, si es necesario; pero también se impone el deber de conservar lo que en ese credo es susceptible de adaptación a las realidades circunstantes. No hay



que destruir, sino reedificar. En cierto modo la palabra destrucción carece de verdadero sentido científico. No hay nada del pasado que no se pueda aprovechar transformándolo. En la vasta labor del mejoramiento humano no existe en realidad, aunque lo contrario opine una crítica parcial o insuficiente, verdaderas soluciones de continuidad. En nosotros vive el hombre de ayer y despunta el del porvenir. A tientas casi siempre, en confuso tropel, vamos hacia el porvenir por en medio de nieblas, dejando caer, aquí y allá, gérmenes de ideas, semillas de sentimientos, que quizás fructificarán lozanamente para solaz y provecho de los que vienen detrás de nosotros en la ruta dolorosa que sigue obligatoriamente la humanidad siempre insatisfecha y siempre en pos de lo desconocido.

La folié de Jesús, bien considerada, representa la antítesis, el extremo opuesto del empeño de radical negación que es el nervio principal de la obra del pensador italiano. Por más que decante a cada paso su inmenso amor a la verdad, en Binet-Sanglé se avizora constantemente al profesor, al profesional, que por encima de todo se complace en reconstruir un cuadro de observación clínica en que no solo comprende a Jesús sino toda su familia para porque esa vía formula una diagnosis que estima exacta por completo y así lo proclama sin ambages. Salta a la vista lo difícil o mejor dicho lo inasequible de tal propósito, por tratarse de un caso ocurrido hace cerca de 2,000 años y que para reconstruirlo integralmente solo se dispone de testimonios, vagos, inconexos, y hasta cierto punto contradictorios. Sobre terreno tan movedido no es posible levantar nada de satisfactoria solidez. Todo lo que en Bossi es elemento de negación, superchería o cosa parecida, en el escritor francés tiene visos de certidumbre, sirve de base para hacer a Jesús objeto de un examen clínico que en ciertos aspectos estima concluyente. No se puede ir más lejos en vía tan tortuosa y tan erizada de obstáculos. Para él los Evangelios, obra de gente ingenua, son fuentes de verdad en casi todas sus partes. Física y moralmente hace comparecer a Jesús ante nuestros ojos, un Jesús flamante y repulsivo, verdadero caso patológico. Moy,



citado por Bossi, dice en su libro *Les adoreurs du Soleil*, esto que no tiene desperdicio: «Desde que se quiere tocar alguna cosa de real en la vida de Jesús no se encuentran sino contradicción e incoherencia. Si alguna cosa, sin embargo, debería estar fuera de duda es el aspecto físico de Jesús. La ausencia de todo dato preciso sobre el aspecto físico de Cristo es una prueba cierta de que *nadie lo vio jamás*»... Para E. Havet no fue un personaje histórico sino una figura ideal... Strauss y Renan, cada cual desde sus particulares puntos de vista críticos, concluyen por afirmar la casi imposibilidad de llegar a nada concreto acerca de una personalidad de tan inmenso relieve en el proceso del desenvolvimiento humano... Frente a tales incertidumbres, a tales negaciones, a tales elementos de duda o de radical negación, Binet-Sanglé traza con firme pulso las líneas de sus conclusiones médicas que, en realidad, por más que él no lo juzgase así, entrañan en todos sus aspectos una pronunciada manera de ver sectarista. Al leer, por ejemplo, los capítulos que consagra al *aparato digestivo* y al *aparato genital* de Jesús, lo mismo que al describir las cambiantes formas de su neurosis, sus alucinaciones visivas y auditivas, todo el cuadro sistemático que diseña con tan aparente seguridad, está uno tentado a creer que tuvo a Jesús bajo su inspección médica, que lo estudió día por día anotando las peculiaridades de su vesania en una celda de Charenton o de Bicetre. Para robustecer su original diagnosis pone en contribución los textos de autores renombrados en materia de enfermedades mentales y atesta las páginas de su libro de citas que cree pertinentes al asunto y de curiosos casos clínicos que supone comprueban espléndidamente sus asertos. En estas páginas se vislumbra de continuo al médico. Refiriéndose al Jesús de su creación, dice: «depuis dix-neuf cents ans, l'humanité occidentale vit sur une erreur de diagnostic»... cuando no un caso más o menos bien disfrazado de sectarismo, no veo en la tesis sustentada por el profesor francés sino algo como un impresionismo personal en que se entra de lleno y con cierto colorido científico en el peligroso campo de las conclusiones dogmáticas. Ningún



espíritu realmente asesorado por los principios que parten de la observación y de la experiencia, únicos sólidos fundamentos de cualquier ciencia coherente y progresiva, aceptará de buenas a primeras una diagnosis construida con elementos tan inconsistentes y contradictorios. No entiendo la ciencia de esa manera. Apriorismos y vaguedad no pueden constituir factores integrantes de positivas construcciones científicas. Y si hay algo característico del positivismo, adueñado actualmente del mundo de las investigaciones científicas, es su decisión cada vez más probada de no admitir nada que no descansa en una experimentación la más completa posible y realizada en circunstancias que alejen toda sospecha de influir en ella un móvil de parcialidad o de apasionamiento. La experiencia en ese caso no los dejaría ver la realidad buscada sino lo que el observador quisiera que le revelase.

Toda observación, aun la que nos aparezca fundada en las más resaltantes realidad, lleva en sí precisamente por más que se esconda o resulte difícil de constatar la impregnación de efluvios de nuestra peculiar subjetividad. Entre sujeto y objeto, entre el que observa y lo observado, lo que resulta, la sensación directa, no es en ningún caso enteramente pura, desprovista de residuos más o menos visibles de ambos factores. Lo que descubra nuestra inducción y lo que la inducción nos compruebe vincularán en sí, principalmente, algo positivamente peculiar de nuestra capacidad receptiva. Lo exterior y lo interior se mezclan siempre, en proporciones por lo regular desiguales, para determinar el juicio. Raro es el producto mental en que ambas cosas se equilibran armoniosamente. Siempre predominará uno de ambos factores. La intuición *pura* de Bergson no me parece posible. En cierto sentido se me figura por completo inasequible la serena objetividad que Taine quería darle a la crítica. No es posible ni lo será nunca juzgar las peculiaridades del dinamismo social en que actuamos, en que figuramos, de que somos parte, con el mismo espíritu de austero amor a la verdad con que el geólogo observa los minerales de antiguos yacimientos. En su obra monumental *Les origines de la France contemporaine*, demostró Taine más de una



vez lo quimérico de tal anhelo de verdad objetiva. Y si eso se produce tratándose de cosas que caen, puede decirse, bajo nuestro radio visual, que están a nuestro alcance, que tocamos, ¿qué no acaecerá respecto de casos y cosas de desenvolvimiento histórico ocurridos hace cerca de veinte siglos y que únicamente conocemos por una documentación muy embrionaria y por datos y testimonios por completo insuficientes? Si tratándose de personajes históricos mejor conocidos, César y Nerón, por ejemplo, se ha fracasado en ese camino, ¿cuál no será el resultado de un criterio excesivo de antropólogo, de médico alienista, que cree de continuo encontrar en cualquier dicho, en cualquier acto, así sea el más insignificante y baladí, elementos sintomáticos aprovechables para dar a su diagnóstico la base de una completa y atenta observación clínica? Lo que sustenta el doctor Binet-Sanglé se me antoja cosa hartamente deleznable aunque brille revestida de los caracteres constitutivos de una seria y profunda investigación científica. Refiriéndose a un caso de imposible verificación, de comprobación, su tesis, considerada desde un punto de vista netamente científico, no puede resistir a un sereno y amplio procedimiento analítico. Únicamente la verán como expresión de una verdad científica los que ofuscados por un espíritu de demolición encuentren en ella un arma nueva para combatir con éxito al cristianismo. El método de las ciencias naturales que él pretende aplicar fracasa a mi juicio en el presente caso. Es algo que se mueve en el vacío pretendiendo coger una cosa que se le escapa continuamente de las manos. Para Binet-Sanglé fue Jesús un vesánico, un degenerado, un tuberculoso... «Hijo, dice, de un piadoso carpintero y ve una devota; hermano de un asceta canijo y mugriento que, sugestionado por él, resulta jefe de secta pagando con la vida su fanatismo; tío de otro que tuvo la misma suerte, y ascendiente de rústicos cuya ingenuidad e impotencia excitaron la comparación de los romanos; contando en su familia siete místicos entre trece miembros; escaso de talla y de peso; delicado de constitución y habiendo presentado una *sitiophobie* de larga duración y un ataque de angustia complicado de hematomas; muerto rápidamente sobre la cruz de



un síncope facilitado por la existencia de un derrame pleural óptico de naturaleza verosímilmente tuberculosa; con ideas de eunuquismo y otros caracteres reveladores de deseos sensuales ardientes, ya que no de perversión sensual, aunque permaneciendo impotente y estéril, Jesús aparece a nuestros ojos como un degenerado físico y mental. Vese, pues, a qué degenerado típico, clásico, evidente, ha sacrificado la humanidad, desde hace veinte siglos, tanto arte, tanta energía, tanta felicidad, tantas vidas humanas!»... Así tan dogmática y campanudamente, con juicio tan radical y neto, termina la obra, ya en su tercera edición, del ilustre profesor de la Escuela de Psicología.

Detengámonos un instante ante la serena y misteriosa figura de Jesús. En realidad estamos frente a algo desconocido que no se ve, pero que se siente, que nos atrae. ¿Cómo juzgar a Jesús? ¿Cómo apreciarlo desde puntos de vista críticos relativamente satisfactorios? ¿Con cuál criterio? ¿Acaso con el criterio teológico del Padre Didon, con el criterio mitológico de Strauss, con el bellamente humano de Renan, o con el seudocientífico de Binet-Sanglé? ¿Por dónde, por qué camino penetrar hasta el fondo misterioso del alma de aquel religionario que, existiera o no, se yergue en los horizontes de la historia con un relieve luminoso de glorificación póstuma jamás alcanzado por hombre alguno? ¿Tuvo o no realidad corpórea? ¿Pasó, raudo, por el mundo, fantasma deslumbrante, magnífica aparición, para dejar tras sí las excelsitudes de la doctrina más prolíficamente humana que han escuchado los siglos? ¿Fue, quizás, en el correr del tiempo, condensación de un mito, cristalización ideal de las esperanzas mesiánicas anidadas en tantas almas de fervorosos creyentes?... Esas preguntas quedaron siempre sin respuesta para los que no comulgamos con ningún dogmatismo religioso aún sintiendo hondamente el estremecimiento, el *frisson* de lo desconocido, del misterio, de lo infinito que por todas partes nos rodea. Después de todo, a la altura que se ha llegado, importa poco que tuviera o no existencia personal. Jesús vive y vivirá perdurablemente como un símbolo luminoso, como un ideal de miríficos resplandores. Eso basta para envolver su nombre



en un resplandor de apoteosis y aureolado con un reflejo de serena inmortalidad. En su obra, falseada, escarnecida, mutilada, esplenden partículas de un alto ideal de perfección humana que, por más inasequible que aparezca, resulta y resultará siempre la augusta simbolización de lo más hermoso y noble que pueda ofrecerse a la contemplación, al amor, y a la actividad de los hombres... Leñadores adustos venidos de todos los puntos del horizonte han hundido con estrépito su hacha en la rugosa corteza del gigantesco árbol del cristianismo. Muchas de sus ramas se han resquebrajado alfombrando el suelo con sus hojas que el viento de glaciales escepticismos se ha llevado a oscuras lejanías... Pero todavía, en medio de la llanura desolada llena de ruinas, baobab milenario, se alza soberbio ese árbol, representación típica de una flora que aún subsiste cuando todo se agota y desaparece en torno suyo. En su ramaje azotado por los huracanes, flagelado por el rayo, aún construyen su nido, aún encuentran sombra bienhechora y salvador abrigo las almas que en perenne anhelo de lo infinito sueñan con un más allá sereno y radiante en que satisfacer sus ansias de amor y de justicia, con ese *reino de los cielos* que Jesús indicaba como supremo consuelo a las muchedumbres que acudían a oír su palabra encendida, armoniosa, suave, dulce como un arrullo...



Mausoleo de Meriño

La supervivencia de menguados rencores partidaristas obstaculizó decididamente, durante estos últimos años, la realización del significativo homenaje que la admiración y el afecto de consuno deseaban rendir a la memoria de esta personalidad insigne. En una capilla de la histórica Catedral de la más antigua urbe de América se alza por fin el monumento artístico, de noble y sugerente belleza escultórica, de línea de clásica sencillez y elegancia, que guarda los restos de aquel hombre por tantos conceptos notable, cuya vida asemeja en ocasiones apacible y pintoresco lago apenas rizado por la risa susurrante de la tarde, y, en otras, mar rugiente y terriblemente encrespado por la ira desatada de las tempestades tropicales... Ahí, ahí está, sobre el mosaico de mármol y de oro que le sirve de lecho definitivo, en actitud de eterno reposo, revestido de las insignias arzobispales, la estatua yacente de este varón singular, de positivo mérito intrínseco, que fue cuanto quiso, que, al expirar, pudo decir como el emperador romano: «lo he sido todo y todo es nada»; que lo mismo como mandatario supremo de la República, que como pastor espiritual de la grey dominicana, pudo saborear intensamente todas las voluptuosidades del poder y para dejar también las indigentes amarguras que son el obligado patrimonio de los conductes del pueblo. Fue una gran inteligencia y un gran carácter, aquí donde tan



menesterosos estamos de lo último. Más de una vez, sereno y altivo, emprendió la dolorosa ruta del exilio, por haberse atrevido, en circunstancias difíciles, en medio del abatimiento general de las almas, a decir, cara a cara, fulminantes verdades a poderosos y engreídos caudillos. Poseía, en grado eminente, esa *conciencia del yo* de que habla Stendhal. Y naturalmente, como sucede con todo gobernante que no rehuye a aceptar ciertas graves responsabilidades en estas incoherentes y anárquicas democracias, tuvo y tiene enemigos que lo flagelan con fiereza y amigos y admiradores que lo ensalzan con sincero y desbordante entusiasmo.

Su aceptación del puesto altísimo a que lo llevó una oligarquía triunfante, vincula a mi ver el mayor de sus errores. De ahí, de ese yerro capital, dimanaban todos los demás. No se puede en estas colectividades compulsivas ejercer la primera magistratura del Estado, sin dejar, aquí y allá, prendidos en los hirientes zarzales de la vida, jirones de reputación, pedazos de la propia honra... Su condición de gobernante recto, enérgico, inflexible, de firme sostenedor de la paz pública, no podía conciliarse con la misión de paz y amor que vincula el sacerdocio católico. Pero en el fondo de su alma no hubo jamás ni asomo de crueldad. Quiso contener la ola del revolucionarismo impenitente y para ello no vaciló en llegar a lamentables extremos. Creyó que cumplía un deber y lo cumplió sin cobardes desfallecimientos, con la incontrastable decisión de los hombres de su temple. Muchos años después de su paso por la presidencia de la República, en círculo de viejos amigos y admiradores, refiriéndose a cosas de ese pasado tormentoso, pronunciaba con voz serena y reposada, con gesto de convencido, estas palabras que le retratan cumplidamente: «Yo tenía la espada de la ley en la mano, vinieron sobre mí y se clavaron en ella»... Dos magnas virtudes abrillantan su vida: su acrisolada probidad y su irreducible patriotismo. Murió pobre después de haber ocupado los más altos puestos de su país... Menospreciaba los bienes terrenales que persigue desalada la inmensa mayoría de las gentes. Su caridad no conoció límites. Daba cuanto tenía. Y, en muchos casos, lo hacía



calladamente, silenciosamente, para que nadie se diera cuenta de ello. Mujeres desvalidas, ancianos valetudinarios, huérfanos en completo desamparo, subieron muchas veces la escalera del palacio arzobispal, encontrando siempre recursos para satisfacer sus necesidades, pan para sus cuerpos y consuelos eficaces para sus almas atribuladas.

No supo jamás de claudicaciones en lo que toca a su patriotismo hirsuto y bravío. Amó la patria con pasión vehemente, como condensación deslumbrante de todos sus amores. Cualquier tendencia proditoria enderezada a lesionar la soberanía nacional encontraba en él un adversario implacable. Se erguía en actitud de fiera reprobación cuando, procedentes de altas esferas, resonaban en sus oídos las fatídicas palabras de anejiación o de protectorado. Circunstancias desgraciadas hicieron fracasar la conspiración urdida y de que el Padre Meriño era el principal motor para impedir la obra liberticida del 18 de marzo de 1861. Se recordará siempre como testimonio elocuente de su patriótica entereza aquel gran sermón contra el egoísmo pronunciado algunos días antes de que cayese amortajada en la bandera de sus glorias la nacionalidad dominicana. En mi imaginación revive la inolvidable escena ocurrida en la celebración de aquel último 27 de Febrero de la Primera República... Bajo las altas bóvedas de la imponente Catedral, el órgano dilata sus sonos sumergiendo las almas en místicos deliquios. Filtrados por los vidrios de colores, los lampos solares dibujan sobre los macizos pilares, sobre los arcos góticos, sobre el marmóreo pavimento, extraños y deslumbrantes arabescos. Sentados en filas paralelas, el Presidente de la República, los altos dignatarios del Estado, el cuerpo diplomático... Un movimiento de curiosidad se nota en la numerosa concurrencia cuando la figura del Padre Meriño que yergue en la cátedra sagrada. Empieza a hablar con fe, con unción, con palabra serena y persuasiva, como en lejanos tiempos debieron hacerlo los Basilio y los Crisóstomos, con frases encendidas que caen, como rocío de luz, sobre las almas genuflexas. Pero su verbo se encrespa, empieza a vibrar como fulminante anatema cuando condena el egoísmo, ese egoísmo



personal que todo lo quiere para sí, que subordina a la propia individualidad, a su vanidad efímera, los más altos deberes, las virtudes que ennoblecen la vida, el mismo amor santo de la patria... A medida que desenvuelve su tema van todos comprendiendo lo que se esconde detrás de los tropos expresivos de su elocuencia deslumbradora. Y ya al terminar, encarándose con el Presidente, que le escucha con visible desasosiego, le dice: «Conservad con honor en vuestras manos el pendón de la Independencia». ¡A él, a Pedro Santana, que llevaba ya en los bolsillos de su uniforme la sentencia de muerte de la República, al mismo que 20 días más tarde, en una mañana de eterno duelo, iba a presidir el entierro de la nacionalidad que había defendido con su invicta espada en gloriosos campos de batalla!...

La intelectualidad del Padre Meriño encuentra su más adecuado órgano de expresión en la oratoria. Es orador por encima de todo. En su misma prosa elocuente, cálida, personal, hay siempre como de dejos de arengas o de sermones. La palabra fluye suave solemne de sus labios. Persuade. Convence. Hay bastante método y dialéctica en sus peroraciones. Pero, más que por la fuerza lógica de su argumentación, lleva el convencimiento a los ánimos por lo bello y expresivo de su palabra. Conoce profundamente toda la apologética cristiana. Sabe al dedillo cuanto integra la vasta especulación teológica de los padres de la Iglesia. Deja ver, en ocasiones, que su espíritu se ha sumergido también en el suave remanso de la mística española. Nada hay en sus *Obras* que permita sospechar que el perfil inquietante de la duda haya puesto alguna vez en tribulaciones su conciencia de creyente. Parece tener la fe del carbonero. En ella no ha abierto la más insignificante brecha cuanto en el proceso de actividad científica de la pasada centuria aparece encaminado a menoscabar o a destruir el dogmatismo religioso. En él no palpita la inquietud de algunos grandes pensadores católicos frente a los avances progresivos de una gran parte de la ciencia moderna. En él no se ve el anhelo de conciliar aspectos ritualísticos y dogmáticos peculiares del catolicismo con exigencias cada vez más apremiantes de la evolución intelectual de nuestro tiempo.



Con la desdeñosa indiferencia de quien se juzga poseedor de la verdad ha visto desfilan orientaciones que han conmovido profundamente el mundo de las creencias religiosas: el liberalismo evolutivo y simpático del cardenal Newman y otras aspiraciones similares. Con el mismo desdén hubiera visto también, en estos últimos tiempos, la profunda exégesis bíblica de Von Hügel, el *modernismo* cristiano de Fogazzaro tan bien personalizado en su espíritu y sus tendencias en Giovanni Selva, el interesante personaje de *Il Santo*, la novela en que el gran pensador italiano refleja con mayor intensidad la presente inquietud de ciertas almas profundamente religiosas. Esas almas de mística urdimbre, elevándose sobre prácticas ritualísticas y exageraciones dogmáticas, necesariamente cambiantes y perfectibles, creen firmemente, en la hora actual, que la modificación o reforma de tales cosas en nada puede lesionar lo esencial, la fuerza de intensa vibración íntima que forman y formará siempre el sentimiento religioso.

Cierto idealismo muy noble, pero un tanto extraviado, hace gala de rehuir su adoración a ciertos hombres de excepcional importancia que a su modo de ver no supieron ajustar íntegramente su vida a un concepto rectilíneo, absoluto, de deber y de justicia. Ese concepto será todo lo grande y hermoso que se quiera, pero preciso es confesar que tiene muy pocas representaciones personales en nuestra mísera existencia terrestre. Y eso no tiene nada extraño. Nuestro ser físico y moral tiene por precisión que moverse dentro de un orden de cosas cambiante y necesariamente relativo. Lo absoluto no es ni puede ser en ningún caso patrimonio humano. La vida, en su expresión personal, muy raras veces puede dilatarse con la inflexibilidad de la línea recta. Influyendo siempre por cierto y ingenio o exterior determinismo, cuyo punto de partida se nos escapa, la personalidad humana, en el dinamismo social, tiene que asumir aspectos diversos y aún aparentemente contrarios por más que constantemente parezca tener su raíz en una muy visible y resaltante unidad psíquica. Para el Padre Meriño parece haber llegado la hora de las reparaciones supremas. Si



en su gestión política hay o puede haber motivo para acusaciones más o menos fundadas, sobre esos yerros productos de apasionamientos o extravíos momentáneos, brillará siempre, como iris de perdurable gloria, su inmutable fidelidad a los dos grandes amores que llenaron su vida: la Patria y la Iglesia. En su monumento funerario ambos amores tienen adecuada representación: a un lado, las insignias de la Iglesia de que fue constante servidor y que agradecida lo elevó a las más altas dignidades; y el otro, el escudo nacional, símbolo augusto de la patria, y que más de una vez embarazó vigorosamente para combatir los planes aviesos de liberticidas y de traidores.



Un escritor venezolano (ALEJANDRO FERNÁNDEZ GARCÍA)

Desde hace larguísimo tiempo, desde la época lejana en que resonaron los clarines de la conquista, cruel y épica, del continente americano, existen entre Venezuela y Santo Domingo íntimas y constantes relaciones. De aquí salieron las naves cargadas de audaces aventureros, halcones fieros y hábitos de rapiña, que fueron a explorar sus costas y a echar los cimientos de una colonización impuesta cruelmente al elemento autóctono. De aquí partió, sediento de gloria y de botín, el impetuoso Alonso de Ojeda, aquel recio y turbulento hidalguelo chico de cuerpo y gigante de espíritu, perito en toda clase de andanzas de fuerza corporal, que lo mismo dominaba un potro indómito que cercenaba cabezas de indios, y que ya asoló aquellas tierras llevando el espanto y la muerte en la punta de su fulmíneo montante toledano... Y después de un período tres veces secular, las frecuentes *razzias* de las hordas occidentales aventaron de nuestro suelo familias distinguidas, de abolengo patricio, que implantaron su tienda más o menos definitivamente en la hospitalaria tierra venezolana. Las turbulencias políticas de por allá y de por acá han traído a nuestro suelo y llevado al venezolano prosadores, poetas, profesionales de ambos países. He creído vislumbrar siempre entre peculiaridades muy íntimas



de la psicología venezolana y modalidades más o menos visibles de la nuestra puntos de afinidad y de estrecha semejanza que han contribuido de urgente manera a fomentar una corriente de simpatía entre ambos pueblos, en mayor grado que con otras repúblicas de este continente. Salvo diferencias accidentales de medio y de hora, nuestro tardo y defectuoso proceso evolutivo, tal como lo determinaron en el tiempo conocidos factores de integración social, es parecidísimo al de Venezuela. Como secuela inevitable de él, los mismos extravíos, los mismos estancamientos, parecidos modos de ver y de entender la vida. Nuestros convencionalismos y preocupaciones, conforme me lo ha demostrado el trato con venezolanos distinguidos, se parece más a los de allá que a los de otro pueblo de América, de la nuestra se entiende. En el largo período colonial las mismas orientaciones de una nociva pedagogía social: ignorancia sistemática, fanatismo religioso, monopolio económico actuando con idénticos resultados. Frecuentes guerras civiles, resonantes proezas bélicas, culto a la violencia, falta de consistentes ideales, personalismo absorbente, la política convertida o poco menos en arte de lucro y granjerías, allá lo mismo o poco menos que acá, han obstaculizado siempre la conquista de un grado de civilización luminosa y perfectible. Allá sin embargo, parece haberse rectificado el rumbo en un sentido de amplio y gradual mejoramiento nacional, mientras en esta desdichada tierra seguimos dando tumbos, sin salvadoras orientaciones, abatiendo caudillos para levantar otros, consumiendo en un trágico vaivén nuestras postreras energías y esperando con indiferencia musulmana el momento ignominioso de sentir restallar en nuestras espaldas el látigo del hombre rubio del Norte...

Como en todos estos países, el movimiento intelectual venezolano fue muy raquíco en sus comienzos y en perfecta consonancia con ciertos pronunciados aspectos de su deficiente desarrollo histórico. En los tiempos coloniales orientóse naturalmente obedeciendo a sugerencias de un clasicismo más o menos falso o exagerado en que predominaba el profundo respeto de los viejos moldes, a formas consagradas de



expansión literaria, a un léxico irreprochable desde puntos de vista exigentemente castizos o cosa parecida. Corriendo el tiempo, con la independencia y antes de ella, hicieron irrupción nuevas ideas. Por las roturas de los viejos muros de un clasicismo artificial y enmohecido penetraron con cierta violencia las ráfagas cálidas del movimiento romántico. Ahí comenzó el despertar en Venezuela como en todo el resto de la América Latina. Renombrados autores europeos principiaron a ser conocidos por medio de traducciones selectas. Nos familiarizamos con la lectura de obras extranjeras de relativo mérito. Hacia ese lado se fueron nuestras almas, las de una élite por lo menos. Debido a sus relevantes condiciones de claridad, precisión y armonía ninguna de esas literaturas ha influido, influye tanto en nuestro espíritu como la literatura francesa. El genio francés, sereno, flexible, de intensa luminosidad, vino a colmar como un vacío. En la primera fase de su desenvolvimiento, la literatura de estas jóvenes nacionalidades resultó, como era natural, francamente imitativa. Pero a medida que creaba alas, que dilataba su vuelo por más amplios horizontes, fue adaptándose al ambiente espiritual moderno de manera cada vez más original y propia. El modernismo mismo, en su genuina acepción de revelador artístico de modalidades del pensamiento y la sensibilidad peculiares de nuestro tiempo, debe muchísimo a escritores y poetas hispanoamericanos. Nadie desconoce el papel importantísimo desempeñado por el ilustre Rubén Darío, imitador él mismo en su primera época, en el movimiento de renovación de la métrica española, en la tendencia a la adaptación, discreta y oportuna, en algunas ocasiones, de nuestra expresión rítmica a formas poéticas privativas de idiomas más o menos afines al castellano. Bien mirado, en muchos casos de nuestra metrificaci6n, no ha habido innovaciones, formas *nuevas*, sino adecuados remozamientos. El modernismo, en su concepto más amplio y fecundo, ha servido grandísima manera a prestar más soltura, más flexibilidad, más intensidad de expresi6n, más ambiente pictórico, más relieve artístico al castellano anquilosado,



estacionario, en camino de asfixiarse en la estrechez de dogmatismos gramaticales y de léxicos académicos.

Alejandro Fernández García fue en su patria, según me han contado, uno de los más entusiastas portaestandartes de las nuevas ideas de renovación literaria. Lo fue con lo que vale, con lo que trasciende, con la acción, con el ejemplo. El burguesismo intelectual imperante, despertado bruscamente de su letargo y pesado sopor, le arrojó a la cara, me dicen, el mote de *decadentista*. Parece que en sus comienzos metió mucho ruido. En la onda coruscante de su prosa, exotismos, formas raras de expresión, fulgían como gemas preciosas de irradiaciones policromas. Desde sus empolvados sillones académicos los clásicos de peluca le hicieron gestos de profundo desagrado. Él continuó como si tal cosa. Artífice exquisito de la frase siguió el hilo de oro de un propósito de singular alteza estática: el propósito de no vaciar su pensamiento en el molde de las frases hechas, de los lugares comunes al alcance de todo el mundo y ya deteriorados por el uso. Quiso ser él, solo él, beber, como el nostálgico poeta francés, en su propio vaso. A su peculiar concepción del arte le repugnaban las sendas trilladas. Quería producir para unos pocos, para una especie de aristocracia intelectual, y no escribir *cum assensu plebis*. Quería ser, y lo fue y lo es, un gran señor de la pluma. Su prosa brillante, cincelada, plena de arabescos y filigranas, presta singular encanto a sus cuentos alados, ágiles, noblemente nutridos de una muy peculiar e íntima emotividad, palpitantes de intensa vida subjetiva. Diríase que está dotado de un fino sentido de receptividad de sensaciones muy sutiles. Su frase es siempre luminosa, pictural, flexible, capaz de traducir exquisitas sensaciones, de vibrar con suaves sonoridades de delicado y límpido cristal. En su idea renovadora parecía como aspirar al cumplimiento de un ideal gigantesco e inasequible: fundir todas las artes en una; dar a la palabra música, color, la tersura y solidez del mármol, la posibilidad de servir de ornamento en una arquitectura vistosa y multiforme. En tales propósitos de innovación se incurre siempre naturalmente en exageraciones, irregularidades y extravíos que en la fiebre de la



ducha aparecen ante sus autores como deslumbrantes aciertos y perfecciones; pero en escritores artísticamente reestructurados como A. Fernández García, saturados hasta la médula de efluvios de una permanente e intensa visión de belleza, tales descarríos son siempre accidentales y pasajeros. Sus refinamientos y exquisiteces de aquella época antes que perjudicar su palabra escrita la impregnan de cierto suave y atractivo aroma que emana siempre de los diversos aspectos de su subjetividad inconfundible... En sus versos, de íntima factura artística, de un modernismo de alta nobleza estética, el ritmo, en ocasiones, se dilata en sugerencias de una atractiva voluptuosidad musical. En ellos se refleja armoniosamente lo más sutil y delicado de su visión poética de la realidad circunstante sentida de peculiar manera. No hay en sus estrofas suavemente armoniosas exagerado martilleo de consonantes. Expresa siempre con acierto refinados matices de emoción, mariposeo de su espíritu sutil y aristocrático, cosas de íntima urdimbre que solo pueden expresarse cumplidamente en el lenguaje divino del ritmo. En algunas de sus composiciones, como «El llanto del agua», «Joyas del trópico», «Rosa negra» y otras hay muy encomiables cualidades de idea y de expresión. Él quisiera vivir toda la vida, agotar todas las sensaciones, penetrar hasta el fondo del alma de las cosas. Por eso dice bellamente en «La hora florida»:

Pensar, sentir, orar, amarlo todo,
 la víbora y la rosa,
 contemplar las estrellas en espejos de lodo...
 dar a la fantasía alas de mariposa.

Interrogar el misterio
 con una sonrisa en los labios
 tener en el corazón jardines de cementerio,
 ser grave con los pueriles y pueril con los sabios.

Sus sobresalientes cualidades estéticas aparecen perfectamente aquilatadas en algunos de sus cuentos. En «Las alas»,



una de sus más preciosas narraciones, brillan muy adecuados toques de fascinante belleza. El pensamiento, sin diluirse en demasía, corre siempre vistoso y sereno por el cauce de una forma artística de muy hermosas coloraciones. En ese cuento, sucesivos estados de alma se eslabonan acertadamente para formar una especie de simbolismo en que se funden sin desentonar ni un solo instante aspectos de lo divino y de lo humano. Pero el que me gusta más que todos esos cuentos es «La bandera»; donde parece llegarse a la cúspide de la perfección literaria: un pensamiento noble y elevado y una emoción vibrante y honda troquelados en una forma artística serena y bellamente expresiva.

«La bandera» es como un cuadro en que se exterioriza, irreprochablemente, una intensa luminosidad objetiva. Se va de deslumbramiento en deslumbramiento. El último consorcio de la poesía con la pintura, tal como lo entienden viejos autores (concepto reportado por Lessing en su *Laocoonte*) se patentiza aquí de manera admirable. Las frases son como sucesivas pinceladas de genuino mérito artístico. Sin apartar ya de ella los ojos se sigue anhelosamente la bandera amarilla, azul y roja, la bandera amada del batallón, símbolo augusto de la patria redimida. Se la ve marchar a la luz vespéral que agoniza hasta el instante en que enastada en el cerro inexpugnable resplandece, vista a la distancia, como una gran flor rara y policroma. Alrededor de ella para combatir sañudamente hermanos contra hermanos, venezolanos contra venezolanos. La guerra civil, ominosa y vitanda, ruge furiosamente... ¡Ah, no fue para eso que el titán caraqueño, héroe entre los héroes, enardecido por una fulgurante visión de grandeza y de gloria, condujo la bandera de la Gran Colombia, la gigantesca creación de su portentoso espíritu desde la vieja angostura hasta donde el Rimac rumoroso vierte sus aguas en el Pacífico inmenso!... Pasado el combate, ella, la bandera que llegará el día abandonada, hecha trizas, en la desolación infinita de la campiña sombríamente púrpura, en conjunción macábrica con los cadáveres en descomposición



de tantos infelices caídos a destiempo... Y allí, rota y ennegrecida su seda, reducida a trapo asqueroso, dará asilo a legiones de larvas que se esconderán en sus dobleces hasta que convertidas en crisálidas, cumplido el proceso de su gestación, «rompiendo sus prisiones, volarán por el aire transformadas en millones de mariposas». De la muerte oscura y tétrica, como símbolo del eterno dinamismo de las cosas, surge bella y radiante la vida. En este cuento se ve, se siente la huella intensa de un alma generosa apacentada en las excelsitudes mas frecuentes de la existencia. Un espíritu así, de singular alteza anímica, es Alejandro Fernández García, nuestro huésped distinguido, ya ventajosamente conocido aquí como notable escritor y poeta y merecedor por muchos conceptos de la alta estimación con que lo trata lo más culto e intelectual de la sociedad dominicana.





La muerte del poeta

(GASTÓN F. DELIGNE)

Con un gesto trágico acaba de hundirse en las tinieblas de lo ignoto el celebrado autor de *Galarippos*. En un minuto de sombría y reconcentrada amargura llevó a su cien izquierda el frío cañón del arma homicida. Hizo bien. En su caso se justifica plenamente esa manera de despedirse de la vida, de una vida de perennes sufrimientos, que ya no tenía para él valor ni atractivo. Por más que se decante y se presente como insuperable modelo de paciencia y de conformidad a Job en su estercolero, no me atrevería a recomendarlo a nadie como ejemplo merecedor de imitarse. La resignación que como forma necesaria de excelsitud moral preconizan algunas religiones no encaja en muchos casos. Aplaudo sinceramente a los que por desprenderse de un dolor fiero e indomable penetran resueltamente, como paladines triunfales, en los misteriosos dominios de la muerte. Hay momentos en que la existencia es un verdadero tormento. La vida no es vida, y por eso no vale la pena de aferrarse a restos, a piltrafas de ella. El suicidio entonces no es miedo, no es cobardía, sino decisión incontrastable de almas serenas y grandes como la del ilustre poeta dominicano. Cada vez se le había más insoportable la enfermedad terrible que sufría, que lo clavaba en la celda de un riguroso



aislamiento, que corrompía su carne, que no le concedía un solo instante de tregua. Para su dolencia no había esperanza. Le faltó paciencia, esa paciencia que en muchas circunstancias es solo miedo ante el oscuro abismo de no ser. Se emancipó con viril resolución del dolor, el cacique indio que exultó en quintillas admirables, aquel Mairení que en medio del bosque tropical, acosado como bestia feroz, se dio la muerte antes que rendirse sus feroces perseguidores de recia armadura y reluciente tizona...

Poseía con relativa perfección algunos idiomas. Era dueña de una vasta cultura, siendo familiares algunos aspectos de la Antigüedad clásica. Su conversación resultaba continuamente intuitiva. Para ganarse la subsistencia pasó casi toda su vida ante el escritorio de una casa de comercio, teniendo su cargo la voluminosa correspondencia de ella. Sin embargo, estudiaba, estudiaba, aprovechando los ratos de divagar que le dejaban sus apremiantes ocupaciones. Jamás tuvo nexos con el politiquero personalista. Llegó a adquirir una gran ilustración que nadie discutía. La juventud intelectual o consideraba merecidamente como maestro y le pedía con frecuencia sus consejos. Era *nuestro* poeta, nuestro poeta representativo, nuestro último poeta incierto elevado sentido. La vibración de sus versos ha repercutido intensamente en el alma dominicana. Tenemos rimadores de exquisita factura artística, fáciles, fluidos, en permanente derroche de matices y filigranas, muy capaces de hacer resonar en *voz baja*, en tono menor, subjetivismos y relieves de la vida exterior; pero por lo general desprovistos de la facultad tan escasa de aprisionar en sus cristalizaciones rítmicas la amplia visión de encendidas realidades sociales, de encerrar en ellas y días de íntima y resaltante urdimbre psíquica, de penetrar gallardamente en que solo dilatan su vuelo las águilas caudales. A mi juicio el aspecto más resaltante de su personalidad política consiste en la fuerza plástica de su imaginación para revertir reformas tangibles y adecuadas y días y cosas puramente abstractas.



Fáltame tiempo para examinar atentamente cuanto aquilatar la poesía vibrante sugestiva de Gastón F. Deligne. Estas líneas más que un estudio de su personalidad y de su obra, son un tributo de admiración al poeta y una oblación de acendrado cariño al amigo. Salvo en ciertos momentos, no se siente su actuación rítmica una colección intensamente emocional, la dilatación un sentimiento potente que de lo más recóndito de su ser, sube, sube hasta dar ardiente y comunicativa vida lírica a sus creaciones. Su emoción resulta las más de las veces muy intelectualizadas. Penetra, ahonda bastante las cosas; siente con relativa fuerza peculiaridades de la vida social y alcanza con la sugestión de su potencia imaginativa misteriosas profundidades de la existencia, aunque todo eso, por su característica manera, se exterioriza siempre bastante depurado de su prístina espontaneidad. Su poder de intelectuación tiende siempre a corregir, a disciplinar lo que en su sensibilidad hay de netamente espontáneo. Una niebla sutil amortigua o desvanece algunos contornos de sus versos. Y entonces resulta un si es no es oscuro, costando algún esfuerzo llegar hasta el fondo de su pensamiento. Pero eso no sucede siempre ni mucho menos. En su primera época esa característica suya no resulta nunca demasiado pronunciada. En «Angustias», en Mairení» y en otras composiciones suyas, su sensibilidad fluye con cierta libertad corriendo serenamente por el cauce bordeado de flores de sus versos. Hay en ellos palpitaciones de algo semejante a un nihilismo muy peculiar de atractiva altura estética. Aún en composiciones posteriores, ya bien definida y precisada esa que considero como fundamental modalidad de la visión poética, esto es, su tendencia a desvanecer, a diluir diríamos, su sentimiento en concepto de formas intelectualizadas, persiste la manera primitiva cuando el choche con ciertas resaltantes morbosidades del medio sacude fuertemente su espíritu. Así en «Del patíbulo», no obstante advertirse bien el predominio de lo intelectual sobre lo afectivo, vese claramente que la corriente de emoción, la dilatación de su sensibilidad, abriéndose paso a través de todos los obstáculos, llega potente y llena de sugestiones al alma colectiva.



En sus producciones poéticas –era también prosador excelente– recorre sin titubeos ni desfallecimientos toda la vasta gama de la vida. Va de lo efímero y ligero a lo perdurable y profundo. Liba como abeja rumoreante en el cáliz de las gayas flores de la tierra y sube a la cúspide encendida de montañas enhiestas para desde allí otear las vastas llanuras que se extienden a sus pies y obtener una visión amplia y majestuosa del conjunto. Pareció un momento como que la cristalina linfa de sus versos iba a enturbiarse por la irrupción de cierto pesimismo, orientación bien señalada en «Aniquilamiento», pero pudo a tiempo apartarse del sombrío derrotero. Mientras el pesimismo, por su esencia negativa, por el estado de resaltante inconformidad que vincula, por el sentido universal que lo informa, carece de virtualidad para creaciones sociales perdurables y prolíficas, representa, en síntesis, la disolución más o menos lenta de los factores que integran la evolución de una colectividad, en cambio una visión racional y permanentemente optimista es susceptible de crear, de producir, de dar de sí actividades fecundas, de contribuir, en mayor o menor escala, a indicar rumbos, a despertar iniciativas, a vencer dificultades. En la mayor parte de sus poesías exhibe Deligne una visión optimista de las cosas. Censura a los que sistemáticamente tienden a ennegrecer la existencia haciéndola peor de lo que es realmente, abultando el mal esparcido en ella. De ahí que exclame noblemente:

Los que echáis la sonda al mar
del incierto porvenir,
cuando al hombre habéis de hablar,
¿por qué le habláis de este llorar?
¿por qué le habláis de sufrir?

Domina su instrumento de expresión, pero siempre con técnica propia, a su modo, con acentuada irradiación personal, lo que para mí constituye su mayor elogio. Su concepción del arte se amplía con la vida. No lo reduce y achica como



lo hacen ciertas escuelas o cenáculos que tienden a encerrarlo en una esfera de limitaciones en que resulta censurable cuanto tiende a expandirlo fuera de tan artificiales fronteras. Esas tendencias a una clasificación cerrada, a una visión restringida en que se pretende totalizar la vida, resultan siempre en extremo nocivas, por más que las quiera justificar con propósitos de perfeccionamiento que en la gran mayoría de los casos no resisten a un análisis severo y detenido. La libertad estética, todas las libertades, para ser fecundas, para encarnar en la verdadera realidad de las cosas, necesitan desenvolverse en un amplio y prolífico sentido del mejoramiento humano. Sus límites solo pueden ser determinados por un concepto bien definido y bien depurado del organismo colectivo en su esencia y en sus fines, en lo que constituye el dinamismo de la evolución superorgánica desenvolviéndose en un orden de sucesivos perfeccionamientos. Enhestamos, pues, como símbolo de racional adelanto, el lábaro de la libertad, de todas las libertades, para realizar la vida en su totalidad, hasta donde esto sea posible.

Y ha muerto *el poeta*, nuestro gran poeta, en el momento en que la patria que él amó tanto, que cantó en tan inspiradas estrofas, parece como caerse a pedazos, extinguirse en honda y dolorosa agonía. En el alma de su pueblo la fe, ninguna fe, parece esparcir sus salvadoras formulaciones. En la noche de nuestros dolores no fulge, señalando los rumbos de salvación, la estrella de un ideal, nada que se parezca al lumínar legendario que en la noche tétrica guiaba a los magos hacia la cuna de Jesús. Cuando una agrupación social pierde la fe en sí propia, en sus energías peculiares, en su capacidad para salvarse por obra de sus propios recursos, bien se puede, sin echarla de profetas, vaticinar su propia e irremediable extinción. Quisiera equivocarme, pero me parece que en esta situación se encuentra el pueblo dominicano. Por ningún confín del horizonte se vislumbra el hombre necesario, el estadista firme y sagaz, capaz de disciplinar los espíritus, dotado de sana y vigorosa energía, de buena energía radicada



en la ley e indispensable para enfrentarse a los caudillos que lentamente van llevando el país a su ruinas. El principio de autoridad es un mito. Una anarquía mansa nos devora... Has hecho bien, poeta, en entrar ahora coronado de las flores in-marchitables de tus ritmos, altivo y resuelto, como el príncipe de una leyenda oriental, en el negro alcázar de la muerte. Conmovido esparzo las siemprevivas de mi cariño sobre tu sepulcro de Macorís del Este, la culta ciudad que supo tejer siempre para ti renovadas y bellas coronas de viva admiración y de entrañable cariño.



Un libro de historia patria

Trabajando en la tela de Penélope de urdir revoluciones cuando están abajo y de desbaratarlas a tiro limpio cuando están arriba, se pasan la vida casi todos nuestros sedicentes políticos, sin dárselos un ardite de que el país corra desbocado a su ruina, como va por desdicha, con tal que ellos logren por esa vía oscura y tortuosa, satisfacer sus permanentes aspiraciones de batuta y de lucro. El general Casimiro N. de Moya* es una de las pocas luminosas excepciones que como homenaje a la justicia merecen citarse. Por su inteligencia e idoneidad ha figurado con lucimiento en algunas situaciones políticas ocupando la vicepresidencia de la República y más de una vez desempeñando Secretarías de Estado, y en todo tiempo y circunstancias ha dado muestras de servir con lealtad y celo los intereses públicos y puesto en práctica iniciativas de diversa índole, todas plausibles y fecundas. El mapa de la isla por él levantado a costa de indigentes y penosos trabajos de investigación y comprobación, resulta, descontadas naturales deficiencias, el más completo que poseemos; y ahora, después de serie paciente de lecturas de viejos textos, de rastrear datos entre el polvo de antiguos documentos, de cotejar con el espíritu de verdad, juicios contradictorios de la época que estudia, acaba de dar a luz el tomo primero de un

* Recientemente fallecido con hondo duelo de la sociedad dominicana. (Nota del autor).



libro que intitula *Bosquejo histórico del descubrimiento y colonización de Santo Domingo*, y en el que, con copia abundante de pormenores curiosos, narra con claridad precisión el proceso de nuestros orígenes históricos, comprendido desde el momento en que la frágil escuadrilla colombina avista las costas de la isla, hasta la hora trágica y solemne en que aureolado con un resplandor de leyenda épica, Enriquillo, el último cacique indio, logra, después de trece años de recia y sangrienta brega, salvada de ignominiosa esclavitud a los que aún sobreviven de su infortunada raza y que van con él a extinguirse casi sin dejar rastro de su paso en el oscuro pueblecito de Boyá...

No puede ser más augusto el magisterio del historiador cuando este, lo que no es frecuente, tiene conciencia de lo que es y de lo que vincula su obra. Por su voz hablan los siglos extintos, es una labor de resurrección. A través de la producción histórica debe circular intensamente la vida. Quien acomete ese desempeño debe poseer el poder de revocar un hecho sin falsear en lo más mínimo su realidad escueta. El historiador artista, sin menoscabo de la verdad, transforma el pesado bloque de granito de un hecho cualquiera en bello mármol pulimentado. La ausencia de heterogeneidad, de verdadera complejidad en las ideas y factores que integran la marcha evolutiva de la conquista y colonización de esta Antilla, reduce en gran parte la tarea a una exposición más o menos abundante de sucesos que se eslabonan con lógica y precisión. No es difícil, quizás, aun que entre nosotros no lo haya hecho nadie todavía, englobar esos sucesos en una visión de conjunto que se acerque a una síntesis más o menos acertada y satisfactoria. La labor del bien intencionado general Moya es puramente narrativa conforme lo requiere la índole de su trabajo. Apenas se detiene en el examen de causas y consecuencias. En su libro se revela estudio consciente, investigación serena y reposada. En ningún momento esboza la tendencia a alcanzar las proporciones y contornos de una historia en que observación completa y sagaz, arte evocador y sugerente y amplia y racional filosofía, se juntan para producir un todo acabado y de cierto valor definitivo. Si quiere vincular una enseñanza perdurable, la



historia tiene que ser vivo y palpitante reflejo de la vida social en toda su vasta complejidad. Al conjuro del historiador, lo que fue revive, surge ante nuestros ojos absortos con su propio y peculiar colorido. Los hechos grandes o minúsculos, acumulándose, eslabonándose, al capricho quizás, por virtud del misterioso determinismo acaso, van formando la urdimbre histórica, elaborando su trama, diversos en sus sucesivos aspectos, pero reducibles siempre a la unidad, a la unidad de que proceden, el espíritu humano. Por eso se dice vulgarmente que la historia se repite, aunque en realidad ningún hecho, como nada en la vida física y espiritual, pueda ser en absoluto idéntico a otro. Integrado siempre el espíritu humano por las mismas pasiones: amor, odio, ambición... cambia incesantemente de puntos de vista al surgir de modo forzoso la impulsión de determinadas circunstancias de ambiente y de hora. Acaso, en la hora actual, Carlos Lamprect, el insigne profesor de Leipzig, y Guillermo Ferrero, el historiador italiano, sean, a pesar de sus diferentes modos personales de concebir el desarrollo histórico, los únicos que poseen un criterio de renovación en materia de fecunda y verdadera crítica histórica. El primero en su penetrante examen de lo que llama épocas típicas como suma de integración de factores psíquicos, de *unidades* que se ofrecen sucesivamente en toda existencia nacional, como señalando momentos de muy pronunciado relieve y significación, y el segundo con la pronunciada tendencia a reaccionar basado en determinados principios contra puntos de vista de cierta ortodoxia histórica, generalmente respetada, por más que tal procedimiento lo conduzca quizás con frecuencia a ciertas incongruencias y exageraciones.

Delmonte y Tejada y José Gabriel García marcan luminosamente el punto de partida de nuestros estudios históricos. Las obras de ambos son muy dignas de aprecio por diversos conceptos. El primero es más genuinamente historiador en cuanto a criterio personal y a la posición metódica de los hechos, por más que su obra solo alcanza hasta comienzos de la pasada centuria, y el segundo revela de continuo un celo y una diligencia merecedores de cabal encomio en su relativamente voluminosa



producción histórica, que llega casi hasta nuestros días, y en la que, como penetrante y vivificador aroma, campea una constante, sincera y entusiasta devoción a prolíficos ideales de patria independiente y libre. En diarios y revistas, sin que hasta ahora haya querido su conocido autor coleccionarlas en un libro, circulan las luminosas *Rectificaciones históricas* de Apolinar Tejera, excelentes trabajos en la forma y en el fondo y que revelan un completo dominio de la materia. Él y su hermano Emiliano son, a mi ver, los que entre nosotros conocen con más profundidad el dramático proceso de nuestra vida colonial. En estos últimos tiempos, con fines didácticos, se han publicado muy apreciables resúmenes de la historia patria, como los de Arturo Logroño, Manuel Ubaldo Gómez y Henry E. Ashton.

En el *Bosquejo histórico* del general Moya abundan los hechos menudos, los detalles curiosos, el *petit fait* de Taine, esos pormenores que, en ocasiones, ponen mejor de relieve los contornos de una época, la psicología de un pueblo, que la misma pasión resonante de determinados gobernantes y la relación de hechos de armas en que tanto se deleita la mayoría de los historiadores. Vistos desde alturas de trascendencia social, atesoran para mí excepcional importancia los pormenores relativos a los *repartimientos* de indios. Dan, en cierto sentido, la medida exacta, las proporciones de una ética colectiva con todas sus abominables consecuencias. Constreñida principalmente al durísimo trabajo del laboreo de minas a que estaba incapacitada por condiciones evidentes de relativa debilidad fisiológica, la raza aborigen fue disminuyendo en proporciones aterradoras y para reparar esa pérdida ideóse, antes del mismo Las Casas, como dice bien el autor de este libro, la importación etiópica que, andando el tiempo, mezclóse con la sangre de los conquistadores, gente en gran parte desalmada y viciosa, determinando el hibridismo étnico más o menos acentuado en la población actual. Cualidades privativas de ambas razas, como por obra de misteriosa alquimia, se fundieron en una concreción típica en que perduran aún, sin modificaciones sustanciales, modos en extremo nocivos de vida social. Las almas nobles rememoran siempre con recóndita



tristeza los inenarrables infortunios de la sencilla y pobre raza aborigen, y al través de los siglos escucharán con murmullos de admiración y simpatía, las voces elocuentes de intenso sentido humano de un Las Casas, de un Montesino, ahogando sin miedo, frente a los intereses sórdidos de la taifa conquistadora pletórica de privilegios, a favor de los esclavizados indios, pidiendo para ellos, los legítimos poseedores de la tierra usurpada, el derecho siquiera de vivir y morir en ella libres y respetados. Parece increíble el poco tiempo que bastó para la extinción de una población que a la llegada de los conquistadores ascendía como un millón de almas, según los cálculos más moderados. En un período de catorce años desaparecieron las nueve décimas partes de ella. Con razón exclama indignado Las Casas (*Historia de las Indias*, tomo tercero): «Esto, ¿quién lo creerá de los que en los siglos venideros naciere? Yo mismo que lo escribo y vide y sé más de ello, agora me parece que no fue posible; pero ya es un hecho necesario por nuestros grandes pecados y será bien que con tiempo lo lloremos»...

Sin que eso haga desmerecer ni un ápice el relativo mérito de nuestra producción en esa materia, puede afirmarse que en Santo Domingo aún no se ha escrito la verdadera historia. En esa producción impera e imperará, durante largo tiempo, la corriente de un tradicionalismo ofuscado, caro en muchos sentidos al alma colectiva y al cual se subordinan sin apreciables discrepancias todos los aspectos de nuestra evolución histórica. Por obra de esa tendencia las acciones y reacciones de nuestro proceso social se desenvuelven como obedeciendo a un ritmo permanente de monótona uniformidad. Mientras tanto se van haciendo datos, como en la interesante obra del general Moya, que seguramente utilizará el que *vendrá*, el historiador capaz, en determinados aspectos, de ir contra cierto enmohecido criterio para establecer síntesis satisfactorias. Y no es ciertamente porque en el país no haya quien o quienes puedan escribir nuestra historia a la moderna, amplia y comprensiva, filosófica y artística, plena de un alto sentido de resaltantes realidades sociales, sino porque para empresas de tamaña magnitud se necesitan recursos



y los escasos dineros que hay en las arcas públicas se consumen totalmente en sofocar revoluciones, en satisfacer exigencias de caudillos enpingorotados y en sostener inútiles y lujosos puestos diplomáticos. Nuestra vida política se desenvuelve en medio del más avieso y disolvente de los mercantilismos. Hoy, como hace más de cuatro siglos, la constante aspiración de la gran mayoría de nuestros políticos puede condensarse en estas gráficas palabras –citadas por el general Moya en su libro– del hosco y atrabiliario Comendador Bobadilla, el enemigo encarnizado de Colón: «aprovecharse lo más posible en el buen tiempo, pues nadie sabe lo que puede suceder»... Y a gente tan afanada en tal labor, vaya usted a hablarle de recursos para emprender con condiciones de éxito el empeño de dotar a Santo Domingo de una obra que en un todos responda a las exigencias del adelanto moderno en el género histórico. Sería perder totalmente el tiempo...

En medio tan poco propicio para el florecimiento de empeños de esa índole son doble mente meritorias obras como la que acaba de publicar el general Casimiro de Moya. Así no fuera por su indiscutible valor intrínseco, el solo hecho de publicarla bastaría para justificar el aplauso. Y sobre todo, en los momentos actuales en que el alma nacional parece hundirse en un piélago de negros infortunios y helados escepticismos; en los instantes en que la injerencia creciente y abusiva del imperialismo yanqui en nuestros asuntos interiores, no alcanza a sacudir nuestro indiferentismo para ofrecer al mundo la actitud resuelta y viril de un pueblo que no puede resolverse a sufrir la mutilación de los más excelsos atributos de su existencia como entidad nacional soberana y dueña orgullosa de sus destinos.



Cartas de Bolívar

(PRÓLOGO DE J. E. RODÓ Y NOTAS DE R. BLANCO FOMBONA)

Con el mismo interés y fervor que Federico Masson al revivir con sereno y depurado criterio y mediante documentos fehacientes poco divulgados llamativos aspectos de la asistencia del curso trágico que cambió el marco político europeo a tajos de su flamígera espada, prosigue hábil y tesoneramente Rufino Blanco Fombona su meritoria y altamente patriótica labor de abundar en la vida tempestuosa de Bolívar para poner de relieve y aquilatar con observación sagaz y reposada y en vista de documentos de indiscutible valor cuanto de original y complejo existe en la psicología del caraqueño insigne que, taumaturgo soberano, al conjuro de su genio portentoso, dio cuerpo y vida, sacándolas de las sombras letales del coloniaje, ante el mundo asombrado, a cinco naciones que dilatan actualmente su existencia en el seno de una civilización cada vez más sólida y adelantada. En este bien seleccionado epistolario destacan muy curiosos aspectos del Bolívar íntimo. En alguna de estas cartas como que desaparece por un instante el Bolívar exterior, el que conocemos, el tribuno de elocuencia resonante, el redactor de programas fulgurantes en estilo napoleónico, el guerrero derrotado vencedor, para que surja en su lugar el hombre aquejado por las localidades de la existencia cotidiana,



que se ve constreñido por necesidades personales a pedir dinero prestado y a exigir con ahínco el pago de alquileres atrasados de casas de su propiedad. La espontaneidad característica del género epistolar íntimo se patentiza en algunas de estas cartas. Tal, principalmente, en la primera, plagada de faltas ortográficas, escrita a los dieciséis años, en Veracruz, y en la que cuenta a su tío Pedro Palacios y Sojo pormenores de un viaje que realiza... Correrá el tiempo, y el estilo sin perder nada de la espontaneidad privativa del género, irá ganando precisión, colorido y firmeza, hasta culminar en la célebre carta escrita en el destierro, en 1815, desde Kingston, a un caballero inglés simpatizador del separatismo americano, que resulta un modelo por la elevación del pensamiento, por la exactitud y serenidad del juicio, y, en muchos pasajes, por lo bello y expresivo de la forma. En esa notable epístola se dan la mano el severo raciocinio y la imaginación llameante, el pensador y el vidente. Parece como si ante él se complaciera el porvenir en descubrirle sus más íntimos secretos. Ese mismo año, como saben muchos, salvóse milagrosamente en Kingston del puñal de un asesino; pero lo que yo ignoraba era que debió la vida a la circunstancia de estar, en cita de amor, con Luisa Craber, «preciosa joven dominicana»... El propósito de unidad hispanoamericana, la tendencia a constituir un todo orgánico de todos estos pueblos por tantos conceptos afines, tienen hondo arraigo en el pensamiento de Bolívar. Su hispanoamericanismo tiene en él las proporciones de una convicción muy acentuada y perdurable. Así escribe al director supremo a los Estados Unidos del Río de la Plata las siguientes expresivas líneas: «Ligadas mutuamente entre sí todas las repúblicas que combaten contra España por el pacto implícito y en virtud de la identidad de causas, principios e intereses, parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma. Nada puede pretender una contra otra que no sea igualmente perjudicial a ambas, y por sentido contrario cuanto se exija a favor de esta, debe entenderse respecto de aquella»...

Este interesante libro se abre con un brillante prólogo de José Enrique Rodó, pleno de honda penetración y de serenos y



expresivos juicios. Es, quizás, lo mejor que hasta ahora se haya escrito sobre Bolívar. Las cartas de cada año están precedidas de amplios resúmenes históricos en que Blanco Fombona exhibe su completo conocimiento de la materia, y al pie de cada una de ellas el ilustre escritor venezolano ha puesto también notas aclaratorias muy discretas y oportunas. En estos momentos de incertidumbre y recelos para muchos pueblos latinoamericanos, ese empeño de divulgación histórica resulta doblemente meritorio. Lo es por el ejemplo de edificante trascendencia social que entraña el conocimiento en sus más íntimos aspectos de la figura eminentemente representativa en que tiene su raíz cuanto integra el nacionalismo hispanoamericano entendido en su más amplio sentido, y lo es asimismo por resucitar con su peculiar y dramático colorido el cúmulo de sacrificios, abnegaciones y heroísmos que costó a nuestros abuelos la cristalización del magno ideal separatista, fulgurante visión que surge de estas páginas ante nuestra vida deslumbrada para indicarnos, como si el mismo héroe con severo índice nos la señalara, la vía que tenemos que seguir forzosamente para conservar a todo trance nuestra autonomía y ser consecuente con la epopeya que sirvió de génesis a la vida independiente de los pueblos de civilización ibérica esparcidos en este continente. En cierto sentido, el héroe, el culto de lo heroico con la humanidad, lo humano supremamente representativo, entendido a la manera de Carlyle y de Emerson, lo que florece en encarnaciones más o menos conspicuas del ideal humano desenvolviéndose en el tiempo y en el espacio, envuelve de continuo una lección de alta finalidad objetiva, de trascendente educación social. De cierta estética de fecundo dinamismo también. Quizás esos hombres, como piensan muchos, sean productos de fuerzas sociales que, laborando ocultamente en cierta parte de la mentalidad ambiente, dar de sí, en determinado instante, jugosos frutos individuales; pero ello no empece para que, visiblemente, tales individuos aparezcan siempre como concreciones muy personales en manifiesta discordancia con la manera de sentir y de pensar de la inmensa mayoría de los componentes de la sociedad que pertenece y en



que desarrollan sus prepotentes energías de voluntad y sus audacias de pensamiento.

Para evidenciar la fuerza pragmática que atesora, tiene por fuerza todo concepto de trascendencia ética social que condensarse en formas individuales y alcances efectivos y jugosos. Pensar que la idea en sí, el pensamiento escueto, la abstracción, las concepciones mentales, cuanto resulta elaboración del intelecto con la realidad circunstante, arribe por la gestación de su propio dinamismo a conmover el alma social inflamándola y arrastrándola por los derroteros de la acción potente y prolífica, es creencia propia de metafísicos reclusos exclusivamente en la soledad estéril y hosca de una mentalidad en que lo puramente intelectual ejerce una influencia predominante y perjudicial. En su más alta complejidad social, la vida es el resultado de la combinación de factores más o menos bien conocidos y observados, de fuerzas más o menos visibles que actúan con cierto innegable dinamismo; pero aún obrando durante cierto tiempo como al azar, tales factores y vitales fuerzas, llegado el momento, encuentran su punto máximo de convergencia en un organismo individual, de patente superioridad, dotado de la virtualidad necesaria para combinar todos esos elementos en una unidad orgánica característica de cualquier idea de efectiva trascendencia colectiva. La crítica histórica demuestra eso a cada momento. En el alma de la muchedumbre yacen por lo general latentes o dormidos sentimientos capaces de contribuir a la realización de salvadoras transformaciones sociales. Es necesario que alguien despierte esos sentimientos, que con potente energía baje hasta el fondo de todas las almas aletargadas o refractarias y con impetuoso arranque las empuje por los caminos de la acción y de la lucha. Vulgar resulta ya decir que el rasgo distintivo de esos caracteres consiste en aparecer en la hora precisa, en el momento oportuno. Algunos, sin embargo, como ciertos productos de la naturaleza, florecen a destiempo y se malogran. El hombre y las circunstancias tienen que combinarse de modo ineludible. Pero el hecho es que aun siendo, como se supone, en lo íntimo, en lo esencial, tales caracteres individuales condensaciones más



o menos precisas de un medio social en un determinado instante, nunca o casi nunca las iniciativas indigentes, los propósitos reformadores, la acción ardorosa y tenaz, son de abolengo colectivo sino de origen fundamentalmente individual. Lo individual necesita naturalmente fecundarse en lo social; pero en el yo, en el *yo profundo*, en su parte más recóndita tiene su misterioso manadero cuanto ha surgido destinado a modificar o a transformar los convencionalismos sociales, las preocupaciones, los tradicionalismos, las especificaciones de la mentalidad colectiva, lo que impide a una sociedad dar resueltamente un paso hacia adelante.

Los hombres de superior estructura volitiva e intelectual son de absoluta necesidad para el adelanto humano. Bajo su impulsión ardiente y tenaz es que evolucionan y se transforman las sociedades. La personalidad original y vigorosa de ciertos hombres señala como nuevos rumbos al movimiento social, muy particularmente en colectividades estacionarias de existencia estérilmente vegetativa. Esas agrupaciones sociales arrastran una vida de perenne monotonía, sin estremecimientos, sin horizontes, a la sombra letal de instituciones seculares que han dado llaves y toda su savia. Tal la sociedad colonial de comienzos de la pasada centuria. Como ante el héroe caraqueño en las primeras etapas de su vida tormentosa, los intereses creados durante siglos en esas rudimentarias agrupaciones sociales, omnipotentes por obra de cierto engranaje de relaciones de todo género, al sentirse amenazadas o heridas en el goce secular de sus privilegios, se yerguen en gesto de suprema defensa. Y siempre encuentran al hombre o a los hombres que respondiendo a su necesidad de defensa encarnan la reacción y organizan una formidable resistencia para contener el impulso creciente de las nuevas ideas. Indudablemente fue Boves, el feroz caudillo de la causa española, el hombre por excelencia del régimen colonial en el primer período de la epopeya emancipadora de Venezuela. Por la potencia de los intereses unidos para cerrarle el paso, por la multiplicidad de los obstáculos formidables hacinados en la vía, por la casi completa incomprensión del ideal separatista por



parte de las masas que en su inmensa mayoría durante años le fueron resueltamente hostiles, la obra emancipadora de Bolívar vincula desmesurada grandeza y resulta una de las más portentosas realidades en la historia del mundo. La figura del héroe crece, se agiganta con el tiempo. Es por eso que su personalidad extraña, original, compleja, en que predominan los colores fuertes, las tonalidades vivas, es cada día estudiada con más fervor y más consciente detenimiento. Su personalidad deslumbrante y magnífica es para mí el más expresivo símbolo, la más eximia representación personal de un momento histórico, de una época de permanente valor en la historia del desenvolvimiento del espíritu humano. ¡Bolívar! Ese solo nombre representa una síntesis social supremamente comprensiva. No hay más alta epopeya que su nombre. Sus tres sílabas resuenan en los oídos de todos los americanos con un ritmo eminentemente evocador y sugerente. En esa palabra vibran las torturas de las primeras derrotas, las murmuraciones de la envidia, las inquietudes del destierro, el alarido intenso de la victoria, las marcas triunfales, la expresión doliente de las decepciones, el dolor de las ingratitudes acerbadas, los días negros de la quinta de San Pedro Alejandrino...

Los devotos de la memoria del libertador egregio debemos experimentar justo alborozo con la aparición de este volumen de serena y patriótica divulgación que pone de bulto con convincentes documentos muy interesantes aspectos de la agitada existencia del paladín venezolano. En muchas de las páginas de este libro parece como que vibra y se expande su alma. Esta obra es como una nueva contribución al estudio relativamente completo de las particularidades íntimas que prestan a la psicología de Bolívar originalísimo relieve. En la hora actual de análisis prolijo y hondo acaso resulte vana pretensión el empeño de trazar definitivamente las líneas coherentes y precisas de una psicología científicamente positiva. Acaso no haya *una* psicología sino psicologías. La inteligencia y la sensibilidad en proporciones siempre desiguales y cambiantes operan en moldes humanos de desigualdad manifiesta. Característica de lo que llamamos psicología es la rotunda afirmación de que no hay caracteres



exactamente iguales. Aun en el mismo rebaño humano, en la misma mediocridad reinante, en el burgués, en el filisteo, perfilanse sensibles diferencias y se acentúan llamativos contrastes. Lo intelectual y afectivo alcanzan raramente en las interioridades del ser un punto de equilibrio preciso y armonioso. El genio en el hombre quizás sea, acaso sea, como lo afirma Lombroso –el punto es muy discutible– «producto de una neurosis de naturaleza epiléptica no representando una perfección sino una degeneración en el árbol de la vida humana. Aún en los aparentemente mejor equilibrados existió siempre la tara degenerativa...» En Bolívar, indudablemente, se evidenciaron formas de pasajeros desequilibrios, tales como en crisis momentáneas cierto dominio de lo *inconsciente*, como dice el doctor Arcaya (citado por Blanco Fombona) en su estudio psicológico de Bolívar. Pero como lo dice el mismo Arcaya «en las metamorfosis hereditarias de la degeneración, debido al medio del sistema nervioso de su raza, tocó en lote a Bolívar la psicosis genial...» En él, por lo general, la voluntad alcanza dominio prepotente facilitándole la fuerza necesaria para coordinar y conducir, bien disciplinados, todas sus relevantes facultades de inteligencia y de sensibilidad. Y esa voluntad, educada y afinada en la escuela de la adversidad, frente al hado adverso, tropezando y saliendo de bruces para levantarse al momento más firme y resuelta, se mantiene siempre por no sé qué misteriosa y no interrumpida proyección de su ser subconsciente, en el ritmo de una tenacidad perdurable en que no hacen mella los contratiempos y las dificultades. En Bolívar se combinan maravillosamente el ensueño que llamea con la imaginación que se desborda, con la energía indomable y la acción enderezada de continuo a plasmarse en resonantes pactos sociales. Desde las alturas de su genio, desde las cimas de su superioridad espiritual, parece como que contempla la vida como un vasto campo poblado de elementos dispares, confusamente esparcidos, y la medida de su valor intrínseco se halla en su manera propia, personal, enteramente suya, de adueñarse de algunos de esos elementos para agruparlos estrechamente en formas imperecederas de soberana y perfectible grandeza social.



En Bolívar llega a su mayor fuerza de intensidad el *no conformarse* que para Emerson constituye la condición principal, inconfundible e insuperable, de cierta clase de hombres. Es inmenso el espacio que media entre el rebaño que se conforma y la élite reducida, pero potente, de los *inconformes*. En cierto sentido, tratándose de lo social, estar de acuerdo, adaptarse integralmente al medio, es casi siempre signo de patente inferioridad. Bien visto, el progreso humano ha consistido en la resaltante discordancia de ciertos hombres con las instituciones y convencionalismos de su época. Como dije ya, ningún adelanto humano ha sido en su génesis enteramente de raíz colectiva. Un factor, diversos factores individuales, refractarios durante cierto tiempo a la mentalidad media de la sociedad a que pertenecen, a las corrientes del ambiente laboral de un momento dado, concluyen por imponer y arrastrar a las masas abiertamente hostiles en los primeros instantes. Después de haber dialogado desde la cumbre iluminada del Aventino con las sombras augustas de los patricios de los grandes tiempos de la república romana; después de haber recorrido las calles de París vibrantes todavía con las aclamaciones triunfales de la revolución más grande y trascendente que han visto los siglos y que marca como el comienzo de una nueva fase de la humanidad, no podía permanecer Bolívar, apacitada ya su alma selecta en esos recuerdos históricos de clásica resonancia y en la contemplación de pueblos en lucha por la conquista de una libertad ennoblecedora y fecunda, indiferente ante la dolorosa visión de su país vegetando en las sombras de humillante servidumbre. Ese contraste inflamó su espíritu, puso en él como un florecimiento de indignadas rebeldías. No pudo conformarse con tal espectáculo. Hacía tiempo que las ideas de separación de la metrópoli germinaban en algunos cerebros. En un libro residente (*Napoleón y la independencia de América*, por C. A. Villanueva) puede verse, caso singular, un documento en que se prueba que nada menos que en 1785 tres representantes de la clase linajuda de México, dos condes y un marqués, se movían en el sentido de recabar del rey Jorge III la protección de Inglaterra para realizar la independencia de aquel reino. Pero el hecho es



que desde Texas hasta el Plata las mayorías vegetan sumisas y relativamente contentas con su fuerte. Eso más que ninguna parte se manifestó en Venezuela, donde hubo épocas luctuosas en que los separatistas se encontraron huérfanos de opinión y de todo amparo. En las masas predominaban sentimientos de viva adhesión a la causa realista. El vencimiento de tan formidables obstáculos da la medida de la insuperable grandeza de Bolívar. La adversidad, hosca e iracunda, jamás lo domeña. De en medio de los escombros, de entre las ruinas, atleta vigoroso, sale más resuelto y pujante para la lucha. Apostrofa a la misma naturaleza cuando cree ver en ella un enemigo. «La traición y el infortunio se fatigaron en vano por vencerlo», dice, en un arranque de lírico entusiasmo, Heredia, el insigne poeta cubano.

Su personalidad presenta diversas brillantes facetas. Tribuno, guerrero, legislador y estadista, en todo acierta y culmina. Su elocuencia tribunicia, caldeada por las circunstancias, tiene arranques impetuosos. Tal el discurso pronunciado el 3 de julio de 1811 en la Sociedad Patriótica. Su palabra de fuego vence titubeos y abre el camino de las grandes revoluciones. «¿Y que dicen?, exclama. ¿Dicen que debemos esperar los resultados de la política de España? y ¿qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, estamos resueltos a ser libres? ¿Esas dudas son triste efecto de las antiguas cadenas? ¿Que los grandes proyectos deben prepararse con calma? ¡Trescientos años de calma no bastan!... ¿Se quieren otros trescientos todavía?...» Sus primeras derrotas forman el principio de su educación en el arte militar. En todas tus campañas brilla la espontaneidad de quien no lo fía todo a combinaciones previas, a la sujeción a planes artificiosamente elaborados, sino, en el momento oportuno, frente a la realidad, a la mirada escrutadora, al golpe de vista que sin desperdiciar el detalle domina en conjunto y sabe el instante de tomar una resolución decisiva. Su manera de guerrear es enteramente americana, resultado de su efectiva compenetración con el medio, a diferencia de Miranda y San Martín, capitanes exclusivamente a la europea, según más de una vez han dicho reputados historiadores. Debería hacerse un estudio sobre Bolívar legislador, dice Rufino blanco Fombona, y está



en lo cierto. Hay mucho jugo medular en sus diversos proyectos de constituciones. En ellos, descontados naturales errores, adviértese a la primera ojeada que su principal obsesión es dar fijeza y estabilidad a las instituciones. Teme de continuo, avizorando el porvenir, los epilépticos estremecimientos de una democracia ignorante, frágil, inestable, de aluvión, en que de improviso van a aplicarse formas de una vida política incompatibles con muchos aspectos de la existencia secular de estos países hispanoamericanos...

Sintió intensamente la fascinación del eterno femenino. Viudo desde su primera juventud, puso en su devoción a la mujer todos los albores de su imaginación calenturienta. Aún en la vejez, las mujeres que lo amaron, supieron conservar piadosamente el culto vivo y afectuoso de su recuerdo. El coronel Hamilton asegura que entre las mujeres, «gozó del prestigio *d'un garçon de bonne fortune*» (*Bolívar y San Martín*, por C. A. Villanueva)... Resulta de evidente superioridad anímica lo mismo en el éxito que en el infortunio. Es grande, soberanamente grande, lo mismo en el palacio presidencial de Bogotá, en la iluminada cúspide del poder supremo, imposición de los más grandes honores que puede apetecer el hombre, que en la hora doliente de las trágicas decepciones, cree en los días acervos y negros en que, refugiado en un hogar extraño, insultado, abandonado de todos, se extingue su vida en lenta y dolorosa agonía. Para mí es el héroe por excelencia de América, la figura más representativa de nuestra raza y nuestro destino histórico en este continente. Honrar y enaltecer su memoria es deber de cuantos, en la fabulosa hora actual, estamos obligados a defender un ideal de alto nacionalismo, que es la única fórmula de salvación de muchas de estas asendreadas repúblicas, para contribuir, corriendo el tiempo, a realizar en la forma que permitan las circunstancias el magno propósito de esa ansiada confederación hispanoamericana anhelada por él en sus delirios de vidente y de patriota.



Después de medio siglo

Con ocasión del Cincuentenario de la Segunda República muévense los ánimos de cuantos mantienen aún cerrado su espíritu a glaciales escepticismos para celebrar esa magna fecha con una serie de actos de resaltante civismo que sean demostración brillante y cumplida de nuestra inquebrantable decisión de conservar a todo trance la Independencia nacional y de nuestros vehementes anhelos de contemplar el país, hoy tan abatido, orientado por vías luminosas de organización jurídica y de satisfactorio adelanto. En medio de nuestros grandes infortunios, de nuestras incontables caídas, de las circunstancias adversas que se presentan a la vista como gélidos témpanos polares, llevando a las almas el frío del desconuelo y de la duda, confórtase el ánimo y penetra en él algo así como un aura primaveral de serenas esperanzas cuando vemos producirse esos movimientos de opinión firme y consciente enderezados a rendir entusiástico homenaje de admiración y reconocimiento a lo que en cada pueblo constituye lo más alto y glorioso de su existencia histórica. Mientras en una agrupación nacional vibra potente el espíritu de solidaridad que en un día dado encarnó sus aspiraciones de libertad y justicia y le prestó irresistible empuje para realizarlos a través de desastres y de glorias, no caben si acaso en pequeña parte las reflexiones de negro pesimismo a que se entregan observadores



superficiales, inclinados de continuo a rastrear la verdad en aspectos parciales o engañosos de las cosas. Yo no sé si, como sostienen pensadores de marca, existen realmente leyes históricas que se manifiestan de manera evidente en la marcha de los sucesos. Soy algo escéptico cuando se trata de elevar a la categoría de observaciones científicas lo que por naturaleza incoercible, por la complejidad de su urdimbre, parece que tiende incesantemente a escaparse de las redes de supuestos principios de aplicación segura y necesaria. Pero con todo eso, es imposible negar rotundamente que el ideal humano al realizarse en el tiempo por más que asuma aspectos de continua diferenciación, en su fondo, en su esencia, no se desenvuelve como obedeciendo a oscuros determinismos. «La historia, ha dicho recientemente Le Bon (*La Révolution française et la psychologie des Révolutions*) resulta plena de necesidades, pero también de hechos contingentes que han sido o podido no llegar a ser». Para mí, en la historia, la influencia de lo fortuito, pero contingente, de la constante irrupción del *petit fait* de Taine o de la acumulación en veces poco perceptible de los hechos menudos de que habla Ferrero, contribuyen a determinar los grandes acontecimientos en mayor escala que las causas que aparentemente aparecen como generadoras exclusivas de esos mismos acontecimientos.

En el examen concienzudo y completo de un hecho de resonante trascendencia histórica, al apreciar su génesis y consecuencias, generalmente solo se ve lo que aparece en plena luz acaparando la atención del historiador, mientras quedan casi siempre en una zona de oscuridad muchos motivos que quizás entran para actuar con fuerza en la realización del hecho observado. En la obra nefasta de nuestra segunda reincorporación a la monarquía española, realizada hace cincuenta años, sin necesidad de ahondar en esos hechos secundarios, actuaron con potencia decisiva dos factores que a mi juicio explican satisfactoriamente aquel sensacional acontecimiento y que absorbieron, por decirlo así, los demás motivos concomitantes. En el caso de psicología colectiva que vincula la Anexión,



no hay todavía esos efectos de perspectiva que en ocasiones extravían a los más inteligentes observadores. Ni muy cercanos ni muy distantes, los hechos relacionados directamente con la aventura anexionista se prestan a un estudio que reviste llamativos aspectos de verdad positiva. Vivo, vigoroso, hondo, en nuestra primera reincorporación a España, en el movimiento reconquistador de Sánchez Ramírez, muchísimo más atenuado en el proceso anexionista de 1861, no es posible negar que en el fondo de ambos sucesos palpita un sentimiento de amor a España –en el segundo suceso muchísimo menos que en el primero– que tiene su recóndito origen en la afinidad étnica y en tres centurias de ininterrumpida dominación y que aún vibra con cierta intensidad en una parte del pueblo dominicano. Modificados en nosotros por la ingerencia o mezcla de otros elementos étnicos y por el contacto diario con civilizaciones distintas, ese sentimiento de solidaridad de sangre y de cultura conserva aquí de la raza conquistadora sus más nobles atributos de virilidad e hidalguía y todos los fragmentos nocivos que en gran parte explican nuestros frecuentes tropiezos y tremendas caídas.

Dos, como queda dicho, son los factores que principalmente produjeron aquel hecho de dolorosa resonancia en la historia de América. Aún antes de la separación de Haití, el partido conservador o algo a eso parecido, abriga y sostiene la creencia, sincera en muchos, de que por nuestra pequeñez territorial, nuestra escasísima población, nuestro paupérrimo estado económico, nuestra vecindad con los haitianos siempre amenazadora, el país carece de condiciones para formar un verdadero organismo nacional, para realizar su cabal independencia, si no es bajo el protectorado de una poderosa potencia extranjera. Tentativas anteriores y posteriores al movimiento separatista de 1844 lo demuestran sin que quepa una molécula de duda. Arrollados implacablemente los jóvenes febreristas que sostenían gallardamente lo contrario, esto es, la independencia absoluta, el partido conservador enseñoreado del poder produjo, como fruto sazonado, un personalismo



reciamente autoritario cuya más típica representación fue el general Pedro Santana, hombre basto, rústico, impetuoso, valeroso en sumo grado, de claro entendimiento, de mucha trastienda... De los grupos personalistas que en el vaivén de perennes asonadas siniestras alternaron el poder, el más fuerte, el santanismo, alcanzó a imponerse por más tiempo, aunque viviendo en la zozobra de los amagos y asechanzas del bando contrario. Ningún personalismo político adueñado del poder lo suelta fácilmente. Lo cree suyo, de su exclusiva propiedad, y contra esa arraigada creencia resulta inútil cuanto se haga legalmente para llamarlo al verdadero camino. Casi siempre hay que cortarle las manos para que suelte la presa. Fuerte y todo, la agrupación santanista se mantiene hosca e irascible y el continuo temor de que por uno de esos sucesos imprevistos, tan frecuentes en el partidatismo político, volvieran los contrarios a acaparar la dirección omnipotente de la satrapía y procedieran con él de la manera cruel e implacable con que este trataba al bando vencido.

De ahí, de esos factores del predominio del primero en los comienzos de la República, de la combinación de ambos a medida que se acentúa la pugna partidarista, que los haitianos continúan amenazando nuestra existencia nacional, de la creencia de nuestra incapacidad para la vida independiente y del anhelo de un bando de continuar, aunque en otra forma, usufructuando al poder, brotó, como fruto podrido de maldición, la aventura de nuestra inconsulta Anexión a España. De la noche a la mañana apareció el país convertido en colonia. Escarnecido y ensuciado, el pabellón nacional fue arrojado a un inmundo estercolero. La Anexión no fue la obra del país, sino la de un bando personalista. En medio de la sorpresa y del miedo celebráronse los funerales de la Primera República. Acaso la lección había resultado relativamente duradera si España se hubiera dado exacta cuenta de las cosas y procedido en consecuencia. No fue así. Sus primeros pasos en la nueva colonia revelaron un completo desconocimiento de las realidades circunstantes. Instituciones afines a las que regían en



las dos plantillas inmediatas, se plantaron sin más examen en el recién adquirido territorio. Deficientísima y todo nuestra existencia como entidad nacional había creado ciertos hábitos de una libertad sin apropiada consistencia jurídica, pero que era fiel expresión de costumbres y de formas peculiares de vida del pueblo dominicano. Esas formas privativas de su existencia individual y colectiva, cristalizadas en costumbres, hondamente arraigadas, no merecieron la más leve muestra de respeto de los recién llegados dominadores. El choque decisivo, que vino mucho después, pudo ser fácilmente evitado.

El primer caso y trascendental error ocurrió en lo político. El baecismo, el bando opuesto al que había hecho la Anexión, permaneció fuera de la ley o poco menos. Sus más conspicuos corifeos continuaron vagando por playas extranjeras. Esta situación solo se modificó verdaderamente tiempo después, al dimitir Santana el mando supremo de la colonia. En los primeros meses después de consumada la Anexión, aunque ya no era presidente, continuó Santana en el palacio de gobierno, rodeado de sus áulicos, investido con las insignias de capitán general. Sus enemigos siguieron temerosos como antes. Tales cosas contribuyeron a enajenar España voluntades que hábil y oportunamente solicitadas acaso se hubieran agredido a su causa... En lo social fue también grave el conflicto. La masonería y el catolicismo que durante la dominación haitiana y el período republicano había vivido en santa paz sin rozamiento y diferencias, porque en realidad no había motivo para haberlas, encontráronse de improviso, por obra de una torpe intolerancia, frente a frente, y en aquella lucha desigual tuvo la masonería, como era natural, la peor parte. Cerráronse las logias con hondo disgusto de personas de influyente posición social que figuraba en ellas desde hacía largo tiempo. Lo mismo sucedió con los escasos núcleos de protestantes que, en Samaná y Puerto Plata, habían hasta entonces practicado libremente su culto... Propósitos bien intencionados sin duda, pero imprudentes, encaminados a fines de moralidad social y aplicados al pie de la letra, y otros motivos



de diferente género fueron lentamente incubando un general descontento que al fin hizo explosión en una guerra larga y cruenta... Sinaí de nuestra redención política, Capotillo, la montaña sagrada, se destacaba con fulguraciones de incendio en las brumosas lejanías del horizonte ensombrecido. En su cima iluminada resonó la protesta decisiva. Muchos patriotas, prudentes y cautelosos, embozaron un gesto de desconfianza. Aquello parecía, y lo era, una locura. Entre la poderosa monarquía española y nosotros la desproporción era inmensa... El eterno Quijote que llevamos en la sangre, bajaba del monte sacro y apostrofaba al formidable contrario restándole a la lucha sangrienta. Y los que en aquella hora vía angustiada expectación, en grupo tumultuoso y heroico descendían por los flancos de la montaña estremecida eran de los más humildes componentes de la sociedad dominicana, del montón como quien dice, y si al egoísmo de ellos se debe la restauración de la perdida autonomía, justo es confesar también que a su rusticidad, a su ignorancia, puede en mucha parte atribuirse la extraviada orientación que en aquellos días trágicos se dio a la organización jurídica de la vida política del país. Ambas partes rivalizaron en actos de crueldad y de heroísmo, terminando el bienio restaurador con la retirada de las tropas españolas a sus cuarteles de Cuba y Puerto Rico. Y quedamos libres, solos, solos otra vez ante las fuerzas aplastantes de no sé qué adverso destino. De entonces acá han transcurrido cincuenta años. ¡Cincuenta años! Medio siglo como quien no dice nada. Parece que en estos momentos, más que una fiesta resonante, se impone un sereno examen de conciencia, o acto de contrición, de sincero arrepentimiento por nuestros desaciertos, por nuestros desórdenes, por nuestras concupiscencias, por nuestras vitandas las guerras civiles...

En lugar de aminorarse por la mayor difusión de la enseñanza y por cierto indiscutible aumento de la cultura general, el observador sereno tiene que constatar, con hondo desconuelo, que en esas cinco décadas ha habido, particularmente en estos últimos años, una pronunciada exacerbación de



nuestro crónico y fatal personalismo. Y en ese mismo lapso, por circunstancias de política internacional de todos conocidas, nuestra independencia se ha hecho más vacilante y precaria. Vista sin exageraciones, la realidad no puede ser más sombría. Vivimos sin ideales, anarquizados en lo interior y en lo exterior comprometidos peligrosamente por el fatalismo de las cosas... Pero ante lo adverso, ni individuos ni pueblos deben amilanarse. Aún poseemos, aún posee un gran número, un ideal sereno de parte independiente y libre condensada una doctrina de alto y noble nacionalismo que unos cuantos preconizan sin desmayo, y bien podemos, militando bajo su enseña, reaccionar contra muchas deficiencias de nuestro estado social para de esa manera establecer una paz amplia y estable, propicia a todas las iniciativas fecundas, de que salga ataviada de deslumbrantes preseas, robusta y duradera, la República gloriosa del porvenir.





El Santo Cerro (FRAGMENTO)

I

... **H**eme aquí, por fin, libre, sin inquietudes ni temores, en las pintorescas alturas del Santo Cerro. Hasta aquí, felizmente, no llega el brazo de hierro de la torpe imposición bordista. En estos sitios se vive idílicamente, en plena naturaleza, en perpetua contemplación de lo infinito, sin que por ningún lado asome la patibularia silueta de los esbirros de la tiranía... Allá lejos, en la llanura, en la pobre ciudad abandonada por gran número de sus habitantes, impera un régimen de violencia y extorsiones sin precedentes en la historia; mientras acá arriba, en la inclinada cima, aire fresco, saludable, impregnado de las emanaciones del inmenso valle que desde ella se divisa, ambiente favorable para dilatar perpetuamente la imaginación por espacios de serena luminosidad y de atractiva plasticidad artística... ¡Qué paz tan deliciosa! ¡Qué paz tan dulce y serena! Paseo, estudio, observo, escribo... Parece que aquí se está a cien leguas del teatro en que ruge, desoladora y trágica, la guerra civil. Y, sin embargo, a poca distancia, casi al terminar la bajada, al borde de la carretera, divisanse las construidas financieras del campamento revolucionario de la piedra que cubre el camino de Moca impidiendo por ese lado el avance de las fuerzas dictatoriales



acuarteladas en La Vega. No puede ser mayor el contraste entre la agitación, las inquietudes, las incertidumbres, las zozobras, los temores de ayer, y la seguridad individual, la apacible calma, la tranquilidad serena y luminosa de hoy. Experimento la impresión de quien, después de recia lucha, salvado milagrosamente de un naufragio, hace pie firme en el recodo de una playa dorada por el sol, tranquila, en que las olas se aduermen mansamente y en que todo convida a un bienhechor reposo para recobrar las fuerzas agotadas en el titánico empeño de alcanzar las arenas de la costa salvadora...

Extático, en solemne y prolongada contemplación, dejo correr las horas ante el paisaje maravilloso esplendidez, indescriptible, que se abarca desde estas alturas en que la naturaleza y la historia se unen en amoroso abrazo... Más de una vez he visto ya surgir de los lejanos montes, de la línea nítida y precisa del horizonte, el disco encendido del sol, rodela fulgurante, derramando torrentes de luz sobre la campiña inmensa... Y más de una vez también, en el confín lejano, en la agonía del crepúsculo, he contemplado la luna, *hostia inmensa*, ascendiendo, serena y melancólica, sobre un fondo de tenue oscuridad, mientras en la llanura vastísima, ensombrecida por la noche, aquí y allá, aparecían, faros minúsculos, las luces de numerosos bohíos. A veces es imponente el silencio que reina en estas cimas desde donde puede dilatarse la vista en una permanente impresión de grandiosa inmensidad. La sensación que se experimenta es como si se estuviera mirando el mar, un inmenso espacio de aguas de tonos grises, verdosos, de un subido azul oscuro... Mi sitio predilecto, casi todas las tardes, es la calzada de la iglesia que da frente al magnífico panorama. Allí encuentro siempre fresco agradable y sombra bienhechora. Se me figura que, en aquel lugar, vibra y se intensifica más el alma del paisaje. Mi mirada, en inconstante deslumbramiento, abarca allí mayor extensión del valle ubérrimo, fuente principal de la riqueza agrícola y pecuaria de la extensa región cibaeña. A cada paso cruzan por el cielo nubes blancas, de una blancura láctea,



u oscuras, amarillentas, rojizas, de formas caprichosas, marcando a cada paso zonas de sombra como si fueran los contornos de mapas de países y fantásticas regiones. Maizales, cocales, platanales, macizos de tupida verdura, jirones de selva, destácanse tan pronto en una radiante apoteosis lumínica como sumergidos en espacios de sombra en que se esfuman momentáneamente sus más pintorescos detalles. Abajo, por el camino de Moca, por la carretera en construcción bordeada por casitas rústicas de pintoresco aspecto, van y vienen incesantemente gentes, cabalgaduras, todo lo cual, visto desde arriba, produce por su pequeñez la impresión de cosas pertenecientes a imaginarios mundos liliputienses. Contemplado desde este lugar parece el paisaje como un gigantesco abanico polícromo pleno de raros y poliformes dibujos. En sus aparentes extremidades, en sus confines, de izquierda a derecha, más o menos confusamente, alcánzanse a ver los edificios de Moca, el caserío de Salcedo, parte de las casas de San Francisco de Macorís. Al frente, en la línea de montes más o menos siniestros, destacándose, más elevadas, las líneas de la maciza arquitectura del *Cucurucho*. A la derecha, un charco de agua, verdadero ojo líquido que, en ciertas horas, resplandece con tonos metálicos como un fragmento ovalado de plata bruñida, es lo único que puede distinguirse del rumoroso cambio. Hacia la parte oriental la vegetación se extiende plena y simétrica hasta confundirse con el punto que señala el lugar de la gran bahía de Samaná...

La sombra va haciéndose cada vez más densa. La hora convivida a la meditación. Detrás de mí, majestuoso, elegante, se irgue el santuario en que muchedumbres de creyentes acuden con frecuencia a abrevar sustancias de consuelos espirituales. Mi pensamiento, ave tranquila, vuela del paisaje que empieza ya a hundirse en la sombra al templo cristiano en cuya cúpula adornada de vidrios de colores pone el sol expirante vivos y hermosos reflejos. Sin comulgo con la virtualidad de dogmatismos religiosos que han hecho ya su camino, creo sí firmemente en la indestructibilidad del sentimiento religioso.



Existirá mientras haya hombres sobre la tierra. En la evolución más o menos lenta de las cosas, las concepciones dogmáticas, las instituciones eclesíásticas, cuanto en materia de creencias asume aspectos más o menos pronunciados de objetividad, sufre indudablemente modificaciones o transformaciones en lo que toca a sus formas y procedimientos, por más que siempre subsistirá el fondo de idealismo de sugerente alteza moral de que procede y en que se expande de continuo el sentimiento místico. Quizás llegue a no haber religiones positivas, pero habrá siempre emoción mística. Nuestro yo, finito, relativo, buscará perdurablemente, por la impulsión incontrastable de cierto peculiar dinamismo, lo infinito, no absoluto, o por lo menos lo que se nos figura como tal. La ciencia no podrá nunca colmar ciertas misteriosas honduras del alma humana. Detrás del conocimiento adquirido siempre habrá otro por adquirir. El sentimiento religioso, en cuanto su expresión, no podrá jamás condensarse en fórmulas de permanente estabilidad. Yo por la o menos no he encontrado esa estabilidad definitiva en la radical distinción dialéctica de Ritschel, ni en la interpretación de Augusto Sabatier, ni en el concepto sociológico de Durkheim, quien ve principalmente la religión como factor social, como condensación secular del alma colectiva repercutiendo y determinándose en el alma individual. Para William James, el insigne psicólogo norteamericano, la religión es fenómeno personal, de experiencia diaria, que arranca a las misteriosas regiones de nuestro ser subconsciente. Entendida de esa manera, es decir, desde un punto de vista de verificación y de comprobación pragmáticas, la religión es vida interior, diaria, viva, intensa, integral, de resultados generalmente beneficiosos. Sea lo que fuere, el sentimiento religioso, cada vez más espiritualizado, más desprovisto de sentimientos dogmáticos, de transitorios ritualismos, constituye y constituirá siempre fuente de paz, de caridad, de amor y de consuelo para muchas almas estructuradas para sentir hondamente serenos y luminosos misticismos.



II

En el nacionalismo *integral* que propagan ardorosamente en Francia algunos notabilísimos escritores, Mauricio Barres principalmente, defiende este, con calor y elocuencia, desde puntos de vista acertadamente escogidos de tradición, de historia y de arte, la necesidad de conservar con exquisito y diligente cuidado cuantos monumentos o cosas de cierta índole histórica hablan directamente al alma nacional evocando el recuerdo de hechos de trascendente relieve colectivo. Entran, naturalmente, en ese número ciertas iglesias de aldea que, por su antigüedad, su belleza arquitectónica, su vinculación íntima con el proceso histórico de las localidades en que radican, merecen ser clasificadas como verdaderos monumentos nacionales, a fin de hacer posible la reparación de los naturales deterioros que en ellas ha realizado la acción del tiempo e impedir, en muchos casos, el destructor celo anticlerical de municipios sin escrúpulos para derribarlos considerándolos torpemente como seculares vestigios de intolerancia o de fanatismo. Es esa una parcial y estrechísima comprensión de la historia, propia del fanatismo político tan parecido en sus nocivos efectos al fanatismo religioso. El alma de una nación, lo que en realidad la constituye, lo que la integra, lo que, en sí, le imprime estabilidad más o menos definitiva, es el conjunto de cosas y circunstancias de efectiva convergencia que, fusionándose en el correr del tiempo, han determinado una concreción de resaltante objetividad, una síntesis espiritual en que se estereotipa, vivifica y resulta un sentimiento de ideales comunes bien definidos y precisos. Es eminentemente nocivo cuanto se endereza a menoscabar o destruir ese acervo de cosas que tan íntima conexión tiene con el espíritu nacional. En mi nacionalismo, en el que aquí vengo preconizando, sin tener ciertamente el carácter absolutamente integral del que sustenta Mauricio Barres en lo que toca al papel predominante que pretende conservar a cierto dogmatismo religioso, también figuran como principios fundamentales las ideas encaminadas a conservar sin menoscabo ni deterioro



cuanto habla objetivamente a la imaginación de un pueblo, lo que por este o aquel concepto, iglesia, estatua, monumento sepulcral o cuanto se le parezca, evoca con cierta intensidad, por la idea que vincula o por el recuerdo que despierta, un sentimiento patrio más o menos viril y trascendente.

Por eso he visto con pena el triste estado en que se encuentra el Santo Cerro. Negligencia, incuria, abandono, ruinas por todas partes. Hay muchas casas cerradas. En la calle principal de la aldea, cubierta de espeso césped, como si fuera lugar de crianza, pululan a su antojo asnos, cabras, cerdos, gallinas... La vegetación, lujuriosa, arrolladora, penetra por las mismas puertas de las casas. Algunas de estas, destartadas y ruinosas, parece mantenerse en pie por un milagro de equilibrio. Sin detenerse en la calleja, pujante, sin mano bien intencionada que le cerrase el paso, esa misma vegetación cubría ya parte de la misma alta calzada de la iglesia hasta hace tres o cuatro días en que se emprendió una ligera limpieza de ese sitio. Muda, perennemente silenciosa, cerrada siempre, parece la iglesia como un cuerpo en que no se siente ya el ritmo poderoso de la vida. Ni una sola vez he oído resonar armoniosos, como voces solemnes de lo alto, los repiques argentinos de las campanas dilatándose por todos los ámbitos de la campiña inmensa. Ni un solo instante me ha sido dable sentir esa *poesie de cloches* de que habla Chateaubriand... Tal como se ve actualmente, más parece el Santo Cerro lugarejo tosco, refractario por completo a las grandes exaltaciones espirituales, que sitio santificado por la tradición, consagrado por la historia, ungido por el fervor de las numerosas peregrinaciones que han impreso aquí la huella de la devoción sincera y honda. A Monseñor Nouel se le debe, según se me ha informado aquí, la supresión completa de ciertos cobros que aparecían como con visos de un negocio o de una industria impropios por entero del ideal religioso. Si no se pone pronto remedio, en breve no servirá para nada, pues empieza descomponerse por todas partes, el fácil y cómodo camino de subida construido hace pocos años. Nuestras guerras intestinas, crueles y asoladoras, han manchado de sangre también estos



sitios aislados de recogimiento y de oración. El combate cruento ha movido también formidable en estas alturas. Por ahí, al terminar la calleja, cerca de las tres cruces, se desplomó en la muerte, como un paladín de epopeya, aquel Nisio Pichardo, bello como un efebo, figura realmente heroica, en todo el esplendor de su juventud, noble, generoso, humano, especie de Hoche de nuestras guerras civiles. No entro en más detalles; pero hay uno de estos que, por su excepcional importancia, no quiero pasar inadvertido.

No hace mucho tiempo, dos o tres años a lo sumo, constituyose un nuevo cementerio, quedando el otro, el *viejo*, como aquí le llaman, en total abandono sin que hubiese alma viviente que de él se ocupase para mantenerlo en condiciones de necesaria limpieza. El sitio que ocupa es la viva imagen de la más desconsoladora negligencia o descuido. Creciendo a sus anchas, tupida y avasalladora, la vegetación va día por día cubriendo las viejas tumbas, las cruces carcomidas o rotas, todo el perímetro en que durante tantos años sucesivas generaciones encontraron un lugar propicio para el reposo definitivo. En el centro, ningún espacio en torno del cual la maleza se espesa, y hierde de pronto la vista un espectáculo horripilante, intensamente macábrico. En montón, a derecha y a izquierda, irregularmente esparcidos, fémures, tibias, clavículas, calaveras, toda clase de fragmentos de esqueletos, esqueletos enteros o poco menos, surgen ante los ojos asombrados con toda su tétrica y espantable realidad. Por entre los intersticios de los arbustos más altos se filtra el sol, un sol deslumbrante de agosto, pintando muecas por horribles en las descarnadas cuencas de algunas de aquellas calaveras en que vibró la vida y fulguraron anhelos y esperanzas. Nadie se ha cuidado de construir un rosario para recoger piadosamente esos restos de cuerpos en su inmensa mayoría de pobres campesinos que vivieron en comunión perenne con la tierra y que hoy esta, ingrata, parece arrojarlos que su seno fecundo en que todo vive y se transforma. ¡Ah! si pudieran, nuevos Lázaros, al conjuro de no sé qué palabra divina recobrar momentáneamente la vida, ¡cómo se asombrarían de verse así, profanados por miradas compasivas



o burlonas, esparcidos el desorden, huérfanos de todo recuerdo, escarnio de la chiquillería, aquellos que, al expirar, tuvieron la ciega confianza de que descansarían para siempre bajo la tierra consagrada por tantas oraciones y por tantas piadosas romerías! Menos cruel que entre los hombres, la naturaleza, pródiga, exuberante, va poco a poco, con los arbustos que se entrelazan, con su copioso florecimiento de hojas, formando esos restos un sudario de espesa verdura que los libre para siempre de torpes profanaciones...

En conversaciones íntimas con el padre Nouel, cura de almas de La Vega en aquel entonces, o oíe expresar ideas que juzgué oportunas para la mejor y más fructuosa conservación de este histórico santuario. Pensaba que aquí podía establecerse muy bien un gran colegio en que se recibiese sólida enseñanza; y, si mal no recuerdo, me parece también que creía que nada mejor que poner el Santuario a cargo de alguna comunidad religiosa, de los franciscanos por ejemplo, de esos hermanos *menores* que en todas partes han dejado rastros de abnegación y de amor, y que, como su fundador egregio, el santo de Asís, el Cristo de la Edad Media, han puesto siempre por encima de ciertos intereses terrenales, de concupiscencias y de mercantilismos, la fe robusta de sus almas en divinas realidades de bien y de consuelo... Si no me equivoco (no tengo aquí a la mano ningún texto para comprobarlo), en épocas lejanas estuvo servido este santuario por frailes de la merced que lo cuidaron con piadoso y fecundo celo. Ojalá siga pensando lo mismo a ese respecto el acucioso prelado que rige actualmente los destinos espirituales de la grey dominicana



Con Eugenio Deschamps

Frente a mí, en la sala de mi hogar, bajo el fulgor de la lámpara que ilumina de lleno su expresiva fisonomía, nervioso, de alguna nerviosidad excesiva que a cada instante se traduce en gestos que imprimen pronunciado matiz a sus palabras, hablábamos, hablábamos evocando cosas caras para ambos desvanecidas en la niebla de melancólicas lejanías. Al conjuro de su palabra cálida y vibrante desfilan apresuradamente los recuerdos... Más de dos lustros han corrido desde la última vez que estreché su diestra de luchador, que departí largamente con el compañero de afanes y esfuerzos para aclimatar en nuestra infortunada República formas y procedimientos de verdadero mejoramiento político. Ambos hemos envejecido mucho de cuerpo y de alma. Al fijarme en él acuden a mis labios estos versos de Manuel del Palacio:

Nos volvemos a hallar cuando al ocaso
la tarde melancólica declina...

Él, prosador eximio, tribuno de desbordante palabra, casi siempre fuera del país por su actitud de perpetua rebeldía ante personalismos armipotentes; proscrito, errante, sin lugar en que fijar definitivamente su tienda; mientras yo en la soledad de mi retiro, soñando, como él, con cosas bellas y grandes, y



tropezando, también como él, con el invencible muro de la indiferencia o de la sorda hostilidad del medio. Como a los grandes propagadores de altos ideales, la vida se le ha mostrado siempre inclemente. De sus palabras rezuma a veces un acervo desencanto. Su existencia entera consagrada al bien, al amor del terruño, no ha podido cristalizarse en realidades sociales luminosas y trascendentes. Se considera como derrotado. La fe, la fe de su gloriosa juventud, no alcanza ya a modular en su espíritu cánticos de esperanza. Con vivo interés oímos episodios de su vida plena de aventuras, de cierto colorido romántico, novelesca, dramática. Sus tres naufragios principalmente. En la noche sombría, bajo el cielo sin estrellas, el débil bajel navegando sobre un mar alborotado, perdido el rumbo, choca con una roca aislada con una masa abrupta, negra, muy negra, al entrar a la bahía de Samaná. Son veintidós. Cinco se ahogan. El resto se salva milagrosamente. «Tuve un momento en que agonicé», dice con suprema fuerza expresiva al contarnos la terrible escena...

Y en unos instantes de silencio, mientras mi hija Graciela hace brotar del piano un melancólico nocturno de Chopin, evoco los días de mi juventud en que juntos compartíamos premoniciones, anhelos y propósitos. Aureolada por sus altos hechos del bienio restaurador; ennoblecida por la página edificante de la Evolución; viva la memoria de la austeridad republicana del gran Espaillat, destacábase Santiago de los Caballeros, en esa hora interesante de nuestra historia, como el más alto y sólido baluarte de las libertades públicas. Y en esos momentos, por un especial concurso de circunstancias, surgió radiante, pleno de fe y entusiasmo, el grupo juvenil de más noble y perdurable renombre en la vida cultural de la ciudad insigne. Ese grupo juvenil lo poseía todo: inteligencia, cultura, decisión; muchas excelsas virtudes republicanas. Frente a los protervos personalismos enseñoreados continuamente de la dirección de la cosa pública, aquella juventud enhestó briosamente la bandera de un régimen de libertad y de justicia propicio al cumplimiento de todos los deberes



y al ejercicio de todos los derechos. Acaso en su generosa inexperiencia, no tuvo en cuenta deficiencias características de la mentalidad colectiva que había que reformar o destruir previamente. Creyó fácil, en el arrebató de su entusiasmo, operar un cambio que, treinta años después, no da señales de haber comenzado. Voluntades aisladas, dispersas, sin verdaderos puntos de apoyo, serán siempre impotentes para transformar un pueblo. No puede ser tampoco empeño de en un momento.

Es, si bien se mira, obra de romanos; pero no imposible. Para arrancar del fondo de nuestra mentalidad el nocivo sedimento de preocupaciones y convencionalismos que por todos lados irguen su cabeza medusina, requiérese, en primer término, la acción metódica, ininterrumpida, de un proceso educacional de urdimbre científica que abarque todas nuestras anticuadas formas de entender y practicar la vida, y de momento, inmediatamente como quien dice, una capacidad gubernativa, una dirección inteligente y tenaz, de que por desdicha hemos carecido siempre, que pueda ir iniciando ese proceso, preparando hábilmente el terreno para la fructuosa aclimatación de formas de adelanto jurídico peculiares de la civilización contemporánea. Y nada de eso, ¡oh dolor! se vislumbra por ningún confín del ensombrecido horizonte. Por culpa nuestra, exclusivamente nuestra, el extranjero nos ha arrebatado, sigue arrebatándonos jirones de soberanía nacional. Vamos tomando, más o menos lentamente, las formas y contornos de una colonia norteamericana. En el ambiente enrarecido no vibra ya el apóstrofe indignado de las supremas rebeldías. Como el protagonista de la tragedia esquiliana, marchamos resignados, bajo el cielo tempestuoso, sin esbozar un gesto de protesta viril contra los fallos de nuestro adverso destino...

La figura central, descollante, de aquel grupo juvenil, fue Eugenio Deschamps. En él siempre han preponderado las facultades de imaginación, los ímpetus románticos, las incursiones de personal y artístico lirismo. Periodista viril,



íntegro, de pluma capaz de producir determinados efectos, y tribuno elocuentísimo, de frases relampagueante, estructurado para mover a su antojo el alma de la enardecida muchedumbre, ejerció durante un tiempo en muchos círculos de su ciudad natal positiva y bienhechora influencia. Algunos de los del grupo cayeron hace tiempo en la paz infinita de la muerte. Más de una vez mi palabra y mi pluma han esparcido sobre sus tumbas las siemprevivas de un afecto inextinguible... La fracasada revolución de 1886 arrojó a un Eugenio Deschamps al exilio, un exilio doloroso y prolongado. La obra emprendida por aquella ardorosa juventud fue de pasajeros efectos. Era puramente artificial de la cabeza a los pies. El medio, en sus capas sociales más densas, le era en el fondo resueltamente hostil. A sus ideas de libertad jurídica se oponían nuestros seculares conceptos de fuerza y de violencia. De esto hace cosa de treinta años, y con vergüenza debemos confesar que en lo político (y lo que aquí llamamos política lo absorbe todo) en lugar de avanzar hemos retrocedido. Nuestros crónicos personalismos se han exacerbado. En triunfante tropel asaltan las cimas del poder muchos audaces, muchos mediocres, muchos que deberían estar en una cárcel o en un presidio. Nos devora la más torpe anarquía. Parecemos un pueblo en disolución. En torno nuestro resuena el hondo sollozo de la patria herida arteralmente por histriones y por traidores...

El piano ha cesado de vibrar y reanudamos la interrumpida conversación. Deschamps ve las cosas con cierto muy explicable pésimo. Nuestros personalismos políticos se fragmentan, se atomizan cada vez más. Pululan los caudillos. Y semejante disgregación no se presta para lo que él quiere, lo que yo quiero también, la formación de verdaderos partidos de principios. No quiere luchar más. Las gentes vulgares, la inmensa mayoría, piensa que es un fracasado. ¡Un fracasado! ¡Un fracasado porque, seducido por los miríficos resplandores de su ideal, no ha alcanzado a ver, o no ha querido ver el lado práctico de las cosas! ¡Un fracasado, porque, sin manchar su



clámide impoluta de propagador de grandes cosas, ha cruzado, sigue cruzando altivo, refugiado en su ensueño, por en medio de las torpezas, de las impurezas, de los mercantilismos de la vida! Y así, despojado en gran parte de su vieja carga de ilusiones, se va de nuevo al extranjero pensando que su gestión allá fuera, en tierra extraña, puede ser para su país más provechosa que aquí, que en el terruño, siempre intensamente amado, donde en la hora actual solo prosperan ambiciones mezquinas y sórdidos intereses.





El mirador de Próspero

POR JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Desde este observatorio espiritual, la mirada íntima, la mirada de *adentro* del autor insigne autor de *Ariel*, abarca una sucesión cambiante y maravillosa de perspectivas en que la vida, la vida de nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad se dilata con cierta complejidad y cierto sugerente ritmo de expresión que arranca de lo más hondo y perdurable de su ser subconsciente. En Rodó se aduna admirablemente, por obra de cierta insuperable ecuanimidad espiritual, el sentido claro y preciso de ciertas resaltantes realidades exteriores y una visión de alta clarividencia idealista que colorea hermosamente esas realidades sin empequeñecerlas ni exagerarla. En cierto sentido, su yo, su personalidad espiritual, parece como que se conserva inmóvil, sin desgaste, en medio de la corriente vertiginosa de la vida que nos arrastra sin que en la mayoría de los casos nos demos cuenta de ello, y a manera de flor inmarcescible, de sol sin ocaso, guarda como en peregrina redoma su místico y bienhechor perfume y fulgura como lumínico de suaves y perpetuas irradiaciones. Pero conservando siempre, sin apreciable menoscabo, sin aparente disminución, lo que es esencial de su psicología, lo característico de su yo, la proyección más o menos permanente de su inteligencia o de su



emoción, posee en alto grado la envidiable y rara facultad de adaptarse a estados de alma diferentes y complejos, a menudo contrarios a su manera de ver y sentir las cosas que se suceden en procesión interminable, juzgando ideas, opiniones, sentimientos, orientaciones, aspectos más o menos llamativos de la vida, con un criterio de efusiva simpatía, de tolerancia amplísima, de serena ecuanimidad que excluye de su crítica posturas artificiales, gestos académicos, perfiles de afectación o de pedantería, cierta *pose*, y otras cosas más en que incurren muchos con lamentable frecuencia al juzgar las producciones ajenas. En él se advierte constantemente una inteligencia abierta a todos los vientos del espíritu, que con plausibles orientaciones de un eticismo amplio y trascendente observa y asimila cosas y gentes del mundo exterior y las devuelve convertidas en jugo mental capaz de sugerir altos y meritorios empeños de salvadora eficacia social. En su olímpica serenidad de criterio no resuenan jamás el alarido de la pasión ni el cascabeleo de pueriles vanidades o de engreimientos soberbios. Sus ensayos, casi todos los ensayos que contiene este libro bello y edificante, parecen como estatuas de fino mármol pentélico modelado por un cincel ateniense dueño de todos los secretos de la forma primorosa y acabada. Se destacan con precisión, luminosidad, armonía, en un ambiente diáfano, dorados por los resplandores miríficos de magnificencia idealismos en que surge de continuo la vida en sus más hermosas y enaltecedoras manifestaciones. Pero esos ensayos magistrales vinculan más efectiva trascendencia que esas estatuas del mundo clásico, de radiante simbolización, eternamente admirados en su sueño milenario de mármol, de serenidad, de gracia, de armonía perfecta... En las *estatuas*, en las construcciones esculturales de Rodó, admirablemente cinceladas, hay lo que no puede haber en ninguna estatua, el perfume, el color, la música, el movimiento, la vida que corre y se dilata, serena y majestuosa, a modo de anchos ríos de riberas desbordantes de arbustos y de flores.

Casi todos sus ensayos y artículos de ocasión versan sobre asuntos de la vida intelectual hispanoamericana. Raro es el



consagrado a cosas de allende el mar, de la madre España, pongo por caso. «Sin la facultad crítica, ha dicho Oscar Wilde, no puede haber en absoluto creación artística digna de tal nombre». En la obra intelectual de Rodó se dilata siempre ante nuestra vista, desenvolviéndose en perspectivas de fascinante atracción, una concreción mental en que idea y arte, verdad y belleza, se funden serena y armoniosamente. En sus producciones, tanto como artista del estilo, se destaca la austera figura del pensador. Pensador en toda la genuina y prolífica extensión del concepto. Su mirada crítica, perspicaz y segura, no se detiene nunca en las esterilidades de las cosas, en el aspecto material de los hechos, sino que baja hasta el fondo de ellos para desentrañar y aquilatar su más recóndito sentido. La idea solo avasalla y enamora cuando, mediante un proceso de fina dialéctica, la despoja de convencionalismos momentáneos, la desviste, por decirlo así, de ciertos afeites sociales hasta llegar a contemplarla en toda su olímpica desnudez. El mundo intelectual no es para él una mera sucesión de conceptos o de abstracciones mentales. A la lógica conceptual, de evidente, de imprescindible necesidad en muchos casos, une la lógica íntima, personal, inconfundible, la lógica de las realidades sensibles que se suceden indefinidamente en nosotros. De esa manera, uniendo ambos extremos, sin esfuerzos, casi intuitivamente, llega o hace empeños por llegar al fondo mismo de la vida. Por condiciones de estructura íntima su visión es de continuo optimista. De ahí su alto valor educativo, constructivo. El pesimismo, siempre negativo, socava, disuelve, destruye. No puede edificarse nada estable en la vida social sin un sentido más o menos afirmativo de ciertas cosas espirituales. Él sabe perfectamente la inutilidad de cuanto intentemos hacer en la vía de suprimir aspectos muy resaltantes del sufrimiento humano radicados en lo más íntimo del ser individual. Pero podemos aliviar y ennoblecer esos dolores. El hombre no es, como afirma jóvenes, malo *ad nativitate*. Salvo determinados casos, es susceptible de modificaciones y de mejoramientos. La tarea de llevar esa obra de saneamiento espiritual, de vigorización mental, de orientaciones salvadoras, ha tenido y tienen América



su más excelsa y simpática representación en el ilustre escritor uruguayo. En toda la inmensa extensión de estos países de habla española, la figura de Rodó se yergue como en un permanente gesto de serena y prolífica *cura de almas*. En *Ariel* espande como una elocuente exaltación a la fe, al amor y a la esperanza. En *Motivos de Proteo* señala provechosas direcciones espirituales, adoctrina, enseña, convierte. Programa y exhorta ideales sanos, vigorosos, fuertes, tales como a grito herido lo piden en la tormentosa hora presente muchas de estas incoherentes y extraviadas sociedades hispanoamericanas.

Y hace toda esa obra de evangelización, cumple este apostolado, sin caer en extremos necesariamente viciosos, sencilla y expresivamente, en visión serena y permanente de verdad y de belleza, desligado por completo de intereses mezquinos, de banderías efímeras de sectas o de escuelas, puesta la mirada de su espíritu de rara selección en cosas de alto relieve intelectual o de permanente valor humano. Por su mismo devenir constante, por su característica manera de contemplar la vida como sucesión de estados de alma, de formas cambiantes del desenvolvimiento psíquico, no ha podido encerrar su pensamiento discursivo en el cuadro más o menos restringido de una rígida sistematización filosófica. Su modo de ver el problema de la vida en su realidad intrínseca y extrínseca parte de continuo de puntos de vista magistralmente escogidos de un eticismo muy amable y muy humano. Sobre estas sociedades incipientes, en proceso de formación, en que cierto impresionismo muy propio de la edad juvenil tiende a desdeñar el examen crítico de fundamentales valores humanos, desciende, sereno y luminoso, su verbo de apóstol construyendo las almas a conocerse integralmente, a escudriñarse a sí propias, ya que desde cualquier punto que se considere el problema del conocimiento, es obvio afirmar que la única realidad posible es la que pensamos y sentimos en nosotros, la que podemos aprehender con los medios y recursos de nuestro mundo interior. Toda realidad extrínseca se deforma precisamente al traducirse nosotros en formas intelectuales o sensibles. La intuición *pura*



del bergsonismo se me figura inasequible. Conozcámonos íntimamente, y así, conociéndonos mejor, orientemos nuestra existencia individual por los rumbos luminosos a que la experiencia humana, el pensamiento razonado, la irradiación integral de la sensibilidad, han concedido un valor de perenne y prolífica trascendencia. Tal es en sí, en su proceso de evolución íntima, el idealismo ético del autor de *Motivos de Proteo*. La vida no es tan mala como se dice. Lo esencial es verla tal como ella es, libre de las deformaciones de injustificables convencionalismos y de seculares preocupaciones. Siguiendo un proceso de conocimiento íntimo, ahondemos, ahondemos cada vez más en nuestro yo consciente, en las profundidades abismales de nuestro ser subconsciente. No es obra de pensador, de vidente, considerar la vida en un sentido puramente hedonista, en formas pronunciadas de refinada voluptuosidad epicúrea. «Divertíos mientras os quede deseo, ya que la vida es corta», exclama uno de los personajes dirigiéndose al anciano Nicóbulus en una comedia de Plauto. No en vanos y pasajeros placeres de urdimbre psíquica debemos disipar nuestra existencia individual siempre capaz de más nobles y viriles empeños. Tendamos un velo de compasivo desdén sobre las pequeñeces, los mercantilismos, los intereses sórdidos, sobre cuanto disminuye nuestra virtualidad, para, por obra de nosotros mismos, ascender por una escala de sucesivos perfeccionamientos. Refugiados en nuestra ciudadela interior evitemos hasta donde nos sea posible el contacto de nauseabundas realidades. Pero desde las alturas de esa misma ciudadela, como desde una cátedra de luz, desgranemos nuestro pensamiento en palabras de amor, de consuelo, de fe, de afirmación en la virtualidad de nuestra potencia intelectual y afectiva para operar oportunos innecesarios mejoramientos...

En casi todo este libro predomina un sentido de consciente hispanoamericanismo, amplio, luminoso, en que intereses puramente nacionales se eslabonan subordinándose a intereses más altos, de modo que las líneas fronterizas que señalan las demarcaciones de cada una de estas repúblicas no sean en el fondo, en ningún caso, sino meros signos de deslindes



políticos que nada menoscaban o lesionan el ideal de unión estrecha, de confraternidad, de acercamiento, de todo lo que nos aproxima, raza, idioma, costumbres, historia, cosas todas de positivo y poderoso anudamiento y que tienden espiritualmente a suprimir o a borrar esas mismas líneas fronterizas. Bien se patentiza esta creencia, que es la de todos los grandes escritores de Hispanoamérica, en el magistral estudio en que exhibe con penetrante análisis, aquilatada fuerza de erudición e insuperable vigor de colorido, la gran figura del más conspicuo representante de la epopeya de la independencia de América. La palabra, órgano maravilloso del pensamiento, aventaja indudablemente en fuerza de expresión, en color, en vibración, en plasticidad misma, a todas las formas y procedimientos en que se troquelan bellamente las creaciones artísticas. No hay simbolización broncea o mármorea, figuración pictórica, que pueda presentar nada que supere su intensidad de expresión, en escultural relieve, al Bolívar magnífico esculpido por Rodó en estas páginas de permanente vibración con el cincel creador de su alto y profundo pensamiento. El héroe está ahí, redivivo, mezcla portentosa de idealismos, de ensueños fulgurantes y de resonantes y épicas actuaciones. Este héroe sí es un verdadero profesor de energía vivificada por un ideal insuperable, de energía preñada de grandes cosas, de energía plastificada en el bronce inmortal de cinco repúblicas, de energía que la posteridad aclama y bendice, de energía que no guarda relación ni punto de contacto con la de un Roosevelt, pongo por caso, especie de rudo y agresivo representante de un imperialismo grosero enteramente desligado de las austeras enseñanzas de los puritanos de la Flor de Mayo y solo encaminada a satisfacer las torpes ambiciones de una plutocracia ensoberbecida. Rodó ve, siente comprende, lo que hay en Bolívar de peculiarísimo, de original, que, comparado con grandes figuras de la historia, lo hace resaltar inconfundible. «Lo es, dice, por el enérgico sello personal del propio héroe y lo es también por la vinculación estrecha e indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. La



figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuado trunca. Bolívar, el *montonero*, en general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreducible, que supera e incluye la de la tierra de que se nutrió los medios de que dispuso»...

Para mí, sirviéndome de la frase de Emerson, es el *representative man* de la independencia de América. Más alto que Washington en cuanto a facultades intrínsecas y empeños que realizar, mucho más alto que San Martín por diversos aspectos. «Será siempre, dice Rodó, el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispanoamericana». En su genial iniciativa del Congreso de Panamá traza la huella permanente de un ideal de vitalidad inextinguible, especie de deslumbrante arco iris espiritual que va desde el Río Grande hasta las rocas de la costa patagónica. En mi derredor oigo una voz que murmura: sueños, visiones... Para la hora en que empieza a incubarse la gestación, para los *prácticos* de ese momento, siempre las grandes cosas del adelanto humano fueron iniciaciones de soñadores y visionarios. Muchos espíritus, aun de gente reputada y culta, no se detienen nunca a pensar en lo que puede haber detrás de la superficie de las cosas. Su mirada resbala siempre sobre las rugosidades de la corteza de hechos que suponen definitivos... ¡Definitivos! Esa palabra solo cuadra en el marco de una observación incompleta de las cosas. En su más profundo concepto no hay nada definitivo. Un ritmo de creación incesante y fecunda se dilata bajo apariencias más o menos estables. La relativa permanencia de determinadas exterioridades sujetas como todas las cosas de la vida a modificaciones en veces rápidas y en ocasiones de suma lentitud y por consiguiente poco visibles, contribuye a la formación de un criterio de estabilidad, de cierta estética, que supone equivocadamente en los hechos una invariabilidad que están muy lejos de poseer. Corriente impetuosa y de cambiantes aspectos, la vida corre, corre incesantemente en el tiempo insondable y eterno y nosotros con ella. Nada permanece



estable. La fugitiva hora presente ya es diferente a la que acaba de hundirse en los abismos del tiempo. Nada impide, pues, que el ensueño aparentemente inasequible de hoy sea la realidad iluminada del mañana. Factores que no vemos en el minuto presente pueden presentarse en el momento oportuno para determinar el hecho anhelado. Para muchos prácticos de la pasada centuria la unidad germánica y la unidad italiana eran cosas irrealizables. Y hoy las vemos cumplidas irguiéndose con la solemne majestad de las cosas relativamente perdurables. ¿Quién quita que así no acaezca con la ansiada y necesaria unidad hispanoamericana... A mi lado, la misma voz escéptica sigue diciendo: sueños, visiones?... ¿Y bien? ¿Y qué? ¿Acaso la vida no es otra cosa sino un sueño febril, un sueño alegre o triste, atormentado o sereno, que transcurre rápido bajo la caricia del sol y la pálida luz de las estrellas en un ambiente perpetuo e insondable de misterio?... La verdad, la belleza, ¿no son también ilusiones fugitivas creadas para hacer más atractivo e interesante este mundo de apariencias hasta que venga la muerte, pálida diosa, a depositar en nuestra frente el beso helado de liberación suprema?... «Hechos estamos, dice Próspero en el drama shakesperiano, de la sustancia misma de nuestros sueños y un sueño encierra nuestra corta vida...»

El ensayo acerca de Montalvo tiene magníficas pinceladas, principiando por la descripción de Ambato, la ciudad natal del gran escritor, y por el fiel relato de las peculiaridades físicas y sociológicas del ambiente de la urbe en que se desenvuelve su existencia. De Quito lo mismo. Lo característico y pintoresco de la sociedad quiteño en el primer tercio de la pasada centuria, aparece ante nuestros ojos absortos con todo su propio y vivo colorido. Sobre todo, ¡qué bien observada la psicología individual y colectiva del indio!... «Es triste esa vasta plebe cobriza, dice, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y, aún más que triste, sumisa y abatida. El implacable dolor, el opróbio secular le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo». En no recuerdo que pasaje de uno



de esos libros dice Juan Montalvo: «Si se escribiera la historia del indio en el Ecuador haría llorar al mundo»... Hablando del indio en el Perú dice la distinguida escritora Mercedes Cabello de Carbonera: «Tristes y silenciosos han adoptado el color negro para sus vestidos, hechos de burda tela que ellos mismos fabrican, y este luto dizque lo llevan por la muerte del Inca... » Si en México una parte de la raza india moldeada y educada por una civilización superior ha demostrado una alta potencia de asimilación, como lo demuestran entre otras figuras del notable relieve la excelsa de Benito Juárez, bien puede afirmarse que en algunas regiones de Sudamérica sigue formando rancho aparte, aislada, sin apreciable contacto con el adelanto social, especie de paria, de casta despreciable, incapaz de mejoramiento. Triste destino el de los dueños primitivos de este continente. ¡Exterminados en las Antillas; acosados como bestias feroces en las regiones septentrionales, y vegetando en casi todo el resto del continente en la somnolencia de un embrutecimiento secular que no deja concebir la más leve esperanza de un desenvolvimiento intelectual y moral capaz de alzar esa raza degenerada a más nobles y racionales destinos! ¡Ah! ¡Más valiera que durmieran como los pobres indios antillanos, en el mar sin orillas de la muerte, bajo una espesa capa de olvido, que no vivir así, si eso es vida, miseria fisiológica que en algunas partes va paulatinamente extinguiéndose, algo que pudo ser pujante factor social y que solo es montón humano que los descendientes de los conquistadores ven con reprochable menosprecio o pisotean con crueldad inaudita!

En tres aspectos puede condensarse la síntesis de la personalidad espiritual del insigne Montalvo: como pensador, como estilista, como paladín irreducible de las libertades públicas. En la profundidad del concepto –Rodó lo hace entrever entre líneas–no puede considerársele como un verdadero pensador. En la totalidad de su obra, aquí y allá, saltan, deslumbrando, como chispazos de adivinaciones geniales; pero a menudo por exigencias de método, o mejor dicho, por ausencia de método, las ideas, en su proceso dialéctico, aparecen como vagamente



contorneadas, sin esos lineamientos precisos que contribuyen a fijar su representación mental susceptible siempre de ensancharse en determinadas proporciones. Su parentesco con Montaigne estriba en accidentes poco pronunciados si bien se mira. El pensamiento *en sí*, la idea general enlazándose con otras similares, a la manera de Taine, para realizar una construcción mental más o menos estable, es cosa que casi nunca se advierte en Montalvo. El hilo que enlaza unas ideas con otras se rompe casi siempre en sus manos. De ahí la característica falta de unidad en muchos de sus ensayos. De ahí la ausencia de una visión de serenidad ecuánime, de virtualidad platónica, que es como formas de delectación morosa de almas selectas estructuradas para el culto puro y sereno de las ideas. El estadista y el paladín de la libertad absorben en él al pensador. La artificialidad deslumbrante de su estilo no impide casi nunca cierto derroche de espontaneidad individual de personalísimo relieve. No tiene rival en América en cuanto toca al conocimiento adquirido en las mejores fuentes de los primores y excelencias del habla castellana. En el pleno siglo XIX escribe como el mejor hablante de los buenos tiempos de la literatura española. Quiere o parece querer una especie de restauración de valores idiomáticos. A distancia de siglos tales cosas caen siempre en frío. Aún admirando el trabajo que semejante empeño aquilata, confieso que son de mi gusto tales resurrecciones arcaicas. Si, como dijo una célebre escritora, hay que enjuagarse de cuando en vez la boca con el vino de los clásicos, esto, en lo que se refiere a cosas de la lengua, debe siempre entenderse de limitada manera. No pueden vivir los idiomas como encerrados en ánforas de corte clásico, sino en pleno sol modificándose conforme a ciertas variaciones de temperatura moral, a formas y maneras sucesivas del desarrollo social. Nunca serán populares las obras de Montalvo. Serán siempre solaz y deleite de una élite de refinados y de sibaritas, únicos capaces de gustar la portentosa riqueza de su obra en lo que atañe a matices y filigranas idiomáticas... Pero queda en pie, erecta, con gesto de desafío, su figura arrogante de luchador, de forjador de rayos destinados a pulverizar engreídas tiranías y muchedumbres prosternadas ante ídolos de barro. «Cuando en un cercano



porvenir, dice Rodó al concluir su magistral estudio, los pueblos hispanoamericanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos arraigándolas en la conciencia de las otros, la imagen de Montalvo tendrá bustos y cuadros que la multipliquen en las bibliotecas y universidades de América». Alguna elevada ladera del Chimborazo, a mi juicio, sería el mejor sitio para el pedestal en que se elevase, hecha de bronce o de mármol, la estatua del luchador egregio que supo condensar de insuperable manera la noble indignación de su alma en las páginas fulgurantes de su *Mercurial eclesiástica* y en el rojo encendido de sus tremendas *Catilinarias*...

El más extenso estudio de este libro se intitula «Juan María Gutiérrez y su época». Alrededor de esta curiosa e interesante figura exhibe otras de igual o parecido relieve de manera que este ensayo resulta como un capítulo bien documentado de la historia del desenvolvimiento intelectual en la América Latina. Siempre he pensado que nadie mejor que Rodó para escribir esta historia con su sereno espíritu analítico exento por entero de dogmatismos e intolerancias. Esa historia, en el momento actual, no podría ser en realidad, sino un agrupamiento metódico de datos bien seleccionados y de juicios bien aquilatados dentro de un criterio de amplio conocimiento de los factores que han presidido y aun en parte presiden ese desenvolvimiento intelectual, ya que aún no ha sonado la hora de que el desenvolvimiento de referencia, por su carácter fragmentario, de cierta incoherencia, pueda aspirar a una integral unidad, a una visión amplia y segura de conjunto, a lo que debe tender toda crítica como finalidad necesaria: al establecimiento de una síntesis total más o menos satisfactoria y definitiva. En el americanismo literario, en el completo sentimiento de su naturaleza y de su historia, ve con gran acierto Rodó las fuentes principales de una renovación intelectual, en que, aún predominante en ciertos momentos, respectivamente, formas clásicas o románticas, se evidencia la marcha ascendente a la adquisición de una personalidad literaria autónoma. Aún pasado ya, en gran parte, el necesario período de imitación y de tanteos y aún moviéndose ya la actividad literaria en fase



de creaciones de cierta innegable originalidad, todavía la joven literatura de Hispanoamérica no ha alcanzado ni con mucho, el grado de madurez necesario para que resplandezca como acervo intelectual en que un característico ideal de americanismo predomine con señorial autonomía. «Juan María Gutiérrez, dice, se consagró a reivindicar para la América de su tiempo, en la obra de las generaciones que precedieron a la suya, los títulos de un abolengo intelectual desconocido o desdeñado. La afirmación de la existencia y del relativo valor de ese abolengo fue inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor». En su *nacionalismo* amplio, sugerente, impregnado de resaltantes realidades sociales, sin exclusivismos regionales o de campanario, compenetrado de las ideas de renovación que mueven al mundo, vario y expansivo en sus aspectos de creación aunque conservando lo más intacto posible su peculiarísimo sentimiento generatriz, se encuentra para mí lo único que puede dar caracteres de originalidad a una literatura fundamentalmente hispanoamericana...

En ese nacionalismo se engloban todas las peculiaridades étnicas y sociales que determinan el fondo espiritual en que, salvo accidentes locales, se abreva el alma de la América Latina. Esa metódica tendencia al cultivo de temas de sustancia nacional no te tira a enclaustrar nuestra actividad literaria en un marco de estrecha y fatigosa monotonía. Dentro de sus líneas determinantes posee facultades positivas de adaptación a aspectos y realidades de la hora presente. Estable en lo esencial, atesora fuerza evolutiva. Es de valor dinámico. Abarca el período tres veces secular en que florecen las instituciones coloniales con todo su suntuoso cortejo de tradiciones, leyendas, formas y medios de vida social; lo resaltante y típico de ciertos localismos de pintoresca urdimbre; el vivo sentimiento de nuestra naturaleza portentosa; la epopeya de sacrificios y negaciones que representan nuestras guerras emancipadoras, y aún lo que hay de cierta grandeza estética en muchos hechos de nuestras misma pavorosas contiendas civiles... Pensar constituir una literatura solamente con refinamientos de estilo, alimentada con los manjares poco suculentos de escuelas y



cenáculos de allende el mar en que, plantas de artificio, florecen cosas y asuntos de civilizaciones exóticas que no tienen repercusión en nuestras almas, es derrochar vanamente un tiempo que debería emplearse en empeños de más sustancia y envidia. Los escritores de América debemos tender a un acercamiento intelectual cada vez más íntimo y fructuoso. Salvo resaltantes excepciones, nos conocemos muy superficialmente. Nuestras relaciones son escasas e incompletas. Refiriéndome al movimiento intelectual rioplatense, si aquí conocemos con relativa exactitud, por ejemplo, la labor mental de Ingenieros, Bunge, Carlos Reyles, Ricardo Rojas, Lugones, Mas y Pí, Aymerich, Giusti, Melián Lafinur, Manuel Gálvez, bien puede afirmarse que nos es enteramente desconocido o poco menos la porción de ese movimiento a que se contrae el jugoso estudio de Rodó, pues de sus figuras representativas solo conocemos, a lo que recuerdo ahora, las estrofas centelleantes de Mármol, su *Amalia*, el *Facundo* de Sarmiento, algo de Alberdi, nada del Echeverría que con tan particular relieve se destaca en las instructivas páginas de este interesantísimo estudio. Lo que sí es popularísimo en estas latitudes –aunque ya de publicación posterior a la obra de los escritores mencionado– es *Tabaré*, el magnífico poema en que Zorrilla de San Martín condensó con doliente y duradero ritmo las acerbas nostalgias y los torturantes dolores de una raza moribunda.

En esta colección de brillantes ensayos y bellos e interesantes artículos no falta quien haya pensado que disuena, que se sale del marco, el consagrado a la crítica amplia y concienzuda de una ley propuesta por el gobierno uruguayo acerca del trabajo obrero en aquel país. No veo en ello motivo que justifique una censura. Muy al contrario. El concurso de nuestras actividades intelectuales debe ponerse en toda su integridad al servicio de cuanto amerite un propósito de gradual y positivo mejoramiento. Aunque el socialismo uruguayo no haya llegado, ni con mucho, a la fase aguda, al estado de exacerbación que ofrece a menudo en los grandes centros sociales de Europa, no puede escaparse a ningún espíritu de amplia cultura, a ningún estadista previsor, la conveniencia de ir avizorando con tiempo las medidas legislativas



que, en lo posible, regularicen y determinen, por su virtualidad legal, el funcionamiento ordenado y científico del conjunto de relaciones de orden económico en que se asienta toda forma de organización jurídica que tienda a eliminar conflictos armonizando las tendencias absorbentes del capital con las justas reivindicaciones de la clase obrera. En este trabajo demuestra Rodó concienzudo estudio de la evolución social en sus aspectos más culminantes y complejos y aporta ideas cuya aplicación práctica podría en gran parte dulcificar, atenuar, modificar acaso radicalmente la crudeza de leyes injustas todavía vigentes... Ha hecho bien Rodó en dedicar, siquiera momentáneamente, su clara inteligencia al examen de estos difíciles y palpitantes problemas. «Arte y utilidad, dice el mismo al terminar ese bienintencionado trabajo, puede ir bien de compañeros entre nosotros por cuanto tienen intereses convergentes y comunes enemigos. Una actividad gloriosa los identifica dentro de una capacidad única: el Trabajo, o llamándolo con nombre más grande aún y más sagrado: la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte»... Yo sé que se quisiera ver siempre a Rodó como sacerdote apolíneo, recluido en templo marmóreo, en gesto de perpetua devoción o serenos y hermosos y realismos. Se le quisiera ver pontificando únicamente el nombre de la Verdad y la Belleza, diosas permanentes de su espíritu, vuelto de espaldas a las realidades de la vida, con los ojos cerrados a la tormentosa realidad exterior, a las voces clamorosas de las muchedumbres hambrientas. Pero él no es solo forjador de ideas de prolífica trascendencia, no es un solo artista embriagado en una perpetua visión de belleza, es humano, es hombre en la más noble integridad del concepto, y nada de lo que al hombre toque puede serle indiferente como reza el verso de Terencio, y por eso nada más edificante, nada más bello que verle descender, paladín gallardo de nobles reivindicaciones, a la candente arena en que se debaten ruidosamente los más altos y pavorosos problemas de la civilización contemporánea.



Simón Bolívar

POR LOS MÁS GRANDES ESCRITORES AMERICANOS

Desde Madrid, donde ahora tiene su residencia, me remite este interesante y sustancioso libro mi amigo el ilustre escritor Rufino Blanco Fombona. Lo he leído de un tirón, como quien dice; por más que varios de los trabajos que contiene me eran muy conocidos desde hace años. Pero para mí resulta siempre de palpitante novedad, de primaveral frescura, cuanto se endereza a exultar serena y bellamente la existencia tempestuosa del caraqueño insigne.

Comparto integralmente, en todos sus aspectos, la apasionada admiración, casi podría decirse el culto, que inspira a Blanco Fombona la figura prodigiosa de Bolívar. Esa justificada admiración del celebrado escritor venezolano se ha convertido en él en una especie de ferviente apostolado en que culmina el propósito eminentemente plausible y bien intencionado de depurar con perfecto conocimiento de causa, con rica erudición exenta de pedantería, cuanto en la vida del Libertador ha sido objeto frecuente de más o menos atrabiliarias e inconsistentes censuras y aun de aviesas y violentas acusaciones.

Bolívar, naturalmente, no fue ni podía ser impecable. La arcilla humana, en su característica fragilidad, no permite tales extremos de perfección. Pero moldeada por algo muy íntimo,



de raíz subconsciente, alcanza a veces, en algunos hombres de superior estructura anímica, no obstante la multiplicidad de factores que integran y cohesionan su vida, a esplendor como un todo armonioso que no permite ver, sino en muy culminantes situaciones, las disparidades y resquebraaduras de su deslumbrante superficie.

Vario, complejo, desconcertante muchas veces, propenso a producir una falsa orientación de juicio por apariencias más o menos importantes y estables de su peculiar psicología, Bolívar, bien estudiado, resulta una personalidad de muy poderosa fuerza sintética. Su genial mentalidad, amplia y asimiladora, le permite extraer de la realidad exterior cosas diversas y aun de pronunciado antagonismo, que, por labor de misteriosa alquimia íntima, funde, armoniza y exhibe en sucesivas y resaltantes formas de actividad personal. Su unidad intrínseca exterioriza multitud de brillantes facetas.

No han faltado quienes, tomando algunos de esos aspectos por el todo, hayan pretendido elevarse a una síntesis de su personalidad soberanamente compleja. Aspiración inútil. Por vía tan estrecha y fragmentaria solo puede llegarse a conclusiones erróneas. De ahí muchas apreciaciones evidentemente injustas. Cualquier espíritu zahorí puede descubrir la unidad personal detrás de lo vario y multiforme; pero difícilmente podrá encerrar esa unidad en una síntesis de carácter definitivo y satisfactorio por completo. En todo hombre, en cualquier hombre, existe siempre algo irreductible a un proceso de comprensión lógica, algo incoercible que permanece positivamente inexplicable. Y si esto acaece tratándose de hombres que no exceden del nivel común, ¿qué será refiriéndose a un hombre de las pronunciadas singularidades anímicas de Bolívar? ¿El genio es, según el concepto lombrosino, concreción epileptiforme, forma de degradación, de imperfección, o viene a ser, por lo contrario, como la suma de facultades de intensa vitalidad, casi hiperestésica, que eslabonándose estrechamente en las profundidades abismales de un organismo, dan de sí, en determinados momentos, cosas de singular alteza espiritual que no puede producir la inmensa



mayoría de los mortales? ¿Por qué indescifrables combinaciones de átomos, por qué inextricable tejido de células, por qué evoluciones fuera del alcance de nuestros sentidos, alcanza la vida a determinar la complejidad armoniosa constitutiva de la personalidad de un Miguel Ángel, de un Leonardo de Vinci, de un Newton, de un Napoleón, de un Bolívar? Al Libertador hay que juzgarlo integralmente, en toda su portentosa riqueza de facultades, en toda su vasta complejidad psíquica; y aun así, aun pudiendo formular semejante juicio, es seguro que siempre quedarán fuera de él residuos personales de más o menos relativa importancia. Un hombre verdaderamente representativo, como Bolívar, se presenta siempre en posturas sucesivas fácilmente aprovechables para aquilatar fragmentariamente su ingente proyección anímica, pero nunca o casi nunca en su ser integral, en lo que forma y moldea su unidad, en la totalidad deslumbrante de su yo...

Con el sugestivo epígrafe *Don Quijote Bolívar*, encabeza Miguel de Unamuno el prólogo que pone a este voluminoso libro. Si el *quijotismo*, en su raíz más fuerte y profunda, puede darse y se da en todas las latitudes y cabe en el molde étnico de todas las razas, bien puede afirmarse que su verdadera casa solariega está en el glorioso suelo hispánico, en el suelo de nuestros mayores, erecta y firme todavía, por más que el tiempo haya resquebrajado sus viejas y ennegrecidas paredes anunciando un próximo e inevitable derrumbamiento. Esa modalidad espiritual, noble y curiosa, trasplantada a América en sazón oportuna, llameó intensamente en el alma de Bolívar presta de continuo a la realización de empeños que desde ciertos puntos de vista de una especie de lógica experimental, de urdimbre práctica se presentaban como de todo en todo inasequibles. Sus magníficos propósitos, bien conocidos el medio y las circunstancias, parecían tan descabellados como los que perseguía el inmortal manchego a golpes de su enmohecida lanza de caballero andante. No era obra fácilmente realizable, ni con mucho, deshacer los entuertos de trescientos años de infecundo coloniaje. La Aldonza Lorenzo de sus sueños semejava más lejana y más



difícil de asir que la Dulcinea del paladín cervantesco... No, no parecía cosa de gente en su sano juicio la empresa de redimir agrupaciones sociales bien halladas con su existencia uniforme y vegetativa. En su gran mayoría y durante largo tiempo, esas muchedumbres amamantadas en un tradicionalismo secular fueron resueltamente hostiles a la causa emancipadora. Si alguna palabra resume la personalidad de Bolívar es esta: *creador*.

En el cuadro cambiante y dramático de la historia no se ha dado caudillo, reformador, director de hombres que, más o menos visible, no haya tenido a su alrededor, cerca de sí, a su alcance, los materiales apropiados para levantar con relativa solidez, sobre el suelo estremecido, el magno edificio de su tenazmente acariciado empeño. En su permanente ensueño febril, frente a pavorosas realidades circunstantes, avizorando el horizonte encapotado y sombrío, Bolívar solo columbraba medios pronunciadamente refractarios a su empresa de liberación, ninguna cantera adecuada para extraer el granito que indispensablemente necesitaba para su obra ciclópea. Poco antes de Carabobo, según datos fehacientes, casi la mitad del ejército realista estaba compuesto de criollos. ¡Y había pasado ya más de una década de sangrienta y asoladora campaña! Calcúlese, pues, lo que sería al principio, cuando la idea de independencia solo germinaba en algunos cerebros. Si alguna vez el vocablo *improvisación* puede emplearse con propiedad al referirse a esta clase de portentosas empresas, es contemplando serenamente lo realizado por Bolívar. Lo improvisó todo, así como suena. A su conjuro, bajo la varita mágica de su voluntad prodigiosa, en aquel medio estéril, somnolente en la mansa quietud de tres centurias de vida monótonamente restrictiva, surgieron los ejércitos. Lo que fue al principio montonera nómada, muchedumbre allegadiza sin freno ni disciplina, convirtióse a la postre en ejército capaz de habérselas con el mejor organizado, y de realizar, como lo hizo, las empresas de más ingente resonancia épica.

Nunca se han variado de manera tan cabal y definitiva las condiciones de vida política de pueblos de mentalidad embrionaria y sin aspiraciones ni anhelos de mejoramiento colectivo. Es



el paso más atrevido que se haya dado de la sombra a la luz. Ese tránsito radical del despotismo a la libertad, supone en quien lo lleva a cabo, como Bolívar, con éxito de tanta refulgencia, condiciones de superioridad espiritual indiscutibles y excepcionales. Quizás el Libertador, moderno Don Quijote, siempre desalado detrás de la Dulcinea de su ideal magnífico, erró en más de una ocasión al tomar cristalizaciones intelectuales de su mundo interior siempre en proceso de ebullición por cosas en aquellos momentos de imposible cumplimiento en la esfera de los hechos. La realidad, tal como en ciertos instantes se nos ofrece, no permite, enclaustrada en determinadas condiciones de ambiente y de hora, ningún desbordamiento fuera de sus linderos temporalmente infranqueables. La limitación es su característica principal. Si de momento se producen formas que aparecen como desmintiendo la existencia de tales fronteras, los hechos se encargan dolorosamente de enseñarnos que se ha fabricado sobre arena frágil y movediza... Así el grandioso ideal del Congreso de Panamá; así el proyecto de una Confederación de pueblos latinoamericanos que, cien años más tarde, continúa apareciendo como más distante e inasequible; así esa misma gran Colombia, concreción magnífica, de existencia deslumbrante y efímera, desbaratada impiamente, casi al morir su creador, por obra menguada de caudillos regionales de ambición vitanda y desmesurada...

Todos los trabajos que contiene este volumen merecen leerse detenida y reflexivamente. Es, quizás, el libro que da una idea más amplia y completa de la personalidad de Bolívar, pues permite, hasta cierto punto, apreciarlo y juzgarlo en sus más salientes aspectos. El diamante de su vida esplende en estas páginas con el ineclipsable brillo de sus múltiples irradiaciones. Lo vario y complejo que en él se advierte no desvirtúa en nada lo que hay de permanente e irreductible en su yo. El sello de su personalidad inconfundible se destaca con intensa luminosidad, siempre, a toda hora, aun en medio de las más insignificantes circunstancias. Vencedor o derrotado, fugitivo, errante por selvas inextricables, acibarada el alma por



las zozobras de dolorosos exilios, refugiado en la ciudadela del propósito que absorbe y condensa sus energías, no hay goce, desencanto, consideración humana de ningún género, que lo aparte jamás del ideal que nimba su figura y determina el ritmo permanente de su existencia de inquietudes, peligros y luchas incesantes. Solo así, por el enmarañado sendero de una consagración perpetua a un empeño inmutable, por una vía en que son más los sufrimientos acerbos que las satisfacciones completas, es que se alcanza la cúspide iluminada del triunfo resonante... Las páginas de este libro en que el gran Montalvo ha puesto las fulguraciones de su esclarecida inteligencia y de su inimitable estilo, acaso el más expresivamente castizo de que puede ufanarse la América Latina; los capítulos en que el egregio José Enrique Rodó, el más significado de los actuales escritores hispanoamericanos, han hecho circular de manera inimitable la savia de su sereno y profundo pensamiento, y los sobrios, claros y precisos conceptos de F. García Calderón, son, puede decirse, de valor definitivo o poco menos en lo que toca a ciertos aspectos de la historia del creador inmortal de cinco repúblicas. En este volumen, como en un cuadro luminoso, aparece de cuerpo entero, casi en su cabal integridad, su figura heroica y de fascinación perdurable. Es difícil, punto menos que imposible, decir acerca de ella nada más expresivo y que tanto se aproxime a una síntesis integral absolutamente satisfactoria. De Bolívar se ha escrito y se seguirá escribiendo mucho. Y no porque no se hayan dilucidado ya a la luz de una crítica sagaz y bien documentada los hechos de más pronunciado relieve de su personal actuación histórica, sino porque su personalidad es el más alto y fulgurante símbolo de la independencia americana, una figura representativa, la más representativa de la raza española en América, la que más condensa y vincula en todos sentidos, en su más absoluta y fecunda integridad, el deber sacratísimo de conservar incólume, sin vergonzosas mutilaciones, esa independencia de que fue él el héroe máximo y en la actualidad, en algunos de estos pueblos, amenazada de muerte por el absorbente y



procaz imperialismo yanqui en infame contubernio con hijos de esos mismos pueblos dispuestos a ofrendarlo todo por una hora más de poder para satisfacer bastardos apetitos de lucro vergonzosos...

Uno de los más interesantes y meditados trabajos de esta obra es, indudablemente, el intitulado «La entrevista de Guayaquil», por el escritor chileno Ernesto de la Cruz. Se ha fantaseado en grado superlativo al pretender esclarecer satisfactoriamente los puntos verdaderamente tratados en aquella por tantos conceptos célebre entrevista. No es poca la cantidad de esfuerzo mental desperdiciada en tal empeño. El punto parece definitivamente aclarado después de conocida la nota *reservada* en que el secretario del Libertador, don José G. Pérez, refiere al Gobierno colombiano lo tratado en la entrevista mencionada. Los párrafos de esa nota, que se reproducen en estas páginas, no dejan lugar a dudas: «El protector (San Martín) –cuenta la nota– dijo, últimamente, que debía venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar aquel Estado (el Perú)... Su excelencia contestó que no convenía a la América, ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos, porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que su excelencia se opondría por su parte si pudiere, pero que no se opondría a la forma de gobierno que quiera darse cada Estado»... En lugar de la duda se alza ya ante nosotros la evidencia. Al encontrarse frente a frente los dos más grandes hombres de la América del Sur, chocaron con fuerza sus distintas opiniones acerca de la forma más apropiada de gobierno para los pueblos recién libertados o en vías de libertarse.

Ante los posibles y aun seguros desbordamientos anárquicos de democracias en formación, inconsistentes, desprovistas de la mentalidad necesaria para elevarse al conocimiento jurídico de los principios que rigen el sistema republicano entendido en su más lato y provechoso concepto, San Martín, con indudable sinceridad, con perfecta buena fe, por más que después lo negase tenazmente durante su largo destierro en Europa, reconocía, como fórmula precisa y clara de salvación, el principio



monárquico, una autoridad regia revestida con el esplendor de lo tradicional; única manera de operar, a su juicio, sin mayores inconvenientes ni trastornos, el paso del sistema colonial a un estado de cosas que, modificándolo en el fondo, dejase subsistir, durante un tiempo, formas muy caras a la imaginación y al sentimiento populares. Quizás, estudiado serenamente el punto, tal cosa hubiera sido mejor, en los primeros años, para el gradual y metódico desenvolvimiento político de esos pueblos. El Brasil, por más de un concepto, parece dar buena muestra de ello. A la larga se hubiera impuesto inevitablemente el sistema republicano, pero ya en núcleos sociales mejor preparados para ello. Consecuente con los principios republicanos, de soberanía popular, que había proclamado y proclamaba sin cesar, Bolívar rechazaba de plano, sin ambages, toda solución francamente monárquica. Lo esencial de aquella tan traída y llevada entrevista fue el opuesto modo de ver de ambos egregios caudillos. En homenaje a la verdad, hay que decir que el republicanismo del Libertador asumió siempre muy pronunciados caracteres de conservador y autoritario. Acaso, en lo esencial, su idea de un gobierno estable para estas democracias de aluvión, levantiscas e incoherentes, difería, solo en la forma, de la que sustentaba San Martín. En realidad, tal como se colige de sus ideas de necesario robustecimiento del principio de autoridad para regir con mano firme colectividades sin cohesión eficiente para la vida democrática, y tal como se ve en sus proyectos de constitución y en otros documentos de él directamente emanados, Bolívar, en su pensamiento, aspiraba a una verdadera monarquía hábilmente disfrazada con el nombre de república. La oposición de ambos caudillos, si bien se observa, radicaba solamente en los nombres. Entre San Martín y Bolívar hay la distancia que media del talento al genio. Se separaron sin entenderse, tal vez sin comprenderse. Acaso Bolívar vio con desdeñosa indiferencia el fondo de desprendimiento y austera probidad que aureolan la figura del gran argentino... San Martín, seguramente, no pudo penetrar en los recodos luminosos del alma de Bolívar. Decepcionado, doliente, sin apego al poder, pleno de sombríos presentimientos acerca



del porvenir de los países recién emancipados, el vencedor de Maipo tomó resueltamente el camino de su voluntario e interminable destierro. Bolívar prosiguió su carrera de luchas y de glorias para, pocos años más tarde, también decepcionado, también herido por la más torpe ingratitud, envejecido prematuramente, pensando con inmensa amargura que había «arado en el mar», caer en la eterna sombra abandonado de todos, arrullado solo por el rumor del oleaje deshaciéndose en los arenales de una playa solitaria...

Blanco Fombona y Rodó, el primero con mayor encarecimiento, atribuyen a Bolívar las relevantes condiciones de un escritor en quien resplandecen los méritos de una original y cabal expresión literaria. El resplandor permanente de sus hazañas militares como que deja en un plano inferior, escasamente explorado, este resaltante aspecto de su actividad mental. Blanco Fombona, con seguro y perspicaz análisis, pone ahora, en plena luz, ese curiosísimo aspecto. Por más que las sobresalientes condiciones de su estilo, frecuentemente impregnado de pasión y colorido, pleno de fulguraciones, sin huellas de fríos y amenerados convencionalismos de un clasicismo formalista y hueco, pareciesen colocarlo a la cabeza de los escritores americanos de su época, no fue ni pudo ser un innovador literario capaz de señalar rumbos de expresión mental más o menos definitivos. No se es nunca innovador, en ninguna actividad espiritual, sin el propósito decidido de serlo. No se asciende a tal altura incidentalmente, sino a condición de englobar en tal especialidad las principales facultades del espíritu. En ciertos genios, una facultad siempre preponderante como que subordina y mantiene en perpetuo acatamiento a otras menos vigorosas, sin permitirles un completo y acabado florecimiento. En ocasiones llamean intensamente. Son siempre secundarias, como accesorias. Orador y escritor relevante fue César, y aunque en sus *Comentarios* raya a gran altura, la posteridad, con razón, pone en segundo lugar esa faz interesantísima de su vida. En Bolívar, con suma frecuencia, atísbanse los signos, a veces muy pronunciados, a veces muy borrosos, de un retoricismo fraseológico, altisonante, convencional,



muy propio de su época y de las circunstancias en que se dilató su existencia. Muchos documentos salidos de su pluma, sus proclamas fulgurantes, lo ponen, en ocasiones, ostensiblemente de relieve. En ese sentido, su elocuencia, la elocuencia desbordante de sus arengas y proclamas, es, bajo el sello personal que las distingue, elocuencia trasplantada, frondosidad lírica de un árbol que tiene sus raíces en los tempestuosos y trágicos días de la gran revolución francesa y en los deslumbramientos bélicos de la epopeya napoleónica... La personalidad literaria de Bolívar, lo que en él se dilata como un cauce por donde corre espontáneo, sereno y pintoresco el pensamiento, está y estará siempre —creo haberlo dicho en otra parte— en la luminosidad atractiva y perdurable de sus *Cartas*. En ellas, en su epistolario, está él, vive él, en la más alta y sincera plenitud de su expresión personal, sin que casi nunca la afeen o desvirtúen las modalidades de una retórica convencional y falsa, estructurada por fórmulas de pseudo abolen-go clásico. Su vida, su vida verdadera, íntima, pasional, siempre tormentosa, siempre poblada de visiones desmesuradas, late con intensidad, palpita vigorosamente en las cláusulas espontáneas y a veces incorrectas de su voluminoso epistolario. Comparto en un todo el juicio de Rodó a este respecto. En su correspondencia se expande intensamente lo más hondo y característico de su genuina y compleja psicología. En ella se exhibe el Libertador en todos sus verdaderos aspectos, sin que su prístina espontaneidad aparezca cohibida o falseada por consideraciones acentuadas de carácter político o de otro género. En sus cartas resuenan de continuo, sin afeites ni formalismos retóricos al uso, el alarido de la pasión, la invectiva acerada, el juicio sereno brillantado por un fulgor de profecía, la apreciación discreta y razonada de hechos de valor transcendente, sus esperanzas, sus desalientos; cuanto, en ciertos instantes, su pensamiento en perenne ebullición, su sensibilidad excitada, necesitan echar fuera de sí convertido en cristalizaciones mentales de raíz muy personal y muy íntima.

En el trabajo titulado « *Bolívar íntimo* », evoca bellamente Cornelio Hispano a Manuelita Sáenz, *Manuelita la bella*, en todo el esplendor de su gracia, de su desenfado, de su curiosa



despreocupación, de su deslumbrante hermosura. A Bolívar se le ha tachado de inmoral por sus numerosos amoríos. Era muy pronunciada su inclinación al bello sexo... ¡Inmoral! Quizás lo sea desde puntos de vista de un eticismo muy convencional y burgués. Pero con esa medida de casuística arbitraria no es posible aquilatar la personalidad de quien, por los accidentes excepcionales de su actuación tempestuosa, estuvo casi siempre en rebeldía contra pronunciadas formas de preocupaciones añejas y de artificiosos convencionalismos sociales... Es indudable que la belleza femenina fascinaba a Bolívar en el más alto grado. Tal cosa es más digna de aplauso que de censura, a mi juicio. Pero de las mujeres que amó el Libertador, ninguna ejerció sobre él tiránico y absorbente imperio. Compartió con ellas los goces supremos de voluptuosidades efímeras, pero jamás ninguna nueva Dalila encadenó su voluntad sujetándolo a caprichos femeninos. Acaso, en lo más recóndito de su alma, conservó en su viudez eterna el amoroso recuerdo de Teresa, su primera y única esposa, segada en flor, muerta tristemente en los años primaverales. De todas las que le amaron y hermopearon su existencia febril y atormentada, con la seducción más o menos prolongada de sus gracias, fue Manuelita Sáenz, la que por más tiempo vivió a su lado, siempre amorosa, deslumbrante de distinción y de encanto femenino, en las horas embriagadoras de los triunfos y las recepciones resonantes, y altiva, fuerte y abnegada en los oscuros días de los tristes desencantos y de las acerbas ingratitudes.

En estas páginas aparece revestida de singular y duradero encanto. A la serenidad de esa mujer debió Bolívar en la horrible noche septembrina, haber escapado con vida. Amó orgullosamente a Bolívar. Por él lo abandonó todo. Muchos años después de muerto el Libertador, enferma, parálitica, la vio Garibaldi en Piura, puerto peruano donde tenía su residencia. Cornelio Hispano reproduce lo que en sus *Memorias* dice el héroe italiano refiriéndose a ella. El culto a la memoria de Bolívar absorbió los melancólicos días de su ancianidad atormentada. Por haber amado al Libertador excelso, por haberle salvado con riesgo de



sí propia, la gentil y bella pecadora vive y vivirá perdurablemente en un pálido rayo de su inmortalidad gloriosa...

Recorriendo las páginas de este notable libro, he pensado en lo conveniente que resultaría publicar otro que contuviese cuanto lírica y épicamente ha expresado la poesía americana en homenaje del prócer principal de la epopeya de la emancipación de estos continentes occidentales. ¿Por qué no? Un libro de versos, exclusivamente consagrado al Libertador de nuestra América, resultaría una nota extremadamente simpática en el concierto de voces elocuentes que exulta de continuo su memoria. Y nadie mejor para el cumplimiento de tal empeño que Rufino Blanco Fombona, por su amplio conocimiento del asunto, por su crítica perspicaz muy capaz de una selección adecuada y por su ferviente apostolado en honra y prez del héroe. Esa ofrenda lírica podría abrirse con el «Canto a Junín» o con la oda de Heredia, el gran poeta cubano, defectuosa en ciertos aspectos, pero cuyas estrofas de acentuada sonoridad parecen herir en este momento mis oídos. Esos versos, desde niño, me hicieron amar a Bolívar:

... Su genio inagotable
 igualaba el revés a la victoria,
 y le miró la historia
 empapar en sudor, llenar de fama,
 del Golfo Triste al Ecuador sereno,
 del Orinoco inmenso al Tequendama.

Por no sé qué arcana influencia procedente de lo ignoto, de no sé qué región misteriosa, cada vez que mi pensamiento se detiene en Bolívar, que evoco la gloriosa leyenda de su vida, una onda de refrescante consuelo viene a desvanecer mis dolorosas inquietudes de la hora presente y a presentar ante mi espíritu atribulado horizontes de serenas esperanzas. Para los verdaderos dominicanos no pueden ser los momentos actuales más pavorosos y preñados de peligros. Una obra de iniquidad viene consumándose desde hace poco tiempo en



esta infortunada Santo Domingo. Por obra y gracia de una docena, a lo sumo, de politiquillos sin más ideal que adquirir una fortuna o rehacer la ya despilfarrada, y prestos en ese camino a coadyuvar a la mutilación de la soberanía nacional, metódicamente llevada a cabo por el imperialismo yanqui, la república gloriosa de Febrero y de Agosto va rápidamente tomando las formas y contornos de una colonia yanqui. Por ninguna parte se producen gestos de viril indignación. Mansamente, bajo el cielo impasible, como quien acepta con resignación los fallos del hado, vamos en angustiosa caravana caminando hacia no sé qué negro y espantable abismo. En vano algunos intelectuales, muy contados, forcejamos por apartar el país de esa vía tenebrosa. Inútil empeño. *Vox clamantis in deserto*. Se necesita un *caudillo*, un caudillo supremamente nacionalista, de alta probidad, de noble corazón y larga espada, que sepa aunar voluntades dispersas y agrupar en torno suyo las masas populares refractarias por lo común a cuanto directa o indirectamente tienda a lesionar los fueros de la soberanía nacional, para oponerse resueltamente, en la forma que fuere necesario, a que la debilidad y la traición no continúen prosperando vergonzosamente. Pero la silueta de ese caudillo redentor no despunta por ningún lado del horizonte sombrío. La injerencia yanqui en nuestra vida política ha resultado funesta por todos conceptos. En lugar de mejorar, como decían algunos en todos los tonos, hemos ido de mal en peor. Desde la Convención, instrumento internacional de exclusivo alcance económico y que no ha resultado así desdichadamente, hasta el disparatado y vergonzoso Plan Wilson, ninguna, absolutamente ninguna ventaja hemos recabado de la intromisión abusiva de nuestros pretendidos y *desinteresados* tutores. Nuestras luchas civiles han sido más frecuentes, sangrientas y dilatadas, y los ramos que se proponían organizar científicamente, continúan peor que antes si cabe. Nos mandan a granel empleados extranjeros con pingües sueldos. Casi sin percatarse de ello, salvo unos pocos, la generalidad permanece cruzada de brazos, en desoladora indiferencia musulmana, contemplando la tétrica sima que se



abre a nuestros pies y en la que vamos a caer irremisiblemente sin honra y sin gloria...

En estas horas de profundas tristezas, de hondas decepciones, consuela y robustece el espíritu ponerse mentalmente en contacto con la gran figura del Libertador de más alto relieve en América. Aproximándonos a él, sentimos amenguarse nuestros pesimismos y se acrecen nuestras fuerzas para continuar en el empeño, difícilísimo pero no imposible, de recabar lo que hemos perdido y encaminar al pueblo dominicano por vías de positiva organización jurídica y de coherente y verdadero adelanto. Pueblo guerrero, pueblo épico si los hay, el pueblo dominicano ha vivido en perenne combate, ya con franceses, ingleses, haitianos y españoles, ya devorándose a sí propio en frecuentes contiendas civiles. Cansado, abatido, víctima permanente de mandatarios estultos o de mala fe, sin ideales, sin creencias, ese pueblo parece ver con espantable impasibilidad la metódica mutilación de lo más esencial y excelso de su soberanía. Acaso duerma solamente, y en su despertar, como otras veces, tendrá rugidos y zarpazos de león para los intrusos extranjeros y para sus hijos traidores... ¡Libertador! ¡Libertador!... Si acaso tu espíritu vaga aún cerca de nosotros; si acaso desde lo alto contempla nuestros vergonzosos desalientos y nuestra inminente desaparición como organismo nacional, haz que alguna divina partícula de él se encame en algún nuevo Santiago Guzmán Espailat, en alguna figura representativa de la juventud incontaminada que se levanta, para que con la irreducible voluntad que fue el timbre más caracterizado de tu personalidad portentosa, arroje con mano airada, al bátratro de las condenaciones eternas, a los traidores que llevan la patria a su extinción, y haga flamear otra vez, sin el estigma humillante de nefastas injerencias extranjeras, orgullosa y altiva, la bandera febrerista, el lábaro inmaculado de los gloriosos fundadores de la república!



Pro-Bélgica

Para mi culto amigo don Armando Lamarche.

Vive Bélgica, desde hace largos meses, si eso es vivir, como sumergida en una macábrica y permanente visión y horripilante pesadilla. Su infortunio, inmerecido e inesperado, es el más doloroso y trágico de los tiempos modernos. Ufana, con legítimo orgullo, de su vida activa, laboriosa, prolífica; en la luminosa plenitud de una civilización coherente y progresiva; garantizada su existencia autónoma por serias estipulaciones de derecho internacional; cumpliendo doble y fructuosamente su porción de labor fecunda en el concierto armonioso y progresivo de las sociedades modernas, en hora triste, de improviso, súbitamente, con la furia desatada e indomeñable de las tempestades tropicales, estalla pavorosa la tormenta, y sobre sus bellas ciudades de apacible existencia en que el arte medioeval al puso la huella radiante e imborrable de insuperables bellezas arquitectónicas y de serenos y consoladores misticismo, cae, implacable y cruel, la terrible invasión teutónica dejando tras de sí, a modo de gigantesco y devastador incendio, espectáculos pavorosos de desolaciones apocalípticas. Hace siete meses no más tales horrosas cosas hubieran parecido imposibles. Para muchos observadores superficiales el pacifismo ganaba terreno. Desde Chile, en sucesivos panfletos, así lo



anunciaba continuamente Lagarrigue, el apóstol imperturbable del positivismo religioso comtista. Richet, Estournelles de Constant, Berta de Sturmer, muchos más, laboraban con aparente éxito en un alto sentido de paz universal. En La Haya, imponente y majestuoso, debido a las larguezas de Carneggie, el templo de la paz erguía su soberbia arquitectura atrayendo las miradas y los corazones de todos los enemigos de la implacable guerra. Ese movimiento pacifista, simpático y plausible, era, bien observado, puramente artificial, sin ninguna raigambre en la realidad de los hechos. Solo fue menester una nota conminatoria de Austria, el poderoso imperio que mejor ha representado la acción en el centro de Europa, el de los *célebres* plomos de Venecia, para que, aves asustadas, emprendieran el vuelo esos nobles ensueños pacifistas. Bajo nuestro barniz de dorada civilización ha quedado en pie solamente el salvaje primitivo, el habitante de la selva prehistórica en lucha perpetua con las bestias feroces en medio de una naturaleza de terrible y asoladora inclemencia...

Si hay algo en el mundo de suprema virtud unificadora es el dolor. En su irradiación colectiva no solo unifica y colecciona si no crea en un sentido de fecunda perdurabilidad. Ha dicho expresamente Renan que los pueblos se identifican más que por sus triunfos por sus comunes sufrimientos. Acaso estos instantes crueles, estas horas de angustias inenarrables, servirán para consolidar en el alma bélica una conciencia nacional de inconfundible vigor colectivo que quizás se encontraba ahora en proceso de definitiva cristalización. Purificada y engrandecida por el dolor supremo, Bélgica resucitará capaz de mayores empeños. La fuerza bruta, la violencia desatada, el propósito de bárbara y metódica conquista, por más que de momento avasallen y aniquilen cuanto pretenda cerrarles el paso, no son ni pueden ser materiales constructivos capaces de prestar a una obra de vinculación social condiciones verdaderas de solidez y duración. Buena prueba de ello es esa misma Prusia de principios del siglo pasado humillada y pisoteada por los escuadrones del vencedor ejército napoleónico.



Vencida y mutilada, pudo por su patriotismo y su constancia erguirse hasta la reivindicación gloriosa de sus conculcados derechos. Un pueblo no muere fácilmente cuando tiene exacta conciencia de su personalidad nacional. «Nada me admira tanto como la impotencia de la fuerza», decía Napoleón en su hosca soledad de Santa Elena. La fuerza subordinada al derecho o la fuerza inspirada en un soberano ideal de justicia constituyen los únicos casos en que resulta beneficioso su empleo. Soñar establecer en nuestra época por medio de la fuerza algo parecido al imperio universal o poco menos que persiguieron infructuosamente Carlomagno, Carlos V y Napoleón, es cosa propia de visionarios o de dementes. Nuestro tiempo cada vez más igualitario y democrático no consiente tales empeños de soberbia desmesurada. Los ejércitos formidables, los cañones monstruosos, cuantos medios de destrucción haya inventado o pueda inventar el hombre, se estrellarán, a la larga, en el muro formidable de ideas de renovación social cada vez más difundidas y consistentes.

Al pie de Bélgica esclavizada por la terrible agresividad germánica las legaciones francesas continúan defendiendo con ahínco heroico el riquísimo acervo de la vieja y luminosa civilización latina. De esta civilización, la más ilustre del planeta, procedemos espiritualmente. En ella, fuente espiritual de perenne hermosura, se han abrevado y continúan abrevándose nuestras almas. Por esa circunstancia, al referirnos a la magna guerra europea, nadie que tenga en sus venas átomos de sangre latina o resplandores más o menos intensos de su cultura, es ni puede ser imparcial. Yo no quiero serlo. Decía Franklin, si mal no recuerdo, que todo hombre tiene dos patrias: la suya y Francia. Dos pueblos, a mi ver, han puesto en el desenvolvimiento humano las bases fundamentales de la más amplia y provechosa cultura: en la antigüedad clásica, Grecia; en los tiempos modernos, Francia. Ambos en su actuación histórica, vinculan en síntesis resplandecientes cosas del más elevado, seductor y trascendente idealismo. De la civilización helénica, creyente y armoniosa, brotaron corrientes de vitalidad



inextinguible la filosofía, el arte, la ciencia. De esa civilización arranca el pensamiento reflexivo que inquiere en el ser y el conocer lo supremamente representativo del espíritu humano. En ella florece el estremecimiento de emoción estética que se condensa en formas de serena y armoniosa expresión artística. De ella aparte la observación consciente que busca en el principio de causalidad la base fundamental de todo relativismo científico. La mentalidad griega, plena de luz, atesorara mayor fuerza de proselitismo, de expansión, de *transfusión*, que pudo conocer el mundo antiguo. Si en algunos de sus principales aspectos se esfuma en las tormentosas centurias medioevales, es para reaparecer de nuevo, revestida de esplendor platónico, en los jardines de Florencia, en la corte deslumbrante de los Médicis, entonando el himno jocundo del Renacimiento... El genio francés parece encarnar muchas pronunciadas cualidades del espíritu helénico. En un sentido de amplio y vivificante idealismo Grecia parece revivir en la Francia moderna. Un hilo de luz las enlaza a través del tiempo. La lengua francesa es la más fiel y característica forma de expresión de las modalidades espirituales de aquel gran pueblo. Por sus relevantes condiciones de claridad, precisión y armonía, determina ese poder comunicativo, esa onda serena de expansión espiritual que en un pronunciado sentido caracteriza la mentalidad francesa. Frívola, superficial, de inconsistente plasticidad en ocasiones, oculta detrás de tales pasajeras interioridades el culto serio y consciente de las ideas y vigor inquebrantable de las supremas convicciones.

El concepto de humanidad, de fraternidad humana, desconocido por completo en el fragmentario y restringido mundo griego, alcanza su más alto diapasón en la colectividad generosa que desde la iluminada cima de sus asambleas proclamó el código excelso de los derechos de la personalidad humana. Censúrese cuanto se quiera el positivismo comtista, pero sería agraviar la verdad poner en duda que en él resplandece, exagerado acaso, el concepto integral de humanidad más completo y definitivo que haya dado nunca de sí ninguna



concepción filosófica. Sus filósofos, sus ideólogos, los enciclopedistas que pusieron la levadura mental de la más gigantesca revolución política, vislumbraron casi siempre, por encima de toda clase de convencionalismos sociales, principios y orientaciones del verdadero alcance humano. En los pliegues de su gloriosa bandera tricolor han hecho su nido, para desde allí emprender el vuelo hacia todas partes, las más radicales ideas de transformación social que han movido el mundo. Por eso las grandes revoluciones realizadas en Francia no han tenido nunca, como la inglesa de Cromwell, carácter exclusivamente nacional. Han tenido siempre trascendencia mundial, humana en una palabra. Han sido dilataciones cada vez más vastas del espíritu nacional que ha tenido la más cabal idea de la dignidad del ser humano. La ciencia más resonante y compleja de nuestro tiempo, la más discutida también, la Sociología, encuentra en uno de sus más preclaros cerebros, en Augusto Comte, la palabra que la bautiza y el engranaje de ideas que desde su punto de vista le sirven de lógico y apropiado fundamento. La más alta disciplina intelectual, la Filosofía, no se envuelve allí nunca o casi nunca en nebulosidades, y se pierde en disquisiciones vacuas; sin descuidar la idea en sí, el concepto, el formalismo lógico, tiende a buscar, sin perder su personalidad, una base de relativa certidumbre que solo puede darle la experiencia. En el neocriticismo de Renouvier, en el mismo idealismo ese Fouillée, en el devenir *real* de Bergson, en el profundo análisis de las leyes naturales de Boutroux adviértese distintamente que el pensamiento investigador no se contenta ya con divagaciones de pura urdimbre metafísica, sino que busca la explicación de las cosas en aspectos de la vida científicamente depurados. La literatura francesa, inspirada por lo general en un sentido de acentuadas modalidades sociales, es la que mayor influencia ha ejercido y aún sigue ejerciendo en el desenvolvimiento intelectual de estos pueblos nuestros de procedencia ibérica. Por condiciones de estructura íntima, nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad semejan vibrar al unísono con muchas formas espirituales del genio francés. Si



hoy existiera una *raza* en toda la amplia integridad del concepto, tal semejanza de mentalidad podría atribuirse a más o menos visibles nexos técnicos. Pero un concepto integral de raza correspondiendo en la vida a una positiva concreción técnica va perdiendo terreno ante bien encaminadas observaciones científicas. Más persiste, restringido a un pueblo o varios pueblos, un bien observado concepto de civilizaciones progresivas. Y nuestro espíritu se mueve intensamente en el molde luminoso y vasto de la civilización latina de que es Francia, en la hora actual, la representación más fiel y cumplida...

Me complazco en inclinarme, con admiración profunda, ante el portentoso progreso realizado por la Alemania de estos últimos cuarenta y cuatro años. Si bien se considera no tiene par en la historia de nuestro tiempo. Pero no hay que atribuir, como hacen muchos observadores del montón, tal prodigioso adelanto al militarismo, mejor dicho, al *prusianismo* imperante en muchos aspectos de la vida de aquel poderoso imperio. La unidad germánica flotaba en el ambiente desde mucho tiempo antes de condensarse en los hechos. A raíz de la caída del segundo imperio napoleónico la ocasión se presentó y Bismarck supo aprovecharla con habilidad indiscutible. En Alemania el militarismo y el industrialismo han marcado paralelamente. Si su organización militar vinculada en su ejército formidable, la más perfecta y poderosa máquina bélica del mundo, representa uno de sus dos principales aspectos, el socialismo de Marx, de Bebel, de tantos otros, constituye el otro aspecto. Pero ese grandioso desenvolvimiento industrial no se debe a la aplastante victoria alemana de hace más de cuatro décadas. No ha sido en modo alguno determinada por ella. Para muchos observadores se explica por la infiltración en las masas de ciertas ideas de mejoramiento social y más que todo por el constante crecimiento de la población con su consiguiente aumento de imprescindibles necesidades. El militarismo no ha hecho sino crear una casta privilegiada y arraigar ideas cada vez más acentuadas de exultación de la fuerza y de la



violencia agresiva. Desde puntos de vista de orden moral, no obstante su gran adelanto, la Alemania actual es inferior a la Alemania o al conjunto de pueblos alemanes de fines del siglo XVIII o principios del siglo XIX en que favorecieron un Kant, un Hegel, un Lessing, un Fichte, un Goethe. En algunos pensadores de aquella época predominaban ideas de cierta alteza moral. De Kant no hay que hablar. No debe ni puede entrar en baza. Quien escribió *El ensayo filosófico de la paz perpetua*; quien puso en el fondo de la conciencia, con valor inmutable, el imperativo categórico del deber austero, no puede confundirse con los que ofrendan las fulguraciones de su pensamiento ante las alas de un Moloch insaciable de víctimas humanas. No puede decirse lo mismo de Hegel. El pensamiento hegeliano se aproxima más a esa concepción de fuerza por su idea del Estado; por su doctrina del fatalismo histórico, y por su consagración al triunfo del más fuerte que a su juicio es siempre el mejor. Genio integral, universal si los hubo, el espíritu gigantesco de Goethe, pleno de serenidad olímpica, se dirigió en muchas ocasiones, sobre muchas acciones históricos y sociales de suyos contingentes y pasajeros... Quien sí tiene en parte influjo visible en la mentalidad de la Alemania actual es Federico Nietzsche. Por propios y peculiares medios, el forjador del superhombre llevó a sus últimos límites un concepto de fuerza de naturaleza casi absoluta. Ante esa noción extremada de fuerza todo tiene que doblegarse. Los débiles, los impotentes, los deficientemente estructurados para la lucha, no tienen razón de ser, deben dejar el campo a otros. Ocupa un puesto de que es necesario desalojarlos. La piedad, la calidad, cuanto tiende a la fraternidad humana, a la armonía social, a hacer más noble, digna y consciente la vida, no son en el fondo sino supervivencias históricas, seculares fermentos de debilidad que hay que extirpar inexorablemente. En una selección natural de procedencia darwiniana, evidentemente exagerada, y en una idea de fuerza desprendida en absoluto de todo nexo de salvador eticismo se compendia tal estado colectivo de pensamiento.



Ante tal concepción nada vienen a ser la consideración debida a los débiles, el respeto a las convenciones internacionales, cuanto en el mundo representa un conjunto de relaciones de necesarias y provechosas finalidades de mejoramiento general. Así lo dio a entender el canciller Bethman Holloveg en una de las sesiones del Reichstag al calificar despectivamente de *papeles* a los tratados; así el general Von Benhardi en su obra apologética de la guerra en que preconiza la *conveniencia* como ley suprema... Aun en las más altas clases intelectuales de Alemania prosperan tales apotegmas exultadores de la fuerza bruta y de la más desenfrenada violencia. No hay que reparar ni detenerse en medios. Todos los recursos son buenos para vencer al contrario y pasarle por encima. Hay que abrirse paso, hacha en mano, cueste lo que costare. Y el que cae es porque debe caer. Peor para él...

Y así cayó Bélgica. En estas tristes horas, ante la vista del mundo asombrado, aparece enclavada y agonizante en la espinosa cruz de los acerbos dolores. ¡Ay! Ayer nada más tan rica, tan floreciente, tan tranquila, tan pacífica, tan laboriosa, con sus campiñas cultivadas, con sus fábricas en constante funcionar, con sus urbes en que el tiempo que fue eternizado en monumentos de soberbio carácter arquitectónico se armoniza con las construcciones del más puro estilo moderno. Los nombres de sus ciudades de intensa irradiación artística destruidas un poco menos por la furia de la invasión teutónica desfilan melancólicamente ante nuestros ojos empañados de lágrimas invocando un mundo de recuerdos históricos. ¡Por todas partes, en medio de la más espantosa desolación, la trágica tristeza de los lugares en ruinas en cuyas ventanas desvencijadas o rotas no se asomarán ya, para contemplar la gente que pasa, las rubias cabecitas de niños de ojos serenos y azules como el cielo! ¡En sus limpias aldeas, al caer la tarde, no se oyen ya resonando en la torre de la vieja iglesia las campanas que en tiempos felices anunciaban la oración a los fieles ahora aventados dolorosamente por el rojo huracán de la guerra!... En sus camposantos, donde en ocasiones culminó



la ira salvaje de pugilatos cruentos, las osamentas de los que cayeran en aquellos apacibles rincones de la tierra aparecen confundidas con las cruces desvencijadas, con los esparcidos fragmentos de viejas losas sepulcrales!... Sería desesperar de la justicia humana, renegar de toda noble creencia en el adelanto social, si no se tuviera la firme convicción de que tan horrendo martirio tiene que ser por fuerza pasajero. La fuerza bruta encuentra siempre conforme a cierta ley histórica una reacción proporcionada o superior a su impulso. Altiva y gloriosa, Bélgica se incorporará otra vez en medio de sus ruinas humeantes. De nuevo volverán a lucir para ella días de sol de desbordante alegría. En sus ciudades y en sus campos se entonará nuevamente el himno redentor del trabajo... Tengo confianza en el triunfo de los aliados. No juzgo ni quiero juzgar ahora las causas verdaderas de esta guerra terriblemente desastrosa y que resulta un tremendo mentís a nuestra tan decantada civilización moderna. Considero solamente lo que para mí representa los hechos. Desde el punto de vista de las instituciones políticas, Francia e Inglaterra son las más altas cúspides de la libertad humana en la Europa occidental. Detrás de cierto tinte medioeval que aún conserva en sus grandes ceremonias palatinas, se alza la Inglaterra libérrima de la Carta Magna, la eterna patria de los proscritos como la llamó Víctor Hugo desde las rocas del islote solitario de su largo destierro. Es grande por su ciencia, por su industria, por sus artes. Sean cuales fueren los errores o las faltas de su absorbente imperialismo marítimo, de lo que se ha llamado su ambición insaciable, es lo cierto que donde Albión ha clavado su bandera la libertad humana ha florecido. Con legítimo título Francia representa el más avanzado liberalismo europeo. En ella, por obra principalmente de sus pensadores, se incubó la revolución más grande y trascendente que ha presenciado el mundo. Sus grandes ideas de renovación social han sembrado por los más lejanos rincones del planeta gérmenes prolíficos de libertad y de justicia... Frente a esas dos naciones se yergue Alemania ostentando



su gran adelanto científico, el saber acumulado en sus universidades, sus progresos industriales dignos de pasmosa admiración. Pero en materia de instituciones políticas, de avances democráticos, de libertades ampliamente ejercidas, no creo que ningún pueblo tenga nada que envidiar al que gobierna Guillermo II. En muchos de sus discursos, desde las alturas de su cesarismo, no cesa este soberano de invocar el derecho *divino* que le asiste para regir los destinos de aquel potentísimo imperio... En las universidades alemanas, en la enseñanza de la historia, excelente por sus métodos y su amplitud de erudición, se da preferentísimo lugar a un propósito de exultación de la familia reinante... En esta pugna gigantesca vencerán los aliados porque de su lado está la más amplia cantidad de ideal y de vasta libertad humana. Y la libertad, como dijo un ilustre pensador, podrá perder todas las batallas, pero ganará seguramente la última...



AMERICANISMO LITERARIO

JOSÉ MARTÍ. JOSÉ ENRIQUE RODÓ.
F. GARCÍA CALDERÓN. R. BLANCO FOMBONA





Pórtico

Si por multitud de circunstancias sobrado conocidas parece cada día dificultarse más la cristalización del ideal de una confederación de carácter público integrada por todas estas repúblicas de cultura ibérica, tal como fue el sueño magnífico de Bolívar y la aspiración, luego, de muchos espíritus selectos, no acaece ciertamente lo mismo con lo que se contrae a la formación acentuada y precisa de un alma hispanoamericana comprensiva en sumo grado de modalidades sociales, intelectuales y artísticas de muy propias o inconfundibles peculiaridades regionales. Esa alma, saturada de modernidad, comienza a inspirarse en modos de ver y entender la vida en un todo propicio a fecundas adaptaciones, a prolíficas realidades de la civilización contemporánea. Desde México, desde las Antillas, hasta las más lejanas tierras australes del continente, constátase un movimiento intelectual, en algunas partes meduloso y rico, que demuestra cumplidamente, con la insuperable fuerza de los hechos, que el pensamiento y la sensibilidad hispanoamericanos están saliendo ya, resuelta y triunfalmente, del período amorfo o incoherente de necesarias imitaciones y de indecisiones y tanteos, para por sucesivas etapas de desenvolvimiento alcanzar la plenitud de una conciencia intelectual de positiva y perdurable consistencia. Esa eflorescencia intelectual representa ya, en uno que otro de sus



aspectos, la capacidad de orientaciones de cierta originalidad, y la propensión a armonizar, en un sentido de cordial americanismo, discrepancias de visión regional y local de mayor o menor importancia. Un concepto de exclusiva estabilidad, de permanente valor estático, es cosa que riñe abiertamente con leyes de un desenvolvimiento de puro abolengo científico. Un principio de cambio, de modificaciones y transformaciones continuas, rige y estructura la vida. En un proceso de racional devenir, de llegar a ser, operan las formas en que se condensa y exterioriza la actividad vital dinámica y prolífica. Ese proceso, en lo que tocó a la vida individual y social, por su complejidad creciente, por su esfera cada vez mayor de relaciones, por sus diferenciaciones sucesivas, revela la acción determinante de necesidades de íntima urdimbre sociológica que en determinadas circunstancias se imponen con la inflexibilidad de la línea recta. No hay aspiración representativa de exigencias de la vida social que no cuaje y florezca a su tiempo, por más que aparezcan cerrándole el camino ciertos intereses creados y preocupaciones y convencionalismos hondamente arraigados en el alma popular. En la América Latina, ahuyentada en gran parte la educación teológica y escolástica en que durante siglos se amodorró la existencia colonial, se huella ya con pie seguro el terreno de una comprensión de virtualidad científica en que la interpretación de la vida social resulta muchísimo más natural, armónica y progresiva.

A un saber casi exclusivamente libresco, que en no poca parte sirve para elaboraciones en que por regla general se utiliza como materia prima el pensamiento ajeno expuesto ya en páginas de grande o mediana resonancia, sucede en la actualidad en algunos de nuestros más prestigiosos intelectuales, la bien acentuada tendencia a observar la vida directa y objetivamente, sin intermediarios, en su realidad intrínseca, en su más recóndito sentido, único procedimiento para alcanzar, dentro de cierto necesario relativismo científico, una visión exacta o integral de las cosas. Para tocar tal conclusión urge previamente eliminar, con amplio y seguro criterio, muchos convencionalismos y



puntos de vista erróneos y anticuados, de honda repercusión en la mentalidad, aún embrionaria, de algunas de estas repúblicas. Se es sabio realmente, se llega a dominar una materia, no cuando se ha leído mucho acerca de ella, sino cuando se la ha observado racional y metódicamente en todos sus aspectos determinantes, y en todo su positivo valor intrínseco. El subjetivismo fuertemente adherido a toda producción mental debe ser convenientemente depurado por nuestros personales medios de conocimiento, para por esa vía alcanzar resultados satisfactorios, en lo posible. Ese procedimiento excluye desde luego cuanto en tal subjetivismo pueda haber de sectarismos o de intolerancias dogmáticas. La verdad, lo que desde puntos de vista de una lógica espacial consideramos la verdad, no es mujer frágil y casquivana que, sin mucho de rogar, se presta a recibir complacida nuestros besos ardorosos. Es necesario asediarla en toda regla para obligarla a entregar las llaves de su alcázar resplandeciente. En ocasiones en que creemos tenerla firmemente estrechada en nuestros brazos, contemplamos con desencanto y estupor, que solo tocamos un jirón de la fimbria brillante de su *veste*. Es necesario ir hacia ella serenamente, sin prejuicios ofuscadores, para pedirle, no lo que queremos y perseguimos, sino la porción grande o mínima de ello que realmente puede darnos...

En su más elevado sentido la vida se caracteriza por una complejidad creciente de relaciones, que a primera vista nos desorienta y extravía. Elevarse a una concepción general de ella en lo físico, y aun en lo social, que responda a finalidades de genuino mérito científico, es empeño, a todas luces, difícil de realizar. Pero descontando dificultades poco menos que insuperables, bien podemos aproximarnos a ella para formular un criterio de verdad que nos sirva en muchos casos de apropiada norma de conducta. A las frivolidades de ayer, a los mentirosos espejismos en que durante largo tiempo se apacentó la mentalidad de estos países, a los engañosos deslumbramientos de escuelas y cenáculos gárrulos y pasajeros de allende el mar, a cuanto de falso y hueco impuso soberanamente la moda y acató



con espíritu servil una muchedumbre de imitadores impotentes, rechaza hoy la inclinación, cada vez más patentizada, de consagrar nuestras actividades mentales al cultivo de asuntos de mucha mayor sustancia y eficacia. No se llega a un estado de singular cultura sino relegando a un plano inferior futilidades de pensamiento y de imaginación de solo momentánea resonancia, para arrimar decididamente el hombro a empeños de ingénita y desbordante trascendencia espiritual. En medio de lo transitorio, de lo cambiante, en que forzosamente nos movemos, hay que rastrear y asir puntos de relativa estabilidad, para emplearlos como bases de construcciones mentales de duradera solidez. Situados fuertemente en esos sus tentáculos, podemos y debemos señalar orientaciones luminosas y eficaces. Nuestra infancia intelectual ha sido larga, y durante ella, naturalmente, por la debilidad mental privativa de semejante edad, nos han seducido los cantos de sirena de innúmeras exterioridades de deslumbrante atavío. Lo superficial presentado de modo más o menos brillante nos ha arrastrado y dominado siempre. Hemos tomado en veces tales llamativos aspectos como si fueran lo fundamental o íntimo de las cosas mismas. Ahora es que empezamos a revestirnos de la toga viril, y vemos cuanto cae en la esfera de nuestra observación como es real y positivamente, o poco menos. Regocijada o triste, sencilla o compleja, esquiva o complaciente la vida, en muchos momentos es solo expresión fiel del ritmo de nuestra visión íntima. Esa visión subjetiva solo puede y debe engañarnos en contados instantes. La vida es rica en promesas y compensaciones para quien, desterrando en lo posible lo que es solo proyección de nuestro mundo interior, la entiende y practica con el menor número posible de desfiguramientos y abstracciones. Nuestra añeja pedagogía social aparece ya como vetusto edificio cuarteado por muchas partes. Solo ha dado de sí una vida artificial que se extingue rápidamente. El progreso consiste, o debe consistir, en una adaptación consciente a un orden cada vez más amplio y efectivo de relaciones. Por no haber podido hacerlo así, nuestro desenvolvimiento cultural se ha retardado en multitud de aspectos. En nuestros medios



sociales, refractarios y estacionarios hasta hace poco –algunos bien atrasados todavía– germinan ya copiosamente ideas de necesarias y salvadoras renovaciones. Muchas de estas repúblicas se encuentran ya en un momento de iniciativas saludables, de ebullición ideológica, de desarrollo industrial, de apropiado desenvolvimiento intelectual, culminando todo eso, en gran parte, en un alto propósito de radical y bien comprendido sentido de un americanismo de singularísimo y muy atractivo o interesante relieve.

Esa interpretación nueva de la vida, del conjunto de aspectos y de relaciones que la constituye y cohesiona, evidencia haberse efectuado ya en los medios más adelantados, o estarse efectuando en los menos preparados, el tránsito a un estado de cosas por entero propicio a la conquista de un grado de cultura general, de urdimbre en no escasa parte americana. En nuestros más conocidos centros de enseñanza, en nuestros pensadores de más merecido renombre, acentúase la tendencia a dilucidar con amplio criterio renovador las contradicciones y antagonismos que palpitan en el pensamiento moderno. Esa labor se hace ya especulativa y experimentalmente. En la más alta de las disciplinas mentales, la Filosofía, frente a la lucha entre un concepto de unidad estática, de un monismo más o menos cerrado, de un *continuismo* determinista con lo que puede considerarse como un proceso de antiintelectuación, de lo *discontinuo*, aceptan algunos provisionalmente un concepto de verificación pragmática, en que la abstracción se fecunda y toma cuerpo y vida en el hecho, o en los hechos, que comprueban nuestras investigaciones. Y digo provisional, porque en Filosofía todo es, o tiene que ser, hipotético, precisamente. La Ciencia, despojada cada vez más de influencias metafísicas, e inspirada en una acentuada finalidad objetiva, aunque acortando sus límites, los hace más definidos, precisos y concretos. Sin nocivo propósito de sectarismo se busca en el fenómeno, o en una serie de estos, la explicación de tal o cual aspecto de la vida, sin ufanarse de una certidumbre exacta que acaso casi nunca sea posible conseguir, por más que en muchos



casos el resultado experimental parezca corresponder en un todo a nuestros deseos. En un sentido de necesario relativismo comprende la mayoría de nuestros hombres de ciencia lo que esta pueda dar de sí, lógica y reflexivamente interpretada... En Arte, en lo atañadero a la creación literaria principalmente, esbózase una interpretación artística muy autónoma, de carácter libérrimo, en que aparecen modificados, o convenientemente transformados, principios y prácticas de un retoricismo estéril y vacuo, a fin de alcanzar una concreción estética de valor más comunicativo y duradero. Vamos resueltamente desprendiéndonos de restricciones escolásticas y de resabios dogmáticos que han hecho ya su camino. Ambicionamos un arte libre, de vasta amplitud, que traduzca con fidelidad nuestras impresiones de la hora actual, sin acatamientos serviles a cánones añejos o a novedades estafalarias o sin enjundia. Cerrado el ciclo del llamado modernismo, no en lo que tuvo y tiene de necesario y permanente, sino en lo mucho que reveló de accidental y pasajero, el observador consciente avizora cómo en América, por virtud de cierto íntimo dinamismo, van fundiéndose en una concepción aún de vaga plasticidad, procedimientos y principios de un clasicismo mesurado y discreto, con elementos de innegable procedencia romántica, limpios de incongruencias y desmesuradas exageraciones. Reducidos a la medida de sus justas proporciones, figuran en esa concepción de arte libérrimo elementos aprovechables de decadentismos, simbolismos, futurismos y otros ismos más o menos pasajeros y anodinos. Sin despreñar, en resumen, ni mucho menos, el mérito de técnicas artísticas europeas que podemos y debemos aprovechar, nuestra labor endereza sus pasos a la adquisición de un credo artístico, de visible elasticidad, que refleje con peculiar intensidad cuanto integra y vincula nuestra alma americana.

Esa concepción de arte autónomo, despojado enteramente de un estrecho sentido de escuela o cosa semejante, es la base necesaria de lo que se llama y se seguirá llamando *americanismo literario*. Se encuentra ahora ese americanismo en sus primeras etapas de crecimiento. Empiezan a acumularse los materiales



para la construcción definitiva del vasto edificio. La tendencia americanista es aún de carácter fragmentario, de cierta bien justificada variedad de matices. Se presta ya en algunas de sus facetas para el análisis de sus factores integrantes, pero excluye, desde luego, toda visión sintética y satisfactoria del conjunto. Adviértese en ella, sin forzar mucho la inteligencia, el propósito preponderante de alcanzar una bien precisada personalidad literaria. Dentro de ese americanismo sugestivo, amplio, con suficiente potencia espiritual para reflejar con verdadera intensidad cosas privativas del pensamiento y la sensibilidad de nuestro tiempo, considerados en sus más altos y complejos estratos, cabe muy bien, con valor relativamente secundario, un nacionalismo que tienda de continuo a cultivar, con singular preferencia, cuanto autónomicamente nos vincula y cohesiona y presenta cada una de estas repúblicas como entidad nacional de bien precisada fisonomía. Ese nacionalismo comprende todas las manifestaciones de nuestra secular y vegetativa existencia colonial; todas las leyendas y tradiciones que revisten ese pasado de cierto sugerente esplendor romántico; lo que existe de muy pintoresca urdimbre en ciertas de nuestras más arraigadas costumbres; el sentimiento intenso de las inconfundibles peculiaridades de nuestra portentosa naturaleza; cuanto hay de épico y grandioso en nuestras luchas emancipadoras y aun en muchos sucesos de nuestras mismas guerras civiles... Americanismo y nacionalismo tienen naturalmente muy estrechas o íntimas vinculaciones. Mueve al primero con repercusiones hondas, más atenuadas en el segundo, un espíritu en alto grado pleno de las saturaciones del movimiento de renovación que caracteriza lo más ingente y singular de los problemas que agitan y absorben la actividad mental de la vida moderna...

En momento oportuno florecen tales bien justificadas tendencias literarias. En la América inmensa, en mucha parte casi despoblada, van dándose cita muchas gentes ahuyentadas de sus respectivos suelos natales por la densidad excesiva de población o por la esterilidad o agotamiento de tierras en exceso cultivadas. Con cierta lentitud va operándose una especie de



absorción de elemento nativo en algunas de las zonas en que han desembocado las más caudalosas corrientes inmigratorias. Si a tiempo no se procura conjurar el mal, a vuelta de no más de dos generaciones se tocarán los nocivos resultados. En el nuevo tipo étnico aparecerán muy borrosas o no aparecerán del todo los peculiares rasgos anímicos del hispanoamericano. Y esa fisonomía peculiarísima, si en lo físico variará sensiblemente y no podrá por fuerza natural conservarse intangible, en lo moral, en lo espiritual, en algunos de sus actuales rasgos, sí puede y debe procurarse guarde en cuanto sea dable su prístina vibración íntima, autóctona, por medio de una enseñanza de médula científica, principalmente nacionalista. Una élite intelectual empezó desde hace algún tiempo a preocuparse del peligro, señalando al mismo tiempo los medios más a propósito para atenuar lo más posible la gravedad del mal. Hace cosa de cinco años, el notable escritor cubano Arturo A. de Carricarte publicó en Montevideo un jugoso folleto, *El nacionalismo en América*, en que demuestra con sagacidad y precisión cómo comienza á debilitarse en regiones donde la inmigración se densifica más, el fundamental concepto de existencia nacional, por la acción directa o interrumpida de la inmensa masa exótica que, sin previa solución, va compenetrándose con la población nativa en condiciones acaso de llegar a la extinción del mismo sentimiento nacional. En parte, dije entonces, son responsables del mal los gobiernos de aquellos países que, ofuscados por el deseo de un progreso violento, sin necesarias gradaciones, se cuidan poco de regularizar y seleccionar esa potente inmigración, para que no lesione fundamentalmente el elemento criollo, y permiten, sin ningún género de restricciones legales, que la tierra, es decir, el fundamento esencial de toda soberanía nacional efectiva, sea pronta y fácilmente acaparada por extranjeros inadaptables al medio y a sus circunstancias históricas. Nunca he considerado el patriotismo con criterio de torpe exclusivismo, como concreción aislada de la vida circunstante, sin nexos con resaltantes realidades mundiales; pero se me antoja deber



imprescindible, el primero de todos los deberes, defender con irreducible energía lo que constituye una personalidad nacional, lo que le imprime carácter y le da lugar en el mundo y en la Historia. Continuamente resuenan gritos de alarma en ese sentido. Pero bien mirado no es eso lo más peligroso.

La inferioridad intelectual, real o supuesta, que el mismo nativo se figura tener frente al extranjero, que juzga tontamente superior, es algo muy digno de observación en la psicología criolla. Esa superioridad, en ciertos casos y por hábitos de organización y norma de conducta de muchos recién llegados, se impone fácilmente. El hijo del país, educado casi siempre en el desorden, se resiste a entrar en el orden regular y estable de muy concretas determinaciones. Indisciplinado, refractario, opuesto a todo sano control jurídico, el nativo, mejor que adaptarse a formas de vida organizada y fructuosa que lo pondrían en condiciones de igualdad con el de afuera, prefiere caer en la humillante situación de siervo o cosa semejante. Ese estado de alma se patentiza de insuperable manera en *Canaán*, la bella e intensa novela brasileña de Graça Aranha. Admirando el orden y aseo imperantes en una colonia alemana emplazada en territorio brasileño, uno de los personajes de la novela se siente presa de desbordante entusiasmo por los extranjeros que han realizado tales cosas. Su interlocutor, sorprendido por tanta verbosidad admirativa, le pregunta si cree que por eso debe entregarse todo a los inmigrantes... El primero responde gráficamente: «Para mí sería indiferente que el país se entregara a los extranjeros que sabrán apreciarlo mejor que nosotros...» Semejante estado de alma no es raro, por desdicha. A mi alrededor, a modo de moscas venenosas, han zumbado más de una vez especies semejantes. A muchos he oído decir que para la anarquía en que vivimos, para nuestro eterno desgobierno, sería mejor una dominación extranjera que nos diera orden y adelanto... Hay que reaccionar decididamente contra tales disolventes opiniones, productos generalmente de sombríos pesimismo originados por circunstancias del momento. Lo esencial en todo caso es poseer un ideal, crearlo si no se tiene.



El americanismo, considerado en su más vivificante sentido, representa una especie de acercamiento que puede proporcionar una necesaria unidad intelectual y artística a la vida cultural de Hispanoamérica. Si esa unidad no es posible en lo político, laboremos para dar una orientación común a lo que vale más y es más perdurable que lo político: la vibración cultural armónica y coherente de pueblos identificados por la sangre, por el habla y por la Historia.

Contiene este libro cuatro estudios correspondientes a otras tantas personalidades representativas de la intelectualidad hispanoamericana, en toda su variedad de aspectos y de manifestaciones. En esas cuatro figuras se vinculan con sobresaliente relieve cualidades de pensamiento dirigente y de acción bien encaminada y de innegable trascendencia. A desfilar van por estas páginas desaliñadas o incoloras el excelso escritor y tribuno que con su verbo luminoso y su tenacidad irreducible contribuyó, en primer término, al movimiento revolucionario enderezado a la liberación política de los últimos jirones del imperio colonial hispano; el gran intelectual, por cuyos escritos de resplandeciente serenidad circula la savia de lo más valioso de nuestra mentalidad, y cuya figura se yergue como apóstol de excelsitudes radiantes, de renovación ideológica y de ideales estéticos; el sociólogo peruano, perspicaz y clarividente, que acaso haya estudiado con mayor penetración y alcance las peculiaridades de la evolución social e histórica de Hispanoamérica, y el rebelde y fulgurante prosador venezolano que con su vibrante pluma apostrofa políticos de cartón y literatos zascandiles y venales, y se revuelve airado contra los pigmeos que, ofuscados por los intensos resplandores del alma inconfundible de Bolívar, han pretendido, sin éxito, menoscabar los timbres de ingente grandeza del Libertador insigne... En esas grandes figuras representativas no está, naturalmente, ni puede estar, vinculado todo lo mejor del americanismo literario. En libros sucesivos aparecerán otras de igual o aproximada importancia. Es obra por todos conceptos beneficiosa dar a



conocer lo más circunstanciadamente posible la actuación intelectual de cuantos laboran en la hora presente por aclimatar en nuestros medios sociales conceptos fundamentales de cultura coherente y progresiva. Una obra de interés colectivo debe en muchos casos apreciarse por la alteza de las intenciones que entraña, así las fuerzas mentales empleadas no estén, ni con mucho, a la altura del empeño. Se hace buena y serenamente lo que se puede, lo que hasta cierto punto se juzga un deber. En estos estudios se tiende solo a demostrar que en la América de habla española existen ya los elementos necesarios para la adquisición en el porvenir de una cultura muy peculiar y muy autónoma.





José Martí

I

El recuerdo de nuestro primer y único contacto espiritual persiste con fuerza indeleble en mi memoria. Hay impresiones de tan acentuada repercusión anímica, que la esponja misma del tiempo no alcanza a borrarlas, y en veces ni aun siquiera a amortiguar su prístina vibración. De entonces acá han pasado muchos años, dejando en mi espíritu huellas profundas de torturantes desencantos. Fue, si mal no recuerdo, allá por 1892, y era la primera vez que posaba él su planta de peregrino en tierra dominicana. En mi imaginación revive la escena de nuestro encuentro, con su original colorido. Eran como las ocho de la noche y me encontraba solo en la sala de mi hogar, embebido en la lectura de un libro de apasionada controversia filosófica. Estaba arrellanado en una mecedora, de espaldas a la calle. De súbito sentí un leve ruido, como si alguien se aproximara. Volví rápidamente la cabeza. En el umbral un hombre blanco, de mediana estatura, de cara expresiva, en que lucía un espeso mostacho y en que la mirada fulguraba, delatando una intensa vida interior, se erguía sonriente ante mis ojos. Me levanté apresuradamente, dirigiéndome hacia el desconocido. En mi mirada se formulaba como una interrogación persistente... ¡José Martí!... Un abrazo muy estrecho nos unió



seguida y prolongadamente. Durante algunos instantes parecíame bañarme en no sé qué límpido raudal de misteriosa claridad. Espontánea, franca, cordial, como si fuéramos viejos conocidos, comenzó a desparramarse la charla. Sin reticencias ni eufemismos me abrió de par en par las puertas de su pecho. Las palabras salían encendidas y vibrantes de sus labios. Mi primera impresión fue que tenía ante mí un visionario desprendido por completo de nexos con abrumadoras realidades, algo así como un soñador de cosas irrealizables o quiméricas. Ante lo que se me antojaba su alucinación se irguió el concepto práctico que yo suponía tener de las cosas. Quise echármelas de conocedor de cierta experiencia y le manifesté francamente mis divergencias. Expúsele que no creía el terreno suficientemente abonado; que débil aún, reponiéndose todavía de dos fracasos sucesivos, no era posible que el pueblo cubano estuviera resuelto a lanzarse a una nueva aventura separatista. Acaso ese pueblo, antes de correr un nuevo riesgo, preferiría avenirse con un amplio régimen autonómico. Objétame con calor que yo solo veía el lado exterior de las cosas, lo puramente superficial, lo que brillaba a flor de piel. Detrás de eso que yo creía la realidad, adentro, muy adentro, corría el río de una fructuosa propaganda revolucionaria, engrosando cada vez más el caudal copioso de sus aguas... Traída a colación, no recuerdo ahora por qué, la próxima fiesta del IV Centenario del Descubrimiento de América, se mostró duro con Colón. Consideraba al gran navegante únicamente como un mercader animado solo por ruinas y sórdidos apetitos de dinero. Procuré, situándome en un justo medio, combatir un tanto la crudeza de tan radicales afirmaciones...

Avanzaba la noche. Muy de madrugada se proponía continuar su viaje. Quise acompañarle hasta el sitio en que tenía su posada. Allí reanudamos la interrumpida *causerie*. Al conjuro de su palabra cálida florecieron nuevamente las esperanzas de próximas reivindicaciones patrióticas. Al oírlo tan ardorosamente convencido, mi pesimismo parecía esfumarse. Empecé a creer en la posibilidad de lo que me aseguraba a pie juntillas. El entusiasmo que se desbordaba de su frase lírica, y, emocionado,



comenzaba a contagiarme. Nada era, me repetía con calor de arraigada creencia, lo que había hecho, en comparación de lo que le faltaba por hacer. Tenía que multiplicar los centros de propaganda patriótica; aumentar hasta donde fuera posible de manera práctica y metódica los recursos monetarios; vencer las envidias o intrigas que fermentaban en algunos centros de emigración y asegurar la adhesión sincera y estable de algunos jefes que figuraran con honra en las pasadas campañas y que en aquel momento parecían desalentados o reacios. Era necesario suavizar o extinguir peligrosas discrepancias de carácter personal para alcanzar una organización capaz de atender hasta el más nimio o insignificante detalle. Esa organización fundamental debía ser como una máquina en permanente funcionamiento, de bien suavizados y poco complicados rodajes... Antes de separarnos me regaló un librito suyo, *Versos sencillos*, y un ejemplar de la primera edición de *Ramona*, la preciosa novela norteamericana de Hellen Hunt Jackson, por él magistralmente vertida al castellano. En la primera página del tomito de ritmos puso una dedicatoria, que no transcribo aquí para que no lo echen a mala parte los ruines de corazón, que pretenden ver siempre en estas cosas de efusiva sinceridad, engrimientos soberbios de vanidad personal. Acerca de *Ramona*, ya en su tercera edición castellana, escribí poco después un comentario, que se publicó en uno de mis primeros libros.

Nos despedimos con un fuerte y prolongado abrazo. Era la última vez que nos veíamos en esta sucesión de horas risueñas o sombrías que apellidamos vida. Cada cual iba a seguir su ignorado destino. Él se fue a la labor ardua y penosa de redimir un pueblo, a la lucha resonante, rumbo a una muerte prematura y gloriosa... Los recuerdos de esa noche memorable se han adherido a mi alma con la fuerza de esas plantas trepadoras que crecen en perdurable apegamiento a viejos paredones de ruinosos edificios. Hay horas de la vida que superan en intensidad de emoción a lo que podemos experimentar en días, en meses, en años... Los momentos que pasé con Martí tienen para mí no sé qué frescura inolvidable de recuerdos primaverales, de



épocas en que la existencia tiende irremisiblemente a dilatarse por cármes rientes de fe y de esperanza. Al regresar a mi casa rumiaba mentalmente los incidentes de mi entrevista con el gallardo paladín de las libertades cubanas. Con ritmo tenaz resonaba en mis oídos la vibración intensa de su palabra, plena de luz y de adivinaciones geniales. Su verbo armonioso había sugestionado poderosamente mi inteligencia y caldeado mi fantasía. La superioridad de ciertos espíritus se siente prontamente. Su nobleza anímica y la proyección lumínica que irradia continuamente de las profundidades de su ser nos cautivan irresistiblemente. En las redes de su personal atracción se había deslizado mi alma, abierta siempre a la seducción de nobles y hermosos idealismos... La noche, de cielo entoldado, no dejaba columbrar el resplandor de ninguna estrella. Hacía rato que se habían apagado los faroles del alumbrado urbano. Oscuridad, oscuridad pavorosa por todos los lados. La vieja ciudad provinciana yacía en solemne reposo. Nadie deambulaba por sus calles, negras y silenciosas, A tientas, puede decirse, proseguía mi camino, titubeando, desorientado, rompiendo por en medio de las densas tinieblas que se espesaban más y más en torno mío... Casi sin darme exacta cuenta encontréme de improviso en una esquina del viejo Mercado, en el mismo sitio en que cerca de medio siglo antes, conforme aseguraba la tradición, un grupo de empingorotados conspiradores, por temor a que revelase el secreto de su trama revolucionaria, había supliciado a *Rufinito*. Sentí un momentáneo escalofrío... Pero como deshaciendo esa oscuridad, como perforando el negror que me circundaba, parecíame que se encontraba ante mí, como que guiaba mis pasos, iluminándome el pavoroso camino, el eximio tribuno, de verbo fulgurante y magnífico, que antes de tres años iba a sellar con su sangre generosa la primera página de la última epopeya de la independencia de América.



II

El propósito de libertar a Cuba del vasallaje hispano parecía definitivamente abandonado después de dos largas, sangrientas o infructuosas guerras. Pero una idea no muere, por más que aparentemente lo parezca, sin haber cumplido su ciclo de necesaria evolución. Así la de la emancipación política de Cuba. Oculta o visible, en la superficie o dilatándose por el subsuelo, plegándose a circunstancias de ambiente o de hora, adaptándose a realidades resaltantes de vida social, la idea de virtualidad modificadora, vinculadora de empeños de renovación, de transformación, concluye siempre su proceso dinámico, incoercible y arrollador, prorrumpiendo en un himno de triunfante y perdurable resonancia. Todavía, justificado en gran parte, extiende el desaliento su acción glacial sobre una inmensa mayoría; sobre casi todos los componentes sociales quedarán siempre en pie, sacerdotes de un culto que ya parece no tener fieles, algunos contados irreducibles, que no dudan, que no vacilan, que confían en lo porvenir, y que desde su trípode solitario continúan esparciendo regueros deslumbrantes de consoladoras esperanzas. Al principio, aparentemente aislados, logran al fin esos removedores de almas que la proyección ardorosa de su creencia intangible, a prueba de desencantos, vaya despertando energías dormidas, recogiendo adhesiones, uniendo voluntades, ensanchando su radio de acción hasta romper el hielo de dolorosos y disolventes escepticismos. El pueblo cubano seguía apegado al ideal de su emancipación política; pero sucesivos fracasos le habían hecho perder de momento toda creencia en la posibilidad de realizarlo. La obra de Martí fue reaccionar por todos los medios a su alcance contra ese peligroso estado de alma, formando núcleos afines, bien preparados, capaces en un todo de presentar sólidas bases para una propaganda bien definida que pusiese los ánimos en condiciones de llegar a la protesta armada con muy importantes probabilidades de éxito. En esa hora de indecisiones, de verdadera crisis psicológica de urdimbre colectiva, fue Martí el



apóstol, el hombre necesario, la figura central del separatismo cubano. No tuvo jamás ese ideal encarnación personal más clarividente y prolífica. Vivió en perenne persecución de esa idea, sin arredrarse ante los obstáculos hacinados en la vía tortuosa y poblada de sombras, despreciando los tiros alevés de calumniadores envidiosos a quienes ofuscaba el resplandor de su austera grandeza, hasta caer en lo ignoto, con las sienas ceñidas con la relumbrante corona del más heroico sacrificio patriótico. Pero cuando se desplomó en Dos Ríos, estremeciendo la tierra como los paladines homéricos, su obra de organización revolucionaria, como árbol de vigorosa raigambre, producía sin necesidad de más preparación ni cuidado sus naturales y anhelados frutos.

La preocupación permanente de redimir la Gran Antilla absorbe lo más amplio y señalado de su existencia inquieta y tormentosa. Por sus ideas atrevidas y fustigadoras se le persigue y aprisiona en el alba misma de su juventud, prematuramente en recia lucha contra las instituciones coloniales. Ciertas audacias de pensamiento estampadas en *El Diablo Cojuelo*, publicación que redactaba, y en una especie de tragedia, *Abdalá*, hacen que se fije la atención recelosa de las autoridades en aquel imberbe y audaz jovenzuelo. Un año más tarde publicó en Madrid un opúsculo, *El presidio político en Cuba*, donde relata con vigorosa expresión torpezas y horrores de la Administración colonial. A propósito de su permanencia en Madrid cuenta el notable periodista español Julio Burell, en su vibrante y pintoresco estilo, lo que seguidamente transcribo íntegro, como dato curioso y como expresión sintética de la actuación política de Martí desde el punto de vista de un escritor perteneciente a las filas contrarias: «¡Cuántos años ha!... Conocíle en la ahumada biblioteca del viejo Ateneo. Era un endeble muchacho, callado, oscuro; no discutía con nadie ni de nada; acababa de estudiar la carrera de Derecho en Sevilla y Zaragoza, o indemnizábase de la mala prosa académica leyendo horas y horas a Santa Teresa, a Rivadeneyra, a Cervantes, a Calderón, a Quevedo...»

«—¿Usted es cubano? —le pregunté una noche.

«—Cubano, sí, señor».



«Y hablamos de la guerra, en aquellos días terminada por la paz del Zanjón. Enredadas las palabras, fueron saliendo los pensamientos. Su expresión era pausada; sus ojos de mirar tranquilo y profundo. Sin levantar la voz, pero muy brillantes los ojos, díjome con firmeza: »

«—Sí, soy separatista...»

«Y me habló de su alma española, de su nombre español, de sus gustos españoles, de su amor por aquellos libros que en la destartalada biblioteca infundían en su espíritu el espíritu de España. Pero España está aquí y España no está en Cuba. Allí, yo, que entre ustedes soy un igual, un compañero, un amigo, no seré sino un extranjero; viviré en tutela, sometido, sospechado: con todas las puertas cerradas a mi derecho, si pido justicia; a mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso...». Quien así me hablaba era José Martí, y pasó por el Ateneo sin dejar recuerdo ni huella.

«Muchos años después, yo preguntaba por él á los jóvenes diputados autonomistas de Cuba, a Montoro, a Figueroa, a Giberga... Sonreían con indulgencia. ¡Bah! Marchó de Cuba... No tenía fuerza... Quiso ser diputado... No le hicieron caso... Y allá en Nueva York publica una hoja separatista... Pero el separatismo es una extravagancia... El pobre Martí es hombre muerto...

«Transcurrieron más años... El *pobre* Martí funda clubes insurrectos en todo el territorio de la Unión americana; escribe una Constitución para Cuba; organiza las cajas de la revolución; envía las primeras expediciones a la manigua, y cuando desembarca y muere en Dos Ríos, ¡qué de cosas van a ser enterradas con su cadáver!... Aquel muchacho endeble y oscuro que, hablando en voz baja y con la mirada intensa y brillante, exclama en los pasillos del Ateneo: «Soy separatista», representaba para España un ejército de 200.000 hombres destrozados, dos escuadras destruidas, dos mil millones echados a los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario de París; todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que unos y otros, ya lloramos como catástrofe, ya lloramos como vergüenza...».



III

Si por su consagración al ideal de redención política que nimba hermosamente su personalidad histórica, pertenece a Cuba por legítimo derecho, por su producción literaria, original y copiosa, aparece en primera línea como una de las figuras más representativas del movimiento de renovación intelectual en Hispanoamérica. El hecho de haber pasado la mayor parte de su existencia fuera del suelo nativo, explica y justifica que hasta hace poco solo se le haya visto en Cuba revestido de los arreos del luchador revolucionario, como el político que persigue titánicamente un empeño de liberación, sin fijarse en que detrás de esos aspectos muy llamativos de su personalidad se erguía robusto y gallardo el escritor de frase centelleante, el intelectual de saber enciclopédico, el orador de palabra de fuego, el poeta de suave y expresiva vibración rítmica. Aún no se ha estudiado concienzudamente en Cuba cuanto de tendencia innovadora aquilata y reviste de peculiares matices su personalidad atractiva y simpática. Su existencia nómada, trashumante, de eterno peregrino de un ideal grandioso, lo llevó a errar por distintas regiones, de pueblo en pueblo, desde el Norte frío hasta los más apartados puntos de la porción meridional del continente americano. Por todas partes adonde lo llevaban los hados esparcía a manos llenas efluvios luminosos de su ser espiritual. La compenetración intelectual del excelso tribuno con su tierra nativa nunca fue ni pudo ser efectiva. Se oponían a ello la distancia, la ausencia, que, naturalmente, achicaba o falseaba ciertos efectos de visión, unido a la circunstancia principalísima de no ser el ambiente de la colonia propicio, ni con mucho, a tales compenetraciones espirituales. En el terruño, sumido en la somnolencia de una vida vegetativa en que no podían levantar la cabeza sin gravísimo riesgo iniciativas de cierto género, era casi materialmente imposible darse ni aun aproximada cuenta de lo que vinculaba en el mundo de las letras hispanoamericanas el empeño de renovación que daba entonces sus primeros frutos. En aquella hora doliente de la historia de Cuba no había espacio



para cosas que no tuvieran conexiones con puntos de vista exclusivamente de carácter político. Y aun en la misma América solo una *élite* bien puede afirmarse acogía con placer y se entusiasmaba con el propósito claramente definido de renovación parcial o completa de viejos y gastados moldes de un convencionalismo retórico que ya solo podía dar de sí flores entecas y prematuramente enmestecidas. Martí viajaba por América y no daba paz a la pluma ni a la palabra. Un gran diario porteño, *La Nación*, contóle durante años en el número de sus principales y más asiduos colaboradores. Según frase de Rubén Darío, con solo esos artículos de colaboración había para formar varios tomos. En Venezuela fungió de maestro y redactó periódicos. Su monumental juicio del admirable sabio venezolano Cecilio Acosta data de ese tiempo. En Nueva York fue fecunda su producción literaria. No sigo precisando detalles, ya bastante generalizados, porque no estoy escribiendo una biografía, sino un estudio crítico, de relativa obligada brevedad, acerca de ciertos aspectos de la fisonomía literaria del gran revolucionario cubano.

El modernismo, en la hora actual en vías de extinción, o extinguido del todo, hacía en aquellos momentos su triunfal irrupción en el casi esterilizado campo de las letras hispanoamericanas. Entiendo el modernismo en un sentido de conjunto, de amplia flexibilidad, en que se mezclan en proporciones desiguales muchas y muy sutiles derivaciones del movimiento romántico. En el llamado modernismo, como partes convergentes, englobo todos los ismos que tanto ruido levantaron en estos últimos tiempos, y que hoy podemos ya considerar como curiosos datos históricos de la evolución literaria. Acaso lo más visible y durable del movimiento modernista, lo que en cierto sentido le imprime carácter, se reduzca a una aleación de elementos de abolengo clásico y de ciertos lirismos y exuberancias de expresión, de procedencia netamente romántica. En toda concepción *nueva*, o aparentemente nueva, se filtran necesariamente formas de vida anteriores, de cierta afinidad, que en la flamante concepción aparecen bajo otros aspectos muy depuradas y quintaesenciadas. Esa aleación se opera siempre por modos de ver y entender la



vida acentuadamente personales. A la imitación pueril de determinados modelos, al incondicional acatamiento a fórmulas y cánones de escuelas, a una retórica que parecía señalar límites infranqueables al libre vuelo de la creación estética, sucedía, tímida y titubeante al principio, de vagos o imprecisos contornos, la aspiración a revisar ciertos valores artísticos y a crear técnicas y procedimientos capaces de utilizarse más fructuosamente en la producción literaria. En lo que toca a la poesía, mejor que de creación de nuevas formas rítmicas fue obra de oportuno y más o menos radical *remozamiento* la que se llevó a cabo entre el aplauso de algunos y la acerba censura de los más. Formas antiguas de metrificación y de rima aparecieron con relumbrantes disfraces de atractiva novedad. La lengua misma, manejada por los iniciadores de la nueva orientación, perdía su tiesura académica, su rigidez, cierta penuria léxica que rechazaba orgullosa, como hidalgo soberbio que no quiere confesar su pobreza, cualquier palabra que apareciese como novedosa. El modernismo ha contribuido a prestar mayor elasticidad, más intensidad, más ambiente pictórico, al castellano anquilosado y sin flexibilidad para interpretar fielmente sutiles y muy complejos aspectos de la existencia moderna.

En su fundamental concepto de revelador artístico de modalidades del pensamiento y la sensibilidad contemporáneas, el modernismo debe mucho a escritores y poetas hispanoamericanos, por más que en América se le haya entendido por la inmensa mayoría en el mero sentido de un refinamiento emotivo y léxico que ha dado lugar a engendros literarios pueriles y anodinos, cuando no ridículos o estrafalarios. Para mí Rubén Darío en el verso, y José Martí en la prosa, son los más conspicuos iniciadores de ese movimiento en América. Fue esa labor revolucionaria en todas sus manifestaciones y no podía ser de otra manera. La renovación, la revisión de valores literarios, tenía que venir y vino a tiempo, en sazón, como todas las cosas del dinamismo social. Los intereses creados, es decir, los representados por profesionales que habían convertido el Arte en una especie de clase o asignatura de carácter exclusivamente docente, pusieron el grito



en el cielo, se alzaron intolerantes o iracundos. Nadie ignora en la hora presente la obra de innovación, de remozamiento de formas métricas, de acentuado prestigio secular, realizada por Rubén Darío con el propósito de hacerlas capaces de producir nuevas y hermosas sonoridades y cadencias. Esa innovación, como todo propósito de modificación o de reforma, no se con- tuvo dentro de un marco de prudentes limitaciones. Se salió de él con frecuencia. De ahí errores y caídas. El tiempo es el solo agente capaz de limitar, de una saludable empresa de depuración. Él se encarga siempre de eliminar lo accidental, lo postizo, para que quede en pie lo que reviste valor permanentemente humano. Revolucionario y rebelde toda su vida en lo político, Martí lo es también en lo literario, en su prosa principalmente. Su intenso subjetivismo, su desbordante espontaneidad, el lirismo peculiar de su sensibilidad, su permanente gesto de rebeldía ante cualesquiera convencionalismos coercitivos, hacen de él un refractario de la frase hecha, de clisés muy usados, de giros vulgares, de lo rutinario y vulgarmente monótono. Su estilo, una que otra vez sutilmente oscuro, ambiguo, desaliñado, especie de desgredado caballero, de poeta romántico, ha dado margen a comparaciones inconsistentes. Su comercio intelectual con los grandes escritores españoles del mejor tiempo es evidente en ciertos giros, locuciones y flexibilidades sintácticas. Se conoce que ha estudiado con reflexiva atención a Saavedra Fajardo, a Cervantes, a Quevedo, a casi todos. A los místicos también. Al referirse a cierta parte del estilo de Martí, se han sacado a relucir sin ton ni son, barajados caprichosamente, culteranismos, conceptismos, gongorismos... ¡Cuántos ismos, dioses inmortales! Meras analogías de rebelión literaria se toman equivocadamente como concluyentes parecidas.

Accidentales descoyuntamientos sintácticos; vocablos empleados en acepción algo distinta de la propia; simbolizaciones extrañas o desconcertantes; construcciones enrevesadas y otras cosas de parecido jaez, hacen en ocasiones, las menos, algo difícil y penosa su lectura. Pero esto, lo repito, puede considerarse como excepcional. En su frase generalmente clara y expresiva



hay concisión, energía, movimiento apropiado y ritmo armónico. Cierta oscuridad susceptible de interpretaciones diversas se debe en primer término a lo profundo del concepto o del pensamiento. Aparentemente inexplicables, esas oscuridades de su prosa esconden un alto y trascendente sentido. No hay en él, no obstante tales cosas, genuino gongorismo. En Góngora hay que observar, en primer término, el posible desenvolvimiento «en ansia de perfección», de una acentuada personalidad líricamente estructurada que por cosas de privativa psicología se encamina a la realización artística de lo que se le figura como acabado y perfecto, desviándose para ello de toda clase de caminos muy frecuentados. El gongorismo es para mí como una muy evidente utilización del lenguaje, enderezada a dar a la expresión rarísimos matices de novedad y acentuado artificio. Es distinto del conceptismo por no ser esta forma enrevesada y oscura que radica en artificios y enmarañamientos del lenguaje, sino interpretación espiritual que se dilata precisamente en un ambiente de peregrinas y quintaesenciadas sutilezas metafísicas. En el estilo de Martí, por su espontaneidad y su visible alejamiento de toda pose, no existe esa «ansia de perfección» que se ha señalado ya como característica del autor de *El Polifemo* y *Las soledades*. Los procedimientos del escritor cubano se inspiran mejor en un «ansia consciente y reflexiva de originalidad» que, aun llevándole a ciertos extremos de rebelión contra principios y procedimientos imperantes, le permite conservar sin menoscabo lo esencial y propio de su pensamiento y de su sensibilidad y le impide caer en la oscura sima de deplorables excesos y extravagancias...

En sus escritos se reveía una cultura prodigiosa, casi enciclopédica. Se han publicado varios tomos; se está ya en el decimocuarto, que contienen cuanto habló y escribió el insigne intelectual cubano. Se han restado al olvido muchas producciones esparcidas al azar en multitud de revistas y periódicos. Pertenece la gloria de esta recopilación minuciosa, acaso demasiado minuciosa, a su fiel discípulo político, el malogrado Gonzalo de Quesada. Por varios tomos que conozco puede



afirmarse rotundamente que falta espíritu de selección crítica en el orden de los materiales escogidos. Así y todo, quien desee conocer por completo a Martí tiene y tendrá que recurrir a esos volúmenes, que no sé si tendrán muchos y fervorosos lectores. A Martí no le es desconocido nada que se refiera al proceso de la actividad mental humana desde sus primeros balbuceos en la vía de la adquisición de conocimientos indispensables para lograr un determinado estado de cultura hasta la conquista de las formas actuales de investigación científica, que permiten al espíritu columbrar próximos y más prolíficos desenvolvimientos en lo personal y en lo colectivo. Atisbaba y aprisionaba el detalle, sin que se le oscureciese y falsease la visión del conjunto. Era muy capaz del análisis que fragmenta, que descohesiona, y de la síntesis que resume y totaliza aspectos aparentemente dispares o antagónicos. No era ni pudo ser nunca superficial a manos de esos escritores que creen tienen asido lo íntimo de las cosas cuando solo tienen meras y engañosas exterioridades de ellas. Su potencia crítica, su mirada espiritual ahondaba, ahondaba en ellas hasta desentrañar su significación real y su más recóndito sentido. Sabiendo que todas las cosas, aun las más aparentemente insignificantes, tienen su carácter intrínseco, su *personalidad*, su alma, él no descansaba hasta el momento en que esa alma, como seducida por atracción magnética, se dejaba aprisionar en su visión íntima luminosa y blandamente. En sus páginas no se siente cierto tono dogmático y campanudo propio de escritores de cierta laya capaces de creer, en su pueril vanidad, que son capaces de adoctrinar y dirigir el mundo a su antojo. Sus ideas surgían casi siempre espontáneas, de improviso, sin aparentes procesos de previa elaboración mental. Las ideas generales, reuniéndose en una concatenación lógica, para dar de sí una más o menos fundamental concepción filosófica, no se advierten en ninguna parte de la obra de Martí. No quita eso que esa obra no contenga multitud de profundos aforismos, de sugerencias mentales deslumbrantes y rápidas del misterio insondable en que se dilata y exterioriza la vida. Sus conceptos sobre tales cosas son siempre incidentales, fragmentarios. Su idea de la vida, en



todos sus aspectos, es esencialmente dinámica. La existencia, y buena prueba es la suya, se resuelve de continuo, para él, en movimiento. Es hombre de pensamiento que no se aquieta y de acción que vibra y se intensifica a cada paso. El dinamismo vital aparece, para él, siempre exteriorizado en miríficos aspectos de libertad, de nobleza, de equidad, de excelsitudes de sano y bienhechor idealismo. No vio o no quiso ver muchas repugnantes fealdades sociales. Con mirada compasiva, no exenta de desorden, contempló las envidias y los egoísmos que pretendieron detenerlo y desalentarlo. La mediocridad triunfante solo le impresionó pasajeraamente. Sin desanimarse ante el rencor o el odio de sus enemigos, no se detuvo nunca, aun defendiéndose, a hacer obra de escarnio o de venganza. Siguió su camino, como el dulce Redentor galileo, fija la mirada en lejanos y radiosos horizontes...

¡Cuánta bella página, cuánta página de emoción y de arte aparece con perdurable esmalte en el riquísimo acervo de su copiosa creación literaria! Quién no lee con emoción esa página de hermosísimo colorido consagrada a los *Héroes del Polo*, a los que fueron allá arriba, muy arriba, a buscar lo desconocido y solo encontraron una muerte gloriosa en lechos inmensos de nivea blancura... De Maceo, el titán cubano, acaso la más alta figura épica de estos tiempos, escribe expresivamente: «De la madre, más que del padre, viene el hijo, y es gran desdicha deber el cuerpo a gente floja o nula, a quien no se puede deber el alma; pero Maceo fue feliz, porque vino de león y de leona. Ya está yéndosele la madre, cayéndosele está ya la viejecita gloriosa en el indiferente rincón extranjero, y todavía tiene manos de niña para acariciar a quien le habla de patria... Con motivo de la muerte de Cecilio Acosta, el sabio y austero venezolano, dice cosas magníficas, que merecerían transcribirse íntegras... Principia así un artículo titulado *El general Gómez*: «A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un



par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano»... ¿No es verdad que hay resplandecientes condiciones de sencillez y sobriedad en esta descripción de su ya próxima llegada a la casa de la mayor y más fuerte columna de la independencia cubana?... Y en el mismo artículo este otro párrafo, que más de una vez se ha reproducido, y que tiene para nosotros los dominicanos un verdadero y singular encanto: «Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido bajo él el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico goce, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre»... Del inmaculado Estrada Palma, del maestro, dice lo siguiente: «Aquel hombre, a quien aman tiernamente los alumnos que le ven de cerca la virtud; aquel compañero que en la conversación de todos los instantes moldea y acendra y fortalece para la verdad de la vida el espíritu de sus educandos; aquel vigía que a toda hora sabe dónde está y lo que hace cada alumno suyo, y les mata los vicios, con la mano suave o enérgica que sea menester, en las mismas raíces; aquel maestro que de todos los detalles de la vida saca ocasión para ir extirpando los defectos de la soberbia y desorden que suelen afean la niñez de nuestros pueblos, y creando el amor al trabajo y el placer constante de



él en los gustos moderados de la vida; aquel educador que solo tiene la memoria como abanico del entendimiento, y no pone aquélla, como tanto pasante, en vez del entendimiento, sino que enseña en conjunto, relacionando unas cosas con otras y sacando de cada voz todos los orígenes, empleos y derivaciones, y de cada terna su lección humana»... ¿Para qué seguir copiando? Los escritos de Martí son como minas inagotables de metales preciosos. En cualquiera de ellos se ofrece margen para el aforismo o la observación elocuente y precisa. Es, por encima de todo, escritor en que se siente de continuo el relampagueo de las ideas. Su coruscante frase alberga siempre un pensamiento de cierta médula o una idea de prolífica transcendencia. Siempre tiene algo que decir. Otros suplen con la palabrería su impotencia mental para seguir hasta el fin el hilo de una idea; él coge, como quien dice, esa idea y nos la hace ver en toda su amplitud y con todas sus peculiares facetas. Es de la prosapia de los grandes escritores. Miguel Eduardo Pardo «califica la prosa de Martí como de *una regeneración*»; Rubén Darío la pone en todos momentos por las nubes; Bartolomé Mitre lo llama: «escritor original y pensador americano»... ¡Cuántos, cuántos otros no lo han merecidamente ensalzado en todos los tonos! Vicuña Mackenna, el gran escritor chileno, dice, hablando de él: «¡Estoy asombrado de Martí! ¡Qué modo de concebir y de expresar sus ideas! Maneja la pluma como Gustavo Doré jugaba con su lápiz»...

IV

¡Orador! Lo es en toda la plenitud del concepto. Su oratoria es cálida, conmovedora, cargada de ideas, poblada de imágenes, bien distinta de esa otra de corte académico, amanerada y fría, en que, previo un trabajo de penosa elaboración mental, refractario a sugerencias de la imaginación o de la fantasía, se ordenan y disciplinan los argumentos y se les coloca sucesivamente en posiciones adecuadas, como batallones en marcha. Es casi materialmente imposible precisar y juzgar las excelencias



de un orador de desbordante palabra, solamente por la lectura de sus discursos. El juicio resultará necesariamente incompleto. En el hombre de palabra fácil, de avasalladora elocuencia, se combinan, se compenentran con la excelsitud del pensamiento y la vibración emotiva, el ademán peculiar, el gesto flexible, presto y vivo, que en cierto sentido tangibiliza la idea, subraya con mayor o menor colorido los pasajes más salientes o intencionados. Ambos aspectos, el íntimo, el puramente mental, y lo que podemos calificar de externo, es decir, el timbre de voz, la pronunciación adecuada, el tono, el movimiento de la fisonomía, el de los brazos, necesitan confundirse para dar a un orador personalidad propia o inconfundible. Todo eso así amalgamado, tiene que surgir ante nuestros ojos para apreciar al que habla en su justa medida. Este es, en cierto sentido, un actor que interpreta ante el público cosas íntimas de su propia existencia. Pero sin necesidad de haberlo visto pronunciando un discurso es posible aquilatar con relativa certeza su personalidad de orador. Su sensibilidad exquisita, su hervor emotivo, su agilidad mental, su efusión comunicativa, se transparentan de continuo en sus discursos, en que la frase intencionada, el rasgo de fulmínea elocuencia, el dato de comprobación histórica, vienen siempre con oportunidad a robustecer lo que brillantemente sostiene. Es siempre su alma que habla, que se pone en íntimo contacto con su auditorio, asombrado y conmovido. Aunque aparentemente se relegue la idea a segundo término, o se haga menos visible, el orador, para conquistar el aplauso, para conseguir la adhesión de sus oyentes a lo que se propone, tiene que tomar la vía directa del sentimiento. Conmover, conmover, he ahí el secreto. Y no se conmueve con abstracciones, con sutilezas mentales, con juegos ideológicos, sino con el acento apasionado y vibrante que brota de lo más recóndito de nuestra facultad sensitiva. Las ideas han transformado y seguirán transformando el mundo; pero no han llegado nunca ni llegarán jamás al corazón de los hombres sino impregnadas del calor de vivificantes sentimientos. Martí sabe siempre colorear de vida sentimental sus más abstractos pensamientos. Sus períodos oratorios se suceden gallardos, rítmicos,



saturados de emotividad, sin nada de flojedades ni caídas. Las palabras brotan de sus labios y se esparcen por el ambiente caldeado de entusiasmo, como si fueran enjambres de mariposas que llevasen en sus alitas policromas efluvios de su alma noble y generosa...

Le son suficientes el arranque inicial, las primeras palabras, para predisponer favorablemente al auditorio. «Yo no soy un hombre que habla, yo soy un pueblo que se queja», dijo en no recuerdo qué acto, al principiar un discurso, y eso fue bastante para llegar hasta el alma de sus oyentes. Los períodos fulgurantes se suceden sin interrupción hasta dejar al público que le escucha, avasallado y rendido a sus pies... Cuando dice, comenzando su magnífica oración en homenaje a Bolívar: «Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar en América», esa sola frase identifica en un sentimiento a los que en el exilio viven soñando con la posesión de una patria en que morar como dueños, libres de toda humillante dominación extranjera... Es hermoso, muy hermoso, su vibrante apostrofe a la Muerte en el bello discurso a la memoria del poeta Alfredo Torroella... En la celebración del 10 de octubre, aniversario de la insurrección de Jara, exclamó expresivamente: «Cuando no se puede hablar con rayos de sol, con los transportes del entusiasmo, con el júbilo santo de los ejércitos de la libertad, el único lenguaje digno es el silencio... Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de La Demajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna, salieron a pelear sin odio a nadie, por el decoro, que vale más que ella; cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron a sus esclavos:» ¡Ya sois libres! «¿No sentís, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada?... ¡Para ellos, para todos ellos esos vítores que os arranca este recuerdo glorioso!»... De Heredia, el excelso cantor del Niágara, dice: «¿Qué tiene su poesía, que solo cuando piensa en Cuba da sus sones reales; y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, o el del mar que lo lleva a sus orillas, o el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa,



con florones caídos y doseles a medio color, y no, como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos?»... ¡Pídele!, ¡oh Niágara!, al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatarla a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, ¡oh Niágara!, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado! «Su fantasía se desborda a menudo en un lirismo evocador y fulgurante. En otro discurso su visión del pasado se enciende y magnífica: «Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entrena!, y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los indios del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, volcando sobre la cabeza la chuza emplumada, y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes»...

V

¡Poeta! Lo es indudablemente, pero de relativo mérito y significación en el sentido de lo que generalmente se ve, o cree ver, en esta palabra, esto es, un intérprete inspirado de visiones introspectivas y externas, en hermoso y artístico lenguaje rítmico. Hay más vibrante sentimiento poético, más reverberación lírica en algunas de sus producciones en prosa, en su prosa



plena de color y de imágenes, que en muchos de sus versos. En estos vislúmbrense desmayos en la entonación, en la energía creadora, y un si es no es de prosaísmo. En Martí hay, ¡quién lo duda!, emoción, lirismo sentimental, potencia imaginífera, personal musicalidad, cosas determinantes de una robusta personalidad poética; pero en lo tocante a la exteriorización, su expresión rítmica está muy pocas veces a la altura de esas relevantes cualidades íntimas. El sentido de limitación técnica que entrañan la metrificación y la rima exige impresiones, o ineludiblemente la acumulación del sentimiento o de lo que da margen á la creación poética en un estrecho espacio de fronteras infranqueables. No todos pueden adecuarse a moldes tan restrictos. Ese poder de acumulación intensa y honda de algo muy peculiar o íntimo es lo que da las verdaderas proporciones de un poeta de acentuada vibración rítmica. Lo que en su más amplia comprensión caracteriza la poesía lírica es su ingente o inmediato poder de efusiva comunicación con almas dispuestas a sentir idénticamente a la que produjo en ellas tales estremecimientos de admiración o de entusiasmo. En la obra poética de Martí hay muchos versos suaves, armoniosos, impregnados de acariciante y melancólica nostalgia. Los hay también de valor muy mediocre. Versificaba con cierta facilidad. Escribía a Gonzalo de Quesada; «De versos podría hacer otro volumen, *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, y lo más cuidado y significativo de unos *Versos libres*... no me los mezcle a otras formas borrosas o menos características»...

En materia de versos tiene propia y personal estética. Dice al mismo Gonzalo de Quesada refiriéndose a *Versos libres*: «A los veinticinco años de mi vida escribí estos versos; hoy tengo cuarenta; se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética.» En el prólogo de *Versos libres* se expresa así: «La poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de



lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo y al envainarla en el sol se rompe en alas. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida. No zurcí de este, o aquel, sino saqué en mí mismo. Van escritos no en tinta de academia, sino en mi propia sangre»... De *Versos sencillos* copio esta bella y sencilla poesía:

Yo visitaré anhelante
los rincones donde a solas
estuvimos yo y mi amante
retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
solos, con la compañía
de dos pájaros que vimos
meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos
en la pareja ligera,
deshizo los lirios rojos
que le dio la jardinera.

La madre selva olorosa
cogió con sus manos ella,
y ana madama graciosa
y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
abrirle su quitasol,
y ella me dijo: «¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol! »

Nunca más altos he visto
esto: nobles robledales;



aquí debe estar el Cristo,
porque están las catedrales:

«Yo sé dónde ha de venir
mi niña a la Comunión;
de blanco la he de vestir,
con un gran sombrero alón».

Después, del calor al peso,
entramos por el camino,
y nos dábamos un beso
en cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
al Lago mudo y helado:
clavaré la quilla triste,
posaré el remo callado!

VI

Martí no se aviene al enclaustramiento del terruño nativo, de la patria chica, como concreción completa de sus anhelos y de sus ansias de patriota, sino que extiende su mirada espiritual, para en una perspectiva de conjunto abarcar la inmensa extensión del continente donde moran diseminados millones de seres humanos que hablan la misma sonora lengua y tienen la misma resonante y dramática historia. Ya no es posible la confederación política soñada, por oponerse a ello dificultades de momento insuperables, o poco menos; no es posible negar que existe, con precisos lineamientos, una confederación espiritual que tiende cada vez más a unificar sus esfuerzos, para identificarse en los más llamativos y fecundos aspectos de su existencia colectiva. Sobre más o menos arbitrarias demarcaciones fronterizas, sobre los linderos establecidos por la suspicacia, o por egoísmos malsanos, pone siempre Martí una idea de bien caracterizado



hispanoamericanismo, en que se vincula el propósito de conservar intangible cuanto alienta y vive en nosotros de miríficas excelcitudes de la gloriosa civilización latina. De las Antillas, centro principal de sus aspiraciones patrióticas, nada se diga. Él las vio siempre inseparablemente unidas en su pensamiento y en su corazón. «Juntas han de sostenerse, o juntas han de desaparecer», dijo, elocuentemente, una vez... Encerrarse en un ancho o chico espacio limitado por fronteras caprichosamente señaladas, sin procurar alargar las manos por encima de ellas para estrechar otras de afinidad muy visible, pensando que nada vale la comunidad de ideas indispensable para la consecución de altas finalidades humanas, es cosa propia de la más crasa ignorancia o de colectividades que sitúan por encima de esos grandes idealismos de la vida, mezquinos o pasajeros intereses regionales. En el espíritu superiormente estructurado de Martí, nunca abrieron hondo surco pesimismo casi siempre fundamentados en una visión muy incompleta y deficiente de las cosas. En él no faltó nunca la impulsión anímica necesaria para dilataciones prolíficas de su pensamiento y su sensibilidad. En México, en Caracas, en Buenos Aires, en todas partes donde centelleó su pluma y resonó su palabra, esparció a manos llenas efluvios de su devoción a la patria grande, a la patria que se extiende, inmensa, pletórica de prodigios, desde el Río Grande hasta las remotas extremidades patagónicas. Sus permanentes propósitos de redención antillana son como el último eslabón de la cadena de esfuerzos de supremo heroísmo, realizados desde los agitadores comienzos de la pasada centuria para alcanzar la libertad política de América. En algunas de sus producciones se refleja su creencia en la posibilidad de la adquisición de una cultura americana lo más autónoma posible, integrada por resaltantes modalidades de la vida intelectual de estas repúblicas. Su concepto de esas cosas es siempre amplio, sereno, exclusivismos regionales, como de quien contempla el conjunto desde alturas donde no es posible ver los raquíuticos arbustos de la lejana llanura. Sin ofuscarse con los detalles, busca de continuo una visión integral. Si compadece con palabras de aliento a los pueblos de América



que vegetan tristemente a la sombra de ominosas y sombrías dictaduras, su confianza no se aminora en la irreducible creencia de que tales cosas, productos de accidentales circunstancias, son necesariamente de carácter pasajero, que han de desaparecer precisamente mediante el desenvolvimiento de elementos culturales que conforme al dinamismo social aparecerán con decisiva eficacia en el instante oportuno.

Martí se dio perfectamente cuenta que en ese magno empeño de formación de un ideal continental que correspondiese en un todo a finalidades de cierto orden de ideas renovadoras, los hombres de letras, los intelectuales, eran, y no podían ser otra cosa, que una especie de vanguardia lírica que se abría paso al través de las densas sombras de convencionalismos arcaicos y torpes preocupaciones, iluminando la vía tortuosa con las fulguraciones de la prosa y del ritmo. Tropezó más de una vez en su carrera con el escollo de menguados utilitarismos de gente que alardeaba de práctica, para no saber a ciencia fija que las sociedades, hoy más que nunca, no viven de lirismos. Los intereses materiales de la hora, sórdidos y potentes, absorben, o parecen absorberlo todo. Por más que el ejemplo de Martí parezca, en parte, desmentirlo, es lo cierto que hoy no puede concebirse un Pedro el Ermitaño que, con su palabra encendida, con su verbo fulgurante, sugestione y mueva las almas, conduciéndolas a la conquista de un ideal de desinterés supremo, de un nuevo sepulcro de Jesús. Es cosa innegable que los Jasones modernos no corren ya en persecución del mítico vellocino de oro, sino de cosas cotizables que puedan fácilmente reducirse a valores contantes y sonantes. La gloria militar no se exterioriza en ningún laurel alcanzado combatiendo por un alto ideal, sino enseñoreándose brutalmente de nuevos centros de producción y consumo. Los ejércitos son, bien miradas las cosas, los agentes, los factores principales en la definitiva decisión de pugilatos de competencia mercantil. De tonto pecaría quien, impresionado por tales aspectos de la vida moderna, se pusiese a lamentarlos fungiendo como un flamante Jeremías. Siempre es signo de virilidad aceptar de lleno las cosas, sin lloriqueos ni lamentaciones



ociosas. A nada serio y provechoso nos llevaría insurreccionarnos contra ellas. El mazazo formidable de la realidad nos aplastaría inexorablemente...

Como ya se ha dicho, y conviene repetirlo en todos los tonos, la fórmula de una unión estrecha y durable de la colectividad hispanoamericana se compendia en estas palabras: «Conozcámonos y complementémonos los unos a los otros.» La amenaza del yanqui, audaz y groseramente agresiva, gravita sobre nosotros. Ha creado para su particular y provechoso uso una doctrina de humanitarismo y cúratela de pueblos que es vistoso disfraz con que encubre voraces apetitos... *Words, words, words*, que dijo el gran trágico inglés... Palabras... Pero eso no implica un sentimiento de abierta hostilidad contra la gran democracia norteamericana. Lo esencial es quitarle todo pretexto de agresión, por la irreprochabilidad de nuestra conducta. Martí, como todo observador consciente de inequívoca imparcialidad, no escatimaba su admiración a lo mucho que hay digno de ello en la gran república, sin por eso desconocer lo que tiene de deficiente y aun de nocivo. El edificante y prolífico consorcio que allí se advierte de la mayor suma de libertades individuales posibles con un orden jurídico de completa estabilidad será siempre motivo de sincero encomio por parte de cuantos ven fincado en tal armonía el más efectivo desarrollo de cultura a que puede aspirar una agrupación social. En la democracia del Norte encontraba el gran tribuno cubano formas institucionales merecedoras de imitación; pero creía que la separa y separará de nosotros su olímpico orgullo étnico, que mira en estos países gentes de razas inferiores, y además su espíritu de grosero mercantilismo, que riñe abiertamente con muchas modalidades espirituales de la civilización latina. Martí vislumbra en ocasiones el porvenir con la clarividencia de un estadista acostumbrado a ver lo que se esconde a la generalidad en las evoluciones del organismo social. Se expresa respecto de los Estados Unidos, donde los cubanos exiliados encontraban apoyo y simpatías, de manera plausible y discreta, y que aun debe servirnos de norma de conducta: » No hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo



norteamericano, que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular el fuerte y empuqueñecersele es el modo certero de merecer la punta de su pie más que la palma de su mano. La amistad indispensable de Cuba y los Estados Unidos requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba.»

El anexionismo a que parecía y aún parece ladearse cierta porción de la clase conservadora de Cuba, más atenta a la seguridad de sus bienes materiales que a la posesión de una independencia que juzga vacilante y precaria, encuentra á toda hora en Martí un adversario formidable e irreducible. Su larga permanencia en los Estados Unidos, su diario contacto con el pueblo americano, su conocimiento profundo de lo característico de la psicología de ese pueblo, dan a su hostilidad acentuada a todo propósito anexionista la consistencia de un empeño que reposa de continuo en una argumentación robusta y casi del todo irrefutable. Podrían citarse numerosas opiniones suyas a ese respecto. Él quiere para su país una personalidad política autónoma, capaz de responder en un todo a exigencias ineludibles de la vida moderna. Relaciones íntimas de amistad con todos los pueblos, pero sin el más mínimo desgaste de cuanto integra la soberanía nacional. Con no sé qué matiz de melancolía se lee la carta de Martí, la última escrita por él, dirigida a Manuel Mercado, horas antes de caer gloriosamente en Dos Ríos, envuelto en la púrpura de su sangre generosa. «Yo estoy en peligro todos los días de dar mi vida por mi país, por mi deber —puesto que le entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por



las Antillas los Estados Unidos, y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos –como ese de usted y mío– más vitalmente interesadas en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá, y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte brutal y revuelto que los desprecia, les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda potente a este sacrificio que se hace en bien inmediato de ellos. Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en un rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta solo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga o les cree, en premio de su oficio de Celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante –la masa mestiza, hábil y conmovedora del país–, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros»...

En Martí culminan una suprema bondad y la tolerancia amplia y generosa de los espíritus de superior mentalidad que contemplan la vida desde una cúspide eminente, muy por encima del tumulto de pequeñeces y de miserias que produce continuamente la colmena humana. La roja flor del odio no esparce su perfume envenenado en su alma serena y castamente luminosa. Y eso, ni aun en los momentos más encrespados de su carrera revolucionaria. Ese atributo de magnanimidad ecuánime, de generosidad a prueba de vicisitudes, no se compadece con cierto radicalismo a ultranza propia de quienes, por su virtualidad transformadora, necesitan abrirse paso, hacha en mano, sin ciertos escrúpulos de un alto aticismo, cueste lo que costare, al través de las filas compactas de adversarios resueltamente, dispuestos a cerrarles el camino, y a ejercer sangrientas represalias.



En ciertas crisis de la Historia el odio tiene potente influjo, es factor de impulsión extremadamente necesario. Las guerras de independencia de América, incluso las de Cuba, no fueron en el fondo sino verdaderas guerras civiles. Y a medida que en ellas, en sus etapas sangrientas, se sucedían los hechos de barbarie y salvajismo, crecía, crecía, arroyuelo purpúreo primero, raudal caudaloso después, una corriente hirviente y arrolladora de odio, que mantenía los ánimos en perenne tensión y los llevaba a extremos deplorables, aunque dolorosamente indispensables. Tal estado de alma, en que la excitación de la lucha se había convertido en hábito, puede decirse explica bien muchos actos de crueldad en que incurrieron ambos contendientes en las guerras de emancipación americana. Se trataba de tirar una línea divisoria que definiese radicalmente las tendencias respectivas, excluyendo toda clase de desmayos posibles y convirtiendo en inmutable el propósito que ardientemente se perseguía: la independencia en el bando criollo, y en el otro la sumisión completa de este a los dominadores peninsulares. Solo así se alcanza a explicar el decreto de guerra a muerte de Trujillo, que tanto y tan superficialmente se ha censurado a Bolívar, enristrándole el calificativo de cruel, cuando no lo fue nunca fría y deliberadamente. Pasada la excitación, y bien deslindados los campos, el célebre decreto cayó en desuetud. Serenados los ánimos, corren vientos diferentes. Esos odios circunstanciales han desaparecido por completo, y solo sirven hoy como datos históricos para estudiar un período de merecida y transcendente resonancia. Entre España y las repúblicas hispanoamericanas los vínculos de solidaridad son cada vez más estrechos. Martí quiso la unión entre españoles y cubanos, como indispensable fuerza de cohesión para la república de sus sueños. Acaso continúe siendo hoy mismo para Cuba lo más conveniente y oportuno una unión íntima y cordial de elementos de indestructible afinidad, como son españoles y cubanos...

La vida de Martí, en todos sus aspectos, representa y representará perpetuamente un modelo incomparable de austera probidad y de serena y cívica grandeza. Para todo hispanoamericano



es deber sacratísimo rendir tributo de amor y de reconocimiento a su personalidad egregia. Y de imitarle también en lo que esto pueda sernos posible; en el viril cumplimiento de un deber cuando la ocasión así lo requiera, como lo cumplió él sin reparar en los obstáculos y con el desinterés sublime de desprenderse de amores y de goces para alcanzar la cumbre iluminada del más noble y fructuoso sacrificio. «La memoria de los héroes, si no sirve de lección objetiva para la posteridad, no sirve para nada», ha escrito Carlyle. En Martí parece haber dos naturalezas: la del apóstol que ve continuamente ante sí la columna de fuego de un ingente idealismo de hondas excelsitudes, y la del hombre de acción que concibe los medios prácticos necesarios para cristalizar su ensueño, y sabe aplicarlos en el instante señalado por las circunstancias. Para ambas cosas estaba admirablemente dotado. Acaso un sentimiento de exquisita delicadeza personal lo llevó en frágil barquichuelo a las playas nativas para tomar parte en la pugna fragorosa, cuando por su carencia de dotes militares era más provechosa su presencia en el extranjero. No quiso que se dijera, como se dijo, que él se quedaba tranquilo y seguro, mientras lanzaba los otros a la muerte. Y tras el peligro, del inminente peligro que se cernía sobre la mar embravecida en la noche tormentosa, sobre las sierras por las que vaga fatigado y ansioso, buscando el camino que le permita reunirse con los suyos, se va desolado sin escuchar ni un solo instante las exhortaciones de amigos que pretenden disuadirle del temerario propósito. Y en la tierra intensamente amada, en el suelo patrio que viene a redimir para incorporarlo a la América libre, cae prematuramente como herido por el rayo, paladín inmortal del derecho, sin haber tenido tiempo de gustar en él, siquiera brevemente, el fruto anhelado de su peregrinar incesante... El gran cubano es una figura que en muchos sentidos simboliza elocuente y bellamente el conjunto de aspiraciones enderezadas a la conquista de un ideal de hermoso y soberano americanismo, que lo mismo en lo político, que en lo económico, que en lo industrial, que en lo literario, que en toda manifestación de actividad mental, revele una existencia autónoma capaz de asimilar



y convertir en propia sustancia los más abstrusos y fulgurantes aspectos de la civilización moderna. En Martí ese americanismo fue canción, fue amor, fue discurso, fue lección patriótica, fue artículo periodístico, fue heroísmo, fue cuanto puede dar de sí un hombre tan vigorosamente estructurado para las más grandiosas y meritorias luchas del desenvolvimiento humano. Y por ese ideal magnificante, de insuperable grandiosidad, nuevo redentor galileo, cayó para siempre en las sombras de lo desconocido, palpitante de amor y de fe, con una plegaria de encendido patriotismo aún en los labios convulsos, y nimbada la frente soñadora con un resplandor de gloriosa inmortalidad.



José Enrique Rodó

Si hay en América un escritor de ideas de virtualidad transcendente capaz de sugerir, de enseñar, de adoctrinar, de esparcir en las almas los gérmenes luminosos de posibles renovaciones individuales y colectivas, es, sin disputa, el autor eximio y ya consagrado de *Motivos de Proteo*. Alejado por completo de la influencia enervante de escuelas o cenáculos, labora con desinterés absoluto, sin pueriles engreimientos de vanidad personal, en el ingente empeño de crear un ambiente espiritual americano, de médula hondamente humana, propicio a la eflorescencia permanente de iniciativas nobles y prolíficas. Sus méritos como educador social, como intelectual de innegable influencia en la juventud hispanoamericana que estudia con ahínco cuanto converge a propósitos de reconstrucción científica y coherente de puntos de vista nocivos imperantes todavía, como artista dueño de los secretos que imprimen ritmo y colorido a la palabra escrita, están ya, puede afirmarse, por encima de toda discusión. Saturado su espíritu perdurable o intensamente de un sano y vivificante aticismo de suprema y redentora eficacia, no se advierten en él las complejidades anímicas que en no pocas ocasiones dificultan la apreciación crítica de una personalidad intelectual de bien justificada nombradía. Bastante se ha discurrido ya sobre la personalidad de Rodó al analizar concienzudamente los principales aspectos de ella, siempre en proceso de actividad



intelectual y afectiva. En su visión serena y ecuánime de las cosas no hay nunca desbordados encrespamientos pasionales, ni el incendio devastador de rencores y de odios.

Acaso le falte una que otra vez el grano de ironía necesario en todo gran escritor que observa muchas flaquezas y debilidades de la realidad social circundante. Su actuación intelectual es como un lago de aguas azules y tranquilas, apenas rizado por la brisa apacible de la tarde. Su vida se dilata en un exclusivo sentido de bien y de belleza, que se condensa en el ejercicio de un benéfico apostolado espiritual y en mostrar a los que vagan extraviados por la oscura y dolorosa ruta de egoísmos torpes y malsanos la senda salvadora, o que considera sinceramente como tal. Su verbo encendido repercute con intensa fuerza comunicativa en toda la inmensa extensión continental americana de habla española. Se le admira y se le ama. La diatriba no ha zumbado a su alrededor. El desatado oleaje de imputaciones calumniosas no ha llegado a salpicar el sólido pedestal en que se yergue su figura simpática y gloriosa. En este estudio propóngome expresar sinceramente, sin pretensiones de acierto, cuanto pienso y siento acerca de la obra intelectual del insigne escritor uruguayo.

SU FILOSOFÍA

En nuestra mentalidad aún atiborrada de modos de ver y de entender anticuados, persiste la creencia de que solo merece en realidad el nombre de filósofo quien alcanza a encerrar en los límites más o menos amplios de una concepción metafísica su visión personal del mundo y de la vida. Para la mayoría solo pueden llamarse filósofos los grandes creadores de sistemas, los constructores de vastos monumentos metafísicos, un Platón, un Leibniz, un Kant, un Hegel, pongo por caso. Entendida de esa manera, Rodó no tiene una *filosofía*, es decir, una metafísica que pretenda encerrar en sus imprescindibles limitaciones cuanto atañe al ser y el conocer, cuanto se encamina a formular una



síntesis de la vida universal lo más amplia y satisfactoria posible. Pero sin llegar a tales sistematizaciones, es y puede apellidarse filósofo cualquier espíritu que atraído por el espectáculo de la vida en todas sus manifestaciones y en todos sus más recónditos modos de producirse, quiera subjetivamente explicarse tales cosas. Por el solo hecho de rastrear esa explicación, poniéndose en íntima comunión con la vida así considerada, da ese espíritu a su pensamiento investigador carácter fundamentalmente filosófico. Cuantos, en determinado sentido, ponemos nuestras facultades intelectuales y afectivas en relación con lo infinito, pidiéndole la revelación de sus misterios, podemos considerarnos como filósofos. El concepto cosmológico parece preocupar escasamente a Rodó. Su visión de la realidad es de esencia puramente psicológica.

Radica en cierto dinamismo personal, algo ecléctico, que busca en una especie de *devenir real* bergsonianos, fundamento para sucesivas y bien determinadas creaciones espirituales. Tal manera de ver excluye, o parece excluir, la acción de un determinismo cósmico aceptado generalmente, aunque ya combatido con vigorosa dialéctica por Boutroux y otros filósofos de bien merecido prestigio. Pero dentro de ese determinismo podemos y debemos fabricar nuestra libertad y proceder en consecuencia, como lo hace Rodó al darle finalidades pragmáticas en un sereno y bien depurado aticismo. Poco importa para los efectos que esa libertad sea realmente pura ilusión. Obremos como si no lo fuera, en un sentido de creación incesante de prolíficas orientaciones íntimas y colectivas. Tal *devenir* constante, tal peculiar manera de vislumbrar la vida como sucesión de estados de alma, de formas cambiantes del desenvolvimiento psíquico, imposibilita desde luego cualquier propósito de restringida sistematización filosófica, de carácter más o menos estático.

El problema del conocimiento –punto capitalísimo de toda investigación filosófica–, desde cualquier punto de vista que se le considere, reposa y reposará en la afirmación de que la única realidad posible es la que pensarnos y sentimos en nosotros, la que podemos aprehender con los medios y recursos de



nuestro mundo interior. El dinamismo psicológico de Rodó es la antítesis de cualesquiera clase de dogmatismos y de puntos de vista basados en una lógica estática, monística, integrada por categorías mentales de límites infranqueables, que no es, por cierto, la lógica personal, inconfundible, la lógica de las realidades sensibles, que se suceden indefinidamente en nosotros. Por imposiciones de su manera de ver y entender estas cosas no le sucederá a Rodó, como a tantos otros, que, después de sucesivos tanteos y radicales negaciones, reclinaron la cabeza atormentada, constreñidos por el ansia angustiosa del reposo definitivo, en la dura almohada de una concepción filosófica de urdimbre rigurosamente dogmática. Él se ha detenido en el umbral del misterio, sin pretender dar un paso más, convencido de la radical impotencia de nuestros esfuerzos para encontrar fondo, con la sonda del pensamiento, en la mar sin orillas de lo desconocido, donde, sin dejar escapar el más leve hilo de luz, vagan las densas sombras que envuelven el inescrutable enigma del destino humano. De ahí que su concepto psicológico evolucione en el sentido de una discontinuidad de aspectos que le permite franco acceso a una serie de concreciones pragmáticas, de indiscutible y benéfico influjo en el progresivo desenvolvimiento del espíritu humano. Esa discontinuidad de aspectos supone siempre una perfecta y bien precisada convergencia espiritual.

EL PENSADOR

En sus producciones se destaca, plena de luz, la austera figura del pensador. Lo es en toda la genuina y cabal extensión del concepto. Iluminado por el resplandor de una idea, busca otras afines menos visibles y las enlaza con lógica y cierta flexibilidad mental hasta elevarse a un concepto general comprensivo de cierto número de verdades o de cosas consideradas como tales. Su mirada escrutadora no se para nunca ante el muro de resaltantes exterioridades. El aspecto material de los hechos no absorbe, ni con mucho, su actividad investigadora. La idea



solo le avasalla y enamora cuando, mediante un proceso de fina dialéctica, la despoja de convencionalismos momentáneos, la desviste, por decirlo así, de ciertos efectos sociales hasta llegar a contemplarla en toda su olímpica desnudez. El mundo intelectual no es para él una mera sucesión de conceptos o abstracciones mentales. Acierto sentido conceptual, en muchos casos imprescindibles, vincula sin radicalismos exclusivos, modalidades muy acentuadas de su ser sensible. De esa manera, enlazando ambos extremos, lo intelectual y lo afectivo, parece llegar hasta el fondo mismo de la vida. Por condiciones de estructura íntima, su visión es de continuo optimista. De ahí su alto valor educativo, constructivo. El pesimismo, siempre negativo, socava, disuelve, destruye. No puede edificarse nada estable en la vida social sin un sentido rotundamente afirmativo de ciertas cosas espirituales. Él sabe perfectamente la inutilidad de cuanto intentemos, por la radical extirpación de muy sombrías formas del sufrimiento humano, radicadas en lo más íntimo del ser individual. Pero no es obra superior a nuestras fuerzas, aliviar y aun ennoblecer esos dolores. El hombre no es, como afirma Hobbes, malo *ad natiuitate*. En muchos casos es materia propia para modificaciones y mejoramientos. El pensamiento de Rodó, en actividad creadora incesante, esclarece la vía de esas modificaciones y mejoramientos. Como pensador estudia todo eso desde puntos de vista magistralmente escogidos, de un eticismo muy amable y muy humano. No es posible negar que cualquier realidad que provoque nuestra sensación se deforma en nosotros al traducirse en formas intelectuales o sensibles. Hay que orientar nuestra existencia individual por los rumbos luminosos a que la experiencia humana, un criterio razonado y la irradiación integral de la sensibilidad, han concedido un valor perdurable y prolífica eficacia. Así es, en su proceso de evolución íntima, el criterio ético del autor de *Motivos de Proteo*. No es obra de pensador considerar la vida como un mal, sino contemplarla cual es ella, libre de deformaciones, de injustificables convencionalismos y de seculares preocupaciones. Ni considerarla como si fuera obra maléfica ni amarla con fruición hedonista, con refinada voluptuosidad



epicúrea. Hay que buscar y tomar de ella lo que buenamente pueda darnos, lo que resulte de reconocida utilidad para nuestra existencia espiritual... Nuestro pensamiento, sin desgaste de la personalidad, debe, evolucionando cotidianamente, hacernos cada vez más dignos de más nobles y viriles empeños.

Su obra de pensador revela cierta insuperable ecuanimidad espiritual en que se adunan admirablemente el sentido de ciertos aspectos de la realidad objetiva y una visión de alta clarividencia idealista que colorea suave y bellamente esos aspectos, sin empequeñecerlos ni desfigurarlos. Su espíritu parece conservarse inmóvil, sin menoscabo, en medio de la corriente vertiginosa del tiempo, que nos lleva sin que casi nunca paremos mientes en ello, preocupados en la mezquina lucha de intereses efímeros en que gastamos nuestras mayores actividades. Pero su más alto timbre de pensador, de enhebrador experto de ideas provechosas, de adoctrinador desprovisto de acrimonia y de ninguna finalidad utilitarista, es poseer en grado sumo la envidiable y rara facultad de adaptarse momentáneamente, mientras lo exijan las necesidades de su prédica o de su enseñanza, a estados de alma diferentes y complejos, a menudo en discordancia con su manera de ver y sentir las cosas que se eslabonan en sucesión interminable, apreciando ideas, sentimientos, opiniones, orientaciones, cosas llamativas de la vida, con un criterio de efusiva simpatía, de tolerancia amplísima, de serena ecuanimidad que destierra de su crítica posturas artificiales, rasgos de autoritario dogmatismo, perfiles de afectación o de pedantería... Su pensamiento pertenece abierto a todos los vientos del espíritu. Con plausibles orientaciones de un eticismo amable y benéfico, observa y asimila cosas de lo exterior y las traduce convertidas en jugo mental capaz de ser utilizado para empresas de salvadora eficacia social. Lo más característico del pensamiento de Rodó reside en una obra de saneamiento espiritual, de vigorización mental, de direcciones de luminosa transcendencia. Su figura se yergue como en un permanente gesto de serena y efectiva *cura de almas*. Proclama y exulta ideales sanos y fuertes, tales como en la tormentosa hora presente lo reclaman con voz imperiosa



algunas de estas extraviadas o incoherentes sociedades hispano-americanas. Constata la necesidad de, por obra de nosotros mismos, ascender conscientemente por una escala de sucesivos perfeccionamientos. Si debemos evitar el contacto de nauseabundas realidades sociales, no se justifica una actitud de indiferencia o de cobarde retraimiento. Desgranemos nuestro pensamiento en palabras de amor, de consuelo, de fe, de afirmación en la virtualidad de nuestra potencia intelectual y afectiva para realizar una obra de oportunos y necesarios mejoramientos. Ahí, en ese magnífico propósito, en ese levantado y radiante ideal de bien, de amor y de justicia, toma vida, forma y color el pensamiento del admirable y admirado escritor uruguayo...

EL ESTILISTA

En su estilo vive y se dilata su alma. No es jamás llamada de incendio que calcina, sino resplandor que ilumina suave y bellamente. Una emotividad serena circula al través de sus párrafos ondulantes, de muy atractiva armonía. Diáfano, puro, nítido, el estilo de Rodó atesora suavidades de seda, fulguraciones de piedras preciosas, matices delicados y exquisitos, tonalidades de subido mérito pictórico. No cae nunca en efectismos rebuscados de un convencionalismo retórico, ya de capa caída. Sus efectos estéticos son siempre determinados por cierta espontaneidad creadora, avalorada de continuo por la alteza de las ideas y por la proyección de sentimientos nobles y proficuos. En su prosa finamente cincelada, dúctil, de delicados esmaltes, se unen en estrecho y amoroso abrazo el pensador genial y el artista exquisito. Su visión de las cosas aparece siempre diáfana, precisa, profusamente matizada, sin pinceladas chillonas, ni tonos difusos. Es un artista helénico, apolíneo, por la nobleza de sus actitudes, por su euritmia arquitectural, por su serenidad de líneas, por la precisión con que destaca en un ambiente de sugerente luminosidad aspectos más o menos salientes de lo más íntimo de su espíritu. Pero su visión, a diferencia del arte griego, vinculado



en la forma, es decir, en el límite, se explaya, arrojando vivos reflejos, en las sinuosidades y recodos de nuestra existencia psíquica, exenta de medida y ritmo precisos, no para hacer obra de maestro adusto, huraño, gruñón, sino –a modo de artista que busca la verdad envuelta en un resplandor de belleza– para advertir a los infinitos que parecen ignorarlo, que el ideal de mejoramiento, de perfección a que debemos aspirar no está fuera ni lejos, sino muy cerca, dentro de nosotros mismos. Y toda esta contemplación interior, *mística*, por cierto aspecto muy humano, de finalidad trascendente, aunque desinteresada en el más alto sentido, sin alardes de vanidad o de pedantería, adquiere una suavidad encantadora de colorido al troquelarse en su estilo, al dilatarse en su prosa fluida, tersa, serena, sin languideces enerzantes, sin encrespamientos de oleaje rugiente...

En no sé qué región deliciosamente idílica, de perenne embeleso primaveral, entre musgos de eterno verdor y flores de inextinguible aroma, brota de las entrañas de la tierra manantial cristalino, de que se forma pintoresco río de sosegada corriente, de apacibles remansos, sin saltos ni remolinos. En su linfa transparente y rumorosa reflejará los jirones de nubes multiformes, esquifes de ensueño que navegan en el azul del firmamento; retratará el ramaje que sobre él extienden los árboles frondosos de sus orillas, y en que, a toda hora, desgranran sus trinosavecillas policromas, melifluos cantores de la selva; hará resonar, noche y día, con modulaciones nuevas, la canción arrulladora de su perenne y acompasado murmullo, y así seguirá fertilizando la vasta y amena campiña, sin experimentar jamás, bajo la equidad protectora de un cielo de serenidad inalterable, el latigazo de huracanes que enturbien su corriente cristalina, encrespándola y trocándola en torrente impetuoso... Así el estilo de Rodó, sereno, arrullante, de mágico hechizo; expresión fidelísima de un espíritu armoniosamente equilibrado, de perfecta ecuanimidad, desligado por entero de los nocivos prejuicios que con frecuencia desnaturalizan nuestro personal concepto de muchas cosas de la vida...



SU PRODUCCIÓN

En *El que vendrá*, su más antigua creación literaria que conozco, la atención reflexiva se vincula con la fantasía creadora. Es un trabajo en que el juicio derivado de un examen detenido de lo que ha dado de sí la evolución artística en estos últimos tiempos, encuentra en ella los elementos necesarios para discernir más o menos aproximadamente lo que se prepara, lo que ha de llegar, lo que transformará más o menos radicalmente nuestros deficientes puntos de vista literarios de actualidad. La reflexión como que se complace en abrir de par en par una ventana hacia el porvenir brumoso, preñado de incógnitas. Esa producción es labor de vigoroso explayamiento juvenil. Se espera, hay que esperar. El que vendrá, al llamado a renovar una ideología gastada, enteca, y a señalar nuevos moldes de expresión artística, en consonancia con realidades sobresalientes del adelanto moderno...

En su *Rubén Darío* abundan los puntos de vista críticos, magistralmente escogidos. En su análisis del autor eximio de *Prosas profanas*, muerto recientemente, con hondo duelo del mundo de habla española, exhibe con particularísimo relieve las más salientes peculiaridades de su visión íntima y de su expresión artística. La página de Rodó acerca de Rubén Darío se me antoja definitiva o poco menos. En ella se encuentra, aun sin llegar a conclusiones integrantes de una visión crítica de valor total, lo más saliente y característico del gran poeta nicaragüense. Ahí está él con su técnica propia, con su riqueza verbal, con su potencia imaginativa, con su sentido exquisito de los matices, con sus refinamientos de aristócrata intelectual, con su artificialidad deslumbrante, con su intermitente simbolismo. No es, ciertamente, el poeta de América por la proyección de su espíritu saturado intensamente de modalidades exóticas que no se compadecen con formas muy características de la vida regional americana. Su poesía, francamente imitativa en su primera época, se nutre con refinamientos de una técnica propia y de técnicas de allende del mar. Alma de superficial



emotividad en que no estalla jamás la pasión con sus terribles desbordamientos, ni la llamarada de ideas de transformación social ilumina sus jardines interiores; Rubén Darío ha sido, por encima de todo, artista genial y soberano, pleno de excelencias de toda índole y revelando muchas veces acentuadas incongruencias e imperfecciones. No se puede ser, sino a ese título verdadero o inconfundible, renovador artístico como este luminoso y divino poeta.

ARIEL

Es *Ariel*, o debe ser, el breviario espiritual de la juventud hispanoamericana. Ese libro, reducido por el número de sus páginas, contiene más sustancia vital que muchos otros de más aparente importancia y mayor voluminosidad. Es la voz más simpática y cordialmente elocuente que ha resonado en América, preconizando con sincera efusión la necesidad de vigorizar un concepto de existencia personal, ennoblecido de continuo por un característico relieve de virilidad y carácter, e iluminado por una serena y proficua visión de belleza. Porque Calibán está siempre en acecho. Al utilitarismo grosero, a un concepto materialista que lo subordina todo a intereses sórdidos del minuto, pensando que la vida se concreta únicamente a la satisfacción de burdos apetitos, debe oponerse, como orientación saludable a la juventud que se levanta, otro ideal más alto y más noble: un sentido espiritual de las cosas en que florecen los goces más puros y delicados de la inteligencia y de la sensibilidad desprendidas de todo nauseabundo contacto con cosas de la realidad circunstante, torpes y efímeras. «Debéis –dice hermosamente en *Ariel*– principiar por reconocer un principio de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza, haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo, con Renan: «La juventud es el descubrimiento de un



horizonte inmenso, que es la Vida.» El descubrimiento que revela tierras ignoradas necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del fugitivo, vibrante, con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.»

La evolución social parece definirse para él en una renovación incesante de ideales. «A rey muerto, rey puesto», decían los viejos monárquicos. A un ideal extinto, por ley del dinamismo humano, debe suceder otro ideal de fuerza y proyección transformadoras. A la juventud, principalmente, toca el magno esfuerzo de apresurar la venida de las nuevas orientaciones. Cuanto el pesimismo intente para obstaculizar esa aspiración, resultará estéril y vano. No se mata fácilmente la esperanza; retoñará, más potente, una y mil veces si fuere necesario... «La juventud –exclama–, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades» En Grecia ve el símbolo de la juventud inextinguible. Conserva el alma siempre juvenil. Toda esta parte de *Ariel* es como un cántico helénico a la juventud arrolladora y triunfante. Las frivolidades del ensueño, los arabescos de la quimera, los contornos imprecisos de vagos idealismos, sirven, en veces, para apartarnos de la peligrosa ruta de infecundas o groseras solicitudes. La juventud representa el ensueño, la ilusión, la esperanza, las iniciativas fecundas, el ansia tumultuosa de vivir, el ariete que bate perpetuamente el muro de convencionalismos añejos y entorpecedores. «Las prendas derraman en ella misteriosos estímulos, como las del espíritu joven –agrega Rodó–, el entusiasmo y la esperanza, corresponden en las armonías de la Historia y la Naturaleza al movimiento y a la luz».



Pero esa fuerza juvenil, según el autor de *Ariel*, puede extraviarse o gastarse infructuosamente. Todo depende de cómo vibre en ella el ritmo impulsador de las ideas. En las almas juveniles pueden también arraigarse y medrar las plantas venenosas de helados escepticismos. Acaso una concepción prematura o incompleta de la vida de margen a que asome en esas almas jóvenes el perfil inquietante y trastornador de la duda.

!La duda! A cierta edad, esa suspensión del juicio, que es lo característico de la duda, ese titubear permanente entre soluciones opuestas, ese anhelo de una afirmación que disipa nuestras indecisiones, determina casi siempre una relajación de la voluntad que la hace impotente para la realización de bien-intencionados propósitos. Lo que robustece y vivifica el ánimo es la posesión de algo que se cree, o se supone, la verdad, y que sirve para dar a nuestro criterio la seguridad de una afirmación rotunda y que se nos figura indiscutible. Sin ser dueños de una creencia vigorosamente enseñoreada de nuestro espíritu, mal podremos determinar en los otros un criterio o una opinión que en nosotros permanece en la nebulosa región de lo vago o impreciso. Hay forzosamente que creer en algo para realizar alguna cosa. El escepticismo es una especie de cáncer de la inteligencia. El progreso se resuelve en una serie de rectificaciones, es decir, de verdades nuevas, provisionales acaso, pero que constituyen puntos indispensables de apoyo para continuar el gradual avance del espíritu humano, siempre en pos de más amplios y prolíficos perfeccionamientos. Debemos tener confianza en nosotros mismos, en nuestras propias energías. Sin fe, sin entusiasmo por un ideal, no hay acción, y si la hay, resulta desmayada y fría, sin virtualidades de completa eficacia. En épocas pretéritas el ideal religioso, firme y acendrado, llevaba a las almas, hambrientas de paz y consuelo, a prosternarse, a caer de hinojos ante los Cristos pálidos y exangües, coronados de espinas, erguidos en los altares marmóreos de las viejas catedrales góticas... Y esa fe espontánea y ardorosa obraba maravillas. En la actualidad solo debe imperar la Ciencia, la ciencia comprensiva y vasta, entendida en su verdadero sentido; esto es, la adquisición creciente de conocimientos



avalorados por la observación y la experiencia, para por medio de ellos hacer más amplio y más firme nuestro dominio sobre la Naturaleza. La Ciencia tomada como ideal de vida progresiva y fecunda, regida por principios de sana tolerancia, sin exclusivismos dogmáticos, debe y puede constituir la meta radiante de nuestros esfuerzos. Ciencia integral comprensiva de todos los anhelos de mejoramiento del ser humano, pero en ningún caso un absorbente y dogmático *cienticismo*...

Rodó quiere que esa juventud no retroceda ante ningún aspecto de la vida, por difícil o peligroso que aparezca. Aspira a una plenitud del ser, a algo que puede semejarse al sentido de *totalidad* personal de expresión de que habla Nietzsche: «Sed espectadores atenciosos –dice– allí donde no podéis ser actores...» «No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes.» Indudablemente todo eso es parte, y parte importante, del magno problema educativo, de una educación convergente que abarque una complejidad de aspectos fundamentales de la existencia individual y colectiva. Una especialización exclusiva sin puntos de vista generales, sin una perspectiva ideal sobre un amplio espacio intelectual, creará quizás profesionales diestros, de mirada experta; pero casi siempre determinará en ellos un sentido restringido de los problemas vitales que agitan la mentalidad de nuestro tiempo. Así lo ve el gran escritor uruguayo. «La intolerancia, el exclusivismo –expresa–, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aún simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.» La educación en sí, en su más amplia acepción, no excluye en manera alguna un concepto de utilidad, sino, al contrario, lo lleva implícito, como necesario y racional fundamento para posibles orientaciones sociales. Pero esa utilidad propia de toda



actividad intelectual, apacentada en determinadas finalidades de interés individual y social, no puede confundirse nunca con un utilitarismo burdo y estrecho que, a modo de divinidad pavorosa, requiere que se sacrifique en sus aras, como necesario holocausto, los altos idealismos que más ennoblecen y dignifican la existencia humana. Así, en la prédica elocuente de *Ariel*. Aun en lo que aparece revestido de propósitos de interés material, debemos esparcir fulguraciones de cierto noble desprendimiento individual, para quitarles, en parte, lo que pueda tener de mezquino o de innoble. Cierta filisteísmo, cierto burguesismo sin vistas a lo ideal, sin repercusiones de sentimientos nobles, exento de toda sugestión de vida interior, da la medida en estos países de la actitud mental de una inmensa mayoría. «Cuando —dice Rodó— el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presenté, los resultados del espíritu estrecho, y la cultura unilateral, son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de la vida, se convierten en una remota y quizás no sospechada región para una inmensa parte de los otros...» Solo la oportuna y discreta difusión de formas educacionales de cierta cultura coherente y progresiva, pienso yo, puede, mediante necesarias gradaciones, atenuar considerablemente, y aun hacer desaparecer en ciertos casos, esas resaltantes deficiencias de la mentalidad colectiva que de momento imposibilitan del todo, o poco menos, la aclimatación de ideas de sustancial y prolífica transcendencia. No hay, se me figura, otro camino. Esa renovación educativa, para ser viable, necesita fecundarse en un esfuerzo perseverante, de irreducible tenacidad, y en un concepto de ciencia lo más amplio y comprensivo que sea dable en el momento presente. Nuestra educación debe contribuir principalmente a facilitar la adaptación de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad a crecientes complejidades de desenvolvimiento social y a dar a nuestra vida regional y nacional un ritmo de hondo y bien entendido americanismo.



Rodó siente, contempla con mirada avizora lo que hay de peligroso para nosotros en la cultura peculiar de los norteamericanos. La sugestión de su prodigioso adelanto pone estremecimientos de intensa admiración en nuestras almas. «Y de admirarlos –dice Rodó– se pasa por una transición facilísima a imitarlos. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. Se imita a aquel en cuya superioridad o prestigio se cree.» Esa imitación debe comprenderse, en lo que tiene de conveniente y de oportuna, en un sentido de apropiación, de asimilación de formas determinadas de su cultura, de ciertos modos de ver y entender la vida privativos de ella, de su consorcio armonioso de la libertad y el orden, sin menoscabo en ningún caso de lo castizo y absolutamente propio de nuestra existencia colectiva. Todo aislamiento nacional supone desde luego cierta incapacidad dirigente. Unos a otros nos necesitamos. Toda civilización, por más original que aparezca, es compenetrable, en muchos de sus aspectos, con otra civilización. Modalidades de una pueden fundirse con las de otra sin apreciables discrepancias. «Comprendo bien –expresa el autor de *Ariel*– que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, su genio *personal*, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales o improvisados de imitación.»

Nuestra compenetración absoluta con la civilización norteamericana es imposible. Nos separan, como muro insalvable, peculiaridades étnicas de indiscutible raigambre, distinto idioma, formas de existencia social hartamente diferentes. Podemos y debemos asimilar con discreta oportunidad formas de su cultura en cierto aspecto superiores a la nuestra por sus



ventajosas finalidades prácticas; pero es deber nuestro rechazar de manera victoriosa cualquier intento, venga de donde viniere, enderezado a despojar a la colectividad hispanoamericana de sus atributos de vida autónoma y de la herencia moral, que constituye el más alto patrimonio de nuestra raza. Para defendernos de cualquiera agresión en esa vía, debemos poner de bulto, con la necesaria claridad, los puntos débiles de nuestra existencia social, que urge reformar y fortalecer para conservar en toda su indispensable integridad esa íntima fuerza espiritual que cohesiona el sentimiento de nacionalidad en Hispanoamérica. El peligro cobra mayores signos de gravedad si se atiende a que mientras los Estados Unidos presentan una masa compacta, reciamente estructurada, espiritualmente unificada en todas sus líneas generales, moviéndose por completo en un ambiente propicio a tales dilataciones, nuestras repúblicas, escasamente pobladas, esparcidas en un inmenso territorio, distanciadas moralmente, algunas de ellas más que si estuvieran separadas por miles de millas marítimas y por peculiaridades de sangre y de idioma diferentes; riñendo a cada paso por pedazos de tierra, cuando, por lo general, les sobra territorio; conmovidas algunas por un espíritu de impenitente y desastroso revolucionarismo, encarnado en un caudillaje desquiciador y estulto, les falta, en gran parte, consistencia, la robustez espiritual indispensable para presentar un bloque capaz de seria y porfiada resistencia. Seamos amigos, todo lo cordial o íntimamente que se quiera; pero de todas veras procuremos mantener intangible lo que espiritualmente nos vincula estrechamente y nos dice, con voces salidas de lo íntimo de nuestra conciencia colectiva, que solo en esa solidaridad espiritual puede realizarse el porvenir de gloria y de grandeza que seguramente nos reserva el destino...

No se hable, pues, de *deslatinizar* la América. Esa es aspiración de impotentes, impropia de pueblos de floreciente juventud, en que se escucha de continuo el himno alentador de la esperanza. En páginas elocuentes describe Rodó las cualidades sobresalientes de la civilización norteamericana.



«Ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad, que, si bien ha excluido las adquisiciones y aptitudes de méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del Derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente»... «El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió esta luz al calor de una piedad que aún dura. Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres»... Pero por encima de todo eso y de muchas cosas más de indiscutible excelencia que con serena belleza y notable profundidad enumera Rodó, culmina en aquella civilización la tendencia a absorber las formas todas del adelanto humano en una especie de concepto exclusivamente materialista de la vida. Admirémoslos en cuanto sean dignos de ello, pero sin ofrendarles ninguna partícula de nuestro espíritu. Busquemos en nosotros mismos los elementos para que, sacando fuerzas de nuestras propias debilidades, oportunamente robustecidas, podamos constituir una acentuada civilización autóctona en lo posible, y por todos conceptos capaces de asimilarse las formas más altas y complejas del dinamismo humano.

Este librito contiene una riqueza portentosa de ideas. Atesora el mágico prestigio de las cosas que gozan de juventud eterna. Los rumbos que señala permanecen y permanecerán inmutables, porque tienen su fundamento en lo más íntimo y vivificante de nuestra conciencia.



LIBERALISMO Y JACOBINISMO

Recojo aquí mis impresiones de una polémica vibrante en que, a mi ver, toda la razón militó de parte de Rodó. Ciertas acentuadas manifestaciones de intolerancia, muchas veces fuera de lugar, en ocasiones de carácter violento, resultan siempre nocivas en medios todavía no acostumbrados al choque resonante de ideas representativas de aspectos muy acentuados de la mentalidad de nuestro tiempo. Sin ningún respeto a la libertad de conciencia, intangible y sagrada, se atropellan con rudeza creencias hondamente arraigadas en el alma colectiva, y que por eso mismo vinculan una gran fuerza de dirección moral que solo espíritus muy superficiales, sugestionados por un sectarismo estéril, desconocen o no saben apreciar en su justo valor. Al fanatismo religioso que, durante siglos, convirtió la vida social en un inmenso charco de lágrimas y sangre, esbózase en algunos de estos medios, de todavía poco acentuada cultura, una especie de cierto fanatismo pseudo científico, inconsistente, aparatoso, muy disimulado bajo cierto tecnicismo, que tira a destruir implacablemente determinadas formas de vida interior, invocando principios que se van quedando sin verdadera significación trascendente, por lo repetidos y falseados, sin percatarse, ni poco ni mucho, del movimiento de ideas que, no hace mucho tiempo, iniciado y encauzado por ilustres pensadores, William James en primer término, va señalando en cierto orden de creencias muy íntimo, orientaciones verdaderamente luminosas, en un todo conformes con lo que se desprende del estudio sereno, imparcial y profundo, de la poderosa vitalidad del sentimiento religioso en el alma humana, eternamente ansiosa de algo suprasensible que, siquiera sea aparentemente, le explique el pavoroso enigma de su origen y de su destino...

Son muchos ya los que, pontificando en nombre de lo que se les antoja llamar la verdad, prosiguen con ahínco la insana obra de destruir toda clase de símbolos religiosos, y muy particularmente cuanto evoca el recuerdo de la gran figura histórica del fundador del Cristianismo. Y no ya en el terreno de la



investigación paciente y laboriosa, en el vasto campo donde chocan las ideas, produciendo vivos resplandores, sino en la realidad vibrante de la vida diaria, se van exteriorizando tales propósitos de intolerancia y de ningún respeto a las creencias ajenas, que por ello, naturalmente, se oyen a cada paso voces de alarma, gritos de protesta, clamores de conciencias duramente flageladas en su parte más sensible... Ya no es el horrible fanatismo, incinerador de herejes, a lo Torquemada y Felipe II, sino otro más propio del momento presente, por completo incruento y más manso en su aspecto visible, aunque menos sincero y lógico en el fondo, y con los mismos lineamientos de inflexible intolerancia. En nombre y representación de ciertos principios, falsa o exageradamente interpretados, se quiere ejercer un apostolado de aparente verdad, realizar una obra de ficticia depuración, sin darse cuenta que semejante propósito contiene en sí, por su agresión violenta al santuario de la conciencia individual o colectiva, gérmenes de contradicción resaltante, que tienden a esterilizar el cumplimiento del magisterio moral que se propone.

En virtud de una orden de la Comisión de Caridad y Beneficencia pública de Montevideo, se echaron fuera los crucifijos de las salas del Hospital de aquella cultísima ciudad. De ahí una controversia empeñada y ardiente, en que Rodó defendió con gran acopio, de erudición filosófica, de buena fe y con hermosa brillantez de estilo, los fueros de la libertad de conciencia y el verdadero concepto histórico, vulnerados o desconocidos por aquella censurable disposición. El autor de *Ariel* la calificó acertadamente, no como manifestación de «radical y extremado liberalismo», según frase de un periodista montevideano, sino como lo que es en realidad: «un acto de franca intolerancia y de estrecha incompreensión moral o histórica...» Hace ya mucho tiempo que para mí ha desaparecido la aureola de divinidad que muchos ven todavía en la serena y dulce figura de Jesús. Ya no se dirigen las almas por los senderos de la bienaventuranza eterna, arrastradas por la suave unción de su palabra encendida y persuasiva. Las concupiscencias innobles han marchitado la rosa mística de su ideal



de fe y de esperanza... Pero subsiste, firme o inquebrantable, a despecho de cuantas negaciones se hayan producido o puedan producirse, su ser moral, su personalidad de reformador, su recia y fuerte estructura de sembrador de altos conceptos de humano altruismo, antes que él, ciertamente, expresados de modo aislado aquí y allá, por algunos pensadores o reformadores; pero por él, únicamente por él, como bien lo advierte Rodó, cristalizados en el sentimiento colectivo, en la sencilla psicología de las muchedumbres seducidas por la novedad intensamente humana de sus ideas, destinadas a operar una transformación social de incalculable transcendencia...

He leído con reflexiva atención el libro de Emilio Bossi (*Milesbo*), ensalzado por unos hasta la hipérbole y por otros denostado con exagerada acritud. Contiene la más radical negación que hasta ahora se haya hecho de la existencia personal de Jesús. Está indudablemente escrito con cierto método científico, que le presta no escaso valor relativo; pero por todos los poros de su epidermis rezuma copiosamente, no un ideal de verdad serenamente perseguido, sino un propósito de proselitismo mezquino, de propaganda vulgar, que oscurece en gran parte algunas de sus páginas, las mejores, tal vez, de la obra. Como todos los que se dejan ir por la pendiente de las negaciones absolutas, fabrica teorías a su antojo, y así pretende reemplazar la ininterrumpida tradición de la existencia personal de Jesús con cierta evolución mítica, en que entran elementos de índole varia y discrepante que, bien profundizada, resulta más inverosímil y sin verdadera ensambladura científica. Para Emilio Bossi, el religionario de Judea es pura «creación teológica, dogmática y mitológica», y, fundado en ciertos pasajes de la metafísica de Fallan, el célebre filósofo alejandrino, atribuye a este el carácter de verdadero fundador del Cristianismo, indudablemente, aparece ante el examen crítico como un vasto conglomerado en que, sin necesidad de extremar el análisis, percíbense a la simple vista materiales procedentes de la cantera de diversos sistemas religiosos. Por eso, considerado en cierto sentido, carece de peculiar originalidad. Todas las religiones, anteriores o coetáneas,



han aportado, en mayor o menor cantidad, su contingente para la construcción de la vasta obra...

Nada de eso, sin embargo, invalida, ni mucho menos, la tesis brillantemente sostenida por Rodó. Como este afirma, el concepto de caridad había ya surgido, a manera de chispazos, en época anterior a Jesús, del cerebro de algunos sabios y poetas, mas sin positivo y visible alcance práctico, con valor puramente ideológico... El *Homo sunt...* de Terencio había sonado ya y dejado una estela de luz en algunas almas selectas. Pero ese concepto flota en las alturas de la intelectualidad vagas, embrionarias, sin contornos precisos. Las muchedumbres lo desconocen completamente. Para que esa idea se abriera paso y arraigara fuertemente en el alma colectiva, fueron necesarios la prédica persistente de Jesús y el ejemplo de su corta vida, plena de abnegaciones y desprendimientos. Ahí estriba su mayor mérito, la parte más perdurable de su obra, que cierto flamante jacobinismo al uso, intolerante y estrecho, pretende torpemente reducir a pavesas, en nombre de un liberalismo falso por muchos conceptos. En determinadas crisis históricas, nada hay tan terrible como ciertos hombres sustentadores de principios forzosamente relativos y que pretenden elevar a la categoría de absolutos. Producto de tal convicción, la lógica de esos hombres, implacable y dura, reviste toda la inflexibilidad de algo rigurosamente matemático. Ya Taine, en su maravillosa obra sobre la Revolución Francesa, lo hizo notar al referirse a ciertos hombres que actuaron en primera línea en aquel tormentoso y fecundo período de la historia humana. Ese jacobinismo resulta, en no pocas veces, visible antítesis del genuino liberalismo. Como lo sugiere un crítico al juzgar *Les jacobines*, la producción teatral de Abel Hermant, el jacobinismo, que ya tenía su política, va también formando su moral...

Es falso, absolutamente falso, como lo pone hermosamente de relieve el ilustre crítico uruguayo, ese mentido *liberalismo*, sectarista o intolerante, que solo por el propósito de destruir se ensaña con símbolos que evocan las más grandes ideas que han agitado, purificándolo, el ambiente, casi siempre deletéreo,



en que se mueve ese ser colectivo llamado Humanidad. Si de improviso se suprimieran de la Historia algunos nombres excelsos, verdaderas cumbres de positiva alteza moral, no se vería la Humanidad en su peregrinación al través del tiempo y del espacio, sino como un monstruo insaciable, alimentado solo con víctimas propiciatorias, como aquel terrible dios de la guerra, de los indios aztecas... Y entre esas cúspides, en la más altas, se levanta y se levantará siempre, aureolado por una admiración muchas veces secular, la figura serena y melancólica de Jesús, como miraje de hipnotizadora seducción para los hambrientos de paz, amor y justicia. Nada importa que mezquinos apetitos, intereses efímeros, espíritu de estrecho sectarismo, hayan enturbiado la linfa cristalina que brota de su código de perfección moral, el de más perdurable valor y alcance que haya producido jamás el esfuerzo individual humano. Su gloria de reformador social, grande y fecunda, esplenderá continuamente, como esplende, herida por los rayos del sol, la nieve perpetua, de blancura inmaculada, que corona las cimas más elevadas e inaccesibles de la tierra.

MOTIVOS DE PROTEO

Este es el libro capital de Rodó. En él se dilata con mayor intensidad su espíritu selecto y de honda palpación humana. No traduce anhelos regionales o continentales, sino vibra y se intensifica en un sentimiento general y profundo de humanidad. No hay en él exclusivismos espirituales de ningún linaje. Demostración palmaria de la aptitud mental existente en nuestras jóvenes colectividades hispanoamericanas –no obstante su desenvolvimiento histórico, en general incoherente y tumultuoso–, es este libro sano, provechoso, hondo, bello, saturado de intensa vida íntima, de trascendente psicología; flor de amplia y alta cultura filosófica y estética, que parece como legítimo producto de un medio de secular, compleja y refinada civilización, en que el cultivo persistente y metódico de ciertos estudios



permite, de vez en cuando, la aparición de escritores de la pasmosa flexibilidad intelectual y de la honda penetración psíquica del eminente autor de esta obra.

El pensamiento de Rodó, ondulante, *proteico*, de múltiples facetas, que arranca de la entraña de una convicción de penetrante raigambre, y del que fluye a cada paso la tolerancia relativa de quien –por cierta poderosa virtualidad anímica apacentada en el conocimiento del mundo exterior, y de sí propio en primer lugar– ha conquistado un elevado punto de vista que lo coloca muy por encima de cierto vulgarismo intelectual en moda, se desenvuelve gallardamente en estas páginas, con sereno ritmo, en progresión de sugestiva belleza, esparciendo efluvios de bien y de amor, que servirán quizás para vivificar muchas almas que yacen aletargadas por carencia de estímulos íntimos, bajo un espeso sudario de indiferencia o egoísmo...

«No se puede querer algo sin conocer algo», ha dicho Malebranche. Y de ahí que Rodó, en su dialéctica, que parece errar al capricho, fijándose como al azar en subjetivismos de diversa índole, señale –como resultado preciso de un proceso de conocimiento interior– en múltiples casos orientaciones luminosas que con ojo *vidente*, el ojo de que habla Carlyle, ha visto en sus exploraciones por ciertas honduras del espíritu, desconocidas o menospreciadas de casi todos los componentes sociales. Sin gestos ni alharacas de moralista desabrido que quiere disponer las cosas a su antojo, para cristalizar un propósito más o menos noble y quimérico de depuración social, Rodó se contenta con descubrir, desde la cima de su torre íntima, constelaciones nuevas en el firmamento del espíritu, para ponerlas con toda su deslumbrante precisión de trazos ígneos ante los ojos de muchos que en el presente momento de extravíos mentales, de desconcierto intelectual, no saben a qué carta quedarse, fluctuando entre direcciones espirituales disímiles que respectivamente se adjudican la posesión de un criterio de positiva certidumbre filosófica.

En cierto sentido, *Motivos de Proteo*, aunque más ampliamente humano, por su estructura íntima y por la tendencia noble



y desinteresada que vincula, es como la continuación natural y lógica de *Ariel*. Este libro ya contenía a aquél en potencia. En ambos se advierte, sin ningún género de esfuerzo, la exteriorización, cada vez más viva y luminosa, de un espíritu de superioridad incontestable que tiende a poner al descubierto, aclarándolo convenientemente, mucho de lo oscuro que impide el armónico y filosófico desenvolvimiento de nuestra vida introspectiva, llegando en *Motivos de Proteo* sobre todo a tocar en los linderos de la subconciencia, fondo de espesa negrura en que bullen, en confusión caótica, gérmenes atávicos, morbosidades ancestrales, residuos diversos y nocivos, de procedencia ignorada, que, sin sufrir la acción reguladora de una voluntad que los depure y discipline, suben de ese fondo negro, en ciertos instantes pasionales, invadiendo con irresistible ímpetu la conciencia individual y reflejándose en muchos de nuestros actos cotidianos.

Hay, pues, que escudriñar continuamente el conjunto de actividades que forman nuestro yo, introducir el pensamiento en sus más escondidos repliegues, *conocerse* con la mayor amplitud posible, para por ese camino poder uno reformarse constantemente, acomodarse, sin menoscabo de la propia personalidad, a las nuevas formas y exigencias que presenta la vida en su perpetuo dinamismo, siempre cambiante, siempre inestable, piélagos insondables permanentemente encrespados por la acción impetuosa de ideas en constante renovación y porfiado antagonismo. Conocerse bien, y conociéndose, ordenar nuestra vida sabiamente, para que pueda su reflejo exterior plasmarse en cosas noblemente prácticas de resaltante beneficio personal y general. He ahí la médula de este precioso volumen, pleno de seductores paisajes espirituales, rebosante de selecta y bien depurada erudición, sin garrulidades pedantescas, en el que con frecuencia se traen a colación, con discreta oportunidad, ejemplos antiguos y modernos comprobatorios de las ideas u observaciones contenidas en sus páginas, de singular y duradero hechizo.

El pensamiento capital de Rodó encerrado en este libro inconcluso (otro, *Nuevos Motivos de Proteo*, vendrá a completarlo)



puede condensarse en estas palabras suyas: «Renovarse, transformarse, rehacerse, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida.» «Nuestro yo –dice Guyau (*La educación y la herencia*) con gran profundidad– no es más que una aproximación, una especie de sugestión permanente; no existe, se hace, y no estará jamás terminado.» La vida, *rehaciéndose*, siguiendo una onda de eterna impulsión, crea, crea sin cesar. No hay, no debe haber en el desarrollo de la vida universal ningún círculo, ningún espacio cerrado en que moverse; la vida, en un proceso sin término de creación, tiene ante sí un océano sin orillas, horizontes sin términos... En Bergson, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predominante en toda la filosofía, el *devenir* real, según su frase, determina una creación incesante. Para el autor de la *Evolución creadora* «lo que aparece como nuevo en las cosas es de una novedad auténtica» ...El mito sugestivo de Proteo, divinidad que revestía a cada instante nuevas y curiosas formas para librarse de la importuna curiosidad de los que iban a visitarlo con el objeto de poner a prueba su potencia adivinatoria, guarda estrecha relación con esta obra, en que nuestro mundo espiritual ofrece a cada momento faces distintas, aspectos aparentemente divergentes, que responden de admirable modo al proceso de continua evolución en que se caracteriza y se dilata la vida.

Soberbiamente magistral es la parte de *Motivos de Proteo* consagrada al estudio detenido de cuanto integra la vocación, en que analiza con agradable o instructiva minuciosidad los factores internos que en gran manera la determinan y las condiciones exteriores de medio y ambiente que la confirman, anulan, extravían o desnaturalizan con relativa frecuencia. No he leído nada superior a este amplio y concienzudo análisis de la vocación. Al considerarla como «la conciencia de una aptitud determinada» entra Rodó en una serie de apreciaciones de rico jugo mental sobre sus diversos e interesantes modos de manifestarse y actuar, todo ello robustecido sólidamente con anécdotas y referencias históricas muy amenas y expresivas, desde la aptitud varia, que abarca diversos aspectos de la actividad intelectual, cosa cada



vez más rara en nuestro mundo moderno, tan complicado, de tan creciente complejidad, hasta la aptitud completa, muy restringida, única propia de nuestra época, que culmina en especialidades más o menos característicamente acentuadas. Esas vocaciones, en el transcurso del tiempo, surgen conforme las va necesitando el engranaje social, sin que nunca dejen de florecer en el instante y sazón oportunos... Hay siempre una gran fuerza de reserva: la infancia, en que germinarán copiosamente en el momento necesario.

¡Qué hermosamente expresa Rodó estas cosas!... «A nuestro lado –dice–, y al mismo tiempo *lejos* de nosotros, juegan y ríen los niños, solo a medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz a un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas frentes serenas, en esos inmaculados corazones, en esos débiles brazos, duerme y espera el porvenir; el desconocido porvenir, que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha, de candor tanto para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la contemplación de su debilidad, a una continua efusión de benevolencia...» Ocurre a veces que la vocación que en la época infantil se mostró con caracteres capaces de engañar aun a la mirada más perspicaz, corriendo el tiempo, se transforma y toma otros rumbos muchas veces inesperados. Todos hemos presenciado con cierta impresión de desencanto cosas semejantes. Rodó cree que eso puede suceder, no ya por la influencia del ambiente exterior, «sino por espontánea desviación del sentimiento y de la voluntad»... «Quizás fue ilusoria la vocación precoz; quizás aquel asomo de aptitud no fue sino imitación sagaz, pero vana; forma escogida al azar en el revuelo de una vivacidad que no tendía de suyo a objeto distinto; quizás, otras veces, el manantial que comenzó de veras



a fluir se extenúa misteriosamente en manos de la Naturaleza; no está desviado ni oculto el manantial, sino cortado de raíz. Pero quizás, también, es solo la conciencia de la aptitud la que se adormece, extraviando el sentido de la vocación; y por lo demás, la aptitud persiste en el fondo del alma, capaz de ser evocada, mientras dure la vida, por virtud de una circunstancia dichosa...»

Sobre todas esas cosas de aptitudes y de vocación extiende su mágico imperio el divino sentimiento del amor. Rodó desentraña sutil y bellamente lo que encierra este amor, revelando constantemente una suprema agilidad mental y un sentido de evocación sugestiva y radiante. «Si del amor, por su naturaleza y finalidad primera, deriva el hecho elemental de la civilización, en cuanto a él fue cometido anudar el lazo social y asentar de arraigo, en el seno de la madre tierra, la primitiva sociedad, errante e insólita, que los encendidos hogares ordenan un día en círculos donde se aquieta, la civilización, en su sentido más alto, como progresivo triunfo del espíritu sobre los resabios de la animalidad; como energía que desbasta, pulimenta y aguza; como lumbre que transfigura y hermosea, es al estímulo del amor deudora de sus toques más bellos...» «Transformándose para elevarse, a una con el espíritu de las sociedades humanas, el amor es en ellas móvil y aliciente que coopera a la perspicuidad de todas las facultades, a la habilidad de todos los ejercicios, a la pulcritud de todas las apariencias...» La intensidad de ese amor culmina en el sentido hondo y en la expresión serena de la belleza, de la belleza esparcida en los mundos de la Naturaleza y del espíritu y solo accesible por completo a las almas que caldea la flama del sentimiento artístico. Una estrechez de comprensión, de modos de ver y de entender, propios de temperamentos de sensibilidad rutinaria y superficial y de inteligencias sin lastre y sin revuelo, estará siempre distanciada de una concepción de sana y vivificante hermosura. El don de sentir la belleza se aquilata solo con particularísimo ritmo en el artista. «Amor es polo y quintaesencia de la sensibilidad –dice Rodó–, y el artista es la sensibilidad hecha persona.



Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir, y a eso llamamos inspiración en el poeta. Quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque carezca del don de plasmar en obra real y sensible ese divino espíritu que lo posee».

Sobre el *dilettantismo* –tan magistral y definitivamente definido por P. Bourget– dice cosas muy discretas y oportunas. El perspicaz crítico uruguayo, desmenuzando el concepto del *diletantismo* –aun considerándolo, en algún modo, como útil por «su impulso de renovación» y como «la forma natural de los espíritus contemporáneos»– establece la inanidad definitiva de tal modo de adaptación provisional, de carácter movedizo, a la realidad de las cosas, por carecer, por lo general, de la energía volitiva indispensable para determinar impresiones hacia objetos prácticos y fecundos. Fórmula de voluptuosidad puramente intelectual, circunscripta a una finalidad cambiante, rara vez provista de alcance transcendente, el *dilettantismo*, mariposeo de almas selectas, se reduce a algo como una excursión, muchas veces pintoresca y amena, por determinadas regiones espirituales, de la cual quedan solo, a la postre, superficiales ideas o emociones pasajeras y discrepantes...

«En el *dilettantismo* hay –afirma– un fondo que concuerda con la virtud más espontánea y noble del espíritu de nuestra civilización. Pero el *dilettante*, que tiene infinitamente activas la inteligencia, la sensibilidad artística y la fantasía, tiene inactiva y yerta la voluntad, y este es el abismo que lo separa de aquel superior linaje de temperamentos, que hemos personificado en la grande alma de Goethe. La incapacidad de querer del *dilettante*, su radical ineptitud para la obra de formar y dirigir la personalidad propia, reducen el movimiento interior de su conciencia a un espectáculo en que ella se ofrece a sí misma como inagotable panorama. Bástale con la renovación y la movilidad que tienen su término en las representaciones de la fantasía; bástale con la sombra y la apariencia. Así, todo es digno de contemplación para él; nada lo es de anhelo real, de voluntad afirmativa; todo merece el esfuerzo de la mente



puesta a comprender e imaginar; nada el esfuerzo de la voluntad aplicada a obra viva y concreta. No cuida el *dilettante* del desenvolvimiento de su personalidad, porque ha renunciado a ella de antemano; desmenuza y dispersa su yo en el ámbito del mundo; se impersonaliza, y gusta la voluptuosidad que procede de esta liberación respecto de su ser individual; liberación por cuya virtud llega a hacer del propio espíritu una potencia ilimitada, capaz de modelarse transitoriamente, según toda personalidad y toda forma.» No creo que nadie haya profundizado con tanto acierto en el concepto de las modalidades espirituales que dan la medida y las proporciones del verdadero *dilettantismo*.

Sin que por ningún modo huela o parezca oler a paradoja, bien puede afirmarse que de la labor de Rodó, apreciada en su totalidad y en su más recóndito sentido, se exhala un penetrante perfume de misticismo laico, estado natural de un alma de exquisita sensibilidad, enfervorizada en la contemplación de cosas de subido valor espiritual, que sin pretender, ya lo creo –a la manera de la insigne doctora avilesa–, *poseer a Dios por unión de amor*, aspira, por esa misma unión de amor, a vivir en íntima y perpetua comunión con la Verdad y la Belleza, diosas ante cuya soberana refulgencia olvidan muchos espíritus de selección sus dolorosas dudas y sus frecuentes y acerbos desencantos.

En la palabra serena y suavemente coloreada de Rodó, en su *alma escrita*, hay cierta unción evangelizadora, cierto no sé qué de apostólico, rayito de *sol místico* que insensiblemente se filtra, iluminándolas, en las tinieblas de nuestra conciencia. Su optimismo, ecuánime y reposado, tiene en ocasiones cierto parecido con la plácida resignación filosófica de Renan, forma en este último bien precisada de una inteligencia de superior estructura, noblemente curiosa y ávida de ciertos goces intelectuales que, con potente vuelo, se ha posado sucesivamente en las más altas cumbres del pensamiento, y desde ellas, atalayando un ideal de verdad definitiva, solo ha columbrado, detrás de mirajes engañosos, los pavorosos abismos en que se oculta, inaccesible e indescifrable, la esencia misteriosa de las cosas.



Pero el *renanismo* de Rodó, aparte de ciertas analogías escuetamente formales con aquel maestro del escepticismo amable e irónico, reviste, en cuanto permanente dilatación de un alma a trascendentes excelsitudes exteriores, aspectos de más elevada y proficua consistencia, por su perenne inclinación a condensarse en actos de probada eficacia social, descendiendo repetidamente desde las cumbres de la abstracción muelle y enervante al ambiente ensombrecido y escéptico en que se mueve desordenadamente la mentalidad contemporánea. Si hay uno que otro motivo para deslizarse a pensar, con Brunetière, que Renan no amó, o amó poco, la verdad (no estoy de acuerdo, en mucha parte, con esta opinión del eminente crítico francés), principalmente por ese fino escepticismo que le hizo rehuir toda base de certidumbre filosófica, o cosa parecida no es posible decir igual cosa de Renan, quien ama entrañablemente la verdad, si no cierta verdad, o serie de verdades, de convención o tradicionales, su verdad, la que cada cual se fabrica en determinados casos, y que en el autor de *Ariel* adquiere la forma y proporciones de una convicción de indubitable certeza.

La personalidad intelectual de Renan, en sus más salientes aspectos de director o removedor de almas, se nutre, yo así lo pienso, en cierto espiritualismo cristiano, no entendido, muy lejos de eso, en un estrecho sentido de sectarismo religioso, sino como germen prolífico de un ideal insuperable de progresiva perfección moral, capaz de realizar salvadoras transformaciones en la conciencia individual y en el organismo colectivo. Ama la verdad, su verdad, porque la verdad es lo más digno de amor que hay sobre la tierra. No cree, como lo da a entender Ibsen en algunos de sus dramas, que la consagración a la verdad, nunca o rara vez, produce la dicha. ¿Qué importa? ¿Qué importa tampoco la esterilidad, para muchos desconsoladora, de los resultados? La verdad, *nuestra* verdad, nos señala un rumbo, y hay que seguirlo sin inquietudes ni temores. Las almas vulgares seguirán presas de innobles concupiscencias, de torpes apetitos. En oposición a *Ariel*, el grosero Calibán gritará siempre:



I must eat my dinner.

La obsesión del más allá no esparce sombras de pesadumbre en el alma de Rodó, o, si lo inquieta, esta zozobra no palpita en su obra ni quita a sus visiones la serenidad helénica de líneas y el bello colorido que las reviste de tan mágico y secular atractivo. Su concepción de la vida tiene infinitamente más *de apolínea* que de *dionisiaca*, en el sentido en que modernamente comprendemos estos dos fundamentales aspectos del alma griega. Ve siempre la vida como encerrada en un marco de pura y resplandeciente hermosura. *Motivos de Proteo* es, en esencia, considerado en su fondo espiritual, y en sus finalidades de alto y general mejoramiento, un canto bello, sugestivo, armonioso, a cierto optimismo vital, muy íntimo, que condensa una manera muy personal de considerar la vida interior y la fragilidad irremediable de las cosas. No es dado ya a ningún espíritu viril tornar la vista al pasado, para buscar en él gérmenes de renovación o de perfeccionamiento. Somos nosotros mismos los que debemos salvarnos. Si se modifican o transforman concepciones religiosas que durante largos períodos históricos representaron nuestra aspiración a lo infinito, quedan todavía, para muchas almas, en pie, resplandecientes, erguidas sobre sus graníticos pedestales con la soberana majestad de las cosas perdurables, esas sublimes concreciones del espíritu que se llaman Verdad, Belleza, Justicia.

Del conocimiento metódico y detenido de sí propio, principio fundamental de esta obra –una de las pocas de sobresaliente mérito de que pueden enorgullecerse las letras hispanoamericanas–, se deriva la ingente necesidad, conviene repetirlo, de, reformándose continuamente, vivir con serenidad y nobleza, perfeccionarse en un sentido cada vez más amplio y comprensivo de la vida, tal como ella es realmente, tal como debe ser, no como en infinitos casos la han formado, moldeándola a su antojo, esterilizándola en gran parte, modos de ver y convencionalismos seculares o utopismos sociales vacuos y de nociva o peligrosa transcendencia. En *Motivos de Proteo* todo tiende, con suave ritmo, a proclamar, exultándolo, una visión optimista de



limpio abolengo, que no procede, como casi todas, de cierta manera muy epicúrea de comprender la vida, sino, en primer término, de la íntima satisfacción de conciencia que se produce en quienes, sin móviles ni propósitos interesados, cultivando intensamente su jardín interior, convierten en proyecciones externas de fecunda alteza moral cuanto encierra su espíritu de beneficioso y de bello. En *La pampa de granito*, parábola de sorprendente energía de visión, de vigorosa plasticidad, loa Rodó la eficacia concertante y directora de la Voluntad, y, preconizando su poder inmenso, exclama con avasalladora grandilocuencia: «Una débil y transitoria criatura lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipadora y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si solo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito, teniendo por amo una sombra que se ignora a sí mismo, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo.»

BOLÍVAR

Los ensayos de Rodó contenidos en su último libro, *El mirador de Próspero*, son en un todo dignos de muy sincero encomio, por las cualidades de concepto y las bellezas de expresión que esplenden en ellos. Parecen como *estatuas* de fino mármol pentélico, modeladas por un cincel ateniense, dueño de todos los secretos de la forma primorosa y acabada. Se destacan con precisión, luminosidad, armonía, en un ambiente diáfano, dorados por los resplandores miríficos de magnificentes idealismos, en que surge de continuo la vida en sus más hermosas y enaltecedoras manifestaciones. Pero esos ensayos magistrales vinculan más



efectiva transcendencia que esas estatuas del mundo clásico, de radiante simbolización, eternamente admirados en su sueño milenario de mármol, de serenidad, de gracia, de armonía perfecta... En las estatuas, en las construcciones esculturales de Rodó, admirablemente cinceladas, hay lo que no puede haber en ninguna estatua: el perfume, el color, la música, el movimiento, la vida... Sus ensayos versan todos sobre personalidades y cosas del mundo hispanoamericano. En ellos se ve de continuo una concreción mental en que la apreciación exacta y el juicio discreto y sagaz se compenetran con una visión de hermoso colorido artístico. Su hispanoamericanismo no tira a ningún concepto de exclusión ni a nada que tienda a imprimirle carácter dogmático o definitivo. Es consciente, luminoso, de creciente amplitud, de serenos y dilatados horizontes...

Es magistral el estudio en que exhibe, con penetrante análisis, aquilatada fuerza de erudición e insuperable vigor de colorido, la gran figura del más conspicuo representante de la epopeya de la independencia de América. La palabra, órgano maravilloso del pensamiento, aventaja indudablemente en fuerza de expresión, en color, en vibración, en plasticidad misma, a todas las formas y procedimientos en que se troquelan bellamente las creaciones artísticas. No hay simbolización bronceína o marmórea, figuración pictórica, que pueda presentar nada que supere en intensidad de expresión, en escultural relieve, al Bolívar magnífico esculpido por Rodó en estas páginas de permanente vibración, con el cincel creador de su alto y profundo pensamiento.

El Héroe está ahí, revivido, mezcla portentosa de idealismos, de ensueños fulgurantes y de resonantes y épicas actuaciones. Este Héroe sí es un verdadero profesor de energía vivificada por un ideal insuperable, de energía preñada de grandes cosas, de energía plastificada en el bronce inmortal de cinco repúblicas, de energía que la posteridad aclama y bendice, energía que no guarda relación ni punto de contacto con la de un Roosevelt, pongo por caso, especie de rudo y agresivo representante de un imperialismo grosero, enteramente desligado de las austeras



enseñanzas de los puritanos de la Flor de Mayo y solo encaminada a satisfacer las torpes ambiciones de una plutocracia ensoberbecida. Rodó ve, siente, comprende, cuanto hay en Bolívar de peculiarísimo, de original, que, comparado con grandes figuras de la Historia, lo hace resaltar inconfundible...

«Lo es –dice– por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha e inconfundible de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. La figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra, y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada o trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreducible, que supera e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso».

Si algunos escritores americanos, inspirados en móviles que no quiero analizar ahora, han pretendido oscurecer o falsear la personalidad deslumbradora de Bolívar, la inmensa mayoría ha sabido siempre hacerle cumplida y vibrante justicia. Acaso es el americano de alta significación que mejor ha sido estudiado en países extranjeros. En este ensayo se ve que Rodó ha sondeado los más escondidos rincones del alma tempestuosa de Bolívar. Parece haberse identificado con ella.

«Muchas vidas humanas hay –expresa– que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de fuerza y de grandeza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica... Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía en el medio y en la hora que apareció, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el calor escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y en una conciencia única... Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, le abre camino como conspirador y diplomático, hasta que, declarada



ya, remueve para ello los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político».

Vario, complejo, desconcertante muchas veces, propenso a producir una falsa orientación de juicio por apariencias poco más o menos importantes y estables de su peculiar psicología, Bolívar, bien entendido, da la impresión de una personalidad de muy poderosa fuerza sintética. Su genial mentalidad, amplia y asimiladora, le permite extraer de la realidad exterior cosas diversas y aun de pronunciado antagonismo que, por labor de misteriosa alquimia íntima, funde, armoniza, exhibe en sucesivas y resaltantes formas de actividad individual. Su unidad intrínseca exterioriza multitud de brillantes facetas. No han faltado quienes, tomando algunos de esos aspectos por el todo, hayan pretendido elevarse a una síntesis de su personalidad soberanamente compleja. Aspiración inútil. Por vía tan estrecha y fragmentaria solo puede llegarse a conclusiones erróneas. De ahí muchas apreciaciones evidentemente injustas. Cualquier espíritu zahorí puede descubrir la variedad personal detrás de lo vario y multiforme; pero difícilmente podrá encerrar esa unidad en una síntesis de carácter definitivo y satisfactorio por completo. Rodó parece haberlo conseguido. En su sereno y hondo juicio abarca toda la portentosa riqueza de facultades del Libertador, toda su vasta complejidad psíquica, toda su actuación heroica y deslumbrante, su ser integral, cuanto forma y moldea su unidad, cuanto comprende la totalidad portentosa de su yo...

Para mí, sirviéndome de la frase de Emerson, es el *representative man* de la independencia de América. Más alto que Washington en cuanto a facultades intrínsecas y a empeños que realizar, y de mucha mayor originalidad americana y riqueza de concepciones y de vida íntima que San Martín, el excelso paladín argentino. «Será siempre –dice Rodó– el héroe por excelencia, representativo de la eterna unidad hispanoamericana»... «No concurre en el Libertador –agrega– merecimiento



más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política.» Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada a los términos de Venezuela, ni de los tres, pueblos de Colombia, sino que siempre vio en la entera extensión del continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó desde el primer momento a su espíritu como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos.

En su genial iniciativa del Congreso de Panamá traza Bolívar la huella permanente de ese ideal de unidad inextinguible a que se refiere Rodó. Ideal de permanente vitalidad, especie de deslumbrante arco iris espiritual que va desde México hasta las rocas de la costa patagónica. Si de momento, por ahora, esa unidad hispanoamericana no puede ni podrá quizás en mucho tiempo elevarse a la categoría de hecho de resaltante efectividad, nada quita que, en el correr del tiempo, lo llegue a ser en forma que escapa por completo a nuestras miradas. Por lo pronto, vamos alcanzando ya una unidad espiritual que, bien vista, vale y significa más que la otra, la política. En torno mío oigo una voz que murmura: sueños, visiones... No es extraña esa voz en esta hora de mercantilismos sórdidos o de helados escepticismos. Para la hora en que empieza a incubarse su gestación, para los *prácticos* de ese momento, siempre las grandes cosas del adelanto humano fueron iniciaciones de soñadores y visionarios. Muchos espíritus, aun de gente reputada culta, no se detienen nunca a



pensar en lo que puede haber detrás de la superficie de las cosas. Su mirada resbala siempre sobre las rugosidades de la corteza de hechos que suponen definitivos...

¡Definitivos!... Esa palabra sola cuadra en el marco de una observación incompleta de las cosas. En su más profundo concepto no hay nada definitivo. Un ritmo de creación incesante y fecunda se dilata bajo apariencias más o menos estables. La relativa permanencia de determinadas exterioridades sujetas, como todas las cosas de la vida, a modificaciones en veces rápidas y en ocasiones de suma lentitud, y, por consiguiente, poco visibles, contribuye a la formación de un criterio de estabilidad, de cierta estática, que supone equivocadamente en los hechos una invariabilidad que están muy lejos de poseer. Corriente impetuosa y de cambiantes aspectos, la vida corre, corre incesantemente en el tiempo insondable y eterno, y nosotros con ella. Nada permanece estable. La fugitiva hora presente es ya diferente a la que acaba de hundirse en los abismos del tiempo.

Nada impide, pues, que el sueño aparentemente inasequible de hoy sea la realidad iluminada del mañana. Factores que no vemos en el minuto presente pueden presentarse y hacer irrupción en el momento oportuno para determinar el hecho anhelado. Para muchos prácticos de la pasada centuria la unidad germánica y la unidad italiana eran cosas irrealizables. Y hoy las vemos cumplidas, irguiéndose con el esplendor de las cosas relativamente perdurables. ¿Quién quita que así no acaezca con la ansiada y necesaria unidad hispanoamericana?... A mi lado, la misma voz escéptica sigue diciendo: Sueños, visiones... ¿Y bien? ¿Y qué? Sueños de esa especie, aun siendo de imposible realización o poco menos, sirven para dar a la vida orientaciones nobles y provechosas. ¿Acaso esa vida no es otra cosa sino un sueño febril, un sueño alegre o triste, atormentado o sereno, que transcurre rápido, bajo la caricia del sol y la pálida luz de las estrellas, en un ambiente perpetuo o insondable de misterio?... La verdad, la belleza, ¿no son también ilusiones fugitivas, creadas para hacernos más atractivo o interesante este mundo de apariencias, hasta que venga la muerte, pálida diosa, a depositar en nuestra frente el



beso helado de la liberación suprema?... «Hechos estamos –dice Próspero en el drama shakesperiano– de la sustancia misma de nuestros sueños, y un sueño encierra nuestra corta vida»...

MONTALVO

He ahí una de las figuras más grandes y prestigiosas de América. Es digna de honda admiración por todos conceptos. Atesora la majestad solemne y edificante de una vida de austera probidad, en que por ningún lado se columbran salpicaduras del lodo de cosas mezquinas y bajas. Mantuvo dignamente un gesto de vibrante protesta, de irreducible rebeldía, frente a instituciones retrógradas y a tiranías ensoberbecidas. Su pluma viril fue resplandor que ilumina y látigo que azota. El conservadorismo ecuatoriano, teocrático y absorbente, le contó de continuo en el número de sus más irreducibles adversarios. El ensayo de Rodó acerca de Montalvo tiene magníficas pinceladas, principiando por la descripción de Ambato, la ciudad natal del gran escritor, y por el fiel relato de las peculiaridades físicas y sociológicas del ambiente de la urbe en que se desenvuelve su existencia. De Quito, lo mismo. Lo característico y pintoresco de la sociedad quiteña en el primer tercio de la pasada centuria aparece ante nuestros ojos absortos con todo su propio y vivo colorido. Sobre todo, ¡qué bien observada la psicología individual y colectiva del indio!...

«Es triste esa vasta plebe cobriza –dice–, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe, y aún más que triste, sumisa y abatida. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo...».

En no recuerdo qué pasaje de uno de sus libros, dice Montalvo: «Si se escribiera la historia del indio en el Ecuador, haría llorar al mundo...» Hablando del indio en el Perú dice la distinguida escritora Mercedes Cabello de Carbonera: «Tristes



y silenciosos, han adoptado el color negro para sus vestidos, hechos de burda tela que ellos mismos fabrican, y ese luto dizque lo llevan por la muerte del inca.» Si en México una parte de la raza india, moldeada y educada por una civilización superior, ha demostrado una alta potencia de asimilación, como lo demuestra, entre otras figuras de notable relieve, la excelsa de Benito Juárez, bien puede afirmarse que en algunas regiones de Suramérica sigue formando rancho aparte, aislada, sin apreciable contacto con el adelanto social, especie de paria, de casta despreciable, incapaz de mejoramiento. Triste destino el de los dueños de este continente. Exterminados en las Antillas, acosados como bestias feroces en las regiones septentrionales y vegetando en casi todo el resto del continente, en la somnolencia de un embrutecimiento secular que no deja concebir la más leve esperanza de un desenvolvimiento intelectual y moral capaz de alzar esa raza degenerada a más nobles y racionales destinos. ¡Ah! Más valiera que durmieran como los pobres indios antillanos, en el mar sin orillas de la muerte, bajo una espesa capa de olvido, que no vivir así, si eso es vida, miseria fisiológica que en algunas partes va paulatinamente extinguiéndose, algo que pudo ser pujante factor social y que solo es montón humano que los descendientes de los conquistadores ven con reprochable menosprecio o pisotean con crueldad inaudita.

En tres aspectos puede condensarse la síntesis de la personalidad espiritual del insigne Montalvo: como pensador, como estilista, como paladín irreducible de las libertades públicas. En la amplia profundidad del concepto –Rodó lo hace entrever entre líneas– no puede considerársele como un verdadero pensador. «Cuando le sale al paso –observa– una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue, mientras ella da pábulo a la fantasía, o mientras no acude una idea nueva a torcer otra y otra vez su curso, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo que en los cuentos de hadas tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso, o el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo a sustancia y a orden dialéctico, el pensamiento



fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones»...

En la totalidad de la obra de Montalvo, aquí y allá, saltan, deslumbrando, como chispazos de ideas geniales, como fragmentos de conceptos, como partes o porciones de ideas generales; pero a menudo, por exigencias de método, o, mejor dicho, por ausencia de método, las ideas, en su proceso lógico, aparecen como parcialmente contorneadas, sin esos lineamientos precisos que forman la fisonomía de una concepción mental de verdadero relieve y contribuyen a fijar su representación intelectual, susceptible siempre de ensancharse en determinadas proporciones. Su parentesco con Montaigne, si bien se mira, estriba en ciertas analogías de procedimiento, sin nada de profunda similitud. El pensamiento en sí, la idea general enlazándose en concatenación lógica con otras similares, a la manera de Taine, para realizar una construcción mental más o menos estable, de más o menos plasticidad central, fundamental es cosa rarísima en Montalvo. El hilo que enlaza unas ideas con otras se rompe casi siempre en sus manos. De ahí la característica falta de unidad de algunos de sus ensayos. De ahí la ausencia de una visión de serenidad ecuánime, de virtualidad platónica, que es como forma de delectación morosa de almas selectas formadas para el cultivo puro y sereno de las ideas.

En Montalvo, el estilista y el paladín de la libertad parecen relegar en segundo término al pensador. La artificialidad deslumbrante de su estilo no impide casi nunca cierto derroche de espontaneidad individual de personalísima repercusión. No tiene rival en América en cuanto toca al conocimiento adquirido en las mejores fuentes de las excelencias y primores del habla castellana. En pleno siglo XIX, escribe como el mejor hablante de los buenos tiempos de la Literatura española. Quiere, o parece querer, una restauración de valores idiomáticos. Rodó aprecia con muy sano y discreto criterio la obra de restauración idiomática de Montalvo. «La prosa de Montalvo –afirma– es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella



forma extinguida...» A distancia de siglos, pienso yo, tales cosas, por más meritorias que sean, caen siempre en frío. Aun admirando el trabajo que semejante empeño aquilata, confieso que no son de mi gusto tales resurrecciones arcaicas. Si, como dijo una célebre escritora, hay que enjuagarse de cuando en vez la boca con el vino de los clásicos, esto, en cuanto se refiere a cosas de la lengua, debe siempre entenderse de limitada manera. No pueden vivir los idiomas como encerrados en ánforas de corte clásico, sino en pleno sol, modificándose conforme a ciertas variaciones de temperatura moral, a formas y maneras de desarrollo social. Nunca serán populares las obras de Montalvo. Serán siempre solaz y deleite de una *élite* de sibaritas y de retiñidos, únicos capaces de gustar la prodigiosa riqueza de su obra en lo que atañe a giros, matices y filigranas lingüísticas y sintáxicas...

Esa obra de restauración idiomática no es, ni con mucho, inútil en uno que otro de sus aspectos. «Aunque esa obra –apunta Rodó– sea en su conjunto singular o incomunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella, cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de su galeón de indias! Por eso el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugerencias para el intento en que ahora estamos empeñados de devolverle a la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos llegaron más que a demediar en la sintaxis y en el léxico...» Rodó ve en Montalvo algo del fervor del coleccionista, «y el gusto, como el discernimiento de cualquier especie de valor positivo –asegura con perfecto fundamento–, no son medidas que regulen el peculiar criterio del coleccionista para la valuación de las cosas en que se complace...»

De Montalvo quedará siempre en pie, erecta, con gesto de desafío, su figura arrogante de luchador, de forjador de rayos destinados a pulverizar engreídas tiranías y muchedumbres prosternadas ante ídolos de barro. «Cuando en un cercano porvenir –dice Rodó al terminar su magistral estudio– los pueblos



americanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá bustos y cuadros que la multipliquen en las bibliotecas y universidades de América...» Alguna elevada ladera del Chimborazo, a mi juicio, sería el mejor sitio para el pedestal en que se elevase, hecha de bronce o de mármol, la estatua del luchador egregio que supo condensar de insuperable manera la noble indignación de su espíritu rebelde en las páginas fulgurantes de sus tremendas *Catilinarias*...

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ Y SU ÉPOCA

Es el más extenso de los interesantes estudios que contiene *El mirador de Próspero*. Alrededor de esa curiosa o interesante figura exhibe otras de igual o parecida importancia, de manera que este discreto y sencillo ensayo resulta como un capítulo bien documentado de la historia del desenvolvimiento intelectual en la América latina. Siempre he pensado que nadie mejor que Rodó para escribir esa historia, con su sereno espíritu analítico, exento por entero de dogmatismos e intolerancias. El empeño no es tan fácil, que digamos. Esa historia, en el momento actual, no podría ser, en realidad, sino un agrupamiento metódico de datos bien seleccionados y de juicios de carácter fragmentario bien aquilatados dentro de un criterio de amplio y jugoso conocimiento de los factores que han presidido, y aún en parte presiden, ese desarrollo intelectual, ya que aún no ha sonado la hora de que el desenvolvimiento de referencia, por su carácter de cierta incoherencia, en extremo fraccionado, pueda aspirar a una integral unidad, a una visión amplia y segura de conjunto, a lo que debe tender toda crítica como finalidad necesaria: al establecimiento de una síntesis total más o menos satisfactoria y completa.

En el americanismo literario, en el completo sentimiento de la naturaleza y de la historia americanas, se encuentran las fuentes principales de una renovación intelectual en que, aun



predominando en ciertos momentos, respectivamente, formas clásicas o románticas, se evidencia la marcha ascendente hacia la conquista de una personalidad literaria autónoma. Rodó define clara y expresivamente lo que entiende por americanismo literario. Justo es detenernos en este punto para considerarlo en sus fundamentales aspectos, ya que ese americanismo constituye la orientación actualmente más acentuada de la joven literatura hispanoamericana. No constituye todavía un cuerpo preciso y bien definido de doctrina; pero establece ya con vigorosa lógica los puntos principales que vincula y las bases de natural desenvolvimiento en que se asienta. «De los ensayos de aquel tiempo —señala Rodó— procede el impulso original de americanismo que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido con las más exóticas tendencias de la imitación el interés de nuevas generaciones, y mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principalmente la atención del escritor a los cuadros e impresiones de la Naturaleza, a las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la energía del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora, y a las leyendas del pasado, en que infunden su cándida y heroica poesía los albores históricos de cada pueblo».

«Atribuir el significado de una afirmación del espíritu de nacionalidad a la preferencia otorgada a esos y otros análogos motivos, no envuelve una idea falsa, pero sí una idea que requiere extensión y complemento. Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse solo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca dramática de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. Más extensa, más varia, es la raíz que anuda la creación del poeta al suelo donde se produce. En la representación de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en la huella dejada por una tendencia, un culto, una afición, una preocupación cualquiera de la conciencia colectiva, en las páginas de la obra literaria, y



aun en las manifestaciones del género más íntimo y personal cuando, sobre los signos de la genialidad del poeta, se estampan los de la índole afectiva de su pueblo o de su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las citadas formas, la impresión de aquel sello característico. Además no es tanto la forzosa limitación a ciertos temas y géneros, como la presencia en lo que se escribe de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia sustancia cuanto la mente adquiere, la base que pueda reputarse más firme de una verdadera originalidad literaria».

Así, de esa manera, en esa acepción amplísima, en un espíritu de acentuada flexibilidad, en una facultad elástica de adaptación consciente, sin mengua ni menoscabo de la sustancia primitiva, de la originalidad fundamental cuya esencia debe conservarse inmóvil y sin desgastes en medio del dinamismo circunstancial, es que entiendo y preconizo fervorosamente el americanismo literario. Conservando lo esencialmente autónomo que entraña, que lleva en sí, que íntimamente lo caldea e intensifica, necesita para vivir, no una vida artificial y hueca, sino potente y robusta, aceptar sin temores ni titubeos la adaptación real, consciente, metódica y progresiva, a resaltantes y muy prolíficos aspectos de la existencia, moderna. Ningún ideal de bien definida civilización se desenvuelve o puede desenvolverse actualmente en un sentido de limitaciones o de restricciones. Hay que aceptar la vida tal cual se nos ofrece, tal como es, sin pretender en ningún caso desfigurarla a nuestro antojo. El americanismo literario, para alcanzar un grado de cultura que corresponda en un todo a necesidades y exigencias del proceso dinámico de la vida, debe inflexiblemente moverse en un ancho y dilatado espacio, en que caben sin molestarse cuantos factores se requieran para la consecución de las más fructuosas finalidades de la obra que persigue noble y ahincadamente. Se exterioriza o debe exteriorizarse en un *devenir* constante; que no es ni puede limitarse a un *llegar* a ser propio de la abstracción metafísica, sino el propósito de encarnarse en formas reales y sucesivas de la actividad creadora. «Una cultura novel y fundada



en libertad –sostiene expresivamente Rodó– solo va en camino de ser fuerte cuando ha franqueado la atmósfera que la rodea a los *cuatro vientos del espíritu*. La manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierne de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación».

Claro está que en nuestra época de inquietudes y zozobras, frente a pavorosos problemas de carácter netamente social, ni el arte ni ninguna manifestación activa de la vida pueden limitar su esfera de acción a asuntos propios del medio en que actúan, sino deben ampliarla cada vez más, de modo que nada absolutamente les sea extraño de lo que al ser humano se refiere. Si al escritor americano hay que exigirle un amplio sentido de las peculiaridades locales en que se mueve, de las realidades que lo circundan y dan inmediato pábulo con su sugestión constante y su privativo colorido a las creaciones de su fantasía, no menos debe pedírsele una inclinación decidida a lo que es en cierto grado superior a esas cosas de afinidad estrecha, a una vinculación lo más íntima y cordial posible, con modalidades espirituales de otros pueblos, sobre todo en las expresivas de tendencias que implican la realización de propósitos de alto interés individual y general. Los aislamientos desdeñosos, aparte de probar una mentalidad superficial, un concepto muy unilateral de las cosas, paran siempre en resultados en extremo deplorables para el organismo social. «Entonces, como ahora –dice–, el americanismo de paisajes, tradiciones y costumbres, si bien era incapaz de dar la fórmula de una cultura literaria que abarcase toda la sustancia poética o ideal de nuestra existencia, que satisficiera todas las aspiraciones legítimas de nuestro espíritu, representaba una parte necesaria, y la más fácilmente original, dentro de la complejidad de una literatura modelada en un concepto más amplio; y aun con mayor oportunidad ahora que entonces, él se adapta a un interés de la realidad social, por lo mismo que aumenta progresivamente el arraigo de los temas más universales, y que en esas ráfagas de antigüedad y de naturaleza pueda venir cierta virtud tónica y salubre para la conciencia de pueblos un tanto



descaracterizados por el cosmopolitismo y un tanto negligentes en la devoción de su historia».

En párrafos jugosos, nutridos de oportuna y discreta erudición y de puntos de vista perfectamente escogidos, expone Rodó con vigorosa argumentación las causas que, a su juicio, determinan los orígenes del desenvolvimiento intelectual en estos pueblos de civilización ibérica. En los países del Plata, como en todos los demás de América, el romanticismo, por su empeño de rebeldía contra viejos cánones y por su indiscutible potencia innovadora, aportó gérmenes copiosos de transformación o de necesarios rejuvenecimientos. Contribuyó grandemente a acentuar la tendencia americanista en el abierto palenque de las letras. «Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo —expone— la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y del precepto inviolable, aquella gran revolución reemplazaba con la espontaneidad que condujese a cada pueblo a la expresión de su carácter propio la imitación que a todos les identificaba en la misma falsedad; y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo del suelo, la época y el uso, a la abstracción de un clasicismo que, indiferente a toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no a la reproducción directa y concreta de las cosas, sino a la significación de la verdad ideal depurada de todo accidente, vale decir, de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica, de todo relieve de originalidad».

Necesario se hace confesar que, aun pasado ya, en mucha parte, el necesario período de imitaciones y tanteos, aun moviéndose ya su actividad mental en un propósito de creación literaria lo más autónoma posible, en exhibición creciente de producciones de cierta innegable originalidad, la joven literatura de Hispanoamérica no ha alcanzado, ni con mucho, el grado de madurez necesario para que resplandezca como acervo intelectual en que un característico ideal de americanismo predomine con señorial autonomía. «Juan María Gutiérrez —dice— se consagró a reivindicar para la América de su tiempo, en la obra de las



generaciones que precedieron a la suya, los títulos de un abolengo intelectual desconocido o desdeñado. La afirmación de la existencia y del relativo valor de ese abolengo fue inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor.» En *mi* nacionalismo, en el que sustentó aquí, en Santo Domingo, con fe de creyente en su virtualidad fecundadora, hay los elementos necesarios de carácter intelectual y ético para afianzar en estos países centrales de América –amenazados de continuo por la rapacidad yanqui y más aún acaso por sus pugilatos intestinos– un imprescindible concepto de vida independiente y libre. En ese nacionalismo, de ilimitada amplitud, impregnado de efluvios de muy pronunciado carácter humano, sin exclusivismos regionales o de campanario, compenetrado de las ideas de renovación que mueven el mundo, idéntico en un todo, en sus principios y en sus fines, al americanismo tan magistralmente expuesto por Rodó, se encuentra para mí lo único que pueda dar caracteres de indiscutible originalidad a una literatura fundamentalmente hispanoamericana.

Para que ese ideal se acentúe y cobre mayor vuelo, debemos los escritores de América tender a un acercamiento intelectual cada vez más íntimo y fructuoso. Salvo resaltantes excepciones, no nos conocemos como fuera deseable. Nuestro conocimiento es muy superficial. Nuestras relaciones son tardías, escasas e incompletas. Refiriéndome al movimiento intelectual rioplatense –tan acertadamente juzgado por Rodó en su primera época–, si aquí conocemos con relativa exactitud, por ejemplo, la labor mental de Ingenieros, Bunge, Carlos Reyles, Ricardo Rojas, Lugones, Aymerich, Giusti, Meüan Lafinur, Manuel Gálvez, bien puede afirmarse que nos es enteramente desconocida o poco menos la porción de ese movimiento a que se contrae el estudio de Rodó, pues de sus figuras representativas solo conocemos, a lo que recuerdo ahora, las estrofas centelleantes de Mármol, su *Amalia*, el *Facundo* de Sarmiento, algo de Alberdi, nada del Echavarría que con tan particular relieve se destaca en las instructivas páginas de este interesantísimo estudio. Lo que sí es popularísimo en estas latitudes – aunque ya de publicación posterior a la de la obra de



los escritores mencionados— es *Tabaré*, el magnífico poema en que Zorrilla de San Martín condensó con doliente y duradero ritmo las acerbadas nostalgias y los torturantes dolores de una raza moribunda. Una excelente revista de Buenos Aires, *Nosotros*, contribuye actualmente a dar a conocer en estos países algunos intelectuales argentinos de muy acentuada y singular valía.

DEL TRABAJO OBRERO EN EL URUGUAY

En la bella o interesante colección de ensayos y de artículos que forma *El mirador de Próspero* no ha faltado quienes hayan pensado que disuena, que se sale del marco, el importantísimo trabajo consagrado a la crítica amplia y concienzuda de una ley propuesta por el Gobierno uruguayo acerca del trabajo obrero en aquel país. No veo en ello motivo que justifique una censura. Muy al contrario. El concurso de todas nuestras actividades intelectuales debe ponerse sin excepción, en su cabal integridad, al servicio de cuanto, por cualquier sentido, amerite un propósito de gradual y positivo mejoramiento. Aunque el socialismo uruguayo no haya llegado, ni con mucho, a la fase aguda, al estado de exacerbación que ofrece a menudo en los grandes centros de población de Europa, no puede escaparse a ningún espíritu de amplia cultura, a ningún estadista previsor, a nadie que observe con viva atención estas cosas de tan vital importancia, la conveniencia de ir avizorando con tiempo las medidas legislativas que, en lo posible, regularicen y determinen, por su virtualidad legal, el funcionamiento ordenado y científico del conjunto de relaciones de orden económico en que se asienta toda forma de organización jurídica que tienda a eliminar conflictos, armonizando las tendencias siempre absorbentes del capital con las justas reivindicaciones de la clase obrera. En este trabajo demuestra Rodó concienzudo estudio de la evolución del socialismo en sus aspectos más culminantes y complejos, y aporta ideas cuya aplicación práctica podría en gran parte dulcificar, atenuar, modificar acaso radicalmente la crudeza de leyes injustas todavía vigentes...



Ha hecho bien Rodó en dedicar, siquiera momentáneamente, su clara inteligencia al examen de estos difíciles y palpitantes problemas. Arte y utilidad –dice él mismo al terminar ese jugoso y bienintencionado trabajo– pueden ir bien de compañeros entre nosotros, por cuanto tienen intereses convergentes y enemigos comunes. Una actividad gloriosa los identifica dentro de una capacidad única: el Trabajo, o, llamándolo con nombre aún más grande y más sagrado: «la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte... » Ya sé que se quisiera ver siempre a Rodó como sacerdote apolíneo, recluido en templo marmóreo, en gesto de perpetua devoción a serenos y hermosos idealismos. Se le quisiera ver pontificando únicamente en nombre de la Verdad y la Belleza, diosas permanentes de su espíritu, vuelto de espaldas a las realidades de la vida, con los ojos cerrados a la tormentosa realidad exterior, a las voces clamorosas de las muchedumbres hambrientas... Pero él no es solo forjador de ideas de prolífica transcendencia, no es solo artista embriagado en una perpetua visión de belleza: es humano, es hombre en la más noble integridad del concepto, y nada de lo que al hombre toque puede serle indiferente, como reza el verso de Terencio, y por eso nada más edificante, nada más bello, nada más excelso que verle descender, paladín gallardo de nobles reivindicaciones, a la candente arena en que se debaten ruidosamente los más arduos y pavorosos problemas de la civilización contemporánea.





Francisco García Calderón

El escritor peruano Francisco García Calderón es una de las figuras más expresivas y simpáticas de la naciente literatura hispanoamericana. Pertenece de pleno derecho al contadísimo número de jóvenes intelectuales de América dotados de la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más arduos problemas de la mentalidad contemporánea. Evidenciase con frecuencia en las letras hispanoamericanas un verdadero derroche de prosas efectistas y de puerilidades rimadas, productos, en muchísimos casos, de imitaciones exóticas; pero pocas veces se advierte en nuestro movimiento intelectual algo bien caracterizado que demuestre la tendencia a cultivar asiduamente estudios serios de positivo valor ideológico.

En un modernismo vago, sutil, cambiante, pleno de refinamientos artificiales de sensibilidad y de matices y filigranas de expresión, se consume la mayor parte de nuestra desbordante actividad intelectual. Afortunadamente ese modernismo va ya de paso, como quien dice, reemplazado por orientaciones de mayor amplitud humana y de un más propio y natural relieve artístico. De esas orientaciones, la más significativa y extensa es la que tiende a formar un americanismo literario que resuma y compendie anhelos y aspiraciones de la vida intelectual de estos países en todos sus más típicos aspectos.



García Calderón puede y merece citarse con caluroso encomio como una de las más resaltantes excepciones en ese empeño de pueril refinamiento emotivo y de exagerada innovación léxica que constituyó hasta ayer la manifestación más visible del modernismo en América. En él todo es equilibrado y sereno. Trata los más elevados y complejos asuntos sin asomos de pedantería, sin pretensiones de alta sapiencia, con muy apreciables condiciones de claridad y galanura de expresión, revelando en todo momento la posesión de un criterio muy personal y equilibrado, sin perderse nunca en apreciaciones fútiles e intempestivas y en digresiones que debiliten o desvirtúen la proyección directa de su pensamiento.

No tiene para él oscuridades enrevesadas ni exotismos desorientadores la marcha evolutiva, de fina y sutil complejidad, que imprime ritmo peculiar al movimiento filosófico moderno. Con inteligencia ágil y lúcida, como si de viejo estuviera acostumbrado a tan altas especulaciones, recorre con paso firme el enmarañado bosque del pensamiento filosófico precisando, como al paso, sin ahondar mucho, con cierta aparente y encantadora superficialidad, el lugar y el espíritu de cada escuela, y percibiendo claramente las conexiones, los puntos de enlace, la encrucijada ideal en que se confunden y se encuentran determinados sistemas...

El notable escritor peruano representó hace algún tiempo lucidamente a su patria en el Congreso internacional de Filosofía de Heilderberg y las crónicas que publicó referentes a la alta e interesantísima labor de esa reunión conspicua de notabilidades del mundo intelectual en que chocaron las ideas despidiendo vivos resplandores, dan brillante muestra de sus sobresalientes aptitudes para orientarse sin vacilaciones aun por las vías menos trilladas de la especulación filosófica.

La inteligencia de García Calderón, luminosa, flexible, desprendida de todo exclusivismo, ampliamente tolerante, sin ataduras escolásticas, sin dogmatismos sectaristas, se pasea, a guisa de viajero de observación sagaz y depurada que solo pretende reflejar simple y serenamente sus múltiples impresiones



de pensamiento abstracto, mostrando a cada paso que nada le es extraño de cuanto ha dado de sí la especulación filosófica de estos últimos tiempos en su tenaz y acaso inaccesible propósito de hacer luz definitiva sobre los oscuros y tormentosos problemas que se yerguen de continuo, amenazantes o desconcertadores, en las profundidades de nuestro espíritu...

A cada instante, y en muchas de sus más serias y reflexivas producciones, demuestra conocer a fondo, en todas sus singularidades intelectuales y éticas, el movimiento de perdurable renovación que a mi ver vincula el *criticismo*, no obstante puntos de vista posteriores que han pretendido, sin éxito comprobado, anularlo o modificarlo radicalmente. El *criticismo*, la especulación kantiana, en su profunda dilucidación del problema del conocimiento, problema capital, el verdadero problema fundamental en Filosofía puede decirse, es quizás el cuerpo de doctrina que más luminosas orientaciones ha señalado a la investigación trascendente. En el panlogismo, en el *devenir* hegeliano, ha visto lo que tiene de efímero y lo que pueda tener de relativo valor, por más que, a pesar de ser ese sistema la más vasta y asombrosa construcción metafísica de los tiempos modernos, el hecho mismo de contradecirse al señalar un término a la idea absoluta le despoja del carácter de evolución indefinida, ilimitable, a que parece corresponder el proceso de la vida universal. A García Calderón nada se le escapa de lo atañadero al positivismo comtista y al evolucionismo spenceriano, el primero actualmente en pleno desgaste por su falta principalmente de virtualidad psicológica, y el segundo en crisis de transformación, o cosa parecida, por recientes descubrimientos de las ciencias naturales que contradicen la tesis cosmológica de Spencer en algunos de sus principios fundamentales. Con pleno conocimiento de causa dilucida puntos del positivismo independiente, y estudia con claridad y envidiable precisión, las *ideas fuerzas* de Fouillée, el *élan vital* de Bergson, la crítica demoledora de Boutroux, el pragmatismo de Pierce y de W. James...

Lo más admirable de García Calderón es su manera sencilla, lúcida, sin alardes de pretenciosa profundidad, sin recargada



y ostentosa erudición, de exponer sobria y concienzudamente cuanto constituye los rasgos principales de los más altos intelectuales contemporáneos. Su comercio con ellos es activo y prolífico. Su curiosidad inquieta y ávida lo lleva de continuo a estudiar con sereno anhelo de verdad los más dificultosos problemas que pueden presentarse a la investigación humana. En su copiosa labor mental, en las páginas jugosas de sus libros amenos y muy leídos, no hay oscuridades ni cierta, clase de anfibologías muy comunes en la exposición de este linaje de especulaciones.

El estilo es siempre sereno, elocuente, discretamente matizado, sin retoricismos huecos, sin rebuscamientos ni trivialidades de expresión. Dice lo que piensa y lo que siente, siempre de modo muy personal y expresivo.

* * *

Hombres e ideas de nuestro tiempo, uno de sus primeros y más substanciosos libros, lleva un breve y muy laudatorio prólogo del insigne Emilio Boutroux, el gran pensador francés, una de las más altas y respetables mentalidades de la filosofía contemporánea. Es interesantísimo este libro por la alteza de los asuntos a que se contrae, y por la elevación y firmeza de los juicios. Dice Boutroux, en la bella carta que sirve de prefacio a este libro: «En vuestra dócil y flexible inclinación no os mueve nunca un frívolo espíritu de *dilettantismo*. Habéis comprendido bien que la hora presente es seria, que los individuos y los pueblos sienten la inquietud de su deber y de su destino, y que no basta sentir como artista la diversidad y la ansiedad de sus aspiraciones, ni resolver esas ideas y esas tendencias a la manera del físico, como manifestaciones fatales del juego natural de fuerzas físicas o sociológicas, sino que se impone la necesidad, humanamente, de tomar su parte en las cosas humanas, y buscar, de buena fe, en unión con todos, el sentido en que conviene orientar nuestra existencia...» «Aplicar la experiencia de la edad madura y al mismo tiempo guardar el vuelo, la fe y aun las ilusiones de la juventud, encontrar los medios de reunir en un todo vivo y armonioso



esos dos órdenes de cualidades, en apariencia contradictorias, es el consejo que dais a vuestra patria y que se desprende de vuestros estudios y de vuestras reflexiones. Creo bien que ese consejo conviene a todo el mundo y que en cualquier parte será provechosa la lectura de un libro como el vuestro».

Este volumen se abre con un interesante estudio acerca de Gabriel Tarde, uno de los cerebros más positivamente originales de la pasada centuria. Es de los pocos que señala direcciones nuevas al pensamiento moderno perdido en el dédalo de disquisiciones incongruentes y fragmentarias. Como dice muy bien el autor de este libro, florece a su sazón y a su tiempo. Una individualidad, por poderosa que sea, necesita fecundarse en la realidad que la envuelve, que la satura, por decirlo así, para poder producir sus naturales frutos. En Gabriel Tarde no hay que buscar, en cierto sentido, la potencialidad de un análisis que pretende llegar a un conocimiento desmontando pieza por pieza, rodaje por rodaje, la máquina más o menos complicada de los hechos que caen en el dominio de nuestra observación, sino al pensador que concatena, que eslabona esos hechos aparentemente dispares en una especie de concreción orgánica, para alcanzar una concepción integral de aspectos fundamentales del problema de la vida. En su examen del movimiento de las ideas en la evolución de las sociedades da Tarde quizás la nota de más curiosa originalidad que se haya producido a ese respecto.

García Calderón analiza fina y bellamente la personalidad del autor de *Les lois de l'imitation*, en sus principales aspectos. Quiso Tarde dar, y dio, a su concepción primitiva la concepción en que se basa cuanto produjo después como medios de aplicación provechosa, carácter pronunciadamente sociológico. Pero su concepto, míresele desde el punto de vista que se quiera, es netamente psicológico. «La impresión psicológica de sus libros –dice García Calderón– es que aquel espíritu era orgánico, vivo, agitado por el deseo de expresar peregrinas asociaciones, *a propos* de alta ciencia, y luchando con la impotencia necesaria del verbo. No podía ser estilista por esta acumulación, por cierto lenguaje incontenible y coloreado, que riñe con la unidad y con



el *lucidus ordo* de los clásicos. Pero, en cambio, no tiene la rigidez del pensamiento inorgánico, ni la inflexibilidad de las construcciones angulosas. Hay algo de savia vital en sus libros, calor de ciencia que se elabora continuamente en la retorta agitada del cerebro. En este metafísico y sociólogo había el germen de un poeta, y como siempre que se unen estas cualidades mentales, el producto es un bello ejemplar humano que va por adivinación adonde no llega por análisis, y que siente esa embriaguez sagrada de que hablaba un filósofo de la Grecia, Heráclito. Esa libre espontaneidad, ese lirismo mental, ese desorden que tiene un orden original y propio, da a la Sociología la misma prolífica abundancia de la vida».

En resumidas cuentas, la concepción de Tarde tiende a dar una interpretación satisfactoria de la manera como se efectúa el adelanto del ser individual y el ser colectivo. Quizás las transformaciones tumultuosas o intermitentes de que habla representan solo los momentos en que las ideas que corren por el subsuelo social revisten el grado de acumulación y de fuerza para hacer irrupción en la superficie y determinar nuevas y más amplias orientaciones sociológicas. Ese dinamismo transformador tiene su origen íntimo en la negación de virtualidades espontáneas de carácter íntimo. Lo determinan la aparición de ideas nuevas o cosa semejante. Esas ideas pueden venir de otra parte, de fuera, de otros medios; pueden también brotar de la actividad individual, siempre en proceso de creación. O se imita o se inventa: he ahí todo lo característico de ese dinamismo. Acaso, bien examinado el problema, contrario en cierto sentido al criterio de Tarde, la invención resulte creación, y esta no puede menos de suponer cierta espontaneidad. Sea como fuere no es posible poner en tela de juicio la originalidad de este sistema de explicación del dinamismo humano. Su mérito para mí estriba en que no excluye un ideal de adelanto cada vez más perfectible y más intensamente humano, en oposición parcial a un criterio sociológico radicalmente positivista que localiza todo ideal de progreso en el ámbito de sociedades que aparecen



y desaparecen desarrollándose con absoluta separación unas de otras. Durkheim es el sociólogo más radical en ese sentido, indudablemente erróneo.

«La tesis original de Tarde –dice– tiene dos fases muy originales: ha sostenido que la lógica es social, que las categorías, que el lenguaje, no son sino modos de imitación, reflejos centrales de un pensar común. La razón es así hija de la sociedad, y el hombre no es sino un sonámbulo». «No tener sino ideas sugeridas y creerlas espontáneas: tal es la ilusión propia del sonámbulo y también del hombre social, afirma Taine». Por ese sonambulismo se explica la pasividad social, el valor gregario de las muchedumbres, el poder de los grandes magnetizadores de hombres, y en razas de personalidad empobrecida por el clima o por la herencia, el servilismo, la ausencia de la discusión y el examen y la imitación ciega que copia todos los modelos, sin control ni crítica. «Vese por ahí hasta dónde puede llegar el radicalismo de una idea cuando se la conduce por la línea de una lógica cerrada, hasta a sus últimas consecuencias.

En otro jugoso artículo, «Tarde y el porvenir latino», abundan las apreciaciones críticas de singular importancia. Al hablar de latinismo no hay que entender actualmente nada que se refiera a una concreción de fundamental raíz étnica. Un concepto de raza enteramente pura, sin mezcla de sedimentos exóticos, no se compadece con lo que resulta de recientes investigaciones científicas. En las razas actuales, aun en las más aparentemente incontaminadas, hay muchos elementos de agrupaciones étnicas distintas. Lo que se cierne y flota sobre el oleaje de estas cosas de la vida y de la historia es un espíritu, una condensación ideal que resume y sintetiza formas muy peculiares de ver y entender el dinamismo social. Esa condensación es producto en gran parte de una herencia excelsa que representa la suma de los idealismos de alteza moral que en el transcurso de siglos han determinado poderosamente una época o una civilización. En ese concepto integral hay pueblos latinos, formas pronunciadas e inconfundibles de una cultura latina impregnada hasta el fondo de una proyección secular de humanidades, de cierto clasicismo



sereno, luminoso, libre por completo de artificialidades de decadentismos académicos.

«Tarde habla –dice García Calderón– de un renacimiento latino, de una suprema virtud del alma de esos pueblos que condena todos los fatalismos de la filosofía histórica; se levanta, sin aires de profeta, contra los vaticinios de una decadencia irremediable para los pueblos neolatinos. Esta oposición de pueblos latinos y sajones nace de la Reforma: es la creación reciente de un conflicto religioso que se disfraza de formas étnicas. No se basa en caracteres fisiológicos definidos, en posición geográfica, en pugna económica; su verdadera raíz está en la antítesis de dos psicologías... Hay una dirección divergente, un bifurcamiento en la Historia: dos razas, ni extrañas ni absolutamente heterogéneas en su tronco, que se separan por el legado lingüístico y religioso. Sus respectivos caracteres, sin ser antagónicos, se afirman y robustecen. La concepción sajona de la vida se funda en el puritanismo moral, en el apetito utilitario, en el empirismo, en el lento proceso inductivo; el alma latina es más ágil y artista, más deductiva y más sensual. Es una vida más libre y menos encauzada la de los pueblos latinos: un precioso don de alegría y de libertad alienta su marcha en el tiempo, y solo hoy, ante la porfiada afirmación de su envejecimiento, esos pueblos se estrechan y ceden, olvidando sus seculares dones de fe y de esperanza...»

En la unión estrecha e íntima de esos pueblos latinos ve Tarde lo imprescindible necesario para mantener una especie de equilibrio en el florecimiento respectivo de esos dos tipos de civilización que resumen, puede decirse, lo más alto y provechoso del espíritu humano. El tema no ha envejecido ni podrá envejecer. Ha sido, es y será de palpitante actualidad. La solución que ofrece Tarde, es decir, el estrechamiento de esos pueblos, para de esa manera formar una acumulación de energía que restaure alguno de sus aspectos hoy borroso o atrofiado, estriba en «preparar la unión de los pueblos latinos, comenzando por alianzas modestas, por uniones de pueblos más afines, hasta poner las bases de la gran confederación del porvenir».



En los mismos Estados Unidos «está el ejemplo de una población inmensa unida por vínculos de libre cooperación». En la concepción de Tarde florece una utopía noble y generosa que, aunque parezca cada vez más lejana, puede y debe servirnos por lo menos como orientación espiritual de soberana magnificencia... «Se formarían así –dice García Calderón en su exposición y acertado comentario de las ideas de Tarde– en el futuro dos alianzas inmensas, latina y sajona, que evitarían las luchas y las guerras y que darían a la civilización humana el aspecto de una grandiosa colaboración, sin mengua de la originalidad étnica y de la tradición moral e intelectual de los pueblos. El porvenir verá grandes uniones de razas, las afinidades se harán más enérgicas e imperiosas, porque la extensión de la cultura y la penetración de los ideales humanos uniformarán el tipo de los hombres en sus grandes aspiraciones colectivas. La suposición de Tarde sobre la necesidad de la futura federación es muy real; para unirse en pie de igualdad, para formar grandes asociaciones, hay que robustecer las tradiciones igualitarias de los individuos y de las razas. El imperialismo es una forma de asociación forzada y transitoria: la federación es el reflejo de la cooperación y del contrato en el orden jurídico internacional».

García Calderón atesora una gran facilidad para exponer con precisión y colorido lo más fundamental de los grandes pensadores de nuestro tiempo que desfilan por las páginas amenas y jugosas de sus libros. Su tarea, en gran parte expositiva, aparece siempre iluminada por puntos de vista de apreciaciones personajes de innegable mérito. No es nunca dogmático, y muy pocas veces resueltamente afirmativo. Él sabe bien que en nuestra época, de permanente agitación y de lucha, en que todo cambia y se transforma siguiendo las impulsiones de un permanente dinamismo, es y tiene que ser relativo cuanto tienda a dar caracteres definitivos a una verdad o a lo que desde nuestra observación personal elevamos a tal categoría. Toda conclusión cerrada de carácter rigurosamente dogmático supone siempre, o una estrechez irremediable de visión mental, o el ansia de un reposo final después de una serie de esfuerzos para alcanzar una



certidumbre que huye siempre, especie de sombra fugitiva, ante nuestros pasos y ante nuestras miradas anhelantes...

Este volumen contiene muchos otros trabajos dignos de mencionarse con sincero encomio. No lo hago aquí pues no quiero extender demasiado estas páginas. Son de verdadero jugo los que llevan los títulos de «Renan juzgado por Brunetière», «Menéndez Pidal y la cultura española», «Los ideales de la vida según William James», «Ariel y Calibán»... El último artículo del libro es de asunto puramente americano. Por eso me detengo en él, siquiera sea brevemente. Se titula «La nueva generación intelectual del Perú» y hay en él buen número de discretas y congruentes observaciones. Siento, al principiar, la necesidad de un mayor acercamiento intelectual de estos pueblos de cepa hispana. «Los vínculos geográficos y étnicos no se traducen por aproximaciones intelectuales. Y como solo la inteligencia une, mientras la pasión y el prejuicio separan y disuelven, a medida que nos ignoramos en el mundo de las ideas, nos alejamos en el orden de las realidades.» «Hace muchos años que vengo en libros, periódicos y conferencias, preconizando la necesidad de conocernos mejor, para por esa vía, completándonos unos con otros, modificar o suprimir nuestras respectivas deficiencias y llegar a constituir un orden de relaciones lo más robusto y orgánico posible.

«Estudiar a la juventud es conocer el porvenir», –dice expresivamente García Calderón–, y hay un mundo de verdad encerrado en esas palabras. Él quiere un ideal de vida armoniosa y estable del que se destierre inexorablemente todo género de exclusivismos. Vincular el raciocinio y la atención reflexiva a generosos entusiasmos capaces de despertar dormidas u ocultas energías. Quizás a eso debe tender toda consciente dirección espiritual que, sin renegar del pasado, porque no es posible –sin él cualquier educación resulta incompleta–, pueda alcanzar la realización de muy fructuosas finalidades. La juventud que abomine del pasado por un injustificable sentimiento de vanidad o de soberbia no podrá jamás poseer un concepto de la vida que imprima ritmo integral a sus aspiraciones. El pasado, por



cierta íntima fuerza, vive en nosotros. Cuando creemos haber-nos alejado más de él, surge de improviso con potencia irresistible. Nuestros antecesores, nuestros padres, los que terminada su labor se durmieron en la paz infinita del no ser, continúan viviendo en las profundidades más recónditas de nuestro mundo subconsciente. Pero aun así debemos, cuando lo creamos conveniente, reaccionar vigorosamente contra ese pasado hasta situarlo dentro de sus naturales límites. El pasado, en cierto culminante aspecto, debe servirnos para orientaciones necesarias, para, bien entendido, contribuir con el conocimiento que puede suministrarnos a adaptaciones sucesivas, a nuevos aspectos de la realidad que nos envuelve y penetra...

Lo étnico y lo circunstante determinan de cierta manera nuestro espíritu; lo moldean, puede decirse, hasta cierto punto. «No creo –sostiene García Calderón– que se pueda explicar el esfuerzo de un grupo intelectual sin ligarlo con transformaciones de medio o combinaciones desangre. Cuando un alma nueva se esboza en una generación, hay algo que la prepara en la vida. Una literatura joven y robusta es un signo de esperanza. Cierto es que en épocas de decadencia moral y de disolución política, en la Roma moribunda, en las brillantes repúblicas italianas, un arte refinado y culto, un pensar generoso y vibrante, surgieron como vegetación maravillosa e insólita. Pero esa parte, que siempre tuvo algo de imitativo y de enfermizo, solo hizo más grande el divorcio entre el espíritu de la multitud y el alma de aquellos ingenios selectos, estimulados por la protección de los Mecenas o de los príncipes... En la literatura joven de América, aun cuando se deleita en morbosos decadentismos, se nota savia de vida nueva y abundante energía».

El autor de este libro analiza sagazmente los factores convergentes que determinarán la evolución intelectual de la sociedad peruana, como, salvo accidentes locales, de las demás colectividades sociales de la América latina. En el militarismo primitivo, en un acentuado espíritu burocrático, en la tendencia a resolver por medio de revoluciones los problemas políticos, siempre, o casi siempre de carácter personal, se condensarán



los principales aspectos de la evolución de estos países; y, naturalmente, extraviadas de esa manera las actividades individuales y colectivas el resultado, como era de esperarse, tuvo que ser, y fue, funestísimo. Todavía estamos tocando las lamentables consecuencias. Pero el industrialismo, tomado como fuerza exclusiva de la dirección social, no es menos nocivo, como lo afirma el escritor peruano que motiva estas líneas. Sostiene también la necesidad de la intervención de los intelectuales en la vida política, para evitar ciertos excesos. «En nuestros países –dice– solo los intelectuales (que no deben ser confundidos con los retóricos) pueden dirigir la política.» Esa afirmación fue escrita hace diez años, y no sé si García Calderón continúa aún sosteniéndola. Por lo que a estos maizales se refiere, los *políticos* son, y parece, por lo que se ve, que continuarán siéndolo, los que se llaman a sí mismos *prácticos*, es decir, gente incapaz de todo sano control jurídico y dispuesta a toda hora a recurrir a los procedimientos más abusivos y de acción más estulta y violenta. Los intelectuales de verdad son en estos países, por lo que a la política atañe, meras figuras decorativas...

García Calderón termina su bello estudio con estas hermosas palabras: «En todo espíritu joven canta una alondra, que saluda siempre, como en la tragedia de Shakespeare, a la aurora de los amores y de las esperanzas. Unámonos, pues, todos los jóvenes de la América española en el amor de un mismo ideal, hecho de justicia, de sinceridad y de paz»... Toda la actuación intelectual del escritor peruano ha respondido constantemente a tan noble y salvador propósito. Ojalá toda la juventud intelectual de la América hispana lo imitase en lo mucho que hay en él de acendrada devoción a serenos y luminosos idealismos.

* * *

Profesores de idealismo es un libro bello, ameno, de veras interesante, nutrido de juicios plenos de rica y bien depurada



erudición, y avalorado de continuo por un criterio firme y seguro. Por los asuntos tratados resulta como la continuación de *Hombres e ideas de nuestro tiempo*. Pero en *Profesores de idealismo* hay como mayor dominio de las cuestiones que examina y como más agilidad y concisión en el estilo. En el otro, en el anterior, adviértese como una exuberancia de bosque virgen. Las ideas, una que otra vez, se entrelazan como árboles de muy copioso ramaje, permitiendo apenas precisar su filiación y sus puntos de engarce, por más que este sea siempre excepcional. En *Profesores de idealismo* ya no se vislumbra nada parecido o semejante. La ordenación ideológica responde a un sentido claro y preciso del asunto, que no permite enmarañamiento ni confusiones. El estilo, sin aparecer demasiado recargado y frondoso, es diáfano y serenamente expresivo. Este libro proporciona un no muy agradable esparcimiento intelectual. Por sus páginas vibrantes circula sin interrupción una corriente de fecundizadoras ideas. Hay en él vida intensa, vida copiosa que se derrama constantemente, impregnando el ambiente de aromas de un espiritualismo amable y vivificante...

Hay en esta obra estudios muy bellos y sugerentes; «Pro Taine», pongo por caso, es un hermoso y vibrante artículo, en que hace destacar en plena luz la figura, austera y melancólica, del pensador genial que vivió perfectamente en la serena región de las ideas generales, y que solo contempló en la existencia algo así como la noble concreción de un supremo ideal de verdad y de bien.

Su eticismo, saturado intensamente de los *Pensamientos* de Marco Aurelio, determinó en su vida de sabio estoico una constante proyección espiritual de alta nobleza.

Como filósofo no es aventurado suponer que carece de positiva originalidad. Su criterio, como ya se ha demostrado, se abreva en el positivismo, sobre todo en algunos pronunciados aspectos del positivismo de ciertos filósofos ingleses de alto renombre, y lo que se juzga de exclusiva creación, la crítica científica, en que la raza, el medio y circunstancias del momento determinan y explican en gran parte la obra intelectual, aunque



ya envejecida en no escasa parte, tiene antecedentes, y no muy lejanos, por cierto. Sainte-Beuve, dice el escritor francés E. Ledrain, conocía y practicaba esa crítica.

No comparto en absoluto la rotunda afirmación de Ledrain; pero no es posible negar que en el autor de *Causeries de Lundi* hay, en determinados momentos, más o menos conscientemente aplicado, algo, y aun a veces mucho, de lo que integra el concepto crítico de Taine. Siempre hubo en este pensador genial un fondo de más o bien disfrazado dogmatismo.

No me ha sorprendido por eso la crítica demoledora de Audiard. Cuando por primera vez leí con vivísimo interés la obra monumental de Taine, *Les origines de la France contemporaine*, parecíame notar, en su rigidez de criterio, en cierta visible inclinación de su espíritu, como un propósito principal de condenar, como si en el fondo de su ánimo hubiera el empeño de achicar el valor inmenso de la gran Revolución francesa y el mérito naturalmente relativo de los que en primera línea actuaron en aquel decisivo y tormentoso período de la historia humana.

Pero con todo, no obstante Audiard, de la labor histórica de Taine quedan, quedarán en pie muchas cosas. Hay en su magnífica obra acerca de la gran Revolución, juicios que se me antojan definitivos.

No hay entre sus admiradores, que son legión, quien desconozca la nobleza de su vida y la irreducible independencia de su carácter.

Basta mencionar la dolorosa ruptura de su grande y vieja amistad con la princesa Matilde, a causa de algo contenido en su magnífico estudio acerca de Napoleón en la misma gran obra citada, que la ilustre dama consideró ofensivo para su familia...

En *Una visita a William James*, el psicólogo insigne, muerto hace poco, con hondo duelo de la intelectualidad universal, fluye copiosa y bellamente un sentimiento de justificada y profunda admiración por uno de los más grandes removedores de almas de estos últimos tiempos.

García Calderón escuchó complacido la palabra serena, austera, efusiva, del gran filósofo norteamericano en Harvard,



«la vieja y célebre Universidad americana, pletórica de tradiciones». ¡Qué grato debe de ser conversar así, durante ratos, en amable intimidad, sobre cosas de alta vibración espiritual, con una de esas almas escogidas, de selección, que aparecen de trecho en trecho en el árido camino de la vida, arrojando vivos resplandores sobre las densas sombras que envuelven nuestro misterioso camino!

El insigne profesor de Harvard fue un psicólogo de gran valor que supo sondear con mirada perspicaz los más recónditos repliegues del espíritu, siguiendo siempre la línea de un empirismo sereno y transcendente, acaso, en ocasiones, de exagerada proyección mística, pero que, contrario al destino de todo dogmatismo empírico, ni cayó en glaciales escepticismos ni finalizó en un materialismo grosero y desesperante.

Sobre toda la obra filosófica de W. James, como lo ve bien el autor de este libro, flota como una suave iluminación de noble y prolífico idealismo.

En los magistrales capítulos de su libro célebre, *Fases del sentimiento religioso*, late a cada instante un sentimiento de potente sinceridad, un ideal de radiante amor humano, un ansia de verdad consoladora, al quererse explicar la dolorosa inquietud de todo espíritu de cierta cultura frente al inescrutable arcano de nuestro origen y nuestro destino: esa inquietud que ha constituido, que constituye, que constituirá siempre la obsesión de las almas que se ciernen sobre las contingencias y limitaciones de nuestra pasajera y mezquina existencia.

Sintiendo el vacío de ciertas lucubraciones ontológicas, de estériles discusiones de una metafísica incolora y sin enjundia, procuró W. James señalar rumbos de cierta finalidad práctica a las especulaciones filosóficas. Si no creó el pragmatismo –tan acertadamente juzgado por García Calderón en su anterior libro–, pues el génesis de esta doctrina está más allá del mismo Peirce, no puede, por ningún concepto, escatimársele el mérito de haberlo propagado, defendido y aun metodizado.

Bien visto, el pragmatismo no vincula ninguna bien caracterizada y racional sistematización filosófica; es pura y simplemente,



considerado en su estructura general, un método *a posteriori* de comprobación y verificación que, naturalmente, tiene grandes lagunas y adolece de ciertos muy visibles defectos, aun siendo la dirección más genuina y noblemente práctica que se descubre en toda la Filosofía moderna.

El pluralismo es la otra dirección filosófica de James, doctrina desarrollada amplia y vigorosamente en su último libro, *Philosophie de L'expérience*.

Frente al monismo, al concepto de irreductible unidad de gran parte de la filosofía moderna, W. James sustenta el criterio contrario al afirmar «que un aspecto de dispersión o de incompleta unificación es la sola forma bajo la cual la realidad se ha constituido hasta el presente. La experiencia humana no da sino partes. A la forma monística *todo*, corresponderá siempre la forma pluralista *cada*».

Como los dos estudios a que acabo de hacer referencia son todos, o casi todos, los contenidos en esta obra, digna en todas sus partes de calurosos aplausos.

Los capítulos consagrados al análisis de las corrientes filosóficas en la América latina abundan en datos bien seleccionados y en muy atinadas apreciaciones. Esos capítulos llevan al pie notas muy jugosas, de nuestro culto compatriota Pedro Henríquez Ureña. Puedo afirmar que la lectura de esta obra me ha producido un verdadero goce intelectual, una voluptuosidad espiritual un placer estético, como solo me han proporcionado muy pocos y determinados libros.

* * *

La expresión más intensa del americanismo de García Calderón la contiene su libro quizás más meditado y profundo: *Les démocraties latines de L'Amérique*. Es obra de experto sociólogo, por la exactitud y el alcance de sus observaciones. Merece un detenido estudio, por ser quizás la más interesante y completa



de cuantas se han publicado en estos últimos años respecto de los órganos y formas del desenvolvimiento social de los pueblos de civilización latina radicados en este vasto continente.

Escrito en francés, y con un prólogo breve y expresivo del insigne R. Poincaré, este libro está principalmente destinado a circular en centros intelectuales europeos, para dar una idea clara y lo más integral posible de la vida social, política y económica de las repúblicas iberoamericanas, tan mal conocidas en países de allende el mar, de refinada civilización, donde, por regla general, solo se fijan en ciertas nocivas exterioridades de su existencia política, sin considerar, ni poco ni mucho, lo que en su atormentada evolución económica y cultural hay de positiva importancia y digno de consciente loa.

El autor de este libro analiza y discute magistralmente los puntos más salientes del desarrollo colectivo del mundo hispanoamericano. Los intelectuales de estas Repúblicas están dando continuamente muestras de su fructuoso empeño de desvanecer transcendentales errores que respecto de nuestra manera de ser corren por ahí como moneda de buena ley, y que conviene destruir, para que la verdad se abra paso y resplandezca.

Hace ya algún tiempo pronunció el ilustre Manuel Ugarte un interesante discurso en una prestigiosa Universidad norteamericana, exponiendo con sobrio y expresivo lenguaje los puntos principales que justifican nuestra actitud ante el imperialismo yanqui; y ahora García Calderón, en esta obra, pone de relieve en todos sus aspectos, con amplio y seguro análisis, con bien precisada crítica, fundamentada en copiosa erudición, los factores étnicos y sociales que integran la vida histórica de estos países, siguiendo paso a paso las sucesivas etapas de su evolución hasta el momento actual, en que ese proceso ascendente titubea y parece como que se paraliza ante fuerzas antagónicas que tienden a suplantarse la luminosa cultura latina, en que se ha desenvuelto y sigue actuando nuestro espíritu con otra civilización que riñe con cosas de íntima urdimbre que forman, puede decirse, el fondo psíquico de nuestra existencia individual y colectiva.



En estas bellas y atractivas páginas, de concienzudo análisis, de serenas y oportunas apreciaciones, pálpese, quizás en mayor grado que en otros libros de García Calderón, las cualidades de claridad, precisión, orden y armonía que abrillantan su prosa y que son productos de asimilación más o menos completa de lo que caracteriza e integra permanentemente el luminoso espíritu de la cultura francesa.

Base fundamental de su libro es el estudio hondo y comprensivo de los elementos étnicos, dispares y complejos, que formaron la raza conquistadora. Esto es producto de la asimilación en un fondo de característico relieve moral de factores étnicos de distinta procedencia, que, merced a un trabajo acumulado de siglos y a modalidades de orden físico y moral, encontraron un equilibrio más o menos estable en una concreción individual de modalidades precisas y definidas.

Aunque su acentuada rigidez, su poderoso individualismo, su intolerancia dogmática se hayan atenuado considerablemente por su mezcla con sangre india y sangre africana y por la influencia del ambiente físico, la raza conquistadora conserva aún en sus descendientes americanos ciertas de sus primitivas cualidades, por más que estas parezcan, en ciertas partes, correr a su extinción por su contacto con razas exóticas, de ideas y costumbres harto diferentes. Guerrera y mística, atormentada de continuo en sus más conspicuas representaciones personales por groseros apetitos o por íntima inclinación a estados de exagerado fervor religioso, puso siempre de manifiesto un idealismo que atenúa considerablemente muchos de sus yerros y extravíos.

El individualismo característico de esa raza se exterioriza cumplidamente en las dos formas de vida que asume de continuo en su desarrollo histórico: la guerra y el misticismo. Su gran guerra, la guerra secular de la reconquista, determinó principalmente un estado de alma a la vez belicoso y rústico, que presenta a veces formas de expresión diversas, pero siempre convergentes.

De ahí, de ese estado de alma colectivo, como su natural proyección, salen los aventureros que realizan la fulgurante



epopeya de la conquista de América y la fuerza de intensa coherencia religiosa que se descubre en el imperio jesuítico del Paraguay. A veces esos dos aspectos fundamentales se condensan en un tipo de alto y representativo individualismo, como en la grande alma batalladora y mística de Ignacio de Loyola.

En ese pasado, en el primitivo fondo étnico de los conquistadores heroicos y crueles, ve García Calderón, ya contenidas en germen, formas sucesivas del dinamismo social ibero-americano. Su análisis no tiene desperdicio. El espíritu de anarquía local, de intolerancia, de estrecha concepción política, de indisciplina, de desapoderada violencia, corriendo el tiempo, cuando las colonias de vida vegetativa se transforman de la noche a la mañana, sin transición, sin preparación de ningún género, después de guerras cruentas, en flamantes y sedicentes repúblicas, en democracias de aluvión, aparece con formidable empuje, originando luchas continuas entre absorbentes oligarquías que quieren perpetuar formas añejas de la vida colonial, y demagogias que aspiran a reemplazarlas proclamando principios de un radicalismo que resulta siempre de imposible aclimatación en estas naciones de reciente origen y de aún escasa e incongruente cultura.

En esas frecuentes luchas alcanza su más adecuada forma representativa el caudillo, el dictador, que ya actúa como jefe o director de una oligarquía encastillada en seculares privilegios o como conductor de democracias exacerbadas por su sistemático y abusivo alejamiento de la dirección de los asuntos públicos, acaparada por una minoría inteligente y adinerada.

El *caudillo* resume y compendia, durante cierto tiempo, por fuerza incontrastable de la realidad social, la vida histórica de muchas de estas repúblicas. En sus diferentes formas de expresión, el caudillaje, en gran parte desapoderado y estulto, que ha imperado y aun impera en alguno de estos países, es fenómeno social determinado por los prejuicios, los convencionalismos, las preocupaciones que aún constituyen en mucha parte el ambiente moral hispanoamericano.

«El Paraguay –dice García Calderón– confirma una ley de la historia americana: la dictadura es el gobierno adecuado para



crear el orden interior, desenvolver la riqueza y unificar las castas enemigas...» Rosas mismo en la Argentina; Castilla, en el Perú; Diego Portales, en Chile; Guzmán Blanco, en Venezuela; Porfirio Díaz, en México, parecen confirmar esta ley cumplidamente.

En la psicología del caudillo de nuestras turbulentas democracias reviven, salvando necesariamente circunstancias de ambiente y de hora, las cualidades elementales del conquistador ibero. Pedro de Alvarado y Francisco de Carbajal resucitan, tres siglos después, en el espíritu aventurero y cruel de Juan Facundo Quiroga y en la figura trágica y sombría de Melgarejo...

El caudillo es siempre representación de aspectos acentuados de la vida social en un momento dado. Es instrumento efectivo, aunque muchas veces inconsciente, de determinadas necesidades generales. El caudillo es *efecto*; pero también en determinados casos es *causa*. Efecto cuando es la expresión más o menos momentánea de la incontrastable necesidad de contener la anarquía, de poner dique a las pasiones políticas desbordadas, de mantener el orden *manu militari*, para que la sociedad pueda cumplir indefectiblemente finalidades de vida colectiva, y es causa, como cuando, Guzmán Blanco en Venezuela y Porfirio Díaz en México, aun siendo su obra negativa en el orden político, realizan fecundos empeños de orden principalmente económico.

García Calderón dedica muchas curiosas páginas de su libro a estudiar el fenómeno social del caudillaje en todos sus distintos aspectos, haciendo desfilar por ellas, por obra de sugerente evocación, al enigmático doctor Francia, «personalidad sombría, de intensa vida interior, que parece un puritano de Cromwell»; García Moreno, organizador notable, intolerante y dogmático, fundador de una semidictadura clerical; Ramón Castillo, Santa Cruz, Páez, Rivera, Rafael Núñez, tantos y tantos otros que representan, por lo general, un rígido principio de autoridad, o que en ciertos momentos se improvisan como conductores de muchedumbres que luchan por suplantarse empedernidas oligarquías conservadoras.

La típica figura del caudillo va lentamente atenuándose, transformándose... En Brasil, la Argentina y Chile, donde se ha



efectuado el paso de lo oligárquico y lo militar a un régimen industrial de condiciones igualitarias, el caudillo va asumiendo formas diversas de adaptación a la realidad circunstante.

Persiste con mayor o menor vitalidad en los países del Trópico, aunque tiende a ser cada vez menos representación adecuada de un estado social preciso y definido.

Paralelamente al caudillaje, un movimiento intelectual de diversas formas tiende a dar consistencia, base fundamental, a instituciones políticas arraigadas, o que bregan por arraigarse, y a ideas de cierto radicalismo social que empujan á abrirse paso en estas cambiantes democracias.

Una ideología política, inspirada naturalmente en enseñanzas europeas, aunque de cierta originalidad en algunos eminentes pensadores, lucha a brazo partido con el infecundo espíritu tradicionalista, que sistemáticamente trata de excluir formas determinadas y necesarias de expansión liberal, para constituir Estados de durable organización y libres de convulsiones anárquicas. Lastarria, Montalvo, Bilbao, Vigil, otros más, personifican la tendencia expansionista rebelde a toda autocracia o a todo estancamiento de la actividad política.

La ola impetuosa del progreso moderno va arrollando los últimos obstáculos hacinados en el camino del desenvolvimiento cultural de estos países. Aunque sin rumbos definidos y concretos, como movidas por cierto oscuro y misterioso dinamismo, algunas de estas jóvenes democracias, venciendo múltiples dificultades, marchan resueltamente hacia adelante.

En *Literatura*, expresión a veces fidelísima de efectivas realidades sociales, después de sucesivos períodos de imitación servil, de tanteos, de asimilaciones por lo general incongruentes, se ha llegado al dominio de cierta técnica, y parece que hemos encontrado ya formas literarias de caracteres relativamente durables y enderezadas a la conquista de una personalidad intelectual autónoma.

Aunque el modernismo, ya de paso puede decirse, tiene muchos aspectos, formas necesarias del ideal de renovación que constituyó su raíz fundamental, y aunque ha llevado su espíritu



innovador al mismo movimiento literario de España, preciso es confesar que no pocos de nuestros escritores y poetas lo han entendido, y aun no falta quien lo entienda casi exclusivamente en un sentido de refinamiento de la sensibilidad y del léxico, lo que parece limitarlo cercenando algo y aun algos de su orientación verdadera, y convirtiéndolo en una expresión más o menos adecuada de artificios y suntuosidades de ritmo, de dicción y de estilo...

En esas nuevas orientaciones, comprendidas en su verdadero sentido, caben ampliamente el noble y fecundo ideal de un alto americanismo y la aspiración a vigorizar el alma nacional, el sentimiento patrio, en cada uno de estos pueblos, mediante el cultivo literario incesante de peculiaridades sociales exclusivamente de ellos, de un nacionalismo sano y amplio, sin chauvinismos ridículos; tendencia que sigue acentuándose y que no menciona el autor de este libro, quizás por creer que esa incipiente forma de expansión literaria no ha asumido aún caracteres de verdadera importancia...

En el mundo, para tantos cerrado, de la alta intelectualidad, de la Filosofía, las direcciones noblemente utilitarias que vincula el pragmatismo y recientes aspectos de la especulación filosófica contemporánea, van conquistando adeptos necesariamente poco numerosos, por la evidente incapacidad de algunos de nuestros medios para practicar tales elevadas disciplinas intelectuales. Nuestro pensamiento filosófico flota indeciso, sin direcciones fijas, obediente aun a los cambios que se manifiestan en los grandes centros de cultura europeos.

A las últimas corrientes escolásticas, a Escoto y a ciertos aspectos del tomismo, a la dialéctica insinuante del mitigado racionalismo de Balmes, a otras influencias muy superficiales, ha seguido el positivismo de Comte, especie de disciplina mental que no ha dejado de tener su utilidad, y el evolucionismo spenceriano, hoy en crisis en algunos de sus postulados, pero que aún conserva cierta influencia en muchos centros intelectuales de Hispanoamérica.

Nietzsche, por lo general pésimamente comprendido, cuenta con bastantes partidarios, de los que son muy contados los que



conocen lo que hay de verdadera sustancia en el gran pensador alemán. No falta quien sepa del idealismo sugestivo de Fouillée, de la filosofía de la contingencia de Boutroux y del neoespiritualismo que hay en el fondo de la especulación filosófica de Bergson. También se menciona el bovarismo de Jules de Gaultier.

El criterio filosófico en estos países tiende de continuo a un eclecticismo fácil y cómodo... En lo político y social no sucede lo mismo, pues contamos con verdaderos pensadores de originalidad y fuste, como Bello, Hostos, Ingenieros, Bunge y tantos otros, como García Calderón lo puntualiza con perspicaz y acertado criterio.

En la paulatina y pacífica invasión de trabajadores alemanes y japoneses, y en el metódico y potente desenvolvimiento del imperialismo yanqui, ve el autor de este libro los tres grandes peligros que, procedentes del exterior, amenazan el porvenir de las repúblicas ibero-americanas.

Cuantiosos intereses empleados en Centroamérica, de procedencia alemana, y 400,000 habitantes de esa nacionalidad esparcidos en dos o tres estados del Brasil, no pueden ciertamente representar ningún peligro digno de tenerse en cuenta. Más podrían representarlo los miles de japoneses que pueblan algunos puntos de las regiones occidentales de los Estados Unidos y los numerosos contingentes de ese origen que en éxodo de trabajo se encaminan a nuestras repúblicas del Pacífico, al Perú principalmente.

Pero este peligro, si existe, me parece muy remoto. El alma nuestra y el alma japonesa, como lo patentiza García Calderón, son radicalmente antitéticas. Un mundo de ideas las separa.

Raza, religión, idioma, costumbres, maneras harto diferentes de entender e interpretar la vida, todo, absolutamente todo, impide un contacto íntimo, hace poco más o menos que imposible su dominación sobre estos pueblos... El verdadero peligro para muchos de ellos reside en la incontenible fuerza de expansión que representa el imperialismo de los Estados Unidos.

El monroísmo, verdaderamente útil en los comienzos de la pasada centuria, de carácter puramente defensivo en la célebre



declaración que le constituye, se ha trocado en forma elástica con que se pretende justificar incalificables actos de agresión más o menos disimulada a la autonomía de algunos países de la América latina, por más que sea preciso confesar, aunque tal cosa resulte humillante para nosotros, que algunos de esos países, presas de continua anarquía, han dado hasta cierto punto motivos suficientes de pretexto para tales atentados de la diplomacia norteamericana.

Como lo demuestra García Calderón, sus estadistas Olney y Root, por ejemplo, se contradicen en la apreciación de estos graves problemas. Mientras el primero no se recata para expresar ideas de un imperialismo absorbente, el segundo hace declaraciones enderezadas a tranquilizar estos pueblos, desvaneciendo sus temores sobre las intenciones expansionistas de la gran República. Pero tales declaraciones, en contradicción con ciertos actos, no conducen sino a aumentar esos temores.

Detrás de apariencias de respeto a la autonomía de algunas de estas repúblicas, asoma siempre el *big stick* de un imperialismo que se encuentra indudablemente en su primera fase de desenvolvimiento, y que quizás asuma un carácter más agresivo si el estado convulsivo de algunos de estos pueblos les ofreciera aparentes motivos para nuevas abusivas ingerencias. El arrendamiento de la bahía de Fonseca, en Nicaragua, y las modificaciones que en el Senado americano se quieren introducir al tratado celebrado con Colombia, demuestran expresivamente las verdaderas ideas de lo que se llama el *panamericanismo*, tan preconizado actualmente por algunos observadores superficiales como fórmula de salvación para estos pueblos. Esa fórmula viene a ser como una consagración internacional del imperialismo yanqui...

Sin tratar de razas, pues en el coloso del Norte, como en nosotros, no existe verdadera unidad étnica, vese claramente que ciertas formas y modos de considerar la vida son enteramente diferentes en ambas civilizaciones. Nos faltan su sentido utilitario, práctico, de las cosas; su amplia libertad jurídica, su concepto de un orden estable, su espíritu de iniciativa, y cierto ideal de deber y de austeridad heredada de los *pilgrim fathers*...



No veo nada que nos impida la asimilación de ciertas formas de su vida individual y social sin sufrir menoscabo de ningún género ciertas cualidades que ha puesto en nuestra psicología el espíritu de la cultura latina. Claro está, como queda dicho, que no tenemos nada del Lacio. Nuestra ascendencia étnica es compleja, pero nuestro latinismo está fuera de duda. Somos latinos por el idioma, por la asimilación del genio francés, latino hasta la médula, por nuestro catolicismo, por nuestra interpretación del Derecho, por nuestra exultación de ese concepto cesáreo de la vida de que habla Guillermo Ferrero...

Ambas civilizaciones, la anglosajona y la latina –si la primera pudiera olvidar sus prejuicios de raza–, podrían llegar en América, no a una fusión imposible, sino a un desarrollo paralelo de sus respectivas cualidades y energías intrínsecas para alcanzar un altísimo grado de cultura, de incalculables beneficios para la humanidad entera.

Para ese resultado, lo principal sería que la gran República demostrase con sus actos que no quiere ejercer ningún control humillante para estas repúblicas, tan celosas de su independencia. ¿Sucederá así?... O, por lo contrario, ¿continuaremos revelando nuestra incapacidad para el *self-government*, dando así pretexto a su intervención desdolorosa en nuestros asuntos puramente interiores?...

En el interesante capítulo «La anarquía del Trópico» hay muchas apreciaciones de innegable mérito. Al referirse a Santo Domingo, cita bondadosamente opiniones contenidas en libros míos, y estampa los siguientes conceptos sobre aspectos más o menos bien conocidos de nuestra vida social: «Encontramos en los primeros, en los dominicanos, poesía, imaginación, una cultura elevada, pero una evolución política muy lenta».

«Los pueblos del Trópico parecen incapaces de orden, de paciencia laboriosa, de método; así la literatura pródiga de Santo Domingo forma resaltante contraste con el arcaísmo de su vida política»... Son numerosísimas las apreciaciones de real importancia que pueden encontrarse en las páginas serenas de este volumen proficuo, en que brillan excelentes cualidades de circunstanciado análisis y de bien observada pedagogía social.



No hay detalle de importancia que se le escape en su detenido examen de lo que fundamentalmente integra la psicología de estos pueblos. Conoce con verdadera profundidad cuanto atañe a su movimiento político, económico, intelectual. Examinar detenidamente este libro nos llevaría a dar a este comentario exageradas proporciones...

García Calderón juzga utópica la idea de una Confederación latinoamericana, pensamiento que ha seducido y avasallado a tantos nobles espíritus. Pero si no cree en la Confederación integral, quizás imposible desde varios puntos de vista, sí cree en la posibilidad de constituir estas veinte repúblicas en siete organismos nacionales poderosos, unidos por sólidos vínculos geográficos e históricos. Estos grupos de naciones, dice, formarán una América nueva, organizada y fuerte.

El Brasil, con su inmenso territorio y su densa población; la Confederación de la Plata; la Confederación del Pacífico; la gran Colombia, establecerán, en fin, en el continente meridional el tan ansiosamente deseado equilibrio. Al Norte, México, la América Central y la Confederación de las Antillas, serían tres Estados latinos que servirían de obstáculos al avance de los anglosajones.

«No sería esa –añade– la vaga unión de que hablan en América los profesores de utopías, después de Bolívar, sino la agrupación en confederaciones definitivas de pueblos unidos por lazos reales geográficos, económicos y políticos». «Este libro –dice Poincaré en el prólogo– está lleno de vida, cargado de pensamiento»... Y así es, efectivamente.

En sus páginas vibra a cada momento la noble inquietud de una gran inteligencia y un generoso corazón, de un espíritu selecto que *sous l'oeil des barbares* quiere y defiende la conservación a ultranza de lo que hay de castizo en nuestra cultura, de cuanto constituye la excelsa herencia moral del genio latino en estas repúblicas, capaces de alcanzar, por un efectivo desarrollo material e intelectual, las cúspides iluminadas de una civilización cada vez más libre, coherente y progresiva...



Rufino Blanco Fombona

I EL ESCRITOR

En toda la ya vasta actuación intelectual de Rufino Blanco Fombona vibra y se intensifica un alma de selección, impetuosa, de honda sinceridad, presta de continuo al ataque, pero plena siempre de hidalga generosidad y de indiscutible nobleza.

En todo escritor, por regla general, existe, en mayor o menor grado, un incondicional acatamiento a ciertos convencionalismos sociales que imperan con fuerza en la vida colectiva. Se quiere, o se pretende siempre, no desafinar en la armonía de un eticismo convencional; no salirse, o, si acaso, muy tímidamente, del conjunto de modos de practicar la vida que imprimen carácter al organismo social, por más que en el fondo se les considere como torpes y entorpecedores. No esperamos casi nunca, en la mayor parte de los autores, el rasgo desconcertante, la nota que produzca intensa sorpresa en nuestro espíritu. En Rufino Blanco Fombona la sinceridad, su sinceridad peculiarísima, está siempre, puede decirse, a flor de pluma. Es lo más saliente y característico de su personalidad deslumbrante y proteica... Cuando menos lo esperamos, él produce esa nota que se echa de menos en la inmensa mayoría de los autores; y por medio de esa nota queda nuestra



mente impresionada de modo intenso e inesperado. Y comprendemos entonces que estamos en presencia de un altísimo espíritu y de un formidable escritor.

Para Blanco Fombona, en muchas ocasiones, parece no existir el yo acomodaticio, flexible, cambiante, convencional que todos poseemos. Su yo, el yo que se desborda constantemente en sus creaciones literarias, parece más bien tener algo del yo profundo de que habla Bergson. Su espontaneidad arranca de lo más íntimo de su ser y no titubea nunca en echar afuera, así sea desconcertante e hiriente, lo que en un momento dado preocupa su inteligencia o totaliza su emoción.

Dice la verdad sin miramientos ni indecisiones, su verdad, lo que él cree sinceramente que lo es. Acaso esa verdad, en más de un caso, merezca ser sometida a discusión; pero para él lo es realmente, y poco se le importa lo que de ella se origine: el juicio adverso de los demás o consecuencias peligrosas de cualquier género.

Es apasionadísimo por temperamento –sus libros lo demuestran a cada instante–; pero ese hervor de pasión que caldea las obras de su ingenio, resulta siempre, absolutamente siempre, expresión vehemente y sincera de lo que positivamente le preocupa e inquieta. Este hombre no es un farsante: puede engañarse, pero no engaña. Para mí es el escritor más sincero y menos convencional con que cuenta actualmente la literatura hispanoamericana.

Y es singular que personalidad intelectual tan varia, tan proteica, conserve siempre, a despecho de su multiplicidad de aspectos, de su aparente dispersión, sin desgastes ni resquebrajaduras, la unidad diamantina de su resaltante psicología. No obstante su diversidad de facetas: crítico, poeta, novelista, conteur, historiador, polemista, es siempre el mismo, siempre inconfundible. Su cachet personalísimo resplandece en todas sus producciones. El fulgor de su personalidad inconfundible ilumina de continuo el mundo de su inteligencia. Esa unidad de que hablo avalora con recóndito relieve sus juicios y sus creencias; mueve y exalta el tumulto de sus simpatías, de sus rencores, de sus odios. No es



paradójico adrede, como otros, con miras de efectismo. En él, por condiciones privativas muy íntimas, lo espontáneo, la sensación inmediata y directa, se impone con frecuencia a la idea o al sentimiento que buscan en la reflexión detenida un seguro criterio de comprobación o de acierto.

En determinadas horas aparece como contradictorio. Pero todo, en nuestro tiempo, ¿no está sujeto de continuo a perennes modificaciones y rectificaciones? Fuera del dominio más o menos amplio de cierto idealismo fundamental, de cierta visión trascendente de las cosas; fuera de eso, cuanto en todo lo demás cae bajo la acción de nuestro mecanismo sensorial se presta a un examen, a una investigación en que pueden florecer, y florecen, continua y prolíficamente, puntos de vista real o aparentemente contradictorios...

En el caso de Blanco Fombona, se trata de diversas épocas de su carrera intelectual; es decir, de diversos momentos psicológicos en que el autor se sintió impresionado de esta o de aquella manera, frente a cambiantes aspectos de su vida interna o de su visión objetiva. Cuando oigo producirse una nota acerba de censura contra este o aquel escritor porque en sus producciones de tiempos diversos se adviertan diferencias ideológicas de secundaria importancia, –dentro de la unidad del carácter, que es lo que importa– se me figura tal censura producto de espíritus críticos superficiales, que solo perciben fragmentos o aspectos unilaterales de la realidad, sin poder en ningún caso elevarse a una visión integral y finitiva de la vida. El imbécil, que no ve distintos aspectos de las cosas, porque no piensa, indica complacido tales o cuales contradicciones de los que sí piensan y miran hoy una cosa por distinto modo de como la vieron ayer, enriqueciendo así el mundo de la inteligencia y probando una superioridad a que todos no pueden aspirar. No hay nada como la incompreensión. «Contra la imbecilidad, hasta los dioses luchan en vano», ha dicho Schiller...



II

LETRAS Y LETRADOS DE HISPANOAMÉRICA, Y GRANDES ESCRITORES DE AMÉRICA.

En *Letras y letrados de Hispanoamérica* está, a mi ver, una parte muy interesante de lo producido por Rufino Blanco Fombona como crítico literario, aunque lo más agudo y discreto esté quizás en su «Ensayo sobre el modernismo en América», y en su fundamental volumen titulado *Grandes escritores de América*, trabajos ambos que tendrán que consultar los futuros historiadores de las letras americanas.

Pero concretémonos por el momento a su obra de juventud titulada *Letras y letrados*.

«El oficio de juez me repugna –dice– y nunca lo he ejercido ni lo ejerceré. Nadie tiene derecho, por ningún motivo, de juzgar a sus semejantes, ni menos de condenarlos.» Ya sabemos, pues, que el autor de *Letras y letrados* no es un dómine pedante, que condena a los autores en nombre de cánones o prejuicios determinados. No cabe más generosa y comprensiva actitud mental. A pesar de lo fragmentario de este volumen, de su aparente fragilidad, de cierta deficiencia de ensambladura, hay en él una unidad crítica de vigorosa plasticidad, que lo hace de veras interesante.

Sin la posesión de un criterio estético sereno, bien depurado, sin cierta noble tolerancia, no puede darse crítico que merezca tal nombre. El impresionismo crítico cuando no se encuentra avalorado por la posesión de ese criterio, resulta siempre exposición superficial que solo sorprende vanas exterioridades, ofuscado por los aspectos exteriores. Lo demás, lo esencial, lo que corre esparciendo calor de creación por debajo de lo que se ofrece a flor de mirada, queda siempre olvidado para esos escritores, meramente impresionistas, o no visto, o no sentido, como en la sombra.

Blanco Fombona no pertenece a tal legión de superficiales. Ve los detalles y ve el conjunto. Comprende que no se debe dogmatizar ni pontificar en nombre y representación de



cosas variables, y se abstiene de incurrir, como ya indiqué, en condenaciones acerbas, limitándose a exponer simplemente sus puntos de vista, conducido por su buen gusto y preparado por el estudio, con buena fe y movido por una gran curiosidad intelectual.

La crítica dogmática, a lo Brunetière, no puede ya levantar cabeza. La labor verdadera de la crítica es la de identificarse con ajenos estados de alma, sin desgaste ni menoscabo de la personalidad que pretende explicar esos estados anímicos.

El mejor estudio en el libro de que trato es para mí el titulado «Ensayo crítico sobre Leopoldo Díaz», aunque contiene otros muy bien pensados y sentidos. El poeta del Plata aparece bien apreciado en sus más característicos aspectos. En este estudio se dan la mano el avizorador que rastrea una huella intelectual y la erudición que la pone de relieve y la comprueba. Si hay poeta argentino que haya acertado a dar una nota de helenismo poético, ha sido, sin duda, el autor de *Las sombras de Hellas*, aunque este helenismo de Leopoldo Díaz nos llegue tamizado por José María de Heredia y otros poetas y prosistas de Francia, y tal vez de la misma Grecia.

Acaso nuestro concepto de la vida griega represente solamente lo que vislumbramos al través de nuestras lecturas clásicas. Quizás no existió realmente la Grecia soñada por los poetas. Si existe, empeño difícil para un escritor o poeta consciente de su obra, es ciertamente el de reconstruir el aspecto artístico, la verdadera fisonomía, la personalidad fuerte de aquellos pueblos. En las estrofas cinceladas, de impecable euritmia, de Leopoldo Díaz, parece palpitar el alma serena que tuvo, o creemos poseyó, Grecia. Son a manera de gemas preciosas que, bajo el sol esplendoroso del Ática, esparcen la pompa multicolora de sus irradiaciones. No se me alcanza hasta dónde puede llegar en todo esto la verdad histórica, ni si la *verdad* poética es reflejo directo de ella; pero tal consideración no puede ser parte para negar las bellezas de todo género que esmaltan la producción rítmica del poeta argentino. Blanco Fombona juzga con gran acierto este caso de helenismo, que no tiene nada de extraño:



«Acaso Díaz, haciendo uso de los derechos de la Poesía, haya sacado la pintura de algunos de sus cuadros, de poetas y prosadores helenos, desde Homero y Heródoto hasta Clímaco, Apolonio de Rodas, Teócrito y Longo». Toda esa reconstrucción tiene que impregnarse, con todo, de subjetivismos de la hora presente. Y así ha ocurrido. El crítico, discretamente, lo pone de relieve.

En las páginas de *Letras y letrados* se advierte de continuo la proyección de un espíritu rebelde a toda clase de convencionalismos; de un espíritu que tiende a expresar por encima de todo la impresión experimentada. Los eufemismos y las atenuaciones de cierto género no florecen nunca en las dilataciones vibrantes del estilo de Blanco Fombona, estilo ágil, alado, sutil, marmóreo, capaz de expresar elocuentemente los más fieros arranques, las más crudas imprecaciones, los mayores arrebatos de indignación, como también de dar a la frase suavidades de seda, tonalidades de ensueño, fulguraciones diamantinas, matices delicados y vaporosos. La crítica de este autor no es en ningún caso amanerada ni fría. Pone siempre en ella calor vivo y permanente de pasión. Aunque justiciero, es duro y cruel con sus enemigos. Nunca los perdona.

Aun en el mismo terreno de la refutación de lo que se le antoja falso, de lo que juzga contrario o nocivo a sus ideales, se ve siempre en Blanco Fombona al crítico concienzudo que estudia el caso o problema que tiene por delante en todos sus aspectos y dispone la argumentación en filas cerradas para abrumar o aniquilar la parte opuesta. Aspira a teñir siempre sus ideas, por más exageradas que aparezcan o que lo sean realmente, con un bello color de justicia. Sorprende el caudal de conocimientos que posee y que, burla burlando, derrocha a cada paso, sin darle, al parecer, ninguna importancia. No es un magnate de la sabiduría encerrado en una torre de soberbia, que apenas si se decide a franquear su puerta a aquellos que quieren escuchar el murmullo siquiera de su palabra. Blanco Fombona, aristócrata de la pluma, goza en esparcir su pensamiento, a modo de rocío benéfico



de luz, para que llameen intensamente las verdades y las bellezas que atesora.

Pone su inteligencia y su sensibilidad al servicio de lo que se le figura de provechosos resultados para el adelanto colectivo. Censura con acritud bien justificada enrevesamientos y malabarismos que afean la palabra escrita, robándole significación y claridad. Pero discierne con elevado criterio lo que en estas cosas debe de entenderse para no incurrir en equivocaciones o injusticias. En el mismo estudio consagrado al poeta de Bajo relieves y de que hice mención hace poco, estampa los siguientes conceptos acerca del tan traído y llevado simbolismo: «El simbolismo tiene en su contra, en veces, la oscuridad que nos suele impedir dar con la clave del enmarañado símbolo; pero tiene de bueno que espolea la imaginación y abre la ventana de par en par a nuestros sueños»...

La mirada crítica de Rufino Blanco Fombona abarca en *Letras y letrados*, y aún más en sus otros estudios críticos, desde complejos puntos de vista de pedagogía social, hasta minuciosidades interesantes y curiosas de metrificación y de rima. Habla de todo y lo hace con perfecto conocimiento de causa. Sus apreciaciones críticas son generalmente fundadas. Tiene criterio estético y gusto depurado, bases suficientes para ejercer fructuosamente el ministerio de la crítica. Blanco Fombona la ejerce sin pretensiones, sin dársele de pontífice, como un desahogo de su espíritu, como una satisfacción de su inteligencia, como una expansión de su sensibilidad, para desentrañar lo que se le figura el sentido principal de la producción que examina, para aquilatarla en todas sus partes, para sorprender en ella la nota de originalidad o el lugar común de pensamiento, la más o menos recóndita visión de belleza, cuanto la cohesiona, enciende y vivifica...

Así hay que entender la crítica en nuestro tiempo. No como concreción dogmática de un convencionalismo retórico sin sustancia ni trascendencia, sino como una interpretación serena y honda de vida artística que, al par de permitirnos aclarar ciertos aspectos oscuros y poner al descubierto cosas de íntima



urdimbre espiritual, nos produce muy perdurables impresiones de voluptuosidad estética...

Desde el principio al fin de *Letras y letrados de Hispanoamérica*, lo mismo que en *Grandes escritores de América*, se patentiza –hasta el título de ambos libros lo demuestra– un radical y consciente sentimiento de americanismo. Este americanismo de Blanco Fombona tiende incesantemente a dejar sentado cuanto intelectualmente representan los pueblos de cultura ibérica esparcidos en esta inmensa extensión del Nuevo Mundo. Lo que se ha hecho, y se ha hecho relativamente bastante, es nada en comparación de lo que resta por hacer para que la cultura de esos países responda íntegramente a la aspiración, cada vez más condensada en hechos, de que esa cultura aparezca determinada principalmente por factores y modalidades lo más autóctonos posible. Desde México hasta el cabo de Hornos se habla una misma sonora lengua, que viene a ser algo así como indestructible vínculo espiritual que unifica sólidamente muchos anhelos y muchas esperanzas de mejoramiento colectivo.

«La sangre –dice Blanco Fombona– es el lazo más fuerte entre los hombres: la sangre y la lengua. Sin darse cuenta, los pueblos tienden a constituir agrupaciones étnicas, cuando no homogéneas, semejantes. Creo que la familia de pueblos españoles, dispersa en ambos mundos, debe solidarizarse más y más. Las letras son el mejor vehículo de los afectos...»

Y agrega: «Por mi parte, heredero espiritual de las ideas de Bolívar, que tuvo y quiso por patria la América de uno a otro lindero, siempre he sido fervoroso americanista. Literariamente nunca hice la menor diferencia entre mi República y las otras repúblicas hermanas. Soy compatriota de todos los iberoamericanos. No quisiera que me llamasen nunca escritor de Venezuela, sino escritor de América...»

Es, en efecto, como él dice, un continuador de Bolívar, desde el campo de acción de las letras. Y en ninguna obra lo prueba más ni mejor que en *Grandes escritores de América*, donde estudia ampliamente a cinco próceres de nuestras letras: el venezolano Andrés Bello, el argentino Sarmiento, el portorriqueño Hostos,



el ecuatoriano Montalvo, el peruano González Prada. En esta obra el crítico, ya maduro, revela no solamente preocupaciones estéticas, sino preocupaciones de carácter social, en relación con nuestra raza y nuestros países.

III CANTOS DE LA PRISIÓN Y DEL DESTIERRO

Hace ya cierto tiempo, en una reunión de amigos intelectuales, en la dispersión de amena charla, se habló de Rufino Blanco Fombona como poeta. Uno, uno solamente de los allí presentes, y por cierto el menos calificado para juzgar de estas cosas, le discutió tal calidad. Acababa yo de leer sus *Cantos de la prisión y del destierro*, y no pude menos de echar afuera lo que opinaba a ese respecto. No le considero, ni se me figura que él mismo lo cree, como un vate, en el viejo sentido semiprofético de la palabra. Pero es poeta, verdadero poeta, genuino poeta. Lo es por el don personalísimo —quizás en él en mayor grado que en muchos sedicentes grandes poetas— de un ritmo muy propio, muy singular, muy capaz de traducir anhelos e inquietudes de su espíritu en combinaciones estróficas de tanta originalidad como mérito.

Lo que hay es que Blanco Fombona, lo mismo en el verso que en la prosa, aparece siempre aislado, solitario, sin visible contacto con nadie, dueño y señor de su dominio, así sea este grande o chico, y haciendo en todo tiempo su soberana voluntad. Es demasiado personal y demasiado irreducible. Pero eso no quita, como dice muy bien Rubén Darío, «que sepa aplicar recursos de técnicas extranjeras en nuestro idioma», ni que en esto mismo, a mi juicio, haya logrado remozamientos de antiguas formas de metrificacón para alcanzar especiales sonoridades y cadencias de muy exquisita musicalidad, que tal vez han pasado inadvertidas por muchos oídos vulgares.

De la «Introducción» de este libro, de muchos de sus versos, rezuma, como amarguísimo ajeno, un sentimiento de venganza



que corre y se dilata a manera de ígnea y devastadora corriente. ¡Ah! ¡Yo también, leyendo esos párrafos urentes, ese relato de horrores, he recordado, he visto cruzar ante mis ojos, como desfile de pavorosas formas espectrales, mis lúgubres días pasados en sombrío calabozo por mi altiva actitud ante torpes desafueros y bestiales iniquidades de engreídos macheteros! Encuentro muy santa y buena toda la hiel concentrada en algunas de estas hirvientes y fustigadoras estrofas. No son, no pueden ser más sinceras. En ellas vibra la vida, la vida de cóleras tumultuosas, de indignaciones mal reprimidas, de las horas de lentitud desesperante transcurridas en la oscura y nauseabunda bartolina... Se siente impresión de melancolía y de dolor leyendo estos biográficos versos:

Fue unánime conjura. Les parecía fiero;
les parecía muy audaz.
El penacho era altivo, temerario el acero,
la franca lengua era mordaz.

Descuidado y cantante, como el agua corriente,
se deslizaba su vivir.
Mediocridad, Envidia, juraron esa frente
demasiado erguida, abatir.

¡Y a conciencia cumplieron aquel pacto nocturno!
Por tierra yace el infanzón,
el acero en astillas, el rostro taciturno,
alirroto, mustio el airón...

A veces el recuerdo de algo grato enciende, en medio del dolor, su fantasía, y entonces surge, en soñador y alado, «El madrigal de las lágrimas», del cual solo copio las primeras estrofas:

¡Qué días tan largos!
¡Qué noches tan lentas!



¡El tiempo no corre,
y dicen que vuela!

Sábanas mordidas,
violáceas ojeras,
lapicero roto,
cales de la celda,

pedid a los pájaros
de antiguas leyendas,
la voz encantada,
las alas de flecha.

Volad y decidla
¡cuán mi vida es tétrica!,
¡cuántas penas caben
en tan chica celda!

Rufino Blanco Fombona vive intensamente su poesía. Su vida inquieta, azarosa, sin hogar, sin rumbo, errante, siempre en peregrinación, no le ha permitido producir la obra poética de singular resonancia que debería ornar su noble frente con el laurel de los grandes vencedores. Su obra de rimador ha tenido que ser fragmentaria, esparcida al azar, estremecida constantemente por el viento de las tormentas que han perturbado y ensombrecido su existencia de eterno paladín de lo que ha creído verdadero, bello y justo. Con todo eso, su producción poética, siempre inspirada en cosas de ingente altura social o espiritual, tiene efectivo valor intrínseco y merece tenerse muy en cuenta para poder juzgarlo hasta en lo menos visible de su peculiar psicología. Y no solo por su poesía escrita sino hasta por su vida, de permanente y siempre brillante acción, hay en Blanco Fombona materia prima para formar muchos poetas. Es de los escasos que nos hacen experimentar a toda hora la divina sensación de algo de efusivo lirismo que se desprende de lo más íntimo del corazón, de algo que surge de la entraña herida por el dolor y sube



hasta nosotros cristalizado en un sollozo, en una lágrima, en la palpitación de un verso alado y armonioso.

IV

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE HISPANOAMÉRICA

En los más sesudos escritores de América adviértese en la actualidad la pronunciada tendencia a dilucidar en todos sus interesantes aspectos, seria y provechosamente, cuanto atañe a los problemas que se relacionan con el estado presente y con el probable porvenir de estos pueblos iberoamericanos.

Hace poco fulguró esa tendencia en *El porvenir de la América Latina*, de Manuel Ugarte, quien no satisfecho con tan rica y consciente ofrenda de la magna obra que persigue, recorrió después las principales capitales de América, simpático paladín de la bandera loca de la soñada Confederación hispanoamericana, exponiendo con verbo elocuente sus ideas en notables conferencias...

Y otro ilustre escritor, Rufino Blanco Fombona, publica un notable libro, *La evolución política y social de Hispanoamérica*, serio, correcto, sereno, vibrante, interesante por todos conceptos, de alta y meritoria propaganda, rebosante de perspicaces observaciones críticas y de sanos y vigorosos anhelos americanistas.

Aquí se nos presenta Blanco Fombona como pensador. Lo primero que vemos es la claridad ideológica y la claridad verbal. Todo, pensamiento y expresión, es en él luminoso. Vemos también en *La evolución* muchas y sagaces observaciones respecto a la sociedad americana, muchas y fuertes ideas en la apreciación de los hechos.

Divide el sociólogo americano su obra en cuatro libros y cada libro en cuatro capítulos. Los títulos de los libros dan idea de las materias. El primer libro se titula: *La colonia*; el segundo: *La independencia*; el tercero: *Organización de los nuevos Estados*; el cuarto: *La República*. En este último se hace el balance actual de la civilización de Hispanoamérica. La explicación que da Blanco



Fombona de nuestras guerras civiles del siglo pasado es una de las páginas más perspicuas de la obra. Otras hay de gran valer.

En el sugestivo volumen de Blanco Fombona palpita fuertemente un ideal de raza, entendiendo por nuestra raza toda la que ocupa el continente boliviano, desde México hasta Argentina.

En sus principales y más definidos aspectos, la armónica evolución de los diferentes países hispanoamericanos, tal como lo indica Blanco Fombona con completo conocimiento de causa, tiene su raíz en afinidades y semejanzas originadas por el cruzamiento de ciertos factores étnicos que han determinado, con especiales caracteres físicos y con cierta peculiar psicología, el tipo que puede presentarse, a pesar de algunas diferencias, como característico de la América de lengua española.

Carencia de alto sentido crítico supondría, en la hora actual, ponerse a denostar acerbamente las formas y medios del proceso colonial en este continente. En este libro no se incurre ciertamente en semejante error.

Con un heroísmo que no tiene par en la Historia, los conquistadores españoles adueñáronse de territorios inmensos y fundaron ciudades, aquí y allá, conforme a las necesidades del momento y a las vicisitudes dramáticas de la lucha. Como en la Península, el poder teocrático, señor de almas, y el poder militar, arbitro de la fuerza, uniéronse estrechamente para realizar una obra de dominación común, sin ideales y sin horizontes.

Las leyes de indias eran excelentes; pero aun a despecho de las órdenes terminantes de algunos monarcas, casi nunca se cumplieron, porque a ello se oponían múltiples intereses creados. Durante mucho tiempo la América fue, como lo afirma gráfica y pintorescamente Cervantes, «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos».

Bien seleccionados datos y muy justas apreciaciones abundan en las páginas de *La evolución política y social de Hispanoamérica*, respecto del período colonial, tan insuficientemente estudiado



hasta ahora, a pesar de haber durado más de tres centurias y de haberse moldeado en él lo que actualmente constituye y precisa nuestra fisonomía social.

La época colonial, en lo que a la dirección gubernativa se contrae, caracterizase en lo religioso por la más acentuada intolerancia; en lo económico, por el más absorbente monopolio, y en lo político, por un régimen de centralización, suspicaz y restrictivo, que hacía de la ignorancia la mejor arma de gobierno y que tendía sistemáticamente al alejamiento de los criollos de los altos puestos administrativos, reservados casi exclusivamente para el elemento peninsular.

Estoy de acuerdo con Blanco Fombona en considerar las municipalidades como los centros en que la aspiración de independencia encontró su forma más fiel y adecuada de expresión; y estoy de acuerdo también con las razones que expone para que así ocurriera y no de otro modo.

Con excepción de una que otra región, la minoría separatista tuvo que luchar a brazo partido con el fanatismo de las masas, con la crasa ignorancia de casi todo el cuerpo social, con otros inconvenientes casi insuperables, radicados en el culto a un conjunto de ideas tradicionales, de las que todavía hay muy visibles vestigios en algunos de estos países.

El autor de *La evolución política y social de Hispanoamérica* puntualiza acertadamente cuanto atañe a la tormentosa evolución de las sociedades hispanoamericanas en los primeros años; sobre todo, después de concluida la guerra emancipadora, cuando a los problemas militares sucedieron los políticos. La debilidad ingénita de cada uno de los flamantes organismos nacionales, y el alejamiento, en veces sistemático, en que se mantenían casi siempre, por convenir así a los intereses personales de encumbrados caudillos, fueron el motivo principal de las condiciones lamentables de todos conocidas.

Otra cosa hubiera indudablemente acaecido sí el Congreso de Panamá, idea salvadora y magnífica de Bolívar, cristalizando en una luminosa concreción jurídica, hubiera podido dar de sí sus naturales frutos, y se hubiera constituido la América



solidariamente. El genial proyecto del Libertador fracasó, principalmente, no tan solo por carencia de real unidad de miras en las partes interesadas, sino quizás, y aun sin quizás, porque aquel transcendental pensamiento era muy superior a lo que podían dar de sí las efectivas realidades del momento.

El caciquismo encontró en esas colectividades su más propio y natural asiento. La república de tipo centralista se impuso como imperiosa necesidad desde el primer momento. Y como consecuencia obligatoria, los caudillos, los *providenciales*, los conductores de esos rebaños, fueron como señores feudales.

Pero el tiempo corrió, y no ha corrido en vano. Del balance material e intelectual que en términos gráficos formula el eminente autor de este libro, resulta que en el espacio relativamente corto de cien años han realizado estas repúblicas, no obstante los ingentes obstáculos hacinados en el camino, adelantos que sin hipérbole bien pueden calificarse de portentosos.

Blanco Fombona descubre que el proceso evolutivo en las diferentes repúblicas ha sido, si no idéntico muy parecido, y que las diferentes repúblicas de origen español han tenido y tienen, hasta hoy, «una mentalidad, un alma común».

Hasta el presente momento, «esa mentalidad, esa alma común», que señala Blanco Fombona en la evolución hispanoamericana, reposa indudablemente en factores de sólida consistencia, como la posesión del mismo fondo étnico; de igual idioma, de costumbres muy semejantes; pero todo eso, indica, puede sufrir a la larga transcendentales metamorfosis.

Lo que hoy constituye una bien visible unidad moral, ¿podrá, dada ya esa incontenible impulsión de emigración, principalmente a ciertos países, conservarse sin cambio ni modificaciones especiales? ¿Podrá conservarse si los yanquis se apoderan de las Antillas, de Panamá y poco a poco de otras regiones?

Blanco Fombona entra decididamente en lo más intrincado del asunto al formular la siguiente grave interrogación: «¿Será duradera entre los pueblos de América esta similitud?»

Los yanquis, los yanquis: he ahí el enemigo de nuestra alma, de nuestra civilización, de nuestro carácter, de nuestra



independencia, de nuestra raza: tal es una de las tácitas conclusiones del libro de Blanco Fombona.

Hasta la imitación de lo yanqui, en efecto, en cualquier orden que sea, debe sernos odiosa. Salvo en ciertas circunstancias exteriores, el propósito de transformar nuestra peculiar manera de ser, integrada por confluencias espirituales muy distintas de las que han determinado la psicología norteamericana, en un sentido de acentuada imitación-yanquista, solo conduciría a la extinción torpe y vergonzosa de cuanto nos particulariza y distingue como pueblos moldeados por la gloriosa civilización latina.

El orgullo étnico norteamericano, su utilitarismo, su carencia de cierto idealismo noble y vivificante, mantendrán a aquella raza siempre frente a la nuestra. En no pequeña parte de la Prensa yanqui privan de continuo prejuicios enteramente desfavorables para la gente hispanoamericana.

Eso no quita que haya allí algunos espíritus superiores y muchos sujetos interesados, que nos hagan justicia, como un Stars, un Barret. Algunos de ellos han demostrado que quieren estudiarnos, como el profesor Stars, en su discurso pronunciado en Chicago acerca de Simón Bolívar. Harto conocido es el magnífico artículo de una gran revista norteamericana en que Barrett stampa conceptos verdaderamente lisonjeros para nuestra cultura intelectual, llegando a la afirmación de que estas naciones de origen hispano dejan muy atrás, en cuanto a cultura general y personal, a los Estados Unidos, y aseverando que los médicos y abogados hispanoamericanos tienen una cultura mayor que los de aquel país...

Pero son raros los escritores yanquis que se expresan así. La mayoría de sus periodistas nos fustiga despiadadamente, insolentemente, ignominiosamente. Somos, los hijos de las Antillas y de otros pueblos que no son las Antillas, la futura presa con que sueña el imperialismo yanqui. El día que los yanquis pongan la garra en territorio de Hispanoamérica, ese territorio cesará de ser desde luego una porción del conglomerado hispanoamericano y, poco a poco, morirá allí el alma de nuestra raza. Esta es otra de las conclusiones de la obra que analizo.



La evolución política y social de Hispanoamérica es el más trascendental alegato en pro de la América latina y un llamamiento a la América latina para que no tolere menoscabo, pudiendo como puede tolerarlo, con solo darse cuenta de lo que es hoy y de lo que puede ser mañana, si sabe vivir.

Hay por eso que trabajar asiduamente por vigorizar en estos pueblos el sentimiento de nacionalidad, para crear un ambiente enteramente refractario a cualquier injerencia extranjera en nuestra existencia política... Y por eso hay que vigorizar también, como lo hacen Rodó, Oliveira Lima, Blanco Fombona, Ugarte, Alejandro Álvarez, García Calderón, Carlos Pereyra y otros hombres *d'élite* el sentimiento de la solidaridad en los pueblos iberoamericanos.

«Por lo que respecta a América —dice Blanco Fombona al poner punto final a su hermoso libro de noble y fructuosa propaganda—, basta abrir los ojos de los miopes, gritar a los oídos de los sordos y creer en el buen sentido de una raza tan apta para la vida y que tantos derechos tiene a ella...»

La evolución política y social de Hispanoamérica es la obra de un pensador tan maduro y vigoroso como bien preparado.

V

CARTA DE BOLÍVAR

Es profunda la admiración que siente Blanco Fombona por la figura portentosa de Bolívar. Un hilo de luz parece que los enlaza al través del tiempo. Son varias ya las obras publicadas por el ilustre escritor venezolano en mira de esclarecer, desde puntos de vista de la crítica histórica positiva, pormenores atingentes a la personalidad del Libertador.

Pero su programa es más ambicioso.

Bolívar pintado por si mismo, obra en dos volúmenes, con notas interesantísimas de Blanco Fombona, y varios prólogos a las *Memorias* de personajes contemporáneos del Libertador, la



edición de los *Discursos y Proclamas de Bolívar*, y, por último, la edición crítica de las *Cartas de Bolívar*, son los principales jalones de este perspicaz, paciente y transcendental empeño de levantar la figura de Bolívar y dejar al Libertador para siempre, en la conciencia de la Humanidad, con el carácter que tuvo en vida: el de héroe representativo de la raza hispanoamericana.¹

Con consideraciones de personal subjetivismo, fundadas en narraciones inconexas, en tradiciones casi siempre falseadas, en opiniones aisladas, en apreciaciones exageradas de enemistades personales, es de todo punto imposible realizar una labor histórica que responda a finalidades de suprema y resplandeciente verdad. Lo que en toda investigación histórica bien entendida debe hablar en primer término es el documento coetáneo. Esto lo ha comprendido Blanco Fombona. De ahí sus publicaciones de obras contemporáneas del Libertador: *Memorias, Cartas, Relatos de viajeros*, etc., etc., etc.

Toda concreción histórica entraña una visión sintética, y no se puede llegar a ella sino mediante la acumulación de documentos que posean auténtico valor.

La labor bolivariana de Rufino Blanco Fombona representa un esfuerzo utilísimo y que aún no ha sido apreciado en la medida exacta de su valor intrínseco.

Bolívar no fue, ni podía ser perfecto. El barro humano no consiente extremos absolutos de perfección. Quédese eso para los santos, cuando son *de los buenos*, como dijo humorísticamente en uno de sus más bellos poemas Campoamor. Como toda personalidad humana, Bolívar incurrió en errores y tuvo sus flaquezas. Apreciar esos errores en la medida que la equidad y la justicia reclaman, y constatar lo que espiritual y fisiológicamente fue causa determinante de esas debilidades, es y será siempre obra de reflexión consciente y de observación depurada de aviesas parcialidades y de calumnias más o menos groseras y gratuitas.

¹ Últimamente Blanco Fombona ha fundado en Madrid una casa editorial, la Editorial América. Esta casa publica una biblioteca de altísimo interés sobre la historia de América Ayacucho. Nadie que quiera conocer a América a conciencia podrá ignorar la Biblioteca Ayacucho. (Nota del autor).



Blanco Fombona, atento ante todo a la verdad, diosa suprema de su espíritu, no tira, ni lo ha pensado, a crear un Bolívar de fantasía, de una pureza intachable de líneas, figura rectilínea, de irrecusable austeridad, exento por completo de culpas y responsabilidades. La verdad humana, la verdad histórica, no es ni puede ser esa. La realidad, en sus necesarias limitaciones de tiempo y de espacio, nunca se ofrece de esa manera a nuestra observación constante. En toda vida bien observada, al lado de ascensiones gloriosas y fulgurantes adviértense también lamentables tropiezos y hondas caídas. Blanco Fombona, aun en medio de su admiración, nunca pierde su clarísimo sentido crítico, y no ve nunca a Bolívar como dechado extrahumano de perfección. Lo ve como era: inmenso. Lo comprende, lo que ya es mucho. Sabe y dice que no necesita cambiársele de como era para quedar como la primera figura de las Américas y una de las ocho o diez más grandes de la Humanidad.

Toda personalidad se acendra en serie más o menos prolongada de vicisitudes. El contraste, la lucha entre opuestos elementos, es de suprema necesidad para aquilatar los méritos del hombre que sobresale por encima del nivel de sus semejantes. Sin los defectos, sin los errores de Bolívar, no resplandecerían en tan alto grado sus soberanas y deslumbrantes excelencias.

Lo que no puede tolerar Blanco Fombona, ni con él ninguno de los que conocemos y comprendemos al Libertador, es que por obra, del egoísmo o de la envidia, con declarada mala fe, se tienda sistemáticamente a deslustrar su memoria, a achicar su personalidad egregia, a disputarle cualidades y condiciones que poseyó ampliamente y supo mantener siempre en su punto. Contra esa obra de iniquidad histórica se yergue a cada instante el escritor venezolano, haciendo restallar inexorablemente la fusta de su indignación sobre pigmeos que se mantienen o se han mantenido lanzando dardos malévolos a la memoria del héroe sin segundo, contra el cual ni siquiera esa forma de injusticia ha dejado de ensañarse.

Cartas de Bolívar es un volumen de utilidad incontestable para conocer profundamente lo más recóndito de la psicología



del héroe caraqueño. En este Epistolario destacan muy curiosos aspectos del Bolívar íntimo. En algunas de estas cartas como que desaparece por un instante el Bolívar exterior, el que mejor conocemos, el tribuno de elocuencia resonante, el guerrero vencedor, para que surja en su lugar el hombre aquejado por las vulgaridades de la existencia cotidiana, que se ve constreñido por necesidades personales a pedir dinero prestado y a exigir con ahínco el pago de alquileres atrasados de casas de su propiedad...

La espontaneidad característica del género epistolar íntimo se patentiza en algunas de estas cartas. Tal, principalmente, en la primera, plagada de faltas ortográficas, escrita a los diez y seis años, en Veracruz, y en la que cuenta a su tío D. Pedro Palacios pormenores de un viaje que realiza... Correrá el tiempo; y el estilo, sin perder nada de la espontaneidad primitiva, irá ganando en precisión, colorido y firmeza hasta culminar en la célebre carta escrita en el destierro, en 1815, desde Kingston, a un caballero inglés, carta que resulta un modelo por la elevación del pensamiento, por la exactitud y serenidad del juicio, y, en muchos pasajes, por lo bello y expresivo de la forma. En esa notable epístola se dan la mano el severo raciocinio y la imaginación llameante; el pensador y el vidente. Parece como si ante él se complaciera el porvenir en descubrirle sus más íntimos secretos... El americanismo –no lo que ahora llaman, incluyendo a los yanquis, panamericanismo–, tiene en Bolívar las proporciones de una convicción muy acentuada y perdurable. Así escribe al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1818, las siguientes expresivas líneas: «...Nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América, así unida, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas.»

Cartas de Bolívar se abre con un prólogo de José Enrique Rodó, pleno de honda penetración y de serenos y expresivos conceptos.



Las cartas de cada año están precedidas de amplios resúmenes históricos, en que Blanco Fombona exhibe su completo conocimiento de la materia, y al pie de cada una de ellas el pensador venezolano ha puesto también notas aclaratorias; y es en esas modestas notas donde se concentra lo mejor de su labor crítica boliviana. Deben principalmente ser leídas algunas de ellas con más atención de lo que podría pensarse a primera vista. En esas noticas hay muchas ideas nuevas sobre Bolívar; así como suena, ideas.

Ese empeño de divulgación histórica resulta doblemente meritorio en estos momentos de dolorosa incertidumbre para algunos de estos pueblos hispanoamericanos. Lo es por el ejemplo de edificante trascendencia social que entraña el conocimiento en sus más íntimos aspectos de la gran figura boliviana, en la que tiene su raíz cuanto integra el nacionalismo hispanoamericano, entendido en su más amplio sentido; y es asimismo meritorio el empeño por resucitar con su peculiar y dramático colorido el cúmulo de sacrificios, abnegaciones y heroísmos que costó a nuestros abuelos la realización del magno ideal separatista.

Ese ideal es como fulgurante visión que se desprende de las cartas de Bolívar; y aparece ante nuestra vista deslumbrada para indicarnos, como si el mismo héroe, con severo índice nos la señalara, la vía que tenemos que seguir forzosamente para conservar a todo trance nuestra autonomía y ser consecuentes con la epopeya.

La figura del Libertador crece, se agiganta con los años. Es por eso que predominan los colores vivos, las tonalidades fuertes, es cada día estudiada con más fervor y más consciente detenimiento. Su personalidad es el más expresivo símbolo, la más eximia representación personal de un momento histórico de permanente valor en el desenvolvimiento del espíritu humano. En vez de demolerla, el tiempo, escultor definitivo, va como borrando o atenuando las imperfecciones de su estatua gigantesca...

En una monografía sobre *Bolívar, escritor*, atribuye Blanco Fombona al guerrero, con vivo encarecimiento, las condiciones



de escritor en quien resplandecen los méritos de una original y cabal expresión literaria.

El resplandor permanente de sus hazañas militares deja en un plano inferior, escasamente explorado, este aspecto de su actividad mental. Blanco Fombona, con penetrante análisis, pone ahora ese curioso aspecto en plena luz. Por más que las sobresalientes condiciones de su estilo, frecuentemente impregnado de pasión y colorido, pleno de fulguraciones, sin huellas de clasicismo formalista y hueco, pareciesen colocarlo a la cabeza de los escritores americanos de su época, no fue ni pudo ser un innovador literario capaz de señalar rumbos de expresión más o menos definitivos.

No se es nunca innovador, en ninguna actividad espiritual, sin el propósito decidido de serlo. No se asciende a tal altura incidentalmente sino a condición de enderezar a tal fin las principales facultades del espíritu...

En Bolívar, con suma frecuencia atísbanse los signos, a veces pronunciados, a veces borrosos, de un retoricismo altisonante, convencional, muy propio de su época y de las circunstancias en que se dilató su existencia. En ese sentido, su elocuencia, la elocuencia desbordante de sus arengas y proclamas, es, bajo el sello personal que la distingue, frondosidad lírica de un árbol que tiene sus raíces en los tempestuosos y trágicos días de la Revolución francesa y en los deslumbramientos bélicos de la epopeya napoleónica...

La personalidad literaria de Bolívar, lo que en él se esparcía como un cauce por donde corre espontáneo, sereno y pintoresco el pensamiento, está y estará siempre –creo haberlo dicho en otra parte– en la luminosidad perdurable y atractiva de sus cartas.

En ellas, en su *Epistolario*, está él, vive él, en la más alta y sincera plenitud de su expresión personal, sin que nunca la afeen o desvirtúen las modalidades de una retórica convencional y falsa, estructurada por fórmulas de abolengo clásico. Su vida, su vida verdadera, íntima, pasional, siempre tormentosa, siempre poblada de visiones desmesuradas, late con intensidad, palpita vigorosamente, en las cláusulas de su voluminoso *Epistolario*.



Comparto en un todo el juicio de Rodó a ese respecto: en su correspondencia se expande intensamente lo más hondo y característico de su psicología. En sus cartas resuenan, de continuo, sin afeites ni formalismos retóricos, el alarido de la pasión, la invectiva acerada, el juicio abrigado por un fulgor de profecía, la apreciación discreta y razonada de hechos de valor trascendente, sus espe ranzas, sus desalientos; cuanto, en ciertos instantes, su pensamiento, en perenne ebullición, su sensibilidad excitada, necesitan echar fuera de sí, convertidas en cristalizaciones mentales de raíz muy personal y muy íntima.

VI

LA LÁMPARA DE ALADINO

De todos los libros de Blanco Fombona es acaso *La lámpara de Aladino* el que da una impresión más completa de su personalidad intelectual, potente y simpática.

Acaso haya escrito otros en que la profundidad del pensamiento sea mayor, en que ahonde con más fuerza en la entraña de las cosas que observa y estudia; pero aquí, en estos capítulos frescos y vigorosos, exentos de rebuscamientos de expresión, de hojarasca, de vana fraseología, está él, vive él, a ratos observador zahorí de intensa mirada crítica, y siempre, aun en sus momentos de descuido, dueño y señor de la forma artística más concisa y soberanamente expresiva.

La lámpara de Aladino descubre a cada instante, envueltos en resplandores de maravillosa claridad, los más recónditos silos del pensamiento y la sensibilidad del ilustre escritor americano. Este libro parece algo así como cofre riquísimo, cincelado por las divinas manos de un moderno Cellini; cofre que guarda en su seno numerosas joyas. El mágico poseedor de tal tesoro lo vuelca y esparce de improviso ante nuestros ojos asombrados. Naturalmente, entre tantos joyeles, entre tantos camafeos, entre tanta piedra preciosa, acaso haya algunas de menos valor. Pero



esas joyas de relativo mérito resultan rarísimas en esta colección de alados pensamientos en medio de tantas bellezas y filigranas de estilo.

Bajo la aparente frivolidad de algunas de estas páginas se esconde, por lo general, una observación sagaz o una apreciación de positivo valor psicológico o sociológico. Demuestra con frecuencia, sin darle importancia, como si tal cosa, verdaderos conocimientos fundamentales y una cultura que no parece nunca de segunda mano; y no lo parece porque no lo es.

En la primera parte del libro *Nombres*, desfilan personalidades modernas; y nunca falta en el análisis o comentario de esas personalidades la observación penetrante o la nota humorística, acre o regocijada. En ocasiones, el conocido panfletista aparece y flagela despiadadamente.

La bilis del desencanto o de la contrariedad parece brotar de su pluma en «Pensares y sentires», en «Ciudades y panoramas», en «Comentarios». En cuantas partes contiene esta obra triunfa con singular gracia la facultad imaginativa. La *loca de la casa* se pasea con frecuencia, con amplia libertad, de un extremo al otro del libro, desde el bellissimo prólogo, introducción o lo que sea. Pero la emoción y el pensamiento no están ausentes de la obra. Hay muchas páginas de meditación; otras, de intensa vida. Algunas de estas, como «Necrología», hermosa notícula final, se leen con un interés no exento de melancolía...

Entre todos esos trabajos me detengo, no por ser el mejor, sino porque me interesa más por su carácter, en el intitulado «Viaje al Alto Orinoco».

Me ha gustado mucho la relación del peligroso viaje. La pincelada descriptiva, de positivo mérito artístico, plena de intenso colorido local, abunda en este relato. Aquel inmenso territorio de la Guayana comprende la quinta o sexta parte de Venezuela. Cubierto de bosques inextricables, surcado por ríos gigantescos y habitados por tribus indias diversas, representa, según expresión del autor, un pedazo vivo y palpitante de la América bravía que encontraron los españoles en su épica conquista de este continente. Leí hace varios años un libro voluminoso, que



aún conservo, *Exploración oficial*, por F. Michelena y Rojas; es una relación muy detallada de esas regiones, relación en la que, particularmente en ciertos puntos de importancia, contradice y aun refuta afirmaciones de Humboldt con argumentación seria y vigorosa.

Pues a esa remota porción bárbara de Venezuela, a esa región casi inexplorada y llena de caimanes y de tigres, a la entidad política llamada Territorio Amazonas, fue Blanco Fombona investido con el alto carácter de gobernador. No sin correr innumerables riesgos hizo el difícil viaje desde Ciudad Bolívar hasta la capital del lejano Territorio, unas veces en frágil barquichuelo sobre el movable dorso del gran río, otras jineteando por sabanas interminables, a trechos inundadas, y por lo común desprovistas de medios de subsistencia.

Tomó por lo serio su deber de primera autoridad en aquel rincón de vida rudimentaria. Fundó escuelas, arrimó decididamente el hombro a proyectos locales de utilidad incontestable; quiso disciplinar, hacer un poco de orden en aquel caos, civilizar, en una palabra; pero la criada le salió respondona. Bastardos intereses creados se irguieron amenazantes a su encuentro. Comprendió pronto que estaba solo, aislado, sin recursos, entre fieras. Se defendió gallardamente de un asalto que le dieron. Algunos de los asaltantes mordieron el polvo.

Con ese motivo se ha creado en torno suyo una leyenda. Dicen que fusiló mucha gente. Lo que hizo, según reza este libro y según me ha contado quien puede saberlo, fue rechazar la fuerza con la fuerza y contestar el golpe con el golpe.

Casi todos los gobernadores que le precedieron acabaron de trágica manera. Lo mismo el que lo sustituyó a él. Puesto en su caso, cualquier hombre de corazón y de dignidad hubiera procedido como Rufino Blanco Fombona...

Maneja Blanco Fombona la espada lo mismo que la pluma, como algunos de sus hidalgos antepasados.

Este Bayardo sin miedo y sin tacha, incapaz de mezquindades y bajezas, enemigo y flagelador de tiranos, ha señalado siempre a su pueblo ideales elevados; y por su carácter



independiente ha tenido que ir algunas veces a los campos de la guerra civil, –siempre contra los déspotas–, y otras a las mazmorras políticas. También ha tenido que batirse en duelo varias veces. *La lámpara de Aladino*, que nos expone las ideas del autor, también nos transparenta su vida. Y lo que por *La lámpara* sabemos, confirma de todo en todo lo que sabemos por otros conductos.

Lo han comparado ya, más de una vez, con los hombres del Renacimiento. En veces se me figura contemplarlo trajeado con jabón de seda, calado el chambergo de amplias alas y de vistosa pluma, puesta la mano en la cincelada empuñadura del acero toledano, en gesto de permanente desafío, como alguno de esos hidalgos que se yerguen altivos y orgullosos en ciertos viejos cuadros de pintores españoles.

Como alma en donde llamea intensamente la pasión, es natural que incurra en violencias y exageraciones. Desprecian los temperamentos apasionados el justo medio y se van, ardientes e irrefrenables, a los mayores extremos. Algunos, sin embargo, aun tocando esos extremos, no pierden jamás de vista una noción exacta y completa de las cosas. Así sucede a Blanco Fombona, aun en medio de sus mayores encrespamientos pasionales.

Este hombre, que no ha sabido nunca adular, que para los poderosos no tuvo siempre sino rudas verdades; este hombre, incapaz de ceder al interés material en desacuerdo con su conciencia, tiene un culto, como ya lo sabemos, y culto el más desinteresado: Bolívar. También Stendhal tenía el culto de Napoleón.

VII

EL HOMBRE DE HIERRO

Tarde llegó a mis manos la bella e interesante novela de Blanco Fombona titulada *El hombre de hierro*. Tenía ya varias ediciones. Esa honra, la más alta seguramente que puede discernirse a un libro, la encuentro por completo justificada después



de leer este precioso novelín, como lo llama el autor, pleno en todas sus partes de vivo y creciente interés.

La novela en América entra ahora, puede decirse, en plena fase de desenvolvimiento. *Canaán, de Graça Aranha*, puede citarse como una de las mejores en todas las literaturas modernas.

Lo mismo que en *El hombre de oro*, su última producción novelesca, en esta, con excelente acuerdo, se inspira Blanco Fombona en peculiaridades muy acentuadas del ambiente físico y moral venezolano. Su tierra, lo suyo, el medio en que se formó, en que se dilataron su niñez y su juventud, le presta de continuo recursos para ficciones novelescas coloreadas de vida local, plenas de intensas fulguraciones de realidad. Es realista, realista en los pormenores, en los cuadros de ingente fuerza descriptiva y de vida pasional; pero su realismo, de cierta crudeza en ocasiones, no cae nunca en cierta escabrosidad pornográfica sino aparece siempre, o casi siempre, como temperado o dulcificado por un hálito de suave y fragante romanticismo...

Atesora *El hombre de hierro* pasajes de serena y honda hermosura. Hay verdaderos atisbos en la psicología de los tipos de carne y hueso que cruzan cómica y gravemente por los sugestivos capítulos de la novela. Hay muchas descripciones de singular belleza. La escena de la muerte de Crispín, por ejemplo. Con sobra de razón la elogia Max Nordau.

Las figuras de Crispín, protagonista de la narración, y de su mujer, María, tienen calor de vida. Crispín, *el hombre de hierro*, no tiene nada de hierro o cosa semejante. Es pura y simplemente un infeliz, un pobre hombre, a quien su mujer engaña y a quien todo el mundo ve con cierto desdén compasivo. En el fondo es bueno, bonísimo, de excelentes sentimientos. Pero carece de carácter, de voluntad, y naufraga estéril y dolorosamente en medio del encrespado oleaje de la vida. Su historia, la historia de su vida, es la novela. Y esta novela, desde el título, es una desafortada ironía.



VIII

EL HOMBRE DE ORO

Ni un solo instante decae o desmaya el interés en la lectura de *El hombre de oro*, novela hermana de *El hombre de hierro*. Se lee de un tirón, como quien dice. El estilo es el conocido estilo del autor aquí lo admiramos sencillo, claro, preciso, elegante, sin rebuscamientos de frases o de vocablo, esmaltado a cada paso de venezolanismos que tienen pronunciada analogía con frases y dichos de por acá.

La descripción del medio ambiente, de muchas pintorescas peculiaridades locales, está hecha con verdadera y singular maestría, con original desenfado, sin circunloquios ni atenuaciones en algunos de sus aspectos, siempre palpitante de cruda realidad. Y lo mismo lo exterior y lo íntimo, lo físico y psicológico de los personajes que se destacan con vigoroso relieve en estos cuadros. Blanco Fombona posee condición de novelista de positivo mérito. Sabe infundir interés y amenidad a la narración y el don poco común de creación, es decir, de dar vida corpórea intensa, a los tipos representativos que pone en escena.

A veces tememos verlo llegar a las fronteras de lo inverosímil o lo caricaturesco; pero tal temor dura poco: pronto advertimos que el autor no fantasea y que, en todo momento, conserva el contacto con la realidad y nos da una impresión acentuada y palpitante de vida...

En estas democracias inconsistentes no escasean ciertamente los tipos que de manera tan magistral hace surgir ante nuestros ojos el autor de *El hombre de oro*. Por ahí, a cada momento, nos tropezamos con gentes de acentuado parecido con los Matamoros, Yrurtia y demás personajes que, como excrecencias morbosas, ensucian y corrompen la porción de la sociedad venezolana, tan bien retratada en estas páginas.

Yrurtia, refractario a todo noble rasgo de caridad o de beneficencia, solo vive alimentando el propósito tenaz de atesorar, de seguir atesorando, cueste lo que cueste, caiga quien caiga... A Matamoros lo conocemos: es nuestro amigo. En Olga Emmerich



alienta la mujer sensual, sin escrúpulos, anhelosa de llegar adonde quiere ir, coqueta y libertina, magnífico espécimen de ambición y de lujuria. Y las figuras simpáticas, no interesan menos que las otras. Las tres damas Agualonga, supervivencias del pasado, conservan cuidadosa y piadosamente, como oro en paño, los principios y las ideas que en épocas pretéritas modelarían el alma y determinarían inflexiblemente la norma de vida de extintas generaciones...

Estas figuras de las tres Agualonga están muy bien retratadas. Qué escena aquella en que las tres damas se mudan de la vieja casa. En esa escena hay, iluminándola, como un resplandor de solemne y hermosísima poesía. Las Agualonga, las tres viejas tías de Olga, constreñidas por necesidades de la existencia, se ven obligadas a abandonar el antiguo caserón, donde vivieron y murieron sus antecesores, donde nacieron, y vivieron siempre hasta entonces, ellas mismas. Todo allí, hasta lo más nimio, evoca para ellas un mundo de recuerdos. Pero el destino ha hablado y hay que acatar su fallo. Hay que irse. El capítulo se llama «El adiós del caserón». Conocemos pocas páginas de tan intensa y sugestiva hermosura.

En suma: *El hombre de oro* da la medida de Blanco Fombona como novelista. Podemos considerar al autor, entre los novelistas universales, como uno de los buenos novelistas de nuestra época, que los tiene excelentes.

IX JUICIO DE CONJUNTO

No debiera terminarse este ligero esbozo de la personalidad de Rufino Blanco Fombona y la reseña de algunas de sus obras sin lanzar un juicio de conjunto sobre él y sobre ellas. Sin embargo, no lo haré. El lector, con los antecedentes que aquí encuentra en las páginas precedentes, puede hacerlo tan bien como el mejor crítico, y mejor que el crítico si no conoce al poeta ni ha oído antes hablar de él. Tenga por seguro que los



elementos de juicio aquí acumulados son verídicos; y que las opiniones lanzadas, a propósito de los libros que se comentan, son las más honradas que un escritor de buena fe y de absoluta independencia de carácter puede expresar sobre un autor a quien estudia. Buen novelista, buen poeta, escritor brillantísimo; hombre sincero, altivo, valiente, apasionado, Rufino Blanco Fombona es, como literato, un literato a quien hay que tomar en consideración, y como persona, un caballero interesantísimo, cuya vida dramática y curiosa tiene algo de romance y algo de novela.



ZOILO GARCÍA
20 DE MAYO DE 1922



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



I

Estas páginas, apresuradamente escritas, constituyen un homenaje de hondo cariño y de acendrada gratitud a la memoria del hombre superior que acaba de entrar en lo perpetuamente desconocido en medio del acerbo desconsuelo del numeroso grupo de sus viejos y consecuentes amigos. Cuanto digo en estas líneas es producto directo de mi sinceridad habitual, pues otra cosa sería indigno de él y de mi pluma justiciera hecha desde muy antigua a rendir tributo sin titubeos ni indecisiones, a la verdad resplandeciente y serena o a lo que se me figura que lo es positivamente. En esa vía henchido siempre de los extremos propensos de continuo a yerros trascendentales y buscando en un punto medio aristotélico una visión ecuánime capaz de responder a un concepto satisfactorio de lo que es o se presume la finalidad perseguida.

Conocí e intimé con Zoilo García desde mis más floridos años juveniles. Esa amistad leal y firme no se entibió ni solo día, ni aun en momentos en que nos separaron pasajera y diferentes maneras de ver las cosas de nuestra política personalista. Fui aquí considerado por muchos, y tal vez no era así, como su amigo más próximo y de mayor intimidad. Creo haberlo conocido a fondo sin haberseme escapado nada de sus defectos de carácter y de cuanto formaba en más visible e intrínseca psicología. Creo que fue Blaise Pascal quien dijo que «ningún hombre puede jamás alabarse de conocer por completo a otro hombre».



Y esto parece una verdad inconcusa si se atiende a que en la complejidad del espíritu humano, en lo que se termina una psicología más o menos estable muchas modalidades de verdadera fuerza y arraigo permanecen ocultas o poco visibles asomándose raras veces o quizás nunca a la superficie.

Puede calificarse de EXTERNA la psicología de este hombre extraordinario. Puede decirse, valga la expresión, que se le veía a flor de mirada. Era sincero, muy sincero, de una sinceridad a veces excesiva. Acaso la rusticidad de su educación escasa no le proporcionaba el freno necesario para moderar la expresión verbal de sus primeras impresiones. Sin pararse en pelillos echaba fuera, en ciertos instantes, cuanto se le antojaba así pudiera producirle esos entrañamientos de amistad o más serios disgustos. Y daba suelta a su palabra lo mismo en la calle que en la esquina de su casa de comercio, sitio en que se le veía casi siempre sentado en compañía de sus más allegados amigos.

Las impetuosidades del primer momento se desbordaban como río crecido fuera de sus cauces, pero poco después se serenaba volviendo la apreciación reflexiva a ocupar su natural puesto. Era de índole noble y generosa dispuesto siempre a prestar un servicio, a favorecer a un amigo, hacer toda clase de bienes a la gente menesterosa y desvalida, en lo cual tuvo siempre una leal y entusiasta colaboradora en su culta y amante compañera. La política personalista lo agarró desde casi niño con sus formidables tentáculos y no lo soltó ya jamás ni un solo instante. Murió a los 73 años dando calor y empuje al partido al que pertenecía.

II

Acostumbrado desde muy joven a ejercer la influencia propia de todo carácter autoritario, con el tiempo fue, a medida que iba más y más destacándose su personalidad en la vida política, acentuándose la tendencia a que se acatase su voluntad siéndoles de continuo enojosas las contradicciones. Le gustaba,



por exigencia de su temperamento hecho para mandar, que su criterio, que él juzgaba el exacto, predominase en todas las ocasiones. De ahí, muchas veces, alejamientos de amistad casi siempre momentáneos. Una educación esmerada, de que carecía en parte, pues creció y se formó en un ambiente donde imperaba la mayor ignorancia y era difícil recibir, por carencia de verdaderas escuelas, aun los rudimentos de la misma enseñanza primaria, hubieron en gran manera aminorado tales deficiencias que constituían la nota acaso característica de su íntima manera de ser personalísima.

En su organismo moral florecía, con vigoroso brote, el más radical optimismo. Tuve ocasión de comprobar esto infinitas veces. No se daba por vencido o derrotado ni aún en las horas de más congojos e incertidumbre para la agrupación política que lo contaba en sus filas. Durante el tormentoso período de nuestras contiendas civiles siempre pensaba, sin desanimarse, ante hechos que parecían desmentirlo, que el triunfo más resonante coronaría espléndidamente los esfuerzos de su partido. Pero donde más se cristalizaba ese optimismo era en las luchas electorales para las que tenía sobresalientes condiciones de justador experto apacentadas en una actividad asombrosa que intimidaba aun a sus más conspicuos adversarios.

En ocasiones, en que ráfagas de pesimismo como que ensombrecían mi espíritu, él las ahuyentaba con su cándida, firme y casi siempre favorable manera de interpretar las cosas que mi mayor acopio de conocimientos me hacía ver y considerar de modo distinto. Y él se salía siempre con la suya. Hasta la saciedad se puso eso de relieve durante los trágicos años de la gigantesca guerra europea. Él y yo éramos simpatizadores de la gran nación francesa. Simpatizadores ardientes y convencidos. Francia es y continúa siendo, como para muchos intelectuales hispanoamericanos, mi padre espiritual. En gran parte, mi mucha o escasa cultura procede de allí. He vivido casi desde niño en íntima comunión espiritual con las proyecciones de fulgurante trascendencia de sus filósofos, de sus pensadores, de sus poetas,



de sus artistas: Renan, Farne, Comte, Boutroux, otros más, han sido mis más calmados directores espirituales.

Zoilo García amaba mucho a Francia, a la que había visitado en viaje de salud casi desahuciado, y del que regresó en excelentes condiciones de vigor físico. Pero su admiración, honda, profunda, se condensaba en un hombre que para él como que resumía y condensaba cuanto él encontraba de admirable en Francia: Napoleón. El corso omnipotente surgía siempre ante sus ojos revestido de suprema majestad olímpica. Para él nada había aparecido superior en el mundo. Conocía bien su historia que había leído y se hacía leer muchas veces. El trágico tumulto de las grandes batallas de la epopeya era napoleónica desfilaba ante su mirada con no sé qué ofuscantes resplandores de inmarcesible gloria. En muchos espíritus en que por falta de estudios de crítica histórica no han podido llegar a una exacta apreciación de los hechos he observado, sin sorpresa, como se acrecienta y agiganta la admiración por el coloso vencido definitivamente el Waterloo...

Confieso que, frente al superior empuje del ejército teutón y a su carencia de escrúpulos para pulverizar al contrario aun recurriendo a los demás abominables recursos de destrucción, creía, más de una vez, en determinados momentos de la lucha, que los aliados terminarían por perder la magna contienda. Él no lo creyó ni un solo instante, ni un solo segundo. Siempre, con su palabra cálida, impetuosa, procuraba acallar mis dudas, y cierto es que muchas veces hacía desaparecer mis incertidumbres y mis desconfianzas.

Mi impenitente afición a los estudios históricos y avezado por eso a buscar en el engranaje más o menos visible de los hechos sus causas determinantes ya se descubriera en ellas el *PITIT FAIT* de Taine o la acumulación gradual de factores insignificantes de que habla Ferrero, me hizo, más de una vez, discrepar de su lógica, rudimentaria, de su manera simplista de juzgar e interpretar esas cosas. A mis observaciones y a mis datos oponía su fe inquebrantable en el triunfo definitivo de la causa por la cual Francia combatía en primera línea. Recobré esperanza hundida



casi del todo en brumas de acerbos pesimismos al producirse la entrada en la gigantesca contienda de los Estados Unidos. Pensaba en aquel entonces y sigo pensando que sin esa injerencia la victoria se hubiera inclinado del lado del imperialismo teutón... Virtud suprema de honda repercusión en el organismo individual y social es una manera optimista de ver las cosas que se desenvuelven en el tráfigo de la vida cotidiana cuando hace ese optimismo arranca de una convicción profunda y sincera. Después de todo se vive más, se realiza mayor suma de cosas provechosas, cuando las afirmaciones marcan el ritmo de nuestras actuaciones. Por el camino de las negociaciones, aún estas más o menos aparentemente justificadas, solo se llega a sombríos y espantables despeñaderos.

III

Imberbe jovenzuelo hizo su aparición en el escenario de nuestra política netamente personalista. Eran los tiempos en que AZULES y VERDES después de derrotar el partido rojo que había ejercido un tiránico poder durante las dos famosos SEIS AÑOS acaparaban el mando supremo unidos al principio contra el enemigo común hasta llegar el inevitable momento de la decisión dolorosa. Él era AZUL y fue más tarde VERDE constreñido por sus vivas simpatías al general Ignacio María González, caudillo de esa bandería. Su figura empezaba a perfilarse y a tomar aspectos de cierta influencia en la vida de agitaciones locales.

No es cierto —como no ha faltado quien afirme entre sus contrarios— que al producirse su acercamiento al general Ulises Heureaux no gozaba de ningún prestigio local. Ya se le veía como un caudillo en proceso de formación que había actuado en luchas eleccionarias y aun triunfado en los comicios en que se disputaban el triunfo determinadas candidaturas municipales. Y es menos cierto que es ese acercamiento al Ulises dominicano, procediera de él. Lilís, con su mirada de hombre superior hecha a conocer la gente que encontraba en su camino, comprendió,



desde su primer encuentro, que Zoilo García era el hombre que necesitaba para robustecer y afianzar su poder en La Vega.

Y así sucedió durante el largo período de aquella dictadura, aun insuficiente y parcialmente juzgada. Tuvo, como todas las cosas de la vida, anverso y reverso. El adelanto material del país le debe mucho. Durante el largo tiempo de gobierno del general Heureaux, tiempo de una paz que impuso dura y cruelmente, floreció en cierta notable escala la agricultura, el cultivo del cacao principalmente. Hubo marina, hubo ejército dignos relativamente de este nombre. El ferrocarril de Puerto Plata, obra difícil y costosa, data de aquella actuación gubernativa. Pero todo ese avance material careció casi siempre de fecundas finalidades morales. En lo económico hay que confesar que su administración resultó desastrosa, por más que en otras posteriores sucediera lo mismo o peor. Él no pudo o no supo armonizar lo material con lo moral en una orientación de fecunda organización jurídica. No podía hacerlo. Era materialmente imposible que diese para tanto. Todas las excrecencias, todas las morbosidades del personalismo político en que se había formado parecían haber encontrado un punto de conjunción en su privilegiado cerebro. Fue un cerebral en que la onda de la piedad, de la compasión, penetró muy pocas veces. En muchas de estas sedicentes republicas, la paz y con ella cierto florecimiento material, solo sea debido a la acción ininterrumpida de largos períodos de despotismo. El ilustre escritor Francisco García Calderón considera este hecho casi como una ley histórica de estas turbulentas democracias hispanoamericanas.

Lilís era, sin disputa, un hombre extraordinario. Poseía un talento natural indiscutible. Hablaba con soltura varios idiomas. Y poseía también cierta evidente flexibilidad de criterio que le permitía, más o menos pasajeramente, adaptarse a cuanto le pareciera favorable a su personalismo; aunque más de una vez repugnase a su manera íntima de ser y de pensar. Nació y creció en un ambiente de tragedia y eso más que nada le impidió toda reacción contra determinadas ideas atávicas de crueldad y de violencia. Fue principalmente déspota, porque en el conjunto



de ideas que formaron la urdimbre de su mentalidad, restringiendo o absorbiendo otras secundarias, predominaron en él con invencible señorío, como era lógico que sucediese, aquellas más arraigadas y peculiares del desenvolvimiento histórico del pueblo dominicano.

Fue un verdadero REPRESENTATIVO, un representativo típico de todas las morbosidades, de todas las influencias malsanas que han obstaculizado, con fuerza avasalladora, todo el empeño de mejoramiento integral de la sociedad dominicana... Es fuerza convenir que el tirano no es la TIRANÍA. Aquel es solo expresión más o menos duradera de esta. La tiranía es fenómeno social que tiene su raigambre en oscuras profundidades del ser colectivo y se determina por influencias técnicas apacentadas en modos de pensar y sentir y en puntos de vista anacrónicos y nocivos. Solo así se explican los sucesivos tiranuelo, presidenciales o locales, que, como vegetación envenenada, florecieron posteriormente al omnipotente mandatario caído trágicamente, en Moca, al pie de la guásima histórica, el 26 de julio de 1899.

IV

Ulises Heureaux, enterado ya de las condiciones de actividad y energía que distinguieron siempre al prohombre vegano, bregó con porfiada insistencia para atraérselo para tener en él una de las columnas de su omnipotente política. Con su innegable perspicacia para sondear los hombres descubrió en él un fondo de muy resaltante lealtad. Logró al fin que su compañero de andanzas políticas, su leal y consecuente amigo don Uladislao Fernández se adhiriesen a la situación que Lilís encabezaba y que día por día iba afianzándose y tomando cada vez más consistencia.

Sinceridad y lealtad fueron siempre las cualidades más resaltantes del organismo moral de Zoilo García. Ambas cosas, desde un punto de vista psicológico, parecen completarse y aun compenetrarse. Pero esa lealtad al gran caudillo dominicano,



cosa de que este mismo estaba plenamente convencido, no fue nunca óbice para que Zoilo García, en momentos de cierta gravedad, no se irguiera, con gesto de vibrante desaprobación, respecto de ciertos actos presidenciales que se le figuraban mercedores en un todo de acerba censura. Lilís, conocedor de su lealtad, aunque regañadientes, le toleraba rebeldías por más que siempre le resultaban extremadamente molestas.

En septiembre u octubre de 1889 se discutía en el Congreso Nacional la concesión que el Ejecutivo había acordado para el establecimiento de un banco, y los diputados de La Vega hacían firme oposición a una cláusula de ella que les parecía o era lesionadora de ciertos intereses nacionales. Lilís se enfadó con ese motivo y le puso a su delegado en La Vega un telegrama diciéndole que esos diputados «se portaban mal y que era necesario desautorizarlos». Zoilo contestó, después de reunir sus principales amigos, que esos representantes cumplían con su deber y que La Vega estaba dispuesta a sostenerlos. Conservo copia de ambos partes telegráficos.

Otro caso más grave ocurrió poco después. Y digo más grave por tratarse de algo que atañía a su íntima política personalista: el caso de Miguelito Guzmán. Nunca he sabido con certeza qué hizo positivamente para atraerse las iras del GENERAL como por antonomasia se apellidaba a Lilís. Se dice que se había comprometido con él y que después lo engañó. El hecho es que un día recibió Zoilo un telegrama avisándole que Miguelito había salido clandestinamente de la Capital, del rumbo que había tomado, que era portador de papeles hostiles a su gobierno y que era necesario capturarlo. Zoilo tomó hábilmente sus medidas y pocos días después hizo reducir a prisión al fugitivo. Al participárselo al general este le dio orden de fusilarlo inmediatamente. Zoilo al contestarle negativamente le dijo que no había motivo para tanto. Lilís repitió la orden obteniendo idéntica negativa. Se a fondo estas cosas porque yo mismo redacté los dos telegramas negativos.

Miguelito Guzmán fue trasladado a la Capital, y allí, compadecido, el general José Dolores Pichardo, gobernador de la



ciudad histórica, pudo sustraerlo hábilmente, durante cierto tiempo, a la venganza o lo que fuere del general hasta que un día este dio la orden que lo hizo desaparecer en la soledad del mar, en las sombras de una madrugada, de manera dolorosamente trágica. Aún me parece ver por entre las espesas brumas del pasado, la figura de su mujer, blanca, envejecida, imagen viviente del dolor, siempre enlutada, sombra errante, recorriendo las calles de Santo Domingo en demanda a ciertas personas del óbolo indispensable para satisfacer las más apremiantes necesidades de ella y de su marido encarcelado.

Un incidente ocurrido más tarde con relación a los billetes de banco, a las despreciadas PAPELETAS, puso de nuevo de manifiesto la firmeza de carácter de Zoilo García. Mientras, constreñido por los clamores populares, el gobierno había dispuesto para restablecer el perturbado equilibrio económico, la recogida de las papeletas y estas se incineraban periódicamente en grandes cantidades, subrepticamente se fabricaban otras que se ponía en circulación de manera de despistar la atención pública y haciéndolas correr por medio de agentes hábiles y seguros. El abuso excesivo del recurso de las papeletas fue en lo económico el error capital de la administración del general Heureaux.

Tan pronto supo Zoilo García que uno de sus agentes de confianza, extranjero, con quien el general estaba desde hacía tiempo enredado en negocios de préstamos y pedidos, había llegado a La Vega portador de una gran cantidad de billetes nuevos con el propósito de repartirlos parcialmente sin provocar recelos, se opuso virilmente a que circularan incurriendo el fuerte enojo del omnipotente mandatario, a quien tal actitud parece que le causaba serios prejuicios. Tras muchos esfuerzos fue que pudo vencerse la resistencia de Zoilo García, pues no podía seguir por esa vía sin llegar a un definitivo rompimiento que ninguno de los dos deseaba. Durante algún tiempo, por ese incidente se enfriaron algo sus relaciones. Yo lo sé positivamente.

Otro incidente, aún más grave, ocurrió justamente meses antes de caer el gran caudillo fulminado por el plomo de sus enemigos. Allá por enero de 1899. Varios importadores, en



connivencia con el gobierno, habían introducido de contrabando una gran cantidad de PESOS NACIONALES acuñados en los Estados Unidos con un costo intrínseco de catorce centavos más o menos los hacían circular con el valor de un peso. Después alcanzaron el tipo de dos PESOS de esa emisión por uno oro americano. Por aquel entonces se publicaba aquí un periódico, *El Comercio*, redactado por mi talentoso y consecuente amigo don Julio Acosta.

Zoilo García puso el hecho en conocimiento de Acosta excitándole a que le dedicaran un artículo en que denunciara el caso poniendo de relieve las funestas consecuencias que iba a producir tal medida en la vida económica del país. Así lo hizo el vibrante e independiente periodista. Enterado por una de sus autoridades del Cibao, Lilís se enfureció terriblemente y desató el rayo de su ira sobre el malaventurado escritor que se había atrevido a tamaño desacato. Durante varios días estuvo en peligro su vida, y acaso y sin acaso sin una enérgica y decidida intervención de Zoilo García, que se conocía solidario en aquel hecho, no estaría hoy en su tranquila residencia de Sánchez laborando eficazmente en pro de la tan ardientemente ansiada restauración de la hoy esclavizada República.

El artículo aquel causó gran sensación. Ni aquí, ni en ninguna parte en que haya imperado o impere un régimen despótico, a florecido o florece la libertad de la prensa. Esta solo puede dilatarse y producir sus benéficos frutos en un ambiente determinado por el ejercicio sin cortapisas denigrantes de instituciones bien conocidas y practicadas. Para avalorar críticamente con esa actitud, el hecho que acabo de referir, preciso es transportarse en espíritu a aquella época en que imperaba un silencio de tumbas y en que la prensa, condenada a un infranqueable mutismo, reducida a escaso número de periódicos, solo se ocupaba en cosas de amena literatura, en relatos de hechos o sucesos sin la más remota conexión con la política personalista reinante siempre dispuesta a impedir con mano fuerte toda manifestación pública, hablada o escrita, que pretendiera poner en tela de juicio determinados actos gubernativos.



V

El gran vegano que acaba de entrar en el no ser en medio de la consternación y del duelo de sus numerosísimos amigos, aunque estuvo mezclado siempre en andanzas bélicas no fue nunca un guerrero, un guerrero profesional o cosa parecida. En trances peligrosos se condujo más de una vez con serenidad y bizarría, como en el sangriento asalto de La Vega en una noche de febrero de 1889 en que, defendiendo bravamente la plaza en unión de su hermano Hermógenes y otros, recibió una herida de bastante gravedad y cuidado que le hizo sufrir durante prolongados meses.

Era, con todo, aficionadísimo a hablar de cosas de guerra comentando con frecuencia desde su particular punto de vista que él suponía ser el más acertado. No se cansaba de discurrir sobre las faltas cometidas en determinadas acciones de guerra por jefes de su partido, y de lo que él, encontrándose en su caso, hubiera hecho para obtener un triunfo resonante y más o menos decisivo. Le agradaba mucho exponer el plan que él hubiera seguido atacando por aquí o por allá de manera de franquear las posiciones ocupadas por el enemigo quien se vería obligado a desbandarse o a una peligrosa retirada. Por supuesto que todo esto se refería, tenía íntima relación con hechos ocurridos en estas pasadas guerras civiles, pues estas, durante el largo período de paz que impuso Heureaux, no pasaron de algaradas en la frontera sin ninguna importancia.

Cuando la gran revolución del 86 que con el triunfo de Lilís consolidó su naciente poderío, al llegar el general a La Vega, cuna de ese movimiento, y ocuparla militarmente con un fuerte cuerpo de tropas, los revolucionarios se retiraron a los alrededores de la ciudad ocupando posiciones que por la bravía naturaleza de su situación parecía difícil atacarlos. Una de estas era el Zanjón de Guaco. Lilís dispuso acometerla sin más espera. Buen conocedor del terreno, Zoilo García le pintó la posición y lo peligroso de embestir al frente, pues podía verse envuelto entre tres fuegos. El general, valiente entre los valientes, no vaciló



en el ataque y se puso resueltamente a la cabeza de su tropa. El combate fue sangriento, y en un tris estuvo en que Lilís no fuera completamente derrotado. Al regresar del combate muy pensativo, y, refiriéndole a Zoilo circunstancialmente los pormenores de él, este le dijo: «Yo se lo decía, general, pero usted despreció mis advertencias». Con su habitual socarronería le contestó Lilís: «Sí, mi jefe, pero no es posible hacer la tortilla sin romper antes los huevos».

VI

El otro aspecto culminante de su vida fue su consagración a los negocios, su actuación constante como comerciante. Fue siempre en todas sus transacciones de una probidad extrema, gozando de un crédito que él se esforzaban en mantener y conservar como base fundamental de cuanto se relaciona con sus gestiones en ese camino. Su firma comercial gozaba de verdadero e ilimitado crédito en la esfera de los negocios. Política y comercio parecen cosas incompatibles para ser practicadas conjuntamente. En él no resultó así. Su conocimiento de la vida económica local y su desbordante actividad le permitieron, durante largos años, atender a ambas cosas alcanzando en las dos, tan distintas a primera vista, un éxito que los hechos justificaban cada día con mayor evidencia.

Ponía un escrupuloso cuidado en los productos que exportaba a puertos extranjeros a fin de acreditarlos y ponerlos en competencia con productos similares de otros países. Eso se puso de manifiesto en el tabaco principalmente. El que enviaba a Alemania, principal y casi único mercado de la aromática hoja, era muy solicitado por su buena calidad y por el exquisito e insuperable cuidado puesto en su arreglo. No salía de su almacén de tabaco ningún bulto que él no hubiese examinado antes minuciosamente. Su marca fue siempre la dominicana más acreditada en el extranjero y la que tenía los mayores precios. En la exportación de su cacao ponía igual o parecido es fuerte esmero.



Mucha gente sostiene también que la madera de más fino corte y disposición era la que salía de sus aserraderos. Fomentó grandes potreros y una lechería. En estos mismos días se ocupaba asiduamente en el establecimiento de otra en mucho mayor escala, y acaso la actividad desplegada en ese empeño, impropia para hombres de su edad, pues desde las cuatro de la mañana si trasladaba al terreno, aún no bien desecado en que se emplazaba la futura lechería y pasaba aquí todo el día estimulando el trabajo, fue la causa determinante del rápido desenvolvimiento de la mortal dolencia quizás ya en proceso de incubación en su fuerte y robusto organismo. Su actividad commercial e industrial no [...] ¹ el que lo suyo fuese siempre lo mejor y lo más grande. Anhelaba de continuo que, en ningún aspecto de la vida, como político, como comerciante, como industrial, como hombre de empuje progresista, nadie aquí lo superase apareciendo siempre su bien acentuada personalidad en primera línea. Y es innegable que pudo en todas las ocasiones conseguirlo.

VII

Fue un genuino SELF MADE MAN formándose y elevándose por sus propios personales esfuerzos. Amó mucho a su pueblo. En la esfera política no vaciló un día en imponerse frente a la misma situación política a que estaba afiliado cuando el asunto de límites con Juana Núñez, que están acaloradas discusiones provocó en el Congreso Nacional, pareció que iba a resolverse vulnerando o desconociendo los derechos que defendían los diputados de La Vega... En el desenvolvimiento urbano de esta ciudad se marca hondamente la huella de su mano presta siempre a toda obra de ornato y de mejoras urbanas. Los veganos de cierta edad aún recordamos aquella gran laguna con honores de

¹ En el original hay un corte de las ideas que no parece ser del texto de García Godoy, sino que más bien pudo deberse a un descuido del cajista al momento de colocar los moldes que se servirían para la impresión. (Nota del editor).



lago que existía en el sureste de la población y que en las épocas de las lluvias se desbordaba sobre las calles contiguas inundando casas y patios.

Mediante una concesión que le otorgó el Congreso Nacional puso con su acostumbrada actividad manos a la obra de segarla, y poco después aquella amenazante laguna, foco permanente de miasmas palúdicos se convertía en emplazamiento apropiado para toda clase de construcciones... La casa mejor y más grande de La Vega, aún en parte sin concluir, fue la por él edificada frente a la plaza del Mercado y en la cual invirtió cuantiosas sumas. Ningún otro edificio de esta ciudad aventaja a ese en solidez y vastas proporciones. Aserraderos, vastos potreros, lecherías, otros productos de su ingente iniciativa, dan por todos los ámbitos de la jurisdicción comunal vegana elocuentes testimonios de sus esfuerzos y de su innegable pujanza progresista.

VIII

No obstante su carácter voluntarioso y autoritario que lo hizo incurrir, durante su vida pública, en algunos errores, cosa sobrado natural dado nuestra frágil naturaleza humana, y a pesar de su deficiente grado de cultura, Zoilo García resulta una personalidad extraordinaria atendiendo siempre a lo relativo del medio en que nació y se formó por sí propio, y es sin hipótesis inspirada en mi acendrada amistad, el hombre de más superior estructura anímica que ha producido La Vega. Dentro de nuestra historia local, es la figura de más positivo relieve y empujes. Solo, en estos últimos treinta años, se le aproxima, en cuanto a empeños efectivos de mejoramiento, otro distinguido vegano: C. Joaquín Gómez.

De Zoilo García, de las industrias que fomentaba, vivía mucha gente. Conocía a todo el mundo y todo el mundo tenía en él cordial acogida. Socorrió a mucha gente desvalida. Se probó eso bien durante el flagelo de la influenza y recientemente, ahora mismo puede decirse, con motivo de las viruelas. En todos esos empeños



caritativos le prestaba su colaboración entusiasta, y piadosa, su culta y gentil diamante compañera, la esposa que con sus constantes y afectuosos cuidados supo ungir con el óleo de su consagración cariñosa las últimas dolorosas horas de su existencia.

Mientras vivió fue un trabajador, algo así como un obrero, el mismo se consideraba así, que, aun quebrantado, no se concedía tregua ni descanso en la labor a que se entregaba por el imperativo categórico de una voluntad que solo se complacía en estar de continuo haciendo algo, ocupado en algo. Era, como muchos hombres notables, descuidado del vestir y refractarios a toda clase de diversiones, lo que no impedía que en ocasiones contribuyese con largueza a la celebración de actos sociales en que él jamás tomaba parte. Solamente se sentía satisfecho cuando tenía alguna empresa o negocio a que dedicar sus actividades mentales o en ratos de solaz en la compañía de sus más íntimos y predilectos amigos.

IX

Y así, en el breve espacio de una semana, se ha derrumbado el coloso, ha caído el roble formidable haciendo estremecer con pavoroso ruido la tierra en que se erguía más alto y más robusto que los otros. Su muerte sorprendió a todo el mundo. A pesar de su edad ya avanzada, permanecía recia y fuerte. Dotado de robusta musculatura, de verdadera fuerza corporal, de muy visible en vigor físico, creíamos todos sus amigos que aún tenía ante sí largos años de existencia... Y cuerpo y espíritu de tan desbordante actividad, de movilidad tan incesante y extremada, yace en la quietud suprema del eterno reposo, del sueño de que jamás se despierta... Su organismo ya sin el dinamismo de las fuerzas que le prestaban al juego incesante de órganos y funciones para actuar en condiciones de relativa estabilidad ha principiado el proceso de designación, de transformación que constituye el ritmo cambiante de las cosas.

En vano interrogamos lo infinito pidiéndole una respuesta para nuestras permanentes inquietudes, para nuestras dudas



angustiosas. ¿Hay alguien allí en el espacio infinito en que solo vemos y sentimos la materia en proceso constante de mudanzas, de cambios y transformaciones, que pueda oír nuestros ruegos, nuestras súplicas anhelantes, en los momentos supremos en que nos lleven los grandes dolores con fuerza irresistible ante la cual nos sentimos perennemente impotentes? En el instante en que trazo estos renglones, en la luminosa serenidad de una apacible tarde primaveral, todo parece como entonar un salmo ferviente a la vida, a la vida incesante y multiforme. Los rayos mortecinos del astro que desciende doran las copas de los árboles del pintoresco patio. La gran naturaleza parece como decirnos que debemos sentir la alegría de vivir y que ella sola es duradera, eternal...

Mentira, mil veces mentira. Esa naturaleza, impasible, indiferente a nuestras perpetuas inquietudes, en que ni el bien ni el mal, convencionalismos de nuestra lógica humana, existen, es simplemente un gigantesco laboratorio en que la materia, en incesante movimiento, toma formas, aspectos, exteriorizaciones efímeras y pasajeras. El fenómeno de ayer, aunque lo parezca, no es exactamente el mismo que vemos hoy. Algo en él ha cambiado. No nos bañamos dos veces en el mismo frío, decía un filósofo antiguo. Y eso es la realidad escueta. Vivimos en un mundo de apariencias en que lo individual se extingue y desvanece y solo la especie tiene una supervivencia más o menos relativa. Pero destinada a perecer también...

Durante los cortos días de su grave enfermedad su casa fue un permanente hormiguero de gente, presta a ofrecer toda clase de servicios. De muchos puntos del país se inquiría con frecuencia por su salud telegráficamente. Pero quien más ha llorado su definitiva desaparición ha sido la clase popular que lo amaba intensamente por su afán caritativo y sus bondades y sobre la cual ejercía irresistible ascendiente. Era popularísimo principalmente en las masas campesinas que le daban el triunfo en las contiendas electorales en que fue siempre aquí el paladín más esforzado... Su entierro puso de manifiesto el acendrado cariño que le profesaba la inmensa mayoría del pueblo vegano. Asistieron a él delegaciones de algunas ciudades vecinas. Su gran



amigo el prestigioso general Horacio Vásquez, jefe del partido a que pertenecía, vino de Moca expresamente para ello. Su ataúd fue cubierto de coronas. En la vieja necrópolis, un adversario suyo en las luchas políticas, el talentoso abogado don Elías Brache, una de nuestras más distinguidas mentalidades, con frases correctas y vibrantes hizo el justo panegírico del hombre superior que acaban de perder La Vega y la República... Y allá en el antiguo cementerio, en que duermen muchos grandes amigos suyos, yace para siempre, en el supremo aislamiento del sepulcro; viendo solo transitoriamente ¡ay! también, y el recuerdo de los amigos que, como yo, conservan en su corazón, como en un recipiente que solo la muerte reducirá a la nada, un sentimiento de hondísimo afecto y de gratitud imborrable.

X

Su muerte ocurrió al amanecer del 2 de mayo, hace hoy justamente 15 días. Se extinguió en los rientes albores de la mañana de ese día de inmortal resonancia por ser aniversario del levantamiento del pueblo madrileño contra las huestes napoleónicas que ocupaban artera y militarmente la capital de la vieja monarquía española. Con ese acto de perdurable repercusión histórica y con el guante arrojado al gran Napoleón por el humilde alcalde de Móstoles, principió la gran campaña de seis años que terminó con una completa retirada de las tropas del curso omnipotente de la patria de nuestros mayores. Descendientes de españoles en nuestras almas vibra intensamente el mismo sentimiento de ardoroso patriotismo que los movió a ellos para libertarse, a costa de ingentes heroísmos y sacrificios de una humillante opresión extranjera...

A nosotros ¡ay!, en el momento de la invasión yanqui nos faltó por entero el gesto épico tan común en nuestra tormentosa actuación histórica. Ese gesto no se vio, desdichadamente por ninguna parte. Los marinos estadounidenses entraban en nuestras ciudades como Pedro por su casa. Aún recuerdo la faz



demudada, la mirada llameante de Zoilo García, dominicano hasta la médula, contemplando, sin poder oponerse, el desfile de las tropas norteamericanas por las calles de La Vega con aire y gesto de conquistadores y de amos. No sé qué intensa amargura se enseñoa de mi espíritu cuando guapo aquellas dolientes horas de congojas y de lacerantes sufrimientos...

El pueblo dominicano hubiera podido defenderse, pues había hombres municionados lo suficiente para enfrentarse a los centenares de soldados bisoños que tan fácilmente se apoderaron de nuestro suelo, y si no vencerlos, por lo menos caer sobre el suelo nativo, purpurados por la lucha, con honra y con gloria, consecuentes con nuestra historia belicosa y heroica. Una caída así nos hubiera conquistado la admiración del mundo. Pero nada que valiera la pena hicieron en ese sentido. Solo, solamente, unos pocos, muy pocos, abandonados en pavoroso desamparo, se opusieron a la marcha triunfal del invasor en Puerto Plata, en el Túnel o en La Cumbre, en La Barranquita de Guayacanes, siendo arrollados por la inmensa superioridad numérica del enemigo. Ellos, ellos nada más, en medio del cruzamiento de brazos de todo el mundo, fueron los únicos que cumplieron con su deber en la hora luctuosa del derrumbe definitivo...

La causa del resonante fracaso reside a mi juicio en nuestro torpe y vitando personalismo político. Fraccionados en banderías o fracciones, nos faltó, en el momento supremo, la cohesión indispensable, la unidad musculosa y recia eminentemente necesaria para dar de sí la fuerza espiritual colectiva inspiradora insuperable de las grandes resoluciones y de los hechos decisivos. A ese personalismo se debe nuestra inconsulta y torpe anexión a España; se deben las posteriores y vergonzosas tentativas de anexión a los Estados Unidos; se deben cuantos proyectos anexionistas o de protectorado extranjero han asomado su faz siniestra en nuestra tormentosa historia. Y no digo más. Y termino aquí repitiendo los versos del autor inmortal de *La vida es sueño*:

que no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

AL MARGEN DEL PLAN PEYNADO



El caso actual de la Ocupación militar norteamericana siempre ha sido para mí considerado como resultante directo de un estado de guerra en que tocó a Santo Domingo la peor parte. Sin previa declaración de guerra, con un futilísimo pretexto que ni siquiera merece los honores de la refutación, los Estados Unidos invadieron nuestro territorio a mano armada, ocuparon militarmente nuestras principales ciudades, arrollaron en fácil triunfo los escasísimos y aislados núcleos de resistencia que encontraron en el camino y aventaron el legítimo gobierno constitucional que tenía el país sustituyéndolo con uno militar extranjero. Desde el primer momento se nos trató como territorio conquistado. No obstante la proclama del almirante Knapp en que hablaba del carácter provisional de la Ocupación y de que esta actuaría solo en lo puramente militar sin lesionar ramos fundamentales de nuestra organización jurídica, casi inmediatamente los hechos se encargaron de manifestar que ese régimen militar, monstruo de poderosos tentáculos, iba a extenderlos hasta comprimir o anular formas muy acentuadas y dignas de respeto de la vida civil dominicana.

Ciertas medidas poco meditadas en su mayoría llevaron el caso a nuestro derecho civil, a nuestra legislación penal y comercial. Ese gobierno militar no ha tenido jamás una orientación administrativa firme y segura. Ha obrado siempre al azar, revelando en todas ocasiones un completo desconocimiento de lo



que constituye nuestra peculiar psicología. En lo que toca a uno de los más fundamentales derechos de la personalidad humana, la emisión del pensamiento por medio de la palabra hablada o escrita, la censura aquí imperante fue lo más torpe, abusivo y despótico que puede concebirse. Fue más humillante y restrictiva que la misma empleada en Cuba bajo la férula de ciertos capitanes generales.

Sin referirnos al más censurable de esos hechos bochornosos, la incineración de mi libro patriótico *El derrumbe* sin haber circulado ni un solo ejemplar, dos sucesos de palpitante actualidad dan muestra elocuente de la manera como entienden las autoridades yanquis de aquí el ejercicio de ese derecho fundamental de la moderna democracia representativa. Uno de ellos fue la supresión definitiva del diario santiagués *La Información*, uno de los periódicos que en este lustro ominoso han demostrado mayor valentía y entereza y la defensa de los vejados derechos del pueblo dominicano.

El otro suceso es de mayor y más intrínseca gravedad. Pone dolor y pasmo en todo noble espíritu. La Junta Nacional horacista de Santiago publicó un acuerdo en *El Diario* en que aconsejaba la abstención en lo relativo al pago del impuesto territorial por juzgarlo, como lo es, enteramente abusivo. Esa junta fue sometida a una Corte prebostal la que, en unión del cuerpo de dirección y redacción del diario en que vio la luz el acuerdo, fue condenada al pago de una cuantiosa multa o a algunos años de trabajos públicos. Los periodistas de *El Diario* satisficieron la multa. Los distinguidos jóvenes que componen la Junta se negaron a pagarla por lo cuantiosa de ella, y hasta ayer estuvieron con el traje de presidiario, bajo el sol abrasador estival, picando piedras o practicando otros trabajos igualmente penosos en el fuerte de San Luis. Y así pasaron muchos días a pesar de súplicas encarecidas de la masonería dominicana y de mucha gente de importancia.

Es concepto jurídico firmemente arraigado en la raza anglosajona que todo impuesto debe ser obra de la propia determinación libérrima del pueblo que lo sufre. La prueba más grande



y elocuente radica en esos mismos Estados Unidos. Impuestos decretados por el parlamento inglés y rechazados por las colonias objeto de ellos, fueron la causa de la guerra que culminó con la separación de Inglaterra de esas mismas colonias y su constitución en una República, en los actuales Estados Unidos. ¡Y hoy los representantes de esta gran democracia hacen blanco de sus iras a los que aquí proclaman el mismo derecho de que hace ciento cuarenta años hicieron uso legítimo sus nobles abuelos, los próceres de la independencia norteamericana!

II

Al producirse la invasión, hubiéramos podido defendernos y no lo hicimos. Con los centenares de hombres de pelo en pecho bien armados y municionados de que disponía el general Desiderio Arias, bien distribuidos en las fragosidades de valor estratégico que existen en los caminos de Puerto Plata y la Línea Noroeste, las bisoñas tropas norteamericanas que avanzaban hacia Santiago no hubieran podido adueñarse de esta y continuar su avance al interior sino a costa de grandes penalidades y de un copioso derramamiento de sangre ante lo cual quizás hubieran retrocedido para acantonarse en algunas ciudades de la costa. A este contingente del general Arias se hubieran unido numerosos voluntarios de todas partes...

La Guerra Restauradora está ahí para comprobar este aserto. En ese épico bienio, La Gándara, después de ocupar a fuego y sangre a Monte Cristi, no pudo dar un paso hacia Santiago, capital del país insurreccionado. Y eso que comandaba seis mil aguerridos soldados españoles y contaba con un poderoso tren de artillería. El coronel Pendleton con unos cuantos centenares de soldados norteamericanos, en los días dolorosos de la invasión, se enseñoreó fácilmente de la histórica urbe del 30 de Marzo. ¿Por qué? Porque la desmoralización reinante entre los núcleos capaces de organizar una porfiada resistencia solo dio de sí gérmenes de indisciplina y del más pavoroso desenfreno...



Los pocos que desde hace años preconizaban aquí como fórmula de salvación un nacionalismo amplio de médula científica inspirada en un concepto de inaplazables necesidades y exigencias de la sociedad dominicana aún en rudimentaria organización, hubiéramos aceptado con relativa conformidad que nuestro rápido desmoronamiento nacional revistiera siquiera aspectos decorosos de una defensa resuelta y lógica que por más que a la postre resultara infructuosa, por lo menos demostrara al mundo que nuestra devoción a un ideal de patria independiente y libre no fue sentimiento artificial y postizo, y que hasta última hora mantuvimos, como rojo penacho de gloria, nuestra merecida reputación de pueblo valeroso e irreducible.

En ninguna parte se esbozó un gesto de viril resistencia al extranjero. Todo se redujo a meras escaramuzas. ¡Cuán pocos fueron los que embrazando el escudo del combatiente se hicieron matar en defensa de la patria invadida! En Puerto Plata sufrió la ciudad un ligero bombardeo siendo fácilmente ocupada; en El Túnel o en La Cumbre cayó combatiendo heroicamente Laíto Báez. Su entierro, en Santiago, revistió aspecto de una imponente manifestación del duelo... Por el camino de Monte Cristi, en La Barranquita de Guayacanes, un pequeño grupo, encabezado por dos jóvenes de apellido Cabral, se opuso fieramente al invasor. Pero fue envuelto, por traición de un práctico dominicano, se afirmó entonces, y ambos mozos patriotas rogaron consuelo envueltos, como en sudario glorioso, en su propia generosa sangre, haciendo, al caer, con el ruido de sus armas, estremecer la tierra como los paladines de la *Iliada*...

Y nada más. Nada más. Poco más tarde se nos desarmó con desesperante facilidad. Caída tan inesperada y rápida nos hizo descender casi a cero en el barómetro de la dignidad nacional. Recuerdo ahora, entre otras, una carta de un alto intelectual peruano, residente en París, en que se me hacían a ese respecto ciertas dolorosas interrogaciones. Contesté que el pueblo dominicano no se había defendido no porque hubiese degenerado en sus esenciales atributos de decisión y acometividad, sino porque hondamente dividido en facciones personalistas no hubo quien



lo unificase y cohesionase, única manera de defenderse con su energía y heroísmo de épocas pretéritas. Carecimos en aquella hora luctuosa de *hombres*, de verdaderos hombres representativos, de dirección y de acción. Por ninguna parte se vislumbró la silueta del caudillo nacionalista dotado de las condiciones necesarias para asumir la dirección enérgica y resuelta del pueblo dominicano en esa hora luctuosa y doliente de su atormentada existencia.

III

Descartada por tales circunstancias toda apelación a la protesta armada, nos quedaba como supremo recurso la resistencia pacífica, no la meramente verbal y palabrera sino la que se exterioriza en actuaciones de verdadera y patriótica eficacia. Esa eficacia solo podía derivarse del alejamiento tenaz y firme del elemento criollo del ocupante extranjero en un sentido de *no cooperación*, a fin de que este último, en riguroso aislamiento, no pudiese moverse sin inmenso trabajo y teniendo que recurrir a gente exótica para realizar las funciones fundamentales de carácter administrativo a que deba entender principalmente todo gobierno. A esa no cooperación en cuanto se refiere a la vida funcional administrativa hubieran podido seguir otros acuerdos similares que se resolviesen en un eficaz *boicoteo* de productos de procedencia estadounidense. Y otras cosas por el estilo para probar que el pueblo dominicano sentía real y hondamente la ancha herida inferida en su dignidad como nación merecedora del más acendrado respeto.

Con razón o sin ella se procedió de muy distinta manera. Tengo para mí que si al abandonar el doctor Henríquez y sus secretarios de Estado el palacio presidencial por obra de la imposición yanqui, hubieran hecho lo mismo todos los funcionarios administrativos quedando acéfalos y sin atención todos los organismos gubernativos, se habría producido, con tal determinación, una nota intensamente patriótica digna de admiración



mundial y acaso hubiéramos hecho reflexionar al invasor sobre las dificultades casi insuperables que iba a encontrar en su nefando propósito de sojuzgamiento nacional.

No se vio nada de eso por ninguna parte. Muy al contrario. Descuartizaron la legislación a su antojo introduciendo innovaciones y cambios particularmente en la vida judicial y nadie pareció percatarse de ese empeño de modificar por medio de órdenes dictatoriales una legislación que no era ni es de carácter estático, pero cuya modificación o transformación solo podía ser la obra de un estado consciente y prolijo llevado a cabo por gente preparada convenientemente para ello.

Hace cosa de dos años poco más o menos me honró con su visita un notable intelectual norteamericano que recorría la isla recogiendo datos y haciendo observaciones para un libro que se proponía escribir acerca de nuestro caso y el de la vecina república. Hablamos largo y tendido, pues se expresaba fácilmente en castellano. Naturalmente le toqué el punto nuestro con calor y vehemencia, y encontré en él un espíritu amante de la verdadera justicia que simpatizaba con nuestro deseo de recobrar cuanto antes la perdida independencia. Meses después recibí su libro. En él hablaba con encomio de mis modestos éxitos literarios, pero no decía ni jota de lo que conversamos acerca de nuestra dolorosa situación política.

Pero recuerdo de esa conversación que al decirle lo que estaba ocurriendo respecto de esas Órdenes Ejecutivas que de tan torpe e irreflexiva manera abrían profunda brecha en nuestros códigos, me contestó estas o muy parecidas palabras: “Eso le sucede a ustedes porque carecen de una magistratura con entereza para oponerse a tal cosa resolviéndose a abandonar sus puestos por más lucrativos que estos fuesen”...

Si hay algo de raíz netamente popular son los municipios. La historia está para comprobar tal aserto. Por una Orden Ejecutiva se redujo a la mitad y aún menos en algunas partes el personal de los Ayuntamientos y los miembros de estos, los más directos representantes del pueblo, deberían su elección directamente al gobierno militar. Es decir, no habría ya, en realidad,



representaciones genuinas de la vida comunal. Además serían retribuidas las funciones edilicias que mientras duró la República fueron meramente de carácter honorífico. Se aceptó sin protesta el radical cambio. Esos puestos edilicios según se ve por rumores y noticias de periódicos son objeto de intrigas y denuncias para adueñarse de ellos con el fin de gozar el estipendio señalado. Siempre he pensado, en estos últimos tiempos principalmente, que nuestro vociferado patriotismo tiene mucho de convencional y acomodaticio.

IV

Usual y jurídicamente, lo que yo llamo Intervención no puede aplicarse a nuestro estado actual del país conquistado más o menos transitoriamente. El Gobierno militar que impone coercitivamente esta Ocupación militar es consecuencia lógica y directa de un caso de guerra a que se nos llevó sin provocación ninguna de nuestra parte. Hay que remontar algo más arriba la corriente del tiempo para ver cómo más o menos cautelosa y solapadamente la intervención yanqui comienza a manifestarse en nuestra vida política. En ese proceso ascendente hay borriones puestos por la mano de algunos de nuestros políticos empeñados en conservar el poder a todo trance, cueste lo que costase.

Concretándose a su fase postrera, ciertas gestiones provisionarias del gobierno de Morales Languasco van como dando pie a manifestaciones cada vez más acentuadas del propósito de intervenir en nuestros asuntos que circunstancias de la política mundial agravan paulatinamente. La Convención de 1907, inspirada sin duda en el anhelo de regularizar nuestra situación económica dándole base a propósito sólida y estable para una eficaz actuación administrativa, en sus más salientes resultados ha sido como el clavo del jesuita, terreno propicio para la ampliación en nuestras cosas del propósito interventor del gobierno norteamericano. Esta convención ha servido de fútil y deleznable base para el gobierno militar que nos subyuga y oprime.



En el período caótico de nuestra historia que va desde la muerte trágica del general Ramón Cáceres hasta la renuncia del presidente Jimenes, cristalizaron en hechos esos propósitos de intervención directa en nuestros disturbios políticos y en nuestras supuestas irregularidades administrativas. Sin detenernos en actos de menor cuantía, aparece el nombramiento de C. M. Johnston en calidad de consejero o experto financiero. En esos días, no sé si es verdad, se dijo, en Washington, que ese nombramiento fue hecho a solicitud de un gobernante dominicano.

Después surge en escena el celeberrimo James O. Sullivan, representante diplomático yanqui, quien a fuerza de combinaciones y amenazas quiere poner término a uno de nuestros vitandos pugilatos personalistas diciéndoles textualmente a caracterizados jefes revolucionarios: “Los Estados Unidos no solo no reconocerán el gobierno salido de una revolución triunfante sino que ni un solo dólar del dinero recaudado de las aduanas será pagado a ningún empleado o funcionario de tal gobierno revolucionario”. Y véase ahora la lógica de dos filos del intruso interventor: al gobierno del benemérito presidente Henríquez perfectamente legítimo, netamente constitucional, no se le suministró ni un solo centavo pretendiendo reducirlo por hambre a que suscribiera la celeberrima Nota número 14, que contiene condiciones bochornosas humillantes para la República.

Esos actos de intervención, silencio algunos por no alargar demasiado este trabajo, culmina de manera decisiva en lo que se llamó primer Plan Wilson. Por imposición directa de este presidente cuatro o cinco jefes de partidos se reunieron y nombraron un presidente interino. Se asegura que Wilson afirmó que si no lo hacían así nombraría él el presidente provisional dominicano. Esta elección fue un acto de debilidad inexcusable. Se pretendió justificarlo en lo posible con la oportunista consideración de que se hacía para evitar mayores males.

Lo cierto es que en pleno régimen constitucional, vigente el pacto fundamental del Estado, no se hizo caso de él, se le conculcó en sus más esenciales atributos, y todo para obedecer servilmente la voz tonante de un gobierno extranjero. Acaso



porque el estado anárquico en que se encontraba el país no vibró, como era de esperarse, la protesta viril e indignada. Nuestro patriotismo, en tanto, dormía, dormía...

V

En el país, con cierta timidez al principio por estar prohibida toda patriótica manifestación de protesta, se instalan Juntas Nacionalistas con el propósito de la pronta restauración de la detentada soberanía. En el extranjero, en Cuba en primer término, el doctor Henríquez y Carvajal, el presidente desposeído, se mueve arduosamente en el sentido de recabar voluntades y recursos para el logro de tan meritorio empeño. Se hace por todas partes plausible propaganda, pero el punto central convergente, el lugar en que ha de reñirse la batalla, es Washington. Gestiones y esfuerzos van por esa dirección. Perdida la fe en un levantamiento armado y en un procedimiento efectivo de *no cooperación*, no queda más camino que el de las reclamaciones, el de pedir, con más o menos espíritu radical o conciliador, la devolución de una independencia tan arteramente arrebatada.

Si el litigio hubiera podido ventilarse ante un supremo tribunal internacional, es obvio afirmar rotundamente que el triunfo del derecho de la invadida y esclavizada República hubiera sido rápido y espléndido. Pero el derecho en reclamación tenía que ser ante el mismo enemigo autor del tremendo desafuero. Es de rudimentaria observación que todo pueblo, en el curso de la historia, no ha debido su independencia a actos voluntarios de otro movido por súplica o reclamos sino a sus propias energías, a su abnegación, a sus sacrificios, a su irreducible voluntad de ser libre o de morir en la demanda.

Cuba, después de luchar por su independencia heroicamente con España sin poder conseguirla por la desproporción de las fuerzas de los respectivos combatientes, pudo alcanzarla por la intervención armada de los Estados Unidos a favor suyo. Aduñado el interventor del territorio de la gran Antilla,



después de cuatro años de ocupación, instauró un gobierno independiente, pero llevándose, al retirarse, con la imposición de la enmienda Platt, jirones fundamentales de la soberanía política cubana.

Claro está que en las condiciones nuestras de resaltante debilidad, los Estados Unidos para retirarse de Santo Domingo establecerían condiciones para ello más o menos ofensivas o deprimentes para la dignidad nacional. Supina infertilidad hubiera sido esperar otra cosa. El presidente Henríquez y sus distinguidos compañeros de propaganda patriótica no pudieron recabar el resultado satisfactorio que indudablemente merecían sus incesantes esfuerzos. Al fin, un día, en el horizonte entenebrecido pareció vislumbrarse un fulgor de esperanza: el segundo Plan Wilson. Y entramos ya en el período más o menos decisivo de los Planes.

VI

El segundo Plan Wilson, menos bochornoso que el primero, dada la completa desigualdad de circunstancias en que se produjeron ambos, tenía a mi juicio dos faltas graves y una omisión importantísima. Las dos diferencias eran el nombramiento de la Comisión Consultiva directamente por el gobierno militar y la necesaria aprobación de este a las leyes que estaba encargada de elaborar la comisión mencionada. La omisión consistía en no señalar un plazo fijo para la desocupación. Por lo demás no contenía nada de carácter contractual ni ninguna exigencia imperativa que lastimase más o menos profundamente nuestro decoro.

Esas exigencias hubieran a no dudarlo venido más tarde, pero ya en momentos en que, constituido el gobierno propio, hubiéramos podido discutir las con mayores probabilidades de éxito. Hay que confesar que el gobierno americano estuvo bien inspirado al escoger el personal de aquella comisión: no lo hubiéramos hecho nosotros, como era natural, con más tino



y acierto. Dadas las circunstancias esa falta era excusable. Todos esos hombres debían inspirar plena confianza al pueblo dominicano. En medio de ellos, como símbolo luminoso de patriotismo y de virtud serena y edificante, se erguía la atractiva y blanca cabeza de mi ilustre amigo Monseñor Nouel.

Creía yo por aquel entonces y conmigo muchas personas de viso y de significación cultural que debía aprovecharse esa vía de liberación eliminando previamente de ella las dos graves deficiencias. Parece que esto se hubiera logrado si hubiera en aquellos momentos la unidad espiritual para acometer tal empeño con relativas probabilidades de éxito. Acaso, ya en las postrimerías de su período presidencial, sintió Wilson, como impulsión de su conciencia, el deber de reparar la injusticia cometida con Santo Domingo como lo deja sospechar su Plan, y en tal momento de crisis psicológica, es probable, casi seguro, que una Comisión de representantes enviada a Washington hubiera conseguido modificar ese Plan hasta ponerlo en condiciones de ser aceptado por parte nuestra sin desprestigio ni desdoro.

No hubo tiempo para ello. Un patriotismo hirsuto y bravío desató sus iras. desbordantes contra toda fórmula de conciliación más o menos honrosa y oportuna. De raíz psicológica principalmente de base sentimental, emocional, el patriotismo imprégnase, por necesidad, en sus más altos estratos, de efluvios de procedencia intelectual, de proyección en ocasiones determinantes y una que otra vez decisiva. Como toda escala de emocionabilidad de más o menos acentuados tonos y resonancias se desenvuelve en procesos espirituales en que vibran sucesivamente estados de alma reveladores de idealismos más o menos luminosos y conscientes.

En toda la psicología experimental moderna, en Taine, en P. Janet, en Lévy-Bruhl, en otros, estudiados a fondo, se descubre la tendencia a depurar el sentimiento, más o menos informe, de ciertas morbosidades que parece entorpecerlo para convertirlo en concepto reflexivo y consciente capaz de señalar oportunas orientaciones en la biología social cada vez más perfectibles y beneficiosas. Ese fenómeno de depuración sentimental en un



sentido racional y trascendente aún no se ve en nuestro llamado patriotismo. Tal se manifestó en los días angustiosos en que el Plan Wilson parecía ser objeto de ardiente controversia.

Desembridáronse iracundas las pasiones. Nuevos montescos y capuletos, dividióse el país en consultivistas y anticonsultivistas. Cada cual se irguió acusando acerbamente al contrario. Nuestro tradicional espíritu de división, de incoherencia, volvió de nuevo a la superficie con más fuerza y bríos que nunca. Al Plan se le calificó de *abominable*, de *siniestro*, de *monstruoso*, en fin, se le echó encima todo lo más condenatorio, deprimente y vejaminoso de la riquísima adjetivación castellana. Envenenado por tales gases asfixiantes cayó para no levantarse aquel malaventurado Plan...

¿Y el resultado de tal rechazo? Afirma el pragmatismo que la mejor, acaso la única forma de valoración de sentimientos, de ideas, de actos, estriba y estribará siempre en lo que determinen sus consecuencias. En este caso no han podido ser más fatalmente lamentables: centenares de abusivas Órdenes Ejecutivas, multitud de inicuas sentencias prebostales, persecuciones a la prensa, impuestos onerosos, nuevos empréstitos, toda una larguísima serie de actos que han hecho más aflictiva y complicada la situación política y económica del país...

VII

Y, como el príncipe de una leyenda árabe, con las manos colmadas de dones, ahí viene Harding, el deseado, el tan ardientemente esperado como el ejecutor del decreto del destino que nos vuelva al goce de nuestra amada independencia. Por todas partes me suena el nombre de ese mediocre político norteamericano. Se citan las frases de sus discursos electorales en que comenta en sentido favorable para nosotros el caso dominicano. Cablegramas optimistas llegan con frecuencia regocijando los ánimos.

Mi estudio de la historia estadounidense y de la actuación de sus dos grandes partidos políticos no me permitía comulgar con



tan lisonjeras esperanzas. El Partido Republicano ha avizorado siempre estos problemas de política internacional desde puntos de vista muy acentuadamente expansionistas y utilitarios. Su criterio es, tratándose de estos pueblos débiles situados fatalmente dentro de su radio de acción expansiva, militarista y absorbente. Es la política recia y fuerte de Roosevelt, el más conspicuo y fiel representativo del imperialismo norteamericano.

Dadas tales premisas, sucedió lo que lógicamente era de esperarse. Pasaron los meses y no se rompía el silencio en las altas esferas de Washington respecto del caso dominicano.

Empezaron a amenguarse las esperanzas y a ganar la desconfianza los ánimos. De súbito estalló el rayo. Ahí está ya publicado oficialmente el Plan Harding. Al conocerlo hubo una tormenta de protestas, con plausible unidad todo el mundo se puso en pie para rechazarlo. Lo merecía. Era a todas luces inaceptable. Preferible era, decían todos, nuestra total extinción a aceptar tan vergonzoso instrumento de servidumbre.

El tal Plan, con ligeras variantes, significaba, dentro de sus líneas generales, una especie de protectorado como el impuesto al vecino pueblo haitiano. Nuestra fuerza armada y nuestras rentas internas que estaban fuera del alcance de los términos de la Convención de 1907, quedaban bajo la dirección y el control de Washington. En plata, se nos liquidaba como nación soberana dueña de sus destinos. En resumidas cuentas, no seríamos, conservando vistosas apariencias de nación, sino una colonia o factoría del imperialismo estadounidense.

VIII

Y estamos ya frente al discutido Plan Peynado. Pero antes de hablar de la obra, antes de juzgarla, precisa decir algo sobre las modalidades psicológicas que integran la personalidad del autor. Esta, siempre o casi siempre, se refleja subjetivamente en su obra. Como toda regla de apreciación intelectual, tiene esta excepciones. en mi vida de modesto profesional de la crítica



he tenido más de una vez ocasión de comprobarlo. Al juzgar obras de autores extranjeros me ha sucedido el caso de tomar los sentimientos nobles y generosos expresados en sus libros como expresión cálida y sincera de cosas apacentadas en realidades acentuadamente personales. En años pasados comenté un libro de versos de un poeta suramericano con vivo y cordial encarecimiento.

Poco después recibí una carta de un notable intelectual amigo mío, residente en Madrid, en que se me censuraba por haber hablado bien de un poeta que moralmente no lo merecía por ser un empedernido jugador tramposo, un impenitente borrachín, un chismoso, un pendenciero, en fin, que no había por donde cogerlo... Confieso que no sentí ningún escozor en mi conciencia de crítico, pues si moralmente el autor era re-matadamente malo, desde el punto de vista literario, sus versos revelaban en él un poeta de estro encendido y vibrante.

No me sucede esto ni remotamente al comentar la obra del licenciado Francisco J. Peynado. Es mi amigo desde hace muchos años. Conozco a fondo su actuación como dominicano amante de su patria. Ni él me debe ni le debo. Ni le he hecho nunca un servicio ni él a mí tampoco. Nuestros vínculos amistosos jamás han llegado a ese grado de intimidad en que nuestro espíritu tiende por irrefrenable inclinación a afirmar o suprimir en el amigo íntimo defectos o faltas más o menos resaltantes. Puedo, pues, hablar de él con positivo conocimiento de causa y con verdadera independencia de criterio.

Su actuación como dominicano es bien conocida y no quiero, para ponerlo en evidencia, espigar el terreno demasiado lejano. Representó en Washington con gran discreción y tacto nuestra República, y allí de su peculio particular, gastó algunas decenas de miles de pesos en dar brillo a nuestra representación diplomática poniéndola a la altura de otras repúblicas más ricas e importantes. Cuando, desempeñando ese alto puesto, se trató de enviar a Santo Domingo una comisión que supervigilase las elecciones, solicitó por cable de su gobierno, según afirma en su excelente libro *Los Estados Unidos y la República Dominicana*



mi amigo Max Henríquez Ureña, “autorización para protestar por escrito y para retirarse de Washington si el Departamento de Estado Americano insistía en enviar comisiones. Y agregaba al final de su despacho cablegráfico: No quiero autorizar con mi presencia tal medida”.

Nombrado por el benemérito presidente Henríquez miembro de su gabinete con la cartera de Hacienda, tocó analizar por indicación del presidente la célebre Nota número 14 en que el gobierno americano hacía una serie de exigencias incompatibles de todo punto con el más rudimentario concepto de nuestra dignidad nacional. Peynado hizo el análisis de esa nota, después de considerarla en todos sus aspectos jurídicos, en un sentido de rotunda negación inspirado en un patriotismo reflexivo sin baladronadas ni alardes intempestivos. Es un documento que pasará a la historia y que lo honra tanto a él como al gobierno de que formaba dignísima parte.

Es un hombre de clara inteligencia y de viril entereza de carácter, de ese carácter de que, por desdicha, andamos tan menesterosos por estos maizales. Es una voluntad recia y musculosa que no se amilana ni retrocede ante obstáculos que siempre asustan a la mayoría. En viajes de vacaciones se fue a Estados Unidos, y allí, en Washington, sin pedirle a nadie un centavo, sin meter ruido, poniendo en juego sus relaciones, elaboró el Plan, aceptado por el gobierno americano y por los tres representantes de los partidos políticos dominicanos, y que hoy somete a la aprobación o rechazo del pueblo dominicano sin deseo ni propósito de imponerlo. Hombre así merece se le escuche y se crea a pie juntillas que su gestión en este asunto obedece a una intención sana y noblemente patriótica.

IX

Por carácter y por educación no he sido nunca intransigente ni extremista. Tales modalidades espirituales no han florecido jamás en mi ser moral. He procurado siempre tener



una visión lo más ecuánime y exacta posible de las cosas colocándome para ello en el justo medio necesario para poder abarcar el mayor espacio del horizonte mental y llegar por esa vía a la posición más o menos completa de la verdad anhelada. Situarse en un punto extremo no solo nos expone a que nuestra visión de la verdad, si es cierto que la perseguimos honradamente, sin *parti pris* de ninguna especie, sin móviles mezquinos, tenga que resultar precisamente unilateral, parcial, incompleta.

Inspirado en ese criterio de serena apreciación voy a poner bajo mi lente de crítico desapasionado el Plan que en este momento mantiene en extremada atención todos los ánimos. De él conozco lo publicado en los periódicos y lo que he oído en una conferencia pública de labios de los señores Peynado y Brache. Algunos espíritus suspicaces o recelosos, aunque la mala fe o no se presume cuando debe presumirse, piensan que el texto oficial de dicho Plan, que aún no se ha publicado, puede ser alterado en un sentido desfavorable para nosotros. Si así resultase, lo que no espero, haré las rectificaciones a que haya lugar en este rápido estudio.

El Plan Peynado puede considerarse de manera fundamental en lo que toca a sus efectos. Estos son para mí de dos clases, asumen un característico aspecto: el transitorio o efímero y el duradero o permanente. En el primer caso se encuentra a mi ver la porción de ese Plan que se refiere a la instalación y funcionamiento de un gobierno provisional dominicano quedando en pie el gobierno militar aunque en una esfera de acción más reducida. De tal coexistencia de dos gobiernos resultan deficiencias y anomalías como lo que se refiere al papel de los actuales secretarios americanos a meros suministradores de datos, cosa que muy bien podrían hacer los actuales oficiales mayores de tales Secretarías.

Según el Plan el gobernador militar queda sin injerencia ninguna en todos los asuntos de la administración pública, salvo cuando por cualquier motivo tenga que alterarse el presupuesto formulado anteriormente por ese gobierno



militar, y cuando perturbado el orden público, requiera su ayuda el gobierno provisional dominicano. También, para que esto último pueda hacerse efectivo, quedarán en el país fuerzas americanas acantonadas en dos o tres puntos. Por su carácter esencial de transitoriedad, de duración efímera, no deben asustarnos tales cosas. Terminarán precisamente con el mismo organismo provisional para dar lugar a la instalación del gobierno nacional definitivo y la completa desocupación del país.

Lo absolutamente esencial en este caso es que las elecciones sean enteramente libres sin intervención directa ni indirecta del gobierno militar. La presencia de tropas extranjeras mientras se sustancie el proceso electoral resulta en extremo dolorosa, pero no hay que poner por ello el grito en el cielo, pues naciones muchísimo más poderosas que nosotros, en horas de vencimiento, pasaron el mismo lamentable trance. A raíz del desastre de Francia en el 70, ocupada una parte del territorio francés como garantía del pago de la deuda que se le impuso, durante más dos años no fue óbice esa ocupación para que se celebrasen las elecciones indicadas por los preceptos constitucionales.

En abono de eso podrían citarse, aun en nuestra propia América, casos parecidos o semejantes. Tales lastimaduras de amor propio nacional, de naturaleza efímera, no deben impulsarnos a sembrar de obstáculos la vía que nos conduce al ansiado recobro de nuestra soberanía. Cuando en pleno régimen constitucional, años antes de esta ignominiosa ocupación, nos resignamos sin chistar a injerencias más o menos abusivas del imperialismo yanqui, hoy, que parece cercano el día de salir de este calabozo de la ocupación en que vamos paulatinamente asfixiándonos, no debemos tener escrúpulos de monja para cerrar los ojos ante algo que pasará sin dejar apenas huella de su paso. Lo esencial, repito, en lo que toca a esa parte del Plan, es que las elecciones que, según él, han de efectuarse, resulten la libérrima expresión de la voluntad del pueblo dominicano sin trabas ni cortapisas de ninguna especie.



X

El aspecto permanente o relativamente permanente, consiste en la ampliación de los términos de la Convención de 1907 para englobar en ella como obligación contractual, los bonos de los últimos empréstitos realizados por el Gobierno Militar para, según él, enjugar el déficit del presupuesto por la gran baja de los ingresos fiscales y para emplear ingentes sumas en la construcción de carreteras y otras obras de mejoramiento material. Resulta doloroso el doblegarnos a la imperativa exigencia de legitimar empréstitos y erogaciones que se han hecho sin absolutamente ninguna intervención de nuestra parte.

Tal cosa, por lo demás, no vincula un motivo de radical desacuerdo. Esa Convención data desde hace quince años y mereció, sin mayor recelo o dudas, la necesaria sanción del Ejecutivo y del Congreso Nacional en aquella época. Estamos, pues, en la obligación de acatarlo por su carácter de instrumento internacional mientras no se pague religiosamente nuestra deuda exterior. Esta ahora no se aumenta en realidad de manera amenazante, pues de los veinte millones de la primera conversión se habían pagado ocho, de manera que lo tomado últimamente y que más o menos representa esa suma viene a dejar esa operación financiera en iguales o parecidas condiciones a las que tenía al firmarse en 1907 aquella funesta Convención que mutiló o por lo menos comprometió gravemente nuestra soberanía económica.

Pero no hay que exagerar los conceptos. Todas las naciones aumentan su deuda, sin que esto represente en manera alguna algo de denigrante o de menoscabador de sus respectivos fueros de existencia independiente. Lo mejor y más imperiosamente necesario es que, al constituirse la Tercera República, nos constriñamos a un régimen de discreta economía a fin de ponernos en condiciones de libertarnos de un tutelaje económico que nos pone en condiciones de minoridad y representa para nosotros un grande y humillante desprestigio.



XI

El lado flaco de este Plan, su verdadero talón de Aquiles, su punto más negro, y el que, si se rechaza, contendrán inevitablemente los Planes sucesivos, pues Washington ha manifestado que no cederá jamás en ello, consiste en la validación, no ya de los actos –en esto ha cedido– sino de las leyes de cierta clase dictadas aquí durante años por el ocupante extranjero. Conozco la correspondencia cruzada a ese respecto entre Hughes y Peynado, y por ella he visto cómo nuestro ilustre compatriota, desde su altura de notable jurisconsulto y de hombre desasido de toda bandería política, ha tratado patrióticamente este asunto hasta lograr reducir la validación de tales leyes al número de estas lo menor posible.

Por su naturaleza impura, por proceder de un poder usurpado, sin facultad ninguna para legislar son o deben ser las tales Órdenes nulas, de toda nulidad. Pero como estas Órdenes no operaron sobre el vacío sino sobre el cuerpo colectivo, sobre individuos y agrupaciones, naturalmente, en lo municipal, en lo jurídico, en lo comercial, en lo social, en toda nuestra vida pública, crearon derechos, determinaron efectos jurídicos, cuyo desconocimiento produciría un caos de pavorosas consecuencias.

Lo ideal, si hubiera sido posible, fuera no aceptar en forma de obligación contractual previa tales Órdenes Ejecutivas. La soberanía antes y el tratado o convención después. Pero Washington se mantuvo intratable acerca de este asunto. O la validación o nada, dijo Hughes con voz de Júpiter tonante. Hay que pasar, pues, por las horcas caudinas de la tal validación. Si no lo hacemos ahora tendremos que hacerlo, años más, años menos, en condiciones lógicamente peores por el natural aumento de estas Órdenes Ejecutivas. Lo que sí cumple aquí es que los encargados de seleccionar estas leyes y de discutir las con el representante americano, procuren eliminar de ellas, como de la del Impuesto territorial y de la de Tierras, pongo por caso, antes de que sean validadas, ciertas irregularidades y deficiencias que las hacen realmente antipáticas.



Entre dos o tres de esas leyes, merece los honores de una validación permanente la que se refiere a la cancelación de la deuda interior, que es a mi juicio lo más beneficioso que han hecho aquí los yanquis. El cargo que a mí sí me parece inconsistente es el de que la validación de esas leyes implica el derecho de continuar el imperialismo norteamericano interviniendo en nuestra vida política. Con cualquier pretexto, con tratado o sin él, lo harán ellos cuando les viniera en gana atendida nuestra radical situación de debilidad e impotencia, pero ya esa consideración es harina de otro costal.

Lo esencial es no concederle ningún derecho escrito para intervenir en nuestros asuntos. La validación de esas leyes no lo implica en manera alguna. El Congreso cubano validó todos los actos de los cuatro años de ocupación que precedieron a la instalación de esa República, y prueba lo expuesto de que eso no entrañaba un derecho de intervención cuando este tuvo que establecerse en un artículo especial, muy claro y preciso, de la llamada Enmienda Platt.

Con la validación de esas Órdenes Ejecutivas el gobierno americano ha querido no solo legalizar, sino, según frase de un alto funcionario del Departamento de Estado, “cancelar el pasado”. Si este asunto nuestro fuera de estricto derecho, y pudiera, por ministerio de abogados, ser ventilado ante un alto tribunal que ofreciese seguras garantías de rectitud o imparcialidad, bien puede apostarse cien a uno que la victoria nuestra sería resonante y espléndida. Pero aquí el juez es nuestro mismo contrario, el mismo perpetrador del crimen cometido cuya sentencia por circunstancias de su poder inmenso tiene que ser definitiva, en última instancia.

Porque, ¿quién le pone el cascabel al gato? Lo único que puede animarnos es que si por prisa o premura de la comisión seleccionadora no pueden ser algunas de esas leyes, como las citadas y otras, modificadas antes de ser señaladas como válidas, el Congreso Nacional, a raíz misma de su ratificación, podrá modificarlas o suprimirlas del todo si lo creyese necesario.



XII

Vamos ahora a formular, en una serie de interrogaciones, las soluciones que se nos presentan o pueden lógicamente presentarse para escapar del callejón sin visible salida en que una mano estranguladora nos ha metido. ¿Restablecimiento del gobierno de 1916? Washington ha puesto, más de una vez, a tal honroso desenlace la más rotunda e inflexible negativa. ¿Desocupación pura y simple? Rechazada también de plano. Aquel gobierno no quiere ni siquiera admitir ninguna discusión acerca de tal punto. Dice, consta oficialmente, que no desocupará el país sino mediante un acuerdo o tratado previo que determine la instalación de un gobierno constitucional capaz de mantener el orden público y de responder a determinados compromisos internacionales.

¿El voto favorable del Senado americano? Ilusión de niños grandes. Vano espejismo. Llegó a decirse que en ese Alto Cuerpo teníamos ya 19 votos a favor. Buen modo engañarse. El resultado de las últimas actuaciones de él lo demuestra. En realidad, en ese Cuerpo plutocrático e imperialista, no contamos con nadie. Ese mismo senador Borah que pronunció discursos a nuestro favor dijo recientemente en el Senado, palabras más o menos textuales, “que si el Ejecutivo no creía que Santo Domingo carecía de capacidad para gobernarse, lo mejor sería reemplazar el actual gobierno militar con uno civil (americano se entiende) hasta que ese pueblo estuviese en condiciones de regirse por sí propio”. Aquí cabe exclamar: ¡qué amigos tienes, Perico! Esa solución, lo poco que nos pudiera acaecer, es cosa de *apaga y vámonos...*

¿Provocar en el pueblo americano un movimiento de opinión a nuestro favor capaz de imponerse a la Casa Blanca? Ya eso se hizo, en lo posible, y acaso a ese ambiente favorable en relación con nuestra resistencia a aceptar el Plan Harding, se deba la cristalización del Plan Peynado que satisface por completo a nuestro gran defensor Horace Knowles y a los restantes elementos intelectuales yanquis que han abogado por nosotros



en revistas como *The Nation*, diarios prestigiosos y en el seno de la Asociación Pro-Independencia de Haití y Santo Domingo.

Y aún admitiendo, idealmente, que pudiera, allí, otra vez, crearse un ambiente inclinado a determinar la solución radicalmente satisfactoria que todos anhelamos, tal cosa sería de todo imposible por carencia completa de medios de acción y de efectiva propaganda. Sería menester que corriera continuamente, sin interrupción, un río de oro desde aquí hasta los Estados Unidos para subvencionar centenares de revistas y diarios, asegurarse el concurso eficaz de periodistas y oradores de cierta influencia y atender a otros gastos relacionados con una fructuosa propaganda. Imposible. Imposible. Aquel gesto viril que tomó luminosa consistencia en la semana patriótica no podrá repetirse fácilmente no ya por nuestro pésimo estado económico sino, principalmente, por la fe y la confianza se han perdido en la virtualidad y positivo alcance de tales medios.

¿Quién puede ayudarnos? ¿A quién demandar auxilio? ¿A Europa? ¿A las naciones europeas en situación de pavorosa insolvencia, deudora de los Estados Unidos que tienen en sus arcas las tres cuartas partes del oro del mundo y que de continuo solicitan con lastimosas voces su concurso para solucionar trascendentales asuntos europeos de orden económico? Por un artículo, creo recordar, de la Liga de Naciones se reconoce la efectividad jurídica de la Doctrina de Monroe, y, por consiguiente, se da al imperialismo nórdico carta blanca en América.

¿Y la América Latina? Conozco a fondo el paño. Contamos en esas repúblicas con periodistas, poetas, literatos de relativa influencia en determinados círculos intelectuales, pero que se limitan y tienen que limitarse a meros votos platónicos en favor nuestro. Los pueblos, ignorantes en su mayoría, no se ocupan ni preocupan de cosas tan lejanas. Los gobiernos, conservadores por naturaleza, mantienen excelentes relaciones con los Estados Unidos no solo por razones rudimentarias de diplomacia internacional sino para tenerlos bien quistos para asuntos de fronteras o de empréstitos que pueden presentarse.



Todos debemos recordar las ovaciones tributadas por esos gobiernos y por determinados círculos políticos al secretario de Estado americano E. Root, justamente a raíz del inaudito atropello cometido con la inerme República Dominicana. En una gran ciudad suramericana sus más prestigiosos e influyentes rotativos se negaron a admitir unos artículos en que se fulminaba al imperialismo norteamericano por temor de perder su poderosa y rica clientela de anunciantes yanquis.

No debemos, pues, confiar más que en nuestras propias fuerzas, en nuestra reflexiva cordura. En ciertas ocasiones de su vida nacional, los pueblos, sin abatirse ni amilanarse, procuran sacar fuerzas de sus propias debilidades para tomar rumbos seguros y eficaces de salvación y de mejoramiento. En este momento, alguien, mostrándome el cielo, murmura a mi oído: Confiemos en la protección de no recuerdo qué supuestas entidades sobrenaturales. Si tales entidades, como cree la inmensa mayoría, existiesen realmente, habría con fuerza que confesar que, desde que el mundo es mundo, se han inclinado resueltamente del lado de la fuerza agresiva y aplastante. Esa creencia se condensa en estos versitos tan populares en la vieja patria de nuestros mayores, en la católica España:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos.

XIII

Como única forma de llegar a una solución radicalmente satisfactoria preconizan algunos una continuación de la resistencia. No aceptar nada de carácter transaccional. Negación a todo pacto o convenio. Resistencia. Examinemos brevemente lo que en realidad puede entrañar actitud que, si hasta ayer, fue noble y honrosa, hoy cuando se nos presenta una oportunidad de salir lo más dignamente posible del actual ignominioso orden



de cosas, resulta, a mi ver, perjudicial y por completo peligrosa. Al alejar toda idea de próxima patria libre sin señalar ningún camino práctico de obtenerla, lo que hacemos, sutizando las cosas, extremando los conceptos, tomando por gigantes inofensivos molinos de viento, es sembrar gérmenes de pesimismo en el alma colectiva al ver esta que día por día se van paulatinamente desvaneciendo ilusorias esperanzas y ennegreciéndose más y más las sombrías realidades circunstantes.

Esa resistencia, tan unánimemente demostrada al publicarse el Plan Harding, en unión de las labores de propaganda a favor nuestro en los Estados Unidos formaron el ambiente apropiado en que pudo cuajar beneficiosamente el Plan Peynado. Todas las cosas humanas tienen su límite natural oportuno, y nuestra resistencia pacífica, de mera negación, no constituye ni puede constituir la excepción de la regla. Exagerarla, sin tener base en que apoyarla, es exponernos a caer en un estatus semejante al de Filipinas o Puerto Rico, tal como lo entiende en su insinuado gobierno civil el senador Borah, nuestro pretendido gran amigo.

Alguien dice por ahí que, bajo esta opresión, podemos, al resistir verbal y pacíficamente, considerarnos como hombres libres. ¡Valiente paradoja! Considero la libertad como ejercicio racional del derecho en condiciones reguladas por instituciones características de cada pueblo, y juzgo por ello que, variadas radicalmente esas instituciones por obra abusiva y violenta de un poder extranjero, esa libertad se reduce a cero o cosa semejante. En la actualidad no somos más que una colonia o factoría yanqui. Si hablamos con relativa libertad, es porque desde hace poco se nos quitó el candado de la boca. Hoy mismo si lo quisiera el sumo imperante un úcase de él restableciendo la censura exactamente como estuvo hasta hace poco acabaría de un solo golpe con la relativa libertad de palabra hablada o escrita de que gozamos actualmente. ¡Peregrina condición de hombres libres la nuestra!

No, no. Imposible proseguir en tal estado cuando se ha encontrado una fórmula de transacción bastante satisfactoria para



reintegrarnos al goce de nuestra independencia a trueque de pasajeras lastimaduras de amor propio. En el Plan Peynado, no obstante sus deficiencias, no veo que cedamos absolutamente nada de nuestro territorio y de nuestros esenciales atributos de nación independiente y libre. Lo que sí veo, y no hay que profundizar nada para comprenderlo, es que de seguir este gobierno militar obrando como hasta ahora, al azar y a su capricho, nos aguardan, en un porvenir brumoso y amenazante, muy desagradables sorpresas.

Si pudiera conseguirse, cosa imposible, que ese gobierno militar no siguiera desbarrando a su antojo, podríamos seguir en esta resistencia hasta que no sé qué arcángel divino viniera a libertarnos blandiendo su flamígera espada. Pero no sucederá así si, por desdicha, se rechaza o no resulta viable el Plan Peynado. Continuaremos teniendo Órdenes Ejecutivas a granel, nuevos poderosos impuestos, nuevos empréstitos que harían más larga y pesada la cadena que representa la Convención, nuevas Barahona Cy., nuevos actos de crueldad, nuevas sentencias prebostales, muchas cosas más igualmente perjudiciales, y como lo más lamentable de todo eso, sin leyes nacionales de defensa que la contengan y regularicen, proseguirá la corriente de inmigrantes haitianos cada vez más caudalosa y potente amenazando no ya realizar la unidad política de la isla tal como la llevó a cabo Boyer sino una unidad étnica, racial, en que se atenuarían hasta extinguirse las modalidades de nuestra vida espiritual, es decir, lo que representa y vincula nuestra razón de ser y de existir como pueblo digno de figurar en el concierto de las naciones como entidad soberana dueña por entero de sus destinos.

XIV

Un preso yace seis años en un inmundo calabozo constreñido a soportar, día por día, hora por hora, los desplantes e insolencias de un carcelero de adusta y agresiva fiereza. Se mantiene constantemente anhelando su libertad, su salida de aquella



mefítica tartolina. Desde la reja de ella solo ve un jirón de cielo azul cuando quisiera abarcar con su mirada angustiosa toda la extensión del vasto firmamento, recibe solo escasas ráfagas del aire que viene de la selva cercana cuando él quisiera respirarlo ilimitadamente, a pleno pulmón; contempla, allá, en la lejanía, la gente que va y que viene, que se mueve a su antojo, sin ninguna sujeción, mientras él solo puede, como león enjaulado, dar contados pasos en el ámbito estrecho de su aborrecido encierro.

Y, en esos momentos de lancinante desesperación, ve que se abre de par en par la puerta de su prisión y oye una voz amiga que le dice: ¡sal, estás en completa libertad! Parece cosa inconcebible, fuera de nuestro molde humano, que ese preso prefiera quedarse adentro, expuesto a sufrir mayores humillaciones y vejámenes por la problemática consideración de que su poderoso enemigo continuará vigilándolo, espiándole, aprovechando cualquier ocasión propicia para atropellarlo de nuevo. No, un millón de veces no. El preso recién libertado procurará proceder con la mesura y corrección necesarias para no ser vejado nuevamente, y por si esto fatalmente sucediese, colocarse en mejores condiciones de las que tenía anteriormente para una defensa de sus derechos decorosa y digna.

Restablecida la República con ella se recobra la personalidad nacional que nos permitirá aspirar a ocupar un asiento en la Liga de Naciones; a figurar en el Congreso Panamericano de Santiago de Chile para secundar con nuestra palabra y nuestro voto la bien intencionada iniciativa del Uruguay tendiente a evitar nuevas injerencias abusivas en nuestro continente como hemos tenido que soportar nosotros de parte de nuestro omnipotente vecino. En fin, que no creo que pueden ocultarse a nadie, a no estar cegados por apasionamientos mezquinos, las inmensas ventajas que se derivarían de salir inmediatamente de nuestra actual condición de esclavos y entrar de nuevo con pie firme en una existencia nacional ordenada y libre.

Desde el primer momento se impuso a mi conciencia dominicana este dilema: o el Plan Peynado con sus deficiencias que en último análisis son más de forma que de fondo, o la



continuación de este gobierno militar con la consiguiente exacerbación de sus medios de imposición y de violencia, o lo que es mil veces peor, con su sustitución por un gobierno civil que representaría, con el porvenir, la ruina total de la nacionalidad dominicana. Con todos los defectos que se le quieran atribuir, el Plan Peynado es superior al Plan Wilson, al Plan o *memorándum* Estrella Ureña-Kunhardt, al Plan Harding, al Plan llamado de Cayo Hueso que he juzgado siempre de naturaleza apócrifa. En un libro que preparo haré el examen crítico de todos estos Planes o Memorándums, desde el primero de estos últimos formulado por el doctor Henríquez hasta el actual del Lcdo. Peynado de que hablo solamente de modo somero.

Con todo eso, en lo esencial, este Plan no contiene nada que pueda asustar seriamente al patriotismo reflexivo. No hay en él cesiones territoriales y no se le da a Washington el más mínimo derecho para inmiscuirse en nuestra vida interior. Si más tarde lo hacen no será por obra de un pacto convenido sino por un abuso de su voluntad omnipotente. Y eso no está en nuestra mano remediarlo. Se le reconocen millones que ellos aseguran haber gastado en obras públicas, pero no es esta cuestión de pesos más o menos lo que deba detenernos tratándose de la inmediata reintegración de nuestra soberanía. Yo hubiera querido que el tratado que estatuye el Plan y en el que van a validarse determinadas leyes de la Ocupación fuese formulado y discutido posteriormente a la recuperación de la soberanía, pero Washington se mantuvo inflexiblemente dogmático a ese respecto...

En estos asuntos nacionalistas, lo digo sin inmodestia, sin vana jactancia, no le cedo la derecha a nadie. No soy de los de última hora, de los del último barco. Desde hace veinte años en una docena o más de libros y folletos, en conferencias y discursos, en centenares de hojas periódicas, de aquí y del extranjero, he preconizado los fueros de un nacionalismo sereno, reflexivo, compatible con determinismos y realidades de la hora presente. En la sociedad nacionalista Patria, fundada aquí hace doce años, en 1910, en unión de Nicolás Pereyra Jiménez, de Manuel U.



Gómez, de J. J. Sánchez, de R. A. Ramos, de otros distinguidos compueblanos, procuré mantener los espíritus en constante y sana vibración patriótica.

En el manifiesto de principios que lanzó Patria a la publicidad se advierte la exposición de un ideal patriótico, capaz de cristalizar en la realidad ambiente, sin exageraciones ni chauvinismos. Durante estos años de ocupación me he mantenido en altivo aislamiento, siempre de frente al ocupante extranjero. Me quemaron un libro patriótico, me confiscaron algunos artículos, me echaron por mis ideas una reprimenda severa en la oficina prebostal de aquí, y apisonaron un hijo mío por su virilidad de periodista. Podría decir más, pero basta con lo expuesto.

Digo todo eso para que nadie ponga en duda mi sinceridad nacionalista al decir al pueblo dominicano que el Plan Peynado, con no ser del todo bueno, es lo mejor que se nos presenta para salir cuanto antes de esta ignominiosa ocupación extranjera. Así, con una unanimidad que la honra, pues dos o tres percepciones no merecen tenerse en cuenta por la exigüidad de su manera, La Vega ha aceptado como un solo hombre el Plan Peynado. Y eso no es en modo alguno extraño porque en el pueblo vegano ha predominado siempre un juicio sereno y ecuánime refractario por entero a torpes apasionamientos y a radicalismos intempestivos y peligrosos.

XV

Y llega ya el instante de poner punto final a estos renglones escritos con la premura que impone el asunto. Quizás la obra futura de nuestra reconstrucción nacional sea más difícil y penosa que la misma de poner término feliz a esta humillante sujeción extranjera. En primer término, en el orden de nuestras relaciones internacionales, se impone muy imperativamente la necesidad de una amistad cordial con esos mismos Estados Unidos y con nuestra vecina la República haitiana. En el manifiesto o programa de principios de la Sociedad Nacionalista Patria en 1910



decía lo que copio a continuación y que condensa mi criterio de entonces que es el mismo que sustento actualmente:

Si debemos mantener –porque muchos intereses convergentes así lo ordenan– lazos de cordialidad con los Estados Unidos, rechazando con exquisito tacto, previsión, cordura y práctica sabiduría, cuanto directa o indirectamente pueda comprometer esas relaciones que nuestra relativa debilidad, múltiples intereses creados, exigencias ineludibles de la política mundial y el creciente desarrollo de la civilización hacen cada vez más necesarios, no es menos cierto –y ello constituye nuestro principal deber como dominicanos– trabajar unidos resuelta e incesantemente, por todos los medios y sin alharacas intempestivas y contraproducentes, en el sentido de la creciente fuerza y consistencia a una atmósfera netamente nacional en que no puedan infiltrarse ideas liberticidas, torpes y dolorosos escepticismos.

Reputo nuestro problema interior, tal como quedará planteado al retirarse el ocupante extranjero, en extremo delicado y peligroso. Pienso, ojalá equivocadamente, que el principal peligro nuestro, en el porvenir, radica en nosotros mismos, en nuestro espíritu de división, de desmigajamiento, de indisciplina de que habla con irrefutable elocuencia nuestra historia. Nuestros partidos personalistas tienen encima una carga muy pesada de pecados; pero es cosa imposible, que solo prueba superficial observación, pretender hacerlos desaparecer por arte de birlibirloque, de la noche a la mañana...

Esos bandos o facciones son frutos naturales de una vegetación que desde hace más de setenta años viene echando fuertes raíces en nuestro organismo colectivo. En ellos se concentra toda nuestra biología política. Hay que modificarla o transformarla, poniendo para ello, sin violencia, ciertos resortes de muy posible aplicación. No olvidemos que, como dijo un pensador muy autorizado, la política, aún en su más alto sentido, “no es más



que una serie de transacciones entre el ideal y la realidad”. Eso es lo que cabe en lo humano, donde todo es relativo y donde lo absoluto resulta y resultará siempre mera abstracción metafísica.

Considero la civilización como una continua renovación, transformación o creación de valores de cada vez más alta cultura espiritual. Nuestros partidos, agrupaciones puramente personalistas, necesitan transformarse en un sentido civilizador de verdadera médula científica. Para ello deben ir lentamente eliminando de su seno morbosidades y excrecencias de personalismo o caudillaje para sustituirlas con ideales representativos, discordantes naturalmente, de diversas aspiraciones políticas, económicas, pedagógicas, sociales.

Nuestra Primera República fue, y no podía ser otra cosa, netamente militarista. La caracteriza en sus verdaderos lineamientos la figura adusta de un soldado de valor y de fortuna, adusto y cruel: Pedro Santana. La Segunda, salida del épico bienio restaurador, es obra de gente ruda, del montón, heroica hasta lo sumo, pero que imprimió una orientación extraviada a nuestros destinos. La figura central y más culminante de ese período se estereotipa en un caudillo cruel y absorbente, de superioridad anímica y aún todavía solo parcialmente juzgado: Ulises Heureaux. Para cristalizar en una realidad verdadera, la Tercera República tiene que ser de tipo netamente civilista.

De no ser así, de volver a las andadas estamos irremisiblemente perdidos. Las mismas causas producirían los mismos vitandos efectos. Lo esencial, lo que da frutos sazonados y jugosos de mejoramiento material, intelectual y moral, es la más estrecha armonía entre el orden y la libertad. Sin esta –hay necesidad de repetirlo– aquel se resuelve en tiranía, en despotismo, y sin orden, sin una norma invariable de respeto a la ley, la libertad no es más que desorden, disolución, anarquía. Son dos fuerzas que recíprocamente se necesitan para que el mecanismo social funcione regular y fructuosamente.

En aras de un ardoroso deseo, mi alma, en la fiebre de la espera, pretende anticipar los sucesos. Paréceme ver ya, tras las



densas tinieblas de esta noche sombría, despuntar por el oriente que se aclara el alba pascual de nuestra ansiada resurrección política. Paréceme que puedo arrancarme ya el dardo que desde hace cerca de seis años llevo clavado en lo más hondo de mi sensibilidad de dominicano. Creo oír el alegre tintineo de las campanas que repican alborozadas anunciando el fausto y memorable acontecimiento. Observo reflejado en todos los semblantes el júbilo más hondo y sincero. Y unidos por el mismo pensamiento todos corremos a agruparnos a la sombra del hasta ayer enlutado pabellón nacional, y, movidos por el mismo generoso impulso, hacemos la solemne promesa de cooperar con todas nuestras fuerzas a dar apropiada solidez y consistencia a la República que se avecina, a la República grande, próspera, gloriosa y definitiva del porvenir.

La Vega, 31 de julio de 1922.





Índice onomástico

A

Acosta, Cecilio 363, 368
Acosta, Julio 502
Adriano, Publio Elio 237
Agrícola, Cneo Julio 31
Alberdi, Juan Bautista 315, 431
Alfau, Joaquín Ulises 192-193
Alvarado, Pedro de 454
Álvarez, Alejandro 477
Annunzio, Gabrielle d' 203
Apolonio de Rodas 466
Aranha, Graça 351
Arcaya, Pedro Manuel 277
Argüello, Santiago 172
Arias, Desiderio 124-127, 137,
144, 515
Ashton, Henry E. 268
Audiard, Michel 448
Aymerich, Melchor 315, 431

B

Báez, Buenaventura 44, 70, 100
Báez, Ramón 119
Báez, Wenceslao (Laíto) 145, 516
Bain, Alexander 210
Bakunin, Mijaíl 166
Balmes, Jaime 456
Barres, Mauricio 167, 293
Barret, Rafael 476
Bebel, August 336
Bécquer, Gustavo Adolfo 176
Bello, Andrés 468
Benhardi, Friedrich von 338
Bergson, Henri 193, 219, 241,
335, 409, 437, 457, 462
Bermúdez, Federico 191
Bilbao, Francisco 455
Billini, Francisco Gregorio 95
Binet-Sanglé, Charles 235-236,
239-240, 242-243



- Blanco Fombona, Rufino 271, 273, 277, 317, 325, 328, 461-469, 471-479, 481-483, 485-490
- Bobadilla, Francisco de 270
- Bobea, Pedro A. 140
- Bolívar, Simón 222-225, 228-229, 271-273, 276-280, 308-309, 317-322, 324-328, 343, 352, 372-373, 382, 416-420, 460, 468, 474, 476-482, 485-486
- Bonaparte, Matilde 448
- Bonaparte, Napoleón 279, 319, 332-333, 448, 486, 496, 509
- Borah, William Edgard 533, 536
- Bordas Valdés, José 105-106, 110, 112-113, 115-116, 118, 123-124
- Borrero, Juana 177
- Borrero de Luján, Dulce María 175-178
- Bossi, Emilio (Milesbo) 236-240, 404
- Boutroux, Émile 193, 235, 335, 387, 437-438, 457, 496
- Boves, José Tomás 275
- Boyer, Jean Pierre 537
- Brache, Elías 509, 528
- Brunetière, Ferdinand 165, 414, 444, 465
- Bunge, Carlos 315, 431, 457
- Burell, Julio 360
- C
- Cabello de Carbonera, Mercedes 311, 422
- Cáceres, Ramón 79-82, 95-96, 100, 113, 520
- Calderón de la Barca, Pedro Antonio 360
- Caminero, José 71
- Campoamor, Ramón de 478
- Caperton, William Banks 30
- Carbajal, Francisco de 454
- Carlomagno 333
- Carlos V 333
- Carlyle, Thomas 158, 273, 383, 407
- Carneggie, Andrew 332
- Carricarte, Arturo A. de 350
- Casas, fray Bartolomé de las 268-269
- Castellanos, Furcy 145
- Castilla, Ramón 454
- Castillo, Rafael Justino 58, 62
- Castillo, Ramón 464
- Castro, Víctor M. de 94
- Cellini, Benvenuto 483
- Cervantes Saavedra, Miguel de 360, 365, 473
- César, Cayo Julio 242, 325
- Cestero, Mariano A. 58-59
- Chateaubriand, René de 294
- Chopin, Frédéric 298
- Clímaco 466
- Colón, Cristóbal 270, 356
- Comte, 39, 207-208, 210, 335, 456, 496
- Cornelio, Evangelista 140
- Craber, Luisa 272
- Cromwell, Oliverio 335, 454
- Cruz, Ernesto de la 323



D

Damirón, Rafael 190
 Darío, Rubén 253, 363-365, 370,
 393-394, 469
 Deligne, Gastón F. 259, 261-262
 Delmonte y Tejada, Antonio 267
 Deschamps, Eugenio 123, 143,
 299-300
 Díaz, Leopoldo 465-466
 Díaz, Porfirio 454
 Díaz Recinos, Adolfo 128
 Didon, Henri 243
 Doré, Gustavo 370
 Duarte, Juan Pablo 29, 157,
 159-161
 Durán, Juan Salvador 192
 Durkheim, Émile 207, 292, 411

Felipe II 403
 Fernández, Uladislao 499
 Fernández García, Alejandro 190,
 251, 254, 257
 Ferrero, Guillermo 267, 282, 459,
 496
 Fiallo, Fabio 143, 181
 Fichte, Johann Gottlieb 337
 Figueroa, Miguel 361
 Firmin, Antenor 134-135
 Flaubert, Gustave 164
 Flavio Josefo 237
 Fogazzaro, Antonio 249
 Fouillée, Alfred 335, 437, 457
 France, Anatole 176
 Franklin, Benjamin 333
 Freitas Roque, Arturo 169, 171-1
 73

E

Echeverría, Esteban 315
 Emerson, Ralph Waldo 56, 273,
 278, 309, 419
 Enriquillo 266
 Espaillet, Ulises Francisco 298
 Estournelles de Constant, Paul
 Henri Benjamin 332
 Estrada Palma, Tomás 369

F

Faguet, Emilio 132
 Farne 496

G

Gálvez, Manuel 315, 431
 Gándara y Navarro, José de la 28,
 515
 García, Hermógenes 503
 García, José Gabriel 267
 García, Zoilo 493, 496, 498-504,
 506, 510
 García Calderón, Francisco 208,
 322, 435-437, 439, 442-446,
 449-454, 457-458, 460, 477,
 498
 García Godoy Ceara, Graciela
 298
 García Mella, Moisés 58, 61



- Garibaldi, Giuseppe 327
 Gaultier, Jules de 457
 Geneval 237
 Giberga, Eliseo 361
 Giddings, Joshua Reed 207
 Girardot, Atanasio 229
 Giusti, Roberto F. 315, 431
 Goethe, Johann Wolfgang von
 227, 337, 412
 Gómez, C. Joaquín 506
 Gómez, Manuel Ubaldo 268,
 539-540
 Gómez, Máximo 145, 211
 González, Ignacio María 497
 González Prada, Manuel 469
 Grant, Ulises S. 71
 Guerra Junqueira, Abílio Manuel
 149
 Guillermo II 340
 Guimerá, Ángel 192
 Gutiérrez, Juan María 313-314,
 426, 430
 Guyau, Jean-Marie 409
 Guzmán, Miguelito 500
 Guzmán Blanco, Antonio 454
 Guzmán Espaillat, Santiago 30-
 31, 330

H

- Hamilton, James 280
 Havet, E. 240
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich
 165, 274, 337, 386
 Heine, Heinrich 176

- Henríquez Ureña, Max 527
 Henríquez Ureña, Pedro 132,
 231, 450
 Henríquez y Carvajal, Federico
 138-139, 207
 Henríquez y Carvajal, Francisco
 147, 517, 520-522, 527, 539
 Heráclito 440
 Heredia, José María de 279, 328,
 372, 465
 Hermant, Abel 405
 Heródoto 466
 Herrera, Primitivo 191
 Heureaux (Lilís) 44, 49, 52, 79,
 100, 122, 497-504, 542
 Heyburn, Weldon B. 76
 Holloveg, Bethman 338
 Homero 466
 Hostos, Eugenio María de 37-38,
 207-211, 457, 469
 Hügee, Friedrich von 249
 Hughes, Charles Evans 531
 Hugo, Víctor 203, 339
 Hunt Jackson, Hellen 357

I

- Ingenieros, José 215, 315, 431,
 457

J

- James, William 193, 292, 402,
 437, 444, 448-450



- Janet, Pierre 523
 Jimenes, Juan Isidro 120, 122-127,
 137, 139, 147, 520
 Johnston, C. M. 520
 Jorge III 278
 Juárez, Benito 311, 423
- Lombroso, Cesare 277
 Longo 466
 López, Ismael (Cornelio Hispano)
 Lugo, Américo 58, 62, 143
 Lugones, Leopoldo 315, 431
 Luz y Caballero, José de la 210

K

- Kant, Immanuel 165, 184, 219,
 337, 386
 Knapp, Harry S. 13-15, 513
 Kropotkin, Piotr 166

L

- La-Croix, Luis de 222-223, 226,
 228
 Lake, F. U. 22
 Lamprecht, Carlos 267
 Lastarria, José Victorino 455
 Le Bon, Gustavo 282
 Le Roy, Édouard Louis Emma-
 nuel 208
 Ledrain, Eugène 448
 Leibniz, Gottfried 386
 Leopardi, Giacomo 176
 Lessing, Gotthold Ephraim 256,
 337
 Lévy-Bruhl, Lucien 523
 Lichtemberger, H. 215
 Linares Espejo, Vicente 141
 Lincoln, Abraham 23
 Logroño, Arturo 191, 268

M

- Maceo, Antonio 211, 368
 Maeterlinck, Maurice 236
 Mairení 260-261
 Malato, Charles 166
 Marco Aurelio 447
 Marinetti, Filippo Tommaso 197,
 201-205
 Mármol, José 431
 Martí, José 355, 357, 359-361,
 363-367, 370-371, 373-374,
 376-384
 Marx, Karl 85, 336
 Mas y Pí, Juan 315
 Masson, Federico 271
 Masson, William E. 23
 Matc, Ernest 208, 232
 Mauclair, Camilo 199
 Mecenas, Cayo Cilnio 445
 Médicis (los) 334
 Melgarejo, Mariano 454
 Melián Lafinur, Álvaro 315
 Mella, Matías Ramón 29
 Menéndez Pidal, Ramón 444
 Mercado, Manuel 380
 Meriño, Fernando Arturo de 247-
 249



Meñan Lafinur, Álvaro 431

Michelena y Rojas, Francisco 485

Miguel Ángel, Miguel Ángel
Buonarroti 319

Miranda, Francisco de 279

Mitre, Bartolomé 370

Monroe, James 75

Montaigne, Michel de 312, 324

Montalvo, Juan 310-313, 322, 423-
426, 456, 469

Montesino, fray Antón de

Montoro, Rafael 361

Morales Languasco, Carlos 78, 519

Morel, Emilio A. 269

Morel, Rafael 23

Moy, León 239

Moya, Casimiro N. de 265-266,
268-269, 272

Muller, Friedrich Wilhelm Karl
78

N

Nerón, Claudio César 242

Newman, John Henry 249

Newton, Isaac 319

Nietzsche, Friedrich 158, 199,
214-217, 220, 237, 397, 456

Noailles, Anna, condesa de 176,
191

Nordau, Max 487

Nouel, Adolfo Alejandro 106, 294,
296, 523

Núñez, Rafael 454

O

Ojeda, Alonso de 251

Oliveira Lima, Manuel de 477

Olney, Richard 458

P

Páez, José Antonio 454

Palacio, Manuel del 297

Palacios y Sojo, Pedro 472, 480

Pardo, Miguel Eduardo 370

Pascal, Blaise 493

Patiño, Arístides 140

Paula Santander, Francisco de
224-225

Pedro el Ermitaño 378

Pendleton, Joseph E. 28, 515

Pereyra, Carlos 477

Pereyra Jiménez, Nicolás 539

Pérez, José G. 323

Pérez Alfonseca, Ricardo 16

Persty, Sergio 163

Peynado, Francisco J. 58, 60, 526-
527, 531, 539

Pichardo, José Dolores 500

Pichardo, Nisio 295

Pío IX 103

Platón 165, 383

Plauto, Tito Maccio 307

Plinio el Joven 237

Poincaré, Henri 208, 219, 236

Poincaré, Robert 451, 460

Portales, Diego 454



Q

- Quesada, Gonzalo de 366, 374
 Quevedo y Villegas, Francisco
 de 360, 365
 Quiroga, Juan Facundo 56, 454

R

- Ramos, R. A. 540
 Ramsey, Frederic A. 20
 Régnier, Henri François-Joseph
 de 191
 Renan, 130, 240, 243, 332, 394,
 413-414, 444, 496
 Renouvier, Charles 335
 Rey, Apolinar 143
 Reyles, Carlos 315, 431
 Ricaurte, Antonio 229
 Richet, Charles Robert 332
 Ritschel, Friedrich 292
 Riva Agüero, J. de la 184-185
 Rivadeneyra, Pedro de 360
 Rivera Iduarte, José 454
 Rodó, José Enrique 272, 303-
 306, 308-309, 311, 313, 315-
 316, 322, 325-326, 385-393,
 395, 397-411, 413-420, 422-
 427, 429-433, 477, 480, 483
 Rojas, Ricardo 315, 431
 Romero, Sylvio 45
 Roosevelt, Theodor 525, 308, 417
 Root, Enrique 458, 535
 Rosas, Juan Manuel de 454
 Ruskin, John 202

Russell, William Wood 30

S

- Saavedra Fajardo, Diego de 365
 Sabatier, Augusto 292
 Sainte-Beuve, Charles Augustin
 448
 Samain, Albert 191
 San Ignacio de Loyola 453
 San Martín, José de 279, 309,
 315, 323-324, 373, 419, 432
 Sánchez, Francisco del Rosario
 29
 Sánchez, Juan José 540
 Sánchez, Manuel 141
 Sánchez Lustrino, Ricardo
 Vicente 213-214
 Sánchez Ramírez, Juan 81, 283
 Sanders Pierce, Charles 437
 Santa Cruz y Espejo, Francisco
 Javier 454
 Santa Teresa de Jesús 360
 Santana, Pedro 44, , 59, 67-68, 81,
 100, 248, 542, 284-285
 Santander, Francisco de Paula
 224-225
 Sarmiento, Domingo Faustino
 56, 315, 431, 468
 Schaffer, Simon 207
 Schelling, Friedrich 214
 Schiller, Friedrich 463
 Schopenhauer, Arthur 215
 Selva, Giovanni 249
 Shakespeare, William 446



Smith, J. Somner 70
Snowden, Thomas 21
Spencer, Herbert 207, 210, 437
Stars (profesor) 476
Stendhal, Marie Henri Beyle,
 llamado 246, 486
Stirner, Max 215
Strauss, David Friedrich 240, 243
Sturner, Berta de 332
Suetonio, Cayo 237
Sullivan, James O. 19, 108-109,
 111-112, 520

T

Tácito, Cornelio 31, 48, 237
Taine, Hipólito 192, 202, 241,
 268, 282, 312, 405, 424, 441,
 447-448, 496, 523
Tarde, Gabriel 57, 207, 219, 439-
 443
Tejera, Apolinar 268
Tejera, Emiliano 268
Teócrito 466
Terencio, Publio Terencio Afri-
 cano, llamado 316, 405, 433
Tolstoi, León 164-168
Torquemada, Tomás de 403
Torroella, Alfredo 372
Trajano, Marco Ulpio 237

U

Ugarte, Manuel 451, 472, 477
Unamuno, Miguel de 319

V

Vargas Vila, José María 172-173
Vásquez, Horacio 509
Velázquez y Hernández, Fede-
 rico 82
Victoria, Alfredo 96
Vicuña Mackenna, Benjamín 370
Vigil, Francisco de Paula 455
Vigil Díaz, Otilio Celestino 213
Villanueva, C. A. 278
Vinci, Leonardo da 319

W

Washington, George 23, 309, 419
Wilde, Oscar 305
Wilson, Woodrow 28, 30, 118,
 127, 520, 523

Z

Zorrilla de San Martín, Juan 315,
 332



Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.



- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *I.a Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo xvii*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.



- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain.* Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos,* en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer.* Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546).* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables.* Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo xix y otras estadísticas de población.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.



- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670).* Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916).* María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos.* César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.



- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista.* Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano.* Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido.* Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental.* Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras. Tomo I,* Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras. Tomo II,* Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega.* Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.



- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica.* Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición.* Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos.* Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías.* Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos.* Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro.* José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.



- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos).* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.



- Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos xv-xix*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.



- Vol. CXLV *Más escritos dispersos. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.*
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.*
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.*
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.*
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575). Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.*
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.*
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863). José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.*
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.*
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia (2^{da} ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854). José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.*
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.*



- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana. Tomo I*, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.



- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.



- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CC *El cacoísmo burgués contra Salnave (1867-1870). Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí). 3ª edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.*
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.*
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.*
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno. 2ª edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.*
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.*
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos. Santo Domingo, D. N., 2014.*
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.*
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico. Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.*



- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos.* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts.* Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez.* Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844).* Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites.* Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico.* Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República.* Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York.* Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas.* Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente.* Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959.* María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones.* Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.



- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guananí y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.



- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux (Lilís)*. Cyrus Veaser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos*. Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio*. Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana*. Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *Enbusca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana*. Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo*. Volumen 1, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo*. Volumen 2, tomos III y IV. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias*. Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos*. Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista*. Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.



- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931.* Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965.* Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia.* Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014).* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives).* Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana. Tomo I.* Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana. Tomo II.* Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy.* Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello.* Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominico-haitiana 1763-2015.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití.* Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.



- Vol. CCLXXXII *Crisis de la dominación oligárquico-burguesa (1961-1966)*. Álvaro A. Caamaño y Ramón E. Paniagua Herrera. Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXIII *Balaguer y yo: la historia*. Tomo I, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIV *Balaguer y yo: la historia*. Tomo II, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXV *Páginas dominicanas de historia contemporánea*. Antonio Hoepelman, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVI *Relatos biográficos de Francisco Alberto Henríquez Vásquez*. Investigación de Pastor de la Rosa Ventura, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXVII *El modelo anticaudillista y desarrollista del presidente Ramón Cáceres (1906-1911)*. José L. Vásquez Romero, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVIII *La Barranquita. Hablan los patriotas y la traición*. Manuel Rodríguez Bonilla, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIX *ENCUENTROS. En la República Dominicana*. Miguel Sarró, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXC *Minería dominicana. Desarrollo irracional*. Teódulo Antonio Mercedes, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCI *Antes y después del 27 de Febrero*. Segunda edición, Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCII *Los dominicanos*. Ángela Peña, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIII *Obras completas. Guerra de la separación dominicana. Partes de la guerra dominico-haitiana...* Volumen 3. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIV *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo arreglado para el uso de las escuelas de la República Dominicana. 1867*. Volumen 4, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCV *El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVI *La Era II*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVII *Cronología: Revolución de Abril de 1965. Del 24 de abril al 25 de mayo*. Tomo I, Gerardo Sepúlveda, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCXCVIII *Historia de Santo Domingo. La separación (1844)*. Vol. X. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1578-1587)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCC *Voces de la Revolución de Abril. Testimonios*. Departamento de Investigación y Divulgación, Santo Domingo, D. N., 2016.



- Vol. CCCI *Horacio Vásquez. Mensajes y memorias. Tomo 1. Compilación de Ricardo Hernández, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCII *Los intelectuales y la intervención militar norteamericana, 1916-1924. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCIII *Obras casi completas. Tomo 3. Notas críticas. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCIV *Obras casi completas. Tomo 4. En la hora trágica y Días sin sol. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCV *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo. Tomo I, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCVI *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo. Tomo II, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCVII *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana. Ciriaco Landolfi, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCVIII *Los silencios de Juan Pablo Duarte. Luces y sombras de un hombre excepcional. Francisco M. de las Heras y Borrero, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCIX *El gran olvidado. Rafael Andrés Brenes Pérez. Compilación de Mario Emilio Sánchez Córdova y Margarita Piñeyro de Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCX *La Comisión Nacionalista y la ocupación americana de 1916. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCXI *VI Conferencia Interamericana de Costa Rica, 1960 (sanciones contra la República Dominicana). Intervenciones de la Comisión Interamericana de Paz, 1948-1962. José Antonio Martínez Rojas, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCXII *El cementerio de la avenida Independencia: Memoria urbana, identidad caribeña y modernidad. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2017.*
- Vol. CCCXIII *De súbditos a ciudadanos, siglos XVII-XIX (El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo), tomo IV. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D.N., 2017.*
- Vol. CCCXIV *Bibliotecas privadas y vida cotidiana en la colonia de Santo Domingo. Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D.N., 2017.*



- Vol. CCCXV *Historiografía y literatura de Salcedo, 1865-1965*. Emelda Ramos, Santo Domingo, D.N., 2017.
- Vol. CCCXVI *Nacionalismo y resistencia contra la ocupación americana de 1916*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXVII *Mis dos Eugenio*. Giannella Perdomo, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXVIII *Palabra, canto y testimonio*. Fernando Casado, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXIX *Oscar Torres. El cine con mirada universal*. Luis Beiro Álvarez, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXX *Obras completas. Memorias para la historia de Quisqueya. Rasgos biográficos de dominicanos célebres. Diccionario geográfico-histórico. Volumen 5*. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXI *Obras completas. Epistolario I. Volumen 6*. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXII *El pasado como historia. La nación dominicana y su representación histórica*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIII *Normas editoriales Archivo General de la Nación*. Departamento de Investigación, área de Publicaciones, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIV *Tras los pasos de Balaguer. Desde los aprestos para la Vicepresidencia hasta las elecciones de 1966*. Pedro Carreras Aguilera, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXV *Un leviatán tropical: las redes clientelares de Trujillo en América Latina y el Caribe*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVI *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso, tomo I*. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVII *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso, tomo II*. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVIII *Brevísima selección sobre las ideas políticas en los escritos de Francisco Antonio Avelino*, Francisco Antonio Avelino, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXIX *Redes del Imperio*, Laura Náter, Santo Domingo, D. N., 2018.

Colección Juvenil

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.



- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo xix.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo xix).* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. IX *El montero.* Pedro Francisco Bonó, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. X *Rufinito.* Federico García Godoy, Santo Domingo, D. N., 2017.

Colección Cuadernos Populares

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína.* Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. 4 *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidad de América.* Emilio Roig de Leuchsenring, Santo Domingo, D. N., 2017.

Colección Referencias

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve.* Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación.* Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos.* Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.



OBRAS CASI COMPLETAS. Tomo 6. Antología II, de Federico García Godoy, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, S. R. L., en septiembre de 2018, con una tirada de 1,000 ejemplares, Santo Domingo, República Dominicana.





de la Patria, a pesar del conjunto de adversidades, de todas conocidas, que han servido casi continuamente de insuperable valladar al cumplimiento de nuestras más nobles y patrióticas aspiraciones», según señalan en la motivación de tal proyecto.

En la misma Vega Real fue de los fundadores de la sociedad La Restauradora y uno de los principales promotores de la sociedad La Progresista. En 1901 era inspector de Instrucción Pública. Además, a sus preocupaciones nacionalistas se debe la creación de la Sociedad Nacionalista Patria.

García Godoy no militó nunca en la política activa, pero participó en la lucha revolucionaria durante la llamada Revolución de Moya en 1886, que sacudió los campos del Cibao y que involucró a la juventud liberal de aquella región frente al fraude electoral cometido por el Gobierno y el general Ulises Heureaux en contra de Casimiro N. de Moya. A raíz de este hecho estuvo preso en Samaná. También guardó prisión en otras ocasiones, entre estas durante la presidencia de José Bordas Valdés.

En el campo de la prensa, se destacó como fundador y redactor de los periódicos *El Esfuerzo*, *El Pueblo*, *El Día* y *Patria*. Muchos de sus primeros escritos aparecieron en *El Porvenir*, *La República*, *El Derecho* y *El Eco de la Opinión*. Luego colaboró con los periódicos *Listín Diario*, *El Progreso*, *El Diario*, *El Tiempo* y *Ecos del Valle*, entre otros. También fue asiduo colaborador de las revistas *Letras y Ciencias*, *La Cuna de América*, *Ateneo*, *Blanco y Negro*, *Renacimiento*, *Letras y La Opinión*, todas de Santo Domingo; así como de publicaciones de París, La Habana, Caracas, Santiago de Cuba, Nueva York, Madrid, Costa Rica y Buenos Aires.

El autor se destacó como profesor de literatura, novelista, crítico literario y periodista de combate, además de ser figura de primer orden en la defensa de los ideales de bien patrio y de la soberanía nacional frente al imperialismo norteamericano. En sus escritos abundan los temas históricos, filosóficos, sociales, de reflexión política y de crítica literaria.

Federico García Godoy falleció en La Vega el 24 de febrero de 1924.

Su bibliografía es la siguiente: *Lorenzo J. Perelló hijo, Recuerdos y opiniones, Impresiones, Perfiles y relieves, Rufinito, Alma dominicana, Guanuma, La hora que pasa, Bajo la dictadura, La Patria y el héroe, Páginas efímeras, El derrumbe, De aquí y de allá (Notas críticas), La literatura dominicana, Americanismo literario, De la Historia, Al margen del Plan Peynado, Zoilo García.*

ANDRÉS BLANCO DÍAZ





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ISBN: 978-9945-9131-0-1



9 789945 913101

